

Pedro Mejía



# Diálogos o Coloquios

Edición de  
Antonio Castro Díaz



CATEDRA

Letras Hispánicas

Digitized by Google

Original from  
UNIVERSITY OF MICHIGAN

Pedro Mejía

# *Diálogos o Coloquios*

Edición de Antonio Castro Díaz

CÁTEDRA

LETRAS HISPÁNICAS

1.<sup>a</sup> edición, 2004

Ilustración de cubierta: Pinturicchio (1454-1513), *Pío II canoniza a Santa Catalina de Siena* (fragmento)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2004  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
Depósito legal: M-46702-2004  
I.S.B.N.: 84-376-2198-4  
*Printed in Spain*  
Impreso en Lavel, S.A.

Hatch/Gael  
500065987  
span  
5-12-05

## Índice

PRESENTACIÓN .....	9
INTRODUCCIÓN .....	11
1. Difusión y fortuna de la obra .....	13
2. El género de los diálogos .....	19
3. Intención y sentido de la obra .....	71
4. El contenido de los <i>Diálogos</i> : asuntos y temas .....	84
4.1. Los preliminares .....	84
4.2. El «Diálogo de los médicos» .....	91
4.3. Los «Coloquios del convite» .....	97
4.4. El «Coloquio del Sol» .....	103
4.5. El «Coloquio del Porfiado» .....	105
4.6. El «Diálogo de la Tierra» .....	108
4.7. El «Diálogo natural» .....	110
5. La expresión retórica: lenguaje y estilo .....	111
5.1. Nivel fonológico-grafémico .....	113
5.2. Nivel morfosintáctico .....	115
5.3. Nivel léxico-semántico .....	119
6. Las fuentes .....	122
ESTA EDICIÓN .....	147
BIBLIOGRAFÍA .....	155
ABREVIATURAS Y SIGLAS .....	191



DIALOGOS O COLOQUIOS .....	195
«Diálogo de los médicos» .....	209
Primera parte .....	211
Segunda parte .....	249
«Coloquios del convite» .....	283
Coloquio primero .....	285
Coloquio segundo. Primera parte .....	325
Coloquio segundo. Segunda parte .....	363
«Coloquio del Sol» .....	381
«Coloquio del Porfiado» .....	411
Primera parte .....	413
Segunda parte .....	441
«Diálogo de la Tierra» .....	467
«Diálogo natural» .....	485
ÍNDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO .....	521

## Presentación

Tras su formidable éxito editorial durante el siglo XVI y su paulatino declive en el XVII, los *Diálogos o Coloquios* de Pedro Mejía —descartando una breve reaparición dieciochesca— cayeron en un completo olvido hasta su recuperación en el siglo XX mediante ediciones de carácter divulgativo y carentes de rigor filológico. Efectivamente, con la salvedad de la edición crítica realizada por Margaret L. Mulroney, las restantes estampaciones modernas de los *Diálogos* adolecen de los defectos propios de este tipo de publicaciones, plagadas de lecturas confusas o erróneas y en las que se ignora, por lo general, de dónde procede la transcripción del texto, que nunca es sometido a una labor de colación con otras ediciones antiguas de interés. Distinta apreciación, como hemos dicho, merece el trabajo que realizó la hispanista norteamericana Margaret L. Mulroney, defendido como tesis doctoral en 1928 y publicado por la Universidad de Iowa en 1930. Se trata de una edición crítica de los *Diálogos* cuya pauta de total respeto hacia el texto de 1551 la convierte en una edición casi paleográfica, circunstancia que produce frecuentes dificultades de lectura y un neto divorcio con los vigentes métodos editoriales. Además, su exigua tirada y la lejana fecha de publicación hacen de ella una edición inasequible hoy. Por todo lo dicho, se hacía necesario preparar una edición solvente y actualizada de la obra de Mejía, objetivo que hemos pretendido alcanzar con el trabajo que ahora presentamos, cuya finalidad principal consiste en poner al alcance de los estudiosos de nuestra literatura un texto depurado de los *Diálogos*, acorde con los criterios filológicos actuales.

Dadas las limitaciones de espacio —y a fin de no resultar prolijos y redundantes—, nos hemos limitado a tratar en la introducción solo de lo específicamente relacionado con los *Diálogos o Coloquios* de Pedro Mejía. Para cualquier otra información relativa al autor o a sus restantes obras, pueden consultarse mis anteriores trabajos de 1977 y 1989-1990, así como los demás estudios concretos sobre este asunto, recogidos en la Bibliografía.

La presente edición de los *Diálogos o Coloquios* es el fruto de un trabajo de investigación que se presentó inicialmente como tesis doctoral en la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla y que, convenientemente adaptado para su publicación, tiene ahora el lector en sus manos. Dirigió la tesis —con su acostumbrado magisterio y sabiduría— el doctor D. Francisco López Estrada y formaron el tribunal los doctores D. Fernando García Lara, D. Pedro Manuel Piñero Ramírez, D. Klaus Wagner Erbskom, D. Miguel Ropero Núñez y Dña. Ana Vian Herrero. Quede constancia de mi gratitud a todos ellos, especialmente a la profesora Vian Herrero por las múltiples sugerencias que —debidamente incorporadas a esta edición— han venido a enriquecerla con sus nuevas aportaciones y sagaces puntos de vista.

En relación con las ayudas que he recibido en la realización de mi trabajo, no puedo dejar pasar una sentida mención a cuantas personas e instituciones me han prestado su apoyo. A mis requerimientos de asistencia, acudieron con prontitud los profesores M.<sup>a</sup> Pilar Cuartero Sancho, de la Universidad de Zaragoza, Ana Vian Herrero, de la Complutense, y Klaus Wagner, Aurora Domínguez Guzmán y Daniel López Cañete, de la de Sevilla; dejo aquí testimonio general de mi obligación con todos ellos, aparte del que consigno en los lugares donde sus ayudas han tenido repercusión concreta. Quede también patente mi deuda con Bernardo Sansinforiano Sánchez, compañero que revisó con diligencia los textos latinos de las fuentes registrados en las notas. No menos valiosa fue la ayuda prestada por bibliotecas nacionales y extranjeras, siempre solícitas en la aclaración de dudas y en el suministro de material. Especialmente provechosa, en este sentido, nos ha resultado la eficiente labor desarrollada por la dirección y el personal de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Biblioteca Universitaria de Sevilla y de la Capítular y Colombina de esta misma ciudad.

## *Introducción*

*En recuerdo de mis padres, Antonio (†) e Isabel,  
de mi mujer, Manoli, de mis hijos, Antonio y Elena,  
y de mi maestro, don Francisco López Estrada.*

*De una u otra manera,  
a todos ellos pertenece también este libro.*



Retrato de Pedro Mejía por Francisco Pacheco

## 1. DIFUSIÓN Y FORTUNA DE LA OBRA<sup>1</sup>

Sin ninguna duda, los *Diálogos* o *Coloquios* corrieron pareja fortuna editorial a la alcanzada por las dos grandes obras anteriores de Mejía —la *Silva de varia lección* y la *Historia imperial*

---

<sup>1</sup> Los datos consignados aquí —aparte de nuestras propias comprobaciones— han sido extraídos de los siguientes repertorios bibliográficos: Michaud [s.a.: 162], Impiombato y Rodríguez [s.a.: 109], Nicolás Antonio [1888: 217-218], Ticknor [1851: 96-97], Rosell [1852: xiii-xvi], Salvá y Mallén [1872: 163-165], Brunet [1878: 1022-1024; 1922: 1688-1689], Gallardo [1888: 717], Biblioteca del Senado. Madrid [1889: 812], Escudero y Perosso [1894: 216, 220, 226, 244, 252-253, 267-268, 291], Biblioteca Universitaria. Cambridge [1900: 529, 574, 609], Pérez Pastor [1906: II, 25], J. M. Sánchez [1913-1914: I, 344, 348-349; II, 110-111], Cejador y Frauca [1915: 152-155], J. Deloffre [1918: 557-564], Méndez Bejarano [1989: II, 65-69], Penney [1938: 396; 1955: 163-164; 1965: 347], Mulroney [1930: 8-11], Vindel [1930: 392-400], Foulché-Delbosc y Puyol [1931: 119], Praag [1932: 288-292], Biblioteca Nacional. París [1932: 813-819; 1975: 981], Peeters Fontainas [1933: 90-91; 1965: 418-425, 726], Menéndez Pelayo [1941: 33], Romero Martínez [1944: 9-11], Graesse [1986: 511-512], Palau y Dulcet [1956: IX, 170-181], Medina [1958: 227-230], Foulché-Delbosc [1962: I, 90, 95-96, 98, 103, 125, 133, 142, 154, 156, 157, 181-182, 184, 219, 243-244, 249; II, 36-37, 89, 98, 99, 167, 196], Hispanic Society of America. Nueva York [1962: 5987-5988], Baudrier [1964: 80, 139, 348-349], Biblioteca Pública. Évora [1966: 115-116], Stevenson [1966: 194], Adams [1967: 742], Millares Carlo [1969: 69-72], Biblioteca Municipal. Rouen [1970: 91-92], Short-Title Catalog [1970: 388-390], Biblioteca Universitaria. Coimbra [1970: 408], Biblioteca Pública. Nueva York [1971: 151-152], Biblioteca Central de la Marina. Lisboa [1972: 97-98], Piacentini [1972: 47-48], Longeon [1973: 48], Chiodi [1973: 229], Savelli [1974: 222], Colombo [1974: 63], National Union Catalog [1975: 212-220; 1981: 139], Domínguez Guzmán [1975: 158-159, 162, 171, 177, 188-189, 194], Biblioteca Nacional. Madrid [1977: 1236-1284], Moranti [1977: 909-910], Jones [1978: 249], Biblioteca Universitaria. Gante [1979: 463-465], Linet [1980: 258], Biblioteca Municipal. Grenoble [1981: 700-701], Pumpřla y Kašpar [1981: 163], Romero

y *cesárea*<sup>2</sup>. Estos dos éxitos de librería habían proporcionado a nuestro autor una celebridad que, obviamente, facilitó mucho la difusión del nuevo libro en toda Europa. Desde su primera edición (Sevilla, Dominico de Robertis, 1547), la obra se estampó —dejando aparte las siete impresiones modernas, realizadas en el siglo xx— dieciséis veces en castellano (once en el siglo xvi y cinco —tres de ellas parcialmente— en el siglo xviii) y en cuarenta y cuatro ocasiones se publicó, íntegra o fragmentariamente, en lenguas extranjeras: de los *Coloquios* se hicieron ocho estampaciones al italiano, treinta al francés, dos al inglés y cuatro al holandés. La mayoría de estas ediciones foráneas vieron la luz desde mediados del siglo xvi hasta finales del xvii. Esta crecida suma de ediciones demuestra, de manera elocuente, hasta qué punto los *Diálogos* fueron bien acogidos por el público lector dentro y fuera de nuestro país, consiguiendo una aceptación solo comparable a la obtenida excepcionalmente por algunas de las obras maestras de nuestra literatura en aquel periodo. En cierto modo —al igual que ocurrió con la *Silva*— también con sus *Coloquios* Mejía fue uno de los primeros en inaugurar o reinstaurar —ahora en lengua vulgar— un género de larga y consolidada tradición clásica, al que el humanismo del Quinientos había dado calurosa acogida —Erasmus y Vives son dos casos singulares—, pero siempre escrito en el envoltorio formal del latín. Mejía —con clara visión comercial de escritor y con decidida voluntad de humanista por difundir la cultura— vuelve a dar en la diana con esta nueva obra, que él promete ampliar si fuera bien aceptada, intención que la muerte le impidió cumplir. Y si los *Coloquios* unieron su fortuna a la de la *Silva* y la *Historia imperial* —con cierta frecuencia, la *Silva* y los *Coloquios* se

---

Frías [1982: 219-220], Kašpar [1983: 199-202], British Library. Londres [1983: 441-445; 1989: 134-135], Simón Díaz [1984: 499-517], Porqueras Mayo y Laurenti [1984: 191-208], Brunori [1986: 108], Biblioteca Estatal. Baviera [1988: 309-310], Biblioteca Municipal. Toulouse [1988: 69-70] y Giri [1989: 79; 1992: 106-107].

<sup>2</sup> Sobre las técnicas narrativas y los recursos retóricos empleados por Mejía en su *Historia imperial y cesárea* versa el concienzudo e ilustrativo estudio de Scaramuzza Vidoni [1989], que he reseñado con detenimiento en dos ocasiones (Castro Díaz [1992: 176-182; 1994: 261-280]).

estamparon conjuntamente en sus ediciones extranjeras—, del mismo modo, su decadencia corrió pareja, antecediendo ahora los *Coloquios* —que dejaron de publicarse en España a finales del siglo XVI— a la *Silva* —cuyo recuerdo se desvaneció pasado ya el equinoccio del XVII—, aunque en sus ediciones extranjeras ambas obras sobrevivieron algún tiempo más. Con la excepción de una fugaz resurrección de los *Coloquios* en el siglo XVIII —en esa centuria aparecieron dos impresiones completas y tres fragmentarias de los *Diálogos*, fruto, sin duda, del racionalismo y del interés de la Ilustración por la cultura clásica—, la obra cayó en el olvido en España a finales del siglo XVI y en Europa a mediados del siglo XVII, hasta que el revisionismo crítico contemporáneo volvió a exhumarla, ya más como pieza de museo que como obra viva.

Las ediciones castellanas completas de los *Diálogos*, conocidas en la actualidad, son las siguientes: 1) Sevilla, Dominico de Robertis, 7 de abril de 1547; 2) Zaragoza, Bartolomé de Nágera, 7 de noviembre de 1547; 3) Amberes, Martín Nucio, 1547; 4) Sevilla, Dominico de Robertis, 22 de agosto de 1548; 5) Sevilla, Cristóbal Álvarez, 3 de enero de 1551; 6) Amberes, Viuda de Martín Nucio, 1561; 7) Zaragoza, Viuda de Bartolomé de Nágera, 13 de febrero de 1562; 8) Sevilla, Sebastián Trugillo, 14 de noviembre de 1562; 9) Sevilla, Hernando Díaz, 10 de enero de 1570; 10) Sevilla, Fernando Díaz, 1580; 11) [s.l., s.i., s.a.]<sup>3</sup>; 12) Savilla [*sic*], Hernando Díaz, 1570 [edición del siglo XVIII, realizada entre 1760-1765 y contrahecha sobre la reseñada en el número 9]; 13) Madrid, Francisco Javier García, 1767; 14) Madrid, Cía. Iberoamericana de Publicaciones, [1928]; 15) Iowa City, The University, 1930 [edición crítica de Margaret L. Mulroney]; 16) Madrid, Librería

---

<sup>3</sup> Quizás sea esta edición —que carece de pie de imprenta y tiene todas las trazas de corresponder a mediados del siglo XVI— la que haya motivado las alusiones a las nunca encontradas estampaciones de 1576 y 1598. Nicolás Antonio se refirió a una tirada aparecida en Sevilla, 1576 —y que, siguiéndolo, recogieron Menéndez Pelayo, Deloffre, Mulroney, Salvá, J. M. Sánchez y Palau, entre otros—, y Pascual de Gayangos aludió a una impresión de Sevilla, Rodrigo de Cabrera, 1598, noticia que repitieron Escudero, Cejador, y más tarde, Deloffre y Mulroney.





Bergua, 12 de marzo de 1936 [los *Coloquios* de Mejía y la *Parénesis* de Isócrates, traducida por nuestro humanista, aparecen junto con el *Elogio de la locura* de Erasmo y los *Diálogos* de Vives]; 17) Madrid, Ediciones Ibéricas, mayo de 1945 [segunda edición, realizada sobre la señalada en el número anterior]; 18) Sevilla, Bibliófilos Sevillanos, 1947; 19) Madrid, Ediciones Ibéricas, 1959 [que se proclama como tercera edición de las señaladas en los números 16 y 17]; y 20) Sevilla, Ediciones Libanó, 1999. Asimismo, tres ediciones parciales, por lo menos, se efectuaron de los *Coloquios* —concretamente del «Diálogo de los médicos»—, todas ellas en el siglo XVIII: 21) Valencia, Antonio Balle, 1733; 22) Valencia, Salvador Faulí, 1765; y 23) Valencia, Salvador Faulí, 1788.

Tenemos constancia, al menos, de ocho ediciones italianas de los *Coloquios*, que aparecieron indistintamente con el título de *Ragionamenti* o *Dialoghi*: 1) Venecia, Plinio Pietrasanta, 1557; 2) Venecia, Andrea Revenoldo, 1565; 3) Venecia, Camillo y Francesco Franceschini, 1566<sup>4</sup>; 4) Venecia, Ambrosio y Bartolomeo dei Fratelli, 1615; 5) Venecia, Ghirardo Imberti, 1626; 6) Venecia, Ghirardo Imberti, 1638; 7) Venecia, Nicolò Pezzana, 1668; y 8) Venecia, Ioseppo Prodocimo, 1682. La traducción al italiano corrió a cargo de Alfonso Ulloa, conocido difusor de la cultura española en Italia, sirviendo la primera edición de modelo para reimprimir las siguientes, que la reproducen literalmente. Las tres primeras ediciones señaladas corresponden exclusivamente a los *Dialoghi* o *Ragionamenti*, en tanto que las cinco restantes se refieren a estampaciones conjuntas de los *Diálogos* y de la *Silva*, a la que, además, se le añadieron sucesivas continuaciones en toscano<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> De esta edición solo hemos encontrado la mención de Simón Díaz (núm. 4346) —tomada de Toda—, aunque —al parecer— también la recoge Urrutia y Bustamante en su *Catálogo*. Hemos comprobado que existe un ejemplar en la Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela (signatura Mi 14018), donde los *Ragionamenti* están encuadernados con *I quattro libri della filosofia naturale di Gioan Saravia*.

<sup>5</sup> Palau y Dulcet [1956: IX, 180] indica que tiene noticia de una edición de Venecia, 1572 (cuyo ejemplar se conserva en la Biblioteca de Palma de Mallorca), si bien supone que la fuente informativa de donde extrae el dato incurre en un error de transcripción en la fecha, por lo que debe tratarse, en

De las treinta traducciones francesas de los *Coloquios* que hemos conseguido registrar con certidumbre, cinco son versiones parciales e independientes, trece son traslados fragmentarios publicados con ediciones galas de la *Silva* (que apareció con el título de *Les diverses leçons de Pierre Messie*) y doce son impresiones completas de los *Diálogos*, aparecidos asimismo junto a la *Silva* francesa. Las traducciones parciales —independientes o acompañadas de *Les diverses leçons*— recogen solo tres diálogos, precisamente los que tratan sobre cuestiones de geofísica y geodinámica, es decir, el «Coloquio del Sol», el «Diálogo de la Tierra» y el «Diálogo natural». Esta recopilación, cuyo traslado corrió a cargo de Marie de Coste-Blanche, llevaba el título de *Trois dialogues de M. Pierre Messie, touchant la nature du Soleil, de la Terre et de toutes les choses qui se font et apparoissent en l'air*. Los *Trois dialogues* en edición independiente aparecieron en: 1) París, Frédéric Morel, 1566; 2) París, Frédéric Morel, 1567; 3) París, Frédéric Morel, 1570; 4) París, Frédéric Morel, 1579<sup>6</sup>; y 5) Lyon, Benoist Rigaud, 1593. Las ediciones de los *Trois dialogues* en edición conjunta con *Les diverses leçons de Pierre Messie*, son: 6) París, M. Prevost, 1556; 7) París, Claude Micard, 1567; 8) París, Claude Micard, 1569; 9) París, Claude Micard, 1572; 10) París, Nicholas Bonfons, 1576; 11) París, Nicholas Bonfons, 1577; 12) Lyon, Barthelemy Honorat, 1577; 13) Lyon, Barthelemy Honorat, 1580; 14) París, Claude Micard, 1580; 15) París, Nicholas Bonfons, 1583; 16) París, Nicholas Bonfons, 1584; 17) Lyon, Barthelemy Honorat, 1584; y 18) Tournon, Claude Michel, 1604. Los *Dialogues* completos, junto con *Les diverses leçons de Pierre Messie*, se editaron en: 19) Lyon, Thomas Soubbron, 1592; 20) Tournon, Claude Michel y Thomas Soubbron, 1604; 21) Tournon, Claude Michel, 1609; 22) Tournon, Claude Michel, 1610; 23) Tournon, Claude Michel, 1616; 24) Ginebra, Pierre Aubert, 1625; 25) Tournon, Claude Michel, 1625; 26) Rouen, Jean Roger, 1626;

---

realidad, de la primera edición de 1557. La Biblioteca Pública del Estado en Palma de Mallorca no tiene registrado tal ejemplar entre sus fondos.

<sup>6</sup> Seguramente, la edición de París, Frédéric Morel, 1578 —citada por Palau (núm. 167383), siguiendo a Barbier— es esta misma de 1579, pues no he encontrado otra alusión ni localización de ejemplar.

27) Lyon, Claude Michel, 1626; 28) Rouen, Jean Berthelin, 1643; 29) Tournon, Claude Michel, 1650; y 30) París, Nicholas Bonfons, 1654<sup>7</sup>.

Con el título de *A delectable dialogue. Wherein is containd a pleasaunt disputation betwen two Spanish gentlemen, concerning Phisick and Phisitions...*, apareció la versión inglesa de los *Coloquios* de que tenemos noticia. La traducción se debió a Thomas Newton y fue impresa en Londres, por John Charlewood, en 1580. Una segunda edición —realizada por el mismo impresor en el mismo lugar— apareció en 1604. Se trata solamente —como el mismo título indica— de la traducción del «Diálogo de los médicos», primero de los que componen la obra de nuestro autor.

Cuatro ediciones de los *Diálogos*, en versión holandesa, hemos podido registrar: 1) Leiden, Jan Paedts Jacobszoon y Jan Bouwenszoon, 1587; 2) s.l., s.i., 1607; 3) Leiden, Joris Abrahamsz van der Marsse, 1616; y 4) Amsterdam, Pieter Jacobs Paets, 1617. La primera de ellas es una traducción parcial, publicada juntamente con la *Silva*; se trata de una impresión realizada sobre *Les diverses leçons de Pierre Messie* (traducción francesa de la *Silva*, llevada a cabo por Claude Gruget), que contenía los tres diálogos naturales, trasladados por Marie de Coste-Blanche. La segunda edición, que apareció sin pie de imprenta en el año 1607, está basada en la versión francesa de los *Trois dialogues*, que se imprimieron separadamente. Las dos últimas ediciones neerlandesas, que recogen la totalidad de los diálo-

---

<sup>7</sup> Las dos ediciones independientes de los *Dialogues* que citan Brunet [1878: 1022-1024; 1922: 1688-1689] y otros bibliógrafos —París, Frédéric Morel, 1571 y 1577— probablemente no son totales, sino parciales, y es muy posible que no sean sino resultado de un error en fechas cometido por Brunet, con respecto a las que da Foulché-Delbosc. Por otra parte, Palau y Dulcet [1956: IX, 176] informa —en su ficha núm. 167321— de que existe una edición de la *Silva* traducida al francés con los tres *Diálogos* naturales —realizada en Tournon, Claude Michel, 1590—, indicando la localización de un ejemplar en la Biblioteca Nacional de París, que, sin embargo, no aparece en el *Catálogo* de la mencionada Biblioteca. Asimismo, Palau (núms. 167322, 167325 y 167329) es el único que habla de las tres ediciones de todos los *Dialogues* junto con *Les diverses leçons* (Tournon, Claude Michel, 1625 y 1650, y París, Nicholas Bonfons, 1654), sin que tengamos noticia de localización exacta de ejemplares.

gos, son versiones al holandés de sendas *Silvas* francesas que ya llevaban adicionados los *Coloquios* de Mejía.

No se realizaron —que sepamos— traducciones de los *Diálogos* al alemán, al contrario de lo sucedido con la *Silva*. Tampoco tenemos noticia de versiones al portugués, si bien en este caso está justificada la ausencia por la difusión que el castellano había alcanzado como lengua de cultura en todos los reinos peninsulares, de manera que cualquier persona letrada de la Península Ibérica podía leer la obra en su versión original sin mayores dificultades —independientemente de cualquiera que fuese su lengua materna—, y buena prueba de ello son los numerosos autores —especialmente portugueses— que en los siglos xv y xvi escribieron —total o parcialmente— su obra en castellano.

## 2. EL GÉNERO DE LOS DIÁLOGOS<sup>8</sup>

El género literario al que pertenece la obra de Mejía —el género de los diálogos, también llamado género *dialogístico* o

---

<sup>8</sup> A lo largo del siglo xx, los estudios sobre el género dialogístico o sobre concretos diálogos literarios se han venido sucediendo, en los principales países europeos, con mayor profusión cada vez. Por lo que respecta a la literatura española, el interés hacia este campo de investigación se ha producido con un cierto retraso, compensado con la bibliografía surgida en los últimos años (Gómez [2000: 161-162]). Entre los análisis de carácter general —aparte de los artículos de Murillo [1959] y Morón Arroyo [1973], que abrieron el camino—, hay que señalar los trabajos de Ferreras [1985c] y Gómez [1988b]: el primero —básicamente— tipifica los diálogos desde el punto de vista de su contenido y en su relación con la ideología social del momento; el segundo se centra en la descripción de la estructura del género y de su evolución histórica. Prieto [1986: 99-114], en un capítulo dedicado a los diálogos renacentistas, vincula la producción de los diálogos literarios con otros géneros de la época y con la sociedad en la que surgen. El libro de Rallo Gruss [1996] —exceptuando sus primeras páginas— es un conjunto de estudios particulares —publicados con anterioridad— sobre algunos diálogos representativos. En Vian Herrero [1982: I, 260-302] puede encontrarse una panorámica de la historia y de la poética del género dialogístico. También Cuevas García [1986: 47-58] esboza de manera sintética algunas ideas sobre el género. Recientemente, Gómez [2000] ha publicado una nueva monografía sobre los diálogos literarios españoles del siglo xvi, en la que —desde una doble perspectiva diacrónica y sincrónica— estudia la conformación y la

*dialogístico*— tenía una dilatada y gloriosa tradición desde la Antigüedad y alcanzó en el Renacimiento una proliferación espectacular. Posiblemente, la valoración del hombre en su individualidad —actitud propia del humanismo renacentista—, con capacidad para defender sus opiniones propias en contraste con las ajenas, propició la floración de diálogos en el siglo XVI, fenómeno que ya se venía apuntando tímidamente en la centuria anterior<sup>9</sup>.

El diálogo —como específico género literario— logró consolidarse desde sus orígenes como una fórmula expresiva de gran raigambre y prestigio. Dejando aparte algunos precedentes nacidos en las antiguas culturas de Oriente, este tipo de obras surgió entre los escritores y filósofos de las antiguas Grecia y Roma. Platón y Cicerón fueron sus máximos cultivadores, a los cuales debemos los dos tipos de diálogos más característicos: el *diálogo filosófico*, de procedencia platónica, y el *diálogo didáctico*, de origen ciceroniano. Siguiendo las huellas de Platón y de Cicerón, toda una plétora de autores clásicos utilizaron profusamente este género<sup>10</sup>.

---

evolución de este tipo de obras, aportando nuevos datos y puntos de vista. Un resumen de la bibliografía esencial sobre el tema se halla en Infantes [1983: 55-57] —aunque lógicamente solo alcanza hasta la fecha de publicación de este artículo— y en Martínez Torrejón [1995: 1-9], obra que insiste especialmente en la conformación dialéctica y retórica del género. Otros trabajos de importancia —pero de carácter parcial o fragmentario— quedan reseñados en las notas que siguen.

<sup>9</sup> Sobre el éxito del diálogo en el siglo XVI, la unanimidad es completa entre los críticos; a título de ejemplo, véase lo dicho por Gómez [1988b: 199-201], Río Noguera [1990: xviii], Bobes Naves [1992: 158] y Martínez Torrejón [1995: 33-34]. Uno de los primeros en dejar constancia del vigor con que se desarrolló el género dialogístico fue Bataillon [1966: 643-654], en una sección de su monumental *Erasmus y España* que va encabezada precisamente con el título de «La floración de los diálogos».

<sup>10</sup> La profesora Ana Vian me advierte que esta clasificación tipológica —por esquemática y simplificadora— debe aceptarse con las debidas reservas y a efectos puramente pedagógicos, ya que *diálogo filosófico* puede encontrarse en Cicerón y *didáctico* en Platón; por otro lado, los *diálogos platónicos* son más socráticos en sus primeras manifestaciones que en las últimas, cuyas peculiaridades sobrevivieron muchas veces en Cicerón. Para la caracterización de estos dos tipos de diálogos —el platónico y el ciceroniano— y su plasmación en obras españolas del siglo XVI, véase lo recogido en Gómez [1988b: 86-109].

El diálogo *filosófico* se empleó como un puro mecanismo epistemológico que intentaba reproducir, mediante un ejercicio de discusión conversacional, el proceso mayéutico o socrático con el cual se pretende llegar a conocer la realidad. Este tipo de diálogo se basa en la dialéctica —método mayéutico, recibido de Sócrates—, que se asienta en la confrontación de pareceres y que debe conducir al descubrimiento de la verdad; es, por lo tanto, un proceso mental y lingüístico que no impone las ideas, sino que en él un maestro pregunta para que —entre todos los discípulos— se llegue al conocimiento compartido y solidario<sup>11</sup>. Por el contrario, el diálogo *didáctico* es una fórmula expresiva muy útil para difundir una doctrina o refrendar una tesis, ya sea mediante el aleccionamiento de un maestro a su discípulo —diálogo *doctrinal*, *catequístico*, *cerrado* o *pedagógico*, de carácter dogmático—, ya sea mediante el debate o confrontación de ideas en torno a un asunto controvertido —diálogo *polémico* o *contradictorio*, de carácter antidogmático—, ya sea mediante la reproducción de un coloquio múltiple y variado en el cual diversos interlocutores exponen libremente sus puntos de vista sin aparente orden ni finalidad ideológica previa —diálogo *circunstancial* o *dialéctico*<sup>12</sup>. Cicerón, siguiendo el mismo procedimiento de Platón, dio al diálogo un nuevo sesgo: el maestro ya no pregunta, sino que enseña directamente, cesando propiamente el diálogo lingüístico; la dialéctica se ha convertido en retórica<sup>13</sup>.

---

<sup>11</sup> En estos diálogos socráticos, la pregunta es más importante que la respuesta, puesto que la actitud inquisitiva comporta una manera de estar en el mundo y un deseo permanente de conocer (Compagnon [1997: 238]). Las preguntas del maestro van encaminadas a extraer del alumno un conocimiento innato que hasta entonces ignoraba poseer; la forma mayéutica de estos diálogos —de los que Platón es su máximo exponente— dio lugar al nacimiento del pseudo-diálogo escolar (Vernant [1997: 14]).

<sup>12</sup> Estos tres tipos de diálogos —*pedagógico*, *polémico* y *dialéctico*— son los establecidos por Vian Herrero [1988a: 473]. La misma clasificación tripartita —diálogos *didáctico*, *dialéctico* y *polémico*—, aunque no asimilados a idénticos conceptos, encontramos en Compagnon [1997: 233-234].

<sup>13</sup> Esto último es, en síntesis, lo que defiende Morón Arroyo [1973: 275-277] en su análisis de los diálogos platónico y ciceroniano. Para Gómez [2000: 19] el género dialógico surge de una combinación entre filosofía y literatura o, lo que es lo mismo, de una mezcla de dialéctica, retórica e imitación poética.

Esta forma ciceroniana de diálogo sobrevive a su autor y llega hasta el Renacimiento, época en la que —como se ha dicho— contó con una excepcional acogida.

En los últimos siglos de la Antigüedad y primeros de la Edad Media se utilizó reiteradamente la forma dialogada para la redacción de obras que tenían como finalidad la defensa del cristianismo en expansión. A excepción de Boecio —cuya *De consolatione philosophiae* se inserta en la tradición estoico-senquista de raíz pagana—, la inmensa mayoría de los diálogos que se escribieron entonces corresponden a la apologética y a la patrística, cuyas obras encierran un contenido primordialmente ascético y doctrinal, con un objetivo fundamentalmente propagandístico<sup>14</sup>. Durante el Medievo, el diálogo de corte clásico decayó, dejando paso a una nueva manifestación literaria de carácter deliberativo con una clara influencia de la filosofía tomista, que se presenta, por lo general, con formas muy esquemáticas y simples y cuaja en dos tipos de obras principales: la *disputación escolástica* y el *debate poético*<sup>15</sup>. Fue en los últimos siglos medios cuando se desarrolló este tipo de literatura dialogada que empleó como medio de expresión el latín o las lenguas vernáculas<sup>16</sup>. Probablemente, la influencia

---

<sup>14</sup> En esencia, es lo defendido por Castro Díaz [1977: 30-32], Ferreras [1984: 103] y Solervicens [1997: 13-14].

<sup>15</sup> La escolástica medieval, que desarrolló un sistema dialéctico —el de la *disputatio*— de uso generalizado en la docencia universitaria, debió de influir decisivamente en el nacimiento de las disputas o debates de aquella época (Martínez Torrejón [1995: 27-29]). Es el propio Martínez Torrejón [1990: 127] quien establece la distinción taxonómica entre *debate* y *disputación*, en tanto que en otro lugar (Martínez Torrejón [1992: 21-22]) defiende la pervivencia de tres tipos de diálogos medievales —la *declamatio* eclesiástica, la disputa escolástica y los debates poéticos de la lírica cortesana— en los planteamientos de numerosos diálogos renacentistas. Con todo, el diálogo renacentista es más abierto y poliédrico que la *disputatio* medieval, normalmente basada en la rígida confrontación de dos ideas opuestas (Forno [1992: 48-49]).

<sup>16</sup> Aunque los confusos orígenes de esta corriente dialógico-sapiencial pueden ser muy anteriores, es a partir del siglo XIII cuando comienzan a verse en castellano esos «diálogos de preguntas y respuestas» o debates que —con influencias de los catecismos medievales y de los Santos Padres— tenían una clara función didáctico-escolar y que, por consiguiente, carecían de intención literaria y se proponían básicamente difundir el conocimiento de las Sagradas Escrituras y los fundamentos de la teología; posteriormente ampliaron el repertorio



de la disputación escolástica provocó el nacimiento de los debates poéticos, producciones en verso que se encuentran a medio camino entre un teatro embrionario y la poesía de cancionero, al tiempo que desarrollan —con una fuerte intención didáctica— los temas tópicos del momento; dentro de este género de los *debates*, *disputas* o *recuestas* se incluyen títulos como la *Disputa de Elena y María*, la *Razón feita d'amor con los denuestos del agua y el vino*, la *Disputa del alma y el cuerpo*, el *Diálogo entre el amor y un viejo* de Rodrigo Cota e, incluso, las *Danzas de la muerte*, entre otras<sup>17</sup>. Estas manifestaciones literarias, que —con un marcado carácter alegórico— desarrollan una controversia o argumentan a favor de una tesis, guardan solo lejanas relaciones con el diálogo de la Antigüedad clásica que pretendió resucitar el Renacimiento<sup>18</sup>. Por el contrario, en

---

de temas, abriéndose al tratamiento de cuestiones morales y profanas. Por último, es posible que esta tendencia sapiencial —con el injerto de la cuentística oriental— diese paso a la utilización del diálogo como pretexto para cohesionar los relatos gnómicos y ejemplares que se presentaban agrupados en colecciones y cuyos frutos más granados fueron el *Sendebär*, el *Calila e Dimna* y *El conde Lucanor*. Algunos de estos aspectos pueden verse más extensamente en Bizarrí [1995: 13-25]. Con anterioridad, Esteva [1983: 36] ya había apuntado el carácter didáctico-moral de los debates y su origen escolástico.

<sup>17</sup> Trata este asunto López Estrada [1979: 468-473], en su análisis de las formas dialogadas de la literatura medieval. Véase también Gómez Moreno [1994: 197-214], sobre el diálogo en el siglo xv.

<sup>18</sup> López Estrada [1974-1975: 162-163] establece una distinción entre el valor alegórico de los coloquios medievales y el carácter intelectual —de debate humanístico— presente en el diálogo renacentista. Por las declaraciones de algunos autores —como Hernando Alonso de Herrera en su *Breve disputa en ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces* (1517)— puede deducirse que el humanismo pretendió desligarse de la disputa escolástica, presentando las obras dialogadas —incluso aquellas que conservan su formulación por medio de preguntas y respuestas— como una búsqueda de la verdad, a la manera socrática (C. Baranda [1992: 21]). Por lo tanto, aunque no puede hablarse de una separación radical entre los diálogos medievales y los renacentistas —pues en estos se hacen presentes esquemas de planteamiento y asuntos heredados de aquellos (Gómez [1988a: 85; 2000: 162, 166-167])—, sí existen diferencias de fondo, derivadas del pensamiento de la época, que influyen en la disposición formal de los mismos (Ferrerías [1984: 112-113, 117]). Con todo, la falta de un estudio general sobre las obras dialogadas de la Edad Media —aunque últimamente han comenzado a aparecer algunos trabajos parciales— impide hacer afirmaciones categóricas y nos obliga a ser prudentes en las consideraciones sobre el particular; desde luego —aunque



el siglo xv comienzan a aparecer algunos diálogos que sí tienen una estrecha vinculación con los modelos clásicos<sup>19</sup>. En el siglo xvi —con el triunfo del movimiento renacentista—, se produce una auténtica eclosión del diálogo literario —especialmente el de corte didáctico— en todos los países europeos —y singularmente en España—, empleando indistintamente para su formulación —como en la centuria anterior— la lengua latina o la vulgar<sup>20</sup>. Petrarca fue uno de los grandes cultivadores del género y de aquí procede también su aceptación entre los humanistas italianos, primero, y el resto de los europeos, después<sup>21</sup>; casi todos ellos lo utilizaron como una de las fórmulas expresivas predilectas para difundir —convenientemente actualizado— el inmenso cúmulo de conocimientos que habían extraído de los libros antiguos<sup>22</sup>.

---

existan diferencias de bulto—, también pueden documentarse coincidencias que permiten sospechar que más bien se produjo una evolución —acorde con la de los tiempos— de los diversos tipos de obras dialogadas, en su prolongada transición de la Edad Media al Renacimiento (Vian Herrero [1991: 61-64] y Solervicens [1997: 13-15]). Últimamente, en todo un capítulo dedicado al respecto, Gómez [2000: 37-64] insiste en que el peso de la carga medieval sobre los diálogos del siglo xvi es muy considerable, produciéndose la confluencia de esta tradición y de la herencia clásica en el siglo xv.

<sup>19</sup> Vian Herrero [1995: 97-107] ha estudiado algunos casos representativos de coloquios castellanos del Cuatrocientos y principios del Quinientos, encontrando en ellos la pervivencia de algunas tendencias medievales y el anuncio de ciertas características del Renacimiento que se desarrollarán en la producción dialogística del siglo xvi. Por su parte, Morreale [1957a: 397] ya señaló la influencia del humanismo italiano en el nacimiento del género dialogístico en España a lo largo del siglo xv, fenómeno que se vio reforzado en el Quinientos por la difusión de los diálogos de Luciano y Erasmo.

<sup>20</sup> Durante el siglo xv y principio del xvi fueron más frecuentes los diálogos escritos en latín, pero paulatinamente cedieron el paso a los redactados en castellano. No son insólitos los coloquios publicados en las dos lenguas, como la *Breve disputa* de Hernando Alonso de Herrera (C. Baranda [1992: 25]).

<sup>21</sup> J. M. Reyes Cano [1986: 48], Ferreras [1989: 7], Cerrón Puga [1995: 34<sup>57</sup>] y Vianello [1993: 9] insisten en ponderar el papel de Petrarca como puente entre el diálogo clásico y el renacentista.

<sup>22</sup> El polifacético interés cultural del Renacimiento se manifiesta en la extraordinaria variedad temática —religión, filosofía, ciencia, medicina, literatura, arquitectura, milicia, etc.— de los diálogos españoles del siglo xvi (Gómez [2000: 165-167]).

El diálogo renacentista en España es fruto de la simbiosis entre el diálogo clásico antiguo —en sus diversas manifestaciones, especialmente la ciceroniana, revitalizada por los autores italianos— y el coloquio erasmiano —que busca la intencionalidad satírica y la crítica social y religiosa, con raíces en Luciano de Samosata<sup>23</sup>. El carácter polemista del diálogo platónico no desaparece del todo en el siglo XVI, época en que este tipo de obras se convierte en un género literario que se emplea para dar vida y movimiento a la expresión de las ideas; su huella se detecta especialmente en aquellos diálogos en que se tratan temas conflictivos sobre los que no existen tesis preestablecidas<sup>24</sup>. El género dialógico comenzó a decaer a finales del Quinientos, dando paso al ensayo, nuevo género derivado de aquel<sup>25</sup>. Pero en la primera mitad del siglo XVI —junto a las emergentes formas clásicas— todavía se hace patente la carga medieval en algunos autores, entre los cuales Cristóbal de Castillejo representa un buen ejemplo con su *Diálogo de mujeres*, una de las pocas obras dialogadas escritas

---

<sup>23</sup> Sobre esa multiplicidad de influencias en los diálogos renacentistas españoles tratan Murillo [1959: 57-60], Gómez [1988b: 86-88] y Martínez Torrejón [1995: 33-37]. Una buena síntesis de las características diferenciadoras de ambos modelos dialógicos —el lucianesco y el ciceroniano— puede encontrarse en Gómez [2000: 90-107]. La culminación del proceso de intransigencia religiosa que se produjo hacia mediados del siglo XVI debió de ocurrir en toda Europa y una prueba de ello —muy ilustrativa, por su vinculación con Erasmo— es la persecución que por esas fechas comenzó a realizarse contra las obras de Luciano, que hasta entonces había sido admitido sin mayores problemas e, incluso, celebrado por muchos (Vian Herrero [1982: 291-292]); Mejía fue, precisamente, uno de los que por aquellos años asociaron a Luciano con el ateísmo (Vian Herrero [1999: 42]).

<sup>24</sup> Con todo, los diálogos españoles de raíz platónica —en los que se emplea la mayéutica socrática— fueron muy escasos (Gómez [2000: 87-90]).

<sup>25</sup> Es lo que piensa, con fundadas razones, Morón Arroyo [1973: 278-279], a quien otros —como Rallo Gruss [1984a: 162-165], aunque refiriéndose a las misceláneas en general— han seguido después. Con anterioridad, Clément [1901: 214-217, 224-233] había señalado la línea evolutiva que une a la *Silva* de Mejía con los *Essais* de Montaigne. Por su parte, Vian Herrero [1994d: 45-66], reconociendo las similitudes existentes entre el ensayo y el diálogo literario, ha establecido algunas de las particularidades esenciales que diferencian a ambos géneros.

en verso que se registran durante aquella centuria<sup>26</sup>. Pero, como la finalidad principal del diálogo literario es de índole pedagógica, los escritores buscan una forma expresiva —la dialogada— que sea simple, natural y atractiva, de acuerdo con los ideales estéticos del Renacimiento; de esta manera —según propia confesión de los autores de diálogos— las obras se hacen más accesibles y pueden llegar a un público más nutrido. Este es el motivo de que la gran mayoría de los diálogos renacentistas estén escritos en prosa, aparte de la convención propia del género dialogístico, que impone aparentar la reproducción de una conversación supuestamente real<sup>27</sup>.

De entrada, la imprecisión terminológica con la que se ha designado este género ha perjudicado su caracterización, inconveniente que perdura hasta nuestros días, dado que seguimos utilizando indistintamente los vocablos *diálogo* o *coloquio* para referirnos a la realización de un acto de habla concreto entre varias personas, para indicar una forma de expresión escrita que puede aparecer en cualquier tipo de obra, para designar una reunión o foro de debate científico-profesional y para

---

<sup>26</sup> En el *Diálogo de mujeres* de Castillejo se funden, a la par, elementos propios del debate medieval y del coloquio moderno de raíz erasmiana (R. Reyes Cano [1980: 14-22; y 1986: 21-27]). La utilización del verso en el *Diálogo de mujeres* tal vez se deba —aparte del peso de la tradición cancioneril de origen medieval— a un especial afán divulgativo, ya que el texto podía ser cantado y, por lo tanto, memorizarse y difundirse mejor (Castro Díaz [2003: 171-173]).

<sup>27</sup> Ferreras [1985c: 985-993, 1058] —con abundantes testimonios de escritores de diálogos quinientistas— subraya la intención pedagógica con la que mayoritariamente se escribieron estas obras en el siglo XVI —tesis compartida por Gómez [2000: 24]— y, consiguientemente, la búsqueda también de la naturalidad expositiva. Dada la ilusión de conversación real que los diálogos literarios pretenden transmitir (Gallego Barnés [1993: 110-111]), es lógico que estos aparezcan redactados en prosa (Vian Herrero [1992: 8; 1994c: 1173]); cuando —en algunos casos aislados— lo están en verso, el autor se siente obligado a justificar este atentado contra la elocución natural de cualquier intercambio lingüístico (López Estrada [1988: 337-339]) o dota a su verso de la fluidez propia de la conversación familiar, como hace Cristóbal de Castillejo en su *Diálogo de mujeres* (R. Reyes Cano [1980: 20-21]). De hecho, el diálogo literario —en tanto que pretende reproducir una conversación familiar— es una consecuencia lógica de la búsqueda de naturalidad en la formulación retórica de la obra literaria renacentista (Gómez [1994: 137]).

definir un género literario específico, sin que en este último caso se haya hallado una fórmula de aceptación universal para denominar este tipo de obras. Contribuye especialmente a esta confusión el hecho de que el diálogo, como forma de expresión escrita, se utiliza no solo en el homónimo género literario, sino también en todos los demás<sup>28</sup>.

Como en las obras teatrales, la elocución dialogada es consustancial con el género dialógico; pero, a diferencia de aquellas, la pieza dialogística no está destinada a la representación escénica<sup>29</sup>. Los restantes géneros literarios —dependiendo de los gustos de cada autor— solo emplean la forma dialogada de manera fortuita y ocasional. Sin embargo, la esencia del género dialógico consiste precisamente en la reproducción escrita de una conversación llevada a cabo en un tiempo pretendidamente histórico o real por unos interlocutores que se autorretratan en sus discusiones, manifestándose vitalmente por medio de la confrontación dialéctica<sup>30</sup>. El diálogo literario

---

<sup>28</sup> Sobre esta confusión han alertado Gómez [1992b: 10-11; 1993b: 74-75] y Vian Herrero [1994d: 63-64; 1994e: 1180; 2001: 143].

<sup>29</sup> Gómez [1993a: 448-449; 2000: 120-126] analiza con detenimiento los principales rasgos que distinguen las formas dialogadas que se emplean en el teatro y en el género dialógico o —según su denominación— *diálogo didáctico*. Por su parte, Forno [1992: 215-251] y Solervicens [1997: 27-29] han señalado las diferencias entre diálogo, drama y novela.

<sup>30</sup> La idea de que el diálogo literario intenta aparentar la reproducción de una charla realmente sucedida —apuntada por Avalle-Arce [1978: 62] y Barbolani [1979: 147-148; 1984: 55, 59-60], en lo que toca al *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés— ha sido especialmente desarrollada en el campo de la literatura española por Vian Herrero [1987: 45-79; 1988a: 472; 1988b: 173-186] —estudiando los recursos empleados para producir esa ilusión de conversación real—, y por Forno [1992: 27-35], en lo que respecta a la literatura italiana. Para intensificar tal ilusión de realidad, el autor aparece en ocasiones —así en el *Libro de los pensamientos variables*— como mero transcriptor de una conversación verdaderamente presenciada por él (López Estrada [1981: 283]). No obstante lo dicho, en algún caso —como el *Diálogo del Capón*— la obra se presenta haciendo ostentación de lo que verdaderamente es la conversación que reproduce: una pura ficción literaria (Infantes y Rubio Arquez [1993: 33-34]). En la constatación de que el dialogístico es un género de ficción pura —y, como tal, debe ser incluido expresamente en el campo de la literatura— insisten Vian Herrero [1992: 7], Vianello [1993: 19], Compagnon [1997: 236] y Solervicens [1997: 9-10, 21-22], si bien no siempre se le ha otorgado esta consideración a lo largo de los siglos (Schwartz [1992: 27-28]).

se convierte así en la fórmula artística más idónea para fijar un momento en la vida de unos personajes que, a través del lenguaje, dan trascendencia y actualidad a ideas de interés universal. En su formulación lingüística, el género dialógico otorga a la primera y segunda personas gramaticales un papel primordial, quedando eclipsada la tercera persona<sup>31</sup>; y como son los mismos protagonistas quienes manifiestan directamente sus propias ideas y experiencias, la conversación se impregna, gracias a su verosimilitud, de un alto poder de convicción<sup>32</sup>. El lector queda envuelto con frecuencia en la tensión dialéctica que se establece entre el *yo* y el *tú* litigantes, pues uno de los objetivos primordiales de la formulación dialogada es procurar el mayor acercamiento posible entre los personajes de la obra y el receptor de la misma, evitando que este se convierta en mero espectador. Por sus propias características, el diálogo literario se utilizó como un precioso instrumento para tratar ciertos asuntos que, por su abstracción o peligrosidad, resultaban demasiado áridos o comprometidos, formulados de otra manera<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> El diálogo exige el juego *in praesentia* de la primera y segunda personas gramaticales, debiendo entenderse que la segunda persona u oyente —que normalmente suele ser plural— intercambia periódicamente su papel con el de la primera persona o hablante (Vernant [1997: 14]); para Paul Valéry, el diálogo suponía las tres personas gramaticales: «Le moi se dit *moi* ou *toi* ou *il*. Il y a les trois personnes en moi. La Trinité» (Compagnon [1997: 231, 237]). Desde luego, en todo diálogo, el hablante —la primera persona— conversa con alguien —la segunda persona— sobre algo o alguien —la tercera persona. Sobre estas cuestiones y otras relativas a la formulación lingüística y genérica del diálogo, trata de forma aguda y clarificadora Vian Herrero [2001c: 146-148, 151-153].

<sup>32</sup> Prieto [1986: 101-105] subraya que la forma dialogada —al tiempo que era más atractiva— otorgaba una mayor objetividad a la obra; Ferreras [1990: 453] insiste en la superior capacidad del género para convencer; y Vian Herrero [1988a: 473-474] destaca la búsqueda de verosimilitud en los coloquios literarios para dar sentido y coherencia a estas obras.

<sup>33</sup> Tal parece ser, por ejemplo, el motivo por el que Juan de Valdés escogió la forma de coloquio, y no de tratado, para su *Diálogo de doctrina cristiana* (Barbolani [1979: 139-140]). La idea de que la expresión dialogada es más entretenida y facilita la comprensión de las ideas aparece reiterada en los autores de la época (Río Nogueras [1990: xix; 1991: 108]).

En efecto, el escritor puede adoptar dos posiciones en el momento de redactar su obra: dejar a sus personajes solos con los lectores o espectadores —es el caso obligado para el teatro— o quedarse como intermediario entre ambos, manifestándose como narrador —tal cosa ocurre con el relato breve o largo—, quien, a través de los *verba dicendi*, nos explica los estados de ánimo, las sensaciones, las ideas y las acciones de los protagonistas de la pieza<sup>34</sup>. Los diálogos literarios practicaron, desde la Antigüedad, ambos tipos de formulación, mediante el uso del estilo directo —sin *verba dicendi*— o del estilo indirecto —con *verba dicendi*—, si bien en la producción dialogística española del siglo XVI se produce un claro predominio de los primeros sobre los segundos. El estilo directo se caracteriza porque, en la obra dialogada, el autor deja de representar el papel aparente de intermediario para dar paso a los personajes, que se comunican directamente entre sí ante la presencia atenta del receptor; este asiste así, en cada lectura de la obra, a una discusión dialéctica *hic et nunc*, que se manifiesta con el juego principal de los verbos en presente y la alternancia de la primera y segunda persona gramaticales<sup>35</sup>. Con el

---

<sup>34</sup> Es la misma distinción que hace Sperone Speroni en su *Apologia dei dialoghi*, clasificando los diálogos en *rappresentati* y *riferiti* (Lara Garrido [1979: 49<sup>1</sup>], Barbolani [1985: 44] y Solervicens [1997: 19, 24-25]), si bien esta tipificación de los diálogos —que ellos llaman *dramáticos* o *directos* y *referidos*— puede rastrearse ya en Diógenes Laercio y Plutarco (Vian Herrero [2001c: 148<sup>13</sup>]). El diálogo redactado en estilo directo —sin *verba dicendi*— se encuentra ya en Platón, y de él lo toma Cicerón; la predilección que por esta fórmula elocutiva manifestó Petrarca en su *De secretu conflictu curarum mearum*, confesando explícitamente seguir en ello a los dos autores clásicos citados, debió suponer un refrendo importante a favor de este tipo de diálogos, que mayoritariamente prefirieron los autores del siglo XVI, algunos de los cuales confesaron el engorro que suponía la continua utilización de verbos de habla (Barbolani [1984: 53-54]). La misma preferencia por el *diálogo directo* encuentran Romero Tobar [1984b: 250-251] y Gómez [2000: 20] en los autores de diálogos renacentistas, aduciendo textos probatorios. Ocasionalmente, la perspectiva del narrador puede alterarse dentro de una misma obra, como ocurre en la *Philosophía de las armas* de Jerónimo de Carranza: en los dos primeros diálogos el narrador está presente con sus propias opiniones y la utilización de *verba dicendi*, pero en los dos últimos desaparecen el narrador explícito y los *verba dicendi*, adoptando la forma de diálogos *rappresentati* (Chauchadis [1993: 76-77]).

<sup>35</sup> Ferreras [1985c: 986] —alegando, como confirmación, un texto de la época— ha insistido en esta idea de que se utilizó conscientemente la forma

estilo directo los hablantes se hacen más reales, las ideas se actualizan y los episodios son más vivos, pues todo lo escrito aparece encarnado en unos personajes que mantienen una permanente existencia en el presente, negando la perspectiva histórica que se añade a la obra —cuando esta se escribe en tercera persona— como un conjunto de hechos pasados o cuando las ideas planteadas lo son por un autor que defiende directamente sus personales presupuestos. Por lo tanto, la expresión dialogada introduce en el mecanismo de la comunicación un procedimiento técnico de primera magnitud: la formulación en presente del juego dialéctico entre la primera y la segunda personas gramaticales. Esto confiere a la obra literaria que lo emplea un sello de verosimilitud que acorta las distancias entre el público y lo que se dice<sup>36</sup>. En realidad, los personajes van desvelando progresivamente su pensamiento ante el público por medio de la palabra y, mediante ella, se anticipan a las preguntas que el lector podría hacerse y lo reemplazan en la conversación al adoptar diferentes papeles, con alguno de los cuales el receptor de la obra puede llegar a identificarse. La libertad del lector para vincularse afectivamente con uno o varios de los personajes depende de la manera en que el autor haya sabido tipificar a sus protagonistas, haciéndolos más o menos atractivos o persuasivos, más objetivos o más apasionados, más espontáneos o más reflexivos, lo cual suele estar también relacionado con los asuntos que se traten, pues los hay que se prestan especialmente a la polémica<sup>37</sup>. En el género dialogístico, antes que los caracteres,

---

dialogada para producir en el lector la sensación de hallarse presente en la discusión, fenómeno constatado también por Lara Garrido [1979: 53] en los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto.

<sup>36</sup> Como ha visto Sevilla Arroyo [1997: 72-87], este es el caso del *Viaje de Turquía*, obra en la que se funden a la perfección el elemento dialogado, de carácter doctrinal (Pedro de Urdemalas informa sobre la vida y costumbres de los turcos), y el elemento autobiográfico, de carácter novelesco (el mismo Pedro relata sus peripecias entre los turcos); de esta manera, el diálogo aporta actualidad y la autobiografía verosimilitud.

<sup>37</sup> El diálogo —según confiesa Juan de Jarava en su *Coloquio de la mosca y la hormiga* (1544)— era el género idóneo para tratar cualquier materia polémica o controvertible (Vian Herrero [1988a: 454]); este tipo de obras se empleó

interesan las ideas y estas —que tienen, indefectiblemente, opiniones a favor y en contra— suelen estar encarnadas por personajes concretos cuya misión primordial consiste en defenderlas dentro del juego dialéctico conjunto que ha de llevar a unas conclusiones finales previstas de antemano por el escritor<sup>38</sup>.

El lenguaje empleado en el diálogo puede ser conversacional o formal. El primero —el que hablamos a diario— se caracteriza por su espontaneidad y viveza, por el uso de preguntas y respuestas cortas, por el empleo de recursos expresivos y mímicos —como las exclamaciones—, por una sintaxis precipitada e, incluso, incorrecta —con aparición de elipsis y anacolutos— y por un vocabulario poco seleccionado y reiterativo. El lenguaje formal viene avalado por una mayor reflexión, es más normativo y regular, la sintaxis se complica con frecuencia y el vocabulario es más culto y selecto, al tiempo que los recursos retóricos —más abundantes— proporcionan una mayor solemnidad a la elocución del discurso. Sin negar al segundo, los diálogos literarios tienden por lo general —en su intento de imitar una conversación real— a utilizar un lenguaje espontáneo y natural, adaptándose en cada caso —por imperativos del decoro poético— a la condición social del que habla<sup>39</sup>.

---

frecuentemente —con una intención didáctica— como medio de difusión de ideas de reforma social y de crítica de costumbres (Vian Herrero [1992: 9], Ferreras [1992: 13] y Solervicens [1997: 15-17]). El cuidado en la tipificación de los personajes —buscando la posibilidad de que los lectores se identifiquen con alguno de ellos para conseguir un más contundente objetivo didáctico— ha sido subrayado, con ejemplos de la época, por Ferreras [2000: 291].

<sup>38</sup> Gómez [1988b: 13, 53] ha defendido la primacía de lo ideológico sobre la acción en los diálogos, así como el establecimiento previo de unas conclusiones por parte del autor.

<sup>39</sup> Sobre esta última idea versan Ferreras [1985b: 350; 1992: 14], Vian Herrero [1987: 72-75; 1988b: 175-176; 1994c: 1177-1178; 1994d: 112], Gómez [1988b: 18] y Bobes Naves [1992: 175]. Desde luego, el lenguaje empleado por los interlocutores es un ingrediente básico para su caracterización (Vian Herrero [1994b: 112]). En su pretensión de intensificar esa ficción conversacional, algunos diálogos emplean conscientemente un registro lingüístico marcadamente coloquial, como en la *Breve disputa en ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces* (1517) de Hernando Alonso de Herrera (C. Baranda [1992: 26-27]). Larra Garrido [1980: 213-214] declara que las comparaciones, los cuentecillos tradicionales,



El género dialogístico reunía, además, una serie de peculiaridades que lo convertían en el molde ideal para la consecución de determinados objetivos literarios y extraliterarios. Se trataba de un género libérrimo que se sometía dócilmente a las exigencias del autor, sin condicionarlo en exceso. La obra dialogada podía redactarse en prosa o en verso, si bien —como queda dicho— en el Renacimiento fue más usual su formulación en prosa; no tenía limitaciones de tiempo y espacio, puesto que el tiempo y el espacio no son determinantes en este tipo de obras, que carecen propiamente de acción, aunque en ellas se pueden contar muchas cosas<sup>40</sup>; tampoco existían cortapisas en cuanto a la expresión lingüística, que podía ser culta o vulgar, o en cuanto a los personajes, cuyo número, caracterización y grado de participación quedaban al arbitrio del escritor. Tanta o más libertad había en la elección de los temas, y aquí residía indudablemente el mérito fundamental del género, pues admitía en la práctica todo tipo de

---

los proverbios y los refranes son los ingredientes básicos que caracterizan el lenguaje coloquial, del que se hace uso generalizado en los diálogos renacentistas y de los que un ejemplo, entre muchos, son los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada (Romero Tobar [1984b: 252-254]). Ese lenguaje natural y familiar —del que los refranes y cuentecillos son muestras primordiales— proviene de los *Colloquia* erasmianos (R. Reyes Cano [1980: 21-22]). Con todo, el intento de imitar el lenguaje coloquial no impide —sino todo lo contrario— el empleo de muy diversos recursos retóricos (Morreale [1957a: 409-417]); asimismo, el género permite distinguir —según el desarrollo y circunstancias de cada obra— diferentes tipos de parlamentos que se entremezclan continuamente y se acomodan a las intenciones argumentativas del autor (Morreale [1957a: 398-406]). La mimesis conversacional obliga a aparentar una naturalidad que haga verosímil el lenguaje empleado por los interlocutores; pero el texto —por su condición literaria y argumentativa— se encuentra sometido a una estilización artística (Vian Herrero [1992: 10; 1994d: 112-114]).

<sup>40</sup> La ausencia de acción en estas obras viene impuesta por su condición de literatura conceptual, esto es, por ser una literatura sometida al fin práctico de la difusión de ideas (Ferrerías [1981: 8; 1985a: 173]), lo que determina también la escasa importancia que el tiempo y el espacio adquieren en los diálogos literarios (Ferrerías [1984: 100]). La inserción de relatos dentro del marco dialogal —que, como se ha dicho, es, en puridad, solo conversación, sin ninguna acción— fue una posibilidad no desaprovechada por algunos coloquios renacentistas, precisamente los más próximos a la novela en la creación de verdaderos caracteres (Ferrerías [1985b: 352-358; 1990: 452-453]).

asuntos, incluso los más diversos y opuestos, permitiendo que todo el diálogo se dedicase —de forma exclusiva y monográfica— a uno solo de ellos o —por el contrario— arracimando e hilvanando muchos a un mismo tiempo<sup>41</sup>. La forma dialogada permitía pasar, cuando el autor lo requería, de la discusión interpersonal a la narración en tercera persona, saltando sin dificultad de un plano discursivo a otro mediante el sencillo recurso de convertir en narrador a uno cualquiera de los dialogantes<sup>42</sup>. Por lo que toca a la extensión, tampoco te-

---

<sup>41</sup> La libertad compositiva y la variedad temática que ofrecía el género dialogístico han sido subrayadas, entre otros, por J. M. Reyes Cano [1989: 542; 1992: 12], Lara Garrido [1982: 116-118], Costa [1995: 265] y Ferreras [2000: 295-296]. Las preceptivas clásicas no habían prestado atención especial al género de los diálogos literarios, de manera que en el Renacimiento este tipo de obras gozó de escasas reglas a las que someterse, pues la práctica precedió a la teoría: el hecho es que se escribieron muchos diálogos antes de que aparecieran —ya bien entrada la segunda mitad del siglo xvi— las primeras poéticas sobre el género (Forno [1992: 24-26] y Vianello [1993: 11]). La flexibilidad del diálogo literario permitió, incluso, utilizarlo dentro de una pieza de índole distinta, dando lugar a una producción híbrida o mixta; tal es el caso del *Diálogo intitulado el Capón* de Francisco Narváez de Velilla, obra de carácter dramático donde aparecen cinco diálogos intercalados (Vian Herrero [1994c: 100-104]). La contaminación y transposición de géneros también es frecuente en los diálogos; así ocurre en el *Coloquio de la mosca y la hormiga* de Juan de Jarava, donde lo que fue originariamente una fábula se ha convertido en un diálogo literario (Vian Herrero [1988a: 470]). De la variedad de temas que podían ser tratados en los diálogos es buen ejemplo la panorámica que pinta —mediante la elección de algunas obras representativas— Vian Herrero [1993: 193-215], por lo que toca a asuntos relacionados con el continente americano, recién descubierto, y las repercusiones de todo orden que ese hecho histórico trajo consigo. La elección de un tema condicionaba, desde luego, la tipología de los personajes, quienes —por decoro literario— debían guardar relación social o profesional con el asunto que se trataba (Forno [1992: 59-61]).

<sup>42</sup> Es la forma más simple de la articulación de un relato dentro de un diálogo, cuyo ejemplo más extenso y logrado en los *Diálogos* de Mejía se encuentra en el episodio del truhán de Ferrara que se refiere al final del «Diálogo de los médicos». Pero la imbricación de estos relatos breves en la trama principal de una obra admite diversos grados de fusión, como han señalado Cacho Palomar [1986: 115-137] —por lo que respecta a *El Escolástico*, *El viaje de Turquía* y *El Crotalón*— y Gómez [1992a: 75-99], con ejemplos de los *Coloquios de Palatino y Pinciano* de Arce de Otálora —ilustrativos de la diversidad de tipos y funciones de estas piezas narrativas cortas—, y de los *Coloquios satíricos*

nía el género reglas fijas, quedando también esto a la libre determinación del escritor: las piezas cortas podían agruparse en recopilaciones, que solían presentarse —para justificar la adición— tenuemente enlazadas por los asuntos que se trataban o por los personajes que aparecían en ellas; pero si la extensión era considerable y el tema poseía la entidad suficiente, el coloquio podía aparecer sin otra compañía. De todos modos —tanto en uno como en otro caso—, lo común es que cada pieza dialogada desarrolle solo un asunto principal, al cual se subordinan las digresiones o cuestiones menores que pudieran tratarse, desempeñando —en este sentido— la misma función que otros géneros didácticos, algunos aún por nacer.

Junto con otros, el género dialógico era, efectivamente, muy propicio para la didáctica y vino a suplir las funciones que más tarde estarían encomendadas al ensayo y al artículo periodístico<sup>43</sup>. Una de las grandes preocupaciones del huma-

---

de Torquemada, de *El Crotalón* y de las *Noches de invierno* de Eslava (Gómez [2001: 247-269]); lo mismo hacen Lara Garrido [1982: 118-130] —en relación con los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto—, Martínez Torrejón [1993b: 635-639] —estudiando algunos casos en *El Escolástico* de Villalón—, Peinador Marín [1993: 769-776] —ateniéndose a los *Colloquios* de Collazos—, Gómez [1993b: 73-89] —analizando el sentido de los relatos cortos en obras dialogadas del reinado de Felipe III— y Malpartida Tirado [2002: 200-206] —en lo tocante a los *Coloquios satíricos* de Torquemada. Sevilla Arroyo [1992: 18-19] hizo ver cómo la inclusión de autobiografías novelescas en los diálogos del siglo XVI supuso una nueva fórmula —de carácter híbrido— en la creación literaria de la época. Últimamente, Gómez [2000: 127-160] ha vuelto a insistir acerca de la *contaminatio* que se produce entre los diálogos renacentistas, por una parte, y la novela y las formas narrativas breves, por otra. Estas narraciones breves, que buscan primordialmente entretener y divertir, ponen de manifiesto un cambio de mentalidad en el Renacimiento, época en que se relaja la condición moralizadora y ejemplarizante inherente a la literatura medieval (Gómez [1998: 23-24]). Para la inserción de relatos en la *Silva* de Mejía, consúltese lo analizado por Cummings [1979: 90-135].

<sup>43</sup> Ferreras [1989: 9; 1993: 95-102] —al estudiar algunos diálogos concretos— ha subrayado el valor didáctico que los escritores del siglo XVI otorgaron al género de los coloquios. Esa misma intención pedagógica —observable en la mayoría de este tipo de obras (Vian Herrero [1992: 8-9]; Gómez [2000: 163-164])— parece perseguir Juan de Jarava al escribir algunos de sus diálogos (Vian Herrero [1988a: 454-455]). Para Forno [1992: 21-23] el modelo cultural de la *civitas* y la *humanitas* presenta su trasunto idealizado en numerosos diálogos renacentistas.

nismo renacentista había sido la divulgación del conocimiento. Para los humanistas del siglo xvi, los ideales de *humanitas* y *universitas* no podrían lograrse en un mundo de hombres ignorantes. A fin de alcanzar la dignificación del ser humano en una sociedad más justa y equilibrada, había que atender con urgencia a la educación de los individuos. Y aunque las circunstancias históricas no permitieron lograr completamente esta meta tan vasta como idealista, al menos alcanzó a una minoría de personas selectas, generalmente extraídas de la alta burguesía y de la nobleza, que en muchos casos nutrieron la clase dirigente de la sociedad del momento. La intención de desterrar la ignorancia del vulgo dio como resultado la creación de una literatura *verdadera*, en la que lo prodigioso y sobrenatural quedaba desterrado. Y dentro de esa literatura *verdadera*, ocupan un destacado lugar las obras dialogísticas, uno de cuyos primeros cultivadores —y no por casualidad— fue Erasmo de Rotterdam, quien, si parece que no llegó a percatarse desde un principio de la importancia que el género podía tener como medio de difusión cultural a través de la imprenta, sí comprendió tempranamente su trascendencia didáctica, pues comenzó a componer sus *Colloquia* para enseñar el latín a sus discípulos, y fue más tarde cuando les dio una formulación literaria y los mandó imprimir<sup>44</sup>. Este fue, sin duda, un motivo más para la rápida y calurosa acogida que el género obtuvo en toda Europa<sup>45</sup>.

---

<sup>44</sup> Cuando los *Coloquios* de Erasmo fueron prohibidos en España, su lugar —como libro de enseñanza del latín— vino a ser ocupado por los *Diálogos escolares* o *Exercitatio linguae latinae* de Juan Luis Vives, obra reeditada numerosas veces en los siglos xvi y xvii desde su publicación en 1538. Con el tiempo, los *Diálogos* de Vives fueron perdiendo utilidad pedagógica y ganando el valor costumbrista y documental que hoy se les otorga (Bravo-Villasante [1983: 7-11]). Sobre la historia, características y función del subgénero de los coloquios escolares latinos y sobre las peculiaridades e influencias de las dos obras de Erasmo y Vives —antes mencionadas—, debe consultarse el trabajo de Vian Herrero [2000: 157, 159-165]. De hecho, en la enseñanza de las lenguas extranjeras durante el siglo xvi —también en el caso del español—, se emplearon con frecuencia las obras escritas en forma dialogada, a manera de manuales del uso práctico de dichas lenguas (Acero Durántez [1998: 152-153]).

<sup>45</sup> Ferreras [1985c: 985-986], Gómez [1988b: 128-132] y Rallo Gruss [1996: 7-8, 17-20] han subrayado el impulso que, para el éxito del género dialogístico,

Tampoco es casual que sea en obras dialogísticas del siglo XVI donde aparecen los primeros brotes —aunque tímidos— de retratos psicológicos en la literatura moderna, pues el diálogo lleva en su misma entraña el germen de la introspección y del análisis caracteriológico que tan decisivamente aprovechará la novela, el gran género nuevo que va madurando justamente a lo largo de esa misma centuria<sup>46</sup>. En algunos casos —al presentar a sus criaturas pensando y discutiendo—, el autor se obligaba a profundizar en su alma —o lo que es lo mismo, en su propia experiencia vital— a fin de reflejar con verosimilitud el proceso mental de los interlocutores, en una progresión continua y sabiamente graduada desde el principio hasta el final, para llegar a las conclusiones que se había propuesto<sup>47</sup>. El diálogo —así entendido— parece que debería obligar al autor a adoptar una mentalidad racionalista, pues se ve forzado a desdoblar su pensamiento en varias posibilidades, a argüirse a sí mismo y —si llegara el caso, por falta de elementos cognitivos— a suspender el juicio y no emitir una opinión concluyente, abrazando así cierto relativismo epistemológico<sup>48</sup>. El proceso mental que el autor se ve obligado a realizar en

---

supuso la publicación de los *Colloquia* erasmianos, al tiempo que han analizado sus características. Prácticamente, todos los temas importantes que estaban en el ambiente cultural de la época fueron tratados por los humanistas europeos en obras dialogadas (Barbolani [1984: 53]).

<sup>46</sup> Algunos diálogos españoles —como el *Mercurio y Carón* de Alfonso de Valdés— superaron en la creación de caracteres a los *Coloquios* de Erasmo, que les habían servido de modelo (Ricapito [1986: 501-507]). En los siglos XVI y XVII, algunos tratadistas del género plantearon la necesidad de crear esos personajes esféricos o psicológicamente complejos que aparecen esporádicamente en los diálogos renacentistas, y que se oponen a los personajes planos —meras encarnaciones de virtudes o vicios— de los coloquios medievales (Vian Herrero [1992: 9; 1994d: 105]).

<sup>47</sup> Ese irse haciendo de los personajes a través de sus conversaciones es lo que subraya Ortolá [1983: 145] en los tres interlocutores del *Viaje de Turquía*.

<sup>48</sup> La concepción del diálogo como desdoblamiento de la propia conciencia aparece ya formulada en el *Teeteto*, donde Platón hace decir a Sócrates: «Sospecho que cuando la mente piensa, está hablando consigo misma, formulando preguntas y contestándolas, y diciendo que sí o que no»; este «diálogo interior» o hablar consigo mismo —a que se reduce el acto de pensar— aparece magistralmente plasmado en el *Quijote* de Cervantes (Guillén [1988: 218-219], de quien tomo la cita de Platón).

este tipo de obras —es decir, la introspección que realiza en su propia alma y la fuerza con que a veces se plantea cuestiones esenciales, aplicándolas a su propia vida—, en ocasiones se vierte sobre el papel y se traduce en esos personajes que palpitan con sus problemas, con sus dudas y temores —que les hacen cambiar ocasionalmente de parecer—, que viven, en suma, llenos de humanidad en las páginas de algunas piezas dialogísticas. No obstante —si hemos de ser sinceros—, pocas obras dialogadas siguieron este drástico camino, pues muchas de ellas se escribieron solamente con la pretensión de defender un presupuesto ideológico que la argumentación se encargaría de refrendar posteriormente<sup>49</sup>. El dogmatismo o antidogmatismo del planteamiento no depende propiamente de la formulación lingüística de la obra —en tal sentido, es indiferente que esté escrita en forma dialogada o no—, sino del contexto histórico en que esta nace; de hecho, los diálogos polémicos y antidogmáticos aparecen sobre todo en la primera mitad del siglo XVI, en tanto que el dogmatismo propiciado por la mentalidad contrarreformista está muy presente en los planteamientos de muchos diálogos de la segunda mitad de la centuria<sup>50</sup>.

---

<sup>49</sup> No debe generalizarse, estableciendo una relación mecánica entre diálogo renacentista y mentalidad racionalista, pues son raros los casos en que esta equivalencia se produce, resultando notorio el desequilibrio entre la multitud de diálogos dogmáticos y la escasez de diálogos dialécticos (Gómez [2000: 22, 26-28, 163-166]). En tal sentido, Ferreras [1984: 99; 1985a: 173; 1985b: 350; 1985c: 1043; 1989: 8] reconoce que la mayor parte de los interlocutores de los diálogos son simples personificaciones de ideas o tesis, seres que piensan pero que no actúan. No obstante, hay excepciones —*El viaje de Turquía* y *El Crotalón*, especialmente—, en las que los personajes adquieren vida propia al hacerse más novelescos (Ferreras [1985b: 352-358]). Es Forno [1992: 49] quien defiende la concepción del diálogo literario como una obra abierta que —al presentar el proceso del pensamiento en marcha— permite hacerse eco de las dudas y objeciones del lector, representadas por las preguntas y respuestas de los interlocutores.

<sup>50</sup> Esta distinción de talante ideológico entre las producciones de las dos mitades de la centuria ha sido señalada por Murillo [1959: 62], Gómez [1988b: 153-157; 2000: 65-86, 162-163] y Bobes Naves [1992: 164-165]. La persecución inquisitorial contra los diálogos provenía de que el género era muy resbaladizo, pues el autor podía justificarse de ciertas afirmaciones heterodoxas achacándoselas al personaje que las formulaba, en cuya boca las había puesto por imposición del decoro literario, pero con las que no necesariamente tenía

La variedad de los parlamentos en el género dialógico es tan rica, que permite prácticamente todo tipo de juegos y matices en el transcurso de la conversación. *Grosso modo*, podríamos reducirlos a dos clases: los parlamentos cortos, en los que suele utilizarse una lengua sencilla y conversacional, que dan vivacidad al diálogo y se usan especialmente cuando los interlocutores discuten de igual a igual sobre asuntos de erudición, doctrina o curiosidades, aportando cada cual sus opiniones personales; y los parlamentos largos, que normalmente se caracterizan por un lenguaje literario y elevado y por una disposición y formulación retórica, que se producen cuando los interlocutores, con opiniones encontradas sobre un particular considerado importante o trascendente, han de defender sus respectivos puntos de vista<sup>51</sup>. En estos últimos casos, los parlamentos se convierten a veces en la reproducción ideal de un debate o juicio, con las respectivas intervenciones oratorias de las partes contendientes. Esta norma, desde luego, no es universal, pues con frecuencia se mezclan los diferentes tipos de parlamentos, que difícilmente pueden encontrarse en estado puro. Más aclaratoria es la filiación de estos

---

que comulgar (Morreale [1957a: 397], Barbolani [1985: 45], Vian Herrero [1994e: 1172-1173] y Solervicens [1997: 10-12]). Muy claramente lo hace notar Alejo de Venegas: «Debaxo desta forma de escrevir se suele esconder la zizaña que el diablo quiere sembrar entre el trigo, porque debaxo de agena persona osa escrevir el escriptor amator de singularidad lo que sin peligro no osaría escrevir en su propia persona» (Río Noguerras [1990: xxii]); Speroni había establecido también una clara separación entre lo que dicen los interlocutores y lo que piensa el autor, exonerando a este de cualquier responsabilidad acerca de lo que —en aras del decoro poético— aquellos pudieran expresar (Vian Herrero [1992: 8]). Sin embargo, a veces el autor se identifica claramente con las opiniones que vierte uno de los personajes de su obra; tal cosa ocurre en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, donde Alfonso de Valdés mal puede ocultar su comunión con las ideas que allí defiende Lactancio (Vian Herrero [1994b: 103, 105]).

<sup>51</sup> Estos dos tipos de parlamentos son los que también parecen encontrar Ortolá [1983: 117] en el *Viaje de Turquía* y Vian Herrero [1994b: 113-114] en el *Diálogo de Lactancio y un arcidiano* de Alfonso de Valdés. Parecida catalogación —según Vian Herrero [1994e: 1179]— establece Torcuato Tasso en su *Dell'arte del dialogo*, al hablar de dos grandes modalidades discursivas en los coloquios literarios: la *disputatio interrupta* —por preguntas y respuestas— y la *disputatio perpetua* —con largos parlamentos y oraciones amplias.



dos tipos de parlamentos: el extenso y retórico es de procedencia italiana, fue difundido especialmente a través de *El cortesano* de Castiglione y tiene su raíz en Cicerón. El parlamento breve y conversacional fue cultivado por Erasmo y es de raíz lucianesca, aunque no puede desdeñarse la enorme carga vital que supo inculcarle el roterodamense al introducir en él cuestiones y problemas contemporáneos. Como ya se ha dicho, ambas corrientes dialogísticas —italiana y flamenca— llegaron a España simultáneamente y aquí encontraron arraigo. Buena prueba de ello es la abundantísima producción de obras dialogadas que se escribieron en España durante el siglo XVI<sup>52</sup>.

Pedro Mejía fue uno de los autores que abrieron el camino al cultivo del diálogo literario en lengua española, pues pocos le precedieron en este ejercicio, excepción hecha de los *Coloquios familiares* de Erasmo —vertidos al castellano a partir de 1527— y de algunos coloquios que se escribieron antes que los suyos, muchos de los cuales tuvieron una difusión escasa por la sencilla razón de que permanecieron manuscritos<sup>53</sup>.

En su mismo título —*Diálogos* o *Coloquios*— la obra de Mejía equipara dos términos de rancio abolengo clásico para designar el tipo de obra que escribe. En un principio, podría pensarse en la posibilidad de que utiliza ambos términos para designar dos realidades distintas: el *diálogo* para las piezas en las que la discusión adopta un carácter dogmático, con una argumentación encaminada a la demostración de una tesis de

---

<sup>52</sup> Tales ideas han sido desarrolladas de forma extensa y detallada por Gómez [1988b: 94-132, 149, 163-177] y, más sintéticamente, por Cerrón Puga [1995: 33-34].

<sup>53</sup> Véase, al respecto, lo indicado por Castro Díaz [1977: 46-58] y Gómez [1988b: 150-152]. De los 173 diálogos del siglo XVI recogidos en su nómina por Gómez [1988b: 217-230] —dejando aparte los escritos en latín—, muchos de ellos no fueron publicados en su época y, de los que precedieron a los de Mejía, solo unos diez vieron la luz antes de 1540, siendo únicamente cuatro los que se estamparon antes de 1530. Esto demuestra que fue a partir de 1540 cuando el género experimentó un florecimiento progresivamente acelerado. Abundando en lo dicho, Infantes [1983: 57-60] ha atribuido a Mejía el anónimo *Diálogo en el cual se refieren las honras que se hicieron en Sevilla por la Princesa Nuestra Señora* (Sevilla, Andrés de Burgos, 1545).



validez universal, formulada por un *magister* que se dirige a un *discipulus*, el cual puede estar representado por uno o varios interlocutores; y el *coloquio*, formulado en un lenguaje familiar con la pretensión de representar una discusión *inter pares* sobre asuntos controvertidos, acerca de los cuales cada interlocutor posee una opinión distinta, por lo que la solución final queda en suspenso o bien se otorga a una persona ajena —por su autoridad moral o intelectual— la facultad de dirimir. La realidad es que en Mejía —como en la inmensa mayoría de los diálogos literarios que se escribieron en el siglo XVI— esta distinción no se compadece con la designación que se le otorga a cada pieza. En él se mezcla el coloquio familiar con el diálogo erudito, aunque haya un claro predominio de un tipo u otro en cada caso, pero siempre al margen de que se lo catalogue oficialmente como *diálogo* o como *coloquio*<sup>54</sup>. En las tres piezas referidas a fenómenos de la naturaleza predomina el carácter doctrinal y sus títulos son «*Coloquio del Sol*», «*Diálogo de la Tierra*» y «*Diálogo natural*»; en cambio, las tres piezas dialécticas —que poseen una argumentación circunstancial— aparecen encabezadas con los nombres de «*Diálogo de los médicos*», «*Coloquios del convite*» y «*Coloquio del Porfiado*».

Aunque arbitrariamente fragmentados por su autor —ya que algunos diálogos están divididos en dos o tres partes—, atendiendo a la unidad de su argumento, situaciones y personajes, los *Coloquios* de Mejía están compuestos realmente por seis piezas dialogadas de diferente extensión, que forman un cuerpo o recopilación, distribuidas de la siguiente manera:

---

<sup>54</sup> Aunque algún autor —como Luis Alfonso de Carballo en su *Cisne de Apolo* (1602)— haya vinculado el término *diálogo* con una obra de intención didáctica, con la intervención de pocos hablantes —dos o tres, a lo sumo—, e inmersa en la tradición platónico-ciceroniana, y el vocablo *coloquio* con la reproducción de una conversación espontánea surgida entre un número crecido de interlocutores —hasta seis—, que sigue la estela de Luciano y Erasmo, lo cierto es que tal distinción solo responde a una formulación teórica que casi nunca se corresponde con la realidad (López Estrada [1988: 339-340]). Efectivamente, solo en contados casos —durante el siglo XVI— puede constatarse una distinción entre *diálogo* y *coloquio* como realizaciones literarias con formulaciones bien diferenciadas (Cátedra [1994: 10<sup>21</sup>]).

1) «Diálogo de los médicos»; 2) «Coloquios del convite»; 3) «Coloquio del Sol»; 4) «Coloquio del Porfiado»; 5) «Diálogo de la Tierra»; y 6) «Diálogo natural».

Si la división que afecta a los coloquios más prolijos se hizo con la finalidad de permitir descansos en la lectura, no parece que la elección de los cortes haya sido muy afortunada<sup>55</sup>. En la primera parte del «Diálogo de los médicos» —tras el encuentro de los interlocutores y el planteamiento del tema de discusión—, comienza el desarrollo de la argumentación dialéctica con la intervención de los dos contendientes en la polémica —Bernardo y Gaspar—, quienes defienden y atacan, respectivamente, a los médicos; el Maestro Velázquez permite una segunda vuelta a los beligerantes oradores, produciéndose la réplica de Bernardo, con la que sorpresivamente concluye la primera parte del diálogo, dejando para la segunda, de manera incomprensible, la contrarréplica de Gaspar —que abomina extensamente de los médicos— y la solución de síntesis que al final adopta el Maestro Velázquez. Es esta, sin duda, una de las separaciones más incongruentes y artificiales que se han introducido en la obra.

El motivo de que sean dos los «Coloquios del convite» —la pieza más extensa y compleja de todo el repertorio— es que la acción sufre un salto temporal: el primero de ellos recoge el momento en que un grupo de amigos se encuentran y deciden celebrar un almuerzo en casa de uno de ellos al día siguiente, en tanto que el segundo escenifica la celebración de la comida proyectada el día anterior. Pero entre ambos momentos existe una continua progresión del contenido —demorada frecuentemente con incisos y digresiones—, trabazón que el mismo título parece insinuar: son dos los momentos de la charla, pero el tema que se debate es único; de hecho, la conversación sobre temas convivales, iniciada por los contertulios en la catedral de Sevilla —que recoge el primer coloquio—, continúa al día siguiente durante la celebración de la

---

<sup>55</sup> La arbitrariedad de estos cortes inesperados en el proceso argumental no es algo exclusivo de la obra de Mejía; aparece también, por ejemplo, en el *Diálogo en laude de las mujeres* de Juan de Espinosa (López Romero [1990: 18]).

comida —en la primera parte del segundo coloquio—, hasta que —ya en la segunda parte del segundo coloquio— se plantea y debate el tema principal: si es más saludable comer solo de un manjar o de muchos.

El «Coloquio del Porfiado» también está dividido en dos partes. En la primera de ellas, se nos presenta a un grupo de amigos esperando en casa de uno de ellos la llegada del Bachiller Narváez, al que Fabián —un barcelonés de paso por Sevilla— desea conocer; una vez presente el Bachiller, los contertulios lo incitan para que dé muestras de su carácter polemista y atrabiliario. El tema que se suscita —personificado en el Bachiller— es la inconveniencia de discutir solo por llevar la contraria, cualquiera que sea el asunto de debate. Los casos torcidos e injustos que el porfiado Bachiller defiende culminan, en la segunda parte del coloquio, cuando construye un discurso —perfectamente estructurado, de acuerdo con las reglas de la retórica— en alabanza del asno. Tampoco hay aquí, por tanto, un corte en la progresión dialéctica de la argumentación —como no sea la importancia y extensión del ejemplo final— que justifique la división del diálogo en dos partes.

A pesar de lo dicho, los *Coloquios* de Mejía dan la impresión de estar íntimamente trabados. Entre uno y otro diálogo se establecen con frecuencia patentes conexiones. Unas veces son los personajes, quienes participan en más de una pieza; otras son referencias a circunstancias que se produjeron en pláticas anteriores; otras, en fin, son comentarios a personajes que habrán de participar en futuras conversaciones<sup>56</sup>. El Maestro Velázquez aparece en los dos primeros coloquios, el de los médicos y el del convite; Antonino, del que se puede aventurar que es un *alter ego* del propio Mejía, interviene en el segundo, tercero, quinto y sexto, es decir, en el del convite y en los tres diálogos sobre astronomía y me-

---

<sup>56</sup> También en los *Coloquios matrimoniales* (1550) de Pedro de Luján es el tema común y la repetición de interlocutores en las distintas piezas dialogadas lo que da una especial trabazón al conjunto de la obra (Rallo Gruss [1990: 19; reproducido en 1996: 59]).

teorología; Paulo y Petronio acompañan a Antonino en los tres diálogos de física natural y Paulo aparece, asimismo, en el «Coloquio del Porfiado». Al finalizar el «Coloquio del Sol», Petronio hace una rápida alusión al Bachiller Narváez, quien habrá de desempeñar un papel primordial en el siguiente coloquio, el del Porfiado. Los tres diálogos meteorológicos, por último, están enlazados por referencias de cada uno de los dos últimos al anterior, referencias expresadas de forma explícita cuando empiezan a conversar los interlocutores, que —como se ha dicho— son también los mismos en los tres diálogos. De esta forma, el autor ha ido creando una tupida red de conexiones internas que dan la ilusión de unidad a la obra. Pero estas vinculaciones no son más que aparentes, pues si las eliminásemos, la obra no sufriría merma sustancial en su comunicación con el lector. En realidad, los *Coloquios* forman un conglomerado de pequeñas unidades particulares, lo cual constituye una característica consustancial a este tipo de recopilaciones: las unidades se dan siempre yuxtapuestas, pero nunca subordinadas.

Los *Diálogos* de Mejía presentan una estructuración clásica: la presencia del autor-narrador se hace patente, en primer lugar, en el prólogo —la carta nuncupatoria al marqués de Tarifa—, en donde —siguiendo la disposición tópica— justifica su obra e intenta captar la benevolencia del lector:

Bien conozco, ilustrísimos señores, que dedicar yo a vuestra señoría obra tan pequeña como son estos *Diálogos* míos, es tan poco el servicio que hago, que aun no mercede gozar deste nombre [...] Así que [...] suplico a vuestra señoría, aunque el presente sea pequeño, lo acepte y resciba, que la aceptación de vuestra señoría sola bastará para hazerlo a todos agradable<sup>57</sup>.

Está presente también el autor en el encabezado de cada una de las piezas dialogadas o de sus partes, en donde hace un resumen del contenido y establece las coordenadas circunstanciales, aludiendo a los interlocutores y al lugar y momento de la conversación. Así, por ejemplo:

---

<sup>57</sup> *Diálogos*, 203 y 205-206.

Coloquio del Porfiado. En el qual, introduziéndose un hombre docto, porfiado y enemigo de ageno parescer, llamado el Bachiller Narváez, con tres cavalleros, en casa de uno dellos, se tractan y porfian algunas cosas, por nueva y apazible manera, contra lo que por común opinión se tiene y platica; y al fin, por exercicio de ingenio, se haze una declamación o oración, alabando al asno; y en todo se contiene mucha doctrina y historia. Interlocutores: Paulo, Fabián, Ludovico, Bachiller Narváez<sup>58</sup>.

Mejía no adopta en su obra una formulación apoyada en un narrador interpuesto que, mediante *verba dicendi*, va dando la palabra a los interlocutores e indicando las circunstancias en que estos se encuentran. Él emplea un estilo directo, dejando hablar a sus personajes sin intermediación, como suele ocurrir en la gran mayoría de las obras dialogadas que se escribieron en el Quinientos. Excepto en el prólogo y los argumentos, el autor-narrador ocupa un segundo plano y, en lo que es propiamente el cuerpo del diálogo, se distingue, por lo general, una distribución del contenido perfectamente establecida por los tratadistas —que, en su mayor parte, son posteriores a la escritura de estas obras<sup>59</sup>, pero que Mejía, siguiendo los modelos clásicos, generalmente respeta—: 1) Una *praeparatio* prologal, en la que tiene lugar la presentación de los interlocutores, la concreción del lugar y el momento en que se produce la conversación, y la justificación de los motivos del encuentro; y 2) la *contentio*, esto es, la discusión propiamente dicha, que puede dividirse, a su vez, en a) la *propositio*, en donde se plantea el tema, y b) la *probatio* o *resolutio*, que consiste en la argumentación para probar la tesis planteada y proponer —si es el caso— una solución de síntesis<sup>60</sup>.

<sup>58</sup> *Diálogos*, 413.

<sup>59</sup> La primera consideración teórica sobre el género dialógico en el ámbito de la literatura española se encuentra en el *Arte retórica* (1578) de Rodrigo Espinosa y Santayana, quien —según la fundada sospecha de Ferreras [1985b: 349; 1985c: 977-982]— debió de inspirarse en el *De dialogo liber* (1562) de Carolo Sigonio.

<sup>60</sup> Es la división que —siguiendo el *De dialogo liber* de Carolo Sigonio— establecen Gómez [1988b: 43-50; 2000: 28-29], Vian Herrero [1994a: 117-118] y Rallo Gruss [1996: 13-14]. También Ferreras [1985c: 1052-1056] —aunque menos sistemáticamente— aborda este asunto de la configuración estructural de los diálogos.

Así, por ejemplo, es muy evidente que la breve *praeparatio* —como solía ser normal— del «Diálogo de los médicos» corresponde a la conversación que Gaspar y Bernardo mantienen durante el trayecto que les guía por las calles de Sevilla hasta la casa del convaleciente don Nuño, donde se encuentran también al Maestro Velázquez<sup>61</sup>; la *propositio* coincide con el momento en que —a causa de la reciente enfermedad de don Nuño— se plantea el tema de la medicina y si esta debe ser una ciencia ejercida por profesionales o un arte de uso común; y a la *probatio* pertenecen las dos largas intervenciones forenses de Gaspar y Bernardo —cada uno a favor de una tesis—, disputa que finalmente queda dirimida con la mediación del Maestro Velázquez, quien —haciendo una síntesis de las dos argumentaciones opuestas— adopta una solución de compromiso.

En los «Coloquios del convite», la *praeparatio* se corresponde con el encuentro entre Arnaldo y Baltasar, que se dirigen a la catedral, donde coinciden con los otros interlocutores —Antonino, Ordoño, don Bermudo y el Maestro Velázquez— y organizan un almuerzo para el día siguiente, lo cual da pie a múltiples digresiones sobre los convites que se celebraban en la Antigüedad y sobre otros asuntos conexos, que alargan extraordinariamente esta parte de la estructura dialógica hasta convertirla en la más extensa, la cual se prolonga en el segundo coloquio durante la celebración de la comida en casa de don Bermudo, en cuyo final se declara la *propositio*; por su parte, la *probatio* queda relegada —según la denominación de Mejía— a la «Segunda parte del coloquio convivial» —en realidad, la segunda parte del segundo coloquio—, en donde Antonino y Arnaldo —partidarios de la dieta única y variada, respectivamente— disputan si es más recomendable para la salud comer de un solo manjar o de muchos, cuya solución final —una vez más, de compromiso— aporta nuevamente el Maestro Velázquez.

En el «Coloquio del Sol», la *praeparatio* corresponde al momento en que Paulo y Petronio se encuentran en la catedral

---

<sup>61</sup> Así lo ve también Conde Parrado [1998: 289].

sevillana y se acercan a Ludovico y Antonino; este afirma que estaba explicando a su compañero algunas cuestiones de astronomía, quien se resiste a creerlas —es el momento de la *propositio*—; finalmente —y estamos en la *probatio*—, todos atienden a las declaraciones de Antonino y le plantean diferentes cuestiones y dudas, que él —con sus respuestas— resuelve.

La *praeparatio* del «Coloquio del Porfiado» se produce mientras Paulo, Fabián y Ludovico están esperando la llegada del polemista Bachiller Narváez; la *propositio* —inconveniencia de argüir a trochemoche y contra cualquier cosa— está personificada en el propio Bachiller, quien desde el principio comienza a dar muestras de su carácter excéntrico y discutidor; con los sensatos ejemplos que los contertulios proponen al *Porfiado* para que este los rebata de manera disparatada, entramos ya en la *probatio*, que alcanza su culminación cuando, en la segunda parte del coloquio, el Bachiller construye —con total respeto a los principios de la retórica— una oración panegírica en alabanza del asno.

El «Diálogo de la Tierra» se inicia con el encuentro de Antonino, Petronio y Paulo en el prado de Tablada —la *praeparatio*—, donde el primero, que —como antes, en el «Coloquio del Sol», y después, en el «Diálogo natural»—, adopta el papel de maestro, instruye a los otros dos sobre cuestiones de geofísica —la *probatio*—, acerca de las cuales ellos le han preguntado —la *propositio*.

Finalmente, en el «Diálogo natural» nos encontramos con un esquema igual que el anterior, pues los mismos interlocutores se encuentran en idéntico lugar ocho días más tarde —la *praeparatio*—, para que Antonino les aclare a Paulo y Petronio —la *probatio*— las dudas que los principales fenómenos meteorológicos les provocan —la *propositio*.

Aparte de otras influencias, en el siglo XVI vienen a confluír —como se ha indicado antes— el diálogo ciceroniano —a través de *El cortesano* de Castiglione— y el diálogo lucianesco —por mediación de los *Coloquios* de Erasmo. Asimismo —como también se apuntó antes—, a lo largo del siglo XVI se produjeron tres tipos básicos de *diálogos didácticos*, esto es, de diálogos cuya intención primordial consiste en transmitir una

enseñanza: el diálogo *doctrinal* —de carácter dogmático y cerrado—, el diálogo *polémico* y el diálogo *circunstancial* —ambos, de carácter abierto y antidogmático. El diálogo *doctrinal* —cuyo modelo más acabado es el catecismo— se distingue por poseer una formulación categórica, una intencionalidad pedagógica y unos temas de validez universal que normalmente transmite un maestro a un discípulo, personajes estereotipados que, en ocasiones —sobre todo en el caso del discípulo—, puede ser colectivo; el papel de este último consiste solo en asentir, confirmando la doctrina del maestro, o, por el contrario, en formular preguntas y poner objeciones, con el fin de que el maestro consiga asentar con más firmeza su argumentación, aclarando dudas y destruyendo errores<sup>62</sup>. Las raíces de este tipo de diálogo se encuentran en el diálogo platónico, al que Cicerón vació de virtualidad dialéctica, llenándolo de intención pedagógica; la influencia en él del catecismo medieval tampoco puede descartarse. El diálogo *polémico* y el *circunstancial* poseen rasgos comunes: ambos cuentan con unos interlocutores más individualizados y la discusión se realiza *inter pares*, en un momento y lugar con-

---

<sup>62</sup> El esquema básico de personajes que conforman la mayoría de los diálogos es el de maestro-discípulo(s), disminuyendo proporcionalmente la cantidad de coloquios conforme va aumentando el número de interlocutores (Gómez [2000: 25-26, 28]). Con todo, no siempre los papeles de estos dos hablantes están rígidamente establecidos en este tipo de diálogos, también llamados *pedagógicos*; las funciones asignadas al maestro y al discípulo pueden fluctuar a veces, equiparándose e, incluso, invirtiéndose por momentos, como sucede en las *Batallas y Quinquagenas* de Fernández de Oviedo (Río Nogueras [1991: 105]), en las *Locuras de Europa* de Saavedra Fajardo (Arredondo [1993: 13-14]) y en el anónimo *Diálogo de las transformaciones de Pitágoras* (Vian Herrero [1994a: 123-125]). Tampoco en el *Dórida* de Damasio de Frías parecen asumir drásticamente sus papeles los dos interlocutores (Asensio [1975: 224-226]). Sin embargo, en otros diálogos —como los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luján (Rallo Gruss [1990: 30-32, reproducido en 1996: 70-72])— la separación de papeles entre el maestro y el discípulo está muy bien delimitada. Los catecismos —estudiados en su tipología, contenido y disposición formal por Gómez [1989: 117-128]— adoptaron desde comienzos del siglo xvi la forma de coloquio por preguntas y respuestas a causa de la funcionalidad didáctica del género dialogístico; posteriormente, el contenido religioso se extendió a otros campos de la enseñanza (N. Baranda [1993: 30-31]).



cretos. Sin embargo, en el diálogo *polémico* se establece una clara confrontación de ideas sobre un asunto cuestionable —normalmente dos interlocutores argumentan a favor y en contra de una tesis que cada uno sustenta con el empleo de recursos retóricos y la alegación de autoridades—, litigio que puede terminar en una conclusión arbitrada por otro personaje, que actúa como juez, o quedar en suspenso para que los lectores reflexionen y escojan entre las dos opciones en conflicto. El ascendiente directo de Cicerón —especialmente, del *De oratore*— o indirecto —sobre todo, a través de *El cortesano* de Castiglione— es patente en este tipo de diálogos, en los que la huella de las *disputationes* escolásticas tampoco puede menospreciarse. Por último, en el diálogo *circunstancial* —más próximo a la novela y al teatro— la verdad se relativiza y fragmenta en las opiniones personales de los interlocutores —a veces contradictorias, a veces complementarias—, sin orden aparente y con una finalidad exclusivamente informativa —esto es, sin un presupuesto ideológico previo— o con una intención satírico-moral<sup>63</sup>. Los diálogos *circunstanciales* recibieron un impulso decisivo con Luciano de Samosata, actualizado y promocionado por Erasmo —de donde le vienen los ingredientes satíricos y humorísticos alusivos a la realidad social del momento—, a los que habría que añadir la tradición de los diálogos simposiacos o convivales de contenido misceláneo y erudito, cuyos modelos están en Ateneo, Aulo Gelio y Macrobio<sup>64</sup>. Aunque difícilmente los tres tipos de diálogos se dan en estado

---

<sup>63</sup> Para Schwartz [1992: 28], los diálogos circunstanciales —en los que el proceso de reconversión literaria es más fuerte— están entroncados con la sátira lucianesca, que busca el deleitar aprovechando; en estos diálogos es preciso crear figuras de escarnio que representen los vicios humanos que deben ser censurados.

<sup>64</sup> Esta clasificación tripartita de los diálogos puede deducirse, *grosso modo*, de la exposición de Gómez [1988b: 53-56, 114] y Ferreras [1985c: 1058-1075], si englobamos en las dos modalidades del diálogo *doctrinal*, que hemos señalado, los que Ferreras llama «diálogo cerrado» y «diálogo cerrado con aparente discusión», y bajo la denominación de diálogo *polémico* —en sus dos posibilidades de final cerrado o abierto— los que designa como «diálogo cerrado, basado en la discusión» y «diálogo cerrado contradictorio o falsamente cerrado»; el diálogo *circunstancial* coincidiría —al menos, en parte— con el que Ferreras llama «diálogo escéptico o abierto». Asimismo, Guillén [1988: 223-224]

puro, es cierto que hay siempre un mayor porcentaje de características que permite incluir cada coloquio particular dentro de una de estas tres clases<sup>65</sup>. En los *Diálogos* de Mejía, las tres piezas de contenido científico —el «Coloquio del Sol», el «Diálogo de la Tierra» y el «Diálogo natural»— encajan a la perfección con el carácter docente propio de los diálogos doctrinales. Por el contrario, el contenido de controversia que caracteriza a los diálogos polémicos está presente en el «Diálogo de los médicos», en la última parte del segundo «Coloquio del convite» y en el «Coloquio del Porfiado». Finalmente, las peculiaridades que definen a los diálogos circunstanciales —escasos en la literatura quinientista española— parecen predominar en el primer «Coloquio del convite» y en la primera parte del segundo.

En los diálogos literarios pueden distinguirse tres decisivos elementos estructurantes —los interlocutores, el espacio y el tiempo<sup>66</sup>— y los tres permiten al autor un tratamiento libéri-

---

—siguiendo a Bauer— distingue cuatro tipos de diálogos: cerrado, abierto, dialéctico y conversacional. La caracterización de los coloquios por su filiación genética está en Gómez [1988b: 86-149] y Martínez Torrejón [1995: 11-37]. Ferreras [1985c: 1003-1004] habla del diálogo convivial como la plasmación literaria de una realidad social en la España del siglo XVI. Los ecos del diálogo simposiaco —cuyo origen puede remontarse a Platón— llegan claramente hasta Erasmo —así en el *Convivium religiosum* o en el *Convivium fabulosum*— por intermediación de Luciano, quien renovó el diálogo platónico, introduciendo en él procedimientos y temas de la comedia ática y de la sátira menipea (Gómez-Montero [1985: 326]).

<sup>65</sup> Esa posibilidad de mezcolanza entre los distintos tipos de diálogo, dentro de una misma obra, ha sido señalada por Cuevas García [1980: 453] y Gómez [1988a: 84].

<sup>66</sup> Gómez [1988b: 25-43] —con más detenimiento y profundidad que Rallo Gruss [1996: 14-15]— analiza estos tres elementos compositivos de las obras dialogadas. También Ferreras [1985c: 1013-1052] estudia estos aspectos, considerando pormenorizadamente las múltiples variantes que se producen en muchos diálogos; reconoce, además, la superior influencia del juego temporal —por encima de personajes, espacio e, incluso, temas— en la estructuración interna de los diálogos (Ferreras [1990: 452-453]). Sobre los interlocutores —con especial atención a su tipología, caracterización y lenguaje— y la trascendencia de estos en la constitución de los diálogos literarios —desde la perspectiva de los tratadistas de la época—, ha discurrido Vian Herrero [1994e: 1175-1181]. Para la utilización del tiempo como elemento divisorio de la conversación en los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto, véase lo dicho por Lara Garrido [1979: 50].

mo de los mismos. Por lo que respecta a los interlocutores que aparecen en los *Diálogos* de Mejía, salta a la vista rápidamente que todos ellos componen un grupo social muy homogéneo, que puede identificarse fácilmente con el patriado urbano hispalense. Quiere esto decir que —con la excepción de algún clérigo, como el Maestro Velázquez— pertenecen a una nobleza media o baja, que vive de las rentas —casi todos son propietarios de fincas urbanas y rústicas—, y que, por lo tanto, disponen de mucho tiempo ocioso para dedicarlo al trato social, a las obligaciones religiosas, a las actividades físicas —algunos practican el toreo a caballo— y a las inquietudes intelectuales. Todos ellos son hombres —la ausencia de mujeres suele ser normal en este tipo de obras<sup>67</sup>— que andan en torno a la cincuentena, edad acorde con la que el autor tendría en el momento de redactar su obra. Asimismo, todos —con algunas excepciones, como la del barcelonés Fabián, que está de paso, y la de Arnaldo— son sevillanos de nacimiento o de adopción, pues en la capital hispalense residen y por sus calles se mueven con total naturalidad. Sin embargo, no deja de sorprendernos que, junto a los antropónimos castellanos —Gaspar, Bernardo, don Nuño, el Maestro Velázquez, Baltasar, Ordoño, don Bermudo, Fabián o el Bachiller Narváez— aparezcan nombres de procedencia italiana o de origen latino hispanizado —Arnaldo, Antonino, Paulo, Petronio y Ludovico. La colonia de italianos en la Sevilla áurea fue nutrida y de peso —aun hoy quedan sus huellas en la toponimia urbana—, y es posible que Mejía tuviera relación

---

<sup>67</sup> Así lo reconoce Gómez [1988c: 161-162]. Uno de los pocos casos en que aparecen mujeres son los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luján, en algunos de los cuales Dorotea ejerce, además, el papel de *magister* (Ferrerías [1985c: 1037-1039], Rallo Gruss [1990: 30-31; reproducido en 1996: 70-71] y Romero Tabares [1998: 157, 164]). Aunque los hombres sigan siendo mayoría, la aparición del personaje femenino como interlocutor no es tan infrecuente, sin embargo, en los diálogos escolares latinos de Erasmo —los *Colloquia familiaria*— y de Vives —la *Exercitatio linguae latinae*—, obras en las que la imagen social de la mujer se enaltece y dignifica, como ha demostrado Vian Herrero [2000: 158-159, 166-182]. La evolución del personaje femenino en los diálogos literarios desde la Antigüedad hasta el Renacimiento ha sido estudiada también por Vian Herrero [2001b: 505-526].

con alguno de sus componentes; sin embargo, la utilización de estos nombres foráneos parece deberse más a herencia culta y libresca que a plasmación literaria de una realidad biográfica del autor. No queremos decir que los personajes que pululan por los *Diálogos* —con nombres encubiertos— sean un trasunto exacto de las amistades del escritor. Con todo, es indudable que Mejía se inspiró en las personas que le rodeaban para la creación de sus caracteres; algunos de ellos pudieron nacer de un conocimiento fortuito, pero muchos otros parecen responder a las peculiaridades de aquellos con quienes Mejía debió mantener un trato prolongado e íntimo, aquellos que compusieron un pequeño grupo de afectos —clérigos, humanistas y nobles, que gustaban de la amena e instructiva conversación—, con los que Mejía pudo constituir una especie de embrionaria academia renacentista<sup>68</sup>. El propio autor parece haberse retratado —al menos parcialmente— en el personaje de Antonino, pues este se halla caracterizado de una manera muy similar a como Francisco Pacheco y Rodrigo Caro pintaron a Mejía en sus respectivas semblanzas biográficas<sup>69</sup>. Son trece los interlocutores que apa-

---

<sup>68</sup> J. Sánchez [1961: 194] menciona a Mejía como uno de los precursores que crearon en Sevilla esta especie de cenáculos literarios. Precisamente, el grupo intelectual encabezado por Mejía acogió y protegió a Arias Montano durante la primera estancia de este en Sevilla (Gómez Canseco [1992: 7]; según el testimonio de Morgado [1587: 6v.-7r.], el propio Arias Montano reconocía a nuestro autor como su maestro).

<sup>69</sup> El hecho de que, con nombre real o fingido, el escritor se inmiscuya en su propia obra —ya sea adoptando el papel de autor, de narrador, de interlocutor o de taquígrafo— afecta decisivamente al punto de vista de la narración (Gómez [1988b: 22-25]). El fenómeno debió de ser bastante frecuente; por ejemplo, se da también en Baltasar de Collazos y en Damasio de Frías (Asensio [1973: 389-390; 1975: 222]). De cualquier manera, es bastante normal que los diálogos presenten a un grupo de amigos pertenecientes a una academia o una corte, exhibiendo su refinado comportamiento y su cultura; quizás el caso más llamativo sea el de *El cortesano* de Castiglione (R. Reyes Cano [1984: 16-18]), pero esa ambientación humana —que debió de responder a una realidad social— aparece también con frecuencia en los diálogos que se escribieron en Italia (Barbolani [1985: 45], Forno [1992: 23-24] y Vianello [1993: 10]) y en España (Ferrerías [1985c: 1003-1004]). Con todo, existe una tendencia opuesta en la que es patente que los personajes son meras representaciones de estamentos sociales u oficios (López Estrada [1981: 282], Ferrerías [1985c: 1046-1047] y Río Nogueras [1990: lvi-lxv]).

recen en la obra, y muchos de ellos participan en más de un coloquio. Todos son personajes concretos e individualizados —diferentes, por tanto, de los tipos simbólicos o genéricos—, aunque a veces el reparto de papeles entre maestro y discípulos —por ejemplo, en los tres diálogos científicos— se haga muy evidente. En ocasiones, las circunstancias particulares de uno o varios personajes —siguiendo un criterio de decoro poético— propicia la propuesta del tema<sup>70</sup>; así ocurre en el primero de los diálogos con la enfermedad de don Nuño, que desencadena la disputa sobre los médicos, o la preparación del almuerzo —en el segundo coloquio—, que provoca la discusión sobre los convites en la Antigüedad y si es más conveniente la dieta única o múltiple. El número de participantes en cada diálogo es sumamente equilibrado —tres o cuatro en todos ellos—, con la excepción de los «Coloquios del convite» —la pieza más elaborada y compleja, como se ha dicho—, donde los participantes se elevan a seis<sup>71</sup>. Con frecuencia un personaje —al que se le reconoce una evidente superioridad— desempeña un papel principal —tal es el caso de los tres diálogos científicos y del «Coloquio del Porfiado»—; otras veces son dos o tres los que destacan sobre el resto —así en el «Diálogo de los médicos», donde Gaspar y Bernardo actúan de contradictores y el Maestro Velázquez de juez, quedando don Nuño en segundo plano, como personaje complementario—; en otras ocasiones, por último, los hablantes

<sup>70</sup> Buscando siempre un clima de realismo y verosimilitud, los personajes y el lugar que aparecen en los diálogos están —por regla general— estrechamente relacionados con el tema que se discute (Ferrerías [1985b: 350; 1989: 8]).

<sup>71</sup> Aunque en el siglo xvi abundan los diálogos con tres interlocutores, también son muy comunes los que poseen dos o cuatro personajes (Rallo Gruss [1996: 15]). El diálogo de dos personajes —el esquema más simple y quizás el más frecuente— suele ser de orden catequístico: un maestro alecciona a un discípulo. Los diálogos con tres personajes son también muy numerosos. Pero, conforme se incrementa el número de participantes, los ejemplos se van haciendo más raros (Ferrerías [1985c: 1049]). No por ello, sin embargo, todos los diálogos catequísticos cuentan únicamente con dos interlocutores; suele ser frecuente la existencia en ellos de varios discípulos, cada uno de los cuales desempeña una función, como en el caso de los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto (Lara Garrido [1979: 60-62]).

se hallan en pie de igualdad, adquiriendo mayor o menor relevancia unos u otros conforme se desarrolla la charla —ejemplo claro lo representan los dos «Coloquios del convite», aunque al final es Antonino quien asume el mayor protagonismo<sup>72</sup>.

Los personajes de los *Coloquios* son seres de una gran inquietud intelectual, muchos de ellos perfectamente informados en los asuntos que se tratan, pero, a veces, faltos de profundización psicológica. La caracterización de los interlocutores de estos diálogos —por la propia naturaleza de los mismos, ya señalada antes— es más esquemática en los tres diálogos doctrinales —el «Coloquio del Sol», el «Diálogo de la Tierra» y el «Diálogo natural»— que en los otros tres diálogos polémicos o circunstanciales —el «Diálogo de los médicos», los «Coloquios del convite» y el «Coloquio del Porfiado». El personaje más logrado de la obra es, sin duda, el Baltasar de los «Coloquios del convite», la pieza más conseguida —desde luego— de todo el conjunto y, curiosamente, la que muestra una mayor influencia de Erasmo<sup>73</sup>. Baltasar es un tipo chistoso, hablador y socarrón, que sabe sacarle punta a todo; es interesante observar que este personaje —tal como ha sido caracterizado por Mejía— no pertenece al grupo de los sesudos humanistas<sup>74</sup>. No obstante, aunque no posea muchas letras, Baltasar tiene buen ingenio e inteligencia clara para captar el fondo de cualquier tema que se discuta. Personaje de similar función al gracioso de nuestra comedia áurea,

<sup>72</sup> Tales precisiones sobre los personajes de los diálogos están desarrolladas en Ferreras [1985c: 1049-1051].

<sup>73</sup> En su ambientación y estructura, así como en ciertos rasgos caracterizadores —parlamentos breves y rápidos, sátira, humor, realismo y gusto por los detalles—, se perciben ecos de los diálogos simposiacos de Erasmo —el *Convivium religiosum* o el *Convivium fabulosum*—, quien había recogido la tradición de Luciano de Samosata (Gómez-Montero [1985: 326-327]). También ha sido señalado —por lo que toca a la inversión de los valores sociales— el indiscutible parentesco del «Coloquio del Porfiado» con el erasmiano *Encomium Moriae* (Gómez [1988b: 67]). En relación con esto último, véase lo que decimos en *Introducción*<sup>246</sup>.

<sup>74</sup> Según Speroni —en su *Apologia dei dialoghi*—, los personajes ignorantes de los coloquios pueden deleitar más que los doctos (Vian Herrero [1994e: 1174]).

se diferencia de este en que Baltasar de ninguna manera puede ser entendido como un ingenio simple, lo cual demuestra que, si Mejía desatendió la caracterización de sus personajes, ello fue, en gran medida, premeditadamente. El valor docente y divulgador anima su obra; por tanto, la idea es lo principal y los personajes habrán de supeditarse al mensaje o contenido que se intenta transmitir.

En el género dialógico —como se indicó antes—, las nociones de espacio y tiempo tienen solo un valor relativo. Lo cual es comprensible, puesto que en este tipo de obras se habla y se discute, pero apenas sucede nada. Cuando se produce la narración de hechos o acontecimientos —que sí necesitan de las coordenadas de tiempo y espacio—, estos se formulan en un segundo plano de la realidad, a través del relato de uno de los personajes del diálogo. Es decir, uno de los interlocutores hace el papel de narrador; por consiguiente, el punto de vista de la obra —en tales casos— no varía un ápice. Todas las relaciones temporales y espaciales de la narración se establecen en función de los que intervienen en el diálogo y no en función del narrador, que aparentemente sigue dejando actuar a sus personajes y sin hacerse notar. Tal cosa ocurre, por ejemplo, cuando el Maestro Velázquez relata el cuentecillo del truhán de Ferrara, con que se cierra el diálogo primero de los médicos. De estas referencias tempo-espaciales cabe decir lo mismo que se afirmó para las interrelaciones de los diferentes coloquios: son accidentales a la obra y en ningún caso la afectan de manera esencial. De forma que lo mismo da, por lo que al contenido de la obra respecta, que las conversaciones entre los personajes hubieran tenido lugar en Barcelona o en París y que se hubiesen producido antes o después de que Mejía decidiera inventárselas.

El ámbito primordial por donde se mueven los personajes es la ciudad de Sevilla y sus inmediatos alrededores. El espacio urbano es para el hombre del Renacimiento un lugar de civilización —palabra léxicamente aneja, y no casualmente, con la de *ciudad*—, punto de encuentro entre los hombres para su promoción intelectual y, por ende, la de su dignidad humana. No hay lugar —urbano o rural, público o privado, concurrido o solitario, profano o sagrado— que no se mani-

fieste en la obra. La ciudad aparece en ella como un fondo abocetado y difuso —el autor no se demora en retratar con detalle los lugares—, pero las rápidas pinceladas impresionistas del cuadro nos permiten vislumbrar la realidad de la Sevilla quinientista. Con los personajes sentimos el húmedo y crudo invierno de las casas sevillanas, así como el sofocante calor del verano, gustamos del aire fresco de la ribera del Guadalquivir en el Arenal o en Triana, nos asombramos con la fiebre constructora que está reformando urbanísticamente las calles y plazas —con casas nuevas de esplendorosas fachadas renacentistas que nos dejan admirados—, nos perdemos en la vorágine mercantilista de las Gradas, disfrutamos de la algarabía y del gentío que pulula por la catedral y el Patio de los Naranjos, acompañamos a Gaspar y a Bernardo en su deambular por las intrincadas calles del casco antiguo y nos desplazamos con Antonino, Petronio y Paulo, quienes —en su ilustrativo paseo desde la iglesia mayor hasta el prado de Tablada— atraviesan la muralla por la Puerta de Jerez, con su pequeño puente levadizo sobre el Tagarete. Se trata, pues, de un espacio concreto y real del que, sin embargo, se han evitado los aspectos desagradables, pues aún no hemos llegado a la Sevilla de claroscuro que se plasmará en la novelística posterior. El espacio reflejado en la obra es —como se ha dicho— primordialmente urbano, si bien los dos últimos diálogos se desarrollan en el campo de Tablada, que —siguiendo la tendencia propia en estos casos— aparece con tintes idealizados como un *locus amoenus* propicio para disquisiciones de carácter científico y natural<sup>75</sup>.

Como elemento estructurador, el tiempo es más importante que el espacio en los diálogos literarios. La obra de Mejía deja caer con frecuencia menciones que sitúan a los hablantes en unas horas del día muy determinadas: unas veces antes de la «misa de los perezosos» —antes de las once de la maña-

---

<sup>75</sup> La utilización de un *locus amoenus*, como ámbito adecuado para la conversación ociosa y distendida en la mayoría de los diálogos del siglo XVI, procede de Cicerón y de san Agustín, según recuerda Gómez [1988b: 30; 1988c: 162]. Un ejemplo claro lo encontramos en el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva (C. Baranda [2001: 274]).



na—, otras en el almuerzo y sobremesa —entre la una y las tres de la tarde—, y las más de las veces entre la misa y el almuerzo —de once de la mañana a una de la tarde. Pero lo más importante en los *Coloquios* y en la mayoría de los diálogos literarios del siglo XVI es la limitación de la conversación a un breve lapso de tiempo, buscando una correspondencia verosímil entre el tiempo lógico de la charla y el tiempo cronológico en que realmente esta se desarrolla<sup>76</sup>. De ahí que ninguna discusión se prolongue más de un corto número de horas, y nunca —desde luego— varios días o semanas. Lo que sí puede ocurrir es el corte del diálogo en un momento dado, para proseguirlo uno o varios días más tarde. Esta circunstancia, sin embargo, no es frecuente y siempre se produce con alguna justificación. Tal es el caso, por ejemplo, de los dos «Coloquios del convite», en los que el cambio de lugar —el sitio de la invitación y el del convite son distintos— y el salto en el tiempo —el momento del encuentro y el de la comida son también diferentes— obligan a establecer un corte que interrumpe circunstancialmente una conversación que, en sí misma, es argumentalmente continua. El caso de los tres diálogos científicos es también ilustrativo: aunque los tres versan sobre cosmología, cada cual tiene acotado su tema concreto y unir los tres habría resultado demasiado extenso y cansado para materia tan árida; de manera que, so pretexto de que las explicaciones sobre astronomía se han consumado y ha llegado la hora de almorzar, se concluye el «Coloquio del Sol», cuyos interlocutores se vuelven a encontrar dos días después en el prado de Tablada para discutir sobre asuntos de geofísica —en el «Diálogo de la Tierra»—, que, una vez aclarados, que-

---

<sup>76</sup> Lo normal en la mayoría de los diálogos es que exista una correspondencia entre el tiempo real de la conversación —el que se tarda en leer la obra y los interlocutores en concluir su debate— y el tiempo lógico en que esta se desarrolla, de acuerdo con las precisiones cronológicas introducidas en la charla. A veces, el tiempo psicológico de los protagonistas puede sufrir alguna leve distorsión, lo que no suele ser normal. Más raramente aparece el tiempo novelesco, circunstancia que solo se produce en aquellos pocos diálogos que tienen un ingrediente narrativo muy importante (Ferrerías [1985c: 1036-1037]).

da interrumpido con la inoportuna llegada de gente nueva y es reanudado ocho días más tarde en el mismo lugar —ya en el «Diálogo natural»—, a fin de que Antonino aleccione a Petronio y a Paulo acerca de las cuestiones de geodinámica por las que muestran curiosidad<sup>77</sup>.

Marcadores temporales que aparecen en la obra de Mejía son los saludos y despedidas que se dispensan los interlocutores, las alusiones al momento del día —con especial importancia al anochecer, que obliga a la conclusión de la charla—, el ciclo de las comidas —cuyo ritmo vital repercute en la terminación del coloquio— y los momentos de ocio, que permiten dedicar el tiempo al placer de la conversación.

Son muy frecuentes los saludos —como es lógico— al comienzo del diálogo, cuando se inicia la conversación, o posteriormente, cuando aparece algún nuevo interlocutor que se añade al grupo. Así, Gaspar —acompañado por Bernardo, con quien ha coincidido en la calle— dice al llegar a la casa de don Nuño:

GASPAR: Dios dé salud a vuestra merced.

DON NUÑO: Beso las manos de vuestras mercedes y huelgo que ayáis hallado aquí al señor Maestro, porque os entenderá si quisierdes los dos hablar en latín o porfiar como soléis<sup>78</sup>.

Las despedidas, lógicamente, aparecen —como cierre de la conversación— al final del diálogo. Así, por ejemplo, al concluir el «Coloquio del Sol», leemos:

<sup>77</sup> «Pues según la naturaleza y sitio de los quatro elementos, como *antier* deziades...», aclara Paulo a Antonino en el segundo de los tres coloquios científicos, el «Diálogo de la Tierra» (cfr. *Diálogos*, V<sup>4</sup>). Y el mismo Paulo, dirigiéndose a Petronio, le indica al principio del tercero de estos coloquios, el «Diálogo natural»: «Señor Petronio, oy ha ocho días que acaso, como agora, nos juntamos todos tres en este mismo lugar...» (cfr. *Diálogos*, VI<sup>3</sup>). En cualquier caso, el tiempo es un decisivo elemento estructurador en la generalidad de los diálogos literarios del Quinientos, pues los ciclos naturales (amanecer/noche) o sociales (almuerzo/cena) suelen determinar el comienzo y la conclusión de los mismos (Gómez [1988c: 162-163]).

<sup>78</sup> *Diálogos*, 216.

ANTONINO: Agora andá con Dios, antes que passéis adelante.

PETRONIO: Él quede con vuestras mercedes, que yo tengo a esta puerta mi cavallo y he de hablar en Gradass con un mercader<sup>79</sup>.

Las alusiones concretas o difusas a momentos del día modulan la progresión del tiempo asociado al devenir conversacional. Así, nos encontramos que en pleno almuerzo —en el segundo de los «Coloquios del convite»—, dice el Maestro Velázquez:

MAESTRO: No me quieran dezir que he tardado, que agora dio el relox las doze; y no fuera menester llamarme, que ya yo venía quando el page llegó, porque espía tenía puesta para saber si fuessen venidos<sup>80</sup>.

Los hábitos gastronómicos obligan, por lo general, a concluir una conversación, bien porque ha llegado el momento de almorzar o porque —habiéndose desarrollado la charla durante la comida— la terminación de esta pone broche a la reunión. Así, cuando el «Diálogo del Sol» se va aproximando a su fin, interviene Antonino con las siguientes palabras:

ANTONINO: ¿No podía passar esta plática sin sal de murmuración? No passe adelante; antes, señores, nos vamos a comer, pues yo he hecho lo que me mandastes<sup>81</sup>.

Y antes de su larga intervención, con la que prácticamente finaliza el segundo de los «Coloquios del convite», dice Arnaldo:

ARNALDO: E esso se ha de juzgar desque yo aya respondido; pero quisiera que se alçara antes la mesa, porque me oyéades con mejor atención<sup>82</sup>.

---

<sup>79</sup> *Diálogos*, 409.

<sup>80</sup> *Diálogos*, 331.

<sup>81</sup> *Diálogos*, 407.

<sup>82</sup> *Diálogos*, 368.

Los momentos de ocio son óptimos para la reunión distendida y la conversación amena. Es una forma característica de la convivencia ciudadana, que propicia el encuentro y el intercambio cultural. Así lo hace notar Petronio en el «Coloquio del Sol»:

PETRONIO: [...] pero, pues ambos avemos oído nuestras misas, vámonos allí a assentar donde están Ludovico y Antonino, que también la avrán oído, según están hablando de propósito, y estaremos en buena conversación hasta que sea hora de irnos a comer<sup>83</sup>.

Como ya se ha dicho<sup>84</sup>, es propio de muchos diálogos literarios intentar que la obra semeje la reproducción de una conversación realmente efectuada en el pasado. En este sentido, se produce una síntesis entre la tradición literaria clásica y la realidad social de la España del siglo XVI, donde las conversaciones eruditas en círculos cortesanos o académicos eran moneda corriente<sup>85</sup>. A la sensación de verosimilitud que se busca con esta

---

<sup>83</sup> *Diálogos*, 385.

<sup>84</sup> Véase, al respecto, la bibliografía que hemos consignado en *Introducción*<sup>30</sup>.

<sup>85</sup> Es preciso no perder de vista que, cuando el autor de un diálogo literario intenta reproducir una conversación, se ve obligado a manipular formal y discursivamente su obra, de manera que restringe considerablemente las peculiaridades propias del diálogo directo o verdadero coloquio real (Bustos Tovar [2001: 197-198]). Por su parte, Ferreras [1985c: 995-1005] —alegando numerosos ejemplos— ha demostrado la existencia de una rica gama de diálogos literarios que —con diferentes formas y técnicas elocutivas— van desde la probable reproducción, más o menos fiel, de una charla real hasta la pura invención de una mimesis conversacional; lo mismo ha verificado Costa [1995: 271-273] en el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas. En muchos diálogos, el ciceroniano empleo de personajes históricos o reales —incluido el propio autor— contribuye a intensificar la sensación de verosimilitud (Ferreras [1993: 100]) o certidumbre de las ideas expuestas (Gómez [2000: 164]), aunque a veces la identificación se vele con nombres ficticios, como en la *Philosophía de las armas* de Jerónimo de Carranza (Chauchadis [1993: 77-78]). Por el contrario —al tratarse en muchos casos de personajes ya desaparecidos hace tiempo— se refuerza el carácter de ficción literaria de la conversación que la obra reproduce (C. Baranda [1992: 21]). Sobre las animadas discusiones de las tertulias académicas ha tratado J. Sánchez [1961: 12-13].

mímesis conversacional, contribuyen la existencia de interlocutores históricos y las técnicas realistas en el empleo del espacio y el tiempo, que hemos señalado antes. A ellas hay que añadir otros procedimientos —coincidentes con recursos propios del teatro, la mayoría de ellos—, entre los cuales destacan especialmente las acotaciones, los monólogos, el aparte, el mutis y las digresiones<sup>86</sup>. Con las *acotaciones*, el narrador —si lo hay— o los interlocutores realizan comentarios para recrear visualmente la situación en que la conversación se produce, aludiendo a las circunstancias de espacio y tiempo y al aspecto y los movimientos de los hablantes, de manera que no solo oigamos lo que dicen, sino también lo que hacen<sup>87</sup>. Por medio de las acotaciones —probablemente el recurso dramático más utilizado en los diálogos literarios— el autor plasma también los estados de ánimo de los interlocutores, gracias a lo cual podemos penetrar en sus interioridades psicológicas; a través de ellas —puestas en boca de los propios hablantes— obtenemos un conocimiento múltiple, subjetivo y contrastado de los personajes y de la acción<sup>88</sup>.

---

<sup>86</sup> Sobre la ficción conversacional —propia de los diálogos renacentistas— y los recursos que se emplean con tal fin, debe consultarse lo expuesto por Gómez [1988b: 19-22, 76-85; 2000: 120-122] y Vian Herrero [1988b: 179-184]. En otro lugar, Vian Herrero [1994c: 88-100] ha estudiado con detalle el empleo de los recursos teatrales —señalados arriba— en el *Diálogo intitulado el Capón*, obra híbrida en la que predomina lo dramático sobre lo dialogístico y lo narrativo. La misma profesora analiza en otro trabajo (Vian Herrero [2003: II, 1311-1325]) la utilización de un aparte específico —el aparte *frente al lector* o elidido para el lector— y el sentido que este tiene en una serie de diálogos literarios del siglo XVI. De hecho, algunos autores de diálogos presentan su obra como simple transcripción de una conversación real, con el fin de hacer más verosímil lo que se dice e intensificar así la finalidad didáctica que se persigue (Ferrerías [2001: 209-211]). Las acotaciones —donde se concentran los detalles relativos a las circunstancias de la conversación— sirven también para dar la apariencia de realismo y verosimilitud a que propenden muchos diálogos literarios del siglo XVI (Ferrerías [2001: 218]).

<sup>87</sup> Cuevas García [1980: 453-454] ha insistido sobre los elementos paralingüísticos y kinésicos que se emplean en los diálogos literarios a fin de crear la apariencia de una conversación real.

<sup>88</sup> El valor caracterizador y el relativismo perspectivista de las acotaciones han sido señalados por Ortolá [1983: 121-123] —en lo tocante al *Viaje de Turquía*— y Vian Herrero [1994a: 129-149] —por lo que respecta al *Diálogo de las transformaciones*. Algo parecido —la multiplicidad de puntos de vista que ofrece, en general, el diálogo literario— es lo que reconoce Peinador Marín [1991: 45] en los *Eremitae* de Juan Maldonado.

Las acotaciones en los *Diálogos* de Mejía son numerosísimas; en la gran mayoría de los casos son acotaciones internas, esto es, insertas en el mismo discurrir conversacional, pero a veces pueden aparecer externamente en los argumentos que encabezan las piezas dialogadas. Señalamos, pues, unos pocos ejemplos significativos; así, como ilustración del movimiento de los personajes, tenemos:

BALTASAR: Apeémonos aquí, a esta puerta de las Gradas, y llévennos nuestros cavallos a la torre, que es ya nuestro camino ordinario.

ARNALDO: Bien dezís; hágase assí. Buen encuentro es este, veis allí a Antonino y Ordoño; hagamos oración, y vámonos a ellos y ternemos un rato de buena conversación<sup>89</sup>.

O en la creación de un ambiente y la caracterización del escenario, se dice:

DON BERMUDO: El Maestro viene y la comida está adereçada. Entrémonos a comer.

ORDOÑO: No estuviera mal la mesa aquí, cerca de la chimenea.

DON BERMUDO: No, que la quadra está abrigada y buen brasero hallaréis dentro<sup>90</sup>.

En un gran número de casos, las acotaciones sirven para precisar las circunstancias deícticas, unas veces referidas al espacio:

PETRONIO: En verdad, hermoso prado es este de Tablada, señor Antonino; no sé si en la otra parte de la Tierra, donde el otro día nos mostrastes que también avía hombres, los ay tales como él<sup>91</sup>.

Y otras al tiempo:

DON BERMUDO: Responda a essa cuestión el señor Antonino. Y con esto nos vamos los que avemos oído missa; y los que no, quédense a oírla, que ya son las onze dadas<sup>92</sup>.

<sup>89</sup> *Diálogos*, 288-290.

<sup>90</sup> *Diálogos*, 330.

<sup>91</sup> *Diálogos*, 469.

<sup>92</sup> *Diálogos*, 319.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

O a ambas coordinadas a la vez:

PAULO: Si no me acuerdo mal, señor Petronio, oy ha ocho días que acaso, como agora, nos juntamos todos tres en este mismo lugar, y el señor Antonino, passeándonos por este campo, nos platicó y dio a entender algunas buenas y sabrosas cosas de la postura de la tierra y agua y de los otros elementos, de que yo tomé tanto gusto, que no me pesaría agora, si él quisiese, bolver a la plática<sup>93</sup>.

A veces se emplean, con un claro valor circunstancial, para precisar la llegada de un nuevo contertulio. Tal cosa ocurre con la aparición de don Bermudo, el anfitrión de los «Coloquios del convite»:

ARNALDO: Mas, aunque no queráis, determino de ir. Veis, aquí viene el huésped; veamos qué dirá. Sea en buen ora el banquete, señor don Bermudo, aunque no os acordáis de vuestros servidores; pues hágoos saber que vo yo también allá<sup>94</sup>.

O con la irrupción del porfiado Bachiller Narváez, al que están esperando los otros compañeros:

LUDOVICO: Ce, passo; catá que viene. ¡O, señor Narváez, vengáis en buen hora!<sup>95</sup>.

A veces la acotación se refiere a la caracterización de los hablantes. Por ejemplo, se indica la edad de alguno de ellos:

GASPAR: Ya podría ser que el mal fuese tal, que me sacasse de juicio y hiziesse esso; pero en tanto que yo esté con él, no ayáis miedo que lo haga. Que, pues he bivido quarenta y cinco años sin ellos y sanado de algunas enfermedades con solo dieta y buen regimiento, no avía agora de provar nuevas invenciones<sup>96</sup>.

---

<sup>93</sup> *Diálogos*, 487-488.

<sup>94</sup> *Diálogos*, 292.

<sup>95</sup> *Diálogos*, 419.

<sup>96</sup> *Diálogos*, 220.

O las aficiones taurinas de algún otro:

DON BERMUDO: El de oy al menos no lo podré yo tener malo con tales huéspedes; pero, con todo eso, me ha pesado mucho, señor Ordoño, de la herida del cavallo, aunque assí escarmentaréis de hazeros toreador<sup>97</sup>.

En otras ocasiones, se alude a los gestos y compostura que algún interlocutor adopta en un momento concreto:

DON NUÑO: El señor Bernardo me paresce que se endereça en la silla; salga en buen ora<sup>98</sup>.

También se puede insinuar que alguno de los dialogantes no es de origen sevillano:

ARNALDO: Vos tenéis razón en esso, y podéis los sevillanos dezir con verdad que no ay en el mundo otro tal templo como este, en altura, grandeza y gracia. Porque, cierto, yo he visto los mejores de la christiandad; y en lo que digo, y en el aire y postura dél, ninguno le iguala, puesto que en riqueza y en otros primores le hagan algunos ventaja, que son bien pocos<sup>99</sup>.

Es imposible agotar la cantidad de información que las acotaciones internas pueden suministrar al lector, a veces casi de forma subliminal. Basten, pues —a título ilustrativo—, los ejemplos suministrados sobre el particular.

El *monólogo* —que suele hallarse al comienzo del diálogo, en la *praeparatio*, para no interrumpir el proceso de la argumentación— aparece con frecuencia cuando un interlocutor está esperando la llegada de los otros. No hace Mejía uso de este recurso en sus *Diálogos*, pues nunca se produce el hecho de encontrarse a solas un personaje, sino que —desde su inicio— la conversación siempre es —al menos— entre dos.

<sup>97</sup> *Diálogos*, 326.

<sup>98</sup> *Diálogos*, 235.

<sup>99</sup> *Diálogos*, 287.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN



Por el contrario, el *aparte* —que, por ubicarse en la *probatio*, sí distorsiona emocionalmente el proceso de la argumentación— suele consistir en algún comentario irónico o sarcástico que no deben oír los demás interlocutores. No hemos advertido en los *Diálogos* de Mejía ningún caso de utilización de esta técnica dramática<sup>100</sup>.

El *mutis* se produce cuando un personaje se ausenta, circunstancia que también influye en el proceso de la argumentación que los otros interlocutores están desarrollando o en las condiciones relativas a los personajes, el lugar o el tiempo. Aunque no son muy frecuentes en la obra de Mejía, algún caso sí puede espigarse; así ocurre cuando —en el primero de los dos «Coloquios del convite»— se marcha un anónimo personaje secundario que está hablando con el Maestro Velázquez, permitiendo así que este se pueda acercar a los otros contertulios:

ORDOÑO: [...] Pero mejor está; que, veislo, aí se va el otro y se viene el Maestro para nosotros.

DON BERMUDO: Vamos hazia allá. No sé, señor Maestro, quién desseava más que se acabasse la plática: vos, por veros librado della, o estos cavalleros y yo, por gozar de la vuestra<sup>101</sup>.

Con las *digresiones* se intenta imitar el discurrir anárquico de una conversación informal. El fenómeno —que, obviamente, interrumpe el proceso de la argumentación— fue denostado por algunos tratadistas y, como es natural, se utiliza más en los diálogos circunstanciales —que pretenden dar la impresión de verosimilitud y tienen un propósito literario— que en los diálogos doctrinales o didácticos —cuya finalidad

<sup>100</sup> El reducido empleo que se hace del *aparte* en los diálogos literarios se debe —según Ortolá [1983: 123]— a que, siendo este recurso eminentemente teatral y careciendo de valor dramático los coloquios literarios, su uso en este tipo de obras resulta, en gran medida, innecesario. Por su parte, Vian Herrero [1994a: 129-149; 2001d: 162] advierte que cuaslesquiera figuras y procedimientos retóricos tienen siempre en los diálogos un valor argumentativo.

<sup>101</sup> *Diálogos*, 295.

primordial consiste en argumentar para transmitir una enseñanza<sup>102</sup>. En los *Diálogos* es frecuente que aparezcan con esta intención cuentecillos, apotegmas y *exempla*<sup>103</sup>. También, en más de una ocasión, el tema de la charla —por ejemplo, el peso de los cuerpos, en el «Coloquio del Sol»— da pie a una consideración de orden moral:

LUDOVICO: Tenéis razón, con que nos digáis primero, qué cosa es tenida por más pesada de todas.

ANTONINO: El oro, a mi juicio.

LUDOVICO: Pues yo sé otra que lo es más sin comparación.

ANTONINO: ¿Cuál, por vuestra vida? Enseñáme eso, en pago de lo que yo he dicho.

LUDOVICO: ¿No os parece a vos que será más pesado lo que bastó a traer del cielo a los infiernos grande parte de los ángeles, siendo más espirituales y livianos que todo el fuego y aire del mundo?

ANTONINO: Tenéis razón. Pues ¿qué fue eso?

LUDOVICO: El peccado, que basta a las ánimas incorpóreas, y a quien Homero llama fuego simple, a llevarlas al centro de la Tierra y profundo del infierno.

ANTONINO: Saltastes de philosophía natural a la divina y sancta, y por esso me salteastes; pero no ay que negar, porque verdaderamente ninguna cosa ay más pesada que el peccado, y el oro y el plomo son pluma en su presencia.

PETRONIO: Pues ¿qué hará el pecador del hombre, que se vee cargado dellos, para subir para el cielo y no irse para abaxo?

ANTONINO: Que se descargue y desnude dellos, como haze el que quiere acá saltar algún apuesta, que se quita la ropa y desembaraça<sup>104</sup>.

<sup>102</sup> Sobre el valor de las digresiones —como elemento constitutivo, propio del género dialogístico— ha llamado la atención Lara Garrido [1982: 117-118].

<sup>103</sup> Para la bibliografía acerca de la inserción de los diversos tipos de relatos cortos en los diálogos literarios, véase lo ya señalado anteriormente en *Introducción*<sup>42</sup>. Las colecciones de apotegmas y facecias se publicaron y difundieron profusamente en el Renacimiento, como ha estudiado Cuartero Sancho [1993: 61-91].

<sup>104</sup> *Diálogos*, 407-408.

En el diálogo literario confluyen, por una parte, la lógica y la dialéctica, y por otra parte, la retórica y la poética, dado que estas obras poseen, a la par, un carácter pedagógico y literario. Sin embargo, el equilibrio perfecto entre ambas tendencias casi nunca se produce, pues en unos diálogos predomina la mimesis de la conversación —esto es, lo retórico y lo poético—, mientras que en otros destaca el proceso de la argumentación y el mensaje —la lógica y la dialéctica<sup>105</sup>. En el caso de Mejía, ambas tendencias están presentes en todos sus coloquios, si bien —como ya hemos indicado— exista un predominio de lo pedagógico en los tres diálogos de contenido científico —el «Coloquio del Sol», el «Diálogo de la Tierra» y el «Diálogo natural»— sobre los tres restantes —el «Diálogo de los médicos», los «Coloquios del convite» y el «Coloquio del Porfiado»—, más volcados hacia lo literario<sup>106</sup>. En estos tres últimos —que podríamos calificar como diálogos misceláneos—, la carga doctrinal de la *probatio* se supedita al fluir accidental del pensamiento, que va desarrollando los diversos asuntos surgidos en la conversación. Y en todos ellos son perceptibles una serie de procedimientos retóricos acumulativos basados en la *auctoritas* —los *exempla*, las *sententiae* o los refranes—, que adquieren peso específico en la *probatio* y ocasionan —por acumulación de testimonios— un abultado número de citas<sup>107</sup>.

Estos recursos son muy abundantes y por doquier pueden espigarse en los *Coloquios* de Mejía. Así, para explicar la mayor velocidad de la luz sobre el sonido, se echa mano de dos ejemplos, uno práctico y otro libresco:

PAULO: También quiero yo dubdar, como el señor Petronio; dezíme, señor: si todo esso passa a un tiempo,

<sup>105</sup> Idea que expone sintética y atinadamente Gómez [1988b: 85].

<sup>106</sup> De hecho, en las distintas piezas dialogadas de la obra de Mejía puede constatarse el predominio de alguno de los géneros clásicos de la elocuencia, con sus recursos argumentativos característicos; este fenómeno es perceptible, sobre todo, en el «Diálogo de los médicos», donde prima el género judicial, y en el «Coloquio del Porfiado», donde sobresale el género epidíctico.

<sup>107</sup> Esos procedimientos retóricos han sido catalogados —e ilustrados con ejemplos de otros diálogos— por Gómez [1988b: 48-52; 2000: 31, 145-160].

como dezís, ¿por qué vemos primero el relámpago que oímos el trueno?

ANTONINO: Porque el sentido de la vista haze ventaja y es más presto que todos los otros sentidos; lo qual a cada passo experimentamos, porque, si vemos cortar un árbol o madero desde lexos, vemos dar el golpe y no oímos el sonido dél hasta que alça el braço el que lo dio para dar otro. Lo qual da a entender Aristóteles en la boga de una galera, que vemos entrar los remos en el agua y no oímos el sonido hasta que los tienen ya alçados<sup>108</sup>.

O, argumentando a favor de la dieta variada, reafirma Arnaldo su tesis con el gráfico ejemplo siguiente:

De manera que contra razón reprehendéis la variedad de manjares porque den sabor y despierten el apetito, pues es la salud y vida del hombre tenerlo bivo y despierto, y si lo tiene perdido, se enflaquesce y desmaya. Porque, como en la mar con el viento próspero puede el que navega acortar y plegar las velas y caminar, si quisiere, con menos priessa, y si tiene calma y le falta, no es en su mano mover el viento ni caminar, assí el apetito y cudicia demasiada de comer puédese con el seso y tiento refrenar, pero si se cae y pierde, vase el hombre a la muerte y no tiene fuerça para despertarlo<sup>109</sup>.

Y tratando sobre de la prudencia en el hablar, se alega una sentencia de Isócrates:

ANTONINO: [...] Lo qual dio bien a entender Isócrates, orador excelentísimo, que siendo rogado en un combite que tractasse algo de sus sciencias y artes, respondió él: —«Las cosas que yo sé y son de mi facultad, no son para este tiempo; y las deste lugar, yo no las sé»<sup>110</sup>.

Tampoco son escasos los refranes —reverenciados por los humanistas del Renacimiento como quintaesencia de la sabi-

<sup>108</sup> *Diálogos*, 501.

<sup>109</sup> *Diálogos*, 377-378.

<sup>110</sup> *Diálogos*, 314.

duría popular y del habla natural<sup>111</sup>— que esmaltan los *Diálogos*:

PAULO: Es muy buena condición, y aun provechosa, porque, como dize aquel verdadero refrán, el buen pagador señor es de lo ageno [...].

LUDOVICO: Señor Fabián, no toquemos en eso, que, pues dizen que sabe más el loco en su casa que el cuerdo en el agena, él, que es tan cuerdo y tan sabio, bien sabrá lo que haze en la suya<sup>112</sup>.

Este mecanismo da pie a que en los diálogos puedan insertarse —y esto ocurre con cierta frecuencia— otras formas literarias, como son los relatos breves. El ejemplo más extenso e ilustrativo de esto último —como ya se ha señalado— se encuentra en la historia del truhán de Ferrara, que refiere el Maestro Velázquez al final del «Diálogo de los médicos». Pero existen otros casos, más sintéticos, como la historia del beodo a quien el médico quería apagar la sed, la del converso que prestó una olla a un vecino, la del paje y el caballo que murieron a la par o la del patán orgulloso de su ignorancia, entre otros<sup>113</sup>. Como la finalidad primordial del diálogo literario es la difusión pedagógica de asuntos o cuestiones de toda índole, estas anécdotas y cuentecillos —o cualquier otro tipo de incisos narrativos o dramáticos— tienen solo un mero valor funcional, subordinándose al asunto principal para dar a este un color de verdad, de algo realmente vivido<sup>114</sup>. Gran parte

<sup>111</sup> Uno de los principales impulsores de máximas y sentencias —que en España propiciaron la floración de los refraneros— fue el Erasmo de los *Adagia* (Morreale [1957b: 3-4]). De ahí procede también —entre otras causas— la predilección por el refrán que manifiesta Juan de Valdés (Ferreras [2000: 293]).

<sup>112</sup> *Diálogos*, 421 y 441-442.

<sup>113</sup> *Diálogos*, 279-281 (relato del truhán de Ferrara), 218 (cuentecillo del bria-go enfermo), 344 (ocurrencia del converso), 357 (facecia del paje y el caballo) y 417-418 (chascarrillo del ignaro orgulloso).

<sup>114</sup> Ese valor funcional de los elementos anecdóticos del diálogo ha sido señalado por Ferreras [1985c: 1005-1007]. Hay, sin embargo, excepciones, en las que el relato breve —persiguiendo solo divertir y entretener— adquiere un valor exclusivamente literario (Gómez [1998: 23-24]).

de este material —que provenía de la Edad Media— tiene un carácter folclórico y los autores quinientistas de diálogos lo recogieron en sus obras, renovándolo, modernizándolo y dándole una proyección culta y cortesana. La naturalidad expresiva se concretaba entonces en escribir como se hablaba; de ahí que muchos autores —Mejía, entre ellos— verifiquen este principio estilístico del Renacimiento en sus obras mediante la inclusión de refranes, cuentecillos y otros elementos propios de la conversación amena y jocosa de extracción popular, que se cultiva en los refinados ambientes de la corte, según lo expuesto por Castiglione en *El cortesano*<sup>115</sup>.

Por lo que respecta a la tipificación de los parlamentos en los *Coloquios*, el «Diálogo de los médicos» y la última parte del

---

<sup>115</sup> Prieto [1986: 119, 129-130] insiste en la aceptación que lo ingenioso tuvo en los ambientes cortesanos del Renacimiento: las agudezas, curiosidades, facecias, anécdotas y cuentecillos formaban parte del repertorio de facultades que debían adornar la personalidad del hombre ideal en el Renacimiento. Frente a la insistente condena de la risa por parte de la Iglesia durante la Edad Media, la facecia o cuentecillo viene a dar rienda suelta al humor que caracteriza al Renacimiento; la risa es un ingrediente indispensable en la conversación del *vir facetus* y *urbanus* renacentista (Pueo [1998: 573-574]). De hecho, una de las principales líneas de argumentación de *El cortesano* de Castiglione se centra en la defensa del individuo ideal como *homo facetus* (R. Reyes Cano [1984: 44-45]; Gómez [1998: 24-25]); un planteamiento similar puede encontrarse en *El Scholástico* de Cristóbal de Villalón y, sobre todo, en los *Coloquios de Palatino y Pinciano* de Juan Arce de Otálora (Gómez [1998: 25-27, 29-46]). Por eso abundaron tanto los repertorios de chistes y relatos divertidos o ingeniosos en aquella época (Cuartero Sancho [1993: 61-91]), puesto que suministraban material para que el cortesano perfecto hiciese gala de una conversación o de una escritura sazónada de humor, gracia e inteligencia (A. Blecua [1972: xxii-xxiv], Soons [1976: 24], Prieto [1986: 17-57] y Río Nogueras [1990: xx-xxi]). La utilización de apotegmas, *exempla*, cuentecillos u ocurrencias era un recurso normal en los diálogos y servía para dar amenidad y evitar el cansancio en el tratamiento de un tema árido o monótono, como el de la relación genealógica de las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo (Río Nogueras [1991: 101-103]) o —ya entrado el siglo xvii— el de la retórica en *El culto sevillano* de Juan de Robles (Gómez Camacho [1992: 29-30]). Aunque los *Diálogos* de Mejía —como la *Silva*— no pueden encuadrarse propiamente en este género de literatura apotegmática, paremiológica u ocurrente, que tanta aceptación alcanzó por aquellos años, algunos de estos elementos encierran ambas obras, que sin duda fueron utilizadas también como manuales o prontuarios de cortesanía.

«Coloquio del Porfiado» —dedicada a entonar las alabanzas del asno— poseen un tono de elevada retórica. En el primer caso se construye, incluso, el artificio de un juicio, en el que Bernardo defiende la medicina, Gaspar la impugna y el Maestro pronuncia, como juez, la sentencia definitiva. Estas partes están constituidas, en suma, por parlamentos extraordinariamente largos, con lenguaje culto y uso abundante de figuras retóricas. Otro tanto ocurre cuando el porfiado Bachiller Narváez se decide a realizar el panegírico del asno. Aquí, en vez de tratarse de un debate forense, el largo parlamento del Bachiller es una exhaustiva disertación, con las mismas características retóricas que las anteriores intervenciones del mencionado «Diálogo de los médicos». En este caso, además —para marcar mejor su sólida y bien trabada arquitectura—, Mejía ha colocado notas marginales indicando algunas de las partes del discurso. La pieza de parlamentos más breves y numerosos —y, por consiguiente, de mayor agilidad y movimiento— es, sin lugar a dudas, la constituida por los dos «Coloquios del convite». Su lenguaje, con estar todavía muy lejos del habla popular, es el que más se acerca al ideal renacentista de la naturalidad y el que más se aparta de la afectación y el amaneramiento<sup>116</sup>. Por lo que toca a los tres diálogos que restan —los que tratan de cosmografía y astronomía—, en ellos alternan los parlamentos largos —correspondientes a las explicaciones de Antonino sobre cuestiones naturales— con los parlamentos cortos —pertenecientes a las preguntas o incisos que hacen los otros personajes que le escuchan, Paulo y Petronio. El lenguaje, aunque lógicamente está plagado de términos científicos, es bastante fluido, con explicaciones sencillas y elementales, pues de lo que se trata es de divulgar el conocimiento sobre estos asuntos.

---

<sup>116</sup> La defensa de la lengua romance y la tendencia a emplear un registro coloquial es muy frecuente en los diálogos del Quinientos, consecuencia de la mimesis conversacional a que propenden este tipo de obras (Gómez [1988b: 212] y Bobes Naves [1992: 175]).

## 3. INTENCIÓN Y SENTIDO DE LA OBRA

Pedro Mejía era consciente de la obligación del servicio que el escritor debe rendir a la sociedad en que vive. En tal sentido, los conocimientos encerrados en los libros latinos deben ponerse al alcance de todos mediante la composición de obras amenas escritas en castellano que difundan esos saberes reservados hasta entonces para unos pocos. Este fue, sin duda, uno de los principios fundamentales del humanismo renacentista: restaurar y difundir la cultura clásica. Y para cumplir este objetivo, los humanistas se sirvieron en aquel tiempo de la ayuda inestimable que les proporcionaba la nueva invención de la imprenta<sup>117</sup>.

<sup>117</sup> En la *Silva de varia lección*, confiesa Mejía: «Mi voluntad [...] no fue otra que [...] dar cuenta a Dios de la parte de talento que fue servido de darme, comunicando, lo que yo aprendí leyendo, con los de mi patria y nación. Lo qual consiguiendo, tenerlo he por paga bastante de todo mi trabajo» (*Silva*, «Prólogo», I, 160; véase también Avello-Arce [1956: 401-402] y Castro Díaz [1989-1990: I, 62]). Como lector inveterado lo retrata Pacheco, a quien le «parece increíble aver leído tantos libros i compuesto las obras que divulgó, sin faltar al trato de sus amigos i de los cavalleros i señores desta ciudad, i a los cargos que en ella administró», aun cuando le había sobrevenido «una grave enfermedad de la cabeça que le duró todo el tiempo que vivió» (Pacheco [1985: 310]). En este sentido, es preciso recordar que la intención pedagógica fue uno de los ejes vertebradores del humanismo renacentista (Rico [1993: 80-81; 1996: 162]). Pero no solo debió de ser Mejía un gran lector, sino también poseedor de numerosos libros, algunos de los cuales han venido a parar —tras diferentes vicisitudes— a la Biblioteca Universitaria de Sevilla (Wagner [1989: 249-251]). La importancia de la biblioteca —convertida en taller del intelectual— y de la imprenta —que catapultó y difunde los conocimientos humanísticos— ha sido destacada por Solís de los Santos [1997: 1205-1208].

La defensa de las lenguas vernáculas, como vehículo de difusión cultural con capacidad para llegar a un público más amplio que el que había existido hasta entonces con el latín, constituyó un lugar común entre los principios rectores del humanismo renacentista, cuyas características definitorias fueron bastante similares y uniformes en todo el ámbito europeo (Gómez [1994: 134]). Un ejemplo característico de comunión de conocimientos e intereses intelectuales lo constituyen Pedro Mejía y Fernán Pérez de Oliva (Cerrón Puga [1995: 42]). Mejía constituyó, pues, un caso señero de ese afán divulgador que caracterizó a los tratadistas científicos del humanismo renacentista, quienes utilizaron como señuelo todo un repertorio de recursos retóricos y estilísticos

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY



Sintetizando ahora lo que ya había afirmado en el prólogo de la *Silva*, Mejía dice en la carta nuncupatoria al marqués de Tarifa, con que abre sus *Diálogos*, que publica esta nueva obra

porque en estos *Diálogos*, aunque en breve y llano estilo, se tractan dellas algunas [las cosas de erudición y doctrina escritas en latín], y también porque fuessen estos como muestra y prueba para que, si sucediere agradar y ser recebidos, dándome Dios fuerça para ello, prosiga en hazer el volumen mayor y en passar a nuestra lengua algunas cosas destas, de que injustamente, por culpa de sus naturales, está privada<sup>118</sup>.

Así, pues, de sus propias palabras puede colegirse que Mejía asume como propia la inaplazable misión de poner al alcance de sus conciudadanos los conocimientos sepultados en los libros antiguos, para lo cual se arroga la ingente tarea de trasvasar a la lengua castellana todo el material que los grandes escritores de la Antigüedad nos han legado y del que —por la dejación de sus compatriotas— la nación española ha estado privada hasta ese momento<sup>119</sup>. Él es muy conscien-

---

cos —que ellos conocían bien— para atraerse a un público más amplio y menos versado en tales materias, como ha señalado —refiriéndose específicamente a Andrés Laguna— Vian Herrero [2001a: 206-207].

<sup>118</sup> *Diálogos*, 205. Es el mismo afán vulgarizador que —desde los preliminares— imprime Mejía a su *Silva de varia lección* (Castro Díaz [1989-1990: I, 66-69] y Gallego Barnés [1993: 104-109]): «Aviendo gastado mucha parte de mi vida en leer y passar muchos libros, y assí en varios estudios, parescióme que, si desto yo avía alcançado alguna erudición o noticia de cosas (que, cierto, es todo muy poco), tenía obligación a lo comunicar y hazer participantes dello a mis naturales y vezinos, escribiendo yo alguna cosa que fuesse común y pública a todos [...]. Por lo qual yo, preciándome tanto de la lengua que aprendí de mis padres como de la que me mostraron preceptores, quise dar estas vigiliass a los que no entienden los libros latinos, y ellos principalmente quiero que me agradezcan este trabajo, pues son los más y los que más necesidad y desseo suelen tener de saber estas cosas» (*Silva*, I, 161 y 163-164). Prieto [1998: 18-20] y Lerner [2003: 21] han subrayado la decidida voluntad de Mejía por extender democráticamente el conocimiento hasta entonces reservado a unos pocos.

<sup>119</sup> Para Pues, los *Diálogos* y la *Silva* representan lo mejor que España ha producido en estos dos géneros, heredados de la Antigüedad; pero en estas obras Mejía no solo selecciona y recopila textos de autores clásicos, sino que —al elaborar sus obras— deja en ellas la marca de su propia personalidad. Según este investigador, los libros de Mejía —que fueron traducidos a las principales

te de que sus obras —tanto los *Diálogos* como sus anteriores producciones, la *Silva de varia lección* y la *Historia imperial y cesárea*— no van dirigidas a una minoría de eruditos humanistas, puesto que estos dominan el latín y conocen en sus fuentes originarias las informaciones que Mejía proporciona en lengua vulgar a través de sus libros. Nuestro autor —aprovechando la posibilidad que le proporcionaba la imprenta para difundir los conocimientos y la nueva demanda de consumo cultural que el comercio de libros está imponiendo por aquellos años— dirige atinadamente sus obras —el vino añejo de los autores antiguos vertido, tras sus múltiples lecturas, en los odres nuevos por él elaborados— hacia un público diferente y diverso, ya mayoritario, compuesto por burgueses o cortesanos, desconocedores del latín pero no iletrados, que encuentran en obras como las de Mejía una literatura que, a un tiempo, les informa y les distrae, les enseña y les recrea, les interesa y sorprende<sup>120</sup>. Pensando, sin duda, en esos lectores —aunque se dirija en particular al marqués de Tarifa—, declara con mal oculto disimulo:

La verdad es que, quando yo estos *Coloquios* escreví, nunca pensé tomar este atrevimiento de dedicarlos a vuestra señoría ni sacarlos en público, sino que, cansado algunas vezes de leer y sobrándome el tiempo en las noches largas del invierno passado (que, como vuestra señoría sabe, para mí lo son más que para otro), me quise ocupar en este exercicio, más por mi recreación y por provar la mano en este género de escriptura

---

lenguas europeas e influyeron decisivamente en el ensayismo francés de los siglos XVI y XVII— pueden rivalizar con lo mejor que España ha producido en este campo. Para él, la *Silva* y los *Diálogos* no son una antología de textos ni un repertorio de citas, sino una exposición inteligente y juiciosa de ciertos problemas —pequeños o grandes—, donde el autor ha dejado su peculiar impronta (Pues [1959a: 123, 125]; y también Pues [1959b: 279-292; 1959c: 371-383; y 1960: 15-40]). Sobre este asunto, véase además Bataillon [1966: 636-637], Márquez Villanueva [1973: 112-118], Díez Borque [1980: 116], Castro Díaz [1980: 162], Rallo Gruss [1984a: 159-162; 1987: 16-17, 79-85] y Prieto [1986: 228, 230-231].

<sup>120</sup> Sobre el éxito de la miscelánea como fruto de un contexto socio-cultural favorable, versa el trabajo de Alcalá Galán [1996: 11-19].

que porque creí que hazía cosa que meresciese el acatamiento de vuestra señoría ni salir a luz<sup>121</sup>.

La industria y el comercio de libros, que trajo consigo la invención de la imprenta, produjeron un fenómeno social hasta entonces desconocido: el éxito editorial de un escritor le proporcionaba una notoriedad que —amén del ansia de fama a que aspiraba el individualismo renacentista— le ofrecía la posibilidad de ascender socialmente, pues el reconocimiento público le posibilitaba la obtención de cargos de prestigio y títulos honoríficos. Pero para obtener ese éxito de librería —en el que Guevara precedió inmediatamente a Mejía—, el escritor debía encontrar una fórmula que fuese acogida con aplauso por el nuevo público. Los humanistas vulgares, como Mejía, la encontraron en las misceláneas —dialogadas o no—, obras en las que, tomando una materia prestada de otros autores, la reelaboran, organizando el contenido a capricho del colector, componiéndola de manera sugerente y aderezándola con un estilo atractivo<sup>122</sup>.

Mejía compone su obra con la intención de que, a través de ella, los nuevos lectores, que desconocen las lenguas clásicas, puedan tener acceso a la cultura antigua encerrada en los libros latinos y de la que él hace una esmerada selección, organizándola por motivos capaces de provocar interés o sorpresa. Este hecho le impulsa a escribir en lengua vulgar, para que todos puedan comprenderlo.

---

<sup>121</sup> *Diálogos*, 204. Gallego Barnés [1993: 105<sup>14</sup>] considera que la multiplicidad de lecturas de que hacen ostentación los humanistas vulgares del siglo XVI responde al afán de justificarse por emplear —en lugar del latín— la lengua romance, poco estimada entre los doctos.

<sup>122</sup> El fenómeno del ascenso social que Guevara obtuvo con sus éxitos de librería ha sido destacado por Rallo Gruss [1979: 202-207; 1987: 59-61]. Antes, Márquez Villanueva [1968: 15-66; 1973: 183-257] había señalado el acierto de Guevara en producir una nueva literatura amena e imaginativa destinada a un público numeroso creado por la imprenta. Para el asunto de cómo Mejía siguió los pasos de Guevara en esta tendencia literaria que condujo al ensayo y que el público demandaba, véase García Gual [1986: 238; 1994: 100].

La aparición de un nuevo público lector, que impone sus propios gustos, produce también el resurgir de fórmulas expresivas renovadas —que ya habían sido cultivadas con éxito en la Antigüedad—, como la *epístola*, el *diálogo* y la *silva*, géneros encuadrados dentro de la *miscelánea didáctica* que abrirán el camino, inmediatamente después, al *ensayo* moderno. Ninguno de aquellos tres géneros didácticos —de contenido misceláneo y escritos preferentemente en prosa—, que el humanismo renacentista puso en boga, era nuevo; los clásicos antiguos los habían cultivado con notable aceptación, aunque durante la Edad Media fueron objeto de mistificación u olvido. Su reaparición en el siglo xvi es un signo más de la voluntad de regenerar la cultura grecolatina que animó al Renacimiento<sup>123</sup>. Ahora bien, aunque tengan en común un contenido misceláneo, en lo que toca a las formas expresivas que adoptan y a la actitud del autor ante ellas, los tres géneros se comportan de manera muy distinta<sup>124</sup>. En la *silva* —que otros

<sup>123</sup> La floración de misceláneas en el siglo xvi responde —según Ynduráin [1978: 128-135]— al deseo de conocer una realidad que aún estaba por descubrir, fruto de una nueva visión del mundo que comenzó a gestarse en el Renacimiento. El éxito de este tipo de obras se debe, en gran medida, a la frecuente utilización que de ellas hicieron los tratadistas del Renacimiento como prontuarios o manuales de acceso directo y rápido a la cultura clásica y a la erudición científica (Infantes [1988: 245-246], López Poza [1990: 61-65] y López Romero [1992: 55-56]).

Las colecciones antiguas de *Problemas* —principalmente las de Aristóteles, Plutarco y Alejandro de Afrodísia—, que tuvieron gran difusión y dieron pie a numerosas imitaciones en castellano durante el Siglo de Oro, sirvieron de importante fuente de información para la elaboración de las misceláneas de la época, como la *Silva* de Mejía (Cuartero Sancho [1990: 222<sup>31</sup>]). Sobre el género de la miscelánea pueden consultarse, entre otros, los trabajos de Márquez Villanueva [1973: 112-118], Rallo Gruss [1984a: 159-180], Prieto [1986: 219-263], Infantes [1988: 243-257], Rodríguez Cacho [1993: 155-168], Aragüés Aldaz [1993a: 251-265; 1993b: 267-282], Alcalá Galán [1996: 11-19], Lerner [1998: 71-82; 2003: 13-16] y Malpartida Tirado [2003: 197-203].

<sup>124</sup> Rallo Gruss [1992: 14-15] ha señalado la permeabilidad entre estos tres géneros prosísticos del siglo xvi, así como sus características diferenciadoras, en tanto que Forno [1992: 251-272], Solervicens [1997: 30-33] y Blanco Pérez [1998: 245] han destacado el parentesco del diálogo con el discurso, la epístola, el tratado y el relato corto. Por su parte, Sevilla Arroyo [1992: 15-19] ha subrayado el carácter híbrido de algunos diálogos, fronterizos con la autobiografía novelesca. Recientemente, Gómez [2000: 119-160, 168] ha señalado

llamaron *jardín* o *floresta*— el autor se esconde tras una tercera persona gramatical, a fin de producir una sensación de objetividad y asepsia en lo que dice —la materia que toma prestada de los libros antiguos—, a pesar de lo cual la subjetividad del autor se manifiesta al elegir los asuntos, al articularlos y al manejar las fuentes, así como cuando expone su propia opinión personal en relación con el tema que está desarrollando. Por su parte, en el *diálogo* —al menos en sus manifestaciones más señeras y menos anquilosadas— el autor se parapeta tras unos personajes que adquieren en la conversación la categoría de primeras y segundas personas que exponen sus vivencias y conocimientos de una forma directa ante el lector; la aparente objetividad de lo tratado se relativiza en la confrontación dialéctica —en la que se exponen tesis enfrentadas y no siempre resueltas— y en la defensa de ciertas opiniones que el autor manifiesta por boca de uno de los interlocutores, con el cual se identifica más o menos paladinamente<sup>125</sup>. Por último, en la *epístola*, la subjetividad alcanza su grado máximo, ya que el autor, en primera persona, expone directamente sus ideas particulares, dirigiéndose a una segunda persona que, si bien puede aparecer con un nombre concreto, representa siempre al lector, que es el verdadero destinatario de esas cartas literarias; de manera que en el género epistolar —caso aparte son las cartas que fingidamente se adjudican a

---

con detenimiento la contaminación que se produce en ocasiones entre los diálogos y las diferentes manifestaciones literarias de carácter narrativo o teatral, a las que el género dialógico pudo ayudar a resurgir; es altamente sintomático que la novela y el teatro modernos comiencen a forjarse en el momento de mayor plenitud de los diálogos y que estos comiencen a decaer cuando aquellos se consolidan como manifestaciones artísticas plenas.

<sup>125</sup> Los personajes de los diálogos son con frecuencia trasuntos del pensamiento del autor y a veces, aunque cada uno represente una idea o tendencia, pueden contaminarse entre sí. Tal cosa advierte Cuevas García [1980: 449-451] en el *De los nombres de Cristo* de fray Luis de León. Según Rallo Gruss [1990: 18], las ideas tomadas de otros autores —a veces copiadas casi literalmente, como en los *Coloquios matrimoniales* de Pedro de Luján— cobran vida y se actualizan mediante la conversación de unos protagonistas de los diálogos que son contemporáneos de los lectores, los cuales manifiestan saberes o comportamientos éticos que, para los humanistas, era importante difundir.

personajes históricos y conocidos—, el autor se manifiesta descubiertamente —al contrario que en la *silva*— y sin intermediarios —como ocurre en el *diálogo*— ante el receptor de la obra. No obstante lo dicho, las fronteras entre estos tres géneros no son infranqueables, puesto que —pongamos por caso— en la *silva* el autor puede terciar abiertamente en el debate, ofreciendo su particular opinión en relación con las opiniones encontradas de los antiguos sobre el asunto que esté desarrollando; puede, asimismo, reproducir de manera directa una conversación imaginaria entre varios personajes o recrear las hipotéticas cartas que los protagonistas se envían entre sí. Sin embargo, estas contaminaciones —más factibles en la *silva* por ser, de los tres géneros, el menos sometido a reglas estrictas— se producen esporádicamente y nunca atentan contra las normas que específicamente los caracterizan<sup>126</sup>.

Aun cuando la subjetividad del autor —como se ha indicado antes— pueda filtrarse por diferentes resquicios en estas tres manifestaciones del género didáctico, lo cierto y seguro es que la actitud crítica y la opinión personal no son primordiales en unas obras —como los *Diálogos* o la *Silva*— cuyo objetivo principal consiste en rescatar y divulgar el saber de los antiguos, aclimatándolo a la emergente cultura española que la política imperial de Carlos V pretendió imponer en toda Europa. Por este motivo, Mejía —al tiempo que imita a los clásicos en el diseño y la ejecución de sus obras—, intenta mejorarlos gracias a la labor de concentración y recapitulación de lo más granado de aquellos libros grecolatinos que él leía con fruición y que reelabora con docta mano después, generando un texto nuevo que abarca y resume lo escrito por los antiguos sobre unos asuntos concretos, que gracias al buen olfato de nuestro autor son los que interesaban especialmente a sus contemporáneos, con lo que consigue revivirlos

---

<sup>126</sup> Para ampliación de datos sobre el particular, véase Rallo Gruss [1984a: 160, 171-172; 1987: 17, 81] y Prieto [1986: 61-62, 71, 74, 105, 110]. Sobre el género epistolar en el Renacimiento, pueden consultarse ahora los trabajos de Ynduráin [1988: 53-79] y de Trueba Lawand [1996: 43-117].

y actualizarlos en un contexto histórico y social —la España de la primera mitad del siglo xvi— que pretendía ser —tras la coronación imperial de Carlos V— una prolongación del antiguo Imperio Romano, concebido por entonces como un referente mítico.

La rendida admiración que el humanismo renacentista profesó a la Antigüedad clásica se concreta y materializa en la formidable tarea de trasiego textual que Mejía lleva a cabo en su *Silva* y sus *Diálogos*. Para tan arduo cometido se precisaba rescatar del olvido y limpiar de impurezas los libros en los que se encerraba el preciado saber de los antiguos y sobre los que la Edad Media había venido acumulando errores, cuando no los había relegado al olvido de los polvorientos anaqueles. Este vehemente afán descubridor, ecdótico y divulgativo fue una de las misiones que con más brío y éxito se atribuyó el humanista del Renacimiento<sup>127</sup>. Mejía, sin embargo, no se paró ahí, pues él quiso acopiar esos conocimientos dispersos en los libros antiguos y ponerlos a disposición de un público lego en latín, pero letrado en su lengua vernácula. Desde luego, para ofrecer esta contribución a sus conciudadanos se precisaba —como reconoce nuestro autor— gastar media vida leyendo libros y tomando anotaciones. Por tanto, los *Diálogos* —y la *Silva*, aún más— se nos muestran a las claras como ciclópeas refundiciones de textos suministrados por autores de muy diversa procedencia<sup>128</sup>.

<sup>127</sup> Cfr. García Galiano [1992: 40-48]. De hecho, durante los siglos xv y xvi se produjeron sensacionales descubrimientos de obras antiguas que se encontraban perdidas; pero también se realizaron falsos hallazgos de manuscritos inventados, mixtificaciones conscientes que tardaron en ser denunciadas (cfr. Blanco [1994: xxxiv-xxxv]).

<sup>128</sup> A criterio de Morrás [1997: 533], existieron entre los humanistas dos actitudes ante los textos clásicos: por un lado —y aquí se encontraría ubicado Pedro Mejía—, quienes se ocuparon en difundirlos mediante traducciones a las lenguas vulgares; y por otro, los que eligieron la ardua tarea filológica de depuración textual de tales obras; estos últimos —según Clavería [1995: 5-15]— fueron escasos en España, a juzgar por las contadas ediciones de los clásicos que se realizaron con rigor en nuestro suelo (Nebrija, Vives y el Brocense constituyen la excepción). Con todo, no puede hablarse de fronteras irreducibles ni excluyentes entre ambas tendencias.

Sin embargo, Mejía no actúa como un simple copista, dedicado a traducir y enhebrar textos antiguos con mayor o menor libertad; él escoge sus fuentes en función del tema que desea desarrollar y las emplea en el momento oportuno como argumentación de sus tesis. Mejía utiliza en sus *Diálogos* —al igual que en la *Silva*— la técnica de la imitación compuesta, común entre muchos escritores de la primera mitad del siglo XVI, consistente en seleccionar los textos clásicos para elaborar con ellos un texto nuevo que resuma lo mejor de todos ellos<sup>129</sup>. Lo cual no obsta para reconocer que él se encuentra inmerso aún en la primera fase de aquella descomunal labor arqueológica de recuperación cultural de la Antigüedad. Esta

<sup>129</sup> Cfr. García Galiano [1992: 95-104]. A fin de justificar el manejo abundante de autoridades, Mejía recurre al símil de la huerta o el jardín en los preliminares de la *Silva*: «Lo que aquí escribo, todo es tomado de muy grandes y aprovados auctores, como el que corta planta de muy buenos árboles para su huerta o jardín» (*Silva*, «Prólogo», I, 159-160). Este recurso comparativo es muy parecido al que utiliza Guevara para justificar su obra en el prólogo del *Relox de príncipes* (Rallo Gruss [1979: 199]). En otro lugar —la traducción que hizo de la *Parénesis* de Isócrates—, reproduce Mejía la misma idea —si bien por boca ajena—, pues, en la conclusión de este opúsculo, el autor griego aconseja a su discípulo Demónico con las siguientes palabras: «Débeste aprovechar también de la lección de los poetas y de sus buenos avisos y sentencias y de qualquiera dicho provechoso que hombres sabios y doctos hayan dicho; porque de la manera que vemos la abeja, tocando en todas las flores, de cada una dellas tomar y apartar lo mejor, así conviene a los que quieren disciplinar y encaminar su vida a virtud, aprender todas las cosas y escoger lo que fuere para este efecto provechoso» (Mejía [1767: 259-260]). La imagen de la abeja que liba de muy diferentes flores para elaborar su propia miel, que Mejía emplea —como otros escritores de su tiempo— para justificar la *imitación compuesta* de los autores antiguos, fue utilizada por Aristófanes, adoptada por Séneca, repetida por Petrarca y recogida, entre los contemporáneos de Mejía, por fray Antonio de Guevara y por el autor de *El Crotalón* (García de la Torre [1983: 79-80], Concejo [1985: 193], Rallo Gruss [1982: 43-45], García Galiano [1992: 15-16] y Argüés Aldaz [1993a: 258-259, 264-265]). Para la idea de la miscelánea como una compilación de lo más sustancioso de los autores antiguos, véase Rallo Gruss [1978: 309-310]. Esta técnica compositiva debió de ser muy común entre los humanistas del Renacimiento; la utilizó también Juan Luis Vives en su *De institutione feminae christianae* y *De officio mariti* (Bernal Lavesa y Beltrán Serra [1997: 231]). Asimismo, el concepto de la imitación como motor compositivo en la literatura del siglo XVI ha sido estudiado por Lázaro Carreter [1979: 89-119; 1980: 91-97], Maravall [1986: 298-317], García Galiano [1992: 207-308] y Pineda [1994: 17-43].



etapa inicial, que coincide más o menos con la primera mitad del siglo XVI, se caracteriza por la aceptación entusiasta de todo lo antiguo, al considerar que las obras clásicas eran modelos de perfección insuperable a las que solo cabía imitar con fidelidad, según defendió Julio César Escalígero en su *Poética*; por tal motivo, los autores de esta primera etapa se aplicaron con fruición a insertar en sus obras, sin demasiado orden ni jerarquización, los más heterogéneos materiales de acarreo, los cuales —comprobada su filiación clásica— aceptaron con un fervor casi religioso y sin apenas valoración crítica previa. Amparados por la norma poética de la *imitación*, aquellos autores se adueñaron de sus admiradas obras de la Antigüedad, en las que entraron a saco para elaborar un producto constituido, en gran parte, por materiales de aluvión<sup>130</sup>. La siguiente etapa, que concuerda aproximadamente con la segunda mitad del Quinientos, asumirá la completa y perfecta asimilación de esos materiales allegados en la fase anterior, previa rigurosa selección y organización de los mismos. En esta nueva actitud crítica ante la Antigüedad, que provoca una imitación más madura de los modelos clásicos e italianos, descolló Fernando de Herrera, quien dejó bien sentados tales criterios en sus *Anotaciones* a Garcilaso<sup>131</sup>.

Los *Diálogos* —al igual que la *Silva*— están escritos claramente con una doble intención, la de distraer y enseñar, de acuerdo con la vieja consigna horaciana del «deleitar aprove-

<sup>130</sup> En su afán de erudición, los humanistas se vieron impulsados a componer sus obras con gran aparato de citas que se amontonaban sin rigor ni sólido criterio selectivo (Guarino Ortega [1997: 505]). Con todo —aunque a efectos pedagógicos pueda resultar ilustrativa—, no debe generalizarse la idea de una admiración exagerada hacia los autores clásicos por parte de los escritores renacentistas, ya que dicha actitud es más o menos rotunda, dependiendo de la personalidad de cada uno de ellos; si bien algunos críticos —entre los que figuran nombres tan notables como los de Lida de Malkiel y Bataillon— han achacado a Mejía una aceptación servil de las autoridades antiguas, tal valoración ha sido matizada razonablemente por Lerner [2003: 19-21].

<sup>131</sup> Para la ampliación de estas ideas, deben consultarse los trabajos de Vilanova [1968: 580-582], Valbuena Prat [1968: 468], Alborg [1969: 737], Cuevas García [1985: 61-64] y García Galiano [1992: 405-414]. Las *Anotaciones a la poesía de Garcilaso* de Fernando de Herrera han sido objeto de una rigurosa y documentada edición a cargo de Pepe y Reyes Cano [2001].

chando», principio que gozó de gran predicamento durante el Medievo y que don Juan Manuel defendió de gráfica manera en uno de los prólogos de *El conde Lucanor*<sup>132</sup>. No obstante, esa norma horaciana —interpretada durante la Edad Media con un enfoque moralizador de corte religioso o utilitario— se aplica en el Renacimiento concibiendo que la enseñanza debía ceñirse a la estricta transmisión informativa de los conocimientos y entendiendo que la moral —dejando al margen su vertiente religiosa— había de plantearse en términos laicos y encaminarse a difundir una ética cívica acorde con la nueva concepción del hombre. En efecto, para los intelectuales de entonces la parte doctrinal de la obra debía poseer un valor docente o moralizador con el que tender a la dignificación del hombre, ideal este —el de la *dignitas hominis*— al que el humanismo renacentista aspiró siempre<sup>133</sup>. Por esto los *Diálogos* y la *Silva* intentan hacer llegar su mensaje ético e informativo envuelto en los atrayentes oropeles de un material prestado —historias, cuentecillos, chistes, sentencias, hechos curiosos o sorprendentes y relatos divertidos y apacibles—, a fin de mantener la atención del lector o del oyente y no fatigarlo con intrincadas explicaciones científicas o permanentes digresiones admonitorias de severo moralista<sup>134</sup>. De esta ma-

<sup>132</sup> En esta tendencia que combina el *docere* y el *delectare* en la literatura renacentista, insisten J. M. Blecua [1985: 50-51] y Rallo Gruss [1987: 16]. Propiamente, los *enxiemplos* de *El conde Lucanor* se desenvuelven en un marco dialogado; este marco, sin embargo, pasa a un segundo plano ante la importancia que cobra el elemento narrativo, quedando todo supeditado a la finalidad didáctica (Gómez [2001: 264]).

<sup>133</sup> Rico [1979: 31-50; 1980: 10-11; 1986: 117, 128-151; 1993: 163-190] ha subrayado el valor que, para el humanismo renacentista, poseyeron las *artes litterarum* como propulsoras del perfeccionamiento moral e intelectual del individuo y de la dignificación del ser humano. En relación con estas ideas, cfr. también Green [1969: II, 144-165], Rallo Gruss [1990: 18-19] y Ferreras [2000: 290]. Por su parte, Gallego Barnés [1993: 103-116] ha señalado cómo el carácter didáctico de esta literatura renacentista condiciona la relación autor-lector, convirtiéndola en una vinculación maestro-discípulo, con todas las repercusiones que este cambio de perspectiva conlleva en la formulación y composición de este tipo de obras.

<sup>134</sup> Los episodios sorprendentes y fabulosos, así como los asuntos extraños e insólitos, persiguen despertar la curiosidad y la admiración del lector, a fin de difundir informaciones y conocimientos de manera más eficaz, dentro del pla-

nera, ambas obras podían leerse superficialmente como un repertorio de noticias curiosas y agradables; pero también admitían una lectura más profunda, tomando en consideración los temas morales, filosóficos y científicos que los dos libros encierran<sup>135</sup>.

Puede decirse, pues, que Pedro Mejía intentó con su *Silva* y sus *Diálogos* que la Antigüedad hablase en castellano; sin embargo, él pretendió llegar más lejos, puesto que sus obras, en cuanto recopilaciones que son, aventajaban a las de la Antigüedad, por la sencilla razón de que comprenden y resumen lo mejor de todas ellas. Para nuestro autor, sus obras no eran

---

pedagógico de divulgación científica que inspiró al humanismo renacentista (Johnston [1978: 69-70, 72], Rallo Gruss [1984a: 160] y Rodríguez Cacho [1993: 159]); un precedente ilustre de esta tendencia se halla en la *Cosmografía* del papa Pío II, una de las fuentes de la *Silva* (Socas [1998: 35, 38<sup>65</sup>]); la misma intención persigue el autor de *El Crotalón*, cuando dice: «Procuré darles esta manera de doctrina abscondida y solapada debajo de facecias, fábulas, novelas y donaires, en los cuales, tomando sabor para leer, vengan a aprovecharse de aquello que quiere mi intinción» (Gallego Barnés [1993: 108]). La curiosidad intelectual de Mejía, que intenta transmitir a sus lectores, pone de manifiesto —según Eguiagaray Bohigas [1965: 131]— la existencia en él de un humanismo de procedencia italiana. En su afán de difundir la sabiduría de los antiguos para que sus conterráneos apliquen las lecciones morales de aquellos a sus propias vidas, Mejía echa mano —entre otros recursos— de curiosidades paradójicas, a fin de despertar la admiración del lector y hacer más efectiva la enseñanza que pretende transmitir (Presberg [2001: 56, 58]). Por otro lado, en el siglo XVI todavía era bastante usual que un grupo de personas se reuniese para matar el tiempo de ocio leyendo en voz alta alguna obra impresa (Fernández Álvarez [1974: 193], Chevalier [1976: 13-31], Rallo Gruss [1979: 115] y García de la Torre [1983: 107-108]).

<sup>135</sup> El propio Mejía era consciente de esta posibilidad de doble lectura de su obra y así lo reconoció expresamente: «Les parecía a algunos que puse aquí algunos capítulos de cosas de poca importancia y de materias de poco peso, que en alguna manera parecía que no devieran entremeterse entre cosas de tanto tomo como aquí se tratan otras [...] Respondo a esto que [...] son tan varios los juyzios y pareceres de los hombres, que lo que a unos desagrada, contenta a los otros; y es verdad que algunos de los capítulos deste libro, que yo tenía por baxos y juzgava por de menos substancia, he visto después que, a hombres cuyo juyzio no es de menospreciar, han agradado y no han parecido indignos de ser leídos. Quanto más que este libro es silva de varias cosas y mi intento y artificio fue no guardar en ella orden ni ygualdad (porque en la variedad no la puede aver), sino en poner cosas para todos ingenios» (*Silva*, II, 290).

solo un granado fruto del anhelo erudito y vulgarizador del Renacimiento, sino piezas añadidas a los cimientos sobre los cuales ir fundando el conocimiento moderno, que habría de aventajar al de los antiguos. En un momento histórico en el que España se abre al mundo y se constituye en cabeza de un nuevo Imperio, la resurrección de la cultura de la antigua Roma no resultaba ociosa. En esta lucha intelectual rivalizaron las principales naciones europeas, que se habían forjado en los albores de la Edad Moderna y que ya comenzaban a mostrar unos afanes expansionistas hasta entonces desconocidos. De manera que Mejía, junto a otros muchos escritores de su generación, se creyó no solo en la obligación de difundir, como buen humanista, la sabiduría de los antiguos, sino que, por añadidura, se sintió llamado, con clara concepción nacionalista, a suministrar los materiales culturales sobre los que construir el nuevo Imperio Español, que en aquella primera mitad del Quinientos se estaba fraguando en la conciencia de los dirigentes políticos<sup>136</sup>.

---

<sup>136</sup> Rico [1996: 162] ha puesto de relieve la insistente preocupación de los humanistas por la enseñanza, y Courcelles [1996: 13-26] ha analizado las ideas pedagógicas que Mejía expone en su *Silva*, las cuales derivan del ambiente humanista de la época y son coincidentes, en gran medida, con las defendidas por Erasmo en sus escritos. La forja de la idea imperial en el siglo XVI ha sido estudiada por Menéndez Pidal [1971: 7-35] y, en lo que respecta a Mejía, por Rallo Gruss [1978: 309-311, 314]. La idea de la restauración del antiguo Imperio Romano en la nueva nación española se encuentra ya en Nebrija (Rico [1981: 68-69] y Bonmatí Sánchez [1997: 1408-1409]; véase también Castro Díaz [1980: 161; 1991: 82]). Sobre dicha concepción política del humanismo español insiste en más de una ocasión Maravall [1960: 177-180; 1986: 452]; por su parte, Courcelles [2000: 92-94] interpreta la *Silva* como una aportación de Mejía al sostenimiento de la idea imperial de Carlos V. Por lo que respecta a la concepción política de nuestro escritor, Donald y Lázaro [1983: 255] —en contra de la opinión de Meseguer Fernández [1947: 395-396]— afirman que sí existen significativas coincidencias entre Alfonso de Valdés y Pedro Mejía, especialmente en lo tocante a las opiniones de ambos sobre la Reforma luterana. No ha faltado tampoco quien —junto con Alfonso y Juan de Valdés, Guevara, Vives, Laguna, Villalón, Pérez de Oliva y otros— haya colocado a Mejía dentro del grupo de intelectuales que —al margen de sus personales tendencias religiosas— defendieron unánimemente, durante el reinado de Carlos V, una misma concepción imperial asociada a la idea de la unidad europea (Eguigaray Bohigas [1965: 9-19]).

## 4. EL CONTENIDO DE LOS «DIÁLOGOS»: ASUNTOS Y TEMAS

4.1. *Los preliminares*

La edición de los *Coloquios* sobre la que basamos nuestra transcripción —la de Sevilla, 1551— contiene los siguientes preliminares:

—Privilegio por cuatro años, otorgado a Pedro Mejía por el príncipe (el futuro rey Felipe II).

—Tasa del Consejo Real.

—Carta nuncupatoria del autor al marqués de Tarifa, don Perafán de Ribera.

—Composición hexástica, en latín, de Gaspar López.

El privilegio está fechado en Alcalá, a 12 de febrero de 1548, y firmado por el secretario Francisco de Ledesma, con autorización del príncipe Felipe, pues, desde mayo de 1543, el emperador Carlos V estaba ausente de España, atendiendo a los problemas políticos y religiosos suscitados en Alemania. A partir de esa fecha, el príncipe heredero ejerció provisoriamente, junto con otras personas regias, las funciones de gobernador de los reinos peninsulares y, como tal, mandó expedir el privilegio editorial solicitado por Mejía. En dicho privilegio —redactado en los términos estereotipados propios de este tipo de documentos— se encomia especialmente el carácter docente y moralizador de los *Coloquios* y de la *Parénesis* que los acompaña, valores muy acordes con las consignas del Concilio de Trento que, precisamente, se estaba celebrando por estos años:

Vos avéis compuesto cierta obra de unos diálogos que contienen y tractan diversas cosas, assí de erudición como de doctrina, muy útiles y provechosas, y assí mesmo avéis traducido de latín en lengua castellana un breve tractado, llamado *Parénesis o exortación a virtud*, que compuso Isócrates, philósopho antiguo, el qual contiene muchas reglas morales<sup>137</sup>.

---

<sup>137</sup> *Diálogos*, 199-200.

La licencia se otorgaba para imprimir una obra y era un requisito exigido por la legislación de cada reino, con fuerza legal solo en su ámbito jurisdiccional; en las ediciones antiguas de los *Diálogos* unas veces aparece mencionada —en la portada, los preliminares o el colofón— y otras no (tal es el caso de la estampación sevillana realizada por Cristóbal Álvarez en 1551, que seguimos en nuestra edición). El privilegio, por su parte, facultaba al escritor de un libro para disponer de su publicación en exclusiva durante unos años en un reino determinado; suponía el reconocimiento de los derechos de autor a tiempo limitado, aunque susceptible de prorrogación. Si bien Mejía —de acuerdo con lo acostumbrado— solicitó el privilegio para diez o doce años, la autoridad competente —el Consejo Real de Castilla— solo le concedió cuatro, que luego sufrirían sucesivas prórrogas, a favor ya de su hijo Francisco. Era normal que el escritor requiriese para su obra un privilegio por muchos más años de los que usualmente se otorgaban, a fin de asegurarse el mayor tiempo posible de derechos de propiedad. Los cuatro años concedidos a Mejía corresponden a lo que normalmente se autorizaba en aquellos momentos, aunque pronto la costumbre fue ampliando el plazo, primero a seis años y luego a diez<sup>138</sup>.

La primera edición de los *Diálogos* —a pesar de lo que precautoriamente se dice en la portada— se imprimió sin incluir el texto del privilegio entre los preliminares. Todo parece indicar que el libro se publicó por vez primera con licencia, y que el privilegio —que tal vez estaría solicitado— no había sido concedido todavía, por lo que no se pudo incorporar en los preliminares de la primera edición (1547), pero sí aparece ya en los de la segunda de Sevilla (1548), en donde —como se ha dicho— lleva la fecha de 12 de febrero de ese año<sup>139</sup>. En el breve tiempo que media entre estas dos estampaciones, Barto-

<sup>138</sup> Hablan de todo esto, entre otros, González de Amezúa y Mayo [1951: 333-339, 341], Simón Díaz [1971: 171-172; 1983: 88-91], Moll [1979: 55-57], Marsá [2001: 47-52] y Martín Abad [2003: 158-162].

<sup>139</sup> Lo cierto es que el privilegio se otorgó conjuntamente para los *Diálogos* y la *Parénesis*; esta última sí apareció en la edición sevillana de 1548 y en varias de las sucesivas, pero no en la *princeps* de 1547.

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

lomé de Nágera, en Zaragoza, y Martín Nucio, en Amberes —avispados impresores del momento—, aprovecharon el resquicio legal —el privilegio solo afectaba a los reinos de Castilla— para sacar, usufructuando los derechos de autor que correspondían a Mejía, sendas ediciones de la obra, en la que vieron —y la realidad parece que vino a darles la razón— una fácil y rentable inversión comercial. Si el aviso inicial —«con privilegio»—, que encabeza la portada de 1547, intentaba ahuyentar a posibles impresores avizorados, el recurso le sirvió de poco a Mejía o a su editor, al menos allende las fronteras de Castilla. Las ediciones aragonesas y flamencas de los *Diálogos*, aunque se efectuaron legalmente, no se llevaron a cabo con la autorización del autor<sup>140</sup>.

Después de impreso el libro, era obligatorio presentarlo a la autoridad civil —el Consejo Real era el facultado para estos menesteres— a fin de que se cotejara la fidelidad del mismo con el manuscrito original —previamente depositado y autorizado— y se fijara el precio de venta, mediante la tasa. El libro de Mejía fue «tassado por los señores de el Consejo Real en un real en papel»<sup>141</sup>. Quiere decir esto que los *Diálogos* —estampados «en papel», que era el material más comúnmente empleado entonces, frente al excepcional y lujoso pergamino o vitela— fueron valorados para su venta en el precio máximo de un real —cantidad exigua, aunque frecuente en la apreciación económica de los libros en esa época.

La «Carta para el illustríssimo señor don Perafán de Ribera, marqués de Tarifa» es, al mismo tiempo, una dedicatoria y un prólogo. La dedicatoria es el más antiguo de los preliminares literarios y evolucionó rápidamente, produciendo, por fraccionamiento, otros textos posteriores. En los siglos xv y xvi muchos libros contienen solamente una epístola-dedicatoria,

<sup>140</sup> Véase, al respecto, lo consignado por Moll [1979: 80-82]. Ambas ediciones —la zaragozana y la antuerpiense— fueron legales porque el privilegio debía solicitarse para cada uno de los reinos de la monarquía española y supuestamente Mejía solo lo había requerido para Castilla (cfr. Marsá [2001: 48]).

<sup>141</sup> *Diálogos*, 202. Acerca de la tasa, cfr. Marsá [2001: 53] y Martín Abad [2003: 160-161].

en la que el autor coloca su obra bajo la protección de algún notable señor y explica los motivos que le impulsaron a escribirla. Este es, exactamente, el caso que nos ocupa<sup>142</sup>.

El linaje sevillano de los Afán de Ribera —al que pertenecía don Pedro, destinatario de la «Carta»— ocupaba desde 1396 el importante cargo de adelantado mayor de la frontera, pues de él dependía toda la defensa del territorio que abarcaba el reino de Sevilla, así como la organización de la guerra contra los moros granadinos y la administración de justicia. Los miembros de este linaje tuvieron su asentamiento y palacio en la collación de Santa Marina, trasladándose posteriormente a la sevillana Puerta de Carmona, en la collación de San Esteban —donde construyeron el famoso palacio renacentista conocido como Casa de Pilatos—, y gozaron de gran preeminencia social, llegando a ser de los más opulentos en rentas —disfrutaron, por concesión real, del monopolio de las almonas del jabón en todo el reino de Sevilla—, que en gran parte gastaron generosamente en obras pías y benéficas para la ciudad, lo que les valió una bien ganada reputación de mecenas y benefactores públicos a todos los componentes de la saga familiar. Catalina de Ribera —la abuela del Pero Afán de Ribera que nos ocupa— fue la fundadora del Hospital de las Cinco Llagas —uno de los más grandes y mejor dotados de la capital, cuyo edificio ha perdurado hasta nuestros días. Heredó el título de adelantado su hijo Fadrique Enríquez de Ribera, que fue también primer marqués de Tarifa, el cual peregrinó a Tierra Santa en un viaje que duró desde el 24 de noviembre de 1518 hasta el 20 de octubre de 1520. El mismo marqués —amante de las artes y principal introductor en Sevilla del Renacimiento italiano— escribió la relación de este periplo, y Juan del Encina, que formaba parte del séquito que acompañó al magnate, lo relata asimismo en su poema titulado *Trivagia* y en un romance. Tras la vuelta de la peregrinación, don Fadrique instituyó el viacrucis hispalense desde su palacio —la Casa de Pilatos, así llamada por ser tradición que

<sup>142</sup> Véase, a este respecto, lo resumido por Marsá [2001: 54-55] y Martín Abad [2003: 162-163].



se había inspirado para su construcción en la residencia de este gobernador romano en Jerusalén— hasta la Cruz del Campo. Don Pedro Afán de Ribera, a quien Mejía dedicó los *Coloquios*, no era hijo de don Fadrique, sino del hermano de este, don Fernando. Al morir don Fadrique en 1539 sin sucesión legítima, don Pedro heredó de su tío los títulos de adelantado mayor de Andalucía y de marqués de Tarifa; fue también primer duque de Alcalá y virrey de Cataluña y Nápoles, donde murió en 1572 y en donde destacó por el ejercicio de una justicia rigurosa y por la defensa del reino contra los turcos. Hijo natural suyo fue don Juan de Ribera (1533-1611), patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia, canonizado en 1960<sup>143</sup>.

La carta nuncupatoria de Mejía comienza con los tópicos al uso sobre la grandeza del marqués de Tarifa frente a la humildad de la obra, la cual pone bajo su protección y amparo, esperando con ello obtener alguna recompensa:

Porque tengo entendido de vuestra señoría, por experiencia de muchos años, que es más inclinado a hazer merced que a recibir servicio; y como yo en esto principalmente pretendo recibirla...<sup>144</sup>.

Con lo cual Mejía expone sutilmente la doble finalidad de toda dedicatoria: buscar el amparo de un señor poderoso, frente a envidiosos y maldicientes, y conseguir, tal vez, un beneficio económico o un reconocimiento social. En este sentido hay que interpretar las palabras finales de la carta, donde el autor suplica al marqués que se digne recibir y aceptar el

---

<sup>143</sup> Cfr. Ortiz de Zúñiga [1796: III, 199-200, 281, 289-290, 297-298, 327, 378-380, 387, 391; IV, 59-61], González Moreno [1974: vii-xxvii, 189-192], García Martín [1997: 55-60, 138-148] y Menéndez Pelayo [1998: II, 73<sup>23</sup>]. Prueba bien las inquietudes humanísticas de don Perafán el hecho de que tradujo y publicó los *Apotegmas* de Erasmo en 1547 (Amberes, Martín Nucio), que reimprimió Juan Steelsio, también en Amberes, en 1552 (Palau y Dulcet [1951: V, 78]). Asimismo, está probada su voluntad de mecenazgo, que continúa la saga familiar (Domínguez Guzmán [1975: 273] y García Martín [1997: 145-148]).

<sup>144</sup> *Diálogos*, 203-204.

humilde presente del libro «para hazerlo a todos agradable, y a mí animarme a hazer servicios mayores»<sup>145</sup>. Es posible que Mejía tuviera *acostamiento* con el marqués, es decir, que formara parte del grupo nobiliario que se situaba bajo la protección política y económica de un título de grandeza al cual se prestaba servicio. En este caso, además, cuadra perfectamente su papel como componente de una academia artística y literaria inspirada por el marqués, a las que tan dados fueron estos magnates del Renacimiento y que en Sevilla tuvieron especial florecimiento durante los siglos XVI y XVII<sup>146</sup>.

Interesantes datos autobiográficos ofrece el texto central de la carta. Mejía asegura que escribió los *Coloquios* en las largas noches del invierno de 1546-1547 y que lo hizo solo para ejercitarse en este género de literatura dialogada, puesto ya de moda —sobre todo en latín— por esos años. La primera noticia es perfectamente verosímil; en todo concuerda con la imagen que, de Mejía, nos ha dejado Pacheco y reafirma el carácter de nuestro autor como hombre dedicado al estudio y al trabajo intelectual durante gran parte de la noche. Sabemos también que el humanista sevillano no estaba entonces excesivamente ocupado en otra labor creadora, puesto que ya había publicado la *Historia imperial y cesárea* en 1545 y no será nombrado cronista oficial hasta 1548.

La segunda noticia de la carta nuncupatoria es menos creíble. El hecho de que Mejía comunicase la obra con sus amigos y estos casi le obligasen a publicarla parece tópico. Este —o cualquier otro tipo de justificación para dar a la estampa un libro que su propio autor dice considerar indigno— era lugar común entre los escritores de la época. Por otra parte, resulta difícil aceptar que un autor que ha publicado ya dos obras de envergadura con éxito notorio se dedique a escribir una obra tan acabada como los *Coloquios* por el solo afán del ejercicio literario. Más adelante, en algo se contradice el propio autor, pues afirma que tiene intención de aumentar la colección de los diálogos, en caso de que la obra agrade y sea

<sup>145</sup> *Diálogos*, 206.

<sup>146</sup> Las academias sevillanas de los Siglos de Oro han sido estudiadas por J. Sánchez [1961: 194-219].

bien recibida. Por lo tanto, la extraordinaria acogida que tuvieron los *Coloquios* nos obliga a concluir que el encargo de historiar el reinado de Carlos V —que Mejía recibió en 1548— le impidió dedicarse a ninguna otra labor literaria durante los pocos años que ya le quedaban de vida. Lo mucho que consiguió redactar de su *Historia del emperador Carlos V* en solo dos años y medio —aunque, como se piensa, ya tuviera trabajada una parte de la misma en 1548—, confirma esta suposición.

Encierra este prólogo un punto interesante que ya había sido reiterado por Mejía con anterioridad, especialmente en el «Prohemio» de la *Silva*<sup>147</sup>. Se trata de su decidida voluntad de vulgarizar y difundir los conocimientos que los libros latinos tenían escondidos para aquellos que no entendían esta lengua clásica; para ello era preciso escribir en castellano, del que Mejía se siente orgulloso:

Y yo vine en hazerlo, porque me pareció que en parte era proseguir el intento que, en lo que a mí ha sido possible, he desseado y procurado, que es hazer participante a nuestra lengua castellana de algunas de las cosas de erudición y doctrina que la latina, para los que no la saben, tiene escondido y secreto<sup>148</sup>.

La carta-dedicatoria lleva, además, la misma fecha que el colofón —7 de abril de 1547— de la edición príncipe sevillana, lo cual es imposible en sus estrictos términos, pues algún

<sup>147</sup> Idea subrayada por Castro Díaz [1989-1990: I, 45].

<sup>148</sup> *Diálogos*, 205. En términos parecidos se había expresado Mejía anteriormente en su *Silva de varia lección*: «Y pues la lengua castellana no tiene, si bien se considera, por qué reconozca ventaja a otra ninguna, no sé por qué no osaremos en ella tomar las invenciones que en las otras y tractar materias grandes, como los ytalianos y otras naciones lo hazen en las suyas, pues no faltan en España agudos y altos ingenios» (*Silva*, «Prohemio», I, 162-163). Más tarde, fray Luis de León, en la dedicatoria del libro III de *De los nombres de Cristo* (Onís [1969: III, 5-13]), manifiesta extensamente las mismas ideas que aquí expone Mejía en defensa del castellano. Véase también Díaz Plaja [1983: 179, 184-186] y Romera Navarro [1929: 204-255]. Para Ynduráin [1994: 497], a mediados del siglo XVI la lengua vulgar había ganado la batalla al latín y los humanistas hubieron de plegarse al uso del romance para no quedar al margen del debate intelectual. Según Gallego Barnés [1993: 104-105], la utilización de la lengua vulgar fue el primer requisito que se imponía a los escritores didácticos del siglo XVI en su afán divulgativo del conocimiento encerrado en los libros antiguos o de los nuevos descubrimientos científicos.

tiempo —por mínimo que fuera— debió de transcurrir entre la composición de la epístola y la impresión de la obra. Esto hace pensar en el hecho de que la dedicatoria fue escrita por Mejía con posterioridad a la redacción de los *Diálogos* —hecho frecuente en la elaboración de los preliminares de cualquier libro— y que Dominico de Robertis —que debió de imprimir el primer cuaderno, con los preliminares, inmediatamente después del último, con el colofón— colocó la misma fecha a ambas partes de la obra.

Por último, el poema en seis versos latinos de Gaspar López Nuceda o Gasparis Lupi —médico, amigo y contertulio de Mejía— cierra el conjunto de los preliminares. Este sexteto es un elogio a las excelencias del libro y del autor, al mismo tiempo que una invitación a todos para comenzar la lectura<sup>149</sup>.

#### 4.2. *El «Diálogo de los médicos»*

Como consta en el encabezamiento del «Diálogo de los médicos» —primera pieza coloquial del conjunto—, en él discuten

dos cavalleros leídos, que el uno dize mucho mal de médicos y tiene por opinión que no los avía de aver, ni arte de medicina, sino que se curassen los hombres por uso y experiencia, sin maestro conocido; el otro alaba y defiende la medicina y médicos, como se platica oy. Introdúzese, assí mesmo, un docto hombre, llamado el Maestro Velázquez, que dize la sentencia y opinión que se deve tener. En lo qual se tocan y tractan muchas cosas notables de erudición y doctrina<sup>150</sup>.

Los interlocutores son Gaspar, Bernardo, Don Nuño y el Maestro Velázquez.

<sup>149</sup> Lo traduce y comenta Salas Salgado [1998: 634, 639, 644-646]. Sobre este tipo de poesías encomiásticas, véase lo extractado por Marsá [2001: 56-57].

<sup>150</sup> *Diálogos*, 211. González de Amezúa y Mayo [1953: 251-254] y Castro Pires de Lima [1968: 107-112] glosan y comentan con detenimiento los contenidos de esta primera pieza de los *Coloquios* de Mejía. Romero Tobar [1984b: 246-247] ha señalado la clara dependencia de este «Diálogo de los médicos» con el *Encomio de la medicina* de Erasmo, tanto en los argumentos y autoridades esgrimidos como en las tesis mantenidas por los dos litigantes.

Gaspar y Bernardo se encuentran casualmente y juntos marchan al domicilio de Don Nuño, que se halla convaleciente de una reciente enfermedad. En el trayecto hablan de las calles y de las casas de Sevilla, sobre su disposición y ordenación y la influencia del clima en la manera de edificar<sup>151</sup>. Al llegar a su destino, se apean de las cabalgaduras y encuentran al Maestro Velázquez haciendo compañía a Don Nuño. El doliente nos hace saber que el Maestro es hombre de sabiduría reconocida y que Gaspar y Bernardo no han alcanzado todavía una edad avanzada —Gaspar tiene cuarenta y cinco años— y que —amantes de la cultura— se complacen en discutir con frecuencia en lengua latina. El pobre enfermo ha tenido que sufrir tres sangrías y una purga, por lo que se encuentra muy débil. Este hecho suscita la polémica sobre los médicos. La discusión se plantea —y Don Nuño lo hace notar claramente— como un litigio judicial en el que la medicina y los médicos representan el papel de acusados, Gaspar el de fiscal, Bernardo el de defensor y el Maestro Velázquez el de juez.

En realidad, el debate se centra en dos puntos esenciales:

El primero es que el uno dize que para curar las enfermedades humanas no es menester arte ni sciencia, sino que basta uso y experiencia; el otro dize que es menester arte y reglas, y ser, el que ha de curar, maestro y docto en ellas y tener grandes fundamentos de otras letras, como largo se ha platicado. El segundo punto, y parece que sale del primero, es que el señor Gaspar, que tiene la parte de la experiencia sola, querria que no oviesse médico conocido, sino que to-

---

<sup>151</sup> Maravall [1972: 74-75; 1983-1984: II, 319-322] ha destacado el fenómeno de renovación y crecimiento de la arquitectura ciudadana en el siglo xv y primeros años del xvi, circunstancia que se refleja frecuentemente en la literatura de la época. Este remozamiento de la arquitectura civil y privada —en el que el gusto femenino es decisivo, debido al poder de iniciativa que, dentro de la cultura urbana, se le reconoce ahora a la mujer y que antes se le negaba— responde a una actitud de ostentación pública de la nueva clase adinerada para manifestar su supremacía económica y social. Sobre la profunda renovación urbana que sufrió Sevilla a lo largo del siglo xvi, cfr. Morales Padrón [1977: 42-47].

dos lo fuessen; y el señor Bernardo los defiende y dize que conviene que los aya<sup>152</sup>.

Para Gaspar, enemigo de la medicina y de los médicos, estos nunca concuerdan en sus opiniones y muy pocas veces aciertan. Bernardo le contradice, amparando sus tesis con citas de la Biblia y de los clásicos. Por su parte, Gaspar defiende la medicina natural y simple, la que puede ser conocida y ejercitada por todos, atacando la medicina como puro comercio y oculta sabiduría de unos pocos que complican y oscurecen sus conocimientos para ostentar así el monopolio de sus beneficios:

Finalmente, señor Bernardo, la malicia de los hombres ha dañado la mejor cosa del mundo, haziendo, como digo, artificio obscuro lo natural y claro, a la caridad interese, la misericordia cobdicia y grangería, encubriéndolo y escureciéndolo tanto, que parece que nadie puede curar sino los médicos<sup>153</sup>.

La mayor parte del diálogo está dedicada al desarrollo del juicio suscitado por la polémica, con tres largos parlamentos finales que son auténticas piezas oratorias, desarrolladas respectivamente por Bernardo, Gaspar y el Maestro Velázquez, cada uno de los cuales apoya sus puntos de vista con citas de autores antiguos. El Maestro falla el veredicto final, adoptando un justo medio entre las dos posiciones extremas, concediendo algunas ideas y negando otras a los dos litigantes. Finalmente, el diálogo se cierra con el relato del Maestro Velázquez sobre lo que sucedió entre el marqués de Ferrara y un truhán, que apostaron sobre cuál sería la profesión más abundante en las tierras del marqués. El truhán afirmó que el oficio de médico y logró demostrarlo con artificio, haciéndose pasar por enfermo en los sitios públicos de la ciudad y solicitando de los vecinos consejos para curar sus males, con lo cual los obligaba a desempeñar el papel de médico. Y así fue como el truhán logró ganar la apuesta al marqués.

---

<sup>152</sup> *Diálogos*, 263-264.

<sup>153</sup> *Diálogos*, 232.

Al margen de su idea central, el diálogo deja caer de vez en cuando algunas notas curiosas. Ya hemos hablado de los comentarios sobre el urbanismo sevillano hacia mediados del siglo XVI. El Maestro Velázquez nos informa también sobre el buen estado en que se encontraba la ciencia médica en Sevilla. Y así debió de ser en efecto, puesto que los establecimientos sanitarios adquirieron durante esta centuria un gran desarrollo en la capital andaluza, con nuevas e importantes fundaciones; por otra parte, los médicos hispalenses ejercieron, a través de sus obras, una notable influencia en toda España e, incluso, fuera de ella. Todo esto deriva, sin duda, del auge comercial sevillano con América, de donde por entonces se trajeron nuevos productos y plantas que empezaron a aplicarse como remedios terapéuticos. Tal ocurrió con el llamado «palo santo» o «palo de Indias» —del que habla Gaspar en este diálogo de Mejía—, que se utilizó para la curación de las bubas sifilíticas.

Asimismo, nos encontramos con una breve referencia a Hernán Núñez *el Pinciano* —catedrático en las universidades de Alcalá y Salamanca y eximio paremiólogo—, presentado por Mejía como ejemplo viviente de la enemistad con medicinas y médicos, ya que nunca tuvo necesidad de ellos ni se puso en sus manos, y murió a edad proveya. Debió de ser proverbial su aversión a los galenos, pues hay numerosos testimonios al respecto. Es muy probable que Mejía tuviera un conocimiento directo de Hernán Núñez durante sus años de estudios universitarios en Salamanca<sup>154</sup>.

El tópico del «menosprecio de corte y alabanza de aldea» surge también varias veces en este diálogo, en el que se afirma que los hombres de campo gozan de mejor salud que los de la ciudad, pues aquellos no tienen ocasión de ponerse en manos de médicos y se curan por sí mismos.

Resulta anecdótico y curioso observar que una costumbre tan actual como la enrevesada escritura de los médicos era práctica usual en el siglo XVI, aunque entonces se hiciera —como

---

<sup>154</sup> Para más detalles sobre el particular, véase lo que decimos en *Diálogos*, I, 2<sup>33</sup>.

ahora— por economizar esfuerzos (lo mismo ocurría en las otras profesiones liberales de carácter intelectual). Sin embargo, Gaspar cree ver en esta costumbre el deseo de ocultar su ciencia a los demás que manifiestan los galenos, a quienes acusa de oscurantismo

hasta en los nombres de las cosas, buscando los bárbaros y extraños, quando los griegos o latinos son conocidos. Y aun en el escribir han inventado carateres y señales que no se entiendan sino de aquellos con quien tienen su cifra. Tanto procuraron escurescer este negocio, que avía de ser el más público y sabido de todos<sup>155</sup>.

A lo que contesta Bernardo:

Y lo que dezís de las letras y recetas, téngolo por donaire y no digno de respuesta, pues sabéis que se hazen por escusar trabajo y porque cada facultad tiene sus términos y manera de tratarse, y assí sus abreviaturas y escriptura<sup>156</sup>.

Más adelante, responde otra vez Gaspar:

Y pues vos sois tan sancto y juzgáis que los nombres y recetas oscuros no son hechos de industria y con malicia, hazed que sean ellos tan comedidos que, por no darme a mí ocasión de pecar, las den de aquí adelante de buena letra y en romance y en lengua vulgar, y entonces yo juzgaré lo mismo<sup>157</sup>.

Importante es el tema de la medicina, entendida como negocio público, en oposición a la medicina como medio de ejercitar la caridad cristiana. El dilema que se plantea —muy debatido en aquel momento— consiste en dilucidar si el socorro de los pobres, enfermos y desvalidos era tarea que correspondía abordar a la sociedad civil o a la comunidad religiosa. Aparecen aquí dos conceptos encontrados, uno laico —la beneficencia,

<sup>155</sup> *Diálogos*, 232-233.

<sup>156</sup> *Diálogos*, 246.

<sup>157</sup> *Diálogos*, 257.



ejercitada por el Estado como representación de toda la grey cristiana— y otro religioso —la caridad, como atribución exclusiva de la Iglesia. Este asunto levantó enorme revuelo entre los tratadistas morales de la época; el mismo Juan Luis Vives participó activamente en esta polémica, defendiendo el reparto de las riquezas y la ayuda a los necesitados principalmente en su *De subventionem pauperum*<sup>158</sup>. Mejía lo trata aquí, aunque de soslayo y sin tomar partido claro en el asunto.

Por otro lado, es inexcusable resaltar un punto importante que brota varias veces en el transcurso de este diálogo. Se trata del problema epistemológico, que Mejía aborda no solo aquí, sino también en la mayor parte de su producción literaria. Está claro que Mejía entendía ya que existen tres clases de conocimiento: el basado en la autoridad de los antiguos, el conocimiento racional y el conocimiento empírico<sup>159</sup>. El primero de ellos se encuentra ampliamente representado en el texto de este diálogo, pues los personajes hacen constante uso de citas antiguas, sin parar demasiadas mientes en si la autoridad está contradicha por la experiencia o la razón. No obstante, Mejía, por boca de Gaspar, piensa que no todas las autoridades son dignas del mismo crédito y, puesto que muchas veces se contradicen, es aconsejable, en ocasiones, prescindir de ellas y atender a nuestro propio juicio y experiencia personal:

Porque ¿cómo queréis vos que sepa el médico la causa radical y primero origen de todas las enfermedades, si tan varias son las opiniones que ay sobre esto, como vos mesmo avéis contado? ¿Por qué tengo yo más de creer a Hipócrates, que la pone

---

<sup>158</sup> Abellán [1986: 121-132] ha perfilado el desarrollo de ese ideario de comunión cristiana que niega el disfrute individual de la riqueza y propugna la función social que la misma —mediante su equitativo reparto a través de la limosna— debe desempeñar, en tanto que Márquez Villanueva [1968: 114-115] señala el eco que tales ideas encontraron en el *Lazarillo*.

<sup>159</sup> Véanse, a este respecto, las matizaciones de Maravall [1983-1984: II, 30], Delgado-Gómez [1986a: 432-433] y Castro Díaz [1989-1990: I, 47-48]. A criterio de Presberg [2001: 64], Mejía defiende la necesidad de armonizar el conocimiento sensitivo, el racional y el experimental, puesto que todos ellos se complementan y apoyan, al tiempo que se controlan mutuamente, evitando incurrir en errores.

en los espíritus, que a Erasítrato, que lo atribuye a la trasfundación de la sangre a las arterias? ¿Por qué más a estos que a los otros que assignaron otros principios? ¿Y cómo queréis que se sepa cómo se haze la digestión en el estómago, ni crea yo más a uno que a otro, pues tantas opiniones ay sobre ello?<sup>160</sup>.

Asimismo —y con buen criterio—, Mejía defiende el uso de la razón que, mediante la construcción de hipótesis y conjeturas, se aplica luego experimentalmente para llegar a la constatación práctica de los fenómenos y descubrimientos. Este es un método científico absolutamente moderno. Por esto, Bernardo se declara decidido defensor de las prácticas anatómicas y, aunque Gaspar intenta contrapesar sus razonamientos, el superior criterio del Maestro decidirá la cuestión a favor del primero.

#### 4.3. *Los «Coloquios del convite»*

Si bien este diálogo está dividido en dos momentos, indudablemente por razones de extensión y de propia dinámica interna —los comensales se encuentran ocasionalmente, primero, y quedan emplazados para la comida, al día siguiente—, tanto por su argumento como por los personajes, ambas partes forman una perfecta unidad. En el primero de estos dos «Coloquios del combite» —en los que de nuevo toma parte el Maestro Velázquez del diálogo anterior— «se introducen cinco cavalleros, los quales, juntándose acaso, conciertan de comer otro día en casa de uno dellos y combidan a un docto hombre, llamado el Maestro Velázquez; en el processo de la plática se disputa si los combites son lícitos o no, y

---

<sup>160</sup> *Diálogos*, 252. De la indiscriminada acumulación de autoridades deriva seguramente la actitud de Mejía —en ocasiones escéptica, y distante las más de las veces— sobre temas controvertidos en los que no opta por ninguna de las tesis en conflicto que le suministran las fuentes que maneja. Tal es el caso de la contradictoria concepción de la mujer en la *Silva*, en donde encontramos —a un tiempo— argumentos misóginos y feministas, fruto de las fuentes de ambas tendencias a las que el autor presta atención y que tanto abundaron en aquellos siglos, como muy bien ha visto Lerner [1994: 135-143]. Cfr. también Pallister [1984: 3-8].

cómo y cuáles han de ser, y se tocan en el mismo propósito otras antigüedades agradables»<sup>161</sup>. En la segunda parte del coloquio, «juntándose en casa de don Bermudo, se efectúa el combite que en él se concertó; donde se mueven y tratan diversas antigüedades y cuestiones, y al cabo se disputa cuál sea más saludable, comer de un manjar o de muchos»<sup>162</sup>. Los interlocutores de ambas partes de este diálogo son Baltasar, Ordoño, Don Bermudo, Arnaldo, Don Antonino y el Maestro.

Baltasar es un sevillano castizo y ocurrente, hombre desenvuelto e ingenioso, que no se caracteriza por una religiosidad demasiado acendrada; a él corresponden casi todas las socarronerías y donosuras que se entremezclan en la charla, llegando, incluso, a alardear de su escasa instrucción. Arnaldo y Antonino son humanistas y los más cultos del grupo; Arnaldo es forastero y Antonino, sevillano. Sobre ambos recae casi todo el peso de las autoridades alegadas: Arnaldo —cuya aparatosa erudición es bastante inconsistente— gusta sobre todo de la filosofía natural, mientras que las lecturas de Antonino están mejor asimiladas y muestran una predilección evidente por la historia. Ordoño, que también presume de leído, posee el rango de caballero y está a medio camino entre Baltasar y los otros dos. Don Bermudo es el anfitrión; pertenece al patriciado urbano y es poseedor de una más que mediana renta. Por último, el Maestro —clérigo de probada moral y versado en letras divinas y humanas— es requerido para presidir la mesa y regir la conversación. Dos grupos se perfilan claramente entre todos ellos: los eruditos —Antonino, Arnaldo y el Maestro Velázquez—, que ponen sus conocimientos al servicio de la conversación, y los caballeros —don Bermudo, Ordoño y Baltasar—, cuya misión consiste en escuchar con atención, preguntar sobre cuestiones de interés y solazar la charla con ocurrencias y facecias<sup>163</sup>.

---

<sup>161</sup> *Diálogos*, 285.

<sup>162</sup> *Diálogos*, 325.

<sup>163</sup> La caracterización de los personajes de este diálogo ha sido estudiada con detenimiento por Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 18-39]. Para estos dos críticos, el paradigma de «humanista cristiano» con el que Mejía se identifica estaría representado simultáneamente por Antonino y el Maestro Velázquez (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 38-39]).

El diálogo comienza con el encuentro de Baltasar y Arnaldo que van a oír misa a la catedral. La iglesia mayor sevillana no es solo sitio de oración, sino también de conversación, citas y tratos. Esto constituía lugar común de la crítica erasmiana (circunstancias parecidas encontramos, por ejemplo, en el *Lactancio* de Valdés o en el *Lazarillo*)<sup>164</sup>. Tras algunas referencias curiosas sobre la catedral —como el reciente derrumbamiento del cimborrio y la «misa de los perezosos» en la capilla de Escalas—, surgidas de la conversación, ambos personajes se encuentran con Antonino, Ordoño y Don Bermudo, quien propone la celebración de un convite, en su casa y a su costa, para el día siguiente. Luego encuentran al Maestro, que se resiste a aceptar la invitación, amparándose en su condición de clérigo y apoyando su reticencia con autoridades antiguas, a lo cual responde muy cumplidamente Antonino. Por fin el Maestro —ya desarmado de sus excusas— acepta, no sin antes imponer condiciones:

La verdad es que yo no pensava que lo avía con theólogos, sino con humanistas, y por esso echava la cosa a ipocresía; pero paréceme que hallo en esto mejor recaudo y temo que me avéis de llevar por sanctidad, porque es cosa que se usa agora mucho<sup>165</sup>.

El resto del coloquio se dedica a disponer cómo se llevará a cabo el almuerzo y a discutir sobre los convites en la Antigüedad, los casos extraordinarios y curiosos relativos a comidas y manjares que relatan los antiguos y otras noticias eruditas relacionadas con el mismo asunto. Finalizada la conversación y concertada la cita para el día siguiente, se despiden y marchan cada cual a sus quehaceres.

El segundo coloquio tiene lugar en casa de Don Bermudo, donde todo está a punto para comenzar la comida. Van llegando los comensales y con la venida del Maestro Velázquez se da comienzo al convite, aderezado con diversos manjares y

<sup>164</sup> Sobre este particular, véase lo que decimos en *Diálogos*, II, 1<sup>o</sup>.

<sup>165</sup> *Diálogos*, 304.

amena conversación. Entre anécdotas e historias antiguas, casos raros y hechos curiosos, va transcurriendo el diálogo. Así se llega al final del mismo, en que se crea una polémica sobre qué cosa es mejor y más provechosa para la salud: comer de un solo manjar o de muchos<sup>166</sup>. La discusión se plantea entre los dos caballeros más instruidos: Antonino, defensor de la dieta única, y Arnaldo, partidario de una gastronomía variada. Ambos realizan una encendida defensa de sus respectivas tesis, con las correspondientes citas de autoridades, teniendo —como ocurrió en el «Diálogo de los médicos»— al Maestro Velázquez por juez. La polémica termina en tablas; el Maestro se marcha a sus rezos y los demás caballeros a correr toros, extramuros de la ciudad.

Pedro Mejía se cita a sí mismo en este diálogo, al tratar de los excesos cometidos por el emperador Heliogábalo, del que recogió noticias en su *Silva de varia lección*<sup>167</sup>. Este recurso a la autocita —puesta en boca de Antonino, *alter ego* del propio Mejía— pone de manifiesto la firme conciencia de autoría que poseyó este escritor y el orgullo que debió de otorgarle el reconocimiento social derivado de una obra que había obtenido tan resonante éxito de público. Tal procedimiento —que hallamos, asimismo, en otros escritores contemporáneos— tampoco es ajeno a un deseo de dar mayor verosimilitud a la

---

<sup>166</sup> La multiplicación y variedad de los artículos de consumo —alimentos, bebidas, trajes—, cuyo desarrollo alcanza en los siglos XV y XVI un refinamiento desconocido hasta entonces, no están tanto en función de las necesidades de utilidad y comodidad como en el imperativo social de la nueva clase burguesa enriquecida de demostrar su superioridad a través de las manifestaciones externas de ostentación y lujo, que rayan, a veces, en el despilfarro. De esta situación se hacen eco con frecuencia, en términos de agria y dura crítica, los tratadistas del momento. «Hay un dato —dice Maravall— sumamente elocuente: eso que insistentemente se nos dice en el siglo XV, acerca del gusto de la época por la complicación en las comidas, es algo que depende de las exigencias de ostentación, hasta el punto de que se produce contraviniendo ideas médicas, vigentes entonces, según las cuales es más sano y más conveniente para la vida servirse de un solo alimento sencillo» (Maravall [1972: 40]). Véase también lo que se añade en *Diálogos*, II, 2-1<sup>2</sup>.

<sup>167</sup> Aparte de otras referencias esporádicas a Heliogábalo, Mejía dedica el capítulo XXIX de la segunda parte de la *Silva de varia lección* a describir los vicios y excesos cometidos por este emperador romano (*Silva*, I, 710-721).

obra, incluyendo en la conversación una referencia al propio autor del diálogo<sup>168</sup>, al tiempo que documenta sobre el uso que de la *Silva* se hacía, como suministradora de información amena con la que servirse en las discusiones y charlas que se producían en academias humanísticas o grupos de eruditos contertulios, de uno de los cuales formó parte Mejía. En cualquier caso, esta inserción de una obra literaria en el mundo ficticio de otra obra literaria es un antecedente de lo que Cervantes, de manera mucho más compleja, llevará a cabo en su segunda parte del *Quijote*.

Pero lo más sabroso del diálogo radica en las ocurrencias e ingeniosidades de Baltasar, quien se permite hacer burlas, entre las graves disquisiciones y autoridades citadas por sus compañeros:

También dize una vieja que tengo en mi casa (porque no penséis que no alegaré yo también authores), que es el fuego medio mantenimiento en este tiempo, y la mitad de la ropa para el hombre<sup>169</sup>.

Más adelante, duda de los autores antiguos cuando el sentido común le dicta lo contrario:

En esso perdone el señor Plinio, que yo no lo quiero creer<sup>170</sup>.

Otras veces cuenta anécdotas de su propia vida:

Dadme acá essa fuente, y el que no se lavare que no coma, o coma de la manera que yo vi comer a un bachiller en Niebla unos buñuelos, que por limpieza los comió con unos guantes y, después de averlos comido, descalçóse los guantes y lavóse las manos<sup>171</sup>.

---

<sup>168</sup> Lara Garrido [1982: 133-134] —quien señala la peculiaridad de la autocita en los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto— subraya el valor de verismo que este recurso otorga a la conversación que la obra registra.

<sup>169</sup> *Diálogos*, 330.

<sup>170</sup> *Diálogos*, 333.

<sup>171</sup> *Diálogos*, 337.

O aquella otra de un hortelano, amigo de Baltasar:

Aína seréis vos como un hortelano, mi amigo, que nos combidava a mí y a doña Helena que nos fuésemos un día a holgar a su huerta; y por persuadimos a ello, nos dezía que fuésemos en todo caso, porque él nos haría tanta y más cortesía de la que merecíamos<sup>172</sup>,

en donde todavía encontramos la figura del villano zafio y estulto, imagen tan distinta a la que, por razones sociales, presentará Lope de Vega y, con él, todos los dramaturgos de nuestro teatro áureo.

Tampoco le faltan a Baltasar los chistes sobre judíos, cuestión tan candente en esta época:

BALTASAR: [...] Pero hasta agora me parece que dura el asco que algunos [judíos] tienen del puerco, porque yo sé de un hombre de mi parochia, que presume de donoso, que vinieron a pedir a su casa una olla prestada y hízola dar; y dixo al que la llevaba: —«Sabéis cuánto os va, no echéis tocino en essa olla; si no, yo os juro a Dios de quebrárosla en la cabeça.»

DON BERMUDO: A muchos donaires que él diga dessos, le harán passar la puente<sup>173</sup>.

Don Bermudo se refiere aquí al castillo de San Jorge, en el arrabal de Triana, que servía por entonces de cárcel de la Inquisición y se encontraba a la otra orilla del río Guadalquivir, frente al Arenal y extramuros de la ciudad, y al cual se llegaba a través de un puente de barcas.

Sirva como muestra de los buenos momentos de humor e ingenio que alcanza este diálogo la ocurrencia que relata el anfitrión, Don Bermudo, sobre lo que le ocurrió a su padre:

A esso os quiero yo dezir lo que respondió aquí don Juan, mi padre, a una dama muy fea que le dezía un día que, porque ella desseava mucho verle cómo se requebrava con su

---

<sup>172</sup> *Diálogos*, 293.

<sup>173</sup> *Diálogos*, 343-344.

amiga, que fingesse que lo era ella y la requiriese de amores, por ver cómo lo hacía. Respondióle don Juan: —«Por cierto, señora, no quiero, porque he miedo que me digáis de sí»<sup>174</sup>.

Este diálogo anota hechos curiosos de la vida cotidiana que no recoge la historia, a lo que ya nos tenía acostumbrados la prosa de Guevara en sus *Cartas familiares*. Mejía se para a considerar las modas del día que, siguiendo los dictados de la corte, se difunden por todos los reinos. Y relata el caso de cuando el emperador, estando en Flandes, se dio —por motivos de salud— a comer borrajas, terminando por imponerse estas como manjar exquisito. O aquella otra ocasión en que la melena breve en los hombres se hizo uso distinguido porque el emperador recortó sus cabellos.

#### 4.4. *El «Coloquio del Sol»*

En este coloquio «se trata y prueba claramente ser el Sol mayor que la Tierra, y la Tierra mayor que la Luna, y cómo siendo la Tierra redonda, se sostienen los hombres por todas partes en ella; y después se tocan y se determinan otras cuestiones naturales y cosas de gusto y erudición»<sup>175</sup>. Los interlocutores —que fingen juntarse en la catedral de Sevilla— son Paulo, Petronio, Antonino y Ludovico.

Petronio y Paulo se encuentran en el interior de la catedral; ambos acaban de escuchar misa y comienzan a platicar. Al cabo de un rato, se acercan a Antonino y Ludovico, buscando buena conversación hasta la hora de comer. Antonino estaba disertando sobre el tamaño del Sol, de la Luna y de la Tierra. Pero como Paulo es hombre impaciente, incapaz de concentrarse y de prestar atención a explicaciones de este carácter, y, por otra parte, Petronio no posee grandes luces, Antonino se excusa de seguir hablando sobre el particular. Tras reiterada insistencia por parte de los tres, Antonino prosigue hablando de estas cuestiones: la causa de los eclipses de Sol y de Luna,

<sup>174</sup> *Diálogos*, 294-295.

<sup>175</sup> *Diálogos*, 383.



por qué la Tierra es menor que el Sol y mayor que la Luna, sobre la redondez de nuestro planeta, los antípodas, la densidad de los cuerpos y la ley de gravitación universal.

Este diálogo, dedicado exclusivamente a cuestiones de astronomía, cae en los errores y simplezas propios del estado científico de la época, cuando todavía el método experimental no se aplicaba más que en muy contadas ocasiones, por falta de medios técnicos y de la ciega aceptación de los tratadistas antiguos. Pero en este coloquio esos errores son los menos y no se dejan sentir ostensiblemente. Mejía acepta la teoría de los cielos fijos y utiliza la idea de los cuatro elementos naturales para explicar la diferente densidad y peso de los cuerpos físicos. Junto a esto, sin embargo, encontramos sencillas y sensatas explicaciones sobre las causas que producen la noche y los eclipses. Para demostrar el tamaño de la Tierra con respecto al Sol y la Luna, Mejía se sirve de una experiencia sensible: el juego de las sombras proyectadas por los cuerpos opacos colocados ante un foco luminoso.

Hasta qué punto daba el sevillano una decisoria y definitiva importancia al conocimiento experimental puede observarse en el párrafo siguiente, en el que concluye la discusión sobre la redondez de la Tierra:

ANTONINO: [...] Y esto, sin esta razón y consideración natural, lo avemos ya sabido por experiencia, porque una de las naves que llevó Magallanes a descubrir la especería, por mandamiento de Su Magestad, dio una vuelta en torno a toda la Tierra; porque, entrando por el estrecho, que por él llaman de Magallanes, caminó al poniente en conserva de las otras hasta las islas de Maluco, y después aquella sola vino por el oriente, por la navegación que hazen los portugueses, y rodeó a toda Assia y África, hasta bolver a Guadalquivir y aquí, a Sevilla, en Europa, de do avía salido y donde en verdad yo la vi antes que partiesse y después, ya de vuelta<sup>176</sup>.

---

<sup>176</sup> *Diálogos*, 395. Otros historiadores de aquel siglo —Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gomara y Antonio de Herrera— adujeron también la expedición de Magallanes como prueba de la superioridad de los modernos sobre los antiguos en lo que respecta al conocimiento del mundo físico (Maravall [1986: 445-446, 452]).

Ante una demostración tan incontrovertible como la realizada por vía experimental —y tal es este caso—, no queda más opción que admitir, aunque se busquen atenuantes, que varones tan doctos y graves como san Agustín y Lactancio Firmiano erraron totalmente en la cuestión de los antípodas. Es, precisamente, lo que hace nuestro autor en este coloquio.

La gran mayoría de las ideas que informan este diálogo están tomadas de autores de la Antigüedad. Mejía los cita y es preciso reconocer, como mérito suyo, que corrige algunos de los dislates de aquellos, a quienes supera en el acierto y la claridad de los ejemplos y explicaciones, consiguiendo así la finalidad divulgadora que se propuso con su obra. Coadyuvan a esto la disertación amena y las puntas de humor que sobresalen en varias ocasiones, como cuando al final de la explicación de la pesadez o ligereza de los cuerpos, por su mayoritaria composición de uno de los cuatro elementos, dice Petronio:

Todo lo que avéis dicho me parece bien. ¿Y sabéis qué saco yo oy de aquí? Que algunos hombres que yo conozco, sin duda tienen más de tierra que otros, aunque sean más gordos que ellos, y por eso son tan pesados, que no ay quien los sufra; y creo que si los pusiesen en la mina que poco ha dezáades, no pararían hasta el centro del mundo; y digo que podría desde aquí señalar alguno<sup>177</sup>.

#### 4.5. *El «Coloquio del Porfiado»*

En este diálogo, «introduziéndose un hombre docto, porfiado y enemigo de ageno parescer, llamado el Bachiller Narváez, con tres cavalleros, en casa de uno dellos, se tractan y porfian algunas cosas, por nueva y apazible manera, contra lo que por común opinión se tiene y platica; y al fin, por exercicio de ingenio, se haze una declamación o oración, alabando al asno; y en todo se contiene mucha doctrina y historia»<sup>178</sup>.

<sup>177</sup> *Diálogos*, 406-407.

<sup>178</sup> *Diálogos*, 413.

Los interlocutores que intervienen en este coloquio son Paulo, Fabián, Ludovico y el Bachiller Narváez.

Paulo y Fabián —este último barcelonés— llegan a casa de Ludovico, donde se ha concertado una cita con el Bachiller Narváez, hombre docto y gran conversador, pero —sobre todo— amigo de la polémica y de la discusión. Su lema es llevar siempre la contraria a lo que los otros afirman o a lo que es admitido como el parecer común, lo cual le ha hecho acreedor al apodo de «el Porfiado». Hay dos personajes, Paulo y Ludovico, que parecen ser los mismos del diálogo anterior; esto, sin embargo, es difícil de precisar, porque ambos desempeñan un papel secundario y tanto sus respectivas características, como las circunstancias externas que pudieran definirlos o concretarlos, están muy desdibujadas.

El coloquio muestra claramente dos partes bien diferenciadas. En la primera se tratan asuntos de muy diversa índole y en ella participan la totalidad de los asistentes. La segunda parte, dedicada a ensalzar las cualidades y excelencias del asno, es —casi en toda su extensión— un monólogo del Bachiller, que luce así sus conocimientos eruditos y retóricos, produciendo una pieza oratoria perfecta.

Ya desde el comienzo de la primera parte, el porfiado Bachiller se nos muestra como un personaje extravagante al que ninguna opinión le cuadra, mostrándose especialmente refractario con las contenidas en sentencias y refranes, que para los humanistas del Renacimiento constituyeron la quintaesencia del saber popular, fundado en el sentido común, y de la sencillez y naturalidad en el lenguaje. Tal apreciación está claramente formulada en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés y mantuvo su vigencia durante los siglos XVI y XVII.

Entre otras muchas cosas, vuelve a insistirse en este diálogo sobre el conocimiento, su divulgación y enseñanza a través de la discusión o la disputa:

BACHILLER: [...] el disputar y el porfiar es una misma cosa, pues no es más la disputa y porfía que tener uno una opinión, y otro la contraria, y altercar sobre ella, sin lo qual no puede aver exercicio de letras ni de sciencias; pues que assí

es, no sé yo quién ossa condenar cosa tan necessaria y usada en el mundo como es la disputa, y que todos los philosophos y sanctos usaron y oy día usan todas las escuelas y universidades del mundo<sup>179</sup>.

La primera mitad del diálogo transcurre entre estos ejercicios retóricos con los que el Bachiller demuestra que, con artificios oratorios, todo puede ser demostrado: lo verdadero se consigue presentar como falso y lo justo puede hacerse pasar por inicuo. Y, así, el Porfiado pone en práctica esta teoría erística, demostrando que la guerra, el crimen, el robo, el adulterio y la prostitución pueden ser justificables y buenos, si se tienen en cuenta las circunstancias particulares. Algunos otros puntos son discutidos y, cuando —al final de la primera parte— el Bachiller Narváez relata los inconvenientes de las ciudades costeras, el catalán ya no puede sufrirlo y deja entrever una punta de localismo:

FABIAN: Estése Sevilla en muy buena hora donde está y traiga los inconvenientes que dezís la mar, que con todos ellos yo no trocaría mi Barcelona por ella; pero dexemos esto, porque no quiero disputar contra Catón<sup>180</sup>.

La segunda parte del diálogo está ocupada mayormente por un largo y bien construido discurso del Bachiller Narváez sobre las excelencias del asno. El propio Mejía ha colocado notas marginales acotando las partes que constituyen esta larga pieza oratoria, que se hace excesivamente cansina y poco atrayente para el lector moderno debido a la copiosa erudición con que se acompaña y a la reiterativa presentación de variantes sobre un tema tan trivial. Esta última circunstancia hace más destacable aún el hecho de que la disertación del Bachiller Narváez no es otra cosa que una ejemplificación de cómo ejecutar una pieza oratoria, según los moldes clásicos establecidos al respecto desde la Antigüedad, aunque también se está planteando aquí el nada despreciable asunto del

<sup>179</sup> *Diálogos*, 425. La idea fue destacada por Maravall [1983-1984: II. 311]

<sup>180</sup> *Diálogos*, 440.

correcto uso de la dialéctica y la retórica, que deben quedar siempre sometidos a los dictados de la ética<sup>181</sup>.

Cierto sector de la crítica moderna ha venido en considerar que este «Coloquio del Porfiado» y el carácter del Bachiller Narváez constituyen uno de los momentos más logrados y felices de la obra de Mejía. Sin menoscabo de ello —pues el discutidor protagonista personifica el peligro que encierra la soberbia del humanista que, con una erudición mal asimilada y creyéndose en posesión exclusiva de la verdad, puede influir negativamente sobre los menos preparados intelectualmente—<sup>182</sup>, parece claro que existen otros diálogos o pasajes de los *Coloquios* que, desde un punto de vista estrictamente literario, no van a la zaga de este que comentamos.

#### 4.6. *El «Diálogo de la Tierra»*

En este diálogo «por dissimulado artificio, se muestra el sitio y postura de los elementos, y cómo y por qué está descubierta la tierra del agua; pruévase también el lugar del fuego ser cercano al cielo de la Luna, aunque no se vee. En el proceso de lo qual se ponen y desatan sotiles dudas y argumentos»<sup>183</sup>. Son interlocutores del coloquio Antonino, Petronio y Paulo.

Es este el más breve de todos los diálogos que componen la obra. Los personajes —que son los mismos del «Coloquio del Sol», pues hay algunas referencias a la conversación que anteriormente se mantuvo en aquel— se encuentran en el campo de Tablada, extramuros de Sevilla, dando un paseo.

---

<sup>181</sup> Bajo su aparente intrascendencia, proponiendo ejemplos de la más diversa índole, este coloquio plantea un asunto de grueso calado: el de la relatividad del conocimiento humano. Como la dialéctica puede poner en peligro los fundamentos objetivos de la ética —demostrando argumentalmente que lo malo, lo falso o lo inicuo es bueno, verdadero o justo—, debe alertarse sobre este riesgo y proclamar la obligación de utilizar convenientemente el arte oratoria (Castro Díaz [1989-1990: I, 46-47]).

<sup>182</sup> Es la tesis mantenida por Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 93-95].

<sup>183</sup> *Diálogos*, 469.

Las cuestiones que se disputan aquí son de carácter geofísico: sobre la disposición de las tierras y los mares y sobre la atmósfera. Pero si en el «Coloquio del Sol» los puntos tratados estaban resueltos, a pesar de su sencillez e ingenuidad, con bastante cordura y sensato criterio, este otro «Diálogo de la Tierra» se caracteriza por estar plagado de opiniones absurdas, aunque acordes con el pensamiento generalizado de la época. El peso de las autoridades es ahora agobiante, más que por su número, por el servilismo con que Mejía las sigue. En descargo de todo ello, es cierto también que los problemas que se debaten aquí son puramente teóricos y ni la razón ni la experiencia sensible podían servir de guía para concluir algo definitivo.

Hay dos cuestiones principales que Petronio y Paulo presentan a Antonino para que se las aclare. La primera de ellas podría resumirse en los siguientes términos: ¿cómo siendo la tierra el más pesado de los cuatro elementos logra mantenerse por encima de las aguas en muchos puntos de nuestro planeta? La pregunta, según la concepción de la época, tenía su importancia, pues idealmente los cuatro elementos deberían formar otros tantos círculos o esferas concéntricas, con el elemento más denso en el núcleo y el más ligero en la periferia. Antonino, aunque conoce y explica las diversas teorías que intentan justificar esta situación, afirma al final que, pues fue Dios quien milagrosamente apartó las aguas de las tierras en la creación del universo, no es necesaria ya otra explicación. Y da, a continuación, diferentes citas de la Biblia apoyando este aserto.

La segunda cuestión trata sobre el fuego y su disposición, como elemento puro, en la esfera que se superpone a la del aire. Con nuevas y peregrinas razones, Antonino intenta convencer a sus atentos interlocutores de por qué, existiendo el fuego por encima del aire, no logramos verlo con nuestros ojos.

Este diálogo muestra con bastante claridad que, en determinados asuntos de carácter científico, Mejía está aún muy lejos de liberarse del peso de las autoridades clásicas. Pero esto no es una excepción para su tiempo; por el contrario, el Renacimiento, tan afectivamente unido a la Antigüedad, se complacía en resucitar las opiniones de los tratadistas.

latinos. Mejía se ve aquí constreñido entre hacer una exposición racional y personal, sin apoyos experimentales ni indicios sensibles —cosa impensable para su época—, o acogerse al amparo de las autoridades, puesto que los asuntos geográficos que expone no pueden ser comprobados por la experiencia sensible. Y, evidentemente, opta por el segundo supuesto.

#### 4.7. *El «Diálogo natural»*

En esta última pieza dialogada, «breve y artificiosamente, se trata y muestra cómo se hacen y de dónde provienen las nubes, las lluvias, las nieves, los granizos, nieblas y eladas y rocíos, los truenos y los relámpagos y los rayos; y cómo se causa el temblor de la tierra y las cometas que aparecen en los ayres»<sup>184</sup>. Son sus interlocutores —como en el anterior coloquio— Paulo, Petronio y Antonino.

Se siguen tratando en este diálogo parecidos temas científicos aplicados al conocimiento de nuestro planeta. Los personajes son exactamente los mismos del coloquio pasado y la conversación se retoma también en el punto y escenario en que se había dejado en el diálogo anterior. Pero las cuestiones que ahora se le plantean a Antonino para que las resuelva son de índole diversa. Los asuntos que se discuten aquí corresponden a la geodinámica: truenos, rayos, relámpagos, cometas, terremotos, lluvias, granizos, nevadas, heladas, rocíos y otros fenómenos atmosféricos van siendo descritos en su formación, sus causas, su actuación y sus consecuencias. La exposición científica sigue muy de cerca, como en los otros diálogos cosmográficos, la autoridad de los antiguos, recogiendo tanto sus dislates como sus aciertos. Sin embargo, aquí Mejía se niega a creer toda opinión de los tratadistas clásicos que vaya contra la razón, la experiencia o el sentido común:

ANTONINO: Cosa es essa que yo no osaría afirmar, pero Plinio y otros lo dizen<sup>185</sup>.

<sup>184</sup> *Diálogos*, 487.

<sup>185</sup> *Diálogos*, 502.

Sin embargo, cuando no existe otra vía de conocimiento para ciertos fenómenos, difíciles de comprender, sino la sola opinión de los autores greco-latinos, es obligado atenerse a ella:

ANTONINO: En estas cosas obscuras devría abastar el authoridad de los sabios para los que no las entienden<sup>186</sup>.

Por ciertos detalles obtenidos en coloquios anteriores y especialmente en este último, podría conjeturarse, con cierta seguridad de no incurrir en error, que el Antonino que aparece en ellos es una personificación, más o menos próxima a la realidad, del propio autor. Así, dice Antonino: «No quiero responder a eso como astrólogo, aunque dezís que lo soy»<sup>187</sup>. Por el sobrenombre de *el Astrólogo* —según Pacheco— era conocido Mejía entre sus conciudadanos. Y este Antonino es un hombre versado en toda clase de cuestiones cosmográficas, como también lo fue nuestro autor.

El diálogo concluye con una breve imagen del colorido y la animación que debieron de tener las famosas Gradas de la catedral sevillana, lugar de cita, contratación y lance, allá por los años del autor:

PETRONIO: Vámonos, si os paresce, a estar un poco en las Gradas, que para mí no ay mejor passatiempo que estar allí un rato oyendo aquellos pregoneros y mirando la diversidad de cosas que allí se venden, aunque nunca compro nada<sup>188</sup>.

## 5. LA EXPRESIÓN RETÓRICA: LENGUAJE Y ESTILO

Como ocurre con la *Silva de varia lección* —aunque de manera menos llamativa— la impresión inicial que percibimos al leer los *Diálogos* es la de que Mejía debió de redactarlos con cierta premura e improvisación, fruto de lo cual serían algu-

<sup>186</sup> *Diálogos*, 507.

<sup>187</sup> *Diálogos*, 508.

<sup>188</sup> *Diálogos*, 517.



nos pasajes abstrusos y farragosos que, sin embargo, se van alternando con aquellos otros —más numerosos— llenos de frescura y espontaneidad. Esta forma apresurada de escribir, que también caracteriza a sus otras obras, es muy peculiar de Mejía, quien parece haber redactado sus *Diálogos* en un corto espacio de tiempo —concretamente en los meses del invierno de 1546-1547—, según propia confesión del autor —seguramente verdadera— en la carta nuncupatoria que prologa la obra, como hemos indicado antes. Podemos imaginar a Mejía rodeado de sus libros y de todas sus notas, durante las largas noches del invierno —por su enfermedad se recogía temprano y dormía poco, dice su biógrafo Francisco Pacheco—, dedicado a la labor de composición de los *Diálogos*, pues en aquellos momentos no traía ninguna otra labor intelectual entre manos. Es muy posible, por lo tanto, que Mejía no llegase a revisar convenientemente la redacción de su obra, circunstancia que influye en su manera de escribir, que Menéndez Pelayo calificó de candorosa y desaliñada<sup>189</sup>.

De lo expuesto no debe concluirse, sin embargo, que Mejía careciera de una voluntad de estilo en la composición de su obra. Muy por el contrario, en muchas ocasiones y por diferentes medios se nos manifiesta como un consumado estilista y un buen conocedor de los recursos retóricos de su época. En su afán pedagógico, como buen humanista, quizás se muestre más preocupado por el contenido que quiere difundir que por la forma de expresarlo; aunque su deseo de claridad al transmitir la información le obliga con frecuencia a utilizar un lenguaje elaborado y natural, al mismo tiempo.

Dejando aparte, pues, los infrecuentes casos de utilización estragada del lenguaje, la prosa de Mejía fluye en los *Diálogos* con claridad, precisión y naturalidad, valores proclamados durante el Renacimiento para alcanzar la perfección del estilo literario. No obstante, la crítica moderna ha venido estimando muy diversamente la maestría del sevillano en el manejo

---

<sup>189</sup> A Menéndez Pelayo el estilo de Mejía le parecía «inafectado y aun desaliñado con cierto dejo de candidez sabrosa» (Menéndez Pelayo [1943: III, 47; 1941: 29]).

del idioma<sup>190</sup>, a pesar de haber sido registrado desde sus inicios por la Real Academia en la nómina de escritores utilizados para la composición del *Diccionario de autoridades*. Un análisis pormenorizado de las peculiaridades lingüísticas y de los recursos retóricos empleados en los *Diálogos* revela con toda contundencia la existencia en Mejía de una rigurosa preocupación filológica —propia de su educación y de su talante de humanista—, una consciente y recta utilización del lenguaje de su tiempo —entonces en plena efervescencia y transformación— y una clara y decidida voluntad de estilo —acorde con su carácter y con los usos literarios en boga por aquellas décadas<sup>191</sup>.

### 5.1. Nivel fonológico-grafémico

Las tres ediciones de los *Coloquios* corregidas o supervisadas por Mejía fueron las de Sevilla, 1547, 1548 y 1551. Aunque en la de 1548 se introdujeron algunos retoques de estilo, esta es básicamente una reimpresión de la anterior; así que, en cuestiones textuales, ambas pueden considerarse formando un solo bloque. La de 1551 fue corregida y ampliada por Mejía en una proporción relativamente considerable<sup>192</sup>.

---

<sup>190</sup> Así lo hacen, por ejemplo, Rosell [1852: xvi], Morel-Fatio [1913: 74], Costes [1920: 18] y García Soriano [1933: xxxvi]. Para una información más detallada, véase Castro Díaz [1989-1990: I, 90-91].

<sup>191</sup> La mayoría de los recursos lingüísticos y literarios que hemos encontrado en la prosa de Mejía —tendientes a conseguir un estilo atractivo con el que captar y mantener la atención del lector—, y que señalamos aquí, son los mismos que caracterizaron el lenguaje de los escritores castellanos de aquella época (Menéndez Pidal [1968: 47-84], Lapesa [1968: 179-207], Cuevas García [1972: 62-64; 1986: 61, 76-77], Rallo Gruss [1979: 102-120], Quilis [1981: 19-78], García de la Torre [1983: 63-79], Abad [1985: 3-15] y Gallego Barnés [1993: 108-109]). Las similitudes entre la prosa de Mejía y la de Guevara son numerosísimas (Concejo [1985: 195-231]).

<sup>192</sup> En las portadas de las ediciones sevillanas de 1548 y 1551 consta que el texto ha sido corregido por el propio Mejía y las modificaciones y retoques introducidos en cada una de estas estampaciones, con relación a la precedente, así lo certifican. Aunque en aquella época lo normal era que el autor se desentendiese de su obra una vez entregada a las prensas (González de Amezúa y Mayo [1951: 354-356] y Moll [1979: 80]), Mejía parece ser una

La inmensa mayoría de las variantes entre el texto de 1547-1548 y el de 1551 se refieren a las grafías, tan vacilantes en esta época. Las diferencias más notables observadas en este aspecto son: preferencia absoluta en el texto de 1551 por la *h*-inicial procedente de *F*- latina, frente a la conservación de la *f*- en los textos de 1547 y 1548 (*hazer-fazer, holgar-folgar, hallar-fallar, hablar-fablar*, etc.), y la reposición, en la edición de 1551, de grupos consonánticos y otros grafemas latinos que se habían perdido ya en el texto de 1547-1548 (*propriedades-propiedades, charidad-caridad, impugnar-impunar, ignorancia-inorancia, pesce-pece, intelligencia-inteligencia, descendientes-decendientes, escriptas-escritas, tractar-tratar, monarchas-monarcas, perspectiva-prespetiva, docto-doto, tracto-trato*, etc.). En esto último, la edición de 1551 está en abierta contradicción con la norma valdesiana de simplificación de los grupos consonánticos cultos, norma que se siguió durante los Siglos de Oro, hasta que el Neoclasicismo los repuso en gran número de casos.

La fidelidad grafémica a los étimos latinos es la característica más sobresaliente de los *Coloquios* en el nivel lingüístico que estamos considerando. Los ejemplos anteriores son solo una muestra de esta tendencia, en una comparación de las tres ediciones mencionadas. Pero teniendo en cuenta que la primera estampación —la de 1547— ya había sido impresa siguiendo esta norma culta, resulta de ello que las formas latinizantes constituyen uno de los factores estilísticos más acusados y fácilmente perceptibles en estas tres tiradas de la obra. Tal vez a esto, más que al léxico, se referían algunos de sus contemporáneos cuando acusaron a Mejía de viciar el castella-

---

excepción al respecto; su puntiliosidad en la corrección de pruebas debió de ser grande, pues él mismo se excusa de no haber podido llevar a cabo convenientemente ese menester al publicar la segunda edición de la *Silva* (Sevilla, Juan Cromberger, 22 de diciembre de 1540): «Para escusar los errores de la impresión, no se pudo poner suficiente diligencia, porque, por mi poca salud, yo no pude corregir todas las probas» (*Silva*, II, 289-290; y III, 36<sup>48</sup>). Con todo, es bien sabido que cada oficina tipográfica poseía sus propias normas ortográficas, que los autores solían respetar, por lo que las tres primeras ediciones sevillanas de los *Coloquios* —como cualesquiera otras— reflejan sobre todo las preferencias grafémicas del impresor, más que las del autor (Lerner [1982: 678]).

no con abundantes latinismos. En realidad, la edición de 1551 —ante la anarquía grafémica imperante— opta por seguir el criterio ortográfico de la lengua clásica.

Por lo demás —aparte de los fenómenos ya señalados—, las tres ediciones sevillanas —y todas las antiguas, en general— siguen un criterio bastante firme —aunque no completamente unánime—, que no añade nada nuevo al conocimiento de los problemas fonológicos que el idioma tenía planteados por aquella época. En lo que toca a la *b* y la *v*, se sigue la norma general de transcribir por *v* toda *B* o *V* latinas; la *-b-* intervocálica procede siempre de toda *P* latina, por sonorización. También hace distinción el texto entre la *-ss-* sorda y la *-s-* sonora, entre *ç* (alveolar, africada, sorda) y *z* (alveolar, africada, sonora), entre *x* (prepalatal, fricativa, sorda) y *j, g* (prepalatal, fricativa, sonora), sin que nos ilumine especialmente sobre hasta qué punto esta distinción grafémica se correspondía con la realización concreta del habla en Sevilla hacia mediados del siglo XVI. Otros documentos sobre el particular nos informan de que estas oposiciones fonológicas medievales se estaban perdiendo o ya estaban perdidas —según los casos— por aquellos años, si bien continuaron existiendo como meros alófonos o realizaciones puramente fonéticas.

## 5.2. Nivel morfosintáctico

Las notas de estilo más sobresalientes en los *Diálogos* de Mejía, dentro de este nivel, en casi todo se conforman, por regla general, con las tendencias principales que imperaron en la prosa del reinado de Carlos V.

Una nota más de carácter culto hay que añadir a los *Coloquios*: el repetido uso de los superlativos sintéticos en *-ísimo*, de procedencia latina. Esta forma cayó en desuso durante la Edad Media y casi se olvidó del todo, pero —con el renacimiento de la cultura antigua y del latín clásico— vuelve a entrar en la corriente del lenguaje literario y cortesano. El sufijo *-ísimo* se une, con frecuencia, a las formas también cultas de los adjetivos: *antiquísimo*, *solemnísimo*, *doctísimo*, *aprobatísimo*, *sapientísimo*, etc.

Sin que el fenómeno sea muy frecuente, se observa en los textos de 1547-1548 algunas asimilaciones de los infinitivos verbales con el pronombre personal enclítico: *hazello, tratallas, sabellas, menospreciallo, entendella*, etc.; pues bien, la edición de 1551 corrige estas formas asimiladas por las originales: *hazerlo, tratarlas, saberlas, menospreciarlo, entenderla*, etc. Lo curioso del caso es que este tipo de asimilaciones no fue demasiado frecuente durante la Edad Media, sino que se pusieron de moda en la corte de Carlos V y prevalecieron hasta finales del siglo XVII.

Aunque el fenómeno no es insólito para su tiempo —si bien se hace cada vez más raro, hasta caer en total olvido—, Mejía separa en ocasiones las formas verbales compuestas para introducir entre ellas el adverbio con la finalidad —creemos— de dar un mayor énfasis al aditamento: «aviendo *bien* pensado su negocio», «se ha *aquí* tocado», etc.

Similar fenómeno ocurre con el futuro y el condicional, tiempos también de constitución romance, pero hoy sintetizados en una sola forma. Aquí resulta aún más violento para el lector moderno el inciso gramatical. Si bien era uso corriente en aquella época, no lo es en la obra de Mejía, donde el desajuste de la ordenación lógica de los elementos probablemente persigue la finalidad estilística de dar una posición enfática al infinitivo, colocándolo en primer lugar: «tomarlo heis», «olvidar se me ha todo».

Juan de Valdés había desechado el colocar los verbos al final de la frase por ser un uso afectadamente latinizante. Sin embargo, esta costumbre —como la de conservar intactos los grupos consonánticos latinos— había sido elogiada por Nebrija, quien recogía toda la herencia culterana del siglo XV. Mejía —aunque fiel seguidor de las tendencias del momento— deja entrever que la generación anterior de gramáticos y escritores, que fueron sus maestros, imprimió en él algunas huellas que no se borraron del todo. No obstante, cuando se permite alguna licencia de este tipo, como el hipérbaton, lo hace con gran moderación y medida: «y otros que aun nombrar no los quiero»<sup>193</sup>.

---

<sup>193</sup> *Diálogos*, 228.

Las características más importantes de la prosa castellana de la época imperial están todas relacionadas con la disposición de los elementos que constituyen la frase y con la ordenación de las diferentes oraciones dentro de un enunciado. Y así nos encontramos con antítesis como la siguiente: «Aunque ha sido poco lo que ha dicho el señor Bernardo, no ha sido menester leer poco para dezirlo»<sup>194</sup>. Otras veces el artificio está montado en una figura de repetición por acumulación de elementos: «que ni sabéis qué son, ni de dónde ni para qué son, ni tampoco cuántas son»<sup>195</sup>. Mucho más significativo es el siguiente párrafo, en el que el discuti-  
dor Bachiller Narváez está elogiando al asno con el mismo recurso de la *amplificatio*, reforzada con una interrogación retórica:

Si no, dezíme: ¿qué gentes, qué caminos, qué campos, qué lugares, qué ciudades, qué prados, qué montes veréis, donde no se sirvan y usen y aprovechen dél más ordinaria y más seguramente, y con más provecho y a menos costa, que de ningún otro animal?<sup>196</sup>.

Recurso muy empleado por Mejía es el de la comparación, que utiliza con fines didácticos para esclarecer ideas y hacerlas asequibles a un público no preparado en los temas que desarrolla. Y consigue en este campo destacar honrosamente con imágenes afortunadas. Así, para aclarar la redondez de la Tierra y la envoltura atmosférica que la recubre, dice:

Sabed más: que esto es assí por todas partes en redondo, y que el cielo, en respecto de la Tierra, es *como la cáxcara de un huevo en respecto de la yema*, que assí cerca a toda la Tierra<sup>197</sup>.

---

<sup>194</sup> *Diálogos*, 223.

<sup>195</sup> *Diálogos*, 225.

<sup>196</sup> *Diálogos*, 459.

<sup>197</sup> *Diálogos*, 394. El frecuente recurso de la comparación o símil (*similitudo*) en los diálogos renacentistas ha sido analizado por M. A. Sánchez [1993: 173, 179-182], tomando como ejemplo los *Coloquios satíricos* de Torquemada y atribuyendo gran parte de su predicamento a la influencia de los *Colloquia* erasmianos.

Y para explicar el cometa y su forma en el cielo, emplea la siguiente imagen:

Y paresce que es estrella que corre y es el fuego que la va quemando, *como quien viesse arder desde lexos pólvora derramada por tierra*, a la lengua le parecería lumbre que caminava<sup>198</sup>.

Pero lo que los estudiosos han destacado especialmente en la prosa de este período es el equilibrio y la simetría de las frases por medio de elementos emparejados y contrapesados. «Los sustantivos, los adverbios, los verbos se repiten en parejas sinónimas: las parejas de vocablos se acompañan de parejas de frases, ora reiterantes, ora antitéticas, y de cuando en cuando se hacen resaltar estos paralelismos con una llamativa similicadencia»<sup>199</sup>. Estos recursos —que sin duda constituían el ideal estético para los escritores del momento— son especialmente llamativos en la obra de fray Antonio de Guevara —a quien se ha propuesto como modelo de esta forma de escribir—, pero sin duda era una tendencia generalizada, fácilmente observable en casi todas las obras de aquel periodo; tal es el caso —por poner solo un ejemplo, ilustre por lo demás— de *La Celestina*.

A lo largo de toda la obra podrían espigarse muestras claras de este carácter estilístico tan importante. Para no ser demasiado reiterativo sobre algo tan abundante como notorio, citamos solo uno de los pasajes más representativos:

Pero condeno el mal uso della [de la medicina] y a los malos médicos, que la hizieron, gran tiempo ha, *arte y mercaduría, inventando y buscando medicinas y remedios violentos y estraños, escondiendo y escureciendo con opiniones y cautelas* la facultad que *más simple y más clara* devría ser, y de sí lo es y lo fue en sus principios<sup>200</sup>.

Obsérvese, además —en este mismo sentido que comentamos—, la perfecta simetría en los elementos de la siguien-

<sup>198</sup> *Diálogos*, 515.

<sup>199</sup> Menéndez Pidal [1968: 64].

<sup>200</sup> *Diálogos*, 224-225.

te frase: «El amor y charidad curava, no la cobdicia y ponçoñas»<sup>201</sup>.

Por último, es preciso señalar en Mejía una cierta propensión por el empleo de la lítotes: «Yo no puedo dexar de callar», «no deve llevar poca hambre», «no podréis dexar de entender»<sup>202</sup>.

### 5.3. Nivel léxico-semántico

La nota más destacada en la prosa de Mejía, por lo que toca al léxico, se refiere al pretendido abuso de vocablos cultos. Es cierto que en el lenguaje de Mejía abundan las formas doctas; pero no son tantas como pretendieron sus contemporáneos, sin duda deslumbrados por las grafías latinizantes empleadas por algunos impresores. Por otra parte, muchas de esas voces cultas son, en realidad, tecnicismos; no debe olvidarse que Mejía dedica gran parte de su obra a cuestiones científicas, usando una terminología apropiada para ello. Encontramos, pues, numerosos helenismos: *rethoricado*, *caracteres*, *anotomía*, *tiriaca*, *diálogo*, *diacatholicones*, *escamonea*, *arteria*, *armonía*, *dieta*, *orégano*, *tirano*, *theólogo*, *cánones*, *malencholía*, *astrólogo*, *antípodas*, *sphera*, *máquina*, *zodiaco*, *phísicos*, etc. También son frecuentes, por las mismas causas, los arabismos, especialmente cuando toca temas de medicina: *xaraves*, *ámbar*, *almizque*, *algalia*, *alambique*, *alcatara*. Por lo demás, la inmensa mayoría de los cultismos que se encuentran en los *Coloquios* entraron en la corriente castellana como consecuencia de la fiebre latinizante del siglo xv. Algunos otros son del siglo xiv e, incluso, los hay del siglo xiii. Finalmente, los vocablos cultos más modernos que utiliza Mejía son de finales del siglo xv. Todo ello demuestra que, cuando Mejía se sirve de ellos, son ya términos aceptados por el uso o, por lo menos, están avalados por una importante tradición escrita. No faltan, desde luego, excepciones, pero son tan pocas que no pueden considerarse

<sup>201</sup> *Diálogos*, 227.

<sup>202</sup> *Diálogos*, 278, 292 y 446.



significativas; esto ocurre con los términos *epítomas* (epítomes) y *empérico* (empírico), de procedencia griega, que Corominas data hacia finales del xvi y 1611 (Covarrubias), respectivamente, pero que ya están documentadas en los *Diálogos* de Mejía.

Si bien tímidamente, algunos de sus contemporáneos afearon a Mejía defectos de estilo, como el empleo innecesario de latinismos e italianismos<sup>203</sup>. No obstante, en descargo de nuestro autor hay que decir que ambos recursos eran normales en los escritores del momento, quienes tenían al latín y al italiano como lenguas modélicas, cuya imitación no implicaba demérito alguno, sino todo lo contrario; por añadidura, el propio Mejía justifica la utilización de los neologismos como una necesidad, a fin de suplir la ausencia de vocablos de los que el castellano carecía por aquel entonces<sup>204</sup>.

Era frecuente en la prosa de este período colocar, junto a la palabra culta y como una explicación complementaria de la misma, la forma popular de este cultismo. Ello se debe a la reacción renacentista contra la afectación del siglo xv y a la búsqueda de la naturalidad; de manera que en los *Diálogos* encontramos expresiones como «y se causan erutaciones, que groseramen-

---

<sup>203</sup> Son los casos de Alfonso García Matamoros, que acusó a Mejía de haber viciado el castellano con el uso de latinismos (García Soriano [1933: xxxiv-xxxv]) y de un anónimo corresponsal que —en defensa del *Amadís* y, en general, de las novelas de caballerías, que Mejía había censurado— tildó a nuestro autor de afectación por haber empleado sin necesidad frecuentes italianismos (Carriazo [1945: lxxviii-lxxix]; N. Baranda [1991: 227]). Aun cuando durante el siglo xvi, conforme tenía lugar la valoración de las lenguas vulgares, se fue amortiguando el entusiasmo exacerbado por el latín y evitando los pueriles excesos que, en el intento de imitar a esta lengua, se habían cometido en el siglo xv (como latinismos, cultismos e hipérbatos desaforados), no por eso, para los humanistas del Quinientos, dejó de ser el latín clásico un modelo de perfección digno de imitar (Rico Verdú [1981: 50] y García de la Torre [1983: 72]).

<sup>204</sup> Sobre este particular, debe consultarse a Menéndez Pidal [1968: 47-84]. La preocupación de Mejía por cuestiones de orden filológico es patente en todas sus obras y en la *Silva* pueden hallarse frecuentemente observaciones al respecto, centradas fundamentalmente en torno al neologismo y a la etimología (*Silva*, I, 44<sup>5</sup> y II, 20<sup>7</sup>). Para el problema del neologismo en el siglo xvi, véase Díaz Plaja [1983: 196-198], Montesinos [1976: li-lij] y Quilis [1984: 15-17, 60-62].

te en romance llamamos regüeldos», «la delectación y sabor, que en latín llamamos *voluptas*», «porque él es más espeso y sin aire, que en latín dezimos *denso*, y por esso más pessado», «hácese elada, que en latín llamamos *pruina*» o «tomaron el nombre de cometas (de como palabra griega, que es “cabelladura” o “cabello”))»<sup>205</sup>, con lo cual se ofrece —al mismo tiempo— la etimología del término en cuestión. Esta veneración por la etimología y por la palabra es el resultado de los nuevos planteamientos filológicos del humanismo renacentista y puede observarse claramente en la siguiente cita:

El combite es assí llamado, quasi común y junta vida, porque es liga de amigos y vida<sup>206</sup>.

Hay que hacer hincapié también en que el uso del cultismo, el neologismo y el tecnicismo, a los que con frecuencia recurren los prosistas de la primera mitad del siglo XVI, no responde a un afán de erudición, sino a la necesidad de dotar a la lengua de formas léxicas adecuadas para los nuevos contenidos semánticos. Véase cómo el problema era sentido por Mejía:

... por la acción o obra que diximos llamarse *antiparistes*, que la lengua castellana no tiene vocablo que le signifique<sup>207</sup>.

A menudo Mejía gusta de manipular los significados de las palabras para dar al discurso brillantez, añadiéndole rasgos de ingenio, y así nos encontramos, de vez en cuando, con retruécanos, paronomasias y otros juegos de palabras:

*Saltastes* de philosophía natural a la divina y sancta, y por esso me *salteastes*<sup>208</sup>.

Elemento muy importante —aunque no el único— para la fijación normativa de la corrección lingüística del castellano

---

<sup>205</sup> *Diálogos*, 366, 376, 405, 499 y 505.

<sup>206</sup> *Diálogos*, 304-305.

<sup>207</sup> *Diálogos*, 500.

<sup>208</sup> *Diálogos*, 408.

...ualiza  
...primer  
...ación  
...Imper  
...te mític  
...La rendid  
fesó a la Ant  
midable tarea  
*Silva* y sus *Di*  
tar del olvido y  
cerraba el prec  
Edad Media  
los había releg  
Este vehemente  
una de las mis  
humanista del  
paró ahí, pues e  
en los libros ant  
lego en latín, pe  
go, para ofrecer  
cisaba —como  
leyendo libros y  
—y la *Silva*, aún  
clópeas refundici  
muy diversa proc

<sup>127</sup> Cfr. García Gallo  
se produjeron sensaciones  
traban perdidas; pero tu  
ventados, mixtificación  
Blanco [1994: xxxiv-xxxv]

<sup>128</sup> A criterio de Mor  
titudes ante los textos cl  
dro Mejía—, quienes se  
lenguas vulgares; y por otr  
ración textual de tales ob  
fueron escasos en España  
que se realizaron con re  
constituyen la excepción  
tibles ni excluyentes entr

...renacimiento  
...es la declaración  
...modelos de buen  
...una selección  
...por la na  
...e lengua  
...Ferreñanes  
...mas el  
...petría  
...travieso el  
...los de  
...nuestro  
...  
...terran.

...enciso  
...sencio a  
...en aque  
...reencia  
...sencio a  
...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio

...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio  
...sencio

—junto a las referencias bíblicas y patrísticas, propias del humanismo cristiano— la veneración reverencial y abrumadora por los autores clásicos griegos y latinos.

Como se ha indicado con anterioridad, los *Diálogos* y la *Silva de varia lección* se insertan dentro del género de la miscelánea, aunque en cada una de estas obras utilice Mejía una forma elocutiva diferente. Ambos libros tienen una primordial finalidad pedagógica, propia del humanismo renacentista, y en consecuencia el acopio de materiales ajenos es consustancial a ellos. De alguna manera, con este tipo de obras se pretende resucitar toda la cultura antigua y ponerla a disposición de un público letrado que la imprenta se ha encargado de ir ampliando. La veneración casi sagrada por las autoridades, especialmente las antiguas, es propia no solo de Mejía, sino de la inmensa mayoría de los intelectuales de aquella época. Y aunque en su devoción por los antiguos Mejía muestre muchas veces una servil aceptación de sus postulados, no es menos cierto que en él apunta ocasionalmente una actitud crítica y racionalista que se irá generalizando en los humanistas de la segunda mitad del siglo XVI<sup>213</sup>.

<sup>213</sup> Esa mentalidad crítica de Mejía, poniendo en cuestión algunas afirmaciones de los antiguos —que ya apuntaron Menéndez Pelayo [1943: III, 48-49] y Pfandl [1952: 101]—, puede observarse varias veces en la *Silva* (I, 8<sup>34</sup>, 10<sup>7</sup>, 11<sup>3</sup>, 13<sup>3</sup>, 14<sup>7</sup>, 16<sup>18</sup>, 42<sup>19</sup>; II, 2<sup>3</sup>, 9<sup>14</sup>; y III, 23<sup>16</sup>), sin que le falte razón a Avalle-Arce [1956: 401-402] cuando afirma que estos repuntes de racionalismo crítico son en Mejía la excepción y no la norma. Por lo demás, los errores comunes o supercherías que Mejía acepta sumisamente de los antiguos fueron también admitidos por gran parte de sus contemporáneos e incluso por escritores de generaciones posteriores; baste citar, solo a título de ejemplos, el *Jardín de flores raras* (1570) de Antonio de Torquemada o el *Persiles* (1617) de Cervantes. Avalle-Arce [1970: 91<sup>53</sup>], Johnston [1978: 70-71<sup>10</sup>, 74] y Romero Tobar [1984a: 400-401<sup>22</sup>]). Puede decirse, pues, que, si bien tímidamente, Pedro Mejía, como miembro de la primera generación de humanistas españoles, ofreció una personal aportación para echar los fundamentos del racionalismo y del pragmatismo modernos (Maravall [1983-1984: II, 44, 46-47]), a pesar de que los hombres del siglo XVI creyeron con facilidad en prodigios y fenómenos sobrenaturales (Ynduráin [1978: 128-132]). Por otro lado, gran parte de los materiales que los escritores del siglo XVI utilizaron en sus obras para satisfacer a un nuevo público que la imprenta había creado procedían de la Edad Media (Khallo Gruss [1979: 200] y Maravall [1986: 52]).

son los refranes, por los que el humanismo renacentista sintió una predilección manifiesta. Bien conocida es la declaración de Juan de Valdés, quien los propone como modelos de buen uso del lenguaje, aunque ejerciendo sobre ellos una selección previa<sup>209</sup>. La veneración que el Renacimiento sintió por la naturaleza hizo que este creyese encontrar en el refrán el lenguaje en su estado más puro y menos corrompido. Refranes como «el buen pagador señor es de lo ageno» o «sabe más el loco en su casa que el cuerdo en el agena»<sup>210</sup>, junto a perífrasis de los mismos y dichos populares —como «es consuelo el mal de muchos», «todos los insulanos son malos, y los de Creta los peores» o «assí dizen que el cornudo es el postrero que lo sabe»<sup>211</sup>, que esmaltan el «Coloquio del Porfiado»—, hablan elocuentemente de esta propensión hacia el refrán, también presente en la obra de Mejía.

## 6. LAS FUENTES

Durante la Edad Media y los Siglos de Oro —e incluso posteriormente—, la dependencia de una obra con respecto a determinadas fuentes le confería un valor añadido. En aquellos tiempos era inconcebible que un texto de procedencia culta fuese por completo original; especialmente, resultaba inadmisibile que los escritos de carácter didáctico o científico no recurriesen, para la confirmación de ideas o datos, a tratados eruditos y de prestigio<sup>212</sup>. Las fuentes que utilizaron los humanistas para la composición de sus obras fueron extraordinariamente variadas, predominando hasta el siglo XVIII

---

<sup>209</sup> Este aspecto ha sido refrendado, entre otros, por Ferreras [2000: 293].

<sup>210</sup> *Diálogos*, 421 y 441-442.

<sup>211</sup> *Diálogos*, 426, 439 y 443. Sobre las causas de la alta estimación que los humanistas profesaron a los refranes, versa con agudeza Maravall [1986: 407-413]. La cultura popular, que influyó notoriamente en la literatura didáctica del siglo XVI, se materializa en una corriente paremiológica, cuyas manifestaciones más señeras son las numerosas colecciones de refranes y proverbios (López Romero [1992: 57]).

<sup>212</sup> Es la idea defendida, entre otros, por Redondo [1976: 571] y García Galiano [1992: 43-44].

—junto a las referencias bíblicas y patrísticas, propias del humanismo cristiano— la veneración reverencial y abrumadora por los autores clásicos griegos y latinos.

Como se ha indicado con anterioridad, los *Diálogos* y la *Silva de varia lección* se insertan dentro del género de la miscelánea, aunque en cada una de estas obras utilice Mejía una forma elocutiva diferente. Ambos libros tienen una primordial finalidad pedagógica, propia del humanismo renacentista, y en consecuencia el acopio de materiales ajenos es consustancial a ellos. De alguna manera, con este tipo de obras se pretende resucitar toda la cultura antigua y ponerla a disposición de un público letrado que la imprenta se ha encargado de ir ampliando. La veneración casi sagrada por las autoridades, especialmente las antiguas, es propia no solo de Mejía, sino de la inmensa mayoría de los intelectuales de aquella época. Y aunque en su devoción por los antiguos Mejía muestre muchas veces una servil aceptación de sus postulados, no es menos cierto que en él apunta ocasionalmente una actitud crítica y racionalista que se irá generalizando en los humanistas de la segunda mitad del siglo xvi<sup>213</sup>.

---

<sup>213</sup> Esa mentalidad crítica de Mejía, poniendo en cuestión algunas afirmaciones de los antiguos —que ya apuntaron Menéndez Pelayo [1943: III, 48-49] y Pfandl [1952: 101]—, puede observarse varias veces en la *Silva* (I, 8<sup>34</sup>, 10<sup>7</sup>, 11<sup>7</sup>, 13<sup>3</sup>, 14<sup>7</sup>, 16<sup>18</sup>, 42<sup>19</sup>; II, 2<sup>3</sup>, 9<sup>14</sup>; y III, 23<sup>16</sup>), sin que le falte razón a Avalu-Arce [1956: 401-402] cuando afirma que estos repuntes de racionalismo crítico son en Mejía la excepción y no la norma. Por lo demás, los errores comunes o supercherías que Mejía acepta sumisamente de los antiguos fueron también admitidos por gran parte de sus contemporáneos e incluso por escritores de generaciones posteriores; baste citar, solo a título de ejemplos, el *Jardín de flores curiosas* (1570) de Antonio de Torquemada o el *Persiles* (1617) de Cervantes (Avalu-Arce [1970: 91<sup>53</sup>], Johnston [1978: 70-71<sup>10</sup>, 74] y Romero Tobar [1984a: 400-401<sup>22</sup>]). Puede decirse, pues, que, si bien tímidamente, Pedro Mejía, como miembro de la primera generación de humanistas españoles, ofreció su personal aportación para echar los fundamentos del racionalismo y del pragmatismo modernos (Maravall [1983-1984: II, 44, 46-47]), a pesar de que los hombres del siglo xvi creyeron con facilidad en prodigios y fenómenos sobrenaturales (Ynduráin [1978: 128-132]). Por otro lado, gran parte de los materiales que los escritores del siglo xvi utilizaron en sus obras para satisfacer al nuevo público que la imprenta había creado procedían de la Edad Media (Rallo Gruss [1979: 200] y Maravall [1986: 52]).

Un detenido recuento de las fuentes aducidas en los *Coloquios* de Mejía arroja un total de, por lo menos, sesenta y cuatro autores distintos —contando individualmente los cuatro anónimos e incluyendo en un solo registro todos los libros de la Biblia—, a los que corresponden trescientas treinta y dos referencias, explícitamente mencionadas o no por el autor, pero con bastantes garantías de firmeza y proximidad a sus respectivos originales, en la inmensa mayoría de los casos. Los impresores antiguos —siguiendo una costumbre muy asentada entonces— colocaron al margen del texto unas indicaciones, por medio de las cuales Mejía informaba —con detalle y acierto superiores a los de sus contemporáneos— acerca de dónde procedía la información por él recogida en sus *Diálogos*, citando en ocasiones no solo el autor y el título de la obra, sino también el libro y el capítulo del que extraía sus noticias<sup>214</sup>. No obstante lo dicho, en estos envíos se producen ocasionales errores, algunos de fácil explicación y otros no tanto. Lo más probable es que la mayor parte de tales equivocaciones se hayan originado por una confusión de los impresores, que leyeron mal las abreviaturas manuscritas de esos envíos y que —al copiarse unas a otras— se repiten en las sucesivas ediciones, aunque algunas distracciones sean atribuibles al propio Mejía. Otras veces, las notas marginales están mal colocadas, correspondiendo el envío a un pasaje del texto que aparece un poco más arriba o algo más abajo<sup>215</sup>.

---

<sup>214</sup> Un caso ilustrativo —aunque no el único— es el que se registra en *Diálogos*, IV, 2<sup>61</sup>, donde Mejía alega dos lugares de Aristóteles, indicando título, libro y capítulo de las respectivas obras donde aquellos se encuentran. Entre otros muchos estudiosos, Schuster [1960: 5] ha ponderado la profusión de fuentes que emplea Mejía y el rigor con que alude a ellas nuestro autor; aunque el mencionado crítico se refiere en concreto a la *Historia imperial y cesárea*, la actitud de Mejía a este respecto es idéntica en todas sus obras. Por otra parte, prueba de la laxitud con que los autores de entonces alegaban los lugares que utilizaban como fuentes son —entre otras muchas que podrían señalarse— las equivocaciones registradas por González Álvaro [1998: 387] en el *Cisne de Apolo* de Luis Alfonso de Carvallo. Por lo demás, la propia formulación coloquial de los diálogos literarios permitía a sus autores una mayor laxitud en la indicación de las fuentes (Coroleu [1997: 133]).

<sup>215</sup> De estos dos tipos de errores pueden servir de ejemplos —entre otros muchos, que están consignados en sus correspondientes notas— los señalados en *Diálogos*, II, 1<sup>43</sup>/II, 1<sup>73</sup>, y II, 2-1<sup>12</sup>/II, 2-1<sup>15</sup>.

La relación alfabética de las autoridades aducidas por Mejía —con especificación, entre paréntesis, del número de veces que aparecen citadas y, en su caso, de la obra y el lugar— es como sigue<sup>216</sup>:

AGUSTÍN DE HIPONA, san (10):

*De civitate Dei*: II, 21 (IV, 1<sup>36</sup>; IV, 1<sup>39</sup>); XII, 4 (II, 2-1<sup>15</sup>); XVI, 9 (III<sup>48</sup>); XXI, 4 (II, 2-1<sup>12</sup>; II, 2-1<sup>99</sup>); XXI, 6 (II, 2-1<sup>29</sup>).

*In Evangelium Iohannem Expositio*: LI (IV, 2<sup>54</sup>).

*In Librum Psalmorum*: XXXIII (IV, 2<sup>54</sup>).

*Opus sermonum de tempore*: CII (IV, 2<sup>54</sup>).

ALBUMÁZAR (1):

Referencia general al autor (VI<sup>57</sup>).

AMBROSIO, san (3):

*Expositio in Psalmum CXVIII*, 23 (I, 2<sup>22</sup>).

*Hexaemeron*: III, 13 (I, 2<sup>61</sup>).

*In Psalmum XXXVII*, Enarratio, 1 (I, 2<sup>59</sup>).

ANÓNIMOS (4):

Antiguos (VI<sup>70</sup>).

Modernos<sup>217</sup> (II, 2-1<sup>63</sup>; II, 2-1<sup>104</sup>; IV, 1<sup>5</sup>).

APIANO DE ALEJANDRÍA (1):

*Historia romana*: VIII, 86-87 (IV, 1<sup>59</sup>).

APULEYO (1):

*El asno de oro* (IV, 2<sup>34</sup>).

ARISTÓTELES (31):

*De anima*: I, 2 (V<sup>40</sup>); II, 3 (II, 2-1<sup>74</sup>).

*De coelo*: II, 4 (V<sup>8</sup>; V<sup>34</sup>); II, 14 (V<sup>11</sup>).

*De partibus animalium*: IV, 2 (IV, 2<sup>61</sup>).

<sup>216</sup> Señalamos también entre paréntesis el lugar de los *Coloquios* en donde aparece la alusión a la fuente, para lo cual enviamos a las correspondientes notas, en las que se encuentran los textos originarios alegados por Mejía. Indicamos dichas notas especificando el diálogo en romano, la parte del mismo —si la hay— en arábigo y la nota en número volado. Por ejemplo, con la referencia IV, 1<sup>36</sup> enviamos a la nota número 36 existente en la primera parte del cuarto de los *Diálogos* de Mejía, esto es, el «Coloquio del Porfiado». Como el segundo de los «Coloquios del convite» está dividido en dos partes, hemos reservado la numeración 2-1 y 2-2 para referirnos a cada una de esas dos partes; así, II, 2-1<sup>15</sup> remite a la nota número 15 de la primera parte (1) del segundo (2) de los «Coloquios del convite» (II).

<sup>217</sup> En estas alusiones se recogen referencias a personas y hechos contemporáneos de Mejía. Véanse las correspondientes notas, a las cuales enviamos arriba.



*Historia animalium*: II, 15 (IV, 2<sup>61</sup>); VI, 23 (IV, 2<sup>33</sup>); VIII, 25 (IV, 2<sup>33</sup>).

*Metafísica*: I, 1 (I, 2<sup>49</sup>; I, 2<sup>55</sup>).

*Meteorologicon*: Referencias de carácter general (VI<sup>10</sup>; VI<sup>11</sup>); I, 3 (V<sup>34</sup>; V<sup>40</sup>); I, 4 (VI<sup>16</sup>; VI<sup>82</sup>); I, 6 (VI<sup>58</sup>); I, 7 (VI<sup>49</sup>; VI<sup>55</sup>; VI<sup>82</sup>); I, 9 (V<sup>8</sup>; VI<sup>24</sup>; VI<sup>32</sup>); I, 10 (VI<sup>32</sup>); I, 11 (VI<sup>24</sup>); I, 12 (VI<sup>24</sup>); II, 8 (VI<sup>84</sup>); II, 9 (VI<sup>35</sup>; VI<sup>39</sup>); IV, 6 (VI<sup>46</sup>).

ATENEIO (1):

*Deipnosophistai* o *Coenae sapientium libri XV*: III, 5 (II, 2-1<sup>46</sup>).

AULO GELIO (2):

*Noctes Atticae*: XIII, 11 (II, 1<sup>77</sup>; II, 1<sup>81</sup>).

AVERROES (1):

*Totam medicinam* o *Colliget*: V, 32 (II, 2-1<sup>54</sup>).

BIBLIA (54):

Antiguo Testamento (38):

Alusión genérica localizable en diversos lugares (1): (IV, 2<sup>71</sup>).

*Deuteronomio* (1): XXV, 4 (I, 1<sup>118</sup>).

*Eclesiastés* (1): VII, 3 (II, 1<sup>33</sup>).

*Eclesiástico* (2): XXXVIII, 3-4 (I, 1<sup>28</sup>); XXXVIII, 6-7 (I, 1<sup>45</sup>).

*Éxodo* (4): XX, 17 (IV, 2<sup>48</sup>); XXI, 18-19 (I, 2<sup>83</sup>); XXIII, 1-2 (IV, 1<sup>24</sup>); XXXII, 6 (II, 1<sup>32</sup>).

*Génesis* (8): I, 9 (V<sup>7</sup>; V<sup>13</sup>); I, 20-23 (IV, 2<sup>14</sup>); XIX, 3 (II, 1<sup>53</sup>); XXI, 8 (II, 1<sup>52</sup>); XXII, 3 (IV, 2<sup>17</sup>); XLIX, 14-15 (IV, 2<sup>51</sup>); L, 2 (I, 2<sup>82</sup>).

*Isaías* (1): I, 3 (IV, 2<sup>53</sup>).

*Job* (2): I, 3 (IV, 2<sup>36</sup>); I, 4 (II, 1<sup>54</sup>).

*Josué* (1): XV, 18 (IV, 2<sup>20</sup>).

*Jueces* (4): I, 14 (IV, 2<sup>20</sup>); X, 3-4 (IV, 2<sup>28</sup>); XII, 13-14 (IV, 2<sup>29</sup>); XV, 15-16 (IV, 2<sup>75</sup>).

*Números* (1): XXII, 21-23 (IV, 2<sup>49</sup>).

*Paralipómenos II* (1): XVI, 12 (I, 2<sup>85</sup>).

*Proverbios* (1): VIII, 29 (V<sup>19</sup>).

*Reyes* (7):

*I Reyes* (2): IX, 3 (IV, 2<sup>18</sup>); XXV, 42 (IV, 2<sup>19</sup>).

*II Reyes* (2): XVII, 23 (IV, 2<sup>24</sup>); XIX, 26 (IV, 2<sup>25</sup>).

*III Reyes* (1): XIII, 11-14 (IV, 2<sup>23</sup>).

*IV Reyes* (2): IV, 22-24 (IV, 2<sup>22</sup>); VI, 25 (IV, 2<sup>78</sup>).

*Salmos* (2): CIII, 5-6 (V<sup>20</sup>); CIII, 9 (V<sup>21</sup>).

*Samuel I y II*: Equivalen en la *Vulgata* a *Reyes I y II*.

*Tobías* (1): VI, 9 (I, 1<sup>88</sup>).

Nuevo Testamento (16):

Evangelios (12):

Alusiones generales (4): (I, 1<sup>82</sup>; I, 1<sup>85</sup>; IV, 2<sup>32</sup>; IV, 2<sup>66</sup>).

*Evangelio de san Juan* (3): II, 1-11 (II, 1<sup>47</sup>); IX, 6-7 (I, 1<sup>83</sup>); XX, 24-29 (III<sup>18</sup>).

*Evangelio de san Lucas* (2): X, 34 (I, 1<sup>84</sup>); XV, 23 (II, 1<sup>51</sup>).

*Evangelio de san Marcos* (2): VI, 21-28 (II, 1<sup>36</sup>); XVI, 18 (I, 1<sup>85</sup>).

*Evangelio de san Mateo* (1): XXI, 5 (IV, 2<sup>52</sup>).

Epístolas de san Pablo (4):

*Colosenses* (1): IV, 14 (I, 1<sup>87</sup>).

*I Corintios* (1): IX, 9-10 (I, 1<sup>118</sup>).

*I Timoteo* (2): V, 18 (I, 1<sup>118</sup>); V, 23 (I, 1<sup>86</sup>).

BONATO, Guido (1):

Referencia general al autor (VI<sup>57</sup>).

BUDÉ, Guillaume (8):

*De asse et partibus eius*: II (II, 1<sup>66</sup>; IV, 2<sup>40</sup>); II y IV (II, 1<sup>42</sup>); IV (II, 1<sup>44</sup>; II, 1<sup>66</sup>; II, 1<sup>72</sup>; II, 1<sup>74</sup>; IV, 2<sup>57</sup>).

CAPITOLINO, Julio (2):

*Historia Augusta*: «Vida de Clodio Albino», 11 (II, 2-1<sup>107</sup>); «Vida de Maximino», 4 (II, 2-1<sup>108</sup>).

CATÓN, Dionisio (1):

*Disticha moralia* (IV, 1<sup>33</sup>).

CELSE, Aulo Cornelio (13):

*De Medicina*: I, «Proemio» (I, 1<sup>32</sup>; I, 1<sup>97</sup>; I, 1<sup>108</sup>; I, 2<sup>18</sup>; I, 2<sup>27</sup>; I, 2<sup>47</sup>; I, 2<sup>48</sup>; I, 2<sup>59</sup>; I, 2<sup>63</sup>; I, 2<sup>72</sup>; I, 2<sup>77</sup>); I, 3 (II, 1<sup>104</sup>); VII, «Prefacio» (I, 1<sup>55</sup>).

CELSE, Hugo de (1):

*Las leyes de todos los reynos de Castilla* (IV, 1<sup>55</sup>).

CICERÓN, Marco Tulio (5):

*Actionis in C. Verrem Secundae*: I, 19 (II, 1<sup>112</sup>).

*Cato Maior de senectute*: XIII, 45 (II, 1<sup>59</sup>); XIV, 46 (II, 1<sup>62</sup>).

*De officiis*: II, 86 (I, 2<sup>75</sup>).

*De oratore*: II, 60 (II, 2-1<sup>42</sup>).

DIÓGENES LAERCIO (1):

*De vita et moribus philosophorum*: «Diógenes», IV (II, 2-1<sup>33</sup>).

DIOSCÓRIDES, Pedacio (2):

*De medica materia libri sex*: II, 37 y 39 (IV, 2<sup>55</sup>); II, 62 (IV, 2<sup>56</sup>).

DOMENICHI, Ludovico (1):

*Facetie, motti e burle* (I, 1<sup>20</sup>).

ERASMO DE ROTTERDAM, Desiderio (19):

*Adagiorum chiliades*: IV, 10 (II, 2-1<sup>65</sup>).

*Apotegmas*: III, «Diogenes Cynicus» (II, 2-1<sup>33</sup>); IV, «Augustus», 23 (II, 2-1<sup>57</sup>); V, «Paulus Aemilius» (II, 1<sup>63</sup>); V, «T. Quintius» (II, 2-1<sup>53</sup>); VIII, 14, «Thrasea» (II, 1<sup>83</sup>).

*Colloquia*: «Funus» (I, 1<sup>24</sup>; I, 1<sup>40</sup>; I, 1<sup>68</sup>); «Colloquium senile» (I, 1<sup>25</sup>; I, 2<sup>26</sup>); «Convivium religiosum» (II, 1<sup>2</sup>; II, 1<sup>21</sup>; II, 1<sup>89</sup>; II, 1<sup>93</sup>; II, 2-1<sup>24</sup>; II, 2-1<sup>56</sup>).

*Encomio de la medicina* (I, 1<sup>2</sup>).

*Encomium Moriae*: Alusión general a la obra (IV, 2<sup>9</sup>).

ESPARCIANO, Elio:

Se le atribuyó por error en la *Historia Augusta* —Mejía también lo hace— la «Vida de Clodio Albino», que corresponde verdaderamente a Julio Capitolino. Véase *Capitolino, Julio*.

ESTRABÓN (1):

*Geographia*: XVI, 1 (I, 1<sup>52</sup>).

FESTO, Sexto Pompeyo (1):

*De verborum significatu* (II, 1<sup>103</sup>).

FÍRMICO MATERNO, Julio (1):

*Matheseos o Astronomicon libri*: VIII, 9 (IV, 2<sup>46</sup>).

FLORO, Lucio Anneo (1):

*Epitomae* (IV, 1<sup>22</sup>)

GALENO, Claudio (1):

*De alimentorum facultatibus*: III, 1 (II, 2-1<sup>54</sup>).

GREGORIO MAGNO, san (4):

*Homiliarum in Evangelia*: II, 38 (II, 1<sup>105</sup>); II, 40 (II, 1<sup>31</sup>).

*Moralia in Iob*: I, 8 (II, 1<sup>31</sup>).

*Registrum epistolarum*: II, 44 (II, 1<sup>88</sup>).

HERÓDOTO (1):

*Historia*: I, 197 (I, 1<sup>52</sup>).

HIGINO (3):

*De Astronomia*: II, 23 (IV, 2<sup>30</sup>; IV, 2<sup>46</sup>); III, 22 (IV, 2<sup>46</sup>).

HOMERO (3):

Alusiones genéricas al autor (I, 1<sup>33</sup>; II, 2-2<sup>28</sup>; III<sup>68</sup>).

HORACIO FLACO, Quinto (3):

*Carmina u Odas*: I, 4 (II, 2-1<sup>25</sup>).

*Sermones o Sátiras*: I, 4 (II, 1<sup>96</sup>); II, 8 (II, 1<sup>21</sup>).

JENOFONTE (2):

*Cyropaedia*: VIII, 2 (II, 2-1<sup>70</sup>).

*Memorabilia*: IV, 2 (IV, 1<sup>46</sup>).

JERÓNIMO, san (3):

*Commentarii in Danielelem*: II, 5 (II, 1<sup>35</sup>).

*Epistulae*: LII, 11 (II, 1<sup>29</sup>; II, 1<sup>49</sup>).

JOSEFO, Flavio (1):

*De bello iudaico*: V, 13 (II, 1<sup>74</sup>).

JUSTINO (2):

*Historiarum Philipicarum*: Alusión genérica (IV, 1<sup>22</sup>); lugar no identificado (II, 1<sup>109</sup>).

LACTANCIO FIRMIANO, Lucio Celio (3):

*Divinarum institutionem*: III, 24 (III<sup>49</sup>); V, 14 y 16 (IV, 1<sup>38</sup>).

*Epitome divinarum institutionum*: XXXIV (III<sup>49</sup>).

LAMPRIDIO, Elio (3):

*Historia Augusta*: «Vida de Heliogábalo», 24 (II, 1<sup>68</sup>); 25 (II, 2-1<sup>43</sup>); «Vida de Alejandro Severo», 30 (II, 1<sup>113</sup>).

LEOPOLDO (1):

*Compilatio de astrorum scientia* (VI<sup>57</sup>).

LUCANO, Marco Anneo (1):

*Farsalia*: I, 526-529 (VI<sup>69</sup>).

MACROBIO, Aurelio Teodosio (19):

*Saturnalia*: I, 7 (II, 1<sup>92</sup>); I, 20 (I, 1<sup>109</sup>); I, 21 (III<sup>31</sup>); II, 4 (II, 2-1<sup>57</sup>); III, 13 (II, 2-1<sup>65</sup>); VII, 1 (II, 1<sup>83</sup>); VII, 1-2 (II, 1<sup>82</sup>); VII, 4 (II, 2-2<sup>4</sup>; II, 2-2<sup>7</sup>; II, 2-2<sup>8</sup>; II, 2-2<sup>15</sup>; II, 2-2<sup>19</sup>; II, 2-2<sup>62</sup>); VII, 4-5 (II, 2-1<sup>111</sup>); VII, 5 (II, 2-2<sup>22</sup>; II, 2-2<sup>25</sup>; II, 2-2<sup>28</sup>; II, 2-2<sup>37</sup>; II, 2-2<sup>58</sup>).

MAFFEI, Raffaello (1):

*Commentariorum urbanorum*: XXXII (II, 1<sup>105</sup>).

MANILIO, Marco (1):

*Astronomica*: I, 61 (I, 2<sup>55</sup>).

MEJÍA, Pedro (1):

*Silva de varia lección*: II, 29 (II, 1<sup>45</sup>).

NANNI MIRABELLI, Domenico (1)

*Polyanthea nova*: (II, 1<sup>63</sup>).

PATRIZI, Francesco (10):

*De institutione reipublicae libri novem*: IV, 5 (IV, 2<sup>57</sup>); V, 9 (II, 1<sup>46</sup>; II, 1<sup>59</sup>; II, 1<sup>76</sup>; II, 1<sup>77</sup>; II, 1<sup>81</sup>; II, 1<sup>93</sup>; II, 2-1<sup>24</sup>; II, 2-1<sup>57</sup>; II, 2-1<sup>65</sup>).

PLATÓN (6):

*De legibus*: I y II (II, 1<sup>58</sup>); IV (IV, 1<sup>58</sup>); IX (I, 1<sup>117</sup>).

*Gorgias vel de Rhetorica*: XXIV (I, 2<sup>74</sup>).

*Politeia* o *De Republica*: I y II (IV, 1<sup>41</sup>); III (I, 2<sup>50</sup>).

PLINIO CECILIO SEGUNDO, Cayo [Plinio *el Joven*] (1):

*Epistulae*: III, 5 (II, 1<sup>114</sup>).

PLINIO SEGUNDO, Cayo [Plinio *el Viejo*] (48):

*Naturalis historia*: Lugar indeterminado (II, 1<sup>94</sup>; II, 2-1<sup>25</sup>); II, 5 (V<sup>34</sup>); II, 10 (III<sup>13</sup>; III<sup>25</sup>); II, 11 (III<sup>24</sup>; III<sup>28</sup>); II, 25 (VI<sup>49</sup>; VI<sup>55</sup>; VI<sup>65</sup>; VI<sup>70</sup>); II, 55 (VI<sup>42</sup>; VI<sup>44</sup>; VI<sup>45</sup>); II, 65 (III<sup>31</sup>); II, 69 (V<sup>11</sup>); II, 79 (VI<sup>84</sup>); VII, 37 (I, 2<sup>37</sup>); VIII, 27 (I, 2<sup>30</sup>); VIII, 43 (IV, 2<sup>33</sup>; IV, 2<sup>37</sup>; IV, 2<sup>41</sup>); VIII, 51 (II, 2-1<sup>51</sup>; II, 2-1<sup>66</sup>); IX, 35 (II, 1<sup>42</sup>); X, 20 (II, 2-1<sup>93</sup>); XI, 41 (IV, 2<sup>59</sup>); XV, 30 (VI<sup>42</sup>); XVIII, 35 (IV, 2<sup>46</sup>); XIX, 1 (II, 2-1<sup>27</sup>); XXIV, 1 (IV, 2<sup>43</sup>); XXVI, 3 (I, 2<sup>34</sup>; I, 2<sup>88</sup>); XXVIII, 9 (IV, 2<sup>56</sup>; IV, 2<sup>62</sup>); XXVIII, 11 (IV, 2<sup>56</sup>); XXVIII, 14 (IV, 2<sup>56</sup>); XXIX, 1 (I, 1<sup>34</sup>; I, 1<sup>39</sup>; I, 1<sup>46</sup>; I, 1<sup>47</sup>; I, 1<sup>50</sup>; I, 1<sup>55</sup>; I, 1<sup>60</sup>; I, 1<sup>64</sup>; I, 1<sup>66</sup>; I, 2<sup>25</sup>); XXXV, 12 (II, 1<sup>69</sup>).

PLUTARCO (9):

*Moralia*:

*De placitis philosophorum*: III, 4 (VI<sup>10</sup>).

*Plutarchi problema, num philosophari conveniat inter pocula, ex primo* (II, 1<sup>83</sup>).

*Quo pacto possis adulatorem ab amico dignoscere liber* (II, 2-1<sup>10</sup>).

*Quo quis efficiat ut ex inimicis capiat utilitatem* (II, 2-1<sup>17</sup>).

*Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*: «Cato Maior», XVII, 2-3 (II, 1<sup>37</sup>); «Pericles», VII, 5 (II, 1<sup>39</sup>); «Aemilius Paulus», XXVIII, 9 (II, 1<sup>63</sup>); «Alexander», LXXIII, 3 (IV, 2<sup>73</sup>); «Artaxerxes», XXIV, 3 (IV, 2<sup>79</sup>).

POGGIO BRACCIOLINI, Giovanni Francesco (1):

*Liber facetiarum*: CXXXIV (I, 1<sup>20</sup>).

PONTANO, Giovanni Giovano (1):

*De sermone libri sex*: VI, 2 (I, 2<sup>100</sup>).

PTOLOMEO, Claudio (3):

*Almagestum*: I, 4 y 5 (V<sup>16</sup>).

*Tetrabiblos*: II, 9 y 13 (VI<sup>57</sup>; VI<sup>65</sup>).

RHODIGINO, Ludovico Celio:

Véase *Ricchieri, Luigi*.

RICCHIERI, Luigi (3):

*Lectionum antiquarum libri XXX*: XXV, 26 (II, 2-1<sup>54</sup>); XXVI, 25 (II, 1<sup>83</sup>); XXVIII, 1 (II, 2-1<sup>70</sup>).

SAN GEMINIANO, Dominico da (2):

*Super I Libro Decreti*: Distinción XLIV, capítulo «Convivia» (II, 1<sup>48</sup>); distinción XLIV, capítulo «Quando palea est» (II, 2-1<sup>37</sup>).

SÉNECA, Lucio Anneo (4):

*Ad Helviam matrem de consolatione*: X, 4 (II, 1<sup>72</sup>).

*Naturales quaestiones*: IV, 13 (II, 1<sup>110</sup>); VI, 5-20 (VI<sup>84</sup>); VII, 17 y 21 (VI<sup>70</sup>).

SENESE, Francisco:

Véase *Patrizi, Francesco*.

SUETONIO TRANQUILO, Cayo (7):

*De vita Caesarum*: «Divus Iulius», 88 (VI<sup>70</sup>); «Tiberius», 69 (VI<sup>43</sup>); «Caligula», 37 (II, 1<sup>42</sup>); «Divus Claudius», 46 (VI<sup>70</sup>); «Nero», 36 (VI<sup>70</sup>); «Vitellius», 13 (II, 1<sup>44</sup>); «Vespasianus», 23 (VI<sup>70</sup>).

TERENCIO AFER, Publio (1):

*Phormio*: II, 2 (II, 1<sup>101</sup>).

VARRÓN, Marco Terencio (4):

*Res rusticae*: II, 1 (IV, 2<sup>39</sup>); II, 1 y 6 (IV, 2<sup>37</sup>); II, 6 (IV, 2<sup>33</sup>); III, 6 (II, 2-1<sup>93</sup>).

VIRGILIO MARÓN, Publio (3):

*Eneida*: X, 272-275 (VI<sup>68</sup>).

*Georgica*: I, 133 (I, 2<sup>55</sup>); I, 487-488 (VI<sup>68</sup>).

VIVES, Juan Luis (8):

*Commentarii ad Divi Aurelii Augustini «De civitate Dei»*: XXI, 6 (II, 2-1<sup>29</sup>).

*I De disciplinis o De causis corruptarum artium*: I, 1 (I, 2<sup>55</sup>); V, «De Medicina» (I, 1<sup>68</sup>; I, 1<sup>99</sup>).

*II De disciplinis o De tradendis disciplinis*: IV, 6 (I, 2<sup>4</sup>; I, 2<sup>23</sup>); IV, 6 y 7 (I, 1<sup>99</sup>); IV, 7 (I, 1<sup>68</sup>).

VOLATERRANO, Rafael:

Véase *Maffei, Raffaello*.

Los datos que acabamos de aportar deben ser tomados en cuenta con las debidas reservas, habida cuenta de que a veces las alusiones a un autor son tan vagas y difusas que es difícil determinar el lugar concreto al que Mejía quiere referirse, pudiéndose encontrar varios pasajes de diferentes obras en los que es posible distinguir ecos de las ideas que Mejía le adjudica.

ca a ese autor. El número de veces que un escritor aparece aludido debe entenderse también como un dato meramente aproximativo, pues en ocasiones no queda claro si registrar como una o como varias fuentes dos o más referencias que, tanto en el texto de origen como en Mejía, se encuentran muy cercanas —a veces, prácticamente seguidas— en su disposición espacial<sup>218</sup>.

Tampoco todas las citas tienen el mismo valor, pues unas veces la fuente aludida remite a un texto o pasaje amplio que Mejía resume o sintetiza en pocas palabras<sup>219</sup>, mientras que otras veces va siguiendo pormenorizadamente durante páginas enteras una fuente mencionada escasamente<sup>220</sup>; en ocasiones las citas son genéricas, y en ellas Mejía parafrasea la idea recibida de un autor, pero en otros momentos la referencia es prácticamente literal, pues Mejía traduce casi palabra por palabra el

---

<sup>218</sup> En tales circunstancias, ¿cómo registrar la fuente: como una sola cita o como varias? En nuestro caso —aunque se trata de una decisión subjetiva— hemos optado por computar estas citas como una sola cuando claramente Mejía toma varios lugares próximos de un mismo autor para desarrollar una sola idea; es el caso, por ejemplo, de los pasajes recogidos en *Diálogos*, I, 1<sup>34</sup>. En cambio, hemos registrado como varias citas aquellas alegaciones que —aun estando próximas en la obra de referencia— sirven para confirmar ideas distintas, aunque estas sean complementarias; tal cosa ocurre, por ejemplo, en las fuentes aducidas en *Diálogos*, VI<sup>42</sup>, VI<sup>44</sup> y VI<sup>45</sup>.

<sup>219</sup> Como cuando se refiere al debate a favor y en contra de la justicia, que se desarrolla en los libros I y II de la *República* de Platón (cfr. *Diálogos*, IV, 1<sup>41</sup>), o cuando se alega que es más saludable vivir en el interior del territorio que no en las zonas costeras, teoría defendida por Apiano en su *Historia romana* (cfr. *Diálogos*, IV, 1<sup>59</sup>).

<sup>220</sup> Tal cosa ocurre en la disputa sobre la ciencia hipocrática y los galenos, que tiene lugar en la segunda parte del «Diálogo de los médicos» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>1</sup> y I, 2<sup>47</sup>) —donde Mejía parafrasea con libertad el proemio al libro primero del *De medicina* de Aulo Cornelio Celso—, y en el debate sobre si es más saludable comer de un solo manjar o de muchos, que ocupa la última parte del segundo de los «Coloquios del convite» —en donde Mejía sigue fielmente la argumentación desarrollada por Macrobio en los capítulos 4 y 5 del libro VII de sus *Saturnalia* (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>11</sup>). En tales casos, ¿cómo registrar esa fuente extensa que Mejía sigue durante una larga exposición? ¿Como una sola cita o como varias? Hemos optado —aparte de un previo aviso general— por consignar solo los casos en que Mejía nombra al autor o cuando la mención es literal o muy ajustada al texto que está siguiendo.

texto original que está siguiendo<sup>221</sup>. Obviamente, no todos los casos son igualmente valorables, ya que no tiene el mismo peso una alusión rápida —utilizada como simple adorno erudito— que aquella otra fuente sobre la que Mejía construye la estructura argumental de todo un diálogo o de una considerable parte de él<sup>222</sup>.

Con los datos suministrados en la anterior relación, los resultados —por lo que respecta a la frecuencia de uso de las diversas fuentes— son los que siguen<sup>223</sup>: la Biblia (54 veces, de las cuales 38 corresponden al Antiguo Testamento y 16 al Nuevo Testamento), Plinio *el Viejo* (48), Aristóteles (31), Erasmo de Rotterdam (19), Macrobio (19), Aulo Cornelio Celso (13), san Agustín (10), Francesco Patrizi (10), Plutarco (9), Guillaume Budé (8), Juan Luis Vives (8), Suetonio (7), Platón (6), Cicerón (5), san Gregorio Magno (4), Séneca (4), Varrón (4), san Ambrosio (3), Higino (3), Homero (3), Horacio (3), san Jerónimo (3), Lactancio Firmiano (3), Lampridio (3), Ptolomeo (3), Luigi Ricchieri (3), Virgilio (3), Aulo Gelio (2), Julio Capitolino (2), Dioscórides (2), Jenofonte (2), Justino (2), Dominico da San Geminiano (2), Albumázar, Apiano de Alejandría, Apuleyo, Ateneo, Averroes, Guido Bonato, Dionisio Catón, Hugo de Celso, Diógenes Laercio, Ludovico Domenichi, Estrabón, Sexto Pompeyo Festo, Julio Fírmico Materno, Lucio Anneo Floro, Galeno, Heródoto, Josefo, Leopoldo, Lucano, Raffaello Maffei di Volterra, Marco Manilio, Pedro Mejía, Domenico Nanni Mirabelli, Plinio *el Joven*, Giovanni Francesco Poggio Bracciolini, Giovanni Gio-

<sup>221</sup> Entre otros muchos, tenemos un ejemplo del primer caso cuando Mejía refiere el comportamiento de los babilonios con sus familiares enfermos, que recogen Estrabón y Heródoto (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>52</sup>). Las citas literales son menos numerosas, aunque no infrecuentes; tal es el caso, entre otros, de la alegación del *Éxodo* registrada en *Diálogos*, II, 1<sup>32</sup>.

<sup>222</sup> Como ejemplo de lo primero pueden servir las alegaciones de Virgilio y Lucano para probar la influencia de los cometas (cfr. *Diálogos*, VI<sup>68</sup> y VI<sup>69</sup>), en tanto que de lo segundo es buen ejemplo el *Meteorologicon* de Aristóteles, del que se extraen los temas que Mejía desarrolla a lo largo de todo el «Diálogo natural» (cfr. *Diálogos*, VI<sup>1</sup> y VI<sup>11</sup>).

<sup>223</sup> Entre paréntesis especificamos el número de veces que cada autor aparece citado, para aquellos que lo son en más de una ocasión.



vano Pontano y Terencio, además de las cuatro fuentes alegadas anónimamente.

Aparte de los autores mencionados, Mejía se refiere también a otras autoridades de manera indirecta y a cuyo conocimiento ha llegado a través de obras ajenas a los citados. Entre ellos, los más importantes son: Eveno (mencionado por Plutarco), Erasítrato (citado por Plinio), Hipócrates (recogido por Celso, Plinio y Macrobio), Catón Censorino (por interposición de Apiano de Alejandría), Homero (a través de Macrobio), Varrón (traído por Aulo Gelio y Plinio), Trogo Pompeyo (abreviado por Justino), Tito Livio (en el epítome de Lucio Anneo Floro) y Aristóteles, Manilio y Virgilio (alegados por Vives), entre otros<sup>224</sup>. En la mayoría de estos casos, Mejía no muestra el menor empacho en reconocer de forma explícita cuál es su primer informante, dejando claro —aunque no siempre— que la alegación de fuente se hace por vía interpuesta<sup>225</sup>. De hecho, numerosos autores antiguos y modernos —especialmente los escritores de misceláneas didácticas, a quien Mejía se complace en imitar— habían actuado de la misma manera, silenciando a veces —probablemente por olvido involuntario— la fuente primaria que le suministraba la información<sup>226</sup>.

La primera y evidente conclusión que se deriva de la nómina ofrecida más arriba es la supremacía absoluta de los auto-

---

<sup>224</sup> Véase, sobre los autores citados, los textos que se alegan en *Diálogos*, II, 2-1<sup>10</sup> (Eveno); I, 1<sup>34</sup> (Erasítrato); I, 1<sup>55</sup> y I, 1<sup>109</sup> (Hipócrates); IV, 1<sup>59</sup> (Catón *el Censor*); II, 2-2<sup>28</sup> (Homero); II, 1<sup>77</sup> y I, 1<sup>46</sup> (Varrón); IV, 1<sup>22</sup> (Trogo Pompeyo y Tito Livio); y I, 2<sup>55</sup> (Aristóteles, Manilio y Virgilio).

<sup>225</sup> Un caso palmario de lo que decimos se comenta en *Diálogos*, I, 1<sup>46</sup>, donde el sevillano alega a Plinio, quien, a su vez —según indica Mejía y reconoce el mismo Plinio—, ha extraído su información de Varrón.

<sup>226</sup> Por ejemplo, hay ocasiones en las que Plinio —uno de los principales modelos de Mejía— tampoco menciona sus fuentes, aunque estas mismas puedan aparecer alegadas en otros lugares de su *Naturalis historia* (como en el caso señalado en la nota precedente); tal omisión ocurre con Varrón, en el texto de Plinio recogido en *Diálogos*, II, 2-1<sup>93</sup>. Debió de ser esta una práctica corriente entre los humanistas del Renacimiento (Guarino Ortega [1997: 507-508]); por ejemplo, está registrada también en Juan Luis Vives (Bernal Lavesa y Beltrán Serra [1997: 234<sup>8</sup>, 236]).

res antiguos sobre los modernos. Hemos computado cuarenta y tres autores antiguos, con 264 citas, frente a quince modernos —incluidas tres alusiones anónimas<sup>227</sup>—, con 58 envíos, y seis medievales, con 10 referencias. Está claro, pues, que Mejía —como buen hijo del Renacimiento— posterga a la Edad Media y presta toda su atención a la Antigüedad clásica. Por lo que respecta al moderado número de autores contemporáneos —aunque no lo es tanto el número de veces en que estos son subrepticamente utilizados, según comentamos más adelante—, ya es significativo lo que el mismo Mejía dice en su obra:

ORDOÑO: Yo ya iba a dezir lo que me acuerdo aver leído en Francisco Senese, en los libros que escribió *De república*, que tengo y entiendo lo que puedo de ellos; pero no quiero, porque el author es moderno, y aun yo no lo entiendo como quería<sup>228</sup>.

Un segundo aspecto destacable en la relación de autoridades es el desequilibrio existente entre las citas veterotestamentarias y neotestamentarias: 38 y 16 referencias, respectivamente. En una época en que cada vez se mira con más recelo al autor que menciona con frecuencia al Antiguo Testamento o a San Pablo —pues eran fuentes predilectas de los cristianos nuevos—, Pedro Mejía no se muestra muy influido por esta corriente de opinión. Probablemente debió de sentirse seguro de su limpieza de sangre y de su hidalguía, reconocida públicamente, lo que le colocaba al amparo de cualquier sospecha. Al menos, esta impresión dan las ocurrencias sobre el judaísmo y la Inquisición que introduce en sus «Coloquios del convite».

Sintetizando lo que hasta ahora llevamos dicho, las fuentes principales que manejó y utilizó Mejía en sus *Coloquios* —aparte de la Biblia y de Erasmo, cuyo caso se comenta luego— es-

<sup>227</sup> Como se ha dicho antes, en estas referencias se alude a personas y hechos contemporáneos de Mejía (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>63</sup>; II, 2-1<sup>104</sup>; y IV, 1<sup>5</sup>).

<sup>228</sup> *Diálogos*, 311-312.

tán constituidas fundamentalmente por los escritos de Plinio, Aristóteles, Macrobio y Celso. Y esto no solo por las numerosas citas que de ellos se reparten a lo largo de la obra, sino también porque le sirvieron de abundante material para elaborar partes enteras de los diálogos que la componen. La fuente principal del «Coloquio del Sol» es la *Naturalis historia* de Plinio, en tanto que el «Diálogo natural» toma sus ideas primordiales de la *Meteorología* de Aristóteles. Plinio y Aristóteles son los pilares de todas sus teorías de física natural y, como tales, los que sostienen casi exclusivamente el peso de la argumentación científica expuesta por Mejía en los tres diálogos de los meteoros (el «Coloquio del Sol», el «Diálogo de la Tierra» y el «Diálogo natural»). Todo el discurso de la segunda parte del «Coloquio del convite» —en que se discute qué cosa es más provechosa para la salud, si comer de un solo manjar o de muchos— sigue detalladamente a las *Saturnales* de Macrobio, repitiendo exactamente los mismos argumentos que aduce el escritor latino. La parte final del «Diálogo de los médicos» se construye en gran medida con los materiales suministrados por Celso en su *De Medicina*<sup>229</sup>; pero también, en ese mismo «Diálogo de los médicos», se deja sentir la influencia de Juan Luis Vives, especialmente en el largo discurso de Bernardo sobre la instrucción y preparación que deben tener quienes ejercen el arte hipocrática, donde Mejía puede estar siguiendo simultáneamente al autor antiguo y al moderno, pues en ambos se hallan ideas parecidas a las expuestas por el sevillano. No puede extrañar que Mejía conociera bien la obra de Vives, sabiendo la gran consideración y estima que nuestro autor sintió por el valenciano y conociendo, además, las relaciones epistolares que existieron entre ambos. En el *De tradendis disciplinis*, Vives recomienda que el médico estudie y utilice todos los remedios curativos a su alcance, incluyendo —como hace también Mejía— las prácticas anatómicas.

---

<sup>229</sup> Hecho constatado recientemente por Conde Parrado [1998: 290]; en este caso, Mejía utiliza concretamente el proemio al libro primero del *De Medicina* de Aulo Cornelio Celso. La influencia que la *Historia natural* de Plinio ejerce sobre este diálogo ya fue señalada con anterioridad (González de Amezá y Mayo [1953: 251-254] y Clavería [1968: 455]).

Al igual que en la *Silva de varia lección*, Mejía utilizó profusamente —como fuentes primordiales para la composición de sus *Diálogos*— un limitado número de autores, de los que extrae las ideas fundamentales y a los que eventualmente añade los juicios de otros para confirmar o matizar lo defendido por los primeros. Obviamente, muchos de los escritores pocas veces alegados resultan superfluos por redundantes, pero la repetición de estos testimonios se justifica por la necesidad que siente el humanista de emprender el viaje intelectual con la protectora compañía del mayor número posible de autoridades, ya que así creía poner freno a las críticas y murmuraciones que pudieran sobrevenirle por relatar casos que parecían ser fingidos o fabulosos, o por otros motivos<sup>230</sup>.

---

<sup>230</sup> Por eso, en su *Silva*, Mejía quiere dejar claro que «en lo que toca a la verdad de [la] hystoria y de las cosas que se tractan, es cierto que ninguna cosa digo ni escribo que no aya leído en libro de grande auctoridad, como las más vezes alegaré. Assí que será justa cosa que, antes que ninguno condene lo que leyere, considere primero el auctoridad y razón que se da. Porque no todo lo que un hombre no sabe o no entiende, ha de tener por no cierto» (*Silva*, «Prohemio», I, 164-165). Es conocida la repulsión que sintió el humanismo por la literatura de ficción inverosímil (como, por ejemplo, los libros de caballerías), a la que consideraban carente de finalidad moral o de utilidad educativa (Carriazo [1945: lxvii-lxix] y *Silva*, I, 23<sup>3</sup>). Este rechazo se hizo especialmente ostensible entre los erasmistas (Bataillon [1966: 609-622], Lázaro Carreter [1978: 28-32] y Vian Herrero [1982: I, 495-506]).

Meritorios y eruditos análisis se han realizado para desenmarañar la abundantísima e intrincada red de citas empleadas en la *Silva*, cuyas conclusiones son también de aplicación a los *Diálogos*. Algunas de las fuentes clásicas utilizadas por Mejía en la *Silva* —entre otros autores y obras del Siglo de Oro español— han sido estudiadas con rigor por Cuartero Sancho [1978: 454-646; 1981: 19-74]. Lerner [1990b: 293-310; 1993: 107-120] ha escudriñado en las fuentes italianas y españolas que manejó el sevillano para la elaboración de su miscelánea, así como la manera de trabajar con ellas; el mismo Lerner [1989: 143-154; 1990a: 137-147] ha insistido con perspicacia en el descubrimiento de las fuentes bíblicas, patrísticas y clásicas de la *Silva*. Por su parte, Cherchi [1993: 43-53] estima que la mayor parte de la erudición de que Mejía hace gala en la *Silva* es postiza, pues está sacada de unos pocos repertorios misceláneos latinos —antiguos o modernos—, que circularon profusamente en su época y que el sevillano oculta sistemáticamente. Sin negar la posibilidad de que Mejía utilizara misceláneas latinas modernas y, sobre todo, antiguas con mayor profusión de la que declara, no participamos de la radical afirmación de Cherchi —que tampoco comparten Lerner [1990a: 138-139] ni Wagner [1989: 249]—, a pesar de la prueba incontestable que

Un análisis particular merece el fenómeno de las autoridades ocultas, que parece responder a motivaciones diversas, pero que nunca debe achacarse —al menos en el caso de Mejía esa es la impresión que predomina— a un deseo fraudulento de arrogarse indebidamente méritos ajenos. Quizás el caso más llamativo sea el de Plinio, al que Mejía recurre profusamente para desarrollar las ideas que expone en su «Coloquio del Sol», sin que en él aparezca ni una sola mención del autor latino<sup>231</sup>. Sin embargo, ¿qué sentido tiene pensar que esta preterición es consciente, si Mejía lo alega constantemente a lo largo de toda su obra y es, precisamente —después de la Biblia—, el autor más citado en los *Diálogos*? Con toda seguridad, no estamos ante una ocultación consciente y deliberada, sino más bien ante una postergación involuntaria por estimar que no era necesario recordar algo que se estimaba como obvio entre las clases cultivadas. Otras veces la omisión responde a que se da por sobreentendido un autor que acaba de ser mencionado y del que —a fin de evitar repeticiones—

---

propone en otro impecable trabajo (Cherchi [1998: 149-157]), donde demuestra hasta qué punto aprovechó en su *Silva* la erudición de un escrito de Vives sin mencionarlo, y que, sin embargo, no nos parece extensible a la obra entera del sevillano; casualmente, la acusación de ocultamiento de esa fuente, que le achaca Cherchi, viene a ser contradicha por el propio Mejía al alegar en sus *Coloquios* los comentarios de Vives a la agustiniana *Ciudad de Dios* (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>29</sup> y lo que, sobre el particular, comentamos más adelante en relación con las fuentes contemporáneas empleadas por Mejía). Hay mucha alusión en la *Silva* y en los *Diálogos* que es fruto de lecturas directas de Mejía, si bien otras citas están tomadas de repertorios, epítomes o autores interpuestos, sin que por ello haya que deducir una artera voluntad de fraude en el autor, pues los principios que regían las citas en aquella época no eran tan estrictos como los actuales y las fuentes clásicas empleadas por un contemporáneo —al ser dominio común y conocido de todos los humanistas del momento— podían ser reutilizadas sin necesidad de indicar la procedencia interpuesta, aparte de que —como bien señala Cherchi— el prestigio que otorgaba el autor antiguo no lo ofrecía el moderno. Los trabajos mencionados han comenzado a iluminar el camino; los futuros estudios, en campo tan vasto y soterrado como este, irán determinando con precisión qué parte de la obra corresponde a una erudición directa y qué otra parte se debe a una erudición prestada.

<sup>231</sup> Véase, al respecto, la observación de Mulroney [1930: 94<sup>2</sup>], registrada en *Diálogos*, III<sup>15</sup>.

se silencia su nombre en las alegaciones que continúan a renglón seguido<sup>232</sup>. El encubrimiento de los autores modernos —que comentamos a continuación— es otro ejemplo significativo. Finalmente, aunque podrían extraerse algunas otras justificaciones para estos olvidos —de los que, en todo caso, ofrecemos la explicación en sus correspondientes lugares mediante la nota pertinente—, un motivo para estas ocultaciones debe achacarse, sin duda, a presiones ideológicas del momento; seguramente, el enmascaramiento más clamoroso sea el de Erasmo, del que se habla un poco más abajo. Por añadidura, en estos últimos casos las vinculaciones textuales suelen ser más difusas; y esa falta de precisión provoca que tales influencias sean menos seguras y más difíciles de detectar.

Un apartado específico y de suma importancia, dentro de las menciones ocultas, es el de los autores contemporáneos, cuyos nombres aparecen frecuentemente silenciados en el texto de Mejía, con algunas excepciones que pasamos a comentar<sup>233</sup>. La primera de ellas corresponde al pasaje en el que Mejía alude a Plinio y a san Agustín por medio de Vives<sup>234</sup>, quien inesperadamente también aparece mencionado. Esta cita resulta de interés por cuanto muestra la manera que Mejía —y seguramente muchos de sus contemporáneos— tenía de operar con sus fuentes<sup>235</sup>. En primer lugar, hay que descartar la idea de que Mejía pueda estar abultando fraudulentamente sus fuentes al servirse de Vives para alegar a san Agus-

---

<sup>232</sup> Un ejemplo claro es, precisamente, el de Plinio, a quien —tras ser alegado de forma expresa (cfr. *Diálogos*, VI<sup>42</sup>)— se le ignora en las dos citas que vienen inmediatamente después (cfr. *Diálogos*, VI<sup>44</sup> y VI<sup>45</sup>).

<sup>233</sup> Esta ocultación de las fuentes contemporáneas —mientras que, por contraste, se declaran con orgullo los autores antiguos— es un fenómeno generalizado entre los humanistas del siglo XVI; se produce con frecuencia en otros escritores de diálogos renacentistas (Gómez [2000: 111-112]).

<sup>234</sup> Es el caso registrado en *Diálogos*, II, 2-1<sup>29</sup>.

<sup>235</sup> Significativamente, en el empleo de sus fuentes, el propio Juan Luis Vives incurre en los mismos olvidos e imprecisiones que Mejía (Beltrán Serra [1998: 195-202]). También fray Luis de León omite sistemáticamente las citas de autores contemporáneos en *De los nombres de Cristo* (Cuevas García [1980: 451]). Un fenómeno parecido se registra en el *Cisne de Apolo* de Luis Alfonso de Carvallo (González Álvaro [1998: 384]).

tín y a Plinio, pues no hay duda de que Mejía conocía muy bien a los dos autores antiguos, ya que en otros lugares de sus obras los maneja con soltura y los utiliza como informantes directos. Si menciona aquí a Vives —hecho infrecuente, por tratarse de un contemporáneo—, es porque le interesa ponerlo como testigo de un fenómeno extraño: que el lino vivo no arde en el fuego; al afirmar Vives —contemporáneo de Mejía— que ha presenciado ese prodigioso fenómeno, este parece quedar más contrastado que con la alegación de las solas autoridades antiguas. En esta ocasión, ha primado el testimonio del moderno sobre el de los antiguos, cuando lo normal es lo contrario, y ello no por un intento premeditado de ocultar la fuente original, sino por el prestigio de que gozaban los antiguos —superior al de los modernos— entre los humanistas. Todo esto nos lleva a pensar que para el intelectual del Renacimiento había un bien mostrenco que eran las misceláneas latinas de escritores contemporáneos, en las cuales se reunían, glosadas o compendiadas, las obras de los autores antiguos; los eruditos del Quinientos debieron de considerar estos repertorios enciclopédicos como patrimonio común, en los que tenían derecho a entrar a fin de extraer las fuentes antiguas que en cada momento necesitasen, sin considerarse obligados por ello a confesar la procedencia de las mismas. Por lo tanto, el hecho de que un autor antiguo fuera alegado por un moderno no obligaba a dejar constancia de este último; simplemente, se le utilizaba como puente o camino hacia el antiguo, que normalmente era bien conocido en los círculos humanísticos<sup>236</sup>. Daba igual acudir al antiguo directa o indi-

---

<sup>236</sup> Baltasar de Céspedes deja traslucir con claridad esta idea en su *Discurso de las letras humanas llamado El Humanista* (1600): «Porque como los lugares de los authores antiguos de donde los modernos sacaron aquellos que no sean propios de nadie sino communes para todos, bien puede aprovecharse dellos sin reprehensión, pues pudo él verlos también como el otro que los alegó» (Gómez [2000: 112]). Por su parte, Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 48-49] subrayan —con el apoyo de bibliografía complementaria— el frecuente uso que hicieron los humanistas de estos repertorios enciclopédicos a fin de dotar a sus obras de la erudición que imponía la moda literaria del momento. Mejía —consideran estos dos críticos— no fue una excepción, aunque —según Ruiz Pérez [1990: 433, 435-436]— no abusó tampoco de este recurso.



rectamente; lo importante era acudir a él, en tanto que el moderno quedaba relegado, quizás porque en la conciencia del humanista era el antiguo quien aportaba la sustancia de lo alegado y el moderno era un mero transmisor: solo cuando este aportaba algo nuevo o servía para confirmar o refutar al antiguo, se le nombraba<sup>237</sup>. Efectivamente, en el caso que comentamos, es ilustrativo considerar lo que dice el texto de Mejía: Arnaldo refiere el caso del lino vivo, apoyándose en Plinio (el lino vivo no se quema en el fuego), pero Baltasar no se lo cree; entonces Arnaldo recurre a Vives como testigo de vista (alegándolo en el comentario de Vives a *La ciudad de Dios* de san Agustín y englobando también a Plinio en el comentario de Vives, a quien el texto de san Agustín —que habla de los prodigios del fuego, pero no en concreto del lino vivo— parece haberle recordado el pasaje de Plinio); finalmente, Baltasar lo acepta a duras penas (lo acepta por ser Vives quien lo ha visto y comprobado).

Otra excepción sonada corresponde al pasaje en que Mejía alega explícitamente a Guillaume Budé, en tanto en cuanto el prestigioso humanista francés le suministra un dato nuevo —la equivalencia en moneda del siglo XVI de los 60.000 sextercios que se pagaron por un asno en tiempos de Varrón<sup>238</sup>—, que obviamente no le podían proporcionar los antiguos, o en tanto que —con una misión parecida a la anteriormente señalada en el caso de Vives— le sirve como confirmación de algo que dijeron los antiguos —los excesivos dispendios que algunos emperadores realizaron en sus convites<sup>239</sup>— y que resulta difícil de creer. Es en tales ocasiones, en que los autores modernos añaden algo nuevo a la información de los clásicos, cuando aparecen alegados con nombres y apellidos; cuando no hacen sino repetir lo que dicen los antiguos, los contemporáneos —tampoco Mejía es una excepción en esto— sue-

---

<sup>237</sup> Es lo que parece deducirse de la alegación que hemos recogido en *Diálogos*, II, 1<sup>77</sup>, donde Mejía —utilizando a Francesco Patrizi, a quien no nombra— aduce la fuente clásica verdadera (Aulo Gelio) que el italiano no aporta, pero que él sí conoce.

<sup>238</sup> Nos referimos a la cita recogida en *Diálogos*, IV, 2<sup>40</sup>.

<sup>239</sup> Se reproduce la cita en *Diálogos*, II, 1<sup>66</sup>.



len quedar silenciados. Tales son los casos de los propios Vives y Budé —que aparecen utilizados en otros lugares de los *Diálogos* sin ser mencionados<sup>240</sup>— y de Francesco Patrizi —de quien Ordoño, uno de los interlocutores de los «Coloquios del convite», dice no querer emplearlo como fuente por ser moderno—, a los que Mejía utiliza en alguna que otra ocasión sin registrar la procedencia de la información<sup>241</sup>.

Los escasos autores modernos alegados en los *Coloquios* son —aparte de Vives y Budé, ya comentados— Erasmo, Hernán Núñez, el propio Pedro Mejía y Pontano, a los que hay que añadir a Poggio Bracciolini, Raffaello Maffei di Volterra, Domenico Nanni Mirabelli y Luigi Ricchieri, que no aparecen mencionados de forma explícita<sup>242</sup>. De Hernán Núñez, apodado *el Comendador Griego* —que fue profesor de lengua helénica en Alcalá y, posteriormente, de retórica en Salamanca—, debió de tener Mejía un conocimiento directo y personal. Probablemente nuestro autor había sido discípulo suyo durante sus años universitarios. Lo cierto es que la referencia que Mejía hace de él en los *Coloquios* no parece brotar de un conocimiento libresco, sino de un trato personal. El propio Mejía se cita a sí mismo —en un pasaje de la *Silva de varia lección*, acerca de cuestiones históricas—, hecho que no resulta insólito entre los autores de su época: curiosamente, también Erasmo se autorrefiere en el coloquio *Puerpera*. Las alusiones a Pontano y Poggio son también muy concretas. Mejía se

---

<sup>240</sup> Son los casos registrados en *Diálogos*, II, 1<sup>44</sup>; II, 1<sup>72</sup>; II, 1<sup>74</sup>; y IV, 2<sup>57</sup> —por lo que respecta a Budé— y I, 1<sup>68</sup>; I, 1<sup>99</sup>; I, 2<sup>4</sup>; I, 2<sup>23</sup>; y I, 2<sup>55</sup> —por lo que toca a Vives.

<sup>241</sup> La mención que hace Mejía de Patrizi se comenta en *Diálogos*, II, 1<sup>76</sup>. Otros posibles préstamos de este humanista italiano, sin nombrarlo, están registrados en *Diálogos*, II, 1<sup>46</sup>; II, 1<sup>59</sup>; II, 1<sup>77</sup>; II, 1<sup>81</sup>; II, 1<sup>93</sup>; II, 2-1<sup>24</sup>; II, 2-1<sup>57</sup>; II, 2-1<sup>65</sup>; y IV, 2<sup>57</sup>.

<sup>242</sup> Pueden verse las alegaciones concretas en *Diálogos*, I, 1<sup>2</sup>; I, 1<sup>24</sup>; I, 1<sup>25</sup>; I, 1<sup>40</sup>; I, 1<sup>68</sup>; I, 2<sup>26</sup>; II, 1<sup>2</sup>; II, 1<sup>21</sup>; II, 1<sup>63</sup>; II, 1<sup>83</sup>; II, 1<sup>89</sup>; II, 1<sup>93</sup>; II, 2-1<sup>24</sup>; II, 2-1<sup>33</sup>; II, 2-1<sup>53</sup>; II, 2-1<sup>56</sup>; II, 2-1<sup>57</sup>; II, 2-1<sup>65</sup>; y IV, 2<sup>9</sup> —por lo que respecta a Erasmo, cuyo nombre aparece oculto, excepto en el primer caso—; en *Diálogos*, II, 1<sup>83</sup>; II, 2-1<sup>54</sup>; y II, 2-1<sup>70</sup> —acerca de las referencias a Ricchieri—; y en *Diálogos*, I, 2<sup>33</sup>; II, 1<sup>45</sup>; I, 2<sup>100</sup>; I, 1<sup>20</sup>; II, 1<sup>105</sup>; y II, 1<sup>63</sup> —en lo tocante, respectivamente, a los casos de Hernán Núñez, Mejía, Pontano, Poggio, Maffei y Nanni.

sirvió del *De sermone libri sex* de Giovanni Pontano para extraer el relato del truhán y el marqués de Ferrara sobre la disputa de la profesión médica, en tanto que el popular *Liber facetiarum* de Giovanni Francesco Poggio Bracciolini le suministró el chascarrillo del briago que se resistía a que el médico le erradicase la sed que le había dejado como secuela una reciente enfermedad. Las compilaciones o repertorios enciclopédicos latinos —de los que Mejía hizo uso explícito en la *Silva*— han dejado también su rastro en los *Diálogos*, aunque de forma subrepticia. Los motivos de tal ocultación pueden ser los aducidos anteriormente; sin embargo, algunos casos registrados —como los de Ludovico Celio Rhodigino, Domenico Nanni Mirabelli, Raffaello Maffei di Volterra o el propio Erasmo de Rotterdam<sup>243</sup>— permiten sospechar la existencia de otros ejemplos que, por más sutiles o intrincados, no han podido ser detectados.

Por la luz que puedan arrojar sobre la debatida adscripción de Mejía al erasmismo, mención especial merecen las huellas que posiblemente hayan dejado los escritos del roterodamés en los *Diálogos* del sevillano, aunque —a fuer de sinceros— los rastros que se registran en esta obra no dejan entrever más que vagas comuniones de ideas o coincidencias genéricas de planteamientos, pero no claras vinculaciones<sup>244</sup>. Mejía solo cita a Erasmo una sola vez de forma explícita en los *Diálogos*, y aunque se refiere a una de sus obras más comprometidas —el *Elogio de la locura*—, lo cierto es que la alusión es de carácter general y no en relación con ninguna de las ideas vídriosas o disolventes del holandés. Los demás paralelismos entre ambos autores —si no son simples coincidencias— presentan unos vínculos tan difuminados que difícilmente se puede establecer una relación directa entre ellos. A las alturas de 1547 —fecha de la primera edición de los *Diálogos* de Me-

---

<sup>243</sup> Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 51] estiman que Mejía utilizó estas compilaciones con profusión, pudiendo recurrir después, cuando lo estimase oportuno, a las fuentes clásicas originales.

<sup>244</sup> Este erasmismo difuso, difícil de concretar, debió de ser un fenómeno bastante extendido, como constata Rico [1993: 107]. Se produce también, por ejemplo, en *El Crotalón* (Gómez [2000: 98-99]).

jía—, nuestro escritor parece estar ya de vuelta de muchas cosas y, aunque todavía faltan algunos años para que se inicie la persecución oficial contra Erasmo —algunas de sus obras ya se incluyeron en el *Índice* de 1551—, da la impresión de que el humanista sevillano comenzaba a plegar velas en su hipotético erasmismo juvenil, a la vista de los frutos que esta ideología reformista estaba produciendo. Como hemos dicho, Mejía cita a Erasmo y el *Elogio de la locura* en el fragmento correspondiente a las alabanzas del asno del «Coloquio del Porfiado». Pero, aparte de esa mención, puede constatarse la probable influencia de otros escritos de Erasmo —especialmente de los *Colloquia*— en la obra de nuestro Mejía. En correspondencia epistolar con el holandés, el humanista sevillano debió de conocerlo bien y haberse dejado influir por su doctrina durante sus años de estudio en Salamanca y primeros de definitiva residencia sevillana. Pero a la hora de escribir los *Coloquios* han pasado ya casi veinte años desde aquellas veleidades reformistas y hace diez años que Erasmo ha dejado de existir. Las influencias erasmianas sobre Pedro Mejía, con ser numerosas, no son las más representativas del pensamiento que encabezó el roterodamense; Mejía toma de Erasmo lo menos comprometido y, desde luego, no hay en sus *Coloquios* reflejo de las ideas religiosas que inspiraron al holandés. Y es que, por los años en que Mejía escribe sus *Diálogos*, la tolerancia y la coexistencia están cediendo el terreno a la escisión ideológica en toda Europa.

El «Diálogo de los médicos» recoge dos ideas que bien pudieran estar tomadas de Erasmo, aunque estas constituyesen lugar común de casi todos los escritores de la época, pues su raíz está en los tratadistas griegos y latinos. En el *Colloquium senile* de Erasmo, uno de los personajes —Glición—, tras realizar cierta crítica contra la medicina y los médicos, hace saber que nunca usó de esta ciencia ni se entendió con sus artífices, pues siempre se curó por propia experiencia. Este mismo argumento es defendido por Gaspar en el primer coloquio de Mejía. En el *Funus*, Erasmo —por boca de Fedro— explica cómo los médicos están en su mayor parte faltos de verdadera sabiduría y discrepan totalmente a la hora de aplicar sus remedios curativos. Además, los médicos tienen convertida la profesión

en negocio, preocupándose más de sus honorarios que de la salud del enfermo. Uno de los amigos de Fedro —George Balearico, que acaba de morir— ha sido expoliado por una catterva de médicos. Paralelamente, Gaspar, impugnador de la medicina como profesión en el «Diálogo de los médicos» de Mejía, desarrolla también estas mismas ideas, que se reparten a lo largo de toda la pieza dialogada<sup>245</sup>.

Pero donde las coincidencias se hacen más patentes es en los dos «Coloquios del convite», que rememoran en numerosas ocasiones el *Convivium religiosum* de Erasmo. El coloquio erasmiano también está dividido en dos momentos: una primera parte, en que se encuentran los amigos y se realiza la invitación, y una segunda parte, en que se lleva a cabo el banquete propiamente dicho. En la primera parte se estipulan las condiciones que habrán de regir la comida y la reunión —como hace el Maestro Velázquez en el coloquio de Mejía—, se menciona especialmente que estará vedada toda murmuración —condición principal, impuesta también por el Maestro Velázquez— y se habla, asimismo, de los nueve invitados como número ideal para la celebración de un banquete y del derecho de todo invitado a llevar un compañero. Claro está que las coincidencias en lo concerniente a la ordenación y reglas de los convites pueden deberse a que tanto Mejía como Erasmo lo hubieran tomado de una misma fuente común: Plutarco, Aristóteles, Apuleyo, Varrón, Aulo Gelio o Macrobio, entre otros. Pero no por ello deja de ser significativo, en cuanto que refleja un interés común en ambos por unas mismas fuentes clásicas.

Hay, además, otras similitudes. En el *Convivium religiosum*, Timoteo es nombrado presidente o rey de la reunión por su mayor edad. En Mejía, el Maestro Velázquez ocupa este pues-

---

<sup>245</sup> Las censuras contra los malos médicos y el uso torticero de la medicina circularon con profusión entre los humanistas y escritores del siglo XVI; esas críticas estaban ya en Petrarca y aparecen, por ejemplo, en Vives y en el *Viaje de Turquía* (Delgado-Gómez [1984: 163-167, 170-173]). Para más detalles sobre las concomitancias observadas entre los *Coloquios* de Erasmo y el «Diálogo de los médicos» de Mejía, véase lo que decimos en *Diálogos*, I, 1<sup>2</sup>; I, 1<sup>24</sup>; I, 1<sup>25</sup>; I, 1<sup>40</sup>; I, 1<sup>68</sup>; I, 2<sup>26</sup>; II, 2-1<sup>57</sup>; y IV, 2<sup>9</sup>.

to por su estado religioso, por su edad y por sus letras. Erasmo trata en su diálogo sobre si es lícito comer de todos los manjares, pues los judíos tenían prohibidos algunos. Por su parte, Mejía también trata de este asunto —siguiendo muy de cerca a Macrobio— y se permite hacer chistes sobre las prohibiciones hebraicas respecto a los alimentos. Por último, Eusebio —el anfitrión del *Convivium religiosum*— siente verdadera devoción por Cicerón y Plutarco, a quienes prefiere sobre Escoto y el escolasticismo medieval. ¿No es esta también la norma seguida por Mejía en la elección de sus fuentes?<sup>246</sup>.

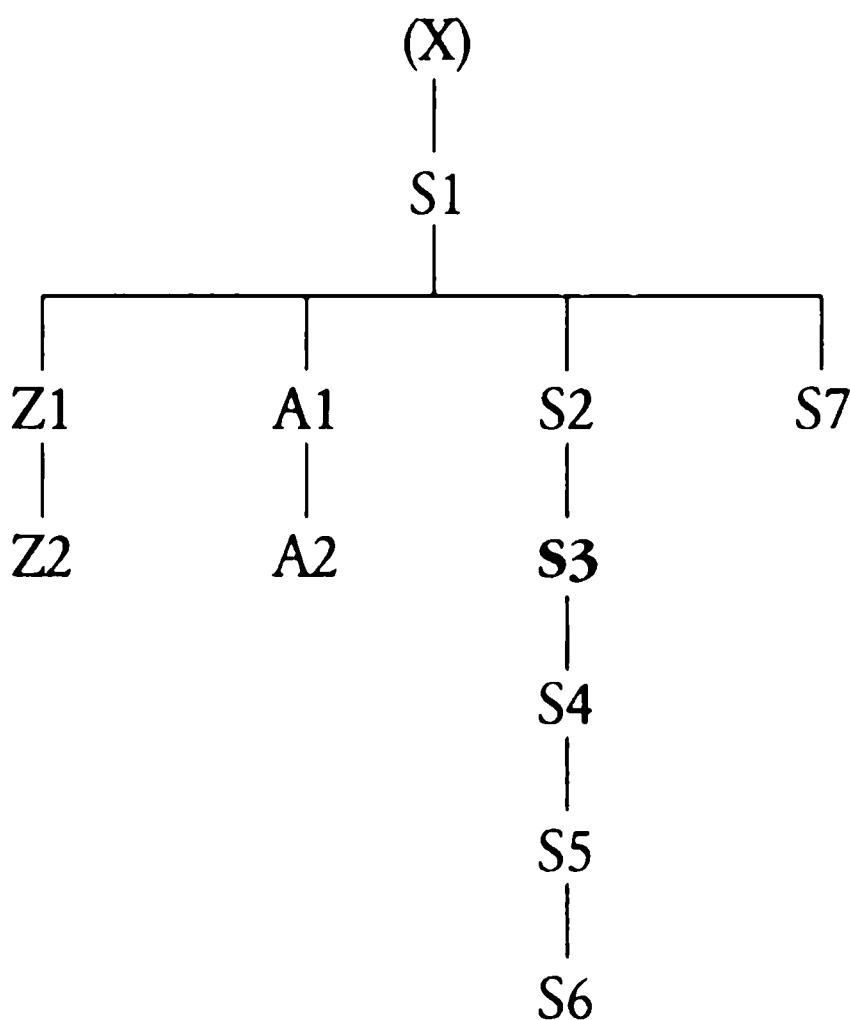
---

<sup>246</sup> Las coincidencias de ideas entre el erasmiano *Convivium religiosum* y los «Coloquios del convite» de Mejía están registradas en *Diálogos*, II, 1<sup>2</sup>; II, 1<sup>21</sup>; II, 1<sup>89</sup>; II, 1<sup>93</sup>; II, 2-1<sup>24</sup>; y II, 2-1<sup>56</sup>. Como refuerzo de esta hipótesis, consúltese lo alegado en *Introducción*<sup>73</sup>.

# Esta edición

## STEMMA, TEXTO BÁSICO Y VARIANTES

El análisis de los indicios suministrados por las erratas y variantes textuales nos conduce al stemma básico general de los *Diálogos o Coloquios* de Pedro Mejía, que es del siguiente tenor:



Tendríamos un arquetipo manuscrito, autógrafo o copia (X), del que supuestamente procedería la primera edición de los *Diálogos o Coloquios*: Sevilla, Dominico de Robertis, 1547 (S1).

De esta edición derivarían, directamente y con independencia entre sí, las dos ediciones que aparecieron en el mismo año que la *princeps* —la de Zaragoza, Bartolomé de Nágera, 7 de noviembre de 1547 (Z1), que se reimprime posteriormente en Z2 (Zaragoza, Viuda de Bartolomé de Nágera, 1562), y la de Amberes, Martín Nucio, 1547 (A1), que luego da lugar a A2 (Amberes, Viuda de Martín Nucio, 1561)—, así como la realizada —bajo la supervisión del autor— en Sevilla, Dominico de Robertis, 27 de agosto de 1548 (S2), y la que debió de efectuarse a mediados del siglo XVI, ignoramos si en Sevilla<sup>247</sup>, pues carece de pie de imprenta (S7). De S2 dimana claramente la última estampación de la obra hecha en vida de Mejía, con nuevas correcciones, retoques y añadidos de este: Sevilla, Cristóbal Álvarez, 3 de enero de 1551 (S3). Finalmente, esta última genera las sucesivas ediciones sevillanas llevadas a cabo por Sebastián Trugillo, 1562 (S4), Hernando Díaz, 1570 (S5), y Fernando Díaz, 1580 (S6). De lo dicho se desprende que la estampación clave (y que, por tanto, hemos tomado como base para nuestra edición) es S3, al tratarse de la última impresión en la que el autor puso su mano y corresponder, en consecuencia, a la redacción definitiva de la obra.

Las dos ediciones sevillanas anteriores a esta (S1 y S2), igualmente supervisadas por Mejía, son también de suma importancia, por cuanto conducen directamente a S3, si bien corresponden a estadios previos en la elaboración textual de los *Diálogos*, de los que el autor no debió de quedar completamente satisfecho, pues introdujo los referidos y sucesivos retoques y cambios. Por tales motivos, hemos tenido en cuenta estas dos ediciones sevillanas en la labor de cotejo textual, a las que hemos añadido Z1 y A1, por tratarse de impresiones

---

<sup>247</sup> Nicolás Antonio habla de una edición de 1576 y Pascual de Gayangos de otra de 1598 —ambas de Sevilla—, de ninguna de las cuales se ha conservado ejemplar alguno. Ambos bibliófilos pudieran estarse refiriendo a la estampación que comentamos, sin pie de imprenta; en tal caso, habría que admitir en ellos un error de fecha, pues parece claro que esta edición es muy anterior —de mediados de siglo, aproximadamente— y debió de realizarse poco después de la *princeps* (1547). Ante tales dudas, hemos reservado para esta impresión la sigla S7.

cuidadas y muy próximas a S1, que podían ayudar a la resolución de dudas y problemas. Así, pues, como tarea para la *collatio* de los *Diálogos*, hemos realizado una confrontación, palabra por palabra, sobre estas cinco ediciones. Las otras estampaciones del siglo XVI (A2-Z2-S4-S5-S6-S7) también han sido verificadas, pero solo en los casos en que se producen alteraciones textuales entre las cinco anteriores, ya indicadas (S1-Z1-A1-S2-S3), o cuando las lecturas estragadas de estas exigían comprobar si las otras resolvían los problemas. Igualmente, hemos tenido en cuenta las siguientes ediciones modernas: 1928 (Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones/Librería Fernando Fe), 1930 (ed. de Margaret L. Mulroney, Iowa City, The University), 1947 (Sevilla, Librería Editorial Hispalense) y 1959 (Madrid, Ediciones Ibéricas), de las que no hemos logrado sacar mucho provecho, dado el carácter casi paleográfico de 1930 y el poco riguroso de las restantes. Excepcionalmente, aunque con resultados negativos, hemos acudido a las dos ediciones completas de los *Diálogos* realizadas en el siglo XVIII —1760-1765 (edición contrahecha entre estos dos años sobre la de Sevilla, Hernando Díaz, 1570) y 1767 (Madrid, Francisco Javier García)—, por si pudieran solucionar algunas esporádicas dificultades de transcripción que se nos han planteado. Cuando ha sido necesario, de toda esta labor de cotejo textual queda la oportuna constancia en las correspondientes notas.

La mayor parte de las variantes textuales que se registran en las notas son de carácter estilístico y persiguen mejorar la claridad y la estética del texto. De hecho, la inmensa mayoría de ellas, con la excepción de contadísimos casos, no aportan modificaciones sustanciales al texto inicial, salvo pulir esporádicamente el estilo y corregir algunos errores o *lapsus*, tanto del impresor como del autor. En nuestros registros solo están recogidas aquellas variantes que implican cambios de carácter morfosintáctico o léxico; quiere esto decir que he dejado al margen otras, numerosísimas, de índole grafémica, fonética o fonológica, puesto que no aportan nada a lo ya conocido sobre el estado y la evolución del castellano hablado a mediados del siglo XVI. En nota a pie de página, pues, se recogen todas las variantes que impliquen cambio mínimo de



significado, aunque solo sea gramatical. Para su consignación, las variantes reproducirán siempre la grafía por este orden: S3-S2-S1-Z1-A1 (aunque en su transcripción hayamos respetado el orden cronológico de las ediciones: S1-Z1-A1-S2-S3); en primer lugar, S3 por ser el texto base, supervisado por el autor; en segundo lugar, S2 por ser el precedente inmediato de S3, revisado también por Mejía; en tercer lugar, S1 por ser la primera edición, elaborada sobre un manuscrito autógrafo de Mejía o sobre una copia del mismo sacada en limpio por un amanuense (S2, además, se funda en esta edición príncipe, la cual es de creer que fue, asimismo, supervisada por el autor); y, finalmente, Z1 y A1, que, aunque son ediciones alejadas de la tutela del autor, se basan —cada una por su lado— en S1 y están muy bien realizadas técnicamente. De las restantes ediciones (A2-Z2-S4-S5-S6-S7) no es necesario hacer uso para este menester, aunque han sido consultadas y consignadas. En el caso de que la forma desechada corresponda a S3, se explica siempre en nota el motivo de renunciar a dicha lectura.

## TRANSCRIPCIÓN DEL TEXTO Y APARATO CRÍTICO

En lo tocante a la transcripción del texto, no hemos respetado la disposición tipográfica del original (S3), buscando siempre una presentación estética y que, al mismo tiempo, facilite la lectura, por lo cual hemos reservado un renglón particular para indicar el nombre de cada dialogante, que en la edición básica (S3) aparece siempre en una misma línea, embutido entre los parlamentos de unos y otros interlocutores. En las intervenciones extensas, divido el texto en párrafos, fragmentación que muy raramente incluyen las ediciones antiguas. Se respeta la colocación de las acotaciones, situadas al margen del texto en S3, desarrollando sus abreviaturas a fin de facilitar la lectura de las mismas.

El criterio ortográfico general que he seguido, exceptuando los casos particulares que se indican en sus respectivos lugares, es el de añadir las tildes de acentuación (que faltan prácticamente en todas las ediciones antiguas), actualizar el uso

—frecuentemente arbitrario— de las mayúsculas y minúsculas, y modernizar la puntuación, adecuándola a la práctica actual cuando ha sido necesario para comprender mejor lo que la obra dice. He modificado la unión o separación de palabras si así lo exigía la ortografía moderna o el sentido de la frase (*tan poco/tampoco, si no/sino, por que/porque, mal tratado/maltratado, toda vía/todavía, digo lo primero/dígoelo primero*), corrijo las erratas (sin anotación, cuando son evidentes, y con ella en los casos conflictivos) y otorgo a las grafías *u-i* un valor vocálico y a *v-j* un valor consonántico, empleando la letra *y* a la manera actual, unas veces como vocal (*ley, doy, y*) y otras como consonante (*ayáis*). A fin de facilitar la lectura, he desarrollado también las abreviaturas —tipográficas (*q̃, tãto, empador, por que, tanto, emperador*) o propias (*V. S., Su M. o cap. por vuestra señoría, Su Magestad o capítulo*)— sin ningún tipo de aviso, y resuelvo según el uso moderno las contracciones insólitas (*entre-llos, yos, despaña, porques > entre ellos, yo os, de España, porque es*), respetando las usuales en el siglo XVI (*deste, della, essotra*). La misma operación de desarrollo he efectuado con los nombres de los dialogantes, cuando aparecen apocopados. El signo tironiano  $\tau$  y la grafía  $\mathcal{C}$  se transcriben siempre —sin avisar de ello— por *y*, y la abreviatura  $\mathcal{C}c$  por *etc.* El signo de nasalización ( $\sim$ ) se transcribe como *m* o como *n*, siguiendo los criterios ortográficos actuales. En todo lo demás he respetado, por lo general, la transcripción de S3; cuando excepcionalmente no ocurre así, explicamos en nota el motivo de la alteración de estas normas.

Utilizamos la letra cursiva para los títulos de obras («con *Las leyes* de Platón», «Aristóteles en su *Políthica*»), para aquellas palabras o expresiones no castellanas, tomadas del latín o del griego (*prandio, voluptas, antiparistis, stella crinita*), y para los sobrenombres o títulos honoríficos (*Catón el Censorino, Plinio el Sobrino*).

Los numerales ordinales aplicados a libros, capítulos o partes de una obra se transcriben mediante numeración romana (*libro XII, capítulo IV*), adaptándola a las normas actuales (*iiij > IV*), frente a la consignación en arábigo (*libro 12, capítulo 4*). Los demás ordinales se registran mediante palabras, comparando para ello las ediciones antiguas o repitiendo esos

numerales tal como aparecen en otros lugares de las mismas (siguiendo siempre la prelación de S3-S2-S1-Z1-A1). Los numerales cardinales en cifras romanas se resuelven mediante palabras o numeración arábiga, acorde con el uso actual (*lxxxv* > *ochenta y cinco*, *ccl mil coronas* > *dozientas y cincuenta mil coronas*), siguiendo el mismo criterio que con los ordinales. Cuando las cifras se refieren a fechas, los números de los días y los años se transcriben en letras o en arábigo, pero nunca en romano. Solo en los casos que hemos alterado la transcripción de S3, dejamos constancia en nota, pero no en las demás ocasiones —las observadas en las otras ediciones—, por tratarse de meras variantes gráficas.

A fin de facilitar el manejo de nuestra edición, he colocado unos encabezados de página en los que consigno las partes de la misma (*Introducción* o *Diálogos*). Esta división simplifica el envío a las notas correspondientes, remisiones que —cuando se trata del texto de Mejía— se realizan aludiendo primero al título de la obra (*Diálogos*) y especificando después en romano el número de orden de la pieza dialogada, en arábigo la parte de esta (si cuenta con más de una) y en cifra volada el número de la nota. Así, por ejemplo, con la referencia «*Diálogos*, IV, 1<sup>36</sup>» estamos remitiendo a la nota 36 que se encuentra en la primera parte del diálogo IV de la obra de Mejía, es decir, el «Coloquio del Porfiado».

He simplificado también las referencias bibliográficas de las notas, para evitar repeticiones y aligerar la búsqueda en cada caso del estudio al que aludo. En dichas referencias se hace constar solo los apellidos del autor —cuando hay coincidencia de estos, les anteponemos las iniciales del nombre para impedir posibles confusiones—, a los que se agrega entre corchetes el año de la publicación y, en arábigo o cifras romanas minúsculas, las páginas o lugares concretos donde se encuentra la idea o la cita registrada; cuando existen varios estudios de un mismo autor y año, incorporo una letra tras la fecha de publicación para indicar el orden en que aparece ese estudio en la Bibliografía. A veces, entre las anotaciones de año y página, se hace preciso incluir la especificación del tomo o volumen, que se señala en romano y con letras mayúsculas. Así, por ejemplo, con la indicación «Green [1969:

II, 256-283]» estamos aludiendo a las páginas 256-283 del tomo II de *España y la tradición occidental* (Madrid, Gredos, 1969) de Otis H. Green; y cuando reseñamos «Vian Herrero [1994c: 88-100]», estamos remitiendo a las páginas 88-100 del artículo «El *Diálogo intitulado el Capón* tras la huella de *Celestina*» de Ana Vian Herrero, tercero de los estudios de dicho año de esta profesora, que —con esa misma letra de orden— se encuentra en la Bibliografía.

He pretendido que las notas, tanto en su número como en la extensión de su texto, sean equilibradas, sin menoscabo de lo exigido en un trabajo de índole universitaria como el que ahora presento. La naturaleza de las mismas viene determinada por las propias exigencias de los *Diálogos*: las hay de carácter textual, histórico, cultural, filológico, léxico o de fuentes. En todos los casos he intentado que aclaren las dudas que el texto plantea e ilustren las ideas que la obra desarrolla, sirviendo de complemento eficaz para el lector.

Con privilegio



# Coloquios o

Dialogos nuevamente co-  
puestos por el Magnifico  
Cavallero Pero Mexia/  
Escritos de Benilla en los  
quales se disputan y trata  
varias e diversas cosas de  
mucha erudicion y doctri-  
na. Son dedicados al  
Illustrissimo Senor don  
Perafan de Ribera Mar-  
ques de Tarifa, Adelanta-  
do mayor del Andalucia  
etc. A. B. D. elvi.



Portada de la primera edición de los *Diálogos*,  
Sevilla, Dominico de Robertis, 1547 (S1)

## Bibliografía\*

- ABAD, Francisco (1985), «El lenguaje del siglo XVI», en *Estudios románicos dedicados al prof. Andrés Soria Ortega*, I, Granada, Universidad, págs. 3-15.
- ABELLÁN, José Luis (1986<sup>2</sup>), *Historia crítica del pensamiento español*, II. *La Edad de Oro*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ACERO DURÁNTEZ, Isabel (1998), «La enseñanza de las lenguas vernáculas en el Renacimiento: A propósito de Jacques de Liaño», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayela Paramio Vidal (eds.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad de León, págs. 151-160.
- ADAMS, H. M. (1967), *Catalogue of books printed on the Continent of Europe, 1500-1600*, in *Cambridge Libraries*, I, Cambridge, University Press.
- AGUSTÍN DE HIPONA, san (1555), *Omnium operum...*, 10 tomos en 6 vols., París, Carolam Guillard y Gulielmum Desboys (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 120/120-125).

---

\* A fin de que resulte más fácil y eficaz la localización de los envíos que en las notas remiten a esta Bibliografía, hemos englobado todas las entradas en una sola relación. Para distinguir en ella los títulos que específicamente se refieren a Pedro Mejía y a sus obras, consignamos con doble asterisco tales entradas, si bien algunas —por no tratar particularmente de los *Diálogos*— estén ausentes en las notas. Entre los estudios concretos relativos a Pedro Mejía, hemos incluido aquellos trabajos que —aunque dedicados a otro asunto— consagran una atención especial a nuestro escritor, indicando en estos casos las páginas en que exclusivamente se refieren a él.

Los títulos de un mismo autor y año llevan, junto a la cifra cronológica, una letra minúscula que los ordena e identifica con el envío que, de igual forma, se hace de ellos en las notas. El número volado que, en ocasiones, acompaña a la indicación del año, se refiere a la edición de la obra en cuestión.

La relación de estampaciones de los *Diálogos* —tanto en castellano como en otras lenguas— está recogida en el apartado primero de nuestra Introducción, por lo que obviamos repetirla aquí.

- (1988<sup>4</sup>), *La ciudad de Dios. De civitate Dei*, 2 vols., Madrid, Editorial Católica S.A. (B.A.C., Obras Completas de San Agustín, XVI-XVII).
- \*\*ALBORG, Juan Luis (1969), «Pedro Mexía», en *Historia de la literatura española*, I, Madrid, Gredos, págs. 735-737.
- ALCALÁ GALÁN, Mercedes (1996), «Las misceláneas españolas del siglo XVI y su entorno cultural», *Dicenda*, 14, págs. 11-19.
- \*\*ALLEN, Don Cameron (1941), «Jacques' "seven ages" and Pedro Mexía», *Modern Language Notes*, LVI, págs. 601-603.
- \*\*ALONSO, Dámaso (1927), «Una fuente de *Los baños de Argel*», *Revista de Filología Española*, XIV, págs. 275-282.
- \*\*— (1937), «*Los baños de Argel* y la *Comedia del degollado*», *Revista de Filología Española*, XXIV, págs. 213-218.
- \*\*— (1962), «Maraña de hilos (Un tema de cautiverio entre Fulgencio, Pero Mexía, Bandello, Juan de la Cueva y Cervantes)», en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, págs. 29-42.
- AMBROSIO, San (1569), *Opera...*, París, Gilielmum Merlin (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 177/105).
- AMEZÚA y MAYO, Agustín G. de, véase *González de Amezúa y Mayo, Agustín*.
- \*\*ANTONIO, Nicolás (1888<sup>2</sup>), «Petrus Mexia», en *Bibliotheca hispana nova*, II, Madrid, Viuda de Joaquín de Ibarra, págs. 217-218.
- APIANO (1980), *Historia romana*, ed. de Antonio Sancho Royo, 3 vols., Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 34, 83 y 84).
- ARAGÜES ALDAZ, José (1993a), «Colecciones de *exempla* y oratoria: la labor del compilador», en José María Maestre Maestre y Joaquín Pascual Barea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico, I.1. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico (Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Cádiz, Instituto de Estudios Turolenses y Universidad de Cádiz, págs. 251-265.
- (1993b), «El modelo de los *Dicta et facta memorabilia* en la configuración de las colecciones de *exempla* renacentistas», en José María Maestre Maestre y Joaquín Pascual Barea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico, I.1. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico (Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Cádiz, Instituto de Estudios Turolenses y Universidad de Cádiz, págs. 267-282.
- ARCE DE OTÁLORA, Juan de (1995), *Coloquios de Palatino y Pinciano*, ed. de José Luis Ocasar Ariza, 2 vols., Madrid, Turner (Biblioteca Castro).
- ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo (1955<sup>3</sup>), *El «Discurso sobre la poesía castellana»*, ed. de E. F. Tiscornia, Madrid, Visor Libros.
- ARISTÓTELES (1538), *Opera omnia*, Basilea, [¿s.i.?] (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 148/106).
- (1563), *Opera*, Lyon, Antonium Vicentium (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 172/143).

- (1968-1969), *Histoire des animaux*, II-III, ed. de Pierre Louis, París, Les Belles Lettres.
- (1996), *Acerca del cielo. Meteorológicos*, ed. y trad. de Miguel Candel, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 229).
- ARREDONDO, María Soledad (1993), «Diálogo y política internacional en *Locuras de Europa*, de Saavedra Fajardo», *Criticón*, 58, págs. 9-16.
- ASENSIO, Eugenio (1973), «Dos obras dialogadas con influencia del *Lazarillo de Tormes: Colloquios*, de Collazos, y anónimo *Diálogo del capón*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 280-282, págs. 385-399.
- (1975), «Damasio de Frías y su *Dórida*, diálogo de amor. El italianismo en Valladolid», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV, págs. 219-234.
- (1978), (ed.), Miguel de Cervantes, *Entremeses*, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 29).
- ASPE ANSA, M.<sup>a</sup> Paz (1975), *Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su lenguaje*, Madrid, Universidad Pontificia de Salamanca y Fundación Universitaria Española.
- ATENEO (1556), *Dipnosophistarum sive Coenae sapientium libri XV*, Basilea, Enrichum Petri (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 3/1).
- AULO GELIO, *The attic nights*, II, ed. bilingüe de John C. Rolfe, Londres y Cambridge (Massachusetts), William Heinemann, Ltd. y Harvard University Press.
- \*\*AVALLE-ARCE, Juan Bautista (1956), «Los “errores comunes”: Pedro Mexía y el P. Feijoo», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, X, págs. 400-403.
- (1970), (ed.), Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 12).
- (1978), «La estructura del *Diálogo de la lengua*», en *Dintorno de una época dorada*, Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas, págs. 57-72.
- (1992), (ed.), Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, 3 vols., Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 120-122).
- AVERROES (1542), *Totam medicinam...*, Venecia, Octavianus Scotus (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 50/52).
- BARANDA, Consolación (1992), «Un “manifiesto” castellano en defensa del humanismo: la *Breve Disputa en ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces*, de Hernando Alonso de Herrera (Alcalá, 1517)», *Criticón*, 55, págs. 15-30.
- (2001), «Marcas de interlocución en el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva», *Criticón*, 81-82, págs. 271-300.
- \*\*BARANDA, Nieves (1991), «En defensa del *Amadís* y otras fábulas. La carta anónima al caballero Pero Mexía», *Journal of Hispanic Philology*, XV, págs. 221-236.
- (1993), «La literatura del didactismo», *Criticón*, 58, págs. 25-34.



- BARBOLANI, Cristina (1979), «Los diálogos de Juan de Valdés, ¿reflexión o improvisación?», en *Actas del Coloquio Interdisciplinar «Doce consideraciones sobre el mundo hispano-italiano en tiempos de Alfonso y Juan de Valdés»* (Bolonia, abril de 1976), Roma, Publicaciones del Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma (Anexos de Pliegos de Cordel, 1), págs. 135-152.
- (1984), (ed.), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 153).
- (1985), «La *Apologia dei Dialogi* de Sperone Speroni», *Estudios románicos dedicados al prof. Andrés Soria Ortega*, II, Granada, Universidad de Granada, págs. 39-48.
- \*\*BATAILLON, Marcel (1966<sup>2</sup>), *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Méjico, F.C.E, págs. 637-638 y 648-649.
- BAUDRIER, J. (1964<sup>2</sup>), *Bibliographie Lyonnaise*, IV, París, F. de Nobele.
- BÉCARES BOTAS, Vicente (2002), «La difusión de Erasmo en España hacia 1530», en Jesús M.<sup>a</sup> Nieto Ibáñez (ed.), *Humanismo y tradición clásica en España y América*, León, Universidad de León, págs. 333-364.
- BELTRÁN SERRA, Joaquín (1998), «Tratamiento de las fuentes clásicas en Vives: *De institutione feminae christianae* I», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayela Paramio Vidal (eds.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad de León, págs. 195-202.
- Véase también Bernal Lavesa, Carmen y Beltrán Serra, Joaquín.
- BERNAL LAVESA, Carmen y BELTRÁN SERRA, Joaquín (1997), «Citas de autores clásicos en Vives (*De Institutione Feminae Christianae* y *De Officio Mariti*)», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.1, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 231-239.
- BIBLIOTECA CENTRAL DE LA MARINA. LISBOA (1972), *Biblioteca Central da Marinha. Livros impressos nos séculos XV e XVI*, Lisboa, Ministerio da Marinha.
- BIBLIOTECA DEL SENADO. MADRID (1889), *Catálogo de la Biblioteca del Senado. Autores*, II, Madrid, Hijos de J. A. García.
- BIBLIOTECA ESTATAL. BAVIERA (1988), *Bavarian State Library. Alphabetical Catalogue, 1501-1840. Bayerische Staatsbibliothek. Alphabetischer Katalog, 1501-1840*, 27, Munich, K. G. Saur.
- BIBLIOTECA MUNICIPAL. GRENOBLE (1981), *Bibliothèque Municipale de Grenoble. Catalogue général des livres imprimés jusqu'à 1900*, 8, París, K. G. Saur.

- BIBLIOTECA MUNICIPAL. ROUEN (1970), *Catalogue du fonds ancien espagnol et portugais de la Bibliothèque Municipale de Rouen (1479-1700)*, Rouen, Université de Rouen.
- BIBLIOTECA MUNICIPAL. TOULOUSE (1988), *Ville de Toulouse. Catalogue du fond hispanique. 1475-1815. Auteurs et éditions hispaniques*, Toulouse, Bibliothèque Municipale.
- BIBLIOTECA NACIONAL. MADRID (1977), *Catálogo colectivo de obras impresas en los siglos XVI al XVIII existentes en las bibliotecas españolas*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia.
- BIBLIOTECA NACIONAL. PARÍS (1932), *Catalogue général des livres imprimés de la Bibliothèque Nationale. Auteurs*, CXIII, París, Imprimerie Nationale y Ministère de l'Instruction Publique et de Beaux-Arts.
- (1975), *Bibliothèque Nationale. Catalogue général des livres imprimés. Auteurs, Collectivités-auteurs, Anonymes. 1960-1969. Série 1, Caractères Latins. Tome 14. M-Miche*, París, Bibliothèque Nationale.
- BIBLIOTECA PÚBLICA. BOSTON (1879), *Catalogue of the Spanish Library and of the Portuguese books bequeathed by George Ticknor to the Boston Public Library*, Boston, The Boston Public Library.
- BIBLIOTECA PÚBLICA. ÉVORA (1966), *Livros impressos no século XVI existentes na Biblioteca Pública e Arquivo Distral de Évora*, Évora, Publicações da Junta Distrital de Évora.
- BIBLIOTECA PÚBLICA. NUEVA YORK (1971), *The New York Public Library. Astor, Lenox & Tilden Foundations. The Research Libraries. Dictionary Catalog of the Rare Book Division*, vol. 13 (Me-Nets), Boston (Massachusetts), G. K. Hall & Co.
- BIBLIOTECA UNIVERSITARIA. CAMBRIDGE (1900), *Early printed books in the University Library Cambridge (1475 to 1640)*, I, Cambridge, University Press.
- BIBLIOTECA UNIVERSITARIA. COIMBRA (1970), *Catálogo dos reservados da Biblioteca Geral da Universidade de Coimbra*, Coimbra, Universidad.
- BIBLIOTECA UNIVERSITARIA. GANTE (1979), *Catalogus van de Boeken Gedrukt voor 1600 Aanwezig op de Centrale Bibliotheek van de Rijksuniversiteit Gent*, II, Gante, Vitgaven van de Centrale Bibliotheek.
- BIZARRI, Hugo Óscar (1995), (ed.), *Diálogo de Epicteto y el emperador Adriano*, Frankfurt y Madrid, Vervuert Iberoamericana (Medievalia Hispánica, 1).
- BLANCO, Emilio (1994), (ed.), *Fray Antonio de Guevara, Obras completas, I. Libro áureo de Marco Aurelio. Década de Césares*, Madrid, Turner (Biblioteca Castro).
- BLANCO PÉREZ, José Ignacio (1998), «¿Un diálogo humanista de Alfonso de Santa Cruz?», en Maurilio Pérez González (ed.), *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, I, León, Universidad, págs. 239-245.

- BLECUA, Alberto (1972), (ed.), Juan Rufo, *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso*, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 170).
- (1993), «Francisco Delicado», en Ricardo Gullón (dir.), *Diccionario de literatura española e hispanoamericana*, I (A-M), Madrid, Alianza, pág. 435.
- BLECUA, José Manuel (1985<sup>4</sup>), (ed.), Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 9).
- BOBES NAVES, María del Carmen (1992), *El diálogo. Estudio pragmático, lingüístico y literario*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 375).
- BONMATÍ SÁNCHEZ, Virginia (1997), «*Translatio Imperii et Studii* de Antonio de Nebrija», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.3, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 1405-1411.
- BRAVO-VILLASANTE, Carmen (1983), «Los Diálogos escolares de Juan Luis Vives», 1616 (*Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*), V, págs. 7-11.
- BRITISH LIBRARY. LONDRES (1983), *The British Library General Catalogue of printed books to 1975*, 219, Londres, K. G. Saur.
- (1989<sup>2</sup>), *Catalogue of books printed in Spain and of Spanish books printed elsewhere in Europe before 1601 now in the British Library*, Londres, The British Library.
- BROWNING, W. R. F. (1998), *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, Paidós.
- BRUNET, Jacques-Charles (1878), *Manuel du libraire et de l'amateur de livres. Supplément*, I, París, Firmin-Didot.
- (1922<sup>5</sup>), *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, III, Berlín, Altman.
- BRUNORI, Livia (1986), *Catalogo del fondo ispanistico antico della Biblioteca del Collegio di Spagna di Bologna*, Imola, Galeatti.
- BUDÉ, Guillaume (1541), *De asse et partibus eius libri quinque*, París, Michael Vascosanus (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 123/136).
- BUSTOS TOVAR, José Jesús de (2001), «De la oralidad a la escritura en la transición de la Edad Media al Renacimiento: la textualización del diálogo conversacional», *Criticón*, 81-82, págs. 191-206.
- CABAÑAS, Maximiliano (1996), (ed.), Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 411).
- CACHO PALOMAR, M.<sup>a</sup> Teresa (1986), «Cuentecillo tradicional y diálogo renacentista», en Y.-R. Fonquerne y A. Egido (eds.), *Formas breves del relato*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza y Casa de Velázquez, págs. 115-137.
- \*\*CAILLAT, J. (1906), «Montaigne, l'Italie et l'Espagne», *Revue Universitaire*, XV, págs. 403-414, esp. págs. 410-413.

- CAMPOS, Juana G. y BARELLA, Ana (1993), *Diccionario de refranes Española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- CAPITOLINO, Julio (1965), *Maximini Duo*, en *Scriptores Historiae Augustae*, II, ed. de Ernestus Hohl, Leipzig, Teubner.
- \*\*CARO, Rodrigo (1992), «El noble caballero Pedro Messía, veinticuatro de Sevilla, coronista del emperador Carlos V», en *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, ed. de Luis Gómez Canseco, Sevilla, Diputación Provincial, págs. 83-85.
- CARRERA DE LA RED, Avelina (1997), «Dioscórides en la obra médica de E. A. de Nebrija», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.1, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 121-128.
- \*\*CARRIAZO, Juan de Mata (1945), (ed.), Pedro Mexía, *Historia del Emperador Carlos V*, Madrid, Espasa-Calpe (Colección de Crónicas Españolas, VII).
- \*\*CASTILLO, Carlos (1945), «Cervantes y Pero Mexía», *Modern Philology*, XLIII, págs. 94-106.
- CASTRO, Américo (1987<sup>3</sup>), *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, Crítica (Filología, 17).
- \*\*CASTRO DÍAZ, Antonio (1977), *Los «Coloquios» de Pedro Mexía. Un género, una obra y un humanista sevillano del siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial.
- \*\*— (1980), «Prosa y pensamiento», en Francisco Rico y Francisco López Estrada (eds.), *Historia y crítica de la literatura española, II. Siglos de Oro: Renacimiento*, Barcelona, Crítica, págs. 156-224.
- (1985), «Pecado, demonio y determinismo en *La Celestina*», en M.<sup>a</sup> Carmen Iglesias, Carlos Moya y Luis Rodríguez Zúñiga (eds.), *Homenaje a José Antonio Maravall*, I, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, págs. 383-396.
- \*\*— (1989-1990), (ed.), Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, 2 vols., Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 264 y 288).
- \*\*— (1991), «Prosa y pensamiento», en Francisco Rico y Francisco López Estrada (eds.), *Historia y crítica de la literatura española, 2/1. Siglos de Oro: Renacimiento. Primer suplemento*, Barcelona, Crítica, págs. 79-108.
- \*\*— (1992), «Scaramuzza Vidoni, Mariarosa: *Retorica e narrazione nella "Historia imperial" di Pero Mexia*, Roma, Bulzoni, 1989», *Archivo Hispalense*, 230, págs. 176-182.
- \*\*— (1994), «Actividad histórica y cronística de Pedro Mejía», *Cuadernos de ALDEEU* (Asociación de Licenciados y Doctores Españoles en Estados Unidos), X-2, págs. 261-280.

- (2003), «El *Diálogo de mujeres* de Cristóbal de Castillejo: cuestiones de género literario», en Elisa Viseras Soler y Antonio Castro Díaz (eds.), *Actas del VIII Simposio de Actualización Científica y Didáctica de Lengua Española y Literatura (Málaga, 7-10 de febrero de 2002)*, Málaga, Asociación Andaluza de Profesores de Español «Elio Antonio de Nebrija» y Diputación Provincial de Málaga, págs. 167-174.
- \*\*CASTRO PIRES DE LIMA, Fernando (1968), «A medicina e os médicos nos *Diálogos* de Pedro Mexia», en *Studi in onore di Carmelina Naselli*, I, Catania, Università di Catania-Facoltà di Lettere e Filosofia, págs. 107-112.
- CÁTEDRA, Pedro M. (1994), «Diálogo literario y polémica científica en el siglo XVI (El *Endecálogo* contra “*Antoniana Margarita*” del Dr. Sosa)», *Voz y Letra*, V/2, págs. 3-66.
- CEJADOR Y FRAUCA, Julio (1915), *Historia de la lengua y literatura castellana*, II, Madrid, Tip. de la Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- CELSO, Aulo Cornelio (1995), *De la Médecine*, I, ed. de Guy Serbat, París, Les Belles Lettres.
- CELSO, Hugo de (1540), *Las leyes de todos los reynos de Castilla...*, Alcalá de Henares, Juan de Brocar (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 26/83).
- CERRÓN PUGA, María Luisa (1995), (ed.), Fernán Pérez de Oliva, *Diálogo de la dignidad del hombre. Razonamientos. Ejercicios*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 396).
- CERVANTES, Miguel de (1978), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Andrés Murillo, 3 vols., Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 77-79).
- (1980), *Novelas ejemplares*, ed. de Harry Sieber, 2 vols., Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas 105-106).
- (1982), *Entremeses*, ed. de Nicholas Spadaccini, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 162).
- CHAUCHADIS, Claude (1993), «Didáctica de las armas y literatura: *Libro que trata de la Philosophía de las armas y de su destreza* de Jerónimo de Carranza», *Criticón*, 58, págs. 73-84.
- \*\*CHERCHI, Paolo (1993), «Sobre las fuentes de la *Silva* de Pedro Mexía», *Revista de Filología Española*, LXXIII, págs. 43-53.
- \*\*— (1998), «Juan Luis Vives: a source of Pedro Mexía's *Silva de varia lección*», en *Sondaggi sulla riscrittura del Cinquecento*, págs. 149-157.
- CHEVALIER, Maxime (1975), *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos.
- (1976), *Lectura y lectores en la España del siglo XVI y XVII*, Madrid, Turner.
- \*\*— y CUARTERO SANCHO, M.<sup>a</sup> Pilar (1990), (eds.), Joan Timoneda. Joan Aragonés, *Buen aviso y portacuentos. El sobremesa y alivio de ca-*

- minantes. Cuentos*, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 19), págs. 12-13.
- y CUARTERO SANCHO, M.<sup>a</sup> Pilar (1997), (eds.), Melchor de Santa Cruz, *Floresta española*, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 40).
- CHIODI, Luigi (1973), *Le cinquecentine della Biblioteca Civica «A. Mai» di Bergamo*, Bérgamo, Tipografia Vescovile Secomandi.
- CICERÓN, Marco Tulio (1927), *De l'orateur*, II, ed. de Edmond Courbaud, París, Les Belles Lettres.
- (1960<sup>3</sup>), *Actionis in C. Verrem Secundae*, II, en *Discours*, ed. de H. de la Ville de Mirmont, París, Les Belles Lettres.
- (1964), *De senectute. De amicitia. De divinatione*, ed. bilingüe de William Armistead Falconer, Londres y Cambridge (Massachusetts), William Heinemann Ltd. y Harvard University Press.
- (1994), *De officiis*, ed. de M. Winterbottom, Oxford, Clarendon Press.
- \*\*CLAVERÍA, Carlos (1968<sup>2</sup>), «Humanistas creadores. Pedro Mexía», en Guillermo Díaz-Plaja (dir.), *Historia general de las literaturas hispánicas*, II, Barcelona, Vergara, págs. 451-457.
- (1995), «Quintiliano, Virgilio y Horacio no son negocio. La imprenta española en el siglo XVI», *Criticón*, 65, págs. 5-15.
- \*\*CLÉMENT, Louis (1901), «Antoine de Guevara. Ses lecteurs et ses imitateurs français au XVI<sup>e</sup> siècle», *Revue d'Histoire Littéraire de la France*, VIII, págs. 214-233, esp. págs. 214-217 y 224-233.
- COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, Antonio, CRUZ VILLALÓN, Josefina, REYES CANO, Rogelio y RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador (1993), (dirs.), *Diccionario histórico de las calles de Sevilla*, 3 tomos, Sevilla, Junta de Andalucía-Consejería de Obras Públicas y Transportes y Ayuntamiento de Sevilla.
- COLOMBO, Lucila (1974), *Las obras del siglo XVI existentes en la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba (Argentina), Biblioteca Mayor.
- COMBET, Louis, JAMMES, Robert y MIR-ANDREU, Maïte (2000), (eds.), Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, Madrid, Castalia (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 19).
- COMPAGNON, Antoine (1997), «Notes sur le dialogue en littérature», en Daniel Luzzati, Jean-Claude Beacco, Reza Mir-Samii, Michel Murat y Martial Vivet (eds.), *Le Dialogique. Colloque international sur les formes philosophiques, linguistiques, littéraires et cognitives du dialogue, organisé par le Département de Lettres Modernes de l'Université du Maine. 15-16 septembre 1994*, Bern, Peter Lang, págs. 231-244.
- \*\*CONCEJO, Pilar (1985), «Guevara y Pedro Mexía», en *Antonio de Guevara. Un ensayista del siglo XVI*, Madrid, Cultura Hispánica, págs. 39-41.

- \*\* CONDE PARRADO, Pedro (1998), «Las fuentes clásicas del *Coloquio de los médicos* de Pedro Mexía», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayuela Paramio Vidal (eds.), *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad, págs. 287-296.
- \*\* — y GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (1999), «El humanismo en los *Dos coloquios del combite* de Pedro Mexía», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, LXXV, págs. 13-59.
- \*\* — y GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel (2000), «Dialéctica, retórica y fuentes clásicas en el *Coloquio del Porfiado* de Pedro Mexía», en Nicolás Castrillo Benito (dir.), *Herencia greco-latina en la lengua y literatura castellanas. Actas de las XIII Jornadas de Filología Clásica de Castilla y León (Burgos, 16-19 de Noviembre de 1998)*, Burgos, Universidad de Burgos, págs. 75-95.
- COROLEU, Alejandro (1997), «De la didáctica al diálogo: cita y uso de Aristóteles en el *Democrates secundus* de Juan Ginés de Sepúlveda», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.1, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 129-136.
- CORREAS, Gonzalo (2000), *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, ed. de Louis Combet, Robert Jammes y Maïte Mir-Andreu, Madrid, Castalia (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 19).
- COSTA, Angelina (1995), «Variedad compositiva y mimesis conversacional en el *Viaje entretenido* de Agustín de Rojas», en *Homenatge a Amelia García-Valdecasas Jiménez*, I, Valencia, Facultat de Filologia, págs. 265-275.
- \*\* COSTES, René (1920-1921), «Pedro Mexía, chroniste de Charles-Quint», *Bulletin Hispanique*, XXII (1920), págs. 1-36 y 256-268, y XXIII (1921), págs. 95-110.
- \*\* COURCELLES, Dominique de (1996), «Autour de la formation de l'enfant dans l'Espagne du XVI<sup>e</sup> siècle: La *Silva de varia lección* du sévillan Pedro Mexía (1540-1550)», en Augustin Redondo (dir.), *La formation de l'enfant en Espagne aux XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles. Colloque International (Sorbonne et Collège d'Espagne, 25-27 septembre 1995)*, París, Publications de la Sorbonne-Presses de la Sorbonne Nouvelle, págs. 13-26.
- \*\* — (2000), «La *Silva de varia lección* de l'humaniste sévillan Pedro Mexía ou l'échec du principe de *varietas*», en *Fonder les savoirs. Fonder les pouvoirs. XV<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècle (Actes de la journée d'étude organisée par l'École Nationale des Chartes (Paris, 8 avril 1999)*, París, École des Chartes, págs. 83-95.



- CRUZ VILLALÓN, Josefina, véase *Collantes de Terán Sánchez, Antonio*.
- \*\*CUARTERO SANCHE, M.<sup>a</sup> Pilar (1978), *Fuentes clásicas de la literatura paremiológica española del siglo XVI* (tesis doctoral mecanografiada, defendida el 23 de junio de 1978 en la Facultad de Letras de la Universidad de Zaragoza).
- \*\*— (1981), «Fuentes de la *Silva de varia lección* de Pero Mexía», en *Fuentes clásicas de la literatura paremiológica española del siglo XVI*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», págs. 19-74.
- (1990), «Las colecciones de *Problemas* en el Siglo de Oro», *Bulletin Hispanique*, 92, págs. 213-235.
- (1993), «Las colecciones de relatos breves en la literatura latina del Renacimiento», en *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico*, I.1, Cádiz, Instituto de Estudios Turolenses y Universidad de Cádiz, págs. 61-91.
- y CHEVALIER, Maxime (eds.), véase *Chevalier, Maxime y Cuartero Sancho, M.<sup>a</sup> Pilar (eds.)*.
- CUEVAS GARCÍA, Cristóbal (1972), *La prosa métrica. Teoría. Fray Bernardino de Laredo*, Granada, Universidad.
- (1980), «Los nombres de Cristo como diálogo culto renacentista», *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, II-III, págs. 447-456.
- (1985), (ed.), Fernando de Herrera, *Poesía castellana original completa*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 219).
- (1986<sup>5</sup>), (ed.), Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 59).
- \*\*CUMMINGS, Elsa Maria (1979), *Pedro Mexía, protagonista en su «Silva»*, Ann Arbor (Michigan), University Microfilms International.
- DELGADO-GÓMEZ, Ángel (1984), «La medicina y el *Viaje de Turquía*», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LX, págs. 115-184.
- (1986a), «Humanismo médico y humanismo erasmista en España: Dos visiones de la naturaleza y la providencia», en Manuel Revuelta Chaves y Ciriaco Morón Arroyo (eds.), *El erasmismo en España*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, págs. 429-440.
- (1986b), «El viaje como medio de conocimiento: el *Viaje de Turquía*», en *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, I, Madrid, Istmo, págs. 483-490.
- \*\*DELOFFRE, J. (Raymond FOULCHÉ-DELBOSC) (1918), «Historia de Carlos V», *Revue Hispanique*, XLIV, págs. 1-556. Seguida de una «Note bibliographique sur Pero Mexía», págs. 557-564.
- \*\*DÍAZ JIMENO, Felipe (1987), «Pero Mexía y su *Silva de varia lección*», en *Hado y fortuna en la España del siglo XVI*, Madrid, Fundación Universitaria Española, págs. 127-132.



- DÍAZ-PLAJA, Guillermo (1983), «El neologismo antes de Góngora», en *El espíritu del Barroco*, Barcelona, Crítica, págs. 176-217.
- DÍEZ BORQUE, José María (1980), «Erasmismo y literatura didáctica profana en el siglo XVI», en *Historia de la literatura española e hispanoamericana*, II, Madrid, Ediciones Orgaz, págs. 107-129.
- DIÓGENES LAERCIO (1546), *De vita et moribus philosophorum libri X*, Lyon, Gryphium (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. Mont. 4/5/27).
- DIOSCÓRIDES, Pedacio (1523), *De medica materia libri sex...*, Florencia, Heredes Philippi Iuntae (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 91/167).
- DOMÍNGUEZ GUZMÁN, Aurora (1975), *El libro sevillano durante la primera mitad del siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial.
- DONALD, Dorothy y LÁZARO, Elena (1983), *Alfonso de Valdés y su época*, Cuenca, Diputación Provincial.
- DOVAL, Gregorio (1997), *Refranero temático español*, Madrid, Ediciones del Prado.
- \*\*EGUIAGARAY BOHIGAS, Francisco (1965), «Pedro Mejía», en *Los intelectuales españoles de Carlos V*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos (Colección Pensamiento Político), págs. 121-145.
- ERASMO DE ROTTERDAM, Desiderio (1535), *Apophthegmatum libri octo...*, Basilea, Froben (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 82/206).
- (1552), *Libro de apothegmas...* [trad. de Francisco de Thamara], Zaragoza, Esteban de Nágera (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. Mont. 1/6/15).
- (1571), *Adagiorum Des. Erasmi chiliades quatuor...*, París, Nicolaum Chesneau (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 99/163).
- (1915), *Colloquios de Erasmo*, ed. de Marcelino Menéndez Pelayo, en *Orígenes de la novela*, Madrid, Bailly-Baillière (N.B.A.E., XXI), págs. 149-249.
- ESCOLAR SOBRINO, Hipólito (1998), *Historia del libro español*, Madrid, Gredos.
- ESCUDERO Y PEROSSO, Francisco (1894), *Tipografía hispalense. Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta finales del siglo XVIII*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- ESPINOSA Y CÁRCEL, Antonio María, véase *Ortiz de Zúñiga, Diego*.
- ESTEVA, María Dolores (1983), «El *Diálogo espiritual* de Jorge de Montemayor», 1616 (*Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*), V, págs. 31-45.
- ESTRABÓN (1549), *De situ orbis libri XVII*, Basilea, Henrichum Petri (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 86-B/169).
- FALCÓN MÁRQUEZ, Teodoro (1984), «El edificio gótico», en Diego Angulo Íñiguez y otros, *La catedral de Sevilla*, Sevilla, Ediciones Guadalquivir, págs. 133-172.

- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel (1974<sup>2</sup>), *La sociedad española del Renacimiento*, Salamanca, Anaya.
- (2000<sup>4</sup>), *Carlos V, el César y el hombre*, Madrid, Espasa-Calpe (Espasa Fórum).
- (2003), *Isabel la Católica*, Madrid, Espasa-Calpe (Espasa Fórum).
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo (1991), *Historia general y natural de las Indias*, ed. de Luigi Giuliani, Madrid, Bruño (Anaquél, 9).
- FERRERAS, Jacqueline (1981), «La contestation de la noblesse dans les *Diálogos del arte militar* de Bernardino de Escalante (1583)», en *La contestation de la société dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, págs. 7-16.
- (1984), «Forma dialogada y visión del mundo en el *Libro de los estados* de don Juan Manuel», *Criticón*, 28, págs. 97-118.
- (1985a), «Andrés Soria Olmedo, *Los "Dialoghi d'amore" de León Hebreo: aspectos literarios y culturales*, Granada, Universidad de Granada, Secretariado de Publicaciones, 1984», *Criticón*, 31, págs. 165-179.
- (1985b), «Del diálogo humanístico a la novela», en Carmen Iglesias, Carlos Moya y Luis Rodríguez Zúñiga (dirs.), *Homenaje a José Antonio Maravall*, III, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, págs. 349-358.
- (1985c), *Les dialogues espagnols du XVI<sup>e</sup> siècle ou l'expression littéraire d'une nouvelle conscience*, 2 vols., París, Didier.
- (1989), «El *Diálogo de la lengua* y *El Viaje de Turquía*: Problemas de estructura», *Cahiers d'Études Romanes*, 15, págs. 7-25.
- (1990), «El diálogo humanístico: características del género y su reflejo tipográfico, algunas observaciones para futuras ediciones», en Pablo Jauralde, Dolores Noguera y Alfonso Rey (eds.), *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Londres, Támesis Books, págs. 451-457.
- (1991), «El éxito del diálogo humanista en la Sevilla carolina», en Pedro M. Piñero Ramírez y Christian Wentzlaff-Eggebert (eds.), *Sevilla en el Imperio de Carlos V: encrucijada entre dos mundos y dos épocas. Actas del Simposio internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Colonia (23-25 de junio de 1988)*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Universidad de Colonia, págs. 95-103.
- (1992), «Saber y voluntad de poder en el diálogo humanístico del siglo XVI», *Ínsula*, 542, págs. 13-14.
- (1993), «Didactismo y arte literario en el diálogo humanístico del siglo XVI», *Criticón*, 58 (1993), págs. 95-102.
- (2000), «Géneros literarios en el siglo XVI: El diálogo humanístico, crisol de experimentaciones literarias», en Christoph Stroetzki (ed.), *Aspectos históricos y culturales bajo Carlos V. Aspekte der Geschich-*

- te und Kultur unter Karl V* [Frankfurt], Vervuert-Iberoamericana, págs. 288-308.
- (2001), «Las marcas discursivas de la conciencia individualista en el diálogo humanístico del siglo XVI», *Criticón*, 81-82, págs. 207-227.
- FESTO, Sexto Pompeyo (1965), *De verborum significatu*, ed. de Wallace M. Lindsay, Hildesheim, Georg Olms.
- FÍRMICO MATERNO, Julio (1533), *Astronomicon libri VIII*, Basilea, Ioannem Hervagium (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 9/101).
- (1997), *Mathesis*, III, ed. de P. Monat, París, Les Belles Lettres.
- FORNO, Carla (1992), *Il «Libro animato»: Teoria e scrittura del dialogo nel Cinquecento*, Turín, Tirrenia Stampatori.
- FOULCHÉ-DELBOSC, Isabel y PUYOL, Julio (1931), *Bibliografía de R. Foulché-Delbosc (1864-1929)*, Madrid, Tip. de la Rev. de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond (1962<sup>2</sup>), *Bibliographie hispano-française (1477-1900)*, 3 tomos en 1 vol., Nueva York, Kraus Reprint Corporation.
- Véase también *Deloffre, J.* (seudónimo de *Raymond Foulché-Delbosc*).
- FRADEJAS LEBRERO, José (1988a), «Las “Facecias” de Poggio Bracciolini en España. Primer centenar», en *Varia Bibliographica. Homenaje a José Simón Díaz*, Kassel, Edition Reichenberger, págs. 273-282.
- (1988b), «Las facecias de Poggio Bracciolini en España», *Arcadia. Estudios y textos dedicados a Francisco López Estrada*, Dicenda, 7, págs. 57-72.
- GALENO, Claudio (1576), *Omnia... opera...*, II, Venecia, Iunta (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 122/154).
- GALLARDO, Bartolomé José (1888), *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, III, Madrid, Manuel Tello.
- GALLEGO BARNÉS, Andrés (1993), «La relación autor/lector en la literatura didáctica: requisitos y modalidades», *Criticón*, 58, págs. 103-116.
- GARCÍA DE LA TORRE, Moisés (1983), *La prosa didáctica en los Siglos de Oro*, Madrid, Playor.
- GARCÍA GALLIANO, Ángel (1992), *La imitación poética en el Renacimiento*, Kassel, Edition Reichenberger y Universidad de Deusto (Problemata Literaria, 10).
- GARCÍA GUAL, Carlos (1986), «El humanismo de fray Antonio de Guevara», en Manuel Revuelta Chaves y Ciriaco Morón Arroyo (eds.), *El erasmismo en España*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, págs. 235-245.

- (1994), «Algunas consideraciones sobre los orígenes helénicos o helenísticos del ensayo como forma literaria», *El ensayo, Compás de letras*, 5, págs. 99-107.
- GARCÍA MARTÍN, Pedro (1997), *La cruzada pacífica. La peregrinación a Jerusalén de Don Fadrique Enríquez de Ribera*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- GARCÍA PINILLA, Ignacio J. (1995), «El doctor Constantino Ponce de la Fuente visto a través de un *Parecer* de la Biblioteca Vaticana», *Archivo Hispalense*, LXXVIII, 238, págs. 65-102.
- \*\*GARCÍA SORIANO, Justo (1933-1934), (ed.), Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, 2 vols., Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles.
- GIL, Juan (1992), «Apuleyo en la Sevilla renacentista», *Habis*, 23, págs. 297-306.
- GIL, Luis (1998), «Las curaciones del Nuevo Testamento», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios griegos e indoeuropeos*, 8, págs. 9-42.
- GIRI, Donato (1989), *Le cinquecentine di interesse ispanico della Biblioteca Comunale di Mantova*, Kassel, Edition Reichenberger.
- (1992), *Il fondo antico ispanico della Biblioteca Civica di Verona*, Kassel, Edition Reichenberger.
- GÓMEZ, Jesús (1988a), «El diálogo *Contra iudaeos* de Vives y su tradición medieval», *Criticón*, 41, págs. 67-85.
- (1988b), *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra (Crítica y Estudios Literarios).
- (1988c), «Aportaciones textuales para un análisis formal de los *Diálogos de la phantástica philosophía*», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 64, págs. 155-169.
- (1989), «Catecismos dialogados españoles (siglo XVI)», *Edad de Oro*, 8, págs. 117-128.
- (1992a), «Las formas del relato breve en los *Coloquios de Palatino y Pinciano*», *Revista de Literatura*, 107, págs. 75-99.
- (1992b), «Los límites del diálogo didáctico», *Ínsula*, 542, págs. 10-11.
- (1993a), «Diálogo, texto dramático y teatro (s. XVI)», en Manuel García Martín, Ignacio Arellano, Javier Blasco y Marc Vitse (eds.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, I, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia, Estudios Filológicos, 252), págs. 447-452.
- (1993b), «Relato breve y diálogo didáctico (1600-1620)», *Lucanor*, 9, págs. 73-89.
- (1994), «Implicaciones ideológicas del ensayo: el ensayismo a partir del Renacimiento», *El ensayo, Compás de letras*, 5, págs. 131-143.
- (1998), «Boccaccio y Otálora en los orígenes de la novela corta española», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 46, págs. 23-46.
- (2000), *El diálogo renacentista (Forma y evolución del diálogo renacentista)*, Madrid, Ediciones del Laberinto (Arcadia de las Letras, 2).

- (2001), «El marco interlocutivo de los relatos incluidos en el diálogo», *Criticón*, 81-82, págs. 247-269.
- GÓMEZ CAMACHO, Alejandro (1992), (ed.), Juan de Robles, *El culto sevillano*, Sevilla, Universidad.
- GÓMEZ CANSECO, Luis (1992), (ed.), Rodrigo Caro, *Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, Sevilla, Diputación Provincial.
- GÓMEZ-MONTERO, Javier (1985), «Diálogo, autobiografía y paremia en la técnica narrativa del *Viaje de Turquía*. Aspectos de la influencia de Erasmo en la literatura española de ficción durante el siglo XVI», *Romanistisches Jahrbuch*, 36, págs. 324-347.
- GÓMEZ MORENO, Ángel (1994), *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 382).
- GONZÁLEZ ÁLVARO, M.<sup>a</sup> Luisa (1998), «Fuentes literarias clásicas en el *Cisne de Apolo*», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayela Paramio Vidal (eds.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad de León, págs. 383-394.
- GONZÁLEZ DE AMEZÚA y MAYO, Agustín (1951), «Cómo se hacía un libro en nuestro Siglo de Oro», en *Opúsculos histórico-literarios*, I, Madrid, C.S.I.C., págs. 331-373.
- \*\*— (1953), «Tres humanistas españoles del siglo XVI frente a la medicina», en *Opúsculos histórico-literarios*, III, Madrid, C.S.I.C., págs. 245-254, esp. págs. 251-254.
- GONZÁLEZ MANJARRÉS, Miguel Ángel, véase *Conde Parrado, Pedro y González Manjarrés, Miguel Ángel*.
- GONZÁLEZ MORENO, Joaquín (1974), (ed.), *Desde Sevilla a Jerusalén. Con versos de Juan de la Encina y prosa del Primer Marqués de Tarifa*, Sevilla, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Sevilla.
- GONZÁLEZ NOVALÍN, José Luis (1980), «La Inquisición española», en Ricardo García Villoslada (dir.), *Historia de la Iglesia en España*, III-2. *La Iglesia en la España de los siglos XV y XVI*, Madrid, Editorial Católica (B.A.C. Maior, 21) págs. 107-268.
- GRAESSE, Jean George Théodore (1986<sup>2</sup>), *Trésor de livres rares et précieux ou nouveau dictionnaire bibliographique*, Zurich, Reprographica Verlag.
- \*\*GRANJEL, Luis S. (1968), «Las ideas antropológico-médicas del “Magnífico Caballero” Pero Mexía», *Humanismo y medicina*, Salamanca, Universidad, págs. 75-99.
- GREEN, Otis, H. (1969), *España y la tradición occidental*, 4 vols., Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 126).
- GUARINO ORTEGA, Rosario (1997), «Erudición e ingenuidad en los comentarios de los humanistas», en José María Maestre Maestre,

- Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.2, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 503-508.
- GUICHOT Y SIERRA, Alejandro (1991), *El cicerone de Sevilla, I. Monumentos y Artes Bellas*, Sevilla, Colegio de Arquitectos Técnicos y Aparejadores.
- GUILLÉN, Claudio (1988), «Cervantes y la dialéctica, o el diálogo inacabado», en *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Barcelona, Crítica, págs. 212-233.
- HAAG, Herbert, BORN, A. van den y AUSEJO, Serafin de (1987<sup>9</sup>), *Diccionario de la Biblia*, Barcelona, Editorial Herder.
- HAZAÑAS Y LA RÚA, Joaquín (1974<sup>2</sup>), *Historia de Sevilla*, Sevilla, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de Sevilla.
- HERÓDOTO (1526), *Historia*, Colonia, Hittorpius (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 135/98).
- HERRERO GARCÍA, Miguel (1966), *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos.
- HIGINO (1983), *L'Astronomie*, ed. de André Le Boeuffle, París, Les Belles Lettres.
- HISPANIC SOCIETY OF AMERICA. NUEVA YORK (1962), *The Hispanic Society of America. Catalogue of the Library*, 7, Boston (Massachusetts), K. G. Hall & Co.
- HORACIO (1989), *Satires*, ed. de François Villeneuve, París, Les Belles Lettres.
- (1990), *Odes et Épodes*, ed. de F. Villeneuve, París, Les Belles Lettres.
- HUERGA, Álvaro (1988), *Historia de los alumbrados (1570-1630)*, IV. *Los alumbrados de Sevilla (1605-1630)*, Madrid, Fundación Universitaria Española.
- HURTADO TORRES, Antonio (1984), *La astrología en la literatura del Siglo de Oro. Índice bibliográfico*, Alicante, Instituto de Estudios Alcantinos y Excma. Diputación Provincial de Alicante.
- IMPIOMBATO, Paride y RODRÍGUEZ, José Luis (s.a.), *Repertorio bibliografico delle opere di interesse iberico nella Biblioteca Nazionale di Bari*, Padua, Università di Padova.
- \*\*INFANTES, Víctor (1983), «Iglesia y corte en dos *Diálogos* renacentistas desconocidos», 1616 (*Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*), V, 1983, págs. 55-67, esp. págs. 57-60.
- (1988), «De *officinas* y *polyantheas*: los diccionarios secretos del Siglo de Oro», *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, págs. 243-257.
- y RUBIO ÁRQUEZ, Marcial (1993), (eds.), Francisco Narváez de Velilla, *Diálogo intitulado el Capón*, Madrid, Visor Libros.

- \*\*IZARD, Thomas C. (1943), «The principal source for Marlowe's *Tamburlaine*», *Modern Language Notes*, LVIII, págs. 411-417.
- JAMMES, Robert y MIR, Marie Thérèse (1993), *Glosario de voces anotadas en los 100 primeros volúmenes de Clásicos Castalia*, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 200).
- Véase también *Combet, Louis, Jammes, Robert y Mir-Andreu, Maïte*.
- JENOFONTE (1545), *De paedia Cyri Persarum regis*, trad. de Francisco Philelpho, en *Opera*, Basilea, M. Insingrinium (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 53/215).
- JOHNSTON, Mark D. (1978), «La retórica del saber en el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada», *Journal of Hispanic Philology*, III, págs. 69-83.
- JONES, Harold G. (1978), *Hispanic manuscripts and printed books in the Barberini Collection, II. Printed books*, Ciudad del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana.
- JOSEFO, Flavio (1546), *De bello iudaico*, Lyon, Gryphius (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 21-132).
- (1979), *The Jewish war, books IV-VII*, ed. de H. St. J. Thackeray, Cambridge (Massachusetts) y Londres, Harvard University Press y William Heinemann Ltd.
- KAŠPAR, Oldřich (1983), *Registro de los impresos españoles de... la Biblioteca Estatal de la República Socialista Checa en Praga*, Praga, Státní Knihovna CSR.
- LACTANCIO FIRMIANO, Lucio Celio (1965), *Divinae institutiones*, en *Opera omnia*, I, ed. de Samuel Brandt y Georgius Laubmann, Nueva York, Johnson Reprint Corporation.
- (1994), *Epitome divinarum institutionum*, ed. de Eberhard Heck y Antonie Wlosok, Stuttgart y Leipzig, Teubner.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel (1976), *Historia de Sevilla, II. La ciudad medieval*, Sevilla, Universidad.
- LAPESA, Rafael (1968<sup>7</sup>), *Historia de la lengua española*, Madrid, Escelicer.
- LARA GARRIDO, José (1979), «Los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto como realización genérica», *Analecta Malacitana*, II, 1, págs. 49-69.
- (1980), «Confluencia de estructuras y sumarización de funciones en el diálogo renacentista (Un estudio sobre los *Diálogos de la vida del soldado* de Núñez de Alba)», *Analecta Malacitana*, III, págs. 185-241.
- (1982), «Los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto: Desestructuración expositiva y coherencia compendial», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LVIII, págs. 115-153.
- \*\*LAURENTI, Joseph L. (1982), «Di una sconosciuta edizione del Mexía», *La Bibliofilia*, LXXXIV, págs. 243-247.
- Véase también *Porqueras Mayo, Alberto y Laurenti, Joseph L.*



- LAUSBERG, Heinrich (1990), *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura*, trad. de José Pérez Riesco, 3 vols., Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, III. Manuales, 15).
- LÁZARO CARRETER, Fernando (1978<sup>2</sup>), «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca, Barcelona, Ariel.
- (1979), «Imitación compuesta y diseño retórico en la oda a Juan de Grial», *Anuario de Estudios Filológicos* (Universidad de Extremadura), II, págs. 89-119.
- (1980), «Imitación y originalidad en la poética renacentista», en Francisco Rico y Francisco López Estrada (eds.), *Historia y crítica de la literatura española, II. Siglos de Oro: Renacimiento*, Barcelona, Crítica, págs. 91-97.
- \*\*LERNER, Isaías (1982), «Acerca del texto de la primera edición de la *Silva* de Pedro Mexía», en *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, II, Roma, Bulzoni, págs. 677-684.
- \*\*— (1983), «Pero Mexía en Alonso de Ercilla», *Bulletin of Hispanic Studies*, LX, págs. 129-134.
- \*\*— (1989), «Textos canónicos, textos apócrifos y textos patrísticos en la *Silva* de Mejía», *Edad de Oro*, VIII, págs. 143-154.
- \*\*— (1990a), «Textos clásicos en la *Silva* de Pero Mexía», en B. Cipijauskaitė y Ch. Maurer (eds.), *La voluntad de humanismo. Homenaje a Juan Marichal*, Barcelona, Anthropos (Autores, Textos y Temas. Literatura, 6), págs. 137-147.
- \*\*— (1990b), «Fuentes italianas en la *Silva* de Pero Mexía», en Inoria Pepe Sarno (ed.), *Dialogo. Studi in honore di Lore Terracini*, Roma, Bulzoni Editore, págs. 293-310.
- \*\*— (1993), «Autores y citas españolas en la *Silva* de Mexía», *Filología*, XXVI, págs. 107-120.
- \*\*— (1994), «La mujer en la *Silva* de Pedro Mexía», en Augustin Redondo (ed.), *Images de la femme en Espagne au XVI et XVII siècles*, París, Presses de la Sorbonne Nouvelle, págs. 135-143.
- (1998), «Misceláneas y poliantes del Siglo de Oro español», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayela Paramio Vidal (eds.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad de León, págs. 71-82.
- \*\*— (2003), (ed.), Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, Madrid, Castalia (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 25).
- LINET, Jacqueline y otros (1980), *Bibliothèque Saint-Geneviève, Paris. Catalogue des ouvrages imprimés au XVI siècle*, París, K. G. Saur.
- LONGEON, Claude (1973), *Catalogue des incunables et des ouvrages imprimés au XVI siècle conservés à la Bibliothèque Municipale de Saint-Étienne*, Saint-Étienne, Bibliothèque Municipale.



- LOPE-BLANCH, Juan M. (1969), (ed.), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Editorial Castalia (Clásicos Castalia, 11).
- LÓPEZ DE VILLALOBOS, Francisco (1973), *Sumario de la Medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, ed. de María Teresa Herrera, Salamanca, Universidad de Salamanca (Cuadernos de Historia de la Medicina Española, Monografías, XXV).
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1953), «Sobre la imprenta en Sevilla en el siglo XVI», *Archivo Hispalense*, 57, págs. 1-12.
- (1974), *Los libros de pastores en la literatura española. La órbita previa*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 213).
- (1974-1975), «Estudio del *Diálogo de Çillenia y Selanio*», *Revista de Filología Española*, LVII, págs. 159-194.
- (1979<sup>4</sup>), *Introducción a la literatura medieval española*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, III. Manuales, 4).
- (1981), «Anuncios renacentistas en el *Libro de los pensamientos variables*», en *Homenaje al Prof. Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, págs. 277-289.
- (1988), «El diálogo pastoril en los Siglos de Oro», *Anales de Literatura Española* (Universidad de Alicante), 6, págs. 335-356.
- y LÓPEZ GARCÍA-BERDOY, M.<sup>a</sup> Teresa (1995), (eds.), Miguel de Cervantes, *La Galatea*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 389).
- LÓPEZ POZA, Sagrario (1990), «Florilegios, polyantheas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica», *Criticón*, 49, págs. 61-75.
- \*\*LÓPEZ ROMERO, José (1990), (ed.), Juan de Espinosa, *Diálogo en laude de las mugeres*, Granada, Ediciones A. Ubago S. L. (Interdisciplinar, 5), págs. 25-29.
- (1992), «Las fuentes literarias en el siglo XVI. El *Diálogo en laude de las mugeres* de Juan de Espinosa», *Philologia Hispalensis*, VII, págs. 55-60.
- MACROBIO, Ambrosio Teodosio (1994a), *Commentarii in Somnium Scipionis*, ed. de Iacobus Willis, Stuttgart y Leipzig, Teubner.
- (1994b<sup>2</sup>), *Saturnalia*, ed. de Iacobus Willis, Stuttgart y Leipzig, Teubner.
- MADROÑAL, Abraham (2002), «Los *Refranes o proverbios en romance* (1555), de Hernán Núñez, Pinciano», *Revista de Literatura*, LXIV, págs. 5-39.
- MAFFEI, Raffaello (1559), *Comentariorum urbanorum...*, Basilea, Froben (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 50/109).
- MALPARTIDA TIRADO, Rafael (2002), «El relato intercalado en los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada», en Manuel Borrego Pérez (ed.), *L'exemplum narratif dans le discours argumentatif (XVI-XIX siècles)*, Besançon, Presses Universitaires Franc-Comtoises (Annales Littéraires de l'Université de Franche-Comté), págs. 195-206.

- (2003), «La seducción de la miscelánea renacentista», en Elisa Viseras Soler y Antonio Castro Díaz (eds.), *Actas del VIII Simposio de Actualización Científica y Didáctica de Lengua Española y Literatura*, Málaga, Asociación Andaluza de Profesores de Español «Elio Antonio de Nebrija» y Diputación Provincial de Málaga, págs. 197-203.
- MANILIO, Marco (1985), *Astronomica*, ed. de George P. Goold, Leipzig, Teubner.
- \*\*MARAVALL, José Antonio (1960), *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, págs. 177-180.
- (1972<sup>3</sup>), *El mundo social de «La Celestina»*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos, 80).
- (1976), *Utopía y contrautopía en el «Quijote»*, Santiago de Compostela, Pico Sacro (Biblioteca de Bolsillo Pico Sacro, 8).
- (1983-1984), *Estudios de historia del pensamiento español*, 3 vols., Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- (1986<sup>2</sup>), *Antiguos y modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza (Alianza Universidad, 458).
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco (1968), *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, Alfaguara.
- (1973), *Fuentes literarias cervantinas*, Madrid, Gredos.
- (1999), «*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*» (Valladolid, 1539) y el tema áulico en la obra de Fray Antonio de Guevara, Santander, Universidad de Cantabria.
- MARSÁ, María (2001), *La imprenta en los Siglos de Oro (1520-1700)*, Madrid, Ediciones del Laberinto (Arcadia de las Letras, 8).
- MARTÍN ABAD, Julián (2003), *Los primeros tiempos de la imprenta en España (c. 1471-1520)*, Madrid, Ediciones del Laberinto (Arcadia de las Letras, 19).
- MARTÍNEZ KLEISER, Luis (1989<sup>3</sup>), *Refranero general ideológico español*, Madrid, Hernando.
- MARTÍNEZ TORREJÓN, José Miguel (1990), «Gómez, Jesús. *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988» (reseña), *Crítica*, 49, págs. 125-130.
- (1992), «Diálogo entre la Edad Media y el Renacimiento», *Ínsula*, 542, págs. 21-22.
- (1993a), «El *Diálogo de la nobleza y fama* de Lorenzo Suárez de Chaves», *Crítica*, 59, págs. 21-65.
- (1993b), «Valor retórico del relato corto en *El Scholástico* de Cristóbal de Villalón», en Manuel García Martín, Ignacio Arellano, Javier Blasco y Marc Vitse (eds.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, II, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia, Estudios Filológicos, 252), págs. 635-639.

## BIBLIOGRAFÍA

- (1995), *Diálogo y retórica en el Renacimiento español. «El Escolástico» de Cristóbal de Villalón*, Kassel, Edition Reichenberger (Estudios de Literatura, 22).
- MAZARÍO COLETO, M.<sup>a</sup> del Carmen (1951), *Isabel de Portugal, emperatriz y reina de España*, Madrid, C.S.I.C.
- MEDINA, José Toribio (1958), *Biblioteca hispanoamericana (1493-1810)*, I, Santiago de Chile, Instituto Geográfico Militar.
- \*\*MEJÍA, Pedro (1545), *Historia imperial y cesárea*, Sevilla, Juan de León (Biblioteca Nacional de Madrid, signat. R-2009).
- \*\*— (1767) (trad.), *Parénesis o exortación a virtud de Isócrates*, en *Diálogos...*, Madrid, Francisco Javier García (Biblioteca Nacional de Madrid, signat. R-17196).
- \*\*— (1945), *Historia del Emperador Carlos V*, ed. de Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe (Colección de Crónicas Españolas, VII).
- \*\*MÉNDEZ BEJARANO, Mario (1989<sup>2</sup>), «Pedro Mejía», en *Diccionario de escritores, maestros y oradores naturales de Sevilla y su actual provincia*, II, Sevilla, Padilla Libros, págs. 65-69.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino (1915), (ed.), Erasmo de Rotterdam, *Colloquios de Erasmo*, en *Orígenes de la novela*, Madrid, Bailly-Baillière (N.B.A.E., XXI), págs. 149-249.
- \*\*— (1941), «El magnífico caballero Pero Mexía», en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, II, Santander, C.S.I.C. (Edición Nacional de las *Obras Completas* de Menéndez Pelayo, dirigida por Miguel Artigas, VII), págs. 25-38.
- \*\*— (1943), *Orígenes de la novela*, 4 vols., Santander, Aldus (Edición Nacional de las *Obras Completas* de Menéndez Pelayo, dirigida por Miguel Artigas, 13-16), vol. III, págs. 47-58.
- (1998<sup>5</sup>), *Historia de los heterodoxos españoles*, 2 vols., Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (B.A.C. 150-151).
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1968<sup>5</sup>), «El lenguaje del siglo XVI», en *La lengua de Cristóbal Colón, el estilo de santa Teresa y otros estudios sobre el siglo XVI*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, 280), págs. 47-84.
- (1971<sup>6</sup>), *Idea imperial de Carlos V*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, 172).
- \*\*MESEGUER FERNÁNDEZ, Fr. J. (1947), «Sobre el erasmismo de Pedro Mexía, cronista de Carlos V», *Archivo Iberoamericano*, VII, págs. 394-413.
- MEXÍA, Pedro, véase *Mejía, Pedro*.
- MICHAUD, Joseph François [s.a.<sup>2</sup>.], *Biographie universelle ancienne et moderne*, XXVIII, París, C. Desplaces y Henri Plon.
- MILLARES CARLO, Agustín (1969), *Catálogo razonado de los libros de los siglos XV, XVI y XVII de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas [Valencia, Artes Gráficas Soler].
- MINGOTE MUÑIZ, Manuel E. (1983), (ed.), Alfonso de Miranda, *Diálogo del perfecto médico*, Madrid, Editora Nacional.

- MIR-ANDREU, Maïte, véase, *Combet, Louis, Jammes, Robert y Mir-Andreu, Maïte y Jammes, Robert y Mir, Marie Thérèse*.
- MIURA ANDRADES, José María (1998), *Frailes, monjas y conventos. Las Órdenes Mendicantes en la sociedad sevillana bajomedieval*, Sevilla, Diputación Provincial.
- MOLL, Jaime (1979), «Problemas bibliográficos del libro del Siglo de Oro», *Boletín de la Real Academia Española*, LIX, págs. 49-107.
- MONARDES, Nicolás (1998), *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina* (Sevilla, Alonso Escribano, 1574), ed. facsímil, Sevilla, Padilla Libros.
- MONTESINOS, José F. (1976<sup>6</sup>), (ed.), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 86).
- MONTOTO, Santiago (1955), (ed.), *Justas poéticas sevillanas del siglo XVI (1531-1542)*, Valencia, Castalia (Floresta de Joyas Poéticas Españolas, VI).
- (1976<sup>2</sup>), *Sevilla en el Imperio (Siglo XVI)*, Sevilla, Colegio de Aparejadores y Arquitectos Técnicos.
- (1983<sup>2</sup>), *Esquinas y conventos de Sevilla*, Sevilla, Universidad (Colección de Bolsillo, 20).
- (1990), *Biografía de Sevilla*, Sevilla, J. Rodríguez Castillejo Editor.
- MORALES ORTIZ, Alicia (1997), «La adaptación de Plutarco en el humanismo español por medio de las traducciones: algunos ejemplos de *Moralia*», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.1, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 97-104.
- MORALES PADRÓN, Francisco (1975), *Visión de Sevilla*, Sevilla, Real Academia Sevillana de Buenas Letras.
- (1977), *Historia de Sevilla, III. La ciudad del Quinientos*, Sevilla, Universidad (Colección de Bolsillo, 58).
- MORANTI, Luigi (1977), *Le cinquecentine della Biblioteca Universitaria di Urbino*, II, Florencia, Leo S. Olschki Editore.
- \*\*MOREL-FATIO, Alfred (1913), «Pedro Mexía», en *Historiographie de Charles-Quint*, París, H. Champion, págs. 73-79.
- \*\*MORGADO, Alonso (1587), *Historia de Sevilla*, Sevilla, Andrés Pescioni y Juan de León (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. A Res. 55/2/03), págs. 6v.-7r.
- MORÓN ARROYO, Ciriaco (1973), «Sobre el diálogo y sus funciones literarias», *Hispanic Review*, XLI, págs. 275-284.
- MORRÁS, María (1997), «Traducción de los clásicos y tradición textual», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.2, Cádiz, Universidad de Cá-

- diz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 531-538.
- MORREALE, Margherita (1957a), «El *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma* de Alfonso de Valdés. Apostillas formales», *Boletín de la Real Academia Española*, XXXVII, págs. 395-417.
- (1957b), «Sentencias y refranes en los diálogos de Alfonso de Valdés», *Revista de Literatura*, XII, págs. 3-14.
- \*\*MULRONEY, Margaret L. (1930), (ed.), *Diálogos o Coloquios of Pedro Mejía*, Iowa City, The University of Iowa (Studies in Spanish Language and Literature, 1).
- MURILLO, Luis Andrés (1959), «Diálogo y dialéctica en el siglo XVI español», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, IV, págs. 56-66.
- NATIONAL UNION CATALOG (1975), *The National Union Catalog. Pre-1956 imprints*, 379, Londres, Mansell.
- (1981), *The National Union Catalog. Pre-1956 imprints. Supplement*, 746, Londres, Mansell.
- NAVARRO DE KELLEY, Emilia (1977), (ed.), Constantino Ponce de la Fuente y Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, *Beatus vir: carne de hoguera. Exposición del primer Salmo seguido de Diez lamentaciones del miserable estado de los ateístas de nuestros tiempos*, Madrid, Editora Nacional.
- NIETO, José C. (1997), *El Renacimiento y la otra España*, Ginebra, Librairie Droz (Travaux d'Humanisme et Renaissance, CCCXV).
- NÚÑEZ, Hernán (2001), *Refranes o proverbios en romance*, ed. de Louis Combet, Julia Sevilla Muñoz, Germán Conde Tarrío y Josep Guia y Marín, 2 vols., Madrid, Guillermo Blázquez Editor.
- OCASAR ARIZA, José Luis (1995), (ed.), Juan Arce de Otálora, *Coloquios de Palatino y Pinciano*, 2 vols., Madrid, Turner (Biblioteca Castro).
- (2001), «La fragua de la interlocución en un diálogo renacentista: los *Coloquios de Palatino y Pinciano* de Juan Arce de Otálora», *Crítica*, 81-82, págs. 229-245.
- ONÍS, Federico de (1969<sup>5</sup>), (ed.), Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, 3 vols., Madrid, Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 1, 33, 41).
- ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego (1796), *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, metrópoli de la Andalucía..., ilustrados y corregidos por D. Antonio María Espinosa y Cárzel*, III-IV, Madrid, Imprenta Real.
- ORTOLÁ, Marie-Sol (1983), *Un estudio del «Viaje de Turquía». Autobiografía o ficción*, Londres, Tamesis Books.
- \*\*PACHECO, Francisco (1985), «El docto cavallero Pedro Mexía», en *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, ed. de Pedro M. Piñero Ramírez y Rogelio Reyes Cano, Sevilla, Diputación Provincial, págs. 309-313.

- PALAU Y DULCET, Antonio (1948-1977<sup>2</sup>), *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona, Librería Anticuaria de A. Palau, 28 tomos. Aludimos a los tomos I (1948), V (1951), IX (1956) y XIII (1961).
- \*\*PALLISTER, Janis L. (1984), «Pedro Mexía: Champion of women?», *Letras Femeninas*, X-1, págs. 3-8.
- PASCUAL BAREA, Joaquín (1991), «Aproximación a la poesía latina del Renacimiento en Sevilla», *Excerpta Philologica*, II.1, págs. 567-599.
- PATRIZI, Francesco (1534), *De institutione reipublicae libri novem*, París, Jean Petit (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 97/107).
- PEETERS FONTAINAS, Jean (1933), *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas*, Lovaina-Amberes, Musée Plantin-Moretus.
- y FRÉDÉRIC, Anne Marie (1965), *Bibliographie des impressions espagnoles des Pays-Bas Méridionaux*, Nieuwkoop, B. de Graaf.
- PEINADOR MARÍN, Luis Jesús (1991), «Un diálogo del siglo XVI español: *Eremitae*, de Juan Maldonado», *Criticón*, 52, págs. 41-90.
- (1993), «Construcción y significado de los *Colloquios* de Collazos», en Manuel García Martín, Ignacio Arellano, Javier Blasco y Marc Vitse (eds.), *Estado actual de los estudios sobre el Siglo de Oro. Actas del II Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, II, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia, Estudios Filológicos, 252), págs. 769-776.
- PENNEY, Clara Louisa (1938), *List of books printed 1601-1700 in the Library of the Hispanic Society of America*, Nueva York, The Hispanic Society of America.
- (1955<sup>2</sup>), *Books printed before 1601 in the Library of the Hispanic Society of America*, Nueva York, The Hispanic Society of America.
- (1965), *Printed books 1468-1700 in the Hispanic Society of America*, Nueva York, The Hispanic Society of America.
- PEPE, Inoria y REYES CANO, José María (2001), (eds.), Fernando de Herrera, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 516).
- PÉREZ, Joseph (1978), «Humanismo y escolástica», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 334, págs. 28-39.
- PÉREZ PASTOR, Cristóbal (1906), *Bibliografía madrileña o descripción de las obras impresas en Madrid*, II, Madrid, Tip. de los Huérfanos de la Biblioteca Nacional y Tip. de la Rev. de Archivos.
- \*\*PFANDL, Ludwig (1952<sup>2</sup>), «Mexía», en *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, Sucesores de Juan Gili, págs. 100-102.
- PIACENTINI, Giuliana (1972), *Repertorio del fondo antico spagnolo della Biblioteca Universitaria di Pisa*, Pisa, Università.
- PIKE, Ruth (1978), *Aristócratas y comerciantes. La sociedad sevillana en el siglo XVI*, Barcelona, Ariel (Ariel Quincenal, 134).

- PINEDA, Victoria (1994), *La imitación como arte literario en el siglo XVI español*, Sevilla, Diputación Provincial.
- PIÑERO RAMÍREZ, Pedro M. (1993<sup>26</sup>), (ed.), Fernando de Rojas, *La Celestina*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, A1-282).
- y REYES CANO, Rogelio (eds.), véase *Pacheco, Francisco*.
- PLATÓN (1546), *Omnia divini Platonis opera...*, trad. de Marsilio Ficino, Basilea, Froben (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. FD 551).
- PLINIO, véase *Plinio Segundo, Cayo*.
- PLINIO EL JOVEN (1943), *Lettres*, I, ed. de Anne-Marie Guillemin, París, Les Belles Lettres.
- PLINIO SEGUNDO, Cayo (1539), *Historia Mundi libri XXXVII*, Basilea, Froben (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 48/129).
- (1548), *Historiae Mundi libri XXXVII*, Lyon, Besingorum (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 101/171).
- (1947), *Histoire naturelle. Livre XI*, ed. de A. Ernout y R. Pépin, París, Les Belles Lettres.
- (1950), *Histoire naturelle. Livre II*, ed. de Jean Beaujeu, París, Les Belles Lettres.
- (1952), *Histoire naturelle. Livre VIII*, ed. de A. Ernout, París, Les Belles Lettres.
- (1955), *Histoire naturelle. Livre IX*, ed. de E. de Saint-Denis, París, Les Belles Lettres.
- (1957), *Histoire naturelle. Livre XXVI*, ed. de A. Ernout y R. Pépin, París, Les Belles Lettres.
- (1960), *Histoire naturelle. Livre XV*, ed. de J. André, París, Les Belles Lettres.
- (1961), *Histoire naturelle. Livre X*, ed. de E. de Saint Denis, París, Les Belles Lettres.
- (1962a), *Histoire naturelle. Livre XXVIII*, ed. de A. Ernout, París, Les Belles Lettres.
- (1962b), *Histoire naturelle. Livre XXIX*, ed. de A. Ernout, París, Les Belles Lettres.
- (1963), *Natural History*, VIII, ed. de W. H. S. Jones, Londres y Cambridge (Massachusetts), William Heinemann Ltd. y Harvard University Press.
- (1964), *Histoire naturelle. Livre XIX*, ed. de J. André, París, Les Belles Lettres.
- (1967), *Naturalis Historiae*, IV, ed. Carolus Mayhoff, Stuttgart, Teubner.
- (1972a), *Histoire naturelle. Livre XVIII*, ed. de Henri Le Bonniec y André Le Boeuffle, París, Les Belles Lettres.
- (1972b), *Histoire naturelle. Livre XXIV*, ed. de Jacques André, París, Les Belles Lettres.



- (1977), *Histoire naturelle. Livre VII*, ed. de Robert Schilling, París, Les Belles Lettres.
- (1985), *Histoire naturelle. Livre XXXV*, ed. de Jean-Michel Croisille, París, Les Belles Lettres.
- (1999<sup>2</sup>), *Historia natural*, trad. de Francisco Hernández y Jerónimo de Huerta, Madrid, Visor Libros y Universidad Nacional Autónoma de México.
- PLUTARCO (1532), *Vitae Graecorum Romanorumque illustrium...*, París, Nicolai Savetier (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 134/75).
- (1555), *Ethica sive moralia opera...*, Basilea, M. Isingrinium (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 219/78).
- POGGIO BRACCIOLINI, Giovanni Francesco (1983), *Facezie*, ed. de Marcello Ciccuto, Milán, Rizzoli.
- PONTANO, Giovanni Giovano (1954), *De sermone libri sex*, ed. de S. Lupi y A. Risicato, Lugano, Thesaurus Mundi.
- \*\*PORQUERAS MAYO, Alberto y LAURENTI, Joseph L. (1984), «La colección de ediciones y traducciones del sevillano Pero Mejía (1496-1552)», en *Estudios bibliográficos sobre la Edad de Oro (Fondos raros y colecciones de la Universidad de Illinois)*, Barcelona, Puvill Libros, págs. 191-208. Es reimpresión, corregida y ampliada, del artículo «Rarezas bibliográficas. La colección de ediciones y traducciones del sevillano Pedro Mejía (1496-1552) en la Biblioteca de la Universidad de Illinois», *Archivo Hispalense*, LVII, 175 (1974), págs. 121-138.
- \*\*PRAAG, J. A. van (1932), «Sobre la fortuna de Pedro Mejía», *Revista de Filología Española*, XIX, págs. 288-292.
- \*\*PRESBERG, Charles D. (2001), «Humanism for everybody: Classical paradox in the writings of Pero Mexía», en *Adventures in paradox. «Don Quixote» and the western tradition*, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press, págs. 55-68.
- \*\*PRIETO, Antonio (1986), «La obra de Pedro Mexía», en *La prosa española del siglo XVI*, I, Madrid, Cátedra, págs. 221-237. Es reimpresión casi literal de su artículo «Nota sobre la permeabilidad del diálogo renacentista», en *Estudios sobre el Siglo de Oro. Homenaje al profesor Francisco Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, 1984, págs. 365-381.
- (1998), «Extensión democrática del Renacimiento», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayela Paramio Vidal (eds.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad de León, págs. 17-25.
- PTOLOMEO, Claudio (1528), *Almagestum...*, trad. latina de Georgio Trapezuntio, Venecia, Iunta (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 168/84).
- (1551), *De iudiciis astrologicis aut... Quadripartitae constructionis libri IV*, trad. de Ioachimo Camerario, en *Omnia... opera...*, Basilea,



- Officina Heinrichi Petri (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 100/166).
- PUEO, Juan Carlos (1998), «De Cicerón a Pontano: la adaptación renacentista de la teoría retórica de la risa», en Juan Matas Caballero, José Manuel Trabado Cabado, María Luisa González Álvaro y Mayela Paramio Vidal (eds.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, II, León, Universidad de León, págs. 573-580.
- \*\*PUES, Florent (1959a), «La *Silva de varia lección* de Pero Mexía», *Les Lettres Romanes*, XIII, págs. 119-143.
- \*\*— (1959b), «Les sources et la fortune de la *Silva* de Mexía», *Les Lettres Romanes*, XIII, págs. 279-292.
- \*\*— (1959c), «Claude Gruget et ses *Diverses leçons de Pierre Messie*», *Les Lettres Romanes*, XIII, págs. 371-383.
- \*\*— (1960), «Du Verdier et Guyon, les deux imitateurs français de Mexía», *Les Lettres Romanes*, XIV, págs. 15-40.
- PUMPRLA, Václav y KAŠPAR, Oldřich, *Registro de impresos antiguos en los fondos de la Biblioteca Científica del Estado en Olomouc*, Olomouc (Checoslovaquia), Biblioteca Científica del Estado.
- QUILIS, Antonio (1981), (ed.), Antonio de Nebrija, *Gramática de la lengua castellana*, Madrid, Editora Nacional
- (1984), (ed.), Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, Barcelona, Plaza & Janés.
- \*\*RALLO GRUSS, Asunción (1978), «El sevillano Pedro Mexía, historiador de Carlos V», en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía (Diciembre de 1976). Andalucía Moderna (Siglos XVI-XVII)*, II, Córdoba, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, págs. 307-314.
- (1979), *Antonio de Guevara en su contexto renacentista*, Madrid, Cupsa.
- (1982), (ed.), Cristóbal de Villalón, *El Crótalon*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 155).
- (1984a), «Las misceláneas: conformación y desarrollo de un género renacentista», *Edad de Oro*, III, págs. 159-180.
- (1984b), (ed.), Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea. Arte de marear*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 213).
- \*\*— (1987), «Pedro Mexía», en *La prosa didáctica en el siglo XVI*, Madrid, Taurus (Historia Crítica de la Literatura Hispánica, 10), págs. 79-87.
- \*\*— (1990), (ed.), *Coloquios matrimoniales del licenciado Pedro de Luján*, Madrid, Anejos del Boletín de la R.A.E. (Anejo XLVIII), págs. 3-13.
- (1992), «La confluencia de los géneros: reflexiones sobre la autonomía del diálogo renacentista», *Ínsula*, 542, págs. 14-15.

- (1996), *La escritura dialéctica: Estudios sobre el diálogo renacentista*, Málaga, Universidad de Málaga (Thema, 1).
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (1978<sup>5</sup>), *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- REDONDO, Augustin (1976), *Antonio de Guevara (1480?-1545) et l'Espagne de son temps. De la carrière officielle aux oeuvres politico-morales*, Ginebra, Librairie Droz (Travaux d'Humanisme et Renaissance, CXLVIII).
- (1979), «Du "Beatus ille" horacien au "Mépris de la cour et éloge de la vie rustique" d'Antonio de Guevara», en Augustin Redondo (ed.), *L'humanisme dans les lettres espagnoles (XIX<sup>e</sup> Colloque International d'Études Humanistes, Tours 5-17 Juillet 1976)*, París, J. Vrin, págs. 251-265.
- REYES CANO, José María (1986), (ed.), León Hebreo, *Diálogos de amor*, Barcelona, P.P.U.
- (1989), «Sobre el diálogo filográfico en el Renacimiento: Los *Aso-lanos* de Pietro Bembo», *Homenaje al Profesor Antonio Vilanova*, I, Barcelona, Universidad de Barcelona y P.P.U., págs. 541-559.
- (1992), «Tratados de amor y literatura», *Ínsula*, 542, págs. 11-13.
- REYES CANO, Rogelio (1980), *Medievalismo y renacentismo en la obra poética de Cristóbal de Castillejo*, Madrid, Fundación Juan March.
- (1984<sup>5</sup>), (ed.), Baltasar de Castiglione, *El Cortesano*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, 549).
- (1986), (ed.), Cristóbal de Castillejo, *Diálogo de mujeres*, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 150).
- Véase también *Collantes de Terán Sánchez, Antonio*.
- y PIÑERO RAMÍREZ, Pedro M. (eds.), véase *Pacheco, Francisco*.
- RIBER, Lorenzo (1967<sup>5</sup>), (ed.), Virgilio y Horacio, *Obras completas*, Madrid, Aguilar.
- RICAPITO, Joseph V. (1986), «De los Coloquios de Erasmo al *Mercurio* de Alfonso de Valdés», en Manuel Revuelta Chaves y Ciriaco Morón Arroyo (eds.), *El erasmismo en España*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, págs. 501-507.
- RICCHIERI, Luigi (1620), *Lectionum antiquarum libri triginta...*, Colonia, Philippus Albertus (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 67/156).
- RICO, Francisco (1979), «*Laudes litterarum*: Humanisme et dignité de l'homme dans l'Espagne de la Renaissance», en Augustin Redondo (ed.), *L'humanisme dans les lettres espagnoles (XIX<sup>e</sup> Colloque International d'Études Humanistes, Tours 5-17 Juillet 1976)*, París, J. Vrin, págs. 31-50.
- (1980), «Temas y problemas del Renacimiento español», en Francisco Rico y Francisco López Estrada (eds.), *Historia y crítica de la literatura española, II. Siglos de Oro: Renacimiento*, Barcelona, Crítica, págs. 1-97.

- (1981), «Un prólogo al Renacimiento español. La dedicatoria de Nebrija a las *Introducciones latinas* (1488)», en *Seis lecciones sobre la España de los Siglos de Oro. Homenaje a Marcel Bataillon*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Universidad de Burdeos, págs. 59-94.
- (1986), *El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en la cultura española*, Madrid, Alianza (Alianza Universidad, 463).
- (1993), *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, Alianza (Alianza Universidad, 754).
- (1996<sup>2</sup>), «El humanismo italiano», en Jordi Llovet (ed.), *Lecciones de literatura universal. Siglos XII a XX*, Madrid, Cátedra.
- RICO VERDÚ, José (1981), *La innovación literaria del Renacimiento*, Madrid, Cincel.
- RÍO NOGUERAS, Alberto del (1990), (ed.), Fernando Basurto, *Diálogo del cazador y del pescador*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses (Larumbe, 1).
- (1991), «Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Criticón*, 52, págs. 91-109.
- \*\*ROBLES, Juan de (1992), *El culto sevillano*, ed. de Alejandro Gómez Camacho, Sevilla, Universidad, págs. 151-152.
- RODIGINUS, Caelius Ludovicus, véase *Ricchieri, Luigi*.
- RODRÍGUEZ BECERRA, Salvador, véase *Collantes de Terán Sánchez, Antonio*.
- RODRÍGUEZ CACHO, Lina (1989), *Pecados sociales y literatura satírica en el siglo XVI: los Coloquios de Torquemada*, Madrid, Universidad Autónoma.
- (1991), «Del silencio y la curiosidad sobre América en las misceláneas», *Edad de Oro*, X, págs. 167-186.
- (1993), «La selección de lo curioso en “silvas” y “jardines”: notas para la trayectoria del género», *Criticón*, 58, págs. 155-168.
- (1994), (ed.), Antonio de Torquemada, *Obras completas, I. Manual de escribientes. Coloquios satíricos. Jardín de flores curiosas*, Madrid, Turner (Biblioteca Castro).
- ROMERA NAVARRO, Miguel (1929), «La defensa de la lengua española en el siglo XVI», *Bulletin Hispanique*, XXXI, págs. 204-255.
- ROMERO FRÍAS, Marina (1982), *Catalogo degli antichi fondi spagnoli della Biblioteca Universitaria di Cagliari*, I, Pisa, Giardini Editori.
- \*\*ROMERO MARTÍNEZ, Miguel (1944), «Pero Mexía, el sevillano imperial y ecuménico», *Archivo Hispalense*, II-3, págs. 5-17.
- ROMERO TABARES, M.<sup>a</sup> Isabel (1998), *La mujer casada y la amazona. Un modelo femenino renacentista en la obra de Pedro de Luján*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- ROMERO TOBAR, Leonardo (1984a), «Antonio de Torquemada, el humanista vulgar de los *Colloquios satíricos*», en *Estudios sobre el Si-*

- glo de Oro. Homenaje al profesor F. Ynduráin*, Madrid, Editora Nacional, págs. 393-409.
- (1984b), «El arte del diálogo en los *Colloquios satíricos* de Torquemada», *Edad de Oro*, III, págs. 241-256.
- \*\*RONZÓN FERNÁNDEZ, Elena (1998), «El médico Juan Sánchez Valdés de la Plata y su libro sobre el hombre», *El Basilisco*, 24 (abril-junio de 1998), págs. 63-84, esp. págs. 76-80.
- \*\*— (2002), «Humanismo y antropología. La *Coronica y historia general del hombre* del doctor Plata», en Jesús M.<sup>a</sup> Nieto Ibáñez (ed.), *Humanismo y tradición clásica en España y América*, León, Universidad de León, págs. 395-412, esp. págs. 399-401 y 405-407.
- \*\*ROSELL, Cayetano (1852), *Historiadores de sucesos particulares*, I, Madrid, Rivadeneyra (B.A.E., XXI), págs. XIII-XVI.
- RUBIO ÁRQUEZ, Marcial, véase *Infantes, Víctor y Rubio Árquez, Marcial*.
- RUIZ PÉREZ, Pedro (1990), «Los repertorios latinos en la edición de textos áureos. La *Officina Poetica* de Ravisio Textor», en Pablo Jauralde, Dolores Noguera y Alfonso Rey, *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*, Londres, Tamesis Books, págs. 431-440.
- SALAS SALGADO, Francisco (1998), «Poemas latinos de preliminares en el Quinientos canario: Gaspar López Nuceda y Bernardino de Riberol», en Maurilio Pérez González (ed.), *Actas. Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, I, León, Universidad de León, págs. 633-646.
- SALAZAR, Ambrosio de (1943), *Tesoro de diversa lección*, Madrid, Atlas (Colección Cisneros, 28).
- SALVÁ Y MALLÉN, Pedro (1872), *Catálogo de la Biblioteca Salvá*, II, Valencia, Ferrer de Orga.
- SAN GEMINIANO, Dominico da (1503), *Super I Libro Decreti* [¿s.l., s.i.?] (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. 142/79).
- SANCHEZ, José (1961), *Academias literarias del Siglo de Oro español*, Madrid, Gredos (Biblioteca Románica Hispánica, II. Estudios y Ensayos).
- SÁNCHEZ, Juan Manuel (1913-1914), *Bibliografía aragonesa del siglo XVI*, 2 vols., Madrid, Imprenta Clásica Española.
- SÁNCHEZ, Manuel Ambrosio (1993), «La *similitudo* en la literatura española: de la Edad Media al Renacimiento», *Criticón*, 58, págs. 169-183.
- SANTA CRUZ, Melchor de (1996), *Floresta española*, ed. de Maximiliano Cabañas, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 411).
- (1997), *Floresta española*, ed. de M.<sup>a</sup> Pilar Cuartero Sancho y Maxime Chevalier, Barcelona, Crítica (Biblioteca Clásica, 40).
- SAVELLI, Rodolfo (1974), *Catalogo del Fondo Canevari della Biblioteca Berio di Genova*, Florencia, La Nuova Italia Editrice.

SAVOYE FERRERAS, Jacqueline, véase *Ferreras, Jacqueline*.

\*\*SCARAMUZZA VIDONI (1989), Mariarosa, *Retorica e narrazione nella «Historia imperial» di Pero Mexía*, Roma, Bulzoni.

— (1998), *Deseo, imaginación, utopía en Cervantes*, Roma, Bulzoni («Diagonal». Studi di Letteratura Spagnola, 4).

\*\*SCHUSTER, Edward James (1960), «Pedro de Mexía and Spanish Golden Age Historiography», *Renaissance News*, XIII, págs. 3-6.

SCHWARTZ, Lía (1992), «El diálogo en la cultura áurea: de los textos al género», *Ínsula*, 542, págs. 1-2 y 27-28.

\*\*SELIG, Karl Ludwig (1957), «Pero Mexía's *Silva de varia lección* and Horapollo», *Modern Language Notes*, LXXII, págs. 351-356.

SÉNECA, Lucio Anneo (1942), *Dialogues, III. Consolations*, ed. de René Waltz, París, Les Belles Lettres.

— (1961<sup>2</sup>), *Questions naturelles*, II, ed. de Paul Oltramare, París, Les Belles Lettres.

SEVILLA ARROYO, Florencio (1992), «Los “diálogos” narrativos: entre novela y coloquio», *Ínsula*, 542, págs. 15-19.

— (1997), «Diálogo y novela en el *Viaje de Turquía*», *Revista de Filología Española*, LXXVII, págs. 69-87.

SHORT-TITLE CATALOG (1970), *Short-Title Catalog of books printed in Italy and of books in Italian printed abroad (1501-1600), held in selected North American Libraries*, 2, Boston (Massachusetts), G. K. Hall & Co.

\*\*SILVERMAN, Joseph H. (1969), «Plinio, Pedro Mejía y Mateo Alemán: La enemistad entre las especies hecha símbolo visual», *Papeles de Son Armadans*, LII, págs. 30-38.

SIMÓN DÍAZ, José (1971), *La bibliografía. Conceptos y aplicaciones*, Barcelona, Planeta.

— (1983), *El libro español antiguo. Análisis de su estructura*, Kassel, Edition Reichenberger.

\*\*— (1984), «Pedro Mejía», en *Bibliografía de la literatura hispánica*, XIV, Madrid, C.S.I.C., págs. 499-517.

SOCAS, Francisco (1998), (ed.), Eneas Silvio Piccolomini, *La Europa de mi tiempo (1405-1548)*, Sevilla, Universidad (Historia y Geografía, 31).

SOLERVICENS, Josep (1997), *El diàleg renaixentista: Joan Lluís Vives, Cristòfor Despuig, Lluís del Milà, Antoni Agustí*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat (Biblioteca Serra d'Or, 175).

SOLÍS DE LOS SANTOS, José (1997), «Escritos sobre biblioteca en el Siglo de Oro», en José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea y Luis Charlo Brea (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Luis Gil*, II.3, Cádiz, Universidad de Cádiz, Ayuntamiento de Alcañiz, Gobierno de Aragón e Instituto de Estudios Turolenses, págs. 1205-1216.

- SOONS, Alan C. (1976), *Haz y envés del cuento risible en el Siglo de Oro*, Londres, Tamesis Books.
- SPADACCINI, Nicholas (1982), (ed.), Miguel de Cervantes, *Entremeses*, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 162).
- STEVENSON, E. (1966), *Inventario dei libri stampati palatino-vaticani*, II.1, Roma y Nieuwkoop, B. de Graaf.
- SUETONIO TRANQUILO, Cayo (1964-1970), *Vida de los doce Césares*, 4 vols., ed. de Mariano Bassols de Climent, Barcelona, Alma Mater.
- TERENCIO AFER, Publio (1956), *Heautontimoroumenos. Phormion*, ed. de J. Marouzeau, París, Les Belles Lettres.
- TICKNOR, M. G. (1851), *Historia de la literatura española*, II, Madrid, Rivadeneyra.
- TISCORNIA, E. F. (1995<sup>3</sup>), (ed.), Gonzalo Argote de Molina, *El «Discurso sobre la poesía castellana»*, pról. de José Romera, Madrid, Visor Libros (Biblioteca Filológica Hispana, 6).
- TRUEBA LAWAND, Jamile (1996), *El arte epistolar en el Renacimiento español*, Madrid, Editorial Támesis.
- \*\*TURNER, Philip A. (1949), «Sobre Pedro Mexía en Inglaterra», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, III, págs. 275-278.
- \*\*VALBUENA PRAT, Ángel (1968<sup>8</sup>), *Historia de la literatura española*, 4 vols., Barcelona, Gustavo Gili, I, págs. 468-470.
- VALDÉS, Juan de (1969), *Diálogo de la lengua*, ed. de Juan M. Lope Blanch, Madrid, Editorial Castalia (Clásicos Castalia, 11).
- (1984), *Diálogo de la lengua*, ed. de Cristina Barbolani, Madrid, Cátedra (Letras Hispánicas, 153).
- VALENTÍ, Eduard, GALÍ, Neus y TIerno GALVÁN, Enrique (1990), *Dichos y proverbios del mundo clásico*, Barcelona, Crítica.
- VARRÓN, Marco Terencio (1985-1997), *Économie rurale*, II-III, ed. de Charles Guiraud, París, Les Belles Lettres.
- VERNANT, Denis (1997), «Dialectique, forme dialogale et dialogique», en Daniel Luzzati, Jean-Claude Beacco, Reza Mir-Samii, Michel Murat y Martial Vivet (eds.), *Le Dialogique. Colloque international sur les formes philosophiques, linguistiques, littéraires et cognitives du dialogue, organisé par le Département de Lettres Modernes de l'Université du Maine. 15-16 septembre 1994*, Bern, Peter Lang, págs. 11-26.
- VIAN HERRERO, Ana (1982), *Diálogo y forma narrativa en «El Crotalón»: Estudio literario, edición y notas*, 3 vols., Madrid, Universidad Complutense.
- (1987), «La mimesis conversacional en el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés», *Criticón*, 40, págs. 45-79.
- (1988a), «Fábula y diálogo en el Renacimiento: confluencia de géneros en el *Coloquio de la mosca y la hormiga* de Juan de Jarava», *Arcadia. Estudios y textos dedicados a Francisco López Estrada*, *Dicenda*, 7, págs. 449-494.

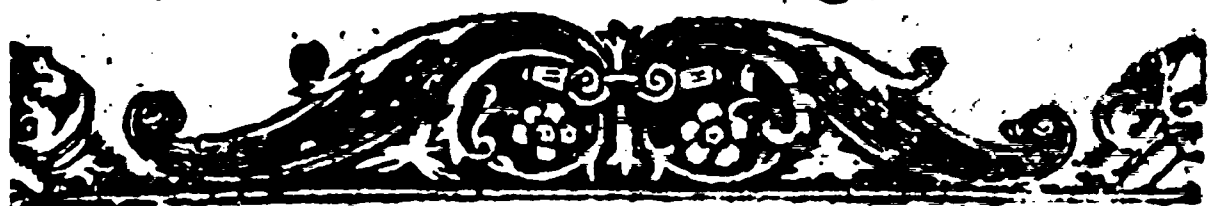
- (1988b), «La ficción conversacional en el diálogo renacentista», *Edad de Oro*, VII, págs. 173-186.
- (1991), «El *Libro de vita beata* de Juan de Lucena como diálogo literario», *Bulletin Hispanique*, 93, págs. 61-105.
- (1992), «El diálogo como género literario argumentativo: imitación poética e imitación dialógica», *Ínsula*, 542, págs. 7-10.
- (1993), «El diálogo literario en América en el siglo XVI», en Alan Deyermond y Ralph Penny (eds.), *Actas del Primer Congreso Anglo-Hispano*, II, Madrid, Castalia, págs. 193-215.
- (1994a), (ed.), *Diálogo de las transformaciones de Pitágoras*, Barcelona, Sirmio-Quaderns Crema (El Bosque de Aristarco, 3).
- (1994b), *El «Diálogo de Lactancio y un arcidiano» de Alfonso de Valdés: obra de circunstancias y diálogo literario. Roma en el banquillo de Dios*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail (Anejos de Criticón, 3).
- (1994c), «El *Diálogo intitulado el Capón* tras la huella de *Celestina*: Una vez más, una cuestión de género», *Celestinesca*, 18/2, págs. 75-111.
- (1994d), «La más íntima ley formal del ensayo es la herejía. Sobre su condición dialógica», *El ensayo, Compás de letras*, 5, págs. 45-66.
- (1994e), «Los personajes de los diálogos y su forma expresiva: la opinión de las retóricas áureas», en Francis Cerdan (ed.), *Hommage à Robert Jammes*, III, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail (Anejos de Criticón, 1), págs. 1171-1181.
- (1995), «El diálogo en España en la época de Cisneros», en J. Pérez (ed.), *La hora de Cisneros*, Madrid, Editorial Complutense, págs. 97-107.
- (1999), «Luciano reformista y latino en *El Crotalón*», *Iberorromania*, 50, págs. 28-57.
- (2000), «Interlocutoras renacentistas en diálogos hispano-flamencos: la irrupción del personaje femenino en la tradición de los coloquios escolares», en Werner Thomas y Robert A. Verdonk (eds.), *Encuentros en Flandes. Relaciones e intercambios hispanoflamencos a inicios de la Edad Moderna*, Lovaina y Soria, Leuven University Press y Fundación Duques de Soria, págs. 157-192.
- (2001a), «Algunas técnicas literarias de Andrés Laguna en la descripción de simples. Las anotaciones a Dioscórides y la tradición y retórica greco-bizantina», en Juan Luis García Hourcade y Juan Manuel Moreno Yuste (eds.), *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista. Congreso Internacional. Segovia, 22-26 de noviembre de 1999*, Valladolid, Junta de Castilla y León-Consejería de Educación y Cultura, págs. 205-237.
- (2001b), «La rebelión literaria de las cotorras mudas: modelos de interlocutora femenina en la historia del diálogo», en Antonio Lara (ed.), *Homenaje a Elena Catena*, Madrid, Castalia, págs. 505-526.



- (2001c), «Voces áureas. La prosa. Problemas terminológicos y cuestiones de concepto», *Criticón*, 81-82, págs. 143-155.
- (2001d), «Interlocución y estructura de la argumentación en el diálogo: algunos caminos para una poética del género», *Criticón*, 81-82, págs. 157-190.
- (2003), «Hablar a la oreja en los diálogos del siglo xvi: El aparte frente al lector», en J. L. Girón, F. J. Herrero, S. Iglesias y A. Narbona (eds.), *Estudios ofrecidos al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, 2 vols., Madrid, Editorial Complutense, II, págs. 1311-1325.
- VIANELLO, Valerio (1993), *Il «giardino» delle parole. Itinerari di scrittura e modelli letterari nel dialogo cinquecentesco*, Roma, Jouvence Società Editoriale (Materiali e Ricerche, Nuova Serie, 21. Collana della Facoltà di Lettere e Filosofia dell'Università di Venezia in San Sebastiano, Sezione di Studi Filologico-Letterari, 7).
- VILANOVA, Antonio (1968<sup>2</sup>), «Preceptistas españoles de los siglos xvi y xvii», en Guillermo Díaz-Plaja (ed.), *Historia general de las literaturas hispánicas*, III, Barcelona, Vergara, págs. 565-692.
- VINDEL, Francisco (1930), *Manual gráfico-descriptivo del bibliófilo hispanoamericano (1475-1850)*, V, Madrid, J. Góngora.
- VIRGILIO MARÓN, Publio (1963<sup>3</sup>), *Géorgiques*, ed. de E. de Saint-Denis, París, Les Belles Lettres.
- (1970), *Énéide*, VII-XII, ed. de René Durand y André Bellessort, París, Les Belles Lettres.
- VIVES, Juan Luis (1785), *De causis corruptarum artium*, en *Opera omnia*, VI, Valencia, Benito Monfort (Biblioteca Universitaria de Sevilla, signat. FD 127).
- VOLATERRANO, Rafael, véase *Maffei, Raffaello*.
- WAGNER, Klaus (1979), *El doctor Constantino Ponce de la Fuente. El hombre y su biblioteca*, Sevilla, Diputación Provincial.
- \*\*— (1989), «A propósito de unos libros de la propiedad de Pero Mexía», *Archivo Hispalense*, LXXII, págs. 249-251.
- YNDURAIN, Domingo (1978), «Cuento risible, folklore y literatura en el siglo de oro», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 34, págs. 109-136.
- (1988), «Las cartas en prosa», en Víctor García de la Concha (ed.), *Literatura en la época del Emperador*, Salamanca, Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia. Academia Literaria Renacentista, 5), págs. 53-79.
- (1994), *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, Cátedra (Crítica y Estudios Literarios).



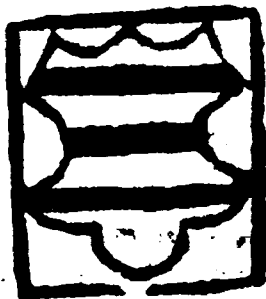
Con priuilegio.



# Los dialogos

o Coloquios del Magnifico cauallero Pero Beria Coronista de su. A. nue-  
uamēte corregidos por el,  
y añedido vn excelēte trata-  
do de Ysocrates filosofo  
llamado parenesis o exorta-  
cion a virtud. Traduzido de  
Latin en Castellano por el  
mismo Pero meria. Son o-  
dicados al yllustrissimo se-  
ñor don Perafan o Ribera  
Marques de Tarifa. 76.

M. D. xlviii.



Portada de la segunda edición sevillana de los *Diálogos*,  
Sevilla, Dominico de Robertis, 1548 (S2)

## Abreviaturas y siglas

- 1760-1765: Pedro Mejía, *Diálogos eruditos...*, Savilla [sic], Hernando Díaz, 1570. Edición contrahecha hacia 1760-1765 [Biblioteca Nacional de Madrid, U-6021].
- 1767: Pedro Mejía, *Diálogos...*, Madrid, Francisco Javier García, 1767 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-17196].
- 1928: Pedro Mejía, *Diálogos...*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones/Librería Fernando Fe [1928] [Biblioteca Nacional de Madrid, 7/102243].
- 1930: Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, ed. de Margaret L. Mulroney, Iowa City, The University, 1930 (University of Iowa Studies in Spanish Language and Literature, 1) [Biblioteca Nacional de Madrid, V/c. 7083-14].
- 1947: Pedro Mejía, *Diálogos...*, Sevilla, Librería Editorial Hispalense, 1947 (Bibliófilos Sevillanos, 1) [Biblioteca Nacional de Madrid, 4/103859].
- 1959: Pedro Mejía, *Coloquios...*, Madrid, Ediciones Ibéricas, 1959 [Biblioteca Nacional de Madrid, 1/21318].
- A1: Pedro Mejía, *Coloquios o Diálogos*, Amberes, Martín Nucio, 1547 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-2441].
- A2: Pedro Mejía, *Coloquios o Diálogos*, Amberes, Viuda de Martín Nucio, 1561 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-8350].
- Autoridades: Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, 3 vols., Madrid, Gredos, 1979, ed. facsímil.
- Biblia: *Sagrada Biblia*, ed. y trad. de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, Madrid, Editorial Católica, 1963<sup>14</sup> (Biblioteca de Autores Cristianos).
- Corominas: Joan Corominas y José A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid, Gredos, 1980-1991.

*Covarrubias:* Sebastián de Covarrubias Horozco, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. de Felipe C. R. Maldonado, Madrid, Castalia, 1995<sup>2</sup> (Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 7).

*Diálogos:* Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, ed. de Antonio Castro Díaz, Madrid, Cátedra, 2004 (Letras Hispánicas, 568).

Como hemos indicado en los criterios editoriales, cuando se trata del texto de la obra, los envíos a nota se realizan aludiendo primero al título de la misma —*Diálogos*— y especificando después en romano el número de orden de la pieza dialogada, en arábigo la parte de esta —si cuenta con más de una— y en cifra volada el número de la nota. Así, por ejemplo, con la referencia «*Diálogos*, IV, 1<sup>36</sup>» remitimos a la nota 36 que se encuentra en la primera parte del diálogo IV —el «Coloquio del Porfiado»— de la obra de Mejía (la letra P remite a los preliminares). Los envíos a las notas de la Introducción se realizan por el mismo sistema, con el único cambio de la referencia introductoria —en lugar de *Diálogos*, se indica *Introducción*—, de manera que cuando enviamos a «*Introducción*<sup>30</sup>», nos estamos refiriendo a la nota 30 de nuestra Introducción. Esta división bipartita —*Introducción* y *Diálogos*— está especificada en los encabezados de página.

*DRAE:* Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992<sup>22</sup>.

*Introducción:* Véase la sigla *Diálogos*.

*Keniston:* Hayward Keniston, *The syntax of Castilian prose. The sixteenth Century*, Chicago, The University of Chicago Press, 1937.

*S1:* Pedro Mejía, *Coloquios o Diálogos...*, Sevilla, Dominico de Robertis, 1547 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-31700].

*S2:* Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios...*, Sevilla, Dominico de Robertis, 1548 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-13342].

*S3:* Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios...*, Sevilla, Cristóbal Álvarez, 1551 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-2898 y R-1583].

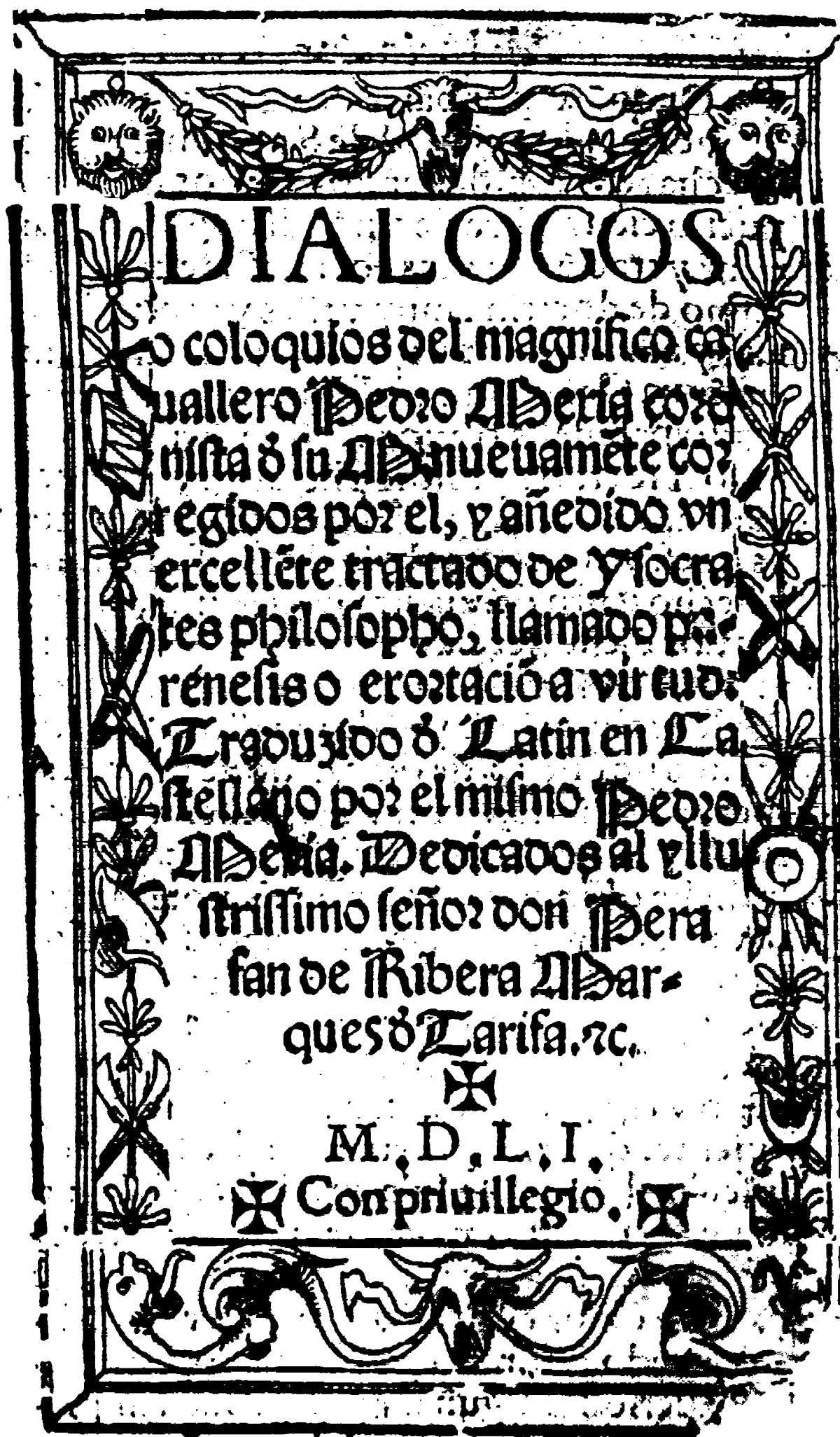
*S4:* Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios...*, Sevilla, Sebastián Trugillo, 1562 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-10465].

*S5:* Pedro Mejía, *Diálogos...*, Sevilla, Hernando Díaz, 1570 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-4620].

*S6:* Pedro Mejía, *Diálogos...*, Sevilla, Fernando Díaz, 1580 [Biblioteca Nacional de Madrid, 11180].

*S7:* Pedro Mejía, *Colloquios o Diálogos...*, s.l., s.i., s.a [Biblioteca Nacional de Madrid, R-3798].

- Silva*: Pedro Mexía, *Silva de varia lección*, 2 vols., ed. de Antonio Castro Díaz, Madrid, Cátedra, 1989-1990 (Letras Hispánicas, 264 y 288).  
Citamos el texto de la obra señalando el volumen en romano y la página en arábigo; así, cuando indicamos «*Silva*, II, 290» estamos aludiendo a la pág. 290 del tomo II. Sin embargo, las referencias a las notas van especificadas mediante la consignación de la parte de la obra en romano, el capítulo en arábigo y la nota en número volado; de manera que cuando enviamos a «*Silva*, IV, 15<sup>49</sup>», estamos remitiendo a la nota 49 del capítulo XV de la cuarta parte de la *Silva*. Con la letra P nos referimos a la parte de *Preliminares*.
- Vulgata*: *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam*, ed. de Alberto Colunga y Lorenzo Turrado, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1999<sup>10</sup>.
- Z1: Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, Zaragoza, Bartolomé de Nágera, 1547 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-3816].
- Z2: Pedro Mejía, *Diálogos o Coloquios*, Zaragoza, Viuda de Bartolomé de Nágera, 1562 [Biblioteca Nacional de Madrid, R-7861].



Portada de la tercera edición sevillana de los *Diálogos*,  
Sevilla, Cristóbal Álvarez, 1551 (S3)

DIÁLOGOS o COLOQUIOS  
del magnífico cavallero Pedro Mexía,  
coronista de Su Magestad,  
nuevamente corregidos por él,  
y añedido un excellente tractado  
de Isócrates, philósopho,  
llamado *Parénesis o exortación a virtud*,  
traduzido de latín en castellano  
por el mismo Pedro Mexía.  
Dedicados al ilustríssimo señor  
don Perafán de Ribera,  
marqués de Tarifa, etc.

+

MDLI.

+ Con privilegio<sup>1</sup>+

---

<sup>1</sup> Aunque con distinta distribución por líneas, reproducimos aquí el texto de la portada de S3 (Sevilla, Cristóbal Álvarez, 3 de enero de 1551), que se halla enmarcado por cuatro planchas con diversos motivos ornamentales. Las portadas de las restantes ediciones del siglo XVI son del siguiente tenor:

S1 (Sevilla, Dominico de Robertis, 7 de abril de 1547): «Con priuilegio. [Orla de adorno en seis planchas. Y en el centro:] Coloquios o / Dialogos nueuamente cõ / puestos por el Magnífico / Cauallero Pero Mexia / Uezino de Seuilla enlos / quales se disputan y tratã / varias y diuersas cosas d' / mucha erudicion y doctri / na. Son dedicados al / Illustrissimo Señor don / Perafan de Ribera Mar / ques de Tarifa, Adelanta / do mayor del Andaluzia. / τc. M.D.xlvij» (h. 1r.) [Las inscripciones van a dos tintas y en la parte inferior de la orla se halla un pequeño escudo de armas, con tres franjas horizontales].

Z1 (Zaragoza, Bartolomé de Nágera, 7 de noviembre de 1547): [Orla a cuatro planchas, con motivos vegetales y figuras, y en el centro, a dos tintas:] «COLOQVIOS / o dialogos nueuamente compue / stos por el Magnifico cauallero / PERO MEXIA vezino / de Seuilla, enlos quales se dispu- / tan y

tratan varias y diuersas co- / sas de mucha erudicion y doctri- / na. Son dedicados al Illustrissi- / mo señor dō Perafan de Ribera, / Marques de Tarifa, Adelantado / mayor del Andaluzia. etc. / CON LICENCIA / y facultad de los señores: el Licen / ciado Areualo Inquisidor y Pro- / uisor general del arçobispado de / Seuilla, y el Licenciado del coro / assi mismo Inquisidor. Siendo vi / stos y examinados por su comis / siō y mandado, por el Rector y / colegiales del colegio de Santo / Thomas de Aquino» (h. 1r.).

A1 (Amberes, Martín Nucio, 1547): «Coloquios o Di- / ALOGOS NVE- VAMENTE COM- / puestos por el magnifico Cauallero Pero Mexía, / vezino de Seuilla, en los quales se disputan y tra- / tan varias y diuersas cosas de mucha erudi- / cion y doctrina. Son dedicados al illus- / trissimo Señor don Perafan de Ri / bera Marques de Tarifa, Ade- / lantado mayor del An- / daluzia. &cet. / M.D.xlvij. / [Marca del impresor, que representa, dentro de una orla, a dos aves que sostienen un pez en sus respectivos picos, con un paisaje marino al fondo. Y debajo:] / EN ENVERES, / En casa de Martin Nucio» (hoja 1r.).

S2 (Sevilla, Dominico de Robertis, 22 de agosto de 1548): «Con priuilegio. / [Orla de seis planchas en torno a la siguiente inscripción, hecha a dos tintas:] Los dialogos / o Coloquios del Magnifi- / co cauallero Pero Mexía / Coronista de su. M. nue- / uamēte corregidos por el, / y añedido vn excelēte trata / do de Ysocrates filosofo / llamado parenesis o exorta / cion a virtud. Traduzido de / Latin en Castellano por el / mismo Pero Mexia. Son d' / dicados al yllustrissimo se- / ñor don Perafan d' Ribera / Marques de Tarifa. τc. / M.D.xlvij» (hoja 1r.) [En la plancha inferior de la orla se encuentra un escudo de armas en tamaño pequeño, igual al señalado en la portada de S1].

A2 (Amberes, Viuda de Martín Nucio, 1561): «COLOQVIOS / O DIALO- / GOS COMPVESTOS / POR EL MAGNIFICO CA- / uallero Pero Mexia, vezino de / Seuilla, en los quales se dispu- / tan y tratan varias y diuer- / sas cosas de mucha eru / dicion y doctrina. / Al Illustrissimo Señor don Perafan / de Ribera Marques de Tarifa &c. / [Escudo del impresor con una orla ovalada, dispuesta en sentido vertical, en donde se representa a una cigüeña que llega al nido y da de comer a su cría una culebra que trae en el pico. Alrededor de la orla hay una banda con una leyenda en latín, que dice «TVTISSIMA VIRTUS. PIETAS HOMINI». Y debajo:] EN ANVERS, / En casa de la Biuda de Martin / Nucio, Año M.D.LXI. / Con gracia y preuilegio Real» (h. 1r.).

Z2 (Zaragoza, Viuda de Bartolomé de Nágera, 13 de febrero de 1562): [Orla a cuatro planchas, con motivos vegetales y figuras. Y en el centro:] «COLOQVIOS O / Dialogos nueuamente compue / stos por el Magnifico cauallero / PERO MEXIA vezino de / Seuilla, en los quales se disputan / y tratan varias y diuersas cosas / de mucha erudicion, y doctri- / na. Son dedicados al Illustrissi- / mo Señor don Perafan de Ribe- / ra, Marques de Tarifa, Adelanta / do mayor del Andaluzia, &c. / CON LICENCIA Y / facultad de los señores: el Licen- / ciado Areualo Inquisidor y Pro / uisor general del Arçobispado / de Seuilla, y el Licēciado del co / ro assi mismo Inquisidor. Siēdo / vistos y examinados por su co- / mission y mādado, por el rector / y colegiales del colegio de San- / cto Thomas de Aquino» (h. 1r.).

S4 (Sevilla, Sebastián Trugillo, 14 de noviembre de 1562): [Grabado en forma de retablo en cuatro planchas. Y en el centro, a dos tintas:] «Dialogos o / Coloquios del magnifico / cauallero Pero Mexia coronista / de su. M. nueua-

mente corri- / dos por el, y añedido vn excellen / te tractado de Ysocrates  
philoso / pho: llamado Parenesis o exorta / cion a virtud. Traduzido de La /  
tin en castellano porel mismo Pe / ro Mexia. Dedicados al yllu- / strissimo se-  
ñor Don Perafan / de Ribera Marques de / Tarifa. ꝛc. / M.D.L.X.II. / Con  
priuilegio. / Esta tassado en vn Real» (h. a<sub>1</sub>r.).

S5 (Sevilla, Hernando Díaz, 10 de enero de 1570): «DIALOGOS / DEL  
MVY MAGNIFICO CA- / uallero Pero Mexia. Agora nueua- / mente enmen-  
dados. / CON PRIVILEGIO. / [Grabado de gran formato, que ocupa la ma-  
yor parte de la página, con el retrato del autor, copiado del que figura en el li-  
bro de Francisco Pacheco, aunque la imagen mira hacia la derecha —al revés  
que en el original— y existen algunas otras pequeñas variaciones. Se ha añadi-  
do aquí, en la parte superior izquierda del dibujo, un pequeño escudo de ar-  
mas. Y al pie se lee:] En Seuilla en casa de Hernando Díaz en la / calle de la  
Sierpe. Año. 1570» (h. A<sub>1</sub>r., con la vuelta en blanco).

S6 (Sevilla, Fernando Díaz, 1580): «DIALOGOS / DEL ILLVSTRE / Caua-  
llero Pero Mexia. Agora nueua- / mente emendados. / [Grabado con el retra-  
to del autor, que ocupa la mayor parte de la página, idéntico al de la edición  
de 1570. Y al pie:] / CON PRIVILEGIO. / En Seuilla en casa de Fernando  
Diaz: / Esta tassado en Real y Medio» (h. A<sub>1</sub>r., con la vuelta en blanco).

S7 (s.l., s.i., s.a.): [Orla rectangular de cuatro planchas, con adornos geomé-  
tricos y vegetales; y en el interior, a dos tintas, roja y negra:] «¶ Collo- / quios,  
o Dialo- / gos nueuamēte cōpuestos / por el Magnifico cauallero / PERO ME-  
XIA, vezino de / Seuilla. En los quales se / disputan y tratã varias y di / uersas  
cosas de mucha eru- / diciō y doctrina. Dirigidos / al Illustrissimo señor dō Pe /  
/ rafan de Ribera / Marques / de Tarifa, Adelantado ma- / yor del Andaluzia.  
ꝛc. / ¶ Vistos y examinados por man- / dado delos señores Inquisidores, / de  
la ciudad d' Seuilla, por los muy / Reuerendos, Rector y colegiales / del cole-  
gio de sancto Thomas de / Aquino, de la misma ciudad» (h. 1r.).

Como se puede comprobar, Z1 reproduce en su portada el texto de la de  
S1, añadiéndole la segunda parte del colofón de esa misma *editio princeps*, con  
algunas variantes. A1 copia también la portada de S1, agregando el escudo del  
editor y, debajo, el pie de imprenta. El texto de las portadas de S2 y S3 difiere  
del de las tres ediciones anteriores, pero son bastante parecidos entre sí.

Tal como transcribimos en nuestra edición, tras la portada (h. 1r.), S3 repro-  
duce el privilegio de impresión (hs. 1v.-2r.), la tasa (h. 2r.), la carta nuncupato-  
ria al marqués de Tarifa (hs. 2v.-3v.) y el encomiástico poema latino de Gaspar  
López (h. 4r.), comenzando a continuación, en esta misma hoja y cara, el en-  
cabezamiento del diálogo primero.

En las restantes ediciones del siglo xvi, los preliminares están dispuestos de  
la siguiente manera: Detrás de la portada (h. 1r.), S1 incluye el poema lauda-  
torio de Gaspar López y una «Tabla de los coloquios» (h. 1v.); a continuación  
imprime la «Epistola nuncupatoria» (hs. 2r.-3v.) y un «Aviso de los errores de  
la impression» (h. 4r.), comenzando el primero de los diálogos al dorso  
(h. 4v.). En Z1 aparece, tras la portada (h. 1r.), el poema de Gaspar López (h. 1v.)  
y la «Epistola nuncupatoria» (hs. 2r. y v.). Después de la portada (h. 1r.),  
A1 trae el poema de Gaspar López (h. 1v.) y la «Epistola nuncupatoria» (hs. 2r.-3r.),  
comenzando en esta última hoja y cara el argumento del diálogo primero.  
A continuación de la portada (h. 1r.), S2 reproduce el privilegio de impresión  
(hs. 1v.-2r.), la «Carta nuncupatoria» (h. 2r.-3v.), el poema encomiástico de



Gaspar López y una «Tabla de los coloquios» (h. 4r.). Al dorso de la portada (h. 1r.), A2 imprime el poema latino de Gaspar López (h. 1v.) y la carta nuncupatoria al marqués de Tarifa (hs. 2r.-3v.). Por su parte, Z2 presenta, tras la portada (h. 1r.), el poema a los lectores de Gaspar López (h. 1v.) y la epístola nuncupatoria (hs. 2r. y v.). La edición S4 presenta, al dorso de la portada (h. A<sub>1</sub>r.), una licencia y privilegio de impresión a favor de Francisco Mejía, hijo del autor, por 10 años (hs. a<sub>1</sub>v.-a<sub>2</sub>v.), la prórroga del privilegio y licencia, por otros 10 años, al mismo Francisco Mejía (h. a<sub>3</sub>r.), el visto bueno del Dr. Francisco Meléndez, la licencia del Provisor de Sevilla, Juan de Ovando (h. a<sub>3</sub>v.), dos sonetos anónimos (en realidad, de Gutierre de Cetina) a la muerte de Pedro Mejía (h. a<sub>4</sub>r.), la carta nuncupatoria dirigida por el autor a don Perafán de Ribera, marqués de Tarifa (hs. a<sub>4</sub>v.-1v.) y el poema «Gasparis Lupi ad studiosum lectorem hexastichon» (h. 2r.). La vuelta de la portada (h. A<sub>1</sub>) de S5 está en blanco, tras lo cual, aparecen: prórroga del privilegio de impresión, por diez años, concedida a Francisco Mejía (hs. A<sub>2</sub>r.-A<sub>3</sub>r.), prórroga de la licencia y privilegio, por otros 10 años (h. A<sub>3</sub>v.), nueva prórroga de la licencia y privilegio por 10 años más, a Francisco Mejía (h. A<sub>4</sub>r. y v.), dos sonetos (de Gutierre de Cetina) a la muerte de Pedro Mejía (h. A<sub>5</sub>r.), la carta nuncupatoria del autor, dirigida a don Perafán de Ribera, marqués de Tarifa (hs. A<sub>5</sub>v.-1v.) y el poema latino de Gaspar López (h. 2r.). La edición S6, tras la portada (h. A<sub>1</sub>r., con la vuelta en blanco), trae los siguientes preliminares: nueva prórroga de la licencia y privilegio por 6 años a Francisco Mejía (hs. A<sub>2</sub>r.-A<sub>3</sub>r.), prórroga a Francisco Mejía por 10 años (hs. A<sub>3</sub>v.-A<sub>4</sub>r.), prórroga de la licencia y privilegio por 10 años a Francisco Mejía (hs. A<sub>4</sub>v.-h. 1v.), dos sonetos de Gutierre de Cetina a la muerte de Pedro Mejía (h. 2r. y v.), la epístola nuncupatoria del autor al marqués de Tarifa (hs. 3r.-4r.) y el poema de Gaspar López (h. 4v.). Finalmente, tras la portada (h. 1r.), los preliminares de S7 se disponen así: el poema latino de Gaspar López a los lectores y una «Tabla de los coloquios» (h. 1v.), tras lo cual aparece la epístola nuncupatoria al marqués de Tarifa (h. 2r. y v.).

## El príncipe<sup>2</sup>

Por quanto por parte de vos, Pero Mexía, vezino de la ciudad de Sevilla, me fue hecha relación, diziendo que vos avéis compuesto<sup>3</sup> cierta obra de unos diálogos que contienen y tractan diversas cosas, assí de erudición como de doctrina, muy útiles y provechosas, y assí mesmo avéis traduzido de latín en lengua castellana un breve tractado, llamado *Parénesis o exortación a virtud*<sup>4</sup>, que compuso Isó-

---

<sup>2</sup> Se trata, obviamente, del futuro rey Felipe II, a la sazón príncipe heredero y gobernador de los reinos peninsulares por ausencia de su padre, el emperador Carlos V. El presente documento es el privilegio de impresión, que autoriza a su autor para publicar en exclusiva una obra durante un tiempo concreto y en un determinado ámbito geográfico (Moll [1979: 55-57]). Este privilegio aparece en S2 y S3; quizás no se incluyese en S1 —aunque se anuncia en la portada— por estar todavía en trámite la petición del documento oficial. Z1 y A1, por seguir a S1 y ser estampaciones muy tempranas —realizadas, además, fuera de Castilla—, no lo incluyen tampoco, comportamiento que se generaliza en las impresiones foráneas subsiguientes. Lo omite también S7, lo que nos indica la posible fecha temprana en que debió de aparecer y el carácter fraudulento de esta edición. Las ediciones sevillanas posteriores a S3 —concretamente, S4 y S5, aunque no S6— lo sustituyen parcialmente por el privilegio de la *Historia imperial y cesárea*, fechado en 1545, al que suelen acompañar con sucesivas prórrogas a nombre de Francisco Mejía, hijo de nuestro autor (véase *Silva*, P<sup>3</sup>).

<sup>3</sup> S3: «avéis compuesto»; S2: «compusistes»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: Ø.

<sup>4</sup> La *Parénesis* apareció por primera vez en la segunda edición sevillana de los *Diálogos* —Dominico de Robertis, 1548 (S2). No se encuentra, por lo tanto, en ninguna de las tres ediciones anteriores, todas ellas de 1547 —Sevilla (S1), Zaragoza (Z1) y Amberes (A1).

crates, philósopho antiguo, el qual contiene muchas reglas morales, y en ello avéis puesto mucho trabajo de vuestra persona y hecho gasto de vuestra hazienda, suplicándome vos diesse licencia y facultad para que solamente vos o quien vuestro poder tuviere los podiessedes imprimir y vender en estos nuestros reinos por tiempo de diez o doze años primeros siguientes, o como la mi merced fuesse, y por quanto yo mandé ver y examinar la dicha obra, túvelo por bien y por la presente vos doy poder y facultad a vos, el dicho Pero Mexía, para que vos, o quien vuestro poder oviere<sup>5</sup>, podáis imprimir o vender las dichas obras y libros que de suso<sup>6</sup> se haze mención, por tiempo y espacio de quatro años primeros siguientes que corran y se cuenten desde el día de la fecha desta mi cédula en adelante, con que no lo podáis vender ni vendáis hasta que lo traigáis impreso al nuestro Consejo y en el justo se tasse lo que por ello oviéredes de aver. Y mando y defiendo<sup>7</sup> que, durante el dicho tiempo, otra persona ni personas algunas no lo<sup>8</sup> puedan imprimir ni vender, so

<sup>5</sup> *Para que vos, o quien vuestro poder oviere*: Hemos corregido el texto en esta frase, ya que S2-S3 dicen «para quien vos o vuestro poder oviere», lo cual carece de sentido. Para nuestra corrección nos hemos servido de la orientación proporcionada por una frase, prácticamente idéntica, que aparece un poco más arriba: «para que solamente vos o quien vuestro poder tuviere...».

<sup>6</sup> *Suso*: «Arriba» (*Autoridades* y *DRAE*, s.v. «suso»). Fue término muy utilizado durante la Edad Media (*Corominas*, s.v. «suso»), pero ya anticuado en el siglo XVI, según el parecer de Juan de Valdés en su *Diálogo de la lengua* (*Keniston*, 39.74). Es obvio que en el lenguaje jurídico-administrativo, con su tendencia arcaizante, se conservó durante mucho más tiempo (cfr. *Silva*, P<sup>16</sup>).

<sup>7</sup> *Defiendo*: *Defender* posee aquí el sentido de «prohibir», acepción que tuvo en castellano durante la Edad Media y que actualmente conserva el francés *défendre* (cfr. *Corominas*, s.v. «defender»).

<sup>8</sup> *Lo*: Así en S3, entendiendo que el pronombre sustituye al término «libro»; pero S2 dice «la», suponiendo que el término sustituido es «obra» (S1-Z1-A1-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 carecen de este preliminar). Todo el documento se mueve en este uso ambiguo de los pronombres personales átonos en relación con el género de los referentes a los que pretende aludir, fenómeno extensible a todos los pronombres en general que, con frecuencia, se registra en otros lugares de las obras de Mejía (así, por ejemplo, en *Silva*, I, 11<sup>30</sup>, 33<sup>16</sup>, 33<sup>32</sup>; II, 34<sup>5</sup>, 37<sup>30</sup>; y IV, 17<sup>30</sup>) y de otros autores (*Keniston*, 26.92).

pena que, si lo<sup>9</sup> vendieren o imprimieren, las tales personas ayan perdido y pierdan qualesquier libros y volúmenes<sup>10</sup> que ayan vendido o estovieren por vender en los dichos nuestros reinos y señoríos. E mando a los de nuestro Consejo, presidentes y oidores de las nuestras audiencias, alcaldes y alguaziles de la nuestra casa y corte y chancillerías, y a todos los corregidores, tenientes, asistentes y gobernadores, alcaldes y otros juezes y justicias qualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, y a cada uno y a qualquier dellos en sus lugares y jurisdicciones, que vos guarden y cumplan y executen esta mi cédula y todo lo en ella contenido, y contra el thenor y forma della no vayan ni passen ni consientan ir ni passar en tiempo alguno ni por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de diez mill maravedís para la nuestra cámara. Fecha en Alcalá, a doze días del mes de hebrero<sup>11</sup> de mill y quinientos y quarenta y ocho años.

---

<sup>9</sup> *Lo*: Ocurre lo mismo que en la nota anterior, pero aquí con las lecturas a la inversa; en S3 se lee «la» y en S2 «lo» (las restantes ediciones, como se ha dicho, carecen de este documento). Por coherencia con lo transcrito en el caso precedente, elegimos aquí también la forma «lo».

<sup>10</sup> *Volúmines*: «Volúmenes». La variante *volúmines* —que aparece en las dos ediciones en que se encuentra este privilegio de impresión, esto es, en S2 y S3— procede del sustantivo latino neutro *volumen*, cuyo genitivo *voluminis* posee la *-i-* temática que se conserva en el acusativo plural (*volumina*) y que —olvidando el verdadero género del vocablo— pudo haber originado un hipotético acusativo plural masculino en *\*volumines*. Con todo, el plural *volúmines* no es insólito en la época de Mejía; aparece también en Gonzalo Fernández de Oviedo, quien —opinando precisamente sobre la *Silva de varia lección* de Mejía— dice lo siguiente: «El nombre o título del libro me parece muy bien acumulado y puesto muy al propio y cual le debe tener un volumen semejante; porque [...], desechando o desviando la prolijidad de los originales (como prudente copilador), cogiendo la flor de tantas y tan suaves memorias y de tan notables lecciones, viésemos en breves renglones lo que muchos y grandes volúmenes contienen» (Fernández de Oviedo [1991: 94]).

<sup>11</sup> *Doze*: Así en S2; S3 dice «xij».

*Hebrero*: «Febrero». En las dos ediciones en que aparece este privilegio de impresión (S2 y S3), se lee «hebrero», con pérdida de la *F-* inicial latina y *h-* aspirada en proceso de ensordecimiento, fenómeno fonético característico del castellano, probablemente por influencia del sustrato lingüístico prerromano. «La forma popular *hebrero* es frecuente en los clásicos» (Corominas, s.v. «febrero»); se halla, por ejemplo, en Nebrija, Lope de Vega y (según *Autoridades*, s.v.

Yo, el príncipe.  
Por mandado de Su Alteza,  
Francisco de Ledesma<sup>12</sup>.

TASSADO POR LOS SEÑORES DE EL CONSEJO REAL  
EN UN REAL EN PAPEL<sup>13</sup>.

«hebrero») en el Inca Garcilaso. Tanto *Covarrubias* como *Autoridades* dan entrada a este término por *febrero* y *hebrero* —incluso el *DRAE* recoge *hebrero*, aunque como desusado—, si bien la forma *febrero* terminó imponiéndose por influencia culta del étimon latino *februarius*.

<sup>12</sup> Para aclaración sobre cargos, instituciones y nombres propios que aparecen en este documento oficial, véase *Silva*, P<sup>5-22</sup>. Francisco de Ledesma —secretario imperial de origen zamorano, que ya en 1534 era un cargo relevante dentro de la corte— firma también la prórroga del privilegio en la *Silva* (*Silva*, P<sup>6</sup>, y Fernández Álvarez [2000: 480]).

<sup>13</sup> Esta breve tasa aparece solo en S3. Las Cortes de Valladolid de 1558 impusieron que la tasa debía figurar obligatoriamente entre los preliminares; con ella se imponía el precio máximo en que se podía vender un libro y normalmente se calculaba por pliegos. Aquí, sin embargo, se valora el libro en su totalidad, «en papel» —indicando el material comúnmente utilizado en la impresión de libros, frente a la vitela o pergamino, mucho más caro—, antes de su encuadernación. Incluso añadiéndole el importe de esta última labor a la tasa inicial de un real, el precio de la obra alcanzaría un montante verdaderamente irrisorio, circunstancia que ocurría con casi todos los libros de aquella época. A este respecto, el ejemplar de la edición zaragozana de 1547 (Z1) existente en la biblioteca de la Real Academia Española (signatura R-71) trae en la portada una anotación manuscrita que dice: «Fray Gonçalo de la Peña compró este librete por dos reales. Año de MDxl...» (la cifra romana está borrada al final, pero —dada la fecha de publicación de esta edición (7 de noviembre de 1547)— cabe suponer que el año consignado debió de ser 1548 o 1549. Solo obras muy voluminosas, como el *Sermonario* de fray Diego de Yanguas (Madrid, 1602), en dos tomos, se vendió a 14 reales; las cartillas y silabarios escolares se tasaron entre 4 maravedís (tres céntimos de real) y 12 o 16 maravedís (estos últimos se consideraron precios abusivos) a lo largo de la segunda mitad del siglo xvi. La primera edición del *Quijote* (1605) —con 83 pliegos, esto es, con 664 páginas— se tasó en 8,5 reales (González de Amezúa y Mayo [1951: 358-360] y Escolar Sobrino [1998: 112, 158]; cfr. también Marsá [2001: 53] y Martín Abad [2003: 160-161]). El real —que era una «moneda de plata, del valor de 34 maravedís» (*DRAE*, s.v. «real») —poseía un valor adquisitivo bastante limitado; por ejemplo, en tiempos de Cervantes alcanzaba escasamente para adquirir tres docenas de huevos, pues —según se lee en el *Coloquio de los perros*—, un maravedí daba únicamente para mercar una sola de estas piezas: «Diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valía ciento y cincuenta escudos como un huevo un maravedí» (Cervantes [1980: II, 331]).

## Carta nuncupatoria para el ilustríssimo señor don Perafán de Ribera, marqués de Tarifa, en que le dedica la obra<sup>14</sup>

Bien conozco, ilustríssimo señor, que dedicar yo a vuestra señoría obra tan pequeña como son estos *Diálogos* míos, es tan poco el servicio que hago, que aun no merece gozar deste nombre, pero atrevíme a hazerlo porque es guardar la antigua y loable costumbre que en esto se ha tenido siempre, y porque tengo entendido de vuestra señoría, por experiencia de muchos años, que es más<sup>15</sup> inclina-

---

<sup>14</sup> Transcribimos aquí —excepción hecha de la leyenda inicial «Carta nuncupatoria»— el titular según aparece en S2-S3-S4-S5-S6. Sin embargo, S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 encabezan la epístola de la siguiente manera: «Al ilustríssimo señor el marqués de Tarifa, mi señor». Por su parte, en el correspondiente encabezado de páginas, S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 indican «Epístola nuncupatoria», en tanto que S2-S3-S4-S5-S6 consignan «Carta nuncupatoria».

Don Perafán de Ribera fue adelantado mayor de Andalucía, segundo marqués de Tarifa y primer duque de Alcalá de los Gazules. Desempeñó también los cargos de virrey de Cataluña y de Nápoles, donde murió en 1572. Amante de las letras y admirador de Erasmo, tradujo y publicó los *Apotegmas* del holandés (Amberes, Martín Nucio, 1549), reimpresos en 1552. Heredó los títulos de su tío don Fadrique Enríquez de Ribera —hombre piadoso, que peregrinó a Jerusalén e introdujo el Renacimiento italiano en Sevilla— y perteneció a la alta nobleza hispalense. Fue el suyo un linaje de magnates que destacaron por su filantropía y mecenazgo (cfr. el apartado 4.1 de nuestra Introducción —en donde analizamos los preliminares de la obra— e *Introducción*<sup>143</sup>).

<sup>15</sup> S3-S4-S5-S6: «es más»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «es muy más».

do a hazer merced que a receber servicio; y como yo en esto principalmente pretendo recibirla, en que con el ilustríssimo nombre de vuestra señoría esta obrezilla mía se defienda y haga acepta, como espero que con solo este título lo será, parescióme que seguramente podía hazerlo y que ni vuestra señoría se temía por deservido de mí ni nadie me culparía. La verdad es que, quando yo estos *Coloquios* escreví, nunca pensé tomar este atrevimiento de dedicarlos a vuestra señoría ni sacarlos en público, sino que, cansado algunas vezes de leer y sobrándome el tiempo en las noches largas del invierno passado (que, como vuestra señoría sabe, para mí lo son más que para otro), me quise ocupar en este exercicio, más por mi recreación y por provar la mano en este género de escriptura que por que creí que hazía cosa que meresciesse el acatamiento de vuestra señoría ni salir a luz<sup>16</sup>. Y como yo nunca encubro cosa destas a mis amigos, antes las hago para comunicarlas con ellos y por gastar el tiempo en exercicios que no sean culpables, viéronlos y leyéronlos algunos dellos y, mostrando que les agradavan, aconsejéronme y, podría

---

<sup>16</sup> Según dijimos, en parecidos términos —como ávido lector que pone sus conocimientos al servicio de sus conterráneos— se autorretrata Mejía en el proemio de la *Silva*: «Aviendo gastado mucha parte de mi vida en leer y passar muchos libros, y assí en varios estudios, parescióme que, si desto yo avía alcançado alguna erudición o noticia de cosas (que, cierto, es todo muy poco), tenía obligación a lo comunicar y hazer participantes dello a mis naturales y vezinos, escribiendo yo alguna cosa que fuesse común y pública a todos [...] Quanto estudio y trabajo me aya costado escrevir y ordenar esta obra y cuántos libros me fue necessario leer y ver para ello, esto remito yo al discreto y benigno lector, porque a mí no está bien encarescerlo» (*Silva*, I, 161, 164). También Pacheco lo pinta como un erudito austero y frecuentador de múltiples lecturas, que supo alternar con sus cargos públicos y obligaciones religiosas: «En su manjar i bebida era mui templado i guardava mucha igualdad. El sueño no passava de quatro oras, i si llegava a tres no se tenía por descontento. Sólo se hallava con fuerças para estudiar i escrevir, i para los exercicios del'alma, tanto más despierta quanto con mayor flaqueza el cuerpo. La mañana asistía en la iglesia, i lo que le sobraba del día gastava en los ministerios que tenía a su cargo; las noches eran todas de los libros, que como se recogía temprano i salía tarde, dormía tan pocas oras que le sobravan muchas que gastar en sus estudios» (Pacheco [1985: 310]).

dezir, me forçaron<sup>17</sup> a que los publicasse; y yo vine en hazerlo, porque me pareció que en parte era proseguir el intento que, en lo que a mí ha sido possible, he desseado y procurado, que es hazer participante a nuestra lengua castellana de algunas de las cosas de erudición y doctrina que la latina, para los que no la saben, tiene<sup>18</sup> escondido y secreto, porque en estos *Diálogos*, aunque en breve y llano estilo, se tractan dellas algunas, y también porque fuesen estos como muestra y prueba para que, si sucediere agradar y ser recebidos, dándome Dios fuerça para ello, prosiga en hazer el volumen mayor y en passar a nuestra lengua algunas cosas destas, de que injustamente, por culpa de sus naturales, está privada<sup>19</sup>. Assí que, ilustríssimo se-

<sup>17</sup> S3-S4-S5-S6: «forçaron»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «compelieron». La confesión de haber pasado la obra manuscrita a unos amigos y que estos le insistieron en que la publicase es una idea tópica que se repite con cierta frecuencia en otros autores de la época, según hemos indicado ya (cfr. Introducción, apartado 4.1.).

<sup>18</sup> *Tiene*: Así en S1-Z1-A1-S2, pero S3 dice, con claro error de concordancia, «tienen», transcripción que respeta Mulroney [1930: 19] y conservan algunas ediciones posteriores del siglo xvi (S4-S5-S6), pero que otras corrigen (A2-Z2-S7). La lectura *tienen* de S3, si no se debe a simple errata, puede provenir de una interferencia semántica del complemento plural de la oración anterior («las cosas de erudición y doctrina») con el verdadero sujeto de la proposición subordinada de relativo («la [lengua] latina») o de una contaminación con la forma verbal que inmediatamente la precede («saben»). Los casos de uso ambiguo en la concordancia de número entre el sujeto y el predicado son frecuentes en la prosa del siglo xvi por muy diferentes motivos; en este sentido, Mejía no es una excepción (cfr. *Silva*, I, 9<sup>7</sup>, 9<sup>13</sup>; III, 2<sup>21</sup>, 35<sup>4</sup>; IV, 18<sup>11</sup>, etc.).

<sup>19</sup> Como ya se ha indicado, la idea de trasvasar selectiva y compendiosamente la cultura clásica al castellano había sido expresada con anterioridad en el prefacio de la *Silva*: «Por lo qual yo, preciándome tanto de la lengua que aprendí de mis padres como de la que me mostraron preceptores, quise dar estas vigiliás a los que no entienden los libros latinos, y ellos principalmente quiero que me agradezcan este trabajo, pues son los más y los que más necesidad y desseo suelen tener de saber estas cosas» (*Silva*, I, 163-164). La voluntad divulgativa —eligiendo para ello el castellano, en lugar del latín— aparece declarada con asiduidad en los escritores de diálogos quinientistas, en particular (Ferrerías [1991: 99]; Prieto [1998:18-20]), y de los humanistas, en general (Ynduráin [1994: 489-490]). Por otra parte, Mejía concibe sus *Diálogos* como una obra abierta, con posibilidad de ser ampliada —como hizo con la *Silva*— si la aceptación popular así lo demandase; en un sentido similar se manifiesta al final de la obra (cfr. *Diálogos*, VI<sup>87</sup>).



ñor, pues para lo uno y lo otro me han movido justas causas, suplico a vuestra señoría, aunque el presente sea pequeño, lo acepte y resciba, que la aceptación de vuestra señoría sola bastará para hazerlo a todos agradable, y a mí animarme a hazer servicios mayores. Nuestro Señor la ilustríssima persona y estado de vuestra señoría guarde y acreciente. En Sevilla, a siete de abril de mil y quinientos y quarenta y siete años<sup>20</sup>.

---

<sup>20</sup> Aquí termina la carta nuncupatoria en S2-S3-S4-S5-S6. Pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 concluyen con la siguiente fórmula de acatamiento: «De vuestra señoría ilustríssima, / criado que sus ilustríssimas manos besa, / Pero Mexía».

GASPARIS LUPI  
AD STUDIOSUM LECTOREM HEXASTICHON

Doctrinam, mores cultos, physicamque magistram  
multaque, quae medicus laudet et astrologus,  
vis uno in libro, lector, contenta videre?

Hunc lege quem Petrus Messia composuit.  
Quamvis auctoris sat erat tibi dicere nomen,  
ut scires librum plurima habere bona<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Según se ha indicado, S1-Z1-A1 colocan este poema latino detrás de la portada y antes de la epístola-dedicatoria al marqués de Tarifa; por su parte, S2 y S3 traen —antes de la «Carta nuncupatoria»— el privilegio de impresión, dirigido por el todavía príncipe —el futuro Felipe II— al autor y firmado por Francisco de Ledesma, a lo que S3 añade —además— la tasa.

Gaspar López de Nuceda fue un médico canario que se doctoró por la Universidad de Valencia. Se incorporó posteriormente a la de Sevilla y en 1556 fue catedrático de Vísperas en la de Osuna. Formó parte del grupo de poetas latinos afincados en la capital hispalense durante la primera mitad del siglo XVI y tuvo trato amistoso con Mejía (Pascual Barea [1991: 581-582] y Salas Salgado [1998: 634, 639]).

La traducción del poema —del que hemos solventado las abreviaturas y corregido las erratas y la puntuación— podría ser del siguiente tenor:

Sexteto de Gaspar López al estudioso lector

La ciencia, las cultas costumbres, la maestra naturaleza  
y muchas otras cosas, que alaban el médico y el astrónomo,  
¿quieres ver contenidas, lector, en un solo libro?

Lee lo que compuso Pedro Mejía.  
Aunque sería suficiente decirte el nombre del autor,  
para que comprendieras que el libro contiene muchísimas cosas buenas.

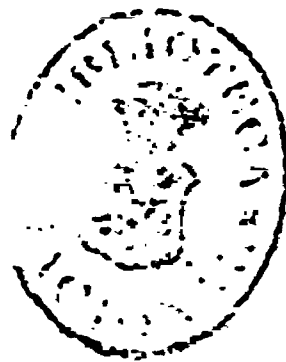


Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Zaragoza, Bartolomé de Nágera, 1547 (Z1)

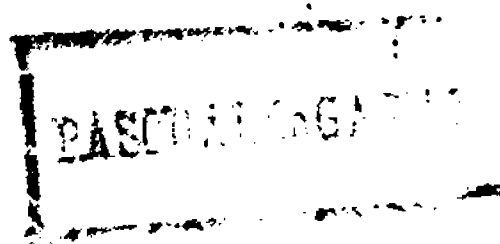
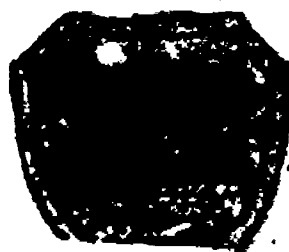
# *Diálogo de los médicos*

# Coloquios o Di

ALOGOS NVEVAMENTE COM-  
puestos por el magnifico Cauallero Pero Mexia,  
vezino de Seuilla/ en los quales se disputan y tra-  
tan varias y diuerfas cosas de mucha erudi-  
cion y doctrina. Son dedicados al illuf-  
trissimo Señor don Perafan de Ri-  
bera Marques de Tarifa, Ade-  
lantado mayor del An-  
daluzia. &c.  
M. D. XLVII.



EN ENVERES,  
En casa de Martin Nucio.



Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Amberes, Martín Nucio, 1547 (A1)

## Diálogo primero

EL ARGUMENTO DEL QUAL ES INTRODUIR DOS CAVALLEROS LEÍDOS, QUE EL UNO DIZE MUCHO MAL DE MÉDICOS Y TIENE POR OPINIÓN QUE NO LOS AVÍA DE AVER, NI ARTE DE MEDICINA, SINO QUE SE CURASSEN LOS HOMBRES POR USO Y EXPERIENCIA, SIN MAESTRO CONOCIDO; EL OTRO ALABA Y DEFIENDE LA MEDICINA Y MÉDICOS, COMO SE PLATICA OY. INTRODÚZESE<sup>1</sup>, ASSÍ MESMO, UN DOCTO HOMBRE, LLAMADO EL MAESTRO VELÁZQUEZ, QUE DIZE LA SENTENCIA Y OPINIÓN QUE SE DEVE TENER. EN LO QUAL SE TOCAN Y TRACTAN MUCHAS COSAS NOTABLES DE ERUDICIÓN Y DOCTRINA<sup>2</sup>.

INTERLOCUTORES:  
GASPAR, BERNARDO, DON NUÑO, MAESTRO.

GASPAR

No paresce sino que nos espiamos el uno al otro, según salimos a un tiempo.

---

<sup>1</sup> *Introdúzese*: Así en A1-A2-S6; sin embargo, S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S7, con manifiesta falta de concordancia, dicen «Introdúzense». Según parece, el ir el sujeto detrás del verbo propicia el lapsus de concertación en número entre aquel y este (cfr. *Keniston*, 36.521 y *Silva*, I, 9<sup>13</sup>, 10<sup>15</sup>; y III, 29<sup>48</sup>).

<sup>2</sup> El polémico asunto que sirve de base temática a este diálogo —el concepto y la función social de la medicina— fue tratado, con mayor o menor detenimiento, por muchos escritores de la época, entre los cuales se encuentran —aparte de Mejía— Antonio de Guevara, Enrique Jorge Enríquez, Miguel Sabuco, Pedro de Mercado y Antonio de Torquemada (González de Amezúa y Mayo [1953: 245-254], Castro Pires de Lima [1968: 107-112], Mingote Muñiz

BERNARDO

Por cierto que tenéis razón; pues vos ¿para dónde queréis ir?

GASPAR

Si no mandáis otra cosa, yo pensava irme a casa de don Nuño a estar una ora, que como está flaco de la enfermedad pasada, no sale aún de casa.

BERNARDO

Pues en verdad que yo salí con el mismo propósito<sup>3</sup>.

GASPAR

Muchas vezes acontece assí: moverse a una cosa la voluntad de dos hombres, estando en diversos lugares, y aun acordarse el uno del otro a un mismo tiempo; que parece que se entienden los ánimos entre sí.

---

[1983: 31-39], Rodríguez Cacho [1989: 59-101; 1994: 278-292] y Conde Parrado [1998: 295-296<sup>31</sup>]). Como ya hemos indicado (*Introducción*<sup>150</sup>), Romero Tobar [1984b: 246-247] cree ver una estrecha dependencia de este «Diálogo de los médicos» con el *Encomio de la medicina* de Erasmo. Además de los débitos concretos señalados en los lugares correspondientes, la fuente básica de inspiración para este coloquio —aparte de la *Historia natural* de Plinio— la encuentra Mejía en el *De Medicina* de Aulo Cornelio Celso (Conde Parrado [1998: 289-290]). El humanismo renacentista produjo una abundante literatura a favor de la medicina hipocrática —basada en el uso de recetas simples, jarabes sencillos, dieta y sangría—, frente a una medicina árabe ya degenerada en el siglo XVI, que tendía al empleo abusivo de purgantes y jarabes compuestos (Delgado-Gómez [1984: 123-125, 133-135]; Carrera de la Red [1997: 121-122]); en el debate entre Gaspar y Bernardo, de este diálogo, subyace mucha sustancia de esta polémica.

<sup>3</sup> S3-S4-S5-S6: «mismo propósito»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «propósito mismo».

BERNARDO

Por la parte que somos spirituales, no es mucho que parezcamos en algo a<sup>4</sup> los ángeles, que, sin hablarse, se entienden y comunican sus conceptos los unos a los otros.

GASPAR

Comoquiera que sea, pues Dios nos movió a ambos a un tiempo a esta buena obra, vamos juntos a hazerla.

BERNARDO

Vamos y tomemos por essotra calle, porque esta está muy embaraçada con la labor deste mercader.

GASPAR

Bien dezís, mas ¡qué buena delantera ha hecho en<sup>5</sup> su casa! Cierto, en grande manera se ha emendado esto<sup>6</sup> en Sevilla, porque todos labran ya a la calle y, de diez años a esta parte, se han hecho más ventanas y rexas a ella que en los treinta de antes<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «parezcamos en algo a»; Z1-Z2: «participe-mos en algo con».

<sup>5</sup> S3-S4-S5-S6: «en»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «a».

<sup>6</sup> S3-S4-S5-S6: «emendado esto»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «esto emendado».

<sup>7</sup> El dato que aquí se nos ofrece, refuerza —una vez más— el valor documental de los *Diálogos*. A causa de la nueva concepción urbanística del Renacimiento, Sevilla sufrió durante el Quinientos una importantísima remodelación de su caserío, que había permanecido prácticamente inalterado durante los siglos anteriores, siguiendo el modelo romano y árabe de casa organizada hacia adentro; ahora cobra importancia la fachada exterior, con vanos y adornos artísticamente labrados, como manifestación burguesa de riqueza y poder. Estos cambios comenzaron a hacerse notorios ya en el tránsito del siglo xv al xvi (véase, además, lo que comentamos en *Introducción*<sup>151</sup>). Prueba lo dicho el que, entre 1561 y 1588, se levantaron en Sevilla más de 2.456 casas (Montoto [1976: 20-21; 1990: 196-197, 219], Morales Padrón [1977: 43] y Pike [1978: 113-115]).



BERNARDO

Verdad es, pero están edificadas las casas antiguas de manera que no todos pueden hazer esso como querrían, aunque todavía, cierto, ay grande emienda; pero en una cosa no la veo, que es en edificar baxo, porque muy pocos hazen más de un alto, y assí quedan todavía las casas humildes y de poca authoridad, y por esto a los estrange-ros y a los que traen los ojos cevados<sup>8</sup> de Barcelona y de otras ciudades, cuyas casas tienen tres o quatro altos, nunca parescerán bien los edificios desta ciudad.

GASPAR<sup>9</sup>

Cierto es esso, pero mal seso sería, por cumplir con la fermosura<sup>10</sup> y ornato, hazer daño conoscido a la salud y a la vida, porque en esta tierra el edificar alto no cumple que se haga, y ha sido aviso y discreción no hazerse, porque naturalmente es muy húmida y caliente, assí por parte del cielo como del sitio do está, y para resistir al calor, como el principal remedio es el aire fresco que en ella haze muchas vezes en verano, es menester que las casas sean abiertas y no muy altas, para que seamos visitados dél, y por esto se hazen assí baxas y las hizieron nuestros passados; y la que es alta de edificios, verdaderamente es más calurosa y malsana de verano, por la falta del aire, como sabemos de algunas que padescen este defecto. Es también necessaria cosa en este lugar ser los edificios

---

<sup>8</sup> *Cevados*: «Alimentados, aficionados, prendidos» (*Autoridades* y *DRAE*, s.v. «cebar»).

<sup>9</sup> *Gaspar*: Así en Z1-Z2, como también en las ediciones modernas (1928-1930-1947-1959), en tanto que, por claro error, S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 insisten sorprendentemente en decir «Baltasar». En el ejemplar de S3 que manejo (B.N.M., R-2898), el desliz está corregido manualmente: aparece tachado «Baltasar» y, escrito al margen (aunque cortado parcialmente por la encuadernación), «Gaspar». Mulroney [1930: 22<sup>1</sup>] advierte en nota que también la edición de 1767 corrige el lapsus.

<sup>10</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «con la fermosura»; S1-A1-A2-S7: «con hermosura»; Z1-Z2: «con hermosuras».

baxos para remedio de la grande humedad, porque las calles y casas no dexen de ser visitadas del sol y se hagan sombrías; y assí mismo, del aire. De manera que, ciertamente, si las casas y edificios aquí fueran muy altos, fuera Sevilla más<sup>11</sup> húmida y fría de invierno y muy más calurosa de verano, y por esso muy enferma, porque, como digo, la humedad es tanta, que avemos de procurar siempre que el sol visite lo principal de las casas, si fuere possible, todo el día. Lo qual no podría assí hazerse si las delanteras y aposentos dellas fuessen altos, porque, como aquí el frío no es tanto que gaste las humidades como en Castilla y otras partes, donde aun no son tantas, es necessario el calor del sol, por grande que sea en verano, para acabarlas<sup>12</sup> de gastar. Por lo qual, tengo también por cierto que procuraron los antiguos que las calles fuessen anchas, como las más lo son; y aun casi en nuestros tiempos se quitaron los aximezes o salidizos porque hazían las calles sombrías y húmidas, y notoriamente han conosciado todos grande y notable ventaja en la salud y frescor dél.

### BERNARDO

Verdaderamente essa es cierta razón y natural, aunque<sup>13</sup> yo avía mirado en ello no tan particularmente como agora, y tengo por cierto que hasta aquí se ha tenido esse respecto, y si no lo han tenido, dévese tener adelante; pero, juntamente con esso, me paresce a mí que la causa tam-

<sup>11</sup> S3-S4-S5-S6: «Sevilla más»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Sevilla muy más».

<sup>12</sup> *Acabarlas*: Así en casi todas las ediciones modernas (1928-1947-1959), que es como debe ser, pues el pronombre se refiere a las «humidades». Sin embargo las estampaciones antiguas manejadas dicen «acabarlos» (S3-S4-S5-S6) o «acaballos» (S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7). Solo el enrevesamiento sintáctico del pasaje puede justificar el solecismo. También Mulroney [1930: 22] conserva la lectura estragada.

<sup>13</sup> *Aunque*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 dicen «y aunque», con un empleo de la conjunción copulativa que resulta redundante y confusa, por lo cual —aunque los editores modernos (1928-1930-1947-1959) la conservan—, nosotros la suprimimos. Estimamos que este fenómeno se debe más a un anacoluto que a un uso peculiar del castellano aurisecular (cfr. *Keniston*, 42.15, con algunos ejemplos similares que suministra al respecto).

bién es que en esta tierra no son buenos aposentos los entresuelos, porque en invierno no son aquí menester, por el poco frío que haze, y en verano no ay quien los sufra de calor; y assí en las casas que los ay, como veis, pocas vezes los moran<sup>14</sup> los señores dellas, por lo que digo, y los tienen hechos graneros o aposentos de criados, y en Castilla huelgan mucho de morarlos; de manera que ser aquí los edificios baxos no ha sido descuido, sino cuidado<sup>15</sup>. Veamos agora don Nuño cómo edificará en esta su casa, que buenos principios lleva y hartos materiales veo aquí para la labor.

GASPAR

Sepamos qué haze, antes que nos apeemos, que los enfermos no se pueden visitar a todas oras.

BERNARDO

No, que aquella mula es del Maestro Velázquez, que deve estar con él; por esso, apeaos y entremos, que yo os guiaré.

GASPAR

Dios dé salud a vuestra merced.

DON NUÑO

Beso las manos de vuestras mercedes y huelgo que ayáis hallado aquí al señor Maestro, porque os entenderá si quisierdes los dos hablar en latín o porfiar como soléis.

---

<sup>14</sup> S3-S4-S5-S6: «moran»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «habitan».

<sup>15</sup> *Descuido... cuidado*: Juego de contrarios, basado en la derivación.

BERNARDO

No, que agora muy conformes venimos, como buenos vezinos; no avrá sobre qué disputar, si vos no nos rebolevéis, como soléis.

MAESTRO

No haze mal en esso el señor don Nuño, porque siempre se sacará buen fructo de essa buena discordia.

BERNARDO

A lo menos vos, señor, tendréis poca necesidad della, pues nos podréis mostrar<sup>16</sup> a todos. Pues, a todo esto, ¿vuestra merced está ya muy rezio?<sup>17</sup>.

DON NUÑO

No estoy, por cierto, sino todavía muy flaco, porque, como el mal fue muy largo y me sangraron tres vezes, no puedo acabar de convalescer; y hame quedado también una tan gran sed<sup>18</sup>, que nunca me veo hartado de beber, y nunca han acertado los médicos a curármela.

---

<sup>16</sup> *Mostrar*: «Enseñar alguna cosa» (*Covarrubias*, s.v. «mostrar»), «explicar, dar a conocer alguna cosa u convencer de su certidumbre» (*Autoridades*, s.v. «mostrar»). Obviamente, la primera frase de Bernardo va dirigida al Maestro, mientras que en la segunda está preguntando al enfermo convaleciente, don Nuño.

<sup>17</sup> Z1-S3-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dan a esta frase («¿vuestra merced está ya muy rezio?») un significado de pregunta, al añadir el signo interrogativo de cierre al final de la misma; pero S1-A1-S2-A2-S7 no incorporan dicho signo, por lo que habría que entender la frase en sentido asertivo.

<sup>18</sup> S3-S4-S5: «tan gran sed»; S6: «tan grande sed»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «sed tan grande».

BERNARDO

Si fuera un hombre que yo conozco, no le pesara con ello<sup>19</sup>; porque, estando una vez con gran calentura y sed, y aviendo informado al médico que lo curava, él le dixo dos o tres cosas para templar la fiebre y para quitar la sed. E díxole él, muy en seso: —«Señor doctor, la callentura me curad vos a mí, que la sed yo folgaré de quedarme con ella»<sup>20</sup>.

DON NUÑO

No soy yo tan amigo de beber como esso, antes en salud huyo siempre las cosas que provocan sed; pero la que tengo agora, cierto me quedó de una purga que me dieron.

GASPAR

Y aun con esso reniego yo de los médicos y aun de quien se cura con ellos; yo os doy mi fe que, si no os oviéades purgado, que el mal fuera más corto y la flaqueza menos.

---

<sup>19</sup> En S3-S4-S5-S6 se lee «ello», tal vez por un desliz tipográfico, aunque hace sentido (debiendo entenderse que el pronombre neutro se refiere al hecho de tener sed). Es la lectura que reproducen también las ediciones modernas (1928-1930-1947-1959). Pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «ella» (refiriéndose a «una tan gran sed»). Nuevo caso de ambigüedad del pronombre personal en relación con el sustantivo al cual se refiere (cfr. *Diálogos*, P<sup>8</sup>, y *Silva*, I, 12<sup>41</sup> y III, 33<sup>3</sup>).

<sup>20</sup> Giovanni Francesco Poggio Bracciolini, *Liber facetiarum*, CXXXIV («De potatore»): «Quidam vini potator egregius incidit in febrem, ex qua multo maiorem solito sitim contraxit. Accersiti medici cum de removenda febris et siti quoque maiuscula agitent: “Febris tantum” inquit aegrotus «removendae officium et onus sumatis volo, sitim autem mihi curandam relinquite»» (Poggio Bracciolini [1983: 260]). Este cuentecillo está recogido también en la *Floresta española* (1574) de Melchor de Santa Cruz y en el *Dioscórides* (1555) de Andrés Laguna. La fuente de Santa Cruz podría ser Mejía, pero ya el cuentecillo —que Chevalier cataloga como tradicional— está, como hemos indicado, en el *Liber facetiarum* (1470) de Poggio, así como en *Facetie, motti e burle* de Domenichi (Chevalier [1975: 136-137], Fradejas Lebrero [1988b: 60] y Cabañas [1996: 398<sup>606</sup>]). Mejía pudo recoger el chascarrillo de estos repertorios italianos —o de otros españoles que circularon profusamente, impresos o manuscritos— o tener conocimiento de él por vía oral. Sobre esta última forma de transmisión de las faccias llama la atención Fradejas Lebrero [1988a: 274-275].

MAESTRO

Pues los señores médicos no saben otra cosa.

GASPAR

Pues esso solo querría yo que no supiesen, y aun con-  
vernía que assí fuesse.

DON NUÑO

Pues si viérades las disputas que uvo sobre con qué me  
purgaría y sobre las sangrías, con más razón lo dixerades.

GASPAR

No es menester ver yo esso, que otras causas tengo más  
bastantes para lo que digo; que esso<sup>21</sup> días ha que sé<sup>22</sup>, que  
los médicos es gente que pocas vezes concuerdan<sup>23</sup> en sus  
opiniones. Y aun estoy por dezir que las menos aciertan<sup>24</sup>.

---

<sup>21</sup> Aquí Z1 da una puntuación divergente con las otras ediciones, e interesante por lo demás, pues dice: «que otras causas tengo más bastantes para lo que digo que esso; días ha que sé que los médicos...».

<sup>22</sup> En el ejemplar de S3 que manejo, alguien ha tachado el *que* de «que sé» y ha escrito en el margen izquierdo «lo sé», suponemos que pretendiendo que se lea «que lo sé».

<sup>23</sup> *Que los médicos es gente que pocas vezes concuerdan*: Esta es la lectura que dan todas las ediciones antiguas (S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7) y modernas (1928-1930-1947-1959) manejadas, excepto A1-A2, donde se lee «que los médicos pocas vezes concuerdan», obviando así la anómala concordancia entre sujeto y verbo de «los médicos es». El mismo lector de la corrección consignada en la nota anterior ha tachado en el ejemplar de S3 el *es* de «es gente» y ha escrito en el margen derecho «son». La primera discordancia entre sujeto y verbo copulativo («los médicos es...») está bien documentada en la prosa castellana del xvi (*Keniston*, 36.511); el segundo desajuste gramatical («gente que... concuerdan») se debe a una influencia del significado colectivo del nombre que oficia como sujeto sobre el verbo correspondiente (*Keniston*, 36.223).

<sup>24</sup> Esta idea —que se repite, ampliada, más adelante— podría ser reflejo de una influencia del coloquio *Funus* de Erasmo, como hemos indicado en el apartado 6 de nuestra Introducción y en *Introducción*<sup>245</sup>.

BERNARDO

También sé yo, días ha, que tenéis por gala de dezir mal de abogados y de médicos. Pues dezí lo que quisierdes, que por fuerça o de grado avéis de fiar de los unos la vida y de los otros la hazienda.

GASPAR

Ruin sea yo si tal hiziere; a lo menos, mi vida de los médicos. Porque os hago saber que en mi vida me sangré ni curé con médicos en quanto he andado por el mundo, y estoy más sano que vos, que siempre tenéis cuenta con ellos<sup>25</sup>.

BERNARDO

Y aun por esso repicáis, porque estáis en salvo; yo os doy mi fe que, si os apretasse una enfermedad de veras, que diéssedes bozes por los médicos.

GASPAR

Ya podría ser que el mal fuesse tal, que me sacasse de juizio y hiziesse esso; pero en tanto que yo esté con él, no ayáis miedo que lo haga. Que, pues he bivido quarenta y cinco años sin ellos y sanado de algunas enfermedades con solo dieta y buen regimiento, no avía agora de provar nuevas invenciones.

---

<sup>25</sup> Algo muy parecido a esto es lo que confiesa Glición en el *Colloquium senile* de Erasmo, lo que permite sospechar —con las debidas reservas, pues la idea, heredada de los clásicos, era tópica entre los humanistas del momento— una posible influencia del holandés sobre el sevillano. Véase, al respecto, lo que decimos en el apartado 6 de nuestra Introducción y que ya habíamos señalado con anterioridad (Castro Díaz [1977: 143-144]).

DON NUÑO

Aun podría ser que fuesen ciertos los toros<sup>26</sup>, señor Maestro; si el señor Bernardo tiene gana, no parece que le falta al señor Gaspar.

BERNARDO

No traigo yo gana de porfiar, pero siempre la<sup>27</sup> tengo de defender la verdad.

GASPAR

Nunca essa me faltará a mí; por esso, si algo queréis, a buen tiempo estamos.

BERNARDO

Pues a mí me parece donosa cosa, señor Gaspar, dezir nueva invención a la medicina, siendo, como vos sabéis, de las más antiguas artes del mundo, aprovada y admitida por Dios y por todos los hombres. ¿No avéis leído en el *Eclesiástico*<sup>28</sup> que Dios crió<sup>29</sup> de la tierra la medicina, y que

---

<sup>26</sup> *Ciertos son los toros*: «Frasis ordinaria, quando la cosa de que dudamos da indicios de ser cierta, como quando los toros están ya encerrados en el toril de la plaza» (*Covarrubias*, s.v. «Toros de Guisando»). El refrán —«Ciertos son los toros, quando están en el coso; o en el corral»— está recogido en *Correas* [2000: 165]. Con esta expresión, don Nuño da por confirmada su sospecha —el deseo de disputar que siempre tienen Gaspar y Bernardo—, que este último había negado antes y que ahora se hace patente.

<sup>27</sup> *La*: Así en S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 y en las ediciones modernas (1928-1930-1947-1959); no obstante, A1-A2 omiten el pronombre, probablemente por un lapsus que, sin embargo, permite que la frase siga siendo correcta, aunque cambie su sentido: «siempre tengo *de* defender» es sinónimo de «siempre tengo *que* defender», utilizando la partícula *de* como nexos en la fórmula perifrástica compuesta por *tener de* + infinitivo (*Keniston* 34.82 y 34.83, y *Silva*, II, 19<sup>11</sup>).

<sup>28</sup> *Eclesiástico*, XXXVIII, 3-4 (Mulroney [1930: 24<sup>2</sup>]): «Disciplina medici exaltabit caput illius, et in conspectu magnatorum collaudabitur. Altissimus creavit de terra medicamenta, et vir prudens non abhorrebit illa» (*Vulgata*: 666).

<sup>29</sup> *Crió*: Así en S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 y en las ediciones modernas (1928-1930-1947-1959), si bien A1-A2, probablemente por un desliz tipográfico.



el varón sabio no la deve huir, que la medicina ensalça y honrra la cabeça del médico, y que por ella será alabado en presencia de los grandes y reyes?<sup>30</sup>. Pues nuestros authores y letras humanas no hazen menos caso de la medicina; porque, aunque varían en quién aya sido el inventor della, todos han conformado en tener y honrrar por dioses a los tales, teniendo unos que fuesse Mercurio, otros Apis, otros Apollo; hasta Esculapio, que dizen que la alargó y puso en práctica<sup>31</sup>, lo adoraron también por dios<sup>32</sup>. Y Homero<sup>33</sup>, fuente de los buenos ingenios, en muchos lugares alaba la medicina, y él se precia de mostrar y nombrar yervas medicinales. Pues en cuánto aya sido tenuta acerca de los emperadores y reyes, mejor lo sabéis vos que yo, que avéis leído las mercedes que hizo Alexandre Mag-

---

co, dicen «cría», lo que obliga a una lectura más forzada, pero admisible. «Cría» debe interpretarse, entonces, como una manifestación de presente histórico, usual en la prosa del siglo XVI y en la obra de Mejía (cfr. *Keniston*, 32.17, y *Silva*, II, 17<sup>16</sup> y 38<sup>9</sup>).

<sup>30</sup> Solo A1-A2 (y 1928-1947-1959) cierran esta frase —que no puede interpretarse más que como una pregunta— con un signo de interrogación, que omiten erróneamente S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930).

<sup>31</sup> *Práctica*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 y las ediciones modernas consultadas (1928-1930-1947-1959) dicen «plática»; sin embargo, en el ejemplar de S3 que seguimos (B.N.M., R-2898), este vocablo está tachado y al margen, escrito a mano, se lee «pra» (suponemos que diría «prática» o «práctica», pero la palabra está cortada a causa de la encuadernación que el volumen ha sufrido en fecha posterior). Desde muy antiguo, las dos formas (*plática* y *práctica*) se usaron indistintamente en su doble acepción de «conversación, charla» y de «ejercicio, destreza, uso» (*Corominas*, s.v. «práctica»). Aquí tenemos una muestra del uso de *plática* como sinónimo de *práctica*; pero en estos mismos *Diálogos* (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>77</sup>) encontramos una utilización a la inversa. Como la forma *plática* se emplea normalmente en los *Diálogos* con el significado de «conversación» (este es el único caso registrado en sentido contrario), alteramos la transcripción para adaptarla al uso general.

<sup>32</sup> Conde Parrado [1998: 290] advierte que esta última frase demuestra que Mejía está teniendo muy en cuenta a Aulo Cornelio Celso, *De medicina*, I, «Prooemium» (2): «Aesculapius celebretur qui, quoniam adhuc rudem et vulgarem hanc scientiam paulo subtilius excoluit, in deorum numerum receptus est» (A. C. Celso [1995: 2]).

<sup>33</sup> Homero alaba la medicina y alude al poder de ciertas hierbas para curar las heridas en diversos lugares de la *Iliada* y la *Odisea*. Sin embargo, la referencia es tan genérica que da la impresión de que Mejía está citando a Homero a través de otro autor.

no a Aristóvolo, médico, y el rey Ptholomeo a Erasítrato, y los increíbles salarios que ganaron en tiempo de emperadores en Roma, que Plinio<sup>34</sup> y otros escriven. En conclusión, mirad<sup>35</sup> cuánto bien es la salud que, entre los bienes que no son del ánima, tiene el primer lugar, y cuánto mal es la enfermedad<sup>36</sup>, y de aí sacaréis si se deve honrrar el médico y la medicina, que nos conserva la una y nos libra de la otra<sup>37</sup>.

## MAESTRO

Aunque ha sido poco lo que ha dicho el señor Bernardo, no ha sido menester leer poco para dezirlo.

<sup>34</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 25<sup>34</sup>]): «Et ex Chrysippo discipulus eius Erasistratus, Aristotelis filia genitus. Hic Antiocho rege sanato centum talentis donatus est a rege Ptolemaeo filio eius, ut incipiamus et praemia artis ostendere. [...] Multos praetereo medicos celeberrimosque ex iis Cassios, Carpetanos, Arruntios, Rubrios. Ducena quinquagena HS annua his mercedes fuere apud principes. Q. Stertinius imputavit principibus, quod sestertiis quingenis annuis contentus esset, sescena enim sibi quaestu urbis fuisse enumeratis domibus ostendebat» (Plinio Segundo [1962b: 21-22]).

<sup>35</sup> S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1959) dicen «mirad», en tanto que S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947) transcriben «mirar»; entre estas dos posibilidades, hemos optado por la forma más acorde con el uso actual. En el ejemplar de S3 que manejamos (B.N.M., R-2898), alguien ha manipulado el texto, tachando y sobreescribiendo, de forma que la frase queda así: «mirad quán buena es la salud». El empleo del infinitivo con la función propia del imperativo —esto es, para dar órdenes— aparece con cierta frecuencia en las obras del siglo XVI (*Keniston*, 37.852). Sin embargo, este es el único caso en toda la obra en donde se utiliza *mirar* en el sentido de *mirad*, aunque hay otro caso —pero a la inversa— donde se emplea indistintamente *mirad* o *mirar* (cfr. *Diálogos*, III<sup>20</sup>), si bien implicando en cada caso una interpretación diferente de la construcción sintáctica; todos los demás ejemplos —tres en total— aparecen bajo la forma *mirá*.

<sup>36</sup> En el mismo sentido que en la nota anterior, está corregido manualmente el texto de S3, viniendo a decir: «y quán mala es la enfermedad».

<sup>37</sup> Esta intervención de Bernardo y una contestación posterior de Gaspar son —en opinión de Castillo [1945: 102]— una prueba de la influencia de Mejía en un pasaje paralelo del cervantino *Licenciado Vidriera*.

GASPAR

Bien lo avéis rethoricado<sup>38</sup>; y pues assí lo queréis, yo avré de hazer lo mismo<sup>39</sup>. Pero querría que entendiésedes, lo primero, que yo no condeno la buena medicina, que ya os dixe que me curo con dieta y buen regimiento, y aun con algunas yervas y cosas que tengo experimentadas; pero condeno el mal uso della y a los malos médicos, que la hizieron, gran tiempo ha, arte y mercaduría<sup>40</sup>, inventando y buscando medicinas y remedios<sup>41</sup> violentos y estraños, escondiendo<sup>42</sup> y escureciendo con opiniones y cautelas<sup>43</sup> la facultad que más simple y más clara de-

<sup>38</sup> *Rethoricado*: «Argumentado muy bien, de acuerdo con las leyes y principios de la retórica» (*DRAE*, s.v. «retoricar»).

<sup>39</sup> La argumentación negativa contra los médicos, que desarrolla Gaspar a continuación, recuerda mucho a Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 25<sup>5</sup>]).

<sup>40</sup> Esta idea —reiterada y ampliada más adelante— puede ser reflejo de una lectura atenta del coloquio *Funus* de Erasmo, según hemos indicado en el apartado 6 de nuestra Introducción (cfr. *Introducción*<sup>245</sup>), aunque la concepción de la medicina entendida como negocio —propia de la mentalidad burguesa y del pensamiento materialista que se va intensificando desde los últimos siglos medievales— aparece censurada también en Juan Luis Vives (Delgado-Gómez [1984: 163-166]). La coincidencia de planteamiento entre este pasaje y otro de *El rufián dichoso* de Cervantes ha sido señalada por Castillo [1945: 102]. Para Granjel [1968: 97<sup>102</sup>, 98], Mejía comulga con la —hasta aquí— moderada opinión sobre la medicina expuesta por Gaspar —coincidente con la sentencia final del Maestro—, a favor de la cual había argumentado nuestro autor, con anterioridad, en el capítulo 1 de la primera parte de la *Silva*.

<sup>41</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «medicinas y remedios»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «medicamentos».

<sup>42</sup> *Escondiendo*: Así en S3-S4-S5-S6 y en las ediciones modernas (1928-1930-1947-1959); pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «implicando». *Implicar* es término culto que entra en el idioma por impulso de la corriente latinizante del siglo xv y que debe ser entendido aquí en su acepción etimológica latina de «enredar, complicar» (cfr. *Corominas*, s.v. «plegar» y *Autoridades*, s.v. «implicar»). Probablemente Mejía debió de pensar que «implicando» era término de difícil entendimiento para el común de los lectores y decidió trocarlo por otro más accesible y ordinario, como «escondiendo».

<sup>43</sup> *Opiniones*: «Juicios cuestionables o dictámenes inciertos» (*Covarrubias* y *DRAE*, s.v. «opinión»). *Opinión* es el «dictamen, sentir o juicio que se forma de alguna cosa, habiendo razón para lo contrario» (*Autoridades*, s.v. «opinión»).

vría<sup>44</sup> ser, y de sí lo es y lo fue en sus principios, donde los hombres se curavan unos a otros por caridad y no por interese, y se curavan con yervas y cosas simples, virtuosas y experimentadas, y no con las ponçoñas y composiciones de agora, que ni sabéis qué son, ni de dónde ni para qué son, ni tampoco cuántas son, porque son tantas que perdéis la cuenta. La medicina que en el *Ecclesiástico*<sup>45</sup> se alaba es la que yo uso y se usó en el buen tiempo y la que inventaron los que dezís que tuvieron por dioses porque descubrieron las virtudes y propiedades de las yervas, piedras y fructos y otras cosas y las aplicaron a las passiones, dolores y enfermedades, sin venir a hazer la cosa artes, reglas y preceptos, como después hizo la malicia y cudicia de los hombres; y assí no hallamos cosa escripta en medicina de antes de Ipócrates, que, según Plinio<sup>46</sup>, por authoridad de Marco Varrón, afirma, fue el primero que escribió preceptos della.

Seiscientos años se defendieron los romanos de los médicos, que nunca los uvo en Roma ni los admitieron, y nunca tan sanos bivieron, ni tanto, como en aquel tiem-

---

*Cautelas*: Acciones que implican «astucia, maña y sutileza para engañar» (*DRAE*, s.v. «cautela»). Para *Covarrubias*, *cautela* es «el engaño que uno hace a otro ingeniosamente, usando de términos ambiguos y de palabras dudosas y equívocas» (*Covarrubias*, s.v. «cautela»).

<sup>44</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «devría»; Z1-Z2: «devía».

<sup>45</sup> *Ecclesiástico*, XXXVIII, 6-7 (Mulroney [1930: 26<sup>o</sup>]): «Ad agnitionem hominum virtus illorum; et dedit hominibus scientiam Altissimus, honorari in mirabilibus suis. In his curans mitigabit dolorem; et unguentarius faciet pigmenta suavitatis, et unctiones conficiet sanitatis; et non consummabuntur opera eius» (*Vulgata*: 666). Todo el pasaje correspondiente al *Ecclesiástico*, XXXVIII, 1-15 está dedicado a consideraciones sobre el médico y la medicina.

<sup>46</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 26<sup>7</sup>]): «Tunc eam revocavit in lucem Hippocrates, genitus in insula Coe, in primis clara ac valida et Aesculapio dicata. Is, cum fuisset mos liberatos morbis scribere in templo eius dei quid auxiliatum esset ut postea similitudo proficeret, exscripsisse ea traditur atque, ut Varro apud nos credit, templo cremato is instituisse medicinam hanc quae clinice vocatur» (Plinio Segundo [1962b: 21]). Mejía deja claro que su fuente directa es Plinio, pero que este, a su vez, se ha servido de Marco Varrón; también Plinio —como puede verse en el texto latino alegado antes— reconoce explícitamente su débito con Varrón.

po<sup>47</sup>. Verdad es que, siendo cónsules Lelio<sup>48</sup> Emilio y Marco Livio, en el año de la fundación della de quinientos y treinta y cinco, no sé por quién persuadidos, admitieron a un médico griego peloponense, llamado Archagato, y le dieron casa y salario público y, como cosa nueva, agradó en sus principios; pero después que experimentaron sus sangrías y sus cauterios y estrañas maneras de curar, fue desterrado él y otros que ya avían venido. Y esto por autoridad y consejo del grande Catón *el Censorino*; el qual bivió ochenta y cinco<sup>49</sup> años: porque veáis la falta que le hizo el Archagato ni los demás<sup>50</sup>. Después, muerto Catón, andan-

<sup>47</sup> La noticia proviene de Plinio, *Historia natural*, XXIX, 1: «Haec fuerint dicenda pro senatu illo sescentisque p. R. annis adversus artem» (Plinio Segundo [1962b: 28-29]). La recogen también Melchor de Santa Cruz en su *Floresta española*, el autor del *Dechado de la vida humana*, Sebastián de Horozco en su *Cancionero*, Ambrosio de Salazar en su *Libro curioso* y Juan de Zabaleta en sus *Errores celebrados* (Cabañas [1996: 121<sup>1</sup>]). Este dato lo utilizaron profusamente como argumento los adversarios de los médicos, incluido Petrarca (Delgado-Gómez [1984: 174]).

<sup>48</sup> *Lelio*: El nombre completo se halla en Plinio Segundo [1999: 1002], pero no en otras ediciones modernas de Plinio (Plinio Segundo [1962b: 24; 1963: 190; 1967: 372]), así como tampoco en las ediciones latinas del siglo xvi que hemos consultado (Plinio Segundo [1539: 525; 1548: 763]), donde aparece el nombre consignado solo con «L.». También en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) aparece solo la inicial «L.».

<sup>49</sup> *Ochenta y cinco*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7; sin embargo, S3-S4-S5-S6 escriben «lxxxv».

<sup>50</sup> *Ni los demás*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959), pero en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930) se lee «ni de los demás», rompiendo —con la preposición *de*— la unión entre «Archagato» y «los demás» y estableciendo una relación complementaria de «los demás» con «la falta» («la falta que le hizo el Archagato ni [la falta] de los demás»), con lo que la lógica ordenación sintáctica queda sustancialmente alterada. Entendemos que el añadido se debe probablemente a un desliz tipográfico de S2, reiterado en las siguientes ediciones sevillanas.

El pasaje al que se refiere Mejía —con la alegación de Catón incluida— se encuentra en Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 26<sup>8</sup>]): «Cassius Hemina ex antiquissimis auctor est primum e medicis venisse Romam Peloponneso Archagathum Lysaniae filium L. Aemilio M. Livio cos. anno urbis DXXXV, eique ius Quiritium datum et tabernam in compito Acilio emptam ob id publice. Volnerarium eum fuisse e re dictum, mireque gratum adventum eius initio, mox a saevitia secandi urendique transisse nomen in carnificem, et in taedium artem omnesque medicos, quod clarissime intellegi potest

do el tiempo, con la cudicia y ambición y con otros vicios, entraron los médicos en Roma. Pues de creer es que antes desto, en tan largo tiempo, que<sup>51</sup> tenían los romanos sus dietas y medicinas y manera de curarse, pero no la tiranizava ninguno, cada uno dezía a su vezino lo que sabía y avía experimentado; el amor y charidad curava, no la cobdicia y ponçoñas. Y no fueron solos los romanos en esto, que los babilonios, que fueron doctos y letrados, Estrabón y Heródoto<sup>52</sup> escriven que no tenían médicos conocidos y a los enfermos hazían sacar a las plaças, porque los vezinos y amigos que tuviessen experiencias de semejantes males les aconsejassen lo que harían. Y lo mismo se escribe que hazían los egipcios y, en nuestra España, los lusitanos.

Después destos tiempos antiguos y dorados<sup>53</sup>, bien sé, señor Bernardo, que entraron los médicos en las casas de

---

ex M. Catone, cuius auctoritati triumphus atque censura minimum conferunt [...]: "Quandoque ista gens suas litteras dabit, omnia corrumpet, tum etiam magis, si medicos suos hoc mittet. [...] Interdixi tibi de medicis" (Plinio Segundo [1962b: 24]).

<sup>51</sup> *Que*: Utilización pleonástica de la conjunción («Pues de creer es *que* antes desto..., *que* tenían los romanos...»), usual en el castellano aurisecular (*Keniston*, 42.462 y *Silva*, I, 2<sup>21</sup>) y frecuente en la prosa de Mejía (cfr. *Diálogos*, IV, 2<sup>16</sup>).

<sup>52</sup> *Herodoto*: Así en Z1-A1-A2-Z2-S5-S6 (y 1928-1947-1959); sin embargo, S1-S2-S3-S4-S7 (y 1930) dicen «Heroto», con manifiesto error que corrijo.

Según Mulroney [1930: 27<sup>9.10</sup>], las fuentes alegadas se encuentran en Estrabón, *Geografía*, XVI, 1 (20): «Hi aegrotos in viis exponentes, interrogant praetereuntes, num quisdam morbi huius remedium norit; nam nemo praetereuntium adeo malus est, qui occurrens non admoneat, si quid salutare habet» (Estrabón [1549: 708]); y en Heródoto, *Historia*, I, 197: «Alteram item sapienter condiderunt legem, languentes efferendi in forum (neque enim medicis utuntur) ut de eorum languore consulant qui eos adeunt, si quis et ipse eundem passus est morbum, aut alium vidit patientem. Haec viri qui illos adeunt consulunt, hortanturque ad ea quae ipsi faciendo effugerint similem morbum, aut alium noverint effugisse. Nec fas est cuiquam languentes praeterire silentio, nec antequam exploraverit quonam laboret ille languore» (Heródoto [1526: 39]).

<sup>53</sup> La utopía como concepción político-social, que tanta difusión escrita tuvo en el Renacimiento, se fundamenta con frecuencia en el mito de la edad de oro, heredado de la Antigüedad (López Estrada [1974: 262; 1974-1975: 166; 1980: 60-65], Maravall [1976: 169-235], Rallo Gruss [1979: 123-125], Abellán [1986: 384-388] y Scaramuzza Vidoni [1998: 76-96]). La contempla-

los reyes y de los emperadores y que uvo algunos muy famosos y señalados, como fueron Ipócrates (que fue la fuente y padre de todos), y después Aristógenes en casa del rey Antígono de Macedonia, y Asclepiades, prusien-<sup>54</sup>, su familiar y amigo del grande Pompeyo, Antonio Musa del emperador Otaviano, los dos Appolodoros (de quien trata Plinio y Cornelio Celso<sup>55</sup>, romano), Erasístrato, afamado porque entendió el mal de Antíocho ser amores de su madrastra, Galeno, a quien agora siguen muchos y llaman príncipe de los médicos, y otros que aun nombrar no los quiero; pero sé también que, desde començó

---

ción de la naturaleza hace evocar con frecuencia los tiempos dorados a los escritores del siglo XVI (López Estrada [1974: 497-501]). A menudo aparece el tópico en los diálogos del Quinientos (Ferrerías [1985c: 232-246], Vian Herrero [1992: 122-126] y Romero Tabares [1998: 162-163]).

<sup>54</sup> *Asclepiades, prusiense*: Asclepiades de Bitinia (124-96 a.C.), médico griego nacido en Prusa (Bitinia). Fundó en Roma una famosa escuela y combatió las doctrinas de Hipócrates. Cfr. *Silva*, III, 12<sup>6</sup>.

<sup>55</sup> Mejía parece estar enhebrando aquí la información que le suministran de consuno Plinio y Celso; Plinio, en su *Naturalis historia*, XXIX, 1: «Tunc eam revocavit in lucem Hippocrates, genitus in insula Coe, in primis clara ac valida et Aesculapio dicata. [...] Et ex Chrysippo discipulus eius Erasistratus, Aristotelis filia genitus. Hic Antiocho rege sanato centum talentis donatus est a rege Ptolemaeo filio eius. [...] Mutata et quam postea Asclepiades, ut rettulimus, invenerat. [...] Sed et illa Antonius Musa eiusdem auctoritate divi Augusti, quem contraria medicina gravi periculo exemerat» (Plinio Segundo [1962b: 21-22]); y Celso, en su *De Medicina*, I, «Proemio» (8-11), y VII, «Proemio» (2-3), donde habla de los dos Apolonios (Celso: 1995: 4-5; 1961: 294-296) —no Apolodoros, como indica Mejía—. Esta última confusión —ya señalada por Mulroney [1930: 27<sup>11</sup>]— puede provenir de que Plinio cita a Apolodoro —dentro de algunas listas de médicos— en el libro primero de su *Historia natural*.

*Plinio y Cornelio Celso*: Hemos añadido la conjunción copulativa y —que falta en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y en 1928-1930-1947-1959)— por estimar que Mejía está empleando como fuentes básicas de este pasaje a ambos autores antiguos. En tal sentido, Celso —del que se desconoce si ejerció profesionalmente la medicina— va unido a Plinio y no al resto de galenos famosos relacionados en el texto. Abundando en esta interpretación, es preciso subrayar que Celso —rigurosamente contemporáneo de Plinio— no aparece mencionado por este en su *Naturalis historia*, XIX, 1 —capítulo en el que Mejía se está inspirando—, y que Celso —en los proemios de los libros I y VII de su *De medicina*— aporta nombres de médicos que no se encuentran en Plinio.



a aver médicos, se usó *bivir*<sup>56</sup> poco los hombres y que los romanos antiguos bivían más sanos y más tiempo que esos reyes y emperadores que dieron salarios y hizieron mercedes excessivas a médicos. Si no, dígalo Alexandre Magno, a quien truxistes por exemplo, que no llegó a quarenta años; y díganlo oy día los viejos canos de los montes y aldeas, que nunca vieron médicos, y los moços que mueren en sus manos en las ciudades y cortes<sup>57</sup>.

Sabéis que dio causa a admitir en Roma los médicos lo que dixe poco ha<sup>58</sup>: la intemperancia y desorden; que, por no templarse y curarse a sí<sup>59</sup> los hombres, quisieron dar el cargo a otro, que era impossible tener. Y assí lo declara Plinio<sup>60</sup> y otros. De lo qual se siguieron grandes daños en la salud y en las costumbres, porque los hombres dexaron el cuidado de sí en confiança de los médicos, y los médicos, poniendo su fin en el interesse y no en más, por encarecer su arte, haziéndola mercaduría, por hazerla alta y que no se entendiesse, començaron a huir de los remedios co-

---

<sup>56</sup> *Se usó bivir*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, si bien S3-S4-S5-S6 y las ediciones modernas (1928-1930-1947-1959) —entendemos que por un *lapsus linguae* o anacoluto— dicen «se usó a bivir». Keniston (37.541) recoge en la *Vida* de Santa Teresa un caso de *usarse a* («el gusto se usa a comer de ellos») en el sentido de «acostumbrarse a». Probablemente el empleo de «*usar a* + infinitivo» resultase ambiguo y vulgar en el siglo XVI. Por este motivo, y dado que ambas formas parecen haberse empleado en su época, escogemos la más próxima al uso contemporáneo.

<sup>57</sup> Nuevo tópico —ahora el de menosprecio de corte y alabanza de aldea—, que tuvo un largo y glorioso tratamiento durante el siglo XVI y se emparenta con el utópico y arcádico mito de la edad de oro (López Estrada [1974: 259-265; 1974-1975: 168-182], Rallo Gruss [1979: 139-145; 1984b: 62-82] y Abellán [1986: 360-371]), aunque en ocasiones pudiera utilizarse como elemento propagandístico, adaptándolo a la realidad del momento (Redondo [1979: 251-265]). Ajustándose a la personal interpretación de Guevara, pero incluyendo ecos de otros autores, ha examinado el tópico Márquez Villanueva [1999: 81-89, 145-151].

<sup>58</sup> Otra lectura posible de este periodo sintáctico es: «¿Sabéis qué dio causa a admitir en Roma los médicos? Lo que dixe poco ha: la intemperancia...». Sin embargo, todas las ediciones antiguas consultadas puntúan la frase en tono afirmativo.

<sup>59</sup> S3-S4-S5-S6-S7: «a sí»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2: «assí».

<sup>60</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 28<sup>13</sup>]): «Quin immo transit convicium et intemperantia culpatur, ultroque qui periire arguontur» (Plinio Segundo [1962b: 26]).



munes y verdaderos, y inventaron composturas y mezclas, buscaron frutos, raíces y yervas nunca vistas ni oídas, y enhechizaron y embaibieron<sup>61</sup> las gentes con los nombres y propiedades secretas y no entendidas<sup>62</sup>, y a las comunes buscáronselos estraños. Apartándose en todo de lo común y verdadero, diéronse a novedades y ficciones. Y de aquí vinieron las distilaciones de las aguas, de quantas cosas limpias y suzias ay en el mundo; de aquí xaraves, o como los llamáis, dulces y amargos, claros y oscuros, de cosas que el diablo no lo pensara, cosa que nunca adivinaron los antiguos ni la supieron; de aquí el hazernos comer el oro y las piedras, y aun el hierro, como abestruzes, contra toda naturaleza; de aquí los compuestos mitridatos y tiriacas<sup>63</sup>, y otros que se hazen

<sup>61</sup> *Enhechizaron*: De *enhechizar*, que es «lo mismo que hechizar» (*Autoridades*, s.v. «enhechizar»). *Embaibieron*: Forma irregular de *embaír*, esto es, «ofuscar, embaucar, confundir, engañar» (*DRAE*, *Autoridades* y *Corominas*, s.v. «embaír»). En S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S7 se lee «embaibieron», pero S5-S6 —empleando la forma regular— dicen «embayeron».

<sup>62</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «secretas y no entendidas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «ocultas e incógnitas».

<sup>63</sup> *Tiriacas*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1930), usando este término como nombre; pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «tiriacos», empleándolo como adjetivo («compuestos mitridatos y [compuestos] tiriacos»). El vocablo está recogido en el *DRAE* como *triacas* (del latín *theriaca*), y *Corominas* (s.v. «fiero») registra la forma *theriaca* en Andrés Laguna (1555). La *triacas* «es un medicamento eficazísimo compuesto de muchos simples, y lo que es de admirar, los más dellos venenosos, que remedia a los que están emponzoñados con cualquier género de veneno» (*Covarrubias*, s.v. «triacas»); *Autoridades* (s.v. «thriaca») la define como una «composición de varios simples medicamentos calientes, en que entran por principal los trociscos de la vívora. Su uso es contra las mordeduras de animales e insectos venenosos y para restaurar la debilitación por falta de calor natural». 1928-1947-1959 transcriben «triacas».

*Compuestos mitridatos*: El *mitridato* era «cierto letuario o atriaca que inventó Mitridates contra el veneno, del cual tomó nombre. [...] *Mithridates*, rey del Ponto [...] temiendo le habían de matar con veneno, se acostumbró a comerle de ordinario, y siendo vencido de Pompeyo se quiso matar con él y no hizo efecto, por la costumbre de haberle usado» (*Covarrubias*, s.v. «mitridato» y «Mitridates»). Este electuario o jarabe pastoso era un «antídoto o composición de varias cosas o drogas, como opio, víboras, agárico, etc., el qual sirve de preparativo contra los venenos» (*Autoridades*, s.v. «mithridato»); estaba «compuesto de gran número de ingredientes» y «se usó como remedio contra la peste, las fiebres malignas y las mordeduras de los animales venenosos» (*DRAE*, s.v.

de dozientas y tantas cosas, a lo menos de cincuenta y quatro<sup>64</sup>, y algunas dellas de las ponçoñosas, y que, aunque cada una fuesse buena por sí, la incompatible compañía de unas y de otras la haze ponçoñosa<sup>65</sup> y aborrescible. Lo qual Plinio<sup>66</sup>, quasi mil y quinientos años ha, dize aver sido hecho por ostentación y apariencia<sup>67</sup> de su arte; porque es impossible aver naturaleza mostrado, ni conocido experiencia, temple y concordancia de tantas y tan discordes cosas, ni la puede aver en ellas. Y destas cosas y de otras semejantes han hecho pruebas en los cuerpos de los hombres algunos dellos, con tan poco tiento y tanto atrevimiento que, en lugar de dar salud, ha acontescido matar al enfermo, llevando la hazienda por la vida que quitavan; y lo que peor es, sin castigo ni escarmien-

---

«mitridato»). El doctor Villalobos, en el *Sumario de la Medicina*, recomienda el empleo de este fármaco para diversas enfermedades y accidentes, tales como los desmayos, la incontinencia urinaria nocturna, las enfermedades genitales y la inapetencia sexual —en este último caso, junto al mitridato y otros medicamentos, aconseja que al hombre poco apasionado se le den buenos alimentos y «fresca mochacha de diez y seys años»—, los envenenamientos y la mordedura de perro rabioso, contra lo cual prescribe suministrar al enfermo «metridato y triaca en brebajo» (López de Villalobos [1973: 70, 103, 106, 145, 146]).

<sup>64</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 28<sup>14</sup>]): «Theriace vocatur excogitata compositio luxuriae. Fit ex rebus sexcentis, cum tot remedia dederit natura quae singula sufficerent. Mithridatium antidotum ex rebus LIII componitur» (Plinio Segundo [1962b: 27-28]).

<sup>65</sup> *Ponçoñosa*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, en tanto que S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «ponçoña», lectura que —aún siendo admisible, por lo que la registramos como variante textual— no se compadece muy bien con el adjetivo al que va vinculada mediante la conjunción copulativa y que parece exigir un término paralelo, de idéntica categoría gramatical. Estimamos que la forma «ponçoña» puede deberse a un lapsus tipográfico de S3, reiterado por algunas ediciones sevillanas posteriores, pertenecientes todas a una misma familia o rama.

<sup>66</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 28<sup>15</sup>]): «Ostentatio artis et portentosa scientiae venditatio manifesta est» (Plinio Segundo [1962b: 28]).

<sup>67</sup> *Aparencia*: Así en S1-A1-Z1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7, forma predominante en los siglos XV-XVII y derivada del lat. *apparentia*, que después se deforma en *apariencia* (Corominas, s.v. «parecer»). Aquí el término adquiere el significado de «lo que a la vista tiene un buen parecer y puede engañar en lo intrínseco y sustancial» (Covarrubias, s.v. «aparencia»).

to. Si no, dezíme: ¿qué médico avéis visto castigado por muerte ni lisión de nadie?<sup>68</sup>.

Finalmente, señor Bernardo, la malicia de los hombres ha dañado la mejor cosa del mundo, haziendo, como digo, artificio obscuro lo natural y claro, a<sup>69</sup> la caridad interese, la misericordia cobdicia y grangería, encubriéndolo<sup>70</sup> y escureciéndolo tanto, que parece que nadie puede curar sino los médicos, burlando de las experiencias comunes, persuadiendo sus artificios y misterios hasta en los

<sup>68</sup> Mulroney [1930: 28<sup>16</sup>] cree descubrir aquí una alusión subliminal a Hipócrates, II, 283. No obstante, este pasaje podría conectarse con Juan Luis Vives, *De causis corruptarum artium* —título de la primera parte del *De disciplinis*—, V, capítulo «De Medicina»: «Nam errata illius impune sunt, immo etiam mercede compensantur. [...] Cui umquam est dies medico de caede dicta?» (Vives [1785: VI, 200]); y del mismo, *De tradendis disciplinis* —título de la segunda parte del *De disciplinis*—, IV, 7: «iQuid ergo de illis dicam, qui aviditate lucri morbos differunt, quo nihil cogitari potest inhumanius! [...] ¿Cur in eum animadvertitur, qui hominem liberum cecidit, istis vero impune est morbos cum certo valetudinis exitio proferre?» (Vives [1785: VI, 385]). También está presente este argumento contra los médicos en el coloquio *Funus* de Erasmo, lo cual demuestra que la idea era moneda corriente entonces, pero también permite sospechar —como hemos planteado en el apartado 6 de nuestra Introducción— en una probable influencia del holandés sobre Mejía. Por otro lado, en las últimas frases de la intervención de Gaspar, Castillo [1945: 102] ha querido ver la impronta de Mejía sobre un pasaje de *El licenciado Vidriera* de Cervantes.

<sup>69</sup> *A*: Aparece la preposición en S1-Z1-A1-S2-S3-A3-Z3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959). El uso de la preposición *a* como marca de objeto directo es muy ambiguo y fluctuante en el castellano quinientista (Keniston, 2.15): no solo depende del significado del verbo y del complemento, sino también de la posición de ambos y del sujeto dentro de la frase. Curiosamente, de las tres estructuras similares que aparecen aquí seriadas («haziendo... lo natural y claro, a la caridad..., la misericordia...»), únicamente la segunda presenta la preposición, que posiblemente se emplea para marcar la función sintáctica del término al que acompaña, al producirse cierta confusión ocasionada por el cambio de orden de los elementos que componen la primera estructura y las dos siguientes («haziendo... artificio obscuro [efecto] lo natural y claro [origen], a la caridad [origen] interese [efecto], la misericordia [origen] cobdicia y grangería [efecto]»). Un ejemplo parecido tenemos registrado en la prosa de Mejía: «Halló allí *a* los hierros» (Silva, II, 23<sup>5</sup>).

<sup>70</sup> *Encubriéndolo*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959); sin embargo, S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «implicándolo». *Implicar*: «Enredar, complicar» (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>42</sup>).

nombres de las cosas, buscando los<sup>71</sup> bárbaros y estraños, quando los griegos o latinos son conosciados. Y aun en el escribir han inventado carateres y señales que no se entiendan sino de aquellos con quien tienen su cifra. Tanto procuraron escurescer este negocio, que avía de ser el más público y sabido de todos.

Pues ¿qué diré de la diversidad de las doctrinas y opiniones della? Los árabes difieren de los griegos y entre sí no son conformes los unos ni los otros. La práctica y manera de curar de su Avicena es muy diferente de la de Galeno y de los antiguos<sup>72</sup>, tanto que parece otra cosa, y los de agora ni curan como Avicena ni como los otros. Todo es invenciones y opiniones, y si juntáis dos o tres médicos, cada uno es singular en su parescer las más vezes y vienen a concertarse a riesgo del enfermo; si a cada uno oís por sí, sin que sepa<sup>73</sup> el uno del otro, es milagro<sup>74</sup> si no discrepan y ordenan diversa y contrariamente. Y esto no es menester que yo lo diga, lo que passa cada día lo veis ante los ojos<sup>75</sup>, no me quiero yo cansar en contarlos.

<sup>71</sup> *Buscando los*: Así en todas las ediciones manejadas, antiguas y modernas, aunque —dada la frecuente arbitrariedad de las impresiones antiguas en la unión y separación de palabras— también podría leerse «buscándolos».

<sup>72</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «los antiguos»; Z1-Z2: «los otros antiguos».

<sup>73</sup> *Sin que sepa*: Así en Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930); pero S1-A1-A2 (y 1928-1947-1959) dicen «sin que se sepa», lectura que hemos considerado como errata de S1 —que repiten A1 y A2—, producida por una simple reiteración de la sílaba inicial de *sepa*.

<sup>74</sup> En el original de S3 que manejo (B.N.M., R-2898) la palabra «milagro» —bajo cuya forma aparece en todas las ediciones antiguas manejadas— está tachada y al margen aparece escrito a mano un vocablo cuyo final, por estar cortada la hoja por la encuadernación, es «aglo». Debe suponerse que el anónimo escribiente —con un criterio conservador y no habituado al cambio que, por metátesis, se estaba operando en la evolución del término *milagro* (del latín MIRACULUM > miraglo > milagro)—, debió de considerarlo como errata y, por eso, escribió la palabra «miraglo».

<sup>75</sup> *Lo que passa cada día lo veis ante los ojos*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «lo que passa cada día y lo veis ante los ojos». Aunque en este último caso el *que* podría interpretarse como pronombre relativo y no como conjunción (equivaldría a «lo *cual* passa cada día y lo veis ante los ojos»), nos parece una lectura excesivamente forzada, por lo que consideramos la transcripción de S3 —perpetuada por su descendencia

MAESTRO

Estos cavalleros devían de venir sobre hecho pensado y quieren<sup>76</sup> mostramos quán leídos y avisados son, pues tan de veras toman este negocio. Bien sería atajar y abreviar la plática<sup>77</sup>.

DON NUÑO

No es razón que sea a este tiempo, que quedan los médicos sin ser defendidos, y también yo huelgo infinito de oír estas cosas; pero sea desta manera: que, pues han passado sendas levadas<sup>78</sup>, aunque se ha alargado algo el señor

---

editorial sevillana— como errata. Con un caso parecido, entre otros muchos que podrían espigarse, nos topamos en la *Silva* (cfr. *Silva*, IV, 11<sup>26</sup>), atribuible claramente a desliz tipográfico. Resulta palpable que ciertos signos abreviados del original manuscrito del autor —que pretendían señalar simples pausas en la lectura del texto— el cajista los interpretaba con cierta improvisación como elementos sintácticos de relación (y, *que...*).

<sup>76</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «quieren»; Z1-Z2: «querer».

<sup>77</sup> *Plática*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959); sin embargo, S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «prática». Por otra parte, en uno de los ejemplares de S3 que manejo (B.N.M., R-2898), el término está corregido a mano: encima de la *r* se ha escrito una *l*, a fin de que se lea «plática». Como se ha indicado antes (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>31</sup>), desde muy antiguo las dos formas (*prática* y *plática*) se usaron indistintamente en su doble acepción de «ejercicio, destreza, uso» y de «conversación, charla» (*Corominas*, s.v. «práctica»). Aquí tenemos una muestra del uso de *prática* como forma alternativa de *plática* (es el único ejemplo que tenemos registrado); pero en estos mismos *Diálogos* (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>31</sup>) y en otras obras de Mejía, encontramos el caso inverso: «Lo qual es fácil de hazer para los que tienen alguna *plática* de quadrante o astrolabio» (*Silva*, III, 20<sup>19</sup>). Dada la confusión y arbitrariedad en el uso de *plática* y *prática*, regularizamos la transcripción de ambos términos, adaptándolos a su empleo moderno.

<sup>78</sup> *Levadas*: El vocablo en cuestión, según algunas fichas lexicográficas de la R.A.E., puede significar —entre otras cosas— «ocasión, intento, arremetida, ataque». Es término utilizado en la esgrima, con el sentido de «lance jugado de una vez y sin interrupción» por cada uno de los dos combatientes (*DRAE*, s.v. «levada»); probablemente de aquí derive —en sentido figurado— el empleo que se le otorga a esta palabra en el texto de Mejía y que viene a querer decir lo mismo que «intervención o alegato en defensa de una tesis». Con este significado lo emplea Hernando Alonso Herrera en su *Breve disputa en ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces* (Alcalá de Henares, 1517).

Gaspar, passen otras sendas y no más, que será como escritos y replicatos<sup>79</sup> en audiencia, y luego vuestra merced, señor Maestro, sentenciará cuál de las partes tiene justicia.

GASPAR

Yo soy contento de mi parte, no renunciando el beneficio de la apelación<sup>80</sup>, si fuere agraviado.

BERNARDO

Yo también lo soy por la mía, y estoy tan confiado de mi justicia y del juizio del señor Maestro, que me obligo a estar a su única sentencia.

MAESTRO

Dura provincia se me encarga, pero diré lo que Dios me diere a entender, porque se acabe la contención; mas cada uno terá libertad de tener lo que quisiere.

DON NUÑO

El señor Bernardo me paresce que se endereça en la silla; salga en buen ora.

---

<sup>79</sup> *Esquivos y replicatos*: Términos propios del ámbito jurídico y de la práctica forense, con los que Mejía estaba familiarizado por sus estudios universitarios de leyes. El *escripto* es «el papel que ordena el abogado para presentar en juicio» (*Covarrubias*, s.v. «escrito»), esto es, «el alegato u pedimento que se presenta jurídicamente en la causa que uno sigue, en el qual produce y expresa los fundamentos y motivos de su demanda y pretensión» (*Autoridades*, s.v. «escrito»); por su parte, *réplica* o *replicación* (*replicato* es cultismo crudo, adaptado por Mejía del latín *replicatio*) «comúnmente significa argüir segunda vez contra la respuesta del argumento» (*Covarrubias*, s.v. «replicar») o «réplica con que uno se opone a lo que otro dice o manda» (*DRAE*, s.v. «replicato»). Los términos forenses que se emplean en la conversación nos confirman el tipo de argumentación —la propia del género retórico jurídico— que predomina en este diálogo (cfr. Vian Herrero [2001d: 163]).

<sup>80</sup> *Apelación*: En su acepción jurídica, es el acto de «recurrir al juez o tribunal superior para que revoque, enmiende o anule la sentencia que se supone injustamente dada por el inferior» (*DRAE*, s.v. «apelar»).

BERNARDO

Al principio de nuestra plática, yo creí, señor Gaspar, que estávades burlando; pero de que os he visto tocar doctrinas y historias, me parece que avéis tomado la cosa de veras, y por esso os quiero responder en seso<sup>81</sup>. Lo que siento de lo que dezís es, en summa, que os parece que no devía aver médicos en el mundo, a lo menos señalados y conocidos, sino que todos lo fuésemos y nos curásemos los unos a los otros; y aun la medicina no queréis que sea por arte ni fundada en sciencia ni philosophía, sino que sigamos sola experiencia y conjeturas y la boz del pueblo, como si viviésemos en los montes, do no uviesse policía ni discreción. Estos, pues, dos puntos quiero impugnar y destruir primero en el processo y después responderé a algunas malicias que avéis dicho.

En lo primero de los médicos, claro está que no tenéis razón, porque el nombre y oficio de médico sancto y amable es y no deviera seros a vos odioso, pues Christo, nuestro Redemptor, no menospreció llamarse ni ser tenido por médico quando, hablando de sí proprio, dize que para los sanos no es menester médico<sup>82</sup>, y quando curó la vista de los ojos con lodo y saliva<sup>83</sup>, y quando señala por medicina del samaritanno azeite y vino<sup>84</sup>, y pues no se despreció de curar y sanar infinitas enfermedades; y lo

<sup>81</sup> *En seso*: «Sensata, prudentemente, con seriedad». *Hablar en seso*: «Hablar con cordura y fuera de burlas» (*Covarrubias*, s.v. «seso»).

<sup>82</sup> *Evangelio de san Marcos*, II, 17: «Hoc audito Iesus ait illis: Non necesse habent sani medico, sed qui male habent: non enim veni vocare iustos, sed peccatores» (*Vulgata*: 994). Similares palabras se encuentran en *Mateo*, IX, 12: «At Iesus audiens, ait: Non est opus valentibus medicus, sed male habentibus» (*Vulgata*: 970); e, igualmente, en *Lucas*, V, 31: «Et respondens Iesus, dixit ad illos: Non egent qui sani sunt medico, sed qui male habent» (*Vulgata*: 1017).

<sup>83</sup> *Evangelio de san Juan*, IX, 6-7 (Mulroney [1930: 30<sup>17</sup>]): «Haec cum dixisset, expuit in terram, et fecit lutum ex sputo, et linivit lutum super oculos eius, et dixit ei: Vade, lava in natatoria Siloe (quod interpretatur Missus). Abiit ergo, et lavit, et venit videns» (*Vulgata*: 1052).

<sup>84</sup> *Evangelio de san Lucas*, X, 34 (Mulroney [1930: 30<sup>18</sup>]): «Et appropians alligavit vulnera eius, infundens oleum et vinum: et imponens illum in iumentum suum, duxit in stabulum, et curam eius egit» (*Vulgata*: 1024).

mismo encomendó y mandó a sus discípulos<sup>85</sup>. Pues sant Pablo<sup>86</sup>, doctor de las gentes, persona y oficio tomó de médico quando escribe a Thimotheo que beva vino para esforçar el estómago. Sant Lucas Evangelista también sabemos que fue y se nombró médico<sup>87</sup>. Y no encarezco mucho en dar este oficio a los apóstoles, pues el ángel Raphael lo quiso usar, dando recepta y consejo a Thobías con que se curasse y cobrasse vista de los ojos<sup>88</sup>. De manera que, quanto a esta parte, cierto no os queda camino de porfiar, porque el nombre y oficio de médico es útil y necessario en el mundo. Y si algunos médicos ha auido falsos y cudiciosos y que ayan usado y usen de las maneras que vos dezís, que yo no sé ni vos devríades juzgar ni creer dellos, no por esso los sabios y buenos deven ser repelidos ni es cosa conveniente que no aya personas particulares y señaladas de tan grande y alto oficio<sup>89</sup>. Y querer que todos lo exerciten y que ande en la confusión y inconstancia y, por mejor dezir, ignorancia del pueblo, cier-

---

<sup>85</sup> Los casos de curaciones milagrosas realizadas por Jesús son numerosísimos y están recogidos en los cuatro Evangelios; dejando aparte los frecuentes casos concretos, referencias de carácter genérico a curaciones masivas se hallan en *Mateo*, XIV, 34-36 y XV, 29-31, en *Marcos*, VI, 53-56 y VII, 31-37, y en *Lucas*, VII, 21-22. Después de resucitar, Cristo se apareció a sus discípulos y los envió a predicar por el mundo, dándoles poder para sanar (*Marcos*, XVI, 18): «Super aegros manus imponent, et bene habebunt» (*Vulgata*: 1010). La apelación al carácter sagrado de la medicina fue uno de los principales y más frecuentes argumentos esgrimidos por los defensores de la ciencia hipocrática (Delgado-Gómez [1984: 171-173]). Sobre las curaciones milagrosas en el Nuevo Testamento, con referencias a la tipología de enfermedades y a las fórmulas curativas, versa el artículo de L. Gil [1998: 9-42].

<sup>86</sup> San Pablo, *I Epístola a Timoteo*, V, 23 (Mulroney [1930: 30<sup>19</sup>]): «Noli adhuc aquam bibere, sed modico vino utere propter stomachum tuum, et frequentes tuas infirmitates» (*Vulgata*: 1151).

<sup>87</sup> La referencia a la profesión del evangelista san Lucas está en san Pablo, *Epístola a los colosenses*, IV, 14: «Salutat vos Lucas medicus charissimus» (*Vulgata*: 1143).

<sup>88</sup> *Tobías*, VI, 9 (Mulroney [1930: 30<sup>20</sup>]): «Et fel valet ad ungendos oculos, in quibus fuerit albugo, et sanabuntur» (*Vulgata*: 399).

<sup>89</sup> S3-S4-S5-S6: «oficio»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «oficio y ministerio». La distinción entre buenos y malos médicos, que aquí hace Bernardo, tiene su correlato en la imprecación que Sancho Panza dirige al doctor Pedro Recio en la *Ínsula Barataria* (Castillo [1945: 103]).



to no solamente no es cosa provechosa, pero parece impossible. Y el exemplo de que os ayudáis de los romanos, que estuvieron seiscientos años sin médicos, digo, y assí es la verdad, que fue por falta y simpleza suya, que, como carescieron de las otras letras y artes, carescieron también en esse tiempo de la medicina; pero después que entendieron las doctrinas y sciencias y las tomaron de los griegos, abraçaron también la medicina como a una de las más necessarias, y a los maestros della. Y lo mismo digo de las otras gentes que nombrastes.

Pues quanto al segundo punto, que queréis fundar que no sigamos preceptos ni se tenga arte ni fundamento de sciencia, ni queréis que se siga la razón y causa, sino sola la experiencia<sup>90</sup>, y juzgáis y sentís mal de la forma y orden que ay en las medicinas y en la compostura dellas, digo que estoy muy maravillado. Lo primero, porque ya vos sabéis por quán dubdosas son tenidas las experiencias desnudas<sup>91</sup> de sciencia y consideración y juizio, pues se mudan con la hedad, con la complisión<sup>92</sup>, con el tiempo, con el lugar y con otras mil cosas. Por lo qual es necessario que el que ha de curar sepa estas diferencias y la causa secreta y la descubierta de la enfermedad<sup>93</sup>; y por impossible<sup>94</sup> se deve tener el saber curarla el que no sabe de dónde proviene. Es también menester que entienda la compostura y complisiones de los cuerpos humanos, los humores que ay en él, quál es el que pecca, qué enferme-

<sup>90</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «sola la experiencia»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «sola esperiencia».

<sup>91</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «dubdosas son tenidas las experiencias desnudas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «dudosos son tenidos los experimentos desnudos».

<sup>92</sup> *Complisión*: «Complexión», es decir, «el temperamento y commensuración de humores que cada uno tiene, de donde resulta ser de buena salud, u de delicada, frágil y enfermiza» (*Autoridades*, s.v. «complexión»). *Covarrubias* lo recoge bajo la forma *compleción*, si bien documenta su procedencia gráfica latina en el sustantivo *complexio*, -onis.

<sup>93</sup> S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7: «la enfermedad»; S4-S5-S6: «las enfermedades».

<sup>94</sup> S1-Z1-S2-S3-S4-S5-S6: «y por impossible»; Z1-A1-A2-Z2: «por impossible».

dades son las que puede padescer; porque no ay dubda ninguna, sino que de otra manera se ha de curar si proceden<sup>95</sup> las enfermedades de todos quatro humores, como algunos sabios afirman, y de otra, si la culpa y causa está en sola humedad, como quiso tener Eróphilo<sup>96</sup>, según lo cuenta Cornelio Celso<sup>97</sup>, y de otra, si en los espíritus, como a Ipócrates le pareció, y por cierto, de otra, si es lo que dixo Erasítrato, que passándose y colándose<sup>98</sup> la sangre a las arterias o venas de los spíritus, causa la inflamación, y que esta inflamación haze el movimiento que vemos en la fiebre. De manera que esse sabrá curar, que alcançare el origen y causa verdadera: porque veáis si es menester arte y estudio de philosophía.

<sup>95</sup> *Proceden*: S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «preceden» (1928-1947-1959: «proceden»), en tanto que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 leen «provienen». En el caso de *preceden*, se produce una confusión en el uso de los prefijos, fenómeno relativamente frecuente en la lengua del siglo XVI. No es este el único ejemplo de confusión semántica entre *preceder* y *proceder* que encontramos en los *Diálogos* (cfr. *Diálogos*, VI<sup>13</sup>, donde se registra un uso inverso al que señalamos aquí). También en la *Silva* aparecen casos de confusión en el uso de los prefijos; un ejemplo de este mismo vocablo que nos ocupa tenemos recogido en *Silva*, II, 39<sup>1</sup>. Con todo, son mayoría los casos en que, en los *Diálogos*, *proceder* se emplea en su correcta acepción moderna, por lo que también aquí hemos adaptado la forma del prefijo a su uso actual.

<sup>96</sup> *Eróphilo*: S1-Z1-A1-S2-S3 leen «Erópilo», pero S1 corrige manualmente el nombre, insertando una *h* intercalada, de manera que viene a decir «Eróphilo». Mejía se está refiriendo aquí al médico griego Herófilo, nacido en el 320 a.C. Más adelante aparece citado nuevamente bajo la consignación gráficamente correcta de «Eróphilo».

<sup>97</sup> Según lo indicado por Mulroney [1930: 31<sup>21</sup>], la fuente —con sus correspondientes alusiones a Herófilo, Hipócrates y Erasítrato— se encuentra en Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, «Prooemium» (15): «Alia, si in umidis omne vitium est, ut Herophilo visum est; alia, si in spiritu, ut Hippocrati; alia, si sanguis in eas venas, quae spiritui accommodatae sunt, transfunditur et inflammationem, quam Graeci ΦΛΕΓΜΟΝΗΝ nominant, excitat, eaque inflammatio talem motum efficit qualis in febre est, ut Erasistrato placuit» (A. C. Celso [1995: 6]). En realidad —no solo aquí, sino en toda la intervención de Bernardo—, Mejía está reproduciendo con relativa libertad los párrafos 13-19 y 23-25 del proemio de Aulo Cornelio Celso a su primer libro del *De Medicina* (Conde Parrado [1998: 291-292]).

<sup>98</sup> S3-S4-S5-S6: «passándose y colándose»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «transfundiéndose».

Requíérese, assí mesmo, que entendidas, como digo, las causas y enfermedades, entienda y sepa las calidades y propiedades de los metales, de las piedras, de los árboles, de los frutos, de las yervas y raíces, de los animales, de todas las otras cosas de que se puede usar por medicina, para que no yerre en la aplicación dellas<sup>99</sup>. No os niego yo que la experiencia no sea provechosa, pero presumo y oso afirmar que no la pudo aver sin alguna razón o causa, ni creo que los antiguos, a tienta y sin consideración, usaron de las cosas y las aplicaron por medicina, antes creo que, mirando y especulando lo que más convenía, aquella experimentaron que primero les avía parecido y conjeturado ser buena.

De manera que no demos la honra sola<sup>100</sup> a la experiencia, pues fue prudencia y consejo la principal parte. Quan-

---

<sup>99</sup> Para Mulroney [1930: 32<sup>22</sup>], la influencia del *De tradendis disciplinis* (IV, 7) de Juan Luis Vives es perceptible en toda esta parte del diálogo. Vives defiende el estudio de todos los remedios: minerales, piedras, gemas, plantas, animales, etc. También recomienda la disección de cadáveres, como se defiende aquí, más abajo. Efectivamente —en la disputa sobre la medicina, que Mejía desarrolla aquí—, pueden notarse en varios lugares los ecos más o menos difusos, según los casos, de Vives. En el pasaje de los *Diálogos* que ahora nos ocupa, es notorio el parentesco con el *De causis corruptarum artium*, V, capítulo «De Medicina»: «Amissa sunt omnia, quae necessaria erant ad intelligentiam eorum quae fuerant a veteribus observata et tradita posteris, id est, ad notitiam fontium, atque eorum scriptorum, quorum fide posteriores artem exercerent; ut nomina partium humani corporis intus et foris, herbarum, animantium, lapidum, ponderum, mensuram, tum temporum et historiarum» (Vives [1785: VI, 200-201]); y con el *De tradendis disciplinis*, IV, 6 y 7: «Qui ad artem *medicam* transiturus est, vel commigraturus verius, huic sunt exactissime vires naturaue pernoscendae fossilium omnium, quae sunt variorum generum, pigmentorum, lapidum, gemmarum, stirpium, animantium, humani corporis. [...] *Exercitia* huius artis erunt trifaria: primum in agnitione eorum omnium versabitur quae pro medicamentis consueverunt usurpari, fossitorum, pigmentorum, lapidum, gemmarum, stirpium, animantium, et eorum, quae sunt in eis» (Vives [1785: VI, 378, 381-382]). Para el fenómeno de la oculación de las fuentes humanísticas contemporáneas, véase lo indicado en el apartado 6 de nuestra Introducción (cfr. también *Introducción*<sup>240</sup>).

<sup>100</sup> *Sola*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930). Es frecuente en el castellano auri secular el empleo de *solo* como determinante indefinido —y, por lo tanto, concertando en género y número con el sustantivo al que se refiere—, sin perder por ello su significación adverbial (Keniston, 15.382, 15.542, 21.2, 21.32 y 39.74). No obstante, 1928-1947-1959 han corregido en «sólo», adaptando el término a su uso moderno.

to más que cada día se descubren diversos géneros de enfermedades, a las cuales no puede servir la experiencia ni uso, pues no la puede aver de lo no conocido ni visto, y es menester investigar de dónde procedieron; para lo qual es necessario conocer por arte y doctrina las obscuras y íntimas causas de los daños<sup>101</sup> y corrupciones que pueden padecer los humores y miembros en el hombre, sin estas claras y descubiertas de frío, calor, hambre y repleción o henchimiento y otros<sup>102</sup> semejantes. Ha también de saber, el que ha de ser médico, y entender las que llaman acciones o operaciones naturales, que son aquellas por las quales damos y tomamos el espíritu y resuello, y comemos y bevemos los licores y mantenimientos, y lo<sup>103</sup> digerimos y se reparte por todos los miembros. Y también se requiere que entienda por qué tienen los pulsos continuo movimiento y qué sea la razón y causa del sueño y vigilia, sin noticia de lo qual no parece que se pueden preservar ni curar las enfermedades<sup>104</sup>.

<sup>101</sup> S3-S4-S5-S6: «daños»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «vicios».

<sup>102</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «repleción o henchimiento y otros»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «repleción y otros».

*Otros*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947). La forma que podría esperarse en este contexto es «otras» (así lo transcribe 1959), pero se produce aquí un fenómeno de concordancia del pronombre indefinido con el conjunto de los sustantivos a cuya serie él mismo pone fin o con el núcleo del modificador —«daños y corrupciones»— del antecedente y no con este: «*las... causas* [de los daños y corrupciones]... sin estas... y otros semejantes» (cfr. *Keniston*, 8.441 y *Silva*, II, 20<sup>1</sup>).

*Repleción*: «Acción y efecto de repletar» (*DRAE*, s.v. «repleción»), es decir, «la llenura que resulta de la abundancia de los humores en el cuerpo del animal, u del exceso de mantenimiento» (*Autoridades*, s.v. «repleción», donde se alega este pasaje de Mejía).

<sup>103</sup> *Lo*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7 (y 1930); S4-S5-S6 (y 1928-1947) dicen «la», forma que debe entenderse como errata; y en 1959 se lee «los», reconstruyendo la forma gramaticalmente correcta. Sin embargo, *lo* puede admitirse por una concordancia con un imaginario y neutro término genérico, como «eso» o «todo»: «digerimos *todo eso* [los licores y mantenimientos] = «lo digerimos». Estos casos de concordancias ambivalentes son relativamente frecuentes en la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, P<sup>51</sup>; III, 31<sup>2</sup>; IV, 15<sup>56</sup> y 16<sup>46</sup>).

<sup>104</sup> Castillo [1945: 103] ha subrayado la sintonía de planteamientos entre ciertos fragmentos de los tres últimos párrafos y las advertencias del médico de la Ínsula Barataria a Sancho Panza (*Don Quijote*, II, 47).

Aliende<sup>105</sup> desto, pasdescen los hombres tantos dolores y passiones en las partes y miembros interiores del cuerpo, que es necessario<sup>106</sup> averlos visto y conocido, y aver hecho anothomía<sup>107</sup> en algunos cuerpos defuntos, y notado y considerado la color, la figura, el tamaño, la horden, la dureza o blandura de todos ellos, y la variedad y apartamientos de los mismos miembros entre sí, quáles abracan a quáles o cómo se dan lugar y se resciben, según leemos que lo hizieron Eróphilo y Erasítrato, pidiendo para ello los hombres condenados a muerte<sup>108</sup>; porque claro

<sup>105</sup> *Aliende*: «Lo mismo que allende» (*Autoridades*, s.v. «aliende»), es decir, «además» (*Autoridades* y *DRAE*, s.v. «aliende» y «allende», donde se recoge la primera variante como arcaica y desusada). *Covarrubias*, que ya lo tiene también por vocablo antiguo y no registra la forma *aliende*, hace provenir el término de *aliud inde*, lo que explicaría por síncope la variante *aliende*, que posteriormente palatalizaría en *allende*. Ambas formas se alternan con frecuencia en las obras de Mejía (cfr. *Silva*, I, 1<sup>24</sup> y III, 1<sup>5</sup>). En las ediciones antiguas manejadas aparece *aliende* en S1-A1-S2-S3-S4-S5-S6 y *allende* en Z1-A2-Z2-S7.

<sup>106</sup> *Que es necessario*: S2-S3 dicen «y que es necessario», añadiendo una conjunción copulativa que estraga la sintaxis de la frase y que omiten otras ediciones antiguas (S1-Z1-A1-A2-Z2-S7). Por tratarse de una errata evidente, suprimimos ese nexo ocioso (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>75</sup>), aunque ediciones posteriores continúen incurriendo en el mismo desliz tipográfico (S4-S5-S6 y 1928-1930-1947-1959).

<sup>107</sup> *Anothomía*: «Anatomía», aquí con el sentido de «disección, autopsia» (*DRAE* y *Corominas*, s.v. «anatomía»). «Es la descarnadura y abertura que se hace de un cuerpo humano para considerar sus partes interiores y su composura; cosa necesarísima a los médicos y cirujanos, y así en las univeridades hay cátedras desta facultad, y se ejecuta algunas veces en los cuerpos de los ajusticiados y otras en los que mueren en los hospitales y en algunas otras personas particulares» (*Covarrubias*, s.v. «anatomía»). «Es voz griega, que muchos por error pronuncian anotomía» (*Autoridades*, s.v. «anatomía»). La variante *anothomía* aparece en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S7 (S5-S6 transcriben «anotomía»), en tanto que Z1-Z2 recogen la forma *anathomía*.

<sup>108</sup> La fuente —según indica Mulroney [1930: 33<sup>23</sup>]— está en Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, «Proemio» (23): «Longeque optime fecisse Herophilum et Erasistratum, qui nocentes homines a regibus ex carcere acceptos vivos inciderint, considerarintque, etiamnum spiritu remanente, ea quae natura ante clausisset, eorumque positum, colorem, figuram, magnitudinem, ordinem, duritiem, mollitiem, levorem, contactum, processus deinde singulorum et recessus, et sive quid inscitur alteri, sive quid partem alterius in se recipit» (A. C. Celso [1995: 8-9]).

Cuando Mejía escribe estas líneas, la polémica en torno a la necesidad de que el médico deba realizar prácticas anatómicas está en plena efervescencia (Mingote Muñiz [1983: 24-26]). Aulo Cornelio Celso —en su *De Medicina*, I,

está que quando acaesciere algún dolor o daño interior, que no podrá saber cómo y dónde duele y está, ni aplicar la medicina por defuera, el que no supiere cuáles y cómo están ellos dentro y la naturaleza y razón dello. Y por no ser muy largo, digo que son tantas las cosas necessarias para ser buen médico, que aun para contarlas es menester ser philósopho y letrado, quanto más para conoscerlas y usar dellas; tanto, que dize Ipócrates, y Macrobio lo refiere<sup>109</sup>, que ha de saber el médico lo passado y entender lo presente y pronosticar y adevinar lo futuro<sup>110</sup>. De manera, señor Gaspar, que si bien me avéis querido oír, no dexaréis de confessarme que es necessario que los médicos tengan reglas y preceptos y que sean fundados en las ciencias y artes; y como esto no puede ser común, es bien y necessario que aya hombres particulares médicos<sup>111</sup> y que sean honrrados y estimados, como siempre lo han sido.

Y no obsta a esto lo que dexistes, que con los vicios y deshórdenes vinieron los médicos a Roma; porque, aunque ello uviera passado assí, don y merced parece de Dios que, ya que venía el daño, viniesse el remedio dél. Porque, por más que queráis porfiar, los médicos no aconsejan a nadie que sea destemplado; pero ya que lo ha<sup>112</sup>

---

«Proemio» (74)—, que había defendido la disección de los cuerpos difuntos, se declaró en contra de la vivisección (A. C. Celso [1995: 22]). La anatomía como práctica del aprendizaje médico fue defendida por los galenos humanistas del Renacimiento, partidarios de la medicina hipocrática (Delgado-Gómez [1984: 149]).

<sup>109</sup> Según Mulroney [1930: 33<sup>24</sup>], la fuente se encuentra en Macrobio, *Saturnalia*, I, 20 (5): «Sicut ait Hippocrates oportere medicum dicere de aegro τὰ τε παρεόντα καὶ τὰ προγεγονότα καὶ τὰ μέλλοντα ἔσεσθαι, id est quae sint, quae fuerint, quae mox ventura sequentur» (Macrobio [1994b: 112]).

<sup>110</sup> S3-S4-S5-S6: «pronosticar y adevinar lo futuro»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «pronosticar lo futuro».

<sup>111</sup> *Es bien y necesario que aya hombres particulares médicos*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 añaden «es bien y necesario *también* que aya *también* hombres particulares médicos», con una repetición del adverbio que hemos considerado como errata.

<sup>112</sup> *Ha*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959); pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «han», probablemente entendiendo el sujeto elíptico de la oración en un sentido colectivo. La ambigüedad se ve reforzada al tener que ima-

sido, quitan el daño que ha hecho la destemplança. Y lo que murmuráis de las invenciones de los xaraves y aguas destiladas y de la composición de las medicinas, hazéislo injustamente, porque antes es de alabar el ingenio y aviso de los que lo inventaron, y teneldo<sup>113</sup> por merced también y misericordia de Dios, que cada día nos da nuevos remedios y medicinas; y si los antiguos no supieron hazer xaraves ni destilar aguas saludables y de olores<sup>114</sup> como agora, esso les tenemos de ventaja<sup>115</sup> y más que agradecer a los médicos, por cosa tan útil y suave; y no porque sea nueva invención es de menospreciar, que tampoco atinaron ni conocieron los antiguos el ámbar ni almizque ni algalia<sup>116</sup>, y

---

ginar mentalmente el sujeto sobre el indefinido negativo «nadie» de la oración anterior, sustituyéndolo por otro indefinido de carácter positivo, que igual podría ser «alguien [destemplado]» que «algunos [destemplados]» (cfr. *Keniston*, 36.26).

<sup>113</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «lo inventaron»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «los inventaron».

*Teneldo*: Lo mismo que «tenedlo», por metátesis (*Keniston*, 30.44, y *Silva*, II, 7<sup>a</sup>).

<sup>114</sup> S3-S4-S5-S6: «olores»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «olor».

<sup>115</sup> De manera reiterada, Mejía expresa en todos sus escritos la idea de progreso continuo del conocimiento humano, en el cual siempre los modernos superan a los antiguos (Maravall [1986: 598-599]).

<sup>116</sup> *Ámbar*: «Resina fósil, de color amarillo [...] que arde fácilmente, con buen olor» (*DRAE*, s.v. «ámbar»). De él dice el doctor Andrés Laguna: «Es el ámbar caliente y seco en el grado segundo, fortifica el cerebro y el corazón con su olor suavísimo» (*Autoridades*, s.v. «ámbar»).

*Almizque*: Almizcle, «sustancia grasa, untuosa, de olor intenso que algunos mamíferos segregan [...] y, por extensión, la que segregan ciertas aves [...]. Por su untuosidad y aroma, el almizcle es materia base de ciertos preparados cosméticos y de perfumería» (*DRAE*, s.v. «almizcle»). La forma *almizque* —que aparece en todas las ediciones antiguas manejadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7)— es arcaica y desusada (*DRAE*, s.v. «almizque»).

*Algalia*: «Sustancia untuosa [...], de olor fuerte y sabor acre. [...] Se emplea en perfumería» (*DRAE*, s.v. «algalia»).

Cuando unos mercaderes responden burlonamente al requerimiento de don Quijote, en el sentido de que certifiquen la belleza de Dulcinea sin conocerla, y uno de ellos le insinúa que puede ser tuerta de un ojo y manarle del otro bermellón y piedra azufre, el andante caballero les espeta con iracundia: «No le mana, canalla infame [...]; no le mana, digo, eso que decís; sino ámbar y algalia entre algodones» (M. de Cervantes [1978: I, 100-101]). En *El vizcaíno fingido*, Brígida le refiere a Cristina cómo había ponderado sus atractivos ante Solórzano: «También le dije cómo vas muy limpia, muy linda, y muy agraciada, y que toda eras ámbar, almizcle y algalia entre algodones» (M. de Cervantes [1982: 205]). Como puede verse, era frecuente usar conjuntamente estos términos para referirse al culmen de los buenos perfumes.



son suavísimos y excelentes olores. Y los mitridatos y tiriacas y compuestos que reprehendéis, es también porque no entendéis su composición, ni las virtudes de las cosas de que se hazen, ni los efectos dellos. Y a lo que dezís de que no son los médicos castigados por las muertes que hazen, sois digno de grande reprehensión por presumir vos que por malicia maten a nadie; pero que no se pueda hazer por ignorancia y que se examinassen con grande rigor los médicos, bien estoy en ello y cosa es conveniente que se haga. Pero si, haziendo el médico bien su oficio y siguiendo la regla y arte, sucediesse sin culpa suya causarse la muerte del paciente, no merescería pena por ello; y assí lo difine y determina Platón<sup>117</sup> en el nono diálogo de sus *Leyes*. Pues que los médicos procuren ser pagados de sus trabajos, no deven ser reprehendidos por ello, pues de ley divina y humana se deve al mercenario su premio y manda Dios que al buey que trilla no se le ponga boçal<sup>118</sup>. Y cierto es demasiada agudeza, y no sé si diga malicia<sup>119</sup>, presu-

<sup>117</sup> Platón, *De legibus*, IX (865b): «Omnes autem medici qui curantes non sponte occiderint, mundi sint» (Platón [1546: 858]). Mulroney [1930: 34<sup>25</sup>] alega —de esta misma fuente griega— una traducción latina distinta: «Medicus quisque, si ipse invito moritur quem curavit, purus esto ex lege».

<sup>118</sup> *Deuteronomio*, XXV, 4: «Non ligabis os bovis terentis in area fruges tuas» (*Vulgata*: 162). Por dos veces alude san Pablo a este pasaje del Antiguo Testamento; la primera, en la *Epístola I a los corintios*, IX, 9-10 «Scriptum est enim in lege Moysi: Non alligabis os bovi trituranti. Numquid de bobus cura est Deo? An propter nos utique hoc dicit? Nam propter nos scripta sunt: quoniam debet in spe qui arat, arare: et qui triturat, in spe fructus percipiendi» (*Vulgata*: 1113; y Márquez Villanueva [1968: 114]); y la segunda, en la *Epístola I a Timoteo*, V, 18: «Dicit enim Scriptura: Non alligabis os bovi trituranti. Et: Dignus est operarius mercede sua» (*Vulgata*: 1151; Mulroney [1930: 34<sup>26</sup>]).

<sup>119</sup> *Y no sé si diga malicia*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959); sin embargo, S2-S3 (y 1930) dicen «y no se diga malicia», frase evidentemente estragada por mor de un desliz tipográfico de S2, reiterado en S3, ya que, si bien la expresión tiene sentido en sí misma, lo pierde en el contexto. En nuestra opinión, lo que se quiere decir aquí es que el afirmar que los médicos oscurecen sus conocimientos es una apreciación aguda, e incluso podría considerarse maliciosa (lo cual sería reprochable); pero con la lectura de S2-S3 el matiz se torna mucho más rotundo y categórico: la apreciación sobre los médicos es aguda y, por supuesto, maliciosa (con lo que el calificativo de agudo resultaría ocioso y contradictorio, distorsionando así el sentido general de la conversación).



mir que de industria han escurecido su arte con los nombres exquisitos de las cosas que dezís, porque aquello no es sino por hablar propriamente y por dar el origen y nombre verdadero y, a las vezes, por ignorancia del vulgar y conocido. Y lo que dezís de las letras y recetas, téngolo por donaire y no digno de respuesta, pues sabéis que se hazen por escusar trabajo y porque cada facultad tiene sus términos y manera de tratarse, y assí sus abreviaturas y escriptura. Y en lo que tocastes de los diversos paresceres y sentencias, también está claro el descargo, pues los ingenios y juizios de los hombres son diversos y con sana y buena intención pueden ser contrarios en las sentencias; y esto con poco peligro en la medicina, pues una enfermedad se puede curar con muchas cosas y por diversas maneras, y assí pueden variar los médicos en sus consejos y en<sup>120</sup> los medios, y por diversos caminos ir al fin, que es la cura y salud del enfermo. E assí queda vuestra mala sospecha desbaratada. Y también vuestra opinión, por las razones dichas, queda sin fundamento; parésceme que, sin más porfiar, os devéis apartar della. Y porque confío que lo haréis assí, no quiero agora deziros más, aunque ocurrían hartas cosas otras<sup>121</sup>.

### DON NUÑO

Por mi fe, señor Maestro, que aunque yo entiendo poco, que ha orado valientemente el señor Bernardo y estoy ya del vando de los médicos; no sé qué le paresce al señor Gaspar.

<sup>120</sup> S3-S4-S5-S6: «consejos y en»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «consejos en».

<sup>121</sup> *Ocurrían hartas cosas otras*: «Se me ocurrían otras muchas cosas». *Ocurrir* es lo mismo que «ocurrir a la memoria, ofrecerse» (*Covarrubias*, s.v. «ocurrir») y «vale también venir a la imaginación una especie de repente y sin esperarla» (*Autoridades*, s.v. «ocurrir», donde —tomándolo de la *Historia de la Passión* del padre Luis de la Palma— se aduce un uso muy similar al de aquí: «Siempre que veía o consideraba el cuerpo de su dulcísimo Hijo, le *ocurrían* los tormentos que en cada uno de sus miembros había de padecer»). *Hartas cosas otras*: En el castellano del siglo XVI, cuando concurren dos determinantes indefinidos en un mismo sintagma nominal, suelen colocarse uno antes y otro después del sustantivo (*Keniston*, 21.2 y 21.3, y *Silva*, I, 1<sup>34</sup> y 2<sup>6</sup>).

## MAESTRO

Lo que a él le paresce, él lo dirá; yo no quiero hablar, pues me avéis hecho juez. Su vez le queda a él y hedad y saber tiene; él vea lo que le conviene hazer.

Diálogo

# Segunda parte del diálogo de los médicos: en que se acaba y concluye el diálogo.

¶ Gaspar.



**Y** estoy tan fuera de cōsentir en lo q̃ el señor Bernar-  
do ha dicho: q̃ juro por mi  
cōsciencia q̃ sus mismas ra-  
zones me hã mas cōfirmado en mi opi-  
niõ: y que no estaua tan enemigo de los  
medicos antes q̃ lo oyese, como ago-  
ra: y si tengo razón o no, en mi respuesta  
se vera. Digo lo primero, q̃ no puedo  
negaros a ver biẽ entendido mi desseo  
en q̃ querría q̃ no vuisse officio de me-  
dicos en el pueblo, alomenos q̃ curassẽ  
por dineros, sino q̃ los vnos nos acõse-  
jassemos y curassemos a los otros, y q̃  
supiessemos y viassemos de aq̃llos re-  
medios q̃ quedassen sabidos y aproua-  
dos, y q̃ los hõbres viejos y experimẽ-  
tados nos diessen, allegãdonos ala er-

Página inicial de la segunda parte del «Diálogo de los médicos»,  
Sevilla, Cristóbal Álvarez, 1551

## Segunda parte del «Diálogo de los médicos», en que se acaba y concluye el diálogo<sup>1</sup>

GASPAR

Yo estoy tan fuera de consentir en lo que el señor Bernardo ha dicho, que juro por mi consciencia que sus mismas razones me han más confirmado en mi opinión y que no estaba tan enemigo de los médicos, antes que lo oyese<sup>2</sup>, como agora; y si tengo razón o no, en mi respuesta se verá. Digo, lo primero, que no puedo negaros aver bien entendido mi desseo, en que quería que no uviesse officio de médicos en el pueblo, a lo menos que curassen por dineros, sino que los unos nos aconsejásemos y curásemos a los otros, y que supiésemos y usásemos de aquellos remedios que quedassen sabidos y apro-

---

<sup>1</sup> La presencia del proemio al libro primero del *De Medicina* de Aulo Cornelio Celso es determinante en la discusión que Mejía plantea en esta segunda parte del diálogo (Conde Parrado [1998: 290]).

<sup>2</sup> *Tan enemigo de los médicos, antes que lo oyese*: Así en S2-S3-S4-S5-S6. Sin embargo, S1 dice «tan enemigo antes que lo oyese», lo cual es un lapsus evidente del que se avisa en la fe de erratas (donde se indica que debe leerse «enemigo de médicos antes») y que corrigen las dos ediciones sevillanas siguientes (S2-S3), supervisadas por Mejía. Pero, en el ínterin, Z1-A1 (y también A2-Z2-S7), siguiendo la indicación de la fe de erratas de S1, ya habían solucionado el olvido con un «tan enemigo de médicos antes que lo oyese».

vados y que los hombres viejos y experimentados nos diessen, allegándonos a la experiencia. Porque si esto assí se hiziesse y passasse, aunque uviesse algunos inconvenientes, cierto serían menos que los que se siguen de los buenos y malos médicos, de sus purgas y repurgas, sangrías<sup>3</sup> y resangrías. Y tampoco avría más dificultad en ello, si determinadamente se començasse a platicar que la ay en hablar una lengua ni guardar unas costumbres que son viejas y antiguas en nuestra patria, y el uso grande y antiguo lo haría tan fácil en el curar los enfermos como en esto; y desto es prueba y argumento ver que para la una parte de la medicina, que según ellos mismos es la principal, que la llaman *esual*<sup>4</sup>, que es saber qué mantenimientos se deven comer y cómo y cuál es más o menos provechoso, la experiencia y uso y consejos de entre sí mismos tienen ya tan pláticos a los hombres en ella que, sin parecer ni recepta de médico, saben lo que es de comer y cómo y en qué cantidad se ha de comer, y assí lo usan y guardan, si no son los que quieren voluntariamente ser desordenados. Pues, pecador de mí, si en esto, que es lo más<sup>5</sup>, podemos bivar sin ayos, ¿por qué no haríamos que el curar se usasse tanto que fuesse tan sabido como esto? Pues ni la dificultad ni riesgo sería más, como tomaré a dezir al cabo, desde que responda a vuestros argumentos.

<sup>3</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «repurgas, sangrías»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «repurgas, y sangrías».

<sup>4</sup> Sobre esa parte o rama de la medicina, llamada *esual* —lo que hoy denominaríamos como dietética—, versa Juan Luis Vives en su *De tradendis disciplinis*, IV, 6: «Hactenus terminos suos *esualis* prorogat. [...] Haec *medicina* nuncupatur: itaque coniunctae sunt artes istae, et germanae, ut medicina sit nonnunquam quae *esualis* existimatur, aut viceversa; ceterum *esualis* simplicior est, et in functione generalis magis, quippe quae genera et formas tantum considerat, quum medicus ad singula rem deducat, non praeceptis, sed actione; nam circa singula, quae sunt innumerabilia, nulla versatur ars; praeter haec, medicina temporaria est, et quorundam; *esualis* omnium, ac perpetua» (Vives [1785: VI, 378-379]). La palabra *esual* es un latinismo crudo, relacionado directamente con los sustantivos *esus* («comida») y *esuries* («apetito, hambre»), con el adjetivo *esuarialis* («relativo al hambre o al ayuno») y con el verbo *esurio* («tener hambre, estar hambriento»).

<sup>5</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «lo más»; Z1-Z2: «lo de más».

Porque quiero yo mudar la forma en responder, pues somos contrarios en las opiniones.

Querer vos defender el officio de los médicos de agora con dezir que Christo, nuestro Redemptor, se comparó a los médicos, es querer defender la crueldad de los leones, porque también se llamó<sup>6</sup> león; y fuera desto, el argumento es muy flaco, porque no le armaría menos a Christo el curar y nombre de médico de la manera que yo digo que se haga, que el de los que lo son particulares. ¿Y queréis ver que antes Él aprobó mi opinión que la vuestra?: mirá que no señaló entre sus discípulos a uno ni a dos que curassen ni sanassen, sino que a todos mandó y dio gracia que curassen y sanassen, como vos mismo dezís. Y también haze claro, por mi parte, lo que dezís del ángel Raphael y de sant Pablo, pues no embiaron sus enfermos al médico del pueblo, sino ellos lo curaron sin serlo, y no con purgas ni sangrías ni con vuestros diacatholicones ni escamoneas<sup>7</sup>, sino el uno con un poco de vino que tenía experimentado y el otro con la propiedad y virtud de un pesce que Dios le dio para aquello. Assí que, señor mío, pues este officio es común a los ángeles y a los hombres, no es razón que se alcen con él dos o tres como tiranos en el lugar, porque sean letrados, como vos dezís; y pluguiesse a Dios que lo fuesen, y si lo son, séanlo en buena hora, que yo no digo que dañan a nadie las letras. Pero digo que para el uso del curar no son menester, porque yo no tengo por necessarias sino solamente la noticia de las causas claras y evidentes, porque no va mucho

---

<sup>6</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «llamó»; A1-A2: «llama». A Jesús se le designa con el nombre de *león* en el *Apocalipsis*, V, 5.

<sup>7</sup> *Diacatholicones*: El *diacatolicón* es un «electuario purgante que se hacía principalmente con hojas de sen, raíz de ruibarbo y pulpa de tamarindo» (*DRAE*, s.v. «diacatolicón»). «Es voz griega *diacatholicon*, que significa composición universal, cuyo nombre se le dio por la virtud que tiene de purgar todos los humores» (*Autoridades*, s.v. «diacathalicón»).

*Escamoneas*: La *escamonea* es una «gomorresina medicinal sólida y muy purgante, extraída de una hierba de la familia de las Convolvuláceas, que se cría en los países mediterráneos orientales» (*DRAE*, s.v. «escamonea»). «Deste sugo usan mucho los médicos para purgar cólera y flema, corrigiendo primero actividad peligrosa» (*Covarrubias*, s.v. «escamonea»).

en saber el primero y secreto origen del mal, sino qué es lo que lo sana.

Y esta inquisición y inteligencia de las secretas y escondidas causas y las questões y noticia de las operaciones naturales y lo demás que avéis dicho que es necesario saberse y estudiarse, júzgo por cosa por demás, porque lo tengo por impossible. Porque, aliende de que los secretos de naturaleza son quasi incomprehensibles<sup>8</sup>, claro está ser esto assí, pues los que esto trataron y han querido saber, médicos y philosophos, son tan contrarios y diversos en sus opiniones, que ninguna regla ni resolución cierta se puede dar. Porque ¿cómo queréis vos que sepa el médico la causa radical y primero origen de todas las enfermedades, si tan varias son las opiniones que ay sobre esto, como vos mesmo avéis contado? ¿Por qué tengo yo más de creer a Hipócrates, que la pone en los espíritus, que a Erasítrato, que lo atribuye a la trasfundación de la sangre a las arterias? ¿Por qué<sup>9</sup> más a estos que a los otros que assignaron otros principios? ¿Y cómo queréis que se sepa cómo se haze la digestión en el estómago, ni crea yo más a uno que a otro<sup>10</sup>, pues tantas opiniones ay sobre ello? Que unos dizen cozerse el manjar con el calor, otros podrecerse<sup>11</sup>, otros por vía de atrición<sup>12</sup> y molimiento, otros niegan lo uno y lo otro; y todos dan tales razones, que parecen verdaderas y, siguiendo a qualquiera dellas, ha de ser la manera del curar particular y contraria a la otra. De manera que, pues destas causas y orígenes es cosa tan dificultosa de alcançar lo cierto dellas que parece im-

---

<sup>8</sup> S3-S4-S5-S6: «son quasi incomprehensibles»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «son incomprehensibles».

<sup>9</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «¿Por qué»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «¿Y por qué».

<sup>10</sup> Z1-A1-S3-A2-Z2-S4-S5-S6: «que a otro»; S1-S2-S7: «que otro».

<sup>11</sup> *Podrecerse*: «Pudrirse» (*DRAE*, s.v. «podrecer», y *Autoridades*, s.v. «podrecer»).

<sup>12</sup> *Atrición*: Término tomado del latín *attritio*, «acción de frotar, moler o desmenuzar», acepción no recogida en los repertorios léxicos antiguos o modernos. Por tratarse de un vocablo culto, Mejía —según su costumbre— lo hace acompañar de un sinónimo que aclara su significado: «atrición y molimiento».

possible, no ay para qué cansarse y ocuparse en alcançarlas, sino que nos sirvamos del remedio que ha mostrado la experiencia<sup>13</sup>; y pues no importa saber quién causó la enfermedad, sino el con qué se curará, ni quiero saber cómo se haze la digestión, sino qué manjar es fácil de digerir y con qué la ayudaremos, sin que nos matemos por el porqué, ni soy en que sepamos, como vos queréis, en quanto toca a curamos, cómo resollamos, sino qué cosas ayudan a hazerlo sin pena, ni quiero saber quién mueve ni cómo se mueven las arterias, sino entender qué significa su desordenado movimiento.

Y no haze en favor vuestro lo que dezís de las nuevas enfermedades que pueden acaescer, porque, si lo tal acaeciese, no deve el que cura cansarse en pensar el origen dellas, pues aun de las comunes no lo saben, como está mostrado; porque basta considerar con qué medicinas se curaron las enfermedades que más semejantes son a aquella, y assí, experimentando, se verná a caer en lo cierto. Si no, miraldo<sup>14</sup> por el mal de las bubas quán perdidos han andado los médicos, en tanto que llevaron la cosa por sciencia y arte; y después que la experiencia mostró este palo que llaman sancto<sup>15</sup>, quán notoriamente se remedian

---

<sup>13</sup> Es obvio que el debate se centra aquí entre el valor del conocimiento teórico y el experimental, que parece decantarse a favor de este último. Ese guiarse por la razón, ayudada de los sentidos —cuya comprobación, en último término, resulta irrefutable y puede echar por tierra toda una tradición escrita de autoridades—, es una actitud científica plenamente moderna que —por razones obvias— se desarrolló especialmente en el ámbito de la medicina práctica (Ferrerías [1985c: 86]).

<sup>14</sup> *Semejantes son a aquella*: Está la preposición *a* en Z1-S3-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero falta en S1-A1-S2-A2-S7. Consideramos que la ausencia del término en estas últimas ediciones se debe a un caso de «*a* embebida», fenómeno muy común en los textos del siglo XVI, consistente en omitir la preposición *a* cuando esta va seguida de palabra que comienza por *a-* o *ha-*, o cuando va precedida por palabra que termina en *-a*, especialmente si estas vocales son átonas. La omisión de la preposición en el texto escrito vendría a documentar así una ausencia que muy probablemente se producía —y se sigue produciendo actualmente— en el habla coloquial (Keniston, 41.32 y Silva, P<sup>26</sup>).

*Miraldo*: «Miradlo» (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>113</sup>).

<sup>15</sup> *Este palo que llaman sancto*: Del árbol de Indias o guayacán, llamado *palo santo* por sus maravillosos efectos medicinales, trata el doctor Nicolás Monar-



y curan los enfermos, sin aver alcançado el origen del mal ni el porqué sana la medicina.

La anathomía en los cuerpos muertos, que os parece ser assí mismo necessaria<sup>16</sup>, a mi juizio es de poco efecto y fundamento, aliende de que lo tengo por género de crueldad, porque es cierto que no queda el proprio color ni blandura ni dureza ni las otras cosas que dexistes, en los miembros de los cuerpos heridos o muertos, que ay en los bivos y sanos; porque si basta en un hombre sano y bivo un poco de frío o miedo o cansancio o otra qualquier mediana passión y alteración<sup>17</sup> a hazer notorias mudanças exteriores en la color y postura del rostro, mucho más es verisímile los interiores miembros, que son más delicados, mudarse y alterarse con el aire extraño que les da entonces y con las graves heridas y muerte, y que no guardan el lugar ni horden ni concierto entre sí, antes es de creer y se sabe desbaratarse y desordenarse todos, y tengo por locura creer que el armonía y concierto que ay en el cuerpo del hombre bivo se pueda hallar en el que muere o está muerto. E si esta anathomía es de algún efecto y puede dar alguna lumbre, cada día acontecen heridas

---

des en su *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina* (Sevilla, Alonso Escribano, 1574), del que dice que especialmente es un remedio nuevo y efectivo para las bubas sífilíticas —dolencia conocida como *mal francés*, *mal napolitano*, *sarna española* o *sarampión de las Indias*, según quienes se refirieran a ella—; tras hacer una rápida síntesis de la aparición de la enfermedad y del descubrimiento de las virtudes terapéuticas de la planta en Santo Domingo, antes de especificar la preparación y administración del medicamento, dice el galeno sevillano del *palo santo* que «es maravilloso remedio para curar el mal de buvas», ya que de él «se haze el agua que se toma para esta enfermedad y para otras muchas» (Monardes [1998: 14v.]). Citan el *palo de Indias* Quevedo en los *Sueños*, Lope de Vega en *El peregrino en su patria* y Agustín de Rojas en *El viaje entretenido* (cfr. Jammes y Mir [1993: 518]). Francisco Delicado —el autor de *La lozana andaluza*, quien sufrió los estragos de la sífilis— escribió también un tratado, el *Modo de adoperare el legno de India Occidentale* (Venecia, 1530), sobre las propiedades curativas de esta planta (A. Blecua [1993: 435]).

<sup>16</sup> *Necessaria*: Así en S7 (y 1959), en tanto que, con evidente e inadmissible solecismo, S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947) dicen «necesario».

<sup>17</sup> S3-S4-S5-S6: «o otra qualquier mediana passión y alteración»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «o otro qualquier mediano afecto y alteración».

en las guerras y por otros desastres, donde, sin crueldad y curando lo que otros hizieron, se pueden hazer estas experiencias y sin que rompa la carne humana el que ha professado oficio de curarla<sup>18</sup>.

A lo que dixistes, que son falaces<sup>19</sup> y dubdosas las experiencias porque<sup>20</sup> se mudan con la hedad y con el tiempo, digo que essas mudanças la experiencia las alcançó, y no el arte; de manera que a ella se le deve y con ella se puede alcançar todo. Y las respuestas que dais a algunas de mis razones son tan flacas, que no es menester replicar a ellas. Porque a lo que dezís que no son los médicos causa de vicios y males, porque nunca aconsejan a nadie destemplança, antes curan los daños que ella haze, yo os digo que porque confían los hombres que bastan ellos a hazer esso, se hazen glotones y desordenados, y aun a vezes se lo aconsejan ellos<sup>21</sup>; y porque está aquí el señor Maestro, al propósito os quiero rezar lo que dize sant Ambrosio sobre un psalmo, y es esto: «Contrarios son los preceptos de medicina a los divinos consejos, porque vedan los ayunos

Psalmo  
CXVIII<sup>22</sup>.

<sup>18</sup> El pasaje que llega hasta aquí y que comienza cuatro párrafos más arriba —en donde dice «Pero digo que para el uso del curar no son menester...»— está inspirado directamente en las secciones 15, 20, 27-29, 31 y 36-43 del proemio al libro primero del *De Medicina* de Aulo Cornelio Celso, cuyos fragmentos Mejía selecciona y reordena a su capricho (Conde Parrado [1998: 293-294]).

<sup>19</sup> *Falaces*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, pero S2 —por evidente errata, que soslayo— dice «fáciles», desliz que reproducen S3-S4-S5-S6 (y 1930). En el ejemplar de S2 que utilizo (B.N.M., R-13342), el error está corregido manualmente: se ha tachado el término y al margen se ha escrito «fallaces». Sin explicar la procedencia de su lectura, 1928-1947-1959 transcriben «falibles».

<sup>20</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «falaces y dubdosas las experiencias porque»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «falaces los experimentos porque».

<sup>21</sup> *Porque confían... se lo aconsejan ellos*: Periodo sintáctico oscuro a causa de la ambigüedad de los pronombres, que aparece así en todas las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) y modernas (1928-1930-1947-1959). Habría que entenderlo de la siguiente manera: «... porque confían los hombres que bastan ellos [los médicos] a hazer esso [curar los daños que produce la destemplanza], se hazen glotones y desordenados [los hombres], y aun a vezes se lo aconsejan [hacerse glotones y desordenados] ellos [los médicos]».

<sup>22</sup> S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4 dicen «CVIII» y S5-S6-S7 indican «108»; pero la alusión no se recoge en el comentario al *Salmo CVIII* de san

y no permiten las vigiliass, y de tal manera quieren mandar al hombre, que se ha de negar a sí propio el que se diere a ella».

Y al querer librar de pena a los médicos con *Las leyes* de Platón, os respondo que traigáis primero aprovación dellas del emperador, porque sin esto poco caso se deve hazer dellas; pero, aunque se deviesse hazer, Platón no salva sino al que curó muy bien y, sin culpa suya, sucedió mal, y yo no os digo a vos sino de los que, por no saber lo que han de hazer, yerran en lo que hazen. De lo qual, pues no lo ay en la tierra, pido a Dios el castigo. Porque es cosa rezia que solos los médicos nunca ignoren cosa; porque si vais al abogado con la cuestión, os responderá que él lo verá y estudiará; si al theólogo, las más vezes os dize lo mismo; y assí los de otras facultades<sup>23</sup>. Y médico nunca avréis jamás visto ninguno que no responda de improviso a mil enfermos que visite, o a la orina que le embíen, teniendo en menos errar que confessar que no sabe<sup>24</sup>; porque, de sus yerros y malos sucessos, ya tienen ellos a quien echar la culpa, que es la deshorden de los enfermos o a la mali-

---

Ambrosio, sino en *Expositio in Psalmum CXVIII*, 23 (Mulroney [39<sup>1</sup>]): «Contraria autem studiosis divinae cognitionis praecepta medicinae sunt; a ieiunio revocant, lucubrare non sinunt, ab omni intentione medicationis abducunt. Itaque qui se medicis dederit, se ipsum sibi abnegat». Corregimos la numeración del salmo, por considerar que se trata de una errata reiterada.

<sup>23</sup> Al igual que hace aquí Mejía, Juan Luis Vives —en su *De tradendis disciplinis*, IV, 6— alega los ejemplos de abogados y teólogos para oponerlos a los médicos: «¿Nam si quem per ignorantiam aut pervicaciam inflexibilem occiderit, quomodo deinceps id damni sarciet? ¿quantam et quam exactam est Deo redditurus rationem? Si quid ab uno theologo erratum sit, ab alio corrigitur; si a iureconsulto, succurritur aequitate iudicis, restitutione in integrum, denique fit pecuniae iactura; quod vero a medico, quis corrigit? ¿homini extincto quis adferet remedium?» (Vives [1785: VI, 380]).

<sup>24</sup> *Sabe*: Así en Z1-Z2, si bien S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «saben», incurriendo en un anacoluto explicable porque el sujeto («médico... ninguno») tiene un significado de pluralidad y los de las oraciones anterior y posterior («solos los médicos... ignoren...» y «de sus yerros... ya tienen ellos...») están, asimismo, en plural (*Keniston*, 36.223, 36.34 y *Sikva*, I, 21<sup>28</sup>, 22<sup>21</sup>; y IV, 18<sup>11</sup>).

cia del humor. Si digo verdad en esto, a vos mismo pongo por testigo.

En lo que dezís que yo no entiendo las propiedades y virtudes de las medicinas compuestas, respondo que dezís verdad; y también lo digo yo, en que ni los médicos ni su Avicena las entendieron, ni es possible entender la armonía ni temple de trezientas cosas juntas, y por esso son ellas abominables; no quiero agradecerles la invención dellas, como vos mandáis, ni aun tengo por provechosa la del almizque y algalía y ámbar, aunque son agradables olores, porque nos pudiéramos bien passar sin ellos y no aprovechan a la salud del cuerpo, y a la del ánima dañan algunas vezes. Y pues vos sois tan sancto y juzgáis que los nombres y recetas oscuros no son hechos de industria y con malicia, hazed que sean ellos tan comedidos que, por no darme a mí ocasión de pecar, las den de aquí adelante de buena letra y en romance y en lengua vulgar, y entonces yo juzgaré lo mismo.

Assí que, señor Bernardo, pues que ni vuestros argumentos ni las respuestas a los míos tienen fuerza, devéis de apartaros de vuestra opinión. No queráis que se dexe de saber medicina comúnmente, pues se puede saber; no nos hagamos sujetos a la voluntad de dos o tres, y que, como se quexa Plinio<sup>25</sup>, por no querer saber lo que nos cumple, andemos con agenos pies, comamos con ageno apetito y que sea otro el árbitro de nuestra salud y vida. No dificultéis tanto este negocio que queráis que, para curar, sea menester gastar la vida en los estudios, y que se cobren más enfermedades por saberlo que se pueden sanar con lo que se sabe. Bástenos, como dicho tengo, que por experiencias y dieta y buen regimiento nos curemos<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIX, 1 (Mulroney [1930: 40<sup>3</sup>]): «Merito, dum nemini nostrum libet scire quid saluti suae opus sit. Alienis pedibus ambulamus, alienis oculis agnoscimus, aliena memoria salutamus, aliena et vivimus opera» (Plinio Segundo [1962b: 26]).

<sup>26</sup> *Bástenos... nos curemos*: Romero Tobar [1984a: 407; 1984b: 247<sup>14</sup>] cree ver una estrecha dependencia de este pasaje con otro del *Coloquio de viejos* de Erasmo: «Glicion: Nunca entiendo con médicos: jamas me sangre, ni purgue, ni trague pildoras, ni beui purgas; si me viene alguna mala disposicion, echo

No busquéis la experiencia racional; la experimental nos basta. No penséis que después de la razón se halló la medicina, porque antes, hallada ella, se cayó en la razón; que el buen labrador o marinero con el uso y exercicio se hizo maestro, no con estudiar ni aprender las calidades de los elementos, ni los cursos de los planetas y estrellas, ni los libros del cielo y mundo de Aristóteles<sup>27</sup>. Pues acá cada día navegamos con propias enfermedades, y con los hijos y criados y vezinos no es razón que seamos para menos; el uso y males nos hará artistas y diestros, no son menester fundamentos, que ya la antigua y común opinión y experiencia tenemos por maestros, sin que los compremos por dineros. Y no es razón que seamos para menos los hombres que las aves y animales, de los quales<sup>28</sup> muchos conocen medicinas y saben curar sus males: el ciervo se sabe sacar la saeta con la yerva llamada<sup>29</sup> dítamo y

---

de mi el mal con buen regimiento e con yrme a la uredad» (Erasmus de Rotterdam [1915: 159b]). La idea ya apareció antes y, en tal sentido, la hemos registrado en su lugar (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>25</sup>).

<sup>27</sup> Con los correspondientes pulidos y supresiones —según lo defendido por Conde Parrado [1998: 294]—, son aquí perceptibles las huellas de los párrafos 31-32 del proemio al libro primero del *De Medicina* de Aulo Cornelio Celso: «Cum igitur illa incerta, incomprehensibilis sit, a certis potius et exploratis petendum esse praesidium, id est is quae experientia in ipsis curationibus docuerit, sicut in ceteris omnibus artibus. Nam ne agricolam quidem aut gubernatorem disputatione sed usu fieri» (A. C. Celso [1995: 10]).

<sup>28</sup> *De los quales*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930) dicen «de las quales», con evidente discordancia de género entre el pronombre y su antecedente («aves y animales»). Este anacoluto podría deberse a una concordancia irregular del pronombre solo con «aves» (cfr. *Keniston*, 26.8 y *Sikva*, I, 20<sup>4</sup> y II, 6<sup>4</sup>) o a una transferencia semántica del término *animales* con el de *animalias*, que se usaba como femenino en el Siglo de Oro; el ambiguo significado sexual de este vocablo puede provenir, incluso, del latín, lengua en la que posee género neutro. Sobre lo que no existe duda es acerca del género masculino de *animal* en castellano desde sus orígenes; y de esta forma aparece usado insistentemente en los *Diálogos*. 1928-1947-1959 —quizás sintiendo el fenómeno como errata— corrigen en «de los cuales», corrección a la que nos hemos adherido siguiendo la solución que aportan las ediciones antiguas en otros casos similares dentro de esta misma obra (cfr. *Diálogos*, II, 2-2<sup>2</sup> y II, 2-2<sup>3</sup>).

<sup>29</sup> *Llamada*: Así en Z1-Z2-S5-S6 (y 1928-1947-1959), pero S1-A1-S2-S3-A2-S4-S7 (y 1930) dicen «llamado», con manifiesta falta de concordancia de género, debido a que la vinculación gramatical se establece con «dítamo» (sustan-

la golondrina da la vista a sus hijos con la yerva chilidonia, el puerco javalí se cura con orégano, y assí otros muchos, que Plinio<sup>30</sup> y otros escriven. No haremos mucho en hazer lo mismo los hombres. Plinio, VIII.

Y no tengáis que sería grande inconveniente bivar así, aunque os parezca que se erraría algo por falta de médicos, que más es lo que se yerra por sobra dellos y de medicinas; naturaleza tiene cuidado de sanar al enfermo, con muy poca ayuda que les hagamos sanarán, que ellos mismos dizen que naturaleza es la que obra y cura y ellos son ministros della<sup>31</sup>. Desta manera bivieron los romanos el tiempo que tengo dicho, y todo el mundo, antes que los médicos se usassen, y oy día las más de las gentes de montañas o tierras pobres, y biven más tiempo y más sanos que los de las ciudades, donde abundan las medicinas y médicos<sup>32</sup>; en las quales ay también muchos hombres

---

tivo masculino) y no con su antecedente y sujeto «yerva». En el capítulo XLI («Cómo los brutos animales mostraron y dieron avisos a los hombres de muchas medicinas y propiedades de cosas») de la segunda parte de la *Silva*, en donde Mejía diserta más extensamente sobre estos mismos asuntos, se dice: «La yerva *llamada* dítamo ser buena para sacar las saetas y caxquillos dellas a los que están heridos, los ciervos lo mostraron...» (*Silva*, I, 817). El énfasis en *llamada* es nuestro.

*Dítamo*: «Es una suerte de yerba que nace en Candia, algo semejante al poleo. [...] Plinio, lib. 8, cap. 27 et lib. 25, cap. 4, atribuye la invención de la cura desta yerba al ciervo» (*Covarrubias*, s.v. «dítamo»). Su forma moderna es *díctamo*.

<sup>30</sup> Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 27 (Mulroney [1930: 41<sup>4</sup>]): «Dictamnium herbam extrahendis sagittis cervi monstravere percussi eo telo pastuque herbae eius eiecto [...] Chelidonium visui saluberrimam hirundines monstravere vexatis pullorum oculis illa medentes [...]; ciconia origano, hedera apri in morbis sibi medentur» (Plinio Segundo [1952: 57]).

<sup>31</sup> Esta idea dinámica de la naturaleza —que provee en un movimiento incesante a la conservación de la vida— procede de Aristóteles y está muy presente en los humanistas del siglo XVI, según Ferreras [1985c: 225]. Por otro lado, la concepción de que la naturaleza posee una fuerza curativa que opera siempre a favor del enfermo y que el médico debe actuar solo como simple intermediario o «minister naturae» para favorecer esa tendencia —absteniéndose, si fuera necesario, de prescribir medicamentos— es una de las características esenciales del humanismo médico del Renacimiento (Delgado-Gómez [1984: 118, 135]).

<sup>32</sup> Nueva alusión —subliminal, en esta ocasión— al tópico de «menosprecio de corte y alabanza de aldea» (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>57</sup>). Para la referencia al tiempo que vivieron los romanos sin médicos, véase *Diálogos*, I, 1<sup>47</sup>.

que jamás han consentido entrar médico en su casa y se curan con buen regimiento y con yervas y experiencias. De los quales pudiera nombrar algunas personas notables, pero una bastará por todas, pues podría dezir que es lumbré y honrra de nuestra España en lo tocante a letras humanas, por su incomparable doctrina y erudición en ellas; este es el comendador Hernán Núñez<sup>33</sup>, preceptor de rethórica y otras artes en la insigne universidad de Salamanca, el qual jamás ha fiado su salud de médicos y la ha conservado más de setenta años sin ellos. Bien sabéis vos también que en el tiempo del grande Pompeyo, donde fue la cumbre del poder y ingenios romanos, escribe Plinio<sup>34</sup>, y

---

<sup>33</sup> Hernán Núñez de Guzmán fue también conocido como el *Comendador Griego* por haber obtenido tal grado en la Orden de Santiago y por su dominio de la lengua helénica. Nació en Valladolid, h. 1473, y murió en Salamanca, en 1552 o 1553. Desempeñó diversas cátedras en las universidades de Alcalá y Salamanca; posiblemente en esta última Mejía llegó a conocerlo en persona e incluso pudo haberlo tenido por maestro (también el paremiólogo sevillano Juan de Mal Lara fue discípulo del helenista). Escribió diversas obras eruditas en latín y un volumen de *Refranes o proverbios en romance* (1555). Debió de ser célebre su aversión a los médicos, pues de tal guisa aparece retratado en el *Diálogo del perfecto médico* (Lisboa, 1562), de Alfonso de Miranda (Mingote Muñiz [1983: 58, 61, 131-133]), en el que interviene como uno de los dos personajes que discuten sobre el tema de la medicina, materia de viva polémica en numerosas obras de la época, que —aparte de Mejía— también tocaron Antonio de Guevara, Enrique Jorge Enríquez, Miguel Sabuco, Pedro de Mercado y Antonio de Torquemada, entre otros muchos (González de Amezá y Mayo [1953: 245-254], Castro Pires de Lima [1968: 107-112], Mingote Muñiz [1983: 31-39], Rodríguez Cacho [1989: 59-101; 1994: 278-292] y Conde Parrado [1998: 295-296<sup>31</sup>]); sirva como ejemplo de lo dicho el segundo de los *Coloquios satíricos* de Antonio de Torquemada (Rodríguez Cacho [1989: 59-101; 1994: 278-292]). También Melchor de Santa Cruz en su *Floresta española*, Juan de Mal Lara en su *Filosofía vulgar*, Sebastián de Horozco en su *Cancionero* y Luis Zapata en su *Miscelánea* —aunque este último en un sentido distinto al de su aversión a los médicos— nos han dejado muestras del peculiar carácter del *Comendador Griego* (Cabañas [1996: 417-418<sup>649</sup>]). Sobre sus *Refranes o proverbios en romance* puede verse ahora el reciente estudio de A. Madroñal [2002: 5-39] y la última edición de la obra, al cuidado de L. Combet, J. Sevilla Muñoz, G. Conde Tarrío y J. Guía y Marín (Núñez [2001]).

<sup>34</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXVI, 3 (Mulroney [1930: 42<sup>5</sup>]): «Durabat tamem antiquitas firma magnasque confessae rei vindicabat reliquias, donec Asclepiades aetate Magni Pompei [...] omnia abdicavit totamque medicinam ad causas revocando coniecturae fecit, quinque res maxime communium auxi-



otros auctores hazen también dello memoria, que Asclepiades, que poco ha nombré, famosísimo médico, condenando las reglas y preceptos de todos los otros, curava con sola dieta y regla en comer y beber y con fricaciones de miembros, y assí con cosas destas, condenando y abominando las purgas y vómitos y cosas semejantes; y aprovechava tanto y fue tan rescebido<sup>36</sup> y alabado, que el mundo se iba tras él. E dize el mismo Plinio<sup>37</sup> que le<sup>38</sup> acaesció curar y sanar a uno que, pensando que estava muerto, lo llevavan ya a enterrar o quemar, como era costumbre entonces. Y dezía el Asclepiades que su medicina era tan cierta, que él afirmava de sí, porque la guardava, que nunca enfermaría, y que si enfermase, no lo tuviessen por médico; y cumplió tan bien lo que afirmó, que jamás enfermó en su vida y vino a morir muy viejo, de que cayó de una<sup>39</sup> escalera. De manera que, por todo lo dicho<sup>40</sup>, pares-

Libro  
XXVI, capi-  
tulo III<sup>35</sup>.

Libro VII,  
capítulo  
XXXVII.

liorum professus, abstinentiam cibi, alias vini, fricationem corporis, ambulationem, gestationes, quae cum unusquisque semet ipsum sibi praestare posse intellegeret, faventibus cunctis, ut essent vera quae facillima erant, universum prope humanum genus circumegit in se non alio modo quam si caelo demissus advenisset» (Plinio Segundo [1957: 21-22]).

<sup>35</sup> Las ediciones que traen esta acotación marginal (S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 la han omitido), al referirse al capítulo de Plinio, indican «V» (S2-S3-S4) o «5» (S5-S6), error —producido posiblemente por una mezcla de datos con la acotación siguiente— que hemos subsanado (véase lo dicho a continuación, en *Diálogos*, I, 2<sup>37</sup>).

<sup>36</sup> S3-S4-S5-S6: «rescebido»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «admitido».

<sup>37</sup> Plinio, *Naturalis historia*, VII, 37 (Mulroney [1930: 42<sup>7</sup>]): «[Asclepiades] relato e funere homine et conservato, sed maxime sponsione facta cum fortuna ne medicus crederetur, si umquam invalidus ullo modo fuisset ipse. Et vicit suprema in senecta lapsu scalarum examinatus» (Plinio Segundo [1977: 84]).

En cuanto al capítulo de Plinio que se indica en la acotación marginal —por un probable error de los impresores, que hemos corregido—, las ediciones antiguas dicen «III» (S2-S3-S4) o «3» (S5-S6) y «XXXV» (S1-Z1-A1-A2-Z2) o «35» (S7). Parece haberse producido una confusión entre los datos consignados en esta acotación y la anterior (véase lo dicho antes, en *Diálogos*, I, 2<sup>35</sup>).

<sup>38</sup> *Le*: Está en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero falta en Z1-Z2, seguramente por un lapsus tipográfico que, sin embargo, no atenta contra el sentido ni la sintaxis.

<sup>39</sup> Z1-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «una»; S1-A1-S2-A2: «un».

<sup>40</sup> *Dicho*: Así en S2-S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-A2-Z2 dicen «desdicho». *Desdicho* puede entenderse aquí en el sentido anticuado de «desmentido o argüido» (*Autoridades*, s.v. «desdecir»); pero posible-



ce que mi opinión no es nueva ni singular, sino muy antigua y muy común y muy cierta y verdadera, y como tal la devéis abraçar, y assí os lo suplico; y con esto concluyo, aunque dexo harto por no ser importuno.

### DON NUÑO

Por cierto, señor Gaspar, que lo avéis dicho bien, y yo soy tan blando de condición, que cada vez me lleva el que acaba su razón; pero todavía quisiera<sup>41</sup> agora detenerme un poco, hasta ver la determinación<sup>42</sup> del señor Maestro.

### BERNARDO

Si me queréis soltar la palabra, yo os certifico que no me falta qué responder; pero, pues el señor Maestro ha de sentenciar, en justicia tan clara y juez tan justo y sabio no es menester información.

### MAESTRO

En verdad, señor don Nuño, que yo recibiría merced de ser relevado desta obligación, porque veo tan determinados en sus paresceres a cada uno destos cavalleros, y hanlo tan bien defendido y tractado, que tengo por dubdoso este pleito; porque, como este no es artículo de fe, que diga yo lo que quisiere, ellos ternán lo que se pagaren.

---

mente, por resultar desconcertante en este contexto para el lector, Mejía prefirió sustituir el término por el de «dicho», más acorde con el sentido moderno.

<sup>41</sup> S3-S4-S5-S6: «quisiera»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «quiero».

<sup>42</sup> *Determinación*: «Sentencia y resolución» (*Covarrubias*, s.v. «determinar»).

DON NUÑO

Todavía lo avéis de hazer; que, aunque<sup>43</sup> ellos estén<sup>44</sup> aficionados a sus opiniones, más lo están a vuestro juicio y letras, y no podrán dexar de humillar su parescer al vuestro, pues tanta razón ay para ello.

BERNARDO

Lo que el señor don Nuño dize es la verdad; y ambos recibiremos merced, a lo menos yo, por mi parte, muy grande.

GASPAR

En verdad que yo mayor, porque tengo cierto que ha de aprovar mi parescer.

MAESTRO

Porque lo tengo por buen exercicio, quiero hazer lo que se me manda y dar también mi voto en este propósito, que sentencia yo no tengo jurisdicción para pronunciarla, ni vuestras mercedes obligación para estar por ella; si lo que dixere fuere algo, cada uno tomará lo que quisiere, porque yo no quiero argüir ni disputar, sino en muy pocas palabras diré lo que siento.

Vuestra contención, pues, señores, principalmente consiste en dos puntos, y todo lo otro es acesorio a ellos. El primero es que el uno dize que para curar las enfermedades humanas no es menester arte ni sciencia, sino que basta uso y experiencia<sup>45</sup>; el otro dize que es menester arte y

---

<sup>43</sup> *Aunque*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959); no obstante, S3 dice «aun». Si bien se hallan algunos registros de *aun* con valor concesivo (*Keniston*, 28.44 y 29.721), el presente caso se nos antoja más como el resultado de una errata en S3.

<sup>44</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S7: «estén»; Z1-Z2-S4-S5-S6: «están».

<sup>45</sup> S2-S3-A2-S4-S5-S6: «experiencia»; S1-Z1-A1-Z2-S7: «experiencias».

reglas, y ser, el que ha de curar, maestro y docto en ellas y tener grandes fundamentos de otras letras, como largo se ha platicado. El segundo punto, y paresce que sale del primero, es que el señor Gaspar, que tiene la parte de la experiencia sola, querría que no oviesse médico conoscido, sino que todos lo fuessen; y el señor Bernardo los defien- de y dize que conviene que los aya.

La verdad es que la primera y principal cuestión no es nueva, ni sois los primeros que la avéis movido ni dispu- tado, antes es muy antigua en medicina o entre médicos, y que siempre podemos dezir que la uvo, unos siguiendo la experiencia sola, y por ello fueron llamados empéri- cos<sup>46</sup>, y otros queriendo saber las razones y causas, y por esso llamados racionales. Cornelio Celso<sup>47</sup> y otros aucto- res lo tractan; y la una y la otra parte han tenido sequaces y favorecedores muy grandes. Y destos dos primeros es- tremos, si el uno forçosamente se uviesse de tomar y que no oviesse otro remedio, el menos peligroso y más razo-

---

<sup>46</sup> *Empéricos*: *Empírico* es el médico «que cura por sola experiencia, sin haber estudiado ni practicado la medicina ni la cirugía. Es nombre griego ἐμπει- ρικός, EMPIRICUS» (Covarrubias, s.v. «empírico»). La forma *empírico* alterna en los *Diálogos* de Mejía con la de *empérico*; esta vacilación vocálica puede deberse al diptongo que aparece en la sílaba -πει- del étimon griego. En el caso con- creto que nos ocupa, la forma *empíricos* se recoge en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, en tanto que la variante *empéricos* se registra en S2-S3-S4-S5-S6.

<sup>47</sup> En realidad, gran parte del «Proemio» del libro I de *La Medicina* de Aulo Cornelio Celso está dedicado a debatir acerca de la pugna entre la medicina práctica y la medicina teórica; asimismo, en lo que toca a este asunto, mu- chas de las conclusiones que ofrece el Maestro Velázquez en la primera parte de su intervención están tomadas también de ese mismo lugar. Son varios, pues, los pasajes que podrían alegarse en confirmación de lo expresado aquí por Mejía, pero el más próximo —a nuestro parecer— y que mejor resume la idea formulada por el Maestro Velázquez, se encuentra en *De Medicina*, I, «Proemio» (11): «Sic in duas partes ea quoque quae victu curat medicina divi- sa est, aliis rationalem artem, aliis usum tantum sibi vindicantibus» (A. C. Cel- so [1995: 5]). No nos parece especialmente representativo el fragmento esco- gido por Mulroney [1930: 43<sup>8</sup>], correspondiente a *De Medicina*, I, «Prooe- mium» (48): «Ratione vero opus est ipsi medicinae [...] est enim haec ars coniecturalis; neque respondet ei plerumque non solum coniectura sed etiam experientia» (A. C. Celso [1995: 15]). Conde Parrado [1998: 295] tampoco pa- rece estar de acuerdo con este fragmento elegido por Mulroney.

nable es de los primeros que siguen la experiencia<sup>48</sup>, porque, quanto a lo primero, como Aristóteles<sup>49</sup> en su *Políthica* dize, los experimentados más idóneos y hábiles son para obrar que los letrados sin experiencia. Y particularmente hablando en los médicos, Platón<sup>50</sup>, en los libros de *República*, para ser uno médico, le necessita<sup>51</sup> a que aya de aver comunicado con enfermos y sanos, y aun que aya sido enfermo; finalmente, a<sup>52</sup> que sea experimentado. Aliende desto, ninguna duda ay sino que la medicina y el arte della tuvo origen de la experiencia, y no al contrario,

<sup>48</sup> Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, «Prooemium», 47 (Conde Parrado [1998: 295<sup>28</sup>]): «Verumque est ad ipsam curandi rationem nihil plus conferre quam experientiam» (A. C. Celso [1995: 15]).

<sup>49</sup> Aunque Mulroney [1930: 43<sup>9</sup>] dice que la referencia más cercana que ha podido encontrar en la *Política* de Aristóteles se halla en V, 6, lo cierto es que en tal lugar no trata nada parecido a lo que aquí se registra. Probablemente Mejía incurre en un lapsus, pues la fuente está en la *Metafísica*, I, 1: «Ad agendum itaque, nil videtur experientia differre ab arte, quin imo videmus expertos magis id, quod intendunt, consequi, quam illos, qui rationem absque experientia tenent» (Aristóteles [1563: 1269]).

<sup>50</sup> Platón, *Politeia* o *De Republica*, III, 16: «An non bonos medicos habere oportet in civitate? Essent autem tales maxime, quicumque fuissent cum sanis plurimis, plurimisque aegrotantibus conversati. [...] Medici quidem sufficientissimi evaderent, si ab ineunte aetate ultra discendae artes studium inter plurimos corpore male effectos conversarent, ipsique omni morborum genere laborarent, naturaque imbecilla essent» (Platón [1546: 567]). Mulroney [1930: 44<sup>10</sup>] alega un texto parecido de Platón, aunque no se ajusta tanto a lo que aquí dice Mejía: «Medici quidem inquam, perfecti erunt, si a pueris non solum artem perceperint, verum etiam plurima pessimeque affecta corpora tractaverint, ipsi praeterea omnibus morbis laboraverint nec admodum sani sint natura».

<sup>51</sup> *Necessita*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959). *Necesitar* tiene aquí el significado de «obligar, impeler, instar» (*Autoridades*, s.v. «necessitar» y *DRAE*, s.v. «necesitar»); «es poner a otro en obligación de que haga alguna cosa, aunque sea contra su voluntad» (*Covarrubias*, s.v. «necesidad»).

<sup>52</sup> *A*: Está la preposición en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero falta en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), casi con toda seguridad por un olvido del impresor de S3, que reiteraron algunas ediciones posteriores. Si bien podría sobreentenderse el nexa («le necessita a que aya de aver comunicado... y aun [a] que aya sido...; finalmente [a] que sea experimentado»), en el último caso —por encontrarse tan alejada del verbo que la rige («necessita») — es casi obligada la repetición de la preposición, como hacen algunas ediciones antiguas, a las que seguimos en esto.

Manilius:  
«Per varios  
casus artem  
experientia  
fecit».  
Vergilius:  
«Ut varias  
usus medi-  
tando os-  
tenderet ar-  
tes».

y en esta parte no tiene razón el señor Bernardo en negarlo, porque verdaderamente, vistas las experiencias, maravillados<sup>53</sup> dellas, començaron los hombres a philosophar<sup>54</sup> y buscar las razones y causas; y esto assí es verdad en las otras artes como en la medicina. Auctor es Aristóteles, en los libros de *Prima philosophía*, y Marco Manilio y Virgilio<sup>55</sup> lo cantan, el primero diziendo: «por varios casos hizo el experiencia<sup>56</sup> el arte»; y Virgilio: «para que el uso y exercicio descubriesse diversas artes». Y porque no sé quál destos cavalleros alegó aquí a sant Ambrosio, me acuerdo agora que él, favoreciendo y teniendo esta parte en la medicina, dize y afirma lo mismo; y quiero dezir sus palabras, pues su authoridad es tan grande, y son estas: «¿De dónde uvo origen la medicina, sino de la enferme-

<sup>53</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «maravillados»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «admirados».

<sup>54</sup> Las ediciones antiguas manejadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) y 1930 prescinden de la preposición *a* y transcriben «començaron los hombres philosophar», si bien algunas ediciones modernas (1928-1947-1959) la agregan, adaptando la expresión al uso moderno, criterio que también adoptamos nosotros. Aunque no suele ser frecuente la supresión del nexos en las fórmulas perifrásticas, a veces ocurre cuando se introduce un elemento sintáctico extraño entre sus componentes (cfr. *Silva*, III, 22<sup>22</sup>).

<sup>55</sup> Las fuentes se encuentran en Aristóteles, *Metafísica*, I, 1 (Mulroney [1930: 44<sup>11</sup>]): «Fit autem ars, cum e multis experimentalibus conceptibus, una de similibus universalis opinio fiat» (Aristóteles [1563: 1269]); Marco Manilio, *Astronomica*, I, 61 (Mulroney [1930: 44<sup>12</sup>]): «Per varios usus artem experientia fecit» (Manilio [1985: 2]); y Publio Virgilio Marón, *Georgica*, I, 133 (Mulroney [1930: 44<sup>14</sup>]): «Ut varias usus meditando extunderet artes».

Aunque Mulroney [1930: 44<sup>12</sup>] alegue otro texto de Vives y se refiera solo a Manilio, lo cierto es que la cita conjunta de Aristóteles, Manilio y Virgilio pone al descubierto que la fuente que está utilizando Mejía, para este pasaje, se encuentra en Juan Luis Vives, *De causis corruptarum artium*, I, 1: «Haec iam olim sunt a maximis viris scite animadversa, Aristotele philosopho, in libris primae philosophiae, Vergilio et Manilio vatibus, quorum hic inquit: [...] *Per varios usus artem experientia fecit*. Tum Vergilius [...]: *Ut varias usus meditando extunderet artes*» (Vives [1785: VI, 9]).

<sup>56</sup> *El experiencia*: «La experiencia». El artículo femenino adoptaba la forma *el* (procedente del latín *illa* > *ela* > *la/el*) cuando le seguía una palabra que comenzaba por vocal, especialmente por *a*. Este uso se consolidó en el siglo XVI, aunque pueden encontrarse casos esporádicos de *la* en tales circunstancias, como ocurre algo más adelante (*Keniston*, 18.121, 18.123 y 18.124). Cfr. también *Silva*, P<sup>59</sup>; III, 2<sup>29</sup>; y IV, 1<sup>48</sup> y 21<sup>11</sup>.

dad?; que como los hombres de la primera hedad y tiempos quisiessen enseñar a sus subcessores y descendientes qué cosas les avían hecho provecho y con qué sanavan sus enfermedades, el uso hizo el<sup>57</sup> arte, y la enfermedad el magisterio; y aquella es la primera y suficiente medicina, a la qual hizo la experiencia y no la conjetura. Y por esso, de la experiencia, al principio fueron llamados empéricos o experimentados, y desta secta y vando emanaron<sup>58</sup> las otras, y della tomaron el uso y fuerça»<sup>59</sup>. A la letra dize lo que tengo dicho sant Ambrosio<sup>60</sup>, y aun lo mismo quasi afirma en su *Exámeron*<sup>61</sup>. Y por no cansar, no traigo otras auctoridades y razones.

Capítulo  
XIII<sup>62</sup>.

<sup>57</sup> *El*: Falta el artículo en S2-S3 (y en 1928-1930-1947-1959), pero está en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (S4-S5-S6 leen «al uso hizo arte»). La ausencia del determinante (que, en puridad, no es aquí estrictamente necesario y por ello lo hemos registrado como variante textual y no como errata), se debe probablemente a un lapsus tipográfico en S2-S3.

<sup>58</sup> Z1-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «emanaron»; S1-S2 (con lectura inadmisible): «y manaron»; A1-A2: «manaron».

<sup>59</sup> La fuente se halla en san Ambrosio, *Commentarii in duodecim psalmos Davidicos* («In Psalmi XXXVII», Enarrationem praefatio): «Unde enim medicina nisi de vulnere sumpsit exordium? Dum prima aetas generis humani docet alios quod sibi profuit, et quemadmodum vulnus suum sanaverit, aliis ostendit; usus artem fecit, et aegritudo magisterium. Ipsa est enim prima et valida secta medicinae, quam experientia non coniectura formavit. Ideoque ab experientia, ἐμπειρικοί primo medici sunt vocati, et ex ea secta caeterae derivatae sunt, atque ab ea usum quemdam suae sumpserunt virtutis» (Ambrosio [1569: 1320] y Mulroney [1930: 44<sup>15</sup>]). En la frase «Y por esso, de la experiencia, al principio fueron llamados empéricos o experimentados», Conde Parrado [1998: 295<sup>29</sup>] cree distinguir ecos de Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, «Prooemium», 10: «Ex ipsa professione se empiricos appellaverunt» (A. C. Celso [1995: 5]).

<sup>60</sup> *Dize lo que tengo dicho sant Ambrosio*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) se lee «dize lo que tengo dicho *de* sant Ambrosio», añadiendo una preposición que parece deberse a una errata reiterada y que obliga a una forzada interpretación sintáctica de la frase: «a la letra dize [san Ambrosio] lo que tengo dicho de sant Ambrosio».

<sup>61</sup> Lo más próximo que hemos podido encontrar —que no es, precisamente, «quasi lo mismo», como dice Mejía— se halla en *Hexaemeron*, III, 13: «Denique ea medicina antiquior, quae herbis curare consuevit et sucis, nec ulla firmior sanitas quam quae salubribus reformatur alimentis. Unde secundum naturam docemur quia sola nobis esca medicina est. Herbis certe ulcera aperta clauduntur, herbis curantur interna ideoque medicorum est opus herbarum

Assí que no se deve dudar ser el origen de la medicina el experiencia, y totalmente necessaria; pero no por esso quedan vencedores los que llaman empéricos, que quieren sola experiencia, ni vencidos los racionales, que siguen el arte, porque entre estos dos vandos o opiniones ay otra tercera y media que se deve tener<sup>63</sup>. Y esta es que, aunque ello sea assí (que la experiencia fue el origen<sup>64</sup> y que sin ella no se puede bien tratar esta facultad), todavía fueron provechosos, después de las experiencias<sup>65</sup>, los preceptos y arte; y no solamente provechosos, pero necesarios, assí por la inconstancia y mudanças que ay en ellas<sup>66</sup>, por las razones que aquí se han tocado, como para tener cuenta y razón dellas y para elegir y conocer las mejores, que sin letras y cánones fuera impossible, porque es claro que sin letras y doctrina no se puede hazer entero juicio ni elección; y si esta cosa no se reduxera a reglas y arte, todo fuera confusión y olvido, y la discordia lo confundiera todo. De manera que, aunque no se oviera

---

potestates noscere; hinc enim medendi usus inolevit». En el *Hexaemeron* o *Seis días de la creación* san Ambrosio comenta los primeros capítulos del *Génesis*, relativos a la formación del mundo.

<sup>62</sup> En esta acotación marginal —al referirse al número del capítulo del *Hexaemeron*—, las ediciones antiguas indican «XIII» (S1-Z1-S2-S3-Z2) o «13» (S7); sin embargo, A1-A2 omiten por completo la acotación y S4, por un comprensible error —el cambio de X por V— dice «VIII» (que S5-S6 repiten en «8»).

<sup>63</sup> *Pero no por esso... deve tener*: Conde Parrado [1998: 295] estima que este fragmento es una traducción aproximada de Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, «Prooemium», 45: «Cum haec per multa volumina perque magnae contentionis disputationes a medicis saepe tractata sint atque tractentur, subiciendum est quae proxima vero videri possint. Ea neque addicta alterutri opinioni sunt, neque ab utraque nimium abhorrentia, media quodammodo inter diversas sententias» (A. C. Celso [1995: 14]). Todo cuanto afirma el Maestro Velázquez a partir de aquí es —a criterio de Conde Parrado [1998: 295]— una traducción libre de los párrafos 46-47 del proemio al libro primero del *De Medicina* de Celso.

<sup>64</sup> *Fue el origen*: Así en S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959), corrigiendo a S1-Z1-S2-S3-Z2 (y 1930), donde se dice «fue y el origen», lectura estragada que A1-A2 intentan corregir con un redundante «fue y es el origen».

<sup>65</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «las experiencias»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «los experimentos».

<sup>66</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «ellas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «las experiencias».

de usar sino solos los experimentos, era menester arte y reglas dellos, y saber y aprender cómo y a qué tiempos y en<sup>67</sup> qué lugares, a qué hedades, en qué disposiciones, a qué enfermedades, a quáles ocasiones sirven y aprovechan los unos y a quáles los otros, y destos<sup>68</sup> por fuerça ha de aver reglas y modo. Y esta es el arte que no se puede escusar, porque, aunque el origen aya sido la experiencia, ella sabe hallar pero no guardar; el arte guarda y conserva, y no se ha de esperar cada día a hazer la experiencia, ni todos las pueden hazer todas, ni acordarse de las hechas, ni saber las que otros han hecho, sin regla y artificio dellas. Y para prueba de cosa tan notoria no son menester muchas razones ni auctoridades; la experiencia tenemos delante<sup>69</sup> los ojos, pues no ay obra ni officio tan baxo que no siga su arte y razón: el labrador y el marinero, que el señor Gaspar dize que el uso haze maestros, aunque aquello fuesse assí, no dexan<sup>70</sup> de tener sus regimientos y reglas, fundadas<sup>71</sup> en experiencia, por donde se siguen y lo aprendieron y por do muestran y enseñan a otros; y lo mismo haze el cantero, el carpintero y los otros officiales todos, que juntamente con el uso y experiencia tienen sus fundamentos y reglas.

Y pues la medicina tiene más precioso y alto sujeto, no es razón que sea menguada dellos. Quanto más que,

<sup>67</sup> S3-S4-S5-S6: «tiempos y en»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «tiempos, en».

<sup>68</sup> *Destos*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947; 1959: «de estos»), refiriéndose a «los unos y... los otros [experimentos]», si bien S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «desto» (aludiendo a todo lo relacionado con anterioridad). Cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>103</sup>.

<sup>69</sup> *Delante*: Posee aquí valor de preposición y significa lo mismo que «delante de» o «ante» (*Keniston*, 41.32 y *Silva*, II, 16<sup>11</sup>). Así, sin la preposición *de*, aparece en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930-1947, aunque 1928-1959 modernizan en «delante de los ojos»).

<sup>70</sup> *Dexan*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «dexa», entendemos que por una concordancia anómala del verbo solo con el segundo de los sustantivos que componen el sujeto («el labrador y el marinero»). Se trata de un fenómeno registrado en esta y en otras obras de Mejía (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>55</sup> y *Silva*, I, 10<sup>19</sup>), así como en otros textos del siglo xvi (*Keniston*, 36.432).

<sup>71</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «y reglas, fundadas»; S1-A1-A2-S7 (con error obvio): «y cánones, fundadas»; Z1-Z2: «y cánones, fundados».



aliende desto, muchas de las otras causas y noticia de letras y cosas que se han platicado, aunque quieran dezir que saberse no sea notoriamente necessario, a lo menos no pueden negar que no sea provechoso, y que, aunque no hiziessen al médico más diestro, que lo harán más discreto y avisado, y si no lo hizieren médico, hazerlo han más sabio y mayor médico<sup>72</sup>. Lo qual no puede ser sin aprender artes y letras; y si estas cosas son dificultosas y muchas, no por esso deve desesperar de saberlas, como dixo el señor Gaspar. Que bien sabemos que el arte es luenga, pero todo lo vence el continuo trabajo y buen ingenio; y si no se puede saber todo, sépasse lo possible y más necessario; y aunque aya variedades de opiniones, como ha<sup>73</sup> referido, antiguas, también ay determinaciones y resoluciones más modernas, y medios y consejos ay para todo, de los quales el médico deve abundar más que otro. Y desta opinión son los más de los sabios; señaladamente Platón, en el libro de *Retórica*<sup>74</sup>, dize que por esto es arte la medicina, porque es facultad que considera y conosce la naturaleza del que cura y la causa de lo que obra

<sup>72</sup> *Hazerlo han más sabio y mayor médico*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959). La expresión «y mayor médico» parece estar en contradicción con lo indicado en la oración anterior («si no lo hizieren médico»), a causa de una traducción defectuosa de la fuente que está siguiendo Mejía y que reproducimos a continuación; la frase debe entenderse, pues, del siguiente modo: «hazerlo han más sabio y *más apto para la medicina*», queriendo indicar con ello que es *mayor médico* quien posee conocimientos teóricos de su ciencia, aunque estos no añadan nada a su saber práctico.

*Quanto más que... hazerlo han más sabio y mayor médico*: Conde Parrado [1998: 295<sup>30</sup>] señala que este fragmento es traducción de Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, «Prooemium», 47: «Quamquam igitur multa sint ad ipsas artes proprie non pertinentia, tamen eas adiuvant excitando artificis ingenium: itaque ista quoque naturae rerum contemplatio, quamvis non faciat medicum, aptiorem tamen medicinae reddit» (A. C. Celso [1995: 15]).

<sup>73</sup> *Ha*: Z1-Z2-S7, siguiendo su norma de transcribir todas las formas del verbo *haber* con *h*, indican «ha», que es la manera en que usualmente las demás ediciones transcriben esta forma verbal. Sin embargo, en esta ocasión S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6 dicen «a» (en algunos casos con tilde diacrítica: «à»).

<sup>74</sup> Platón, *Gorgias vel de Rhetorica*, XXIV (501): «Medicinam vero esse artem, propterea quod medicinae facultas illius quod curat naturam, et causam eorum quae agit expendit: ac horum cuiusque reddere rationem potest» (Platón [1546: 360]).

y platica, y de cada cosa destas puede dar razón. Y lo dicho no solamente se ha de entender necessario para curar la enfermedad, pero para sustentar la salud; porque, aunque quiso dezir el señor Gaspar que en el comer y beber acertamos sin consejo de médicos ni arte por sola experiencia, la verdad es que todavía, quien lo haze cuerda y templadamente, sigue consejos y reglas y avisos dados y oídos a médicos y sabios, y de no hazerlo assí, comúnmente se causan las enfermedades. Y assí el sapientíssimo Cicerón<sup>75</sup>, en sus *Oficios*, afirma que para regir y sustentar la salud es necesario conoscer hombre su complisión, y abstenerse de lo que le ofende y usar de lo que le aprovecha, y seguir el consejo y arte de aquellos a quien compete saber esto, significando los médicos. Oficio II.

Assí que por concluir, porque con personas tan discretas no es menester alargarme más, la resolución y voto mío en lo primero, que fue sobre si basta sola experiencia o si es menester artes de letras, es que, de dos faltas en el médico, antes le sufriré falta<sup>76</sup> de letras que de experiencia, pero que el médico perfecto ha de ser experto y letrado; de manera que la medicina ha de constar de ambas partes y vandos de los racionales y empíricos, y ha de tener arte y preceptos y fundamentos, juntamente con la experiencia<sup>77</sup>.

Agora vengamos al segundo punto, que es sobre si conviene aver personas y médicos particulares y señalados o

<sup>75</sup> Marco Tulio Cicerón, *De Officiis*, II, 86 (Mulroney [1930: 46<sup>17</sup>]): «Sed valetudo sustentatur notitia sui corporis, et observatione quae res aut prodesse soleant aut obesse, et continentia in victu omni atque cultu, corporis tuendi causa praetermittendis voluptatibus, postremo arte eorum quorum ad scientiam haec pertinent» (Cicerón [1994: 107]).

<sup>76</sup> *Falta*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero Z1-Z2 dicen «faltar», probablemente por un error tipográfico que, sin embargo, no estraga el sentido ni la sintaxis, aunque esta resulte más forzada. Por ello incluimos esta segunda forma entre las variantes textuales.

<sup>77</sup> Para Conde Parrado [1998: 295], en este párrafo Mejía resume la *media sententia* entre empíricos y racionales que desarrolla Aulo Cornelio Celso en el proemio al libro primero de su *De Medicina*. El médico perfecto debe ser una síntesis equilibrada entre teoría y práctica, según recomendaba Juan Luis Vives y personifica Urdemalas en el *Viaje de Turquía* (Delgado-Gómez [1984: 148]).

no; y digo que, de lo que tengo dicho, se sigue por verdadera conclusión que es necessario que aya médicos y maestros conocidos, y que no todos lo pueden ser, porque, aunque fuera sola experiencia<sup>78</sup> necessaria, no era possible ser todos experimentados ni todos tener discreción ni habilidad para platicar ni exercitar lo experimentado. Quanto más que tenemos por provado y cierto que es menester arte y reglas y otras letras y doctrinas varias, lo qual no puede ser común; y pues de todas las otras artes y aun oficios mecánicos ay oficiales y maestros conocidos, no ha de ser de menos condición la medicina, que<sup>79</sup> no aya hombres doctos en ella que, aprendiendo las letras que competen y son necessarias y cursando y haziéndose primero experimentados, curen y usen la sancta medicina. Y no es de traer a comparación que Christo mandó a todos los apóstoles curar y sanar enfermedades, porque aquello era para fundar nuestra sancta fe y no principalmente para la salud corporal, que es de lo que agora tratamos; quanto más que para lo uno y para lo<sup>80</sup> otro escogió personas señaladas y no dio poder, assí, sin distinción ni elección.

Antigüedad  
de la medicina.

El oficio y nombre de médicos señalados, señor Gaspar, muy más antiguo es de lo que aquí se ha dicho ni vuestras escripturas profanas lo dicen, porque, antes que

<sup>78</sup> *Sola experiencia*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero Z1-Z2 dicen «sola la experiencia». En este contexto, y sin ningún tipo de regularidad, las diferentes ediciones incluyen o suprimen el artículo ante el sustantivo. Por poner solo dos ejemplos muy parecidos al que aquí nos ocupa, en una anterior intervención de Bernardo, este afirma «no queréis... sino que sigamos sola experiencia y conjeturas» (así en todas las ediciones antiguas manejadas), para añadir luego «no queréis que se siga la razón y causa, sino sola la experiencia» (S2-S3-S4-S5-S6), que S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 transcriben como «... sino sola experiencia».

<sup>79</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «que»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «y que».

<sup>80</sup> *Lo*: Aparece el pronombre en S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959). Aunque posiblemente se deba a una errata, no llegamos a considerar como tal su ausencia en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2, dada la reiteración de la misma, por lo que incluimos el fenómeno en la lista de variantes. Algún caso parecido puede encontrarse en la *Silva*: «y cómo ambos hizieron, *el uno por otro*, lo possible» (*Silva*, I, 43<sup>1</sup>).

oviesse Esculapio con más de quinientos años en el mundo, ni Ipócrates ni los que le<sup>81</sup> siguieron, con muchos más, leemos que Joseph mandó en Egipto a sus médicos que ungiessen el cuerpo de Jacob, su padre difunto<sup>82</sup>, y en el *Éxodo*<sup>83</sup>, entre las leyes que dio Dios a Moisés para su pueblo, es una que el que hiere<sup>84</sup> a su próximo le pague lo que perdiere de su trabajo y la costa y salario del médico, por do también consta que el premio y salario del médico es justo y antiquísimo; y en otras partes de la *Escriptura Sancta* hallamos los médicos señalados y conocidos, como en el *Paralipómeno*<sup>85</sup>, donde se reprehende el rey Assa<sup>86</sup>, que en su enfermedad no llamó a Dios, confiando más en el arte de los médicos, donde se llama arte y no sola experiencia, que haze a nuestro propósito; y así ay otros lugares muchos. La historia y exemplo que se alegó de Asclapiades, que fue en tiempo del gran Pompeyo, verdad es que passó así y que él levantó entonces aquella secta y modo de curar, pero fue un engañoso imbaimien-

*Génesis*, capítulo L.

Capítulo XXI.

Libro II, capítulo XVI.

<sup>81</sup> *Le*: Frente a S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, donde se lee «se» (con *s* alta), S3-S4 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «le» y S5-S6 indican «lo». Las tres lecturas tienen pleno sentido dentro de la frase.

<sup>82</sup> *Génesis*, L, 2: «Praecipitque servis suis medicis ut aromatibus condirent patrem» (*Vulgata*: 44).

<sup>83</sup> *Éxodo*, XXI, 18-19 (Mulroney [1930: 48<sup>21</sup>]): «Si rixati fuerint viri, et percusserit alter proximum suum lapide vel pugno, et ille mortuus non fuerit, sed iacuerit in lectulo: si surrexerit, et ambulaverit foris super baculum suum, innocens erit qui percusserit, ita tamem ut operas eius et impensas in medicos restituat» (*Vulgata*: 63).

<sup>84</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «hiere»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «hiriere».

<sup>85</sup> Asa (910-870 a.C.), tercer monarca de Judá, reinó prósperamente y venció a todos sus enemigos. De él se habla en *I Reyes*, XV, 9-24, y en *II Paralipómenos*, XIV-XVI (cfr. *Silva*, IV, 15<sup>49</sup>). El episodio al que aquí se alude, se encuentra en *II Paralipómenos*, XVI, 12 (Mulroney [1930: 48<sup>23</sup>]): «Aegrotavit etiam Asa anno trigesimo nono regni sui, dolore pedum vehementissimo, et nec in infirmitate sua quaesivit Dominum, sed magis in medicorum arte confisus est» (*Vulgata*: 358).

<sup>86</sup> *El rey Assa*: Falta la preposición *a* («al rey Assa»), como sería normativo, en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947, aunque 1959 transcribe «al rey Asa»). El uso de dicha preposición como marca del complemento directo o indirecto (cuando el sustantivo al que acompaña designa persona o cosa animada) no se hallaba tan extendido en el siglo XVI como en el castellano actual (cfr. *Keniston*, 2.156 y 2.251; y *Silva*, I, 6<sup>13</sup> y 11<sup>12</sup>).

to<sup>87</sup> que quiso hazer, porque él no sabía curar por ciencia; que, como dize el mismo Plinio<sup>88</sup>, era orador y, como ganasse poco a ello<sup>89</sup>, determinó hazerse médico y levantó en la medicina aquella eregía, como han hecho otros en otras artes, pero, como era<sup>90</sup> sin fundamento, duró poco; quanto más que Asclepiades no hazía común la medicina, sino quiso dar nueva arte y ser él mismo maestro della. Assí que, señores, tengamos entendido que la experiencia hizo el arte de la medicina, y que ella y letras son necessarias y provechosas y que aya médicos particulares y experimentados<sup>91</sup> y letrados; pero digo más otra cosa que no se ha tocado y es la más necessaria de todas: y es que no solamente deven ser doctos, pero de buenas costumbres y virtuosos y cathólicos christianos y temerosos de Dios, sin lo qual ningún arte se puede bien administrar.

De los abusos y defectos que ha tocado el señor Gaspar, bien sé que passan algunos en el mundo y desseo el remedio dellos; pero yo no digo qué tales son algunos médicos, sino qué tales devrían ser todos y, siendo como yo digo y conozco algunos, no pecarán en lo que él les impone, assí en lo de las malicias como en lo de las medicinas; porque, como bueno, curará christiana y claramen-

<sup>87</sup> S3-S4-S5-S6: «un engañoso imbaimiento que»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «un engaño y impostura que»; y S2, por error: «un engaño imbaimiento que».

*Imbaimiento*: O *embaimiento*, esto es, «engaño, embuste, disfraz artificioso para ofuscar, pervertir, hacer creer por cierto lo que no es, y por verdadero lo falso y aparente» (*Autoridades*, s.v. «embaimiento»). Cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>61</sup>.

<sup>88</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXVI, 3 (Mulroney [1930: 48<sup>25</sup>]): «Donec Asclepiades aetate Magni Pompei orandi magister nec satis in arte ea quaestuosus, ut ad alia quam forum sagacis ingenii, huc se repente convertit atque, ut necesse erat homini qui nec id egisset nec remedia nosset oculis usuque percipienda, torrenti ac meditata cotidie oratione blandiens omnia abdicavit totamque medicinam ad causas revocando coniecturae fecit» (Plinio Segundo [1957: 21-22]).

<sup>89</sup> *A ello*: «Con ello». El uso de la preposición *a* con el significado de «con» aparece en otros lugares de la obra de Mejía (cfr. *Sikva*, I, 34<sup>22</sup> y II, 28<sup>15</sup>) y en otros autores, como Diego Hurtado de Mendoza: «que sea punido... el portero a pena de privación» (*Autoridades*, s.v. «a»).

<sup>90</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «era»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «cosa».

<sup>91</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «experimentados»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «expertos».

te y, como sabio, aplicará las que convengan y conocerá si conviene medicina simple o compuesta, que es lo que más ha impugnado el señor Gaspar y no con razón; porque, aunque las simples son excelentes y aprovechan, juntar unas con otras no es dañoso, porque unas virtudes y propiedades ayudan y templan a otras, y lo que una fuerza no puede hazer, acaban dos o tres o más; y como pocas<sup>92</sup> vezes peca un<sup>93</sup> solo humor en el enfermo, hase de proveer a todo y, a compuesta enfermedad, aplicar compuesta medicina, y assí como somos compuestos de varias complisiones y elementos, assí amamos y tenemos necesidad de remedios y medicinas compuestas, también como de simples, como en todas las cosas lo vemos claramente: al vino mezclamos el agua y lo componemos para que nos sea provechoso, los manjares juntamos y mezclamos para los hazer sabrosos y medicinales, al vinagre mezclamos azeite, a la miel el açúcar, todas las cosas se juntan y ayudan y templan y resisten. Lo qual verdaderamente es necessario hazer en la medicina y es de grandes efectos y provechos; y si en esto y en las otras cosas ay algunos indiscretos médicos o malos artífices, no por esso avemos de reprovar a los buenos ni al arte, que de sí es buena, sancta y provechosa, sino procurar que todos<sup>94</sup> sean quales convienen y rogarlo assí a Dios<sup>95</sup>. Al qual esta ciudad de Sevilla, a mi juizio, deve dar gracias por la copia de

<sup>92</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «pocas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «raras».

<sup>93</sup> *Un*: El artículo, que aparece en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), está ausente en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, entendemos que por errata, pues, al suprimirlo, cambia el sentido de la frase en una interpretación que atenta contra la intención general de lo que se dice en el párrafo.

<sup>94</sup> *Todos*: Así en S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), refiriéndose a «los médicos o artífices»; pero en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2 se lee «todas», aludiendo a las «artes» (cfr. *Diálogos*, P<sup>8</sup>).

<sup>95</sup> Idea similar a la aquí expresada por Mejía puede rastrearse —con las lógicas diferencias de matiz, derivadas de la personal visión del asunto— en la obra de Cervantes (Castro [1987: 116<sup>3</sup>] y Castillo [1945: 103]). La defensa de la medicina, con los argumentos expuestos aquí por el Maestro, aparece también en otros escritores de la época y es fruto de la alarma provocada entre muchos humanistas por las invectivas contra los galenos, que arreciaron especialmente durante el siglo XVI (Delgado-Gómez [1984: 168-169]).

buenos y doctos médicos que en ella biven; de todos los quales yo presumo bien por cierto, pero en particular he comunicado, en familiar conversación y en enfermedades que he tenido, con quatro o cinco dellos<sup>96</sup>, y en estos verdaderamente concurren las calidades que tengo dicho, de experiencia, letras y bondad; y de muchos de los otros, como digo, presumo lo mismo.

De manera que, pues que aquí ay bien en qué escoger, el señor Bernardo no se contente con solas letras y preceptos, ame y procure juntamente con ellas la experiencia; y vuestra merced, señor Gaspar, no condene la doctrina en los médicos ni fie tan poco dellas<sup>97</sup> que dexe de curarse con ellos<sup>98</sup> si enfermaren, y no quiera dezir que sean aquí los médicos como los que dezía el otro chocarrero al marqués<sup>99</sup>

---

<sup>96</sup> Sin duda, entre los componentes del grupo humanístico que frecuentó Mejía en su Sevilla natal, debieron de contarse no pocos médicos, dos de los cuales fueron Gaspar López de Nuceda, profesor universitario y poeta latino, que escribió un epigrama preliminar para los *Diálogos* (Pascual Barea [1991: 581-582] y Salas Salgado [1998: 639]), y Francisco Franco Leardo, nacido en Játiva y formado en la Universidad de Alcalá, que fue médico de Juan III de Portugal y ejerció la docencia en Sevilla, autor de un poema latino que encabeza asimismo numerosas ediciones de la *Silva* (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 23<sup>20</sup>]). Es posible que tratase también a Nicolás Monardes (1512-1588), uno de los galenos más conocidos en la Sevilla del Quinientos, así como a Simón Tovar y a Francisco Sánchez de Oropesa; de este último se conserva, al menos, un laudatorio epigrama latino en la edición sevillana de la *Silva* que realizó Hernando Díaz en 1570.

<sup>97</sup> A1-S2-S3-A2-S7: «dellas»; S1-Z1-Z2-S4-S5-S6: «dellos».

<sup>98</sup> S3-S4-S5-S6: «curarse con ellos si»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «curarse si».

<sup>99</sup> *Marqués*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «duque». Más adelante se repite idéntica confusión —aunque no entre las mismas ediciones—, que señalamos en nota. El error proviene de que, aunque en la fuente (Pontano) este personaje aparece designado como marqués, el título que llevaron los señores de Ferrara fue el de duque, que le fue otorgado por el papa Paulo II a Borso d'Este en 1471, si bien la familia d'Este ya venía gobernando desde antes sobre ese y otros dominios italianos. El padre de Borso, Nicolás III, a quien probablemente se adjudica el protagonismo del cuentecillo que aquí refiere Mejía, ejerció su mecenazgo sobre Ferrara desde 1393 hasta 1441, pero no se tituló duque sino señor. El texto de Pontano designa a Nicolás como «marqués» o «príncipe». Entre las dos posibilidades —marqués o duque— hemos optado por respetar la denominación de la fuente.

de Ferrara, que escribe Pontano<sup>100</sup>, que no ay lugar de contarse, aunque no es malo el cuento para quien no lo ha oído. Y con esto, porque es tarde, concluyo lo que me ha sido mandado por oy; lo demás quedará para otro día.

### DON NUÑO

Por Dios, señor Maestro, que creo no ay más que dezir, pues lo avéis tan sabiamente determinado<sup>101</sup>; a lo menos, yo estoy del todo satisfecho y aprovecharía poco quanto estos cavalleros quisiessen dezir para mudarme ya de<sup>102</sup> vuestra sentencia; quanto más que creo están ellos ya del mismo parecer, porque es grande la fuerça de la verdad, y más ayudada de vuestra authoridad y eloquencia.

### BERNARDO

Yo, por cierto, me doy por satisfecho y consiento en la determinación del señor Maestro; y lo mismo creo que hará el señor Gaspar. Y, con esto, nos podemos ir como venimos.

---

<sup>100</sup> El relato en cuestión está recogido en Giovanni Giovano Pontano, *De sermone libri sex*, VI, 2 (Pontano [1954: 186-187]). Chevalier [1975: 43<sup>57</sup>] confirma el origen erudito del cuento —cuya fuente, siguiendo a Mejía, atribuye a Pontano— e informa de que ya había sido recogido con anterioridad en *La lozana andaluza* de Francisco Delicado y en uno de los *Cuentos* de Juan Aragonés. Mejía, a fin de dejar en suspenso al lector, echa mano del recurso retórico de la prolepsis o anticipación, anunciando una facecia que —de momento— deja sin contar.

<sup>101</sup> *Determinar*: «En lo forense, vale sentenciar y definir, como determinar el pleito, la causa, etc.» (*Autoridades*, s.v. «determinar», donde se propone el siguiente ejemplo de la *Guerra de Granada* de Diego Hurtado de Mendoza: «Juntarse a horas señaladas para oír causas, o para *determinarlas*, y tratar del bien público»). Cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>42</sup>.

<sup>102</sup> *De*: Está la preposición en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero falta en Z1-Z2. Ambos usos parecen correctos, cada cual con su matiz semántico particular (cfr. *Silva*, IV, 1<sup>24</sup>).



GASPAR

Yo no puedo dexar de callar a lo que el señor Maestro ha dicho, y aquello deve ser lo más cierto, pues él lo dize. Pero para mí yo tengo que no me conviene curar con médicos, porque tengo entendido que sola dieta y buen regimiento me basta, y también yo he oído<sup>103</sup> dezir a ellos que curar con ella es felicísima<sup>104</sup> cura; de manera que yo sigo experiencia y consejo. Assí que no tenéis que condenarme; para todos los otros digo que sea en buen ora lo que el Maestro ha dicho. Y con esto nos podemos ir; y Dios dé entera salud a vuestra merced, porque nunca ayáis menester médicos, sino que de viejo os muráis.

DON NUÑO

Buena es la paciencia para las adversidades, pero no quiero que os vais<sup>105</sup> hasta que el señor Maestro nos cuente lo que tocó de los médicos de Ferrara, porque con el cuento se acabe la plática de oy, que temprano es y tiempo ay para todo.

<sup>103</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «también yo he oído»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «también he oído».

<sup>104</sup> *Felicísima*: Así S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «falsísima», lectura que parece derivar de un error de interpretación textual por parte de los impresores de S3, repetido en las siguientes ediciones que la copian. Si el *ella* de «curar con *ella*...» se refiere, como parece lógico, a «curar con... sola dieta», el calificativo de «felicísima» tiene pleno sentido en el contexto; pero si el pronombre *ella* se refiriese a «curar con médicos» (aunque, dentro de la argumentación de Gaspar, podría admitirse el calificativo de «falsísima»), nos topamos *ipso facto* con la contradicción derivada de que el personaje atribuye dicha valoración a los propios médicos («yo he oído dezir a ellos [a los médicos] que curar con ella [con la medicina de esos mismos médicos] es falsísima cura»), lo cual es absurdo.

<sup>105</sup> *Vais*: «Vayáis». Uso del presente de indicativo con el valor propio del presente de subjuntivo, ambigüedad frecuente en la prosa de Mejía (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup>; y *Silva*, I, 21<sup>18</sup>, 36<sup>16</sup>, 37<sup>6</sup>; II, 27<sup>3</sup>, 36<sup>2</sup>; y III, 10<sup>14</sup>, entre otros casos).

MAESTRO

Porque se le quite el enojo al señor Gaspar, lo quiero hazer, aunque él lo avrá leído también<sup>106</sup> como yo. Y es la historia que, estando una vez Nicolao, marqués de Ferrara, passando tiempo en pláticas con un truhán suyo, le preguntó que de qué oficio le parecía a él que avía más número de personas en Ferrara; y el loco discreto le respondió que de médicos. Y el marqués, oyendo esto, se rió y burló dél, diziendo<sup>107</sup>: —«Simple, ¿no vees que no ay en la ciudad más de cinco o seis médicos, y ay más de trezientos çapateros, y de muchos officios otros tantos? ¿Cómo dizes esso?». El truhán le respondió: —«Señor, como estáis ocupado en cosas muy grandes, no tenéis estas cuentas por menudo ni sabéis los vassallos que tenéis; pues hágoos saber que lo que os digo es la verdad, que del arte que más hombres ay en Ferrara es de medicina; y apostá dozientos ducados que es assí». El marqués<sup>108</sup> se tornó a reír dél y a contradizirle. Y en conclusión, la apuesta se hizo, aunque lo tenía por simpleza y locura, y lo olvidó luego y se descuidó.

Pero el chocarrero, que tenía cudicia del dinero apostado, aviendo bien pensado su negocio, se levantó otro día<sup>109</sup> de mañana, que era domingo, y se reboçó el rostro; y puestas unas estopas o lana en el un carrillo<sup>110</sup>, fingiendo que tenía grande dolor de muelas, púsose a la puerta de la iglesia mayor de la ciudad, y cabe<sup>111</sup> sí un mochacho, hijo suyo, que escrevía muy bien, con tinta y papel para

<sup>106</sup> *También*: Así en Z1-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1959), mientras que S1-A1-S2 (y 1947) leen «tan bien», con el consiguiente cambio de matiz significativo, por cuyo motivo lo registramos como variante.

<sup>107</sup> S3-S4-S5-S6: «diziendo»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «diziéndole».

<sup>108</sup> *Marqués*: En contra de lo ocurrido anteriormente, ahora casi todas las ediciones (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 y 1930) dicen «duque», aunque 1928-1947-1959 corrigen en «marqués» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>99</sup>).

<sup>109</sup> *Otro día*: «Al día siguiente» (*Keniston*, 21.2).

<sup>110</sup> *En el un carrillo*: «En un carrillo». El uso del artículo ante el determinante *un* era corriente en la lengua del siglo XVI (*Keniston*, 21.2, y *Silva*, II, 27<sup>4</sup>).

<sup>111</sup> *Púsose*: Así en S3-S4-S5-S6; pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «se puso».

*Cabe*: «Cerca de, junto a» (*DRAE*, s.v. «cabe»).

lo que diré. Y como él era conoscido, los que entravan y salían, todos, le preguntavan qué mal tenía, y él respondía<sup>112</sup> a cada uno que muy gran dolor de dientes y muelas, que por amor de Dios le dixessen qué haría; y como todos presumimos de dar consejos a los que vemos padecer algún dolor, quantos passavan le dezían algún remedio que hiziesse, y el mochacho lo escrevía luego, y los nombres de los que lo dezían. E aviendo estado allí lo que convenía y escripto harta copia de nombres y medicinas, hizo el mismo día otro tanto por diversas casas y calles de la ciudad; y siempre con su rapaz que escrevía. Y al cabo, assí como estava, se fue a<sup>113</sup> palacio del marqués, que estava ya olvidado de la porfía y apuesta; y como el marqués lo vio assí, cayó en lo que todos, que preguntándole qué mal tenía y siendo respondido como a los otros<sup>114</sup>, le dixo también que hiziesse no sé qué y luego sería sano. El truhán dixo que le besava las manos. Y después de estar un poco con él, dissimulando, se vino a su posada; y sacando en limpio todo su processo de aquel día, hizo una memoria de más de<sup>115</sup> quinientos médicos, y al marqués por principio y cabeça de todos, y los consejos que le avían dado.

Y otro día vínose a palacio sin reboço, como ya sano, y díxole: —«Señor, ya vengo sano, como curado por el más

<sup>112</sup> Z1-S3-Z2-S4-S5-S6: «respondía»; S1-A1-S2-A2-S7: «respondió».

<sup>113</sup> *A*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S7; sin embargo, Z1-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) transcriben «al». Un poco más abajo se repite la expresión («Y otro día vínose a palacio sin reboço...»). Cuando el sustantivo al que acompaña el artículo ejerce como complemento verbal regido por una preposición, el artículo se suprime con cierta frecuencia en la lengua del siglo xvi (*Keniston*, 18.2). Frases similares a la que aquí aparece pueden espigarse en textos áureos diversos: «¿iréis a Paraíso?» (*Keniston*, 18.251), «ivan a Palacio» (*Keniston*, 18.72), etc. También en la *Silva* encontramos construcciones similares: «¿Quánto más, si avemos de yr a pleyto tras Enrico?» (*Silva*, III, 22<sup>35</sup>).

<sup>114</sup> S3-S4-S5-S6: «como a los otros»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «como los otros».

<sup>115</sup> *De*: Falta, por olvido al encontrarse en el paso de una página a otra, la preposición *de* en S1-S2-S3-S4 (en el ejemplar de S1 que manejo, está añadida a mano), pero se encuentra en Z1-A1-A2-Z2-S5-S6-S7 (y en 1928-1947-1959, aunque 1930 —sorprendentemente— respeta la errata).

honrrado médico de Italia, que sois vos; porque con el buen consejo que me distes, sané. Pero mandadme pagar el apuesta, porque os hago saber que, para el mal que he tenido, hallé en Ferrara todos los médicos deste memorial, y si más quisiera buscar, más hallara». El marqués<sup>116</sup>, tomando el quaderno y viéndose puesto a sí proprio en cabeça y otros muchos hombres principales que allí venían, se rió muy mucho y se confessó por vencido y mandó pagar luego lo que avía apostado con el truhán; que, cierto, fue cosa graciosa. Y, si de tales médicos como estos se contenta el señor Gaspar, digo que tiene razón y que no ay nadie que no lo sea.

### DON NUÑO

Agora yo os doy mi fe que ha sido donoso el cuento y que se puede reír con razón. Y no quiero deteneros más; andá con Dios.

### GASPAR

El truhán estuvo donoso<sup>117</sup>, pero yo os doy mi fe que, aunque fuera el dolor de muelas verdadero, pudiera él curarse con los consejos que le dieron, y que me atreviera yo antes a los quinientos médicos del memorial, que a los cinco o seis que dezía el marqués. Y con esto nos vamos, señor Bernardo, que aunque avemos porfiado, tan amigos nos iremos como venimos.

### Fin

<sup>116</sup> *Marqués*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 indican «duque» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>99</sup> y I, 2<sup>108</sup>).

<sup>117</sup> S3-S4-S5-S6: «donoso»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «gracioso».

COLOQUIOS  
**O DIÁLOGOS COMPUESTOS**  
POR EL MAGNIFICO CA-  
uallero Pero Mexia, vezino de  
Seuilla, en los quales se dispu-  
tan y tratan varias y diuer-  
sas cosas de mucha crú-  
dicion y doctrina.

Al illustrissimo Señor don Perafan  
de Ribera Marques de Tarifa &c.



EN ANVERS,  
En casa de la Biuda de Martin  
Nucio, Año M. D. LXI.  
Con gracia y preuilegio Real.

Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Amberes, Viuda de Martín Nucio, 1561 (A2)

# *Coloquios del convite*



Señor Baltasar mādado me  
 esperar, q̄ ambos creo q̄ va  
 mos vn camino. (Baltasar)  
 Si vays ala yglesia mayor  
 teneys razón. (Arnaldo) ¿Por esto lo di  
 go, por q̄ voy alla. (Baltasar) Vamos en  
 buē ora, q̄ yo estoy tā acostūbrado a ello  
 q̄ es verdad q̄ entre semana no me ha  
 llo a oy: misa en otra pte: y acaeceme el  
 domingo o fiesta oyrla en mi parrochia  
 y me despues ala yglesia mayor a ha  
 zer oración. (Arnaldo) Esto ya no sera  
 por deuociō, sino por buscar cōuersaciō  
 por q̄ alli nūca falta. (Baltasar) Sea por  
 lo q̄ quisierdes, q̄ al cabo q̄ndo voy q̄  
 he oydo misa, digo vn pater noster al  
 sacramēto, y dos o tres auemarias en el  
 antigua / q̄ no direra sino fuera alla: y  
 como dezis, nūca alli falta cō quien ha  
 blar, y de quiē se pax nueueas si las ay,  
 y si teneys negocios cō quiē los tracte  
 ys: de manera q̄ para lo de Dios y pa  
 ra lo del mūdo parece que es hombre

## Los dos coloquios del combite

DE LOS QUALES, EN ESTE PRIMERO, SE INTRODUCEN CINCO CAVALLEROS, LOS QUALES, JUNTÁNDOSE ACASO<sup>1</sup>, CONCIERTAN DE COMER OTRO DÍA EN CASA DE UNO DELLOS<sup>2</sup> Y COMBIDAN A UN DOCTO HOMBRE, LLAMADO EL MAESTRO VELÁZQUEZ; EN EL PROCCESO DE LA PLÁTICA SE DISPUTA SI LOS COMBITES SON LÍCITOS O NO, Y<sup>3</sup> CÓMO Y QUÁLES HAN DE SER, Y SE TOCAN EN EL MISMO PROPÓSITO OTRAS ANTIGÜEDADES AGRADABLES.

INTERLOCUTORES:

BALTASAR, ORDOÑO, DON BERMUDO, ARNALDO,  
DON ANTONINO, MAESTRO.

ARNALDO

Señor Baltasar, mandadme esperar, que ambos creo que vamos un camino.

---

<sup>1</sup> *Acaso*: «Por casualidad, accidentalmente» (*DRAE*, s.v. «acaso»). «Lo que sucede sin pensar, ni estar prevenido, decimos haber sido acaso y de improviso» (*Covarrubias*, s.v. «acaso»).

<sup>2</sup> De entrada —como ya hemos señalado en el apartado 6 de nuestra Introducción—, nos encontramos con una serie de coincidencias de planteamiento general entre este coloquio y el *Convivium religiosum* de Erasmo: ambos están divididos en dos partes, en la primera de las cuales se encuentran los amigos y se produce la invitación, en tanto que en la segunda se lleva a cabo el banquete propiamente dicho.

<sup>3</sup> Y: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1930); sin embargo, S3-S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959) dicen «o», forma que estimamos como errata, ya que la frase, de acuerdo con la significación de sus elementos componentes, no está formulada como una disyunción.



BALTASAR

Si vais a la iglesia mayor, tenéis razón.

ARNALDO

Por esso lo digo, porque voy allá.

BALTASAR

Vamos en buen ora, que yo estoy tan acostumbrado a ello, que es verdad que entre semana no me hallo<sup>4</sup> a oír missa en otra parte; y acaéceme el domingo o fiesta oírla en mi parrochia<sup>5</sup> y irme después a la iglesia mayor a hazer oración.

ARNALDO

Esso ya no será por devoción, sino por buscar conversación, porque allí nunca falta<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> *No me hallo*: *No hallarse* es lo mismo que «no encontrarse a gusto en algún sitio o situación, estar molesto» (*DRAE*, s.v. «hallar»).

<sup>5</sup> *Perrochia*: «Parroquia». S1-A1-S2-S3-A2-S7 transcriben «perrochia» (S4 abrevia en «prochia»), en tanto que Z1-Z2-S5-S6 indican «parrochia». Para otras variantes fonético-grafémicas del vocablo, en relación con el étimon grecolatino, cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>60</sup>.

<sup>6</sup> Los erasmistas —entre otros seguidores de las corrientes espirituales de corte reformista en el Quinientos— clamaron reiteradamente contra el uso de los lugares sagrados con fines profanos (Bataillon [1966: 581]; Vian Herrero [1994b: 101-102] y Ocasar Ariza [2001: 233]). Una situación parecida —encuentro y conversación en la catedral— vuelve a producirse al comienzo del tercero de estos *Diálogos* de Mejía, el «Coloquio del Sol». Las gradas que circundan la catedral sevillana, e incluso el Patio de los Naranjos —ya de jurisdicción eclesiástica— por el que se accede al interior del templo, eran lugares frecuentados por mercaderes y gentes de toda laya y condición. Hasta tal punto la situación se hizo insostenible, que el cabildo eclesiástico —tras muchas protestas— consiguió que se erigiera al lado del templo la Casa Lonja —inaugurada en 1598—, donde los mercaderes pudieran ejercer sus tratos y convenios. Como prueba de esta situación conflictiva —que se mantuvo durante todo el siglo XVI— ha quedado el altorrelieve de Miguel Florentín, instalado en 1519 sobre la Puerta del Perdón —por donde se accede al mencionado Patio de los Naranjos—, en el que se reproduce el episodio de Jesús expulsando a los mercaderes del templo (Collantes de Terán Sánchez, Cruz Villalón, Reyes Cano y Rodríguez Becerra [1993: I, 57]).

## BALTASAR

Sea por lo que quisierdes, que al cabo, quando voy que he oído missa, digo un paternóster al Sacramento y dos o tres avemarías en el *Antigua*<sup>7</sup>, que no dixerá si no fuera allá; y como dezís, nunca allí falta con quien hablar y de quien sepáis nuevas, si las ay, y si tenéis negocios, con quien los tractéis. De manera que para lo de Dios y para lo del mundo parece que es hombre obligado a venir a esta iglesia una vez al día.

## ARNALDO

Vos tenéis razón en esso, y podéis los sevillanos dezir con verdad que no ay en el mundo otro tal templo como este, en altura, grandeza y gracia<sup>8</sup>. Porque, cierto, yo he visto los mejores de la christiandad; y en lo que digo, y en el aire y postura dél, ninguno le iguala, puesto que en riqueza y en otros primores le hagan algunos ventaja, que son bien pocos.

## BALTASAR

Cierto, a mí lo mismo me parece; y son muy de alabar nuestros passados, que, tanto tiempo ha, osaron acometer y traçar cosa tan grande, y los que la han después prose-

---

<sup>7</sup> *El Antigua*: Se alude aquí a la capilla de la Virgen de la Antigua, en la catedral hispalense, así llamada por presidir el retablo una representación de dicha advocación mariana, realizada al fresco a finales del siglo XIV. La capilla fue reformada en 1500 por orden del cardenal Diego Hurtado de Mendoza, quien decidió situar en ella su enterramiento (cfr. Ortiz de Zúñiga [1796: III, 224-226]).

<sup>8</sup> En 1401 el cabildo eclesiástico de Sevilla, en vista del estado ruinoso en que se encontraba la antigua mezquita almohade que había servido hasta entonces como iglesia mayor, tomó la decisión de construir una catedral «tal e tan buena que no aya otra su igual». Las obras se prolongaron hasta 1506, quedando el templo —el tercero en dimensiones de toda la cristiandad, actualmente, aunque el primero en tiempos de Mejía— sin concluir totalmente (Ladero Quesada [1976: 190]).

guido<sup>9</sup> y acabado. Y si viérades, señor, el zimborio que se cayó<sup>10</sup>, con más razón pudiérades afirmar lo que dezís; porque os hago saber que, aliende de que la obra y labor era maravillosa, era él tan alto que igualava con las campanas de la torre.

ARNALDO

Assí me han dicho y, cierto, devía ser cosa excelente; y parésceme que, de escarmentados, no ossastes después tornar a edificarlo<sup>11</sup> tan alto. Pero está tan bueno lo de agora, que quien no vio lo otro no sentirá falta ninguna.

BALTASAR

Apeémonos aquí, a esta puerta de las Gradas<sup>12</sup>, y llévennos nuestros cavallos a la torre, que es ya nuestro camino ordinario.

---

<sup>9</sup> *Proseguido*: Así en S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959), pero S1-Z1-S2-S3 (y 1930) dicen «preseguido» y en A1-A2-Z2 se lee «perseguido». La lectura de S2 —en el ejemplar que utilizamos— está corregida a mano, colocando una «o» encima de la «e», que aparece tachada con una línea vertical. La confusión de los prefijos *per-*, *pre-* y *pro-* es bastante frecuente en la lengua del siglo XVI (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>95</sup>), por lo que —entre las opciones que nos ofrecen las ediciones antiguas— escogemos la más próxima al uso actual. Cfr. también *Silva*, II, 14<sup>10</sup> (preferir/proferir); II, 39<sup>1</sup> (provenir/prevenir); III, 21<sup>14</sup> (perspicuidad/prespicuidad); II, 22<sup>2</sup> (permitir/premitir); III, 36<sup>21</sup> (proscripción/prescripción); y IV, 17<sup>20</sup> (prevalecer/pervalecer).

<sup>10</sup> El hundimiento del cimborrio se produjo el día 28 de diciembre de 1511, durando su reparación hasta 1520 (Ortiz de Zúñiga [1796: III, 282-283], Hazñas y la Rúa [1974: 159], Ladero Quesada [1976: 190], Morales Padrón [1977: 323], Falcón Márquez [1984: 150] y Montoto [1990: 200]). Otros autores, sin embargo, sitúan el derrumbamiento en 1512 (Espinosa y Cárcel [1796: 283<sup>1</sup>] y Ladero Quesada [1976: 186]). Según Guichot y Sierra [1991: 95], el desplomado cimborrio fue sustituido —bajo la dirección de Juan Gil de Hontañón— por una bóveda de tracería y florones más alta que las demás, cuyas obras se concluyeron —dice Guichot— en 1519.

<sup>11</sup> S3-S4-S5-S6-S7: «edificarlo»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2: «edificar».

<sup>12</sup> *Gradas*: Espacio urbano ocupado por las escalinatas —de ahí el nombre de Gradas— que circundan la mayor parte de la catedral hispalense y sus zonas aledañas, especialmente las correspondientes a las actuales calle Alemanes y avenida de la Constitución (cfr. Morales Padrón [1975: 24], Montoto

ARNALDO

Bien dezís; hágase assí. Buen encuentro es este, veis allí a<sup>13</sup> Antonino y Ordoño; hagamos oración, y vámo-

[1976: 19-20; 1983: 76-80; 1990: 218] y Collantes de Terán Sánchez, Cruz Villalón, Reyes Cano y Rodríguez Becerra [1993: I, 56-57, 229-237]). Con cierta reiteración aparece mencionado este lugar de la periferia catedralicia en los *Diálogos* (véase, por ejemplo, *Diálogos*, II, 2-1<sup>4</sup> y *Diálogos*, III<sup>71</sup>). Sin embargo, no queda claro aquí por qué puerta tienen acceso al templo Baltasar y Arnaldo: parece ser que por la del Perdón, en la actual calle Alemanes (que corresponde a la fachada norte del templo, y por la cual — viniendo desde la antigua Alcaicería— se accede al Patio de los Naranjos — antaño patio de abluciones de la desaparecida mezquita almohade—, espacio en donde se producían los encuentros y transacciones comerciales que entonces tenían lugar en las Gradas exteriores de la catedral y en donde se hallan tres puertas de acceso al interior de la iglesia mayor (una de ellas — la del Sagrario— en la actualidad no está accesible desde el patio, pues conecta la iglesia del mismo nombre, adosada al templo metropolitano, con el interior del mismo). Esta hipótesis no explicaría cómo los dos personajes parecen entrar aquí directamente en el templo, por lo que también cabría admitir que lo hacen por cualquiera de las tres puertas de la fachada oeste (actual avenida de la Constitución). El caso es que los dos personajes, habiendo desmontado, ceden las cabalgaduras a sus fámulos para que ellos las desplacen al pie de la torre (la Giralda), ya que, según es su costumbre, saldrán del templo por una de las dos puertas de la fachada este — seguramente la Puerta de los Palos, que es la más próxima al antiguo alminar árabe—, si es que no se están refiriendo a la otra puerta morisca del Patio de los Naranjos, la conocida como Puerta del Lagarto, que permite pasar del patio a la calle, al pie mismo de la Giralda. Todas las puertas de esta fachada de levante daban acceso al desaparecido Corral de los Olmos, antigua propiedad de la Iglesia, actualmente ocupada por la plaza de la Virgen de los Reyes (Ortiz de Zúñiga [1796: III, 248-251]).

La evidente condición de *caballeros* con que aparecen retratados Baltasar y Arnaldo —y, por tanto, adscritos a la condición social de nobles o hidalgos ociosos que viven de rentas y cargos— se pone de manifiesto en que se desplazan montados en sendos jinetes, ya que el mantenimiento de caballo y armas era condición impuesta a estos estamentos bajos de la nobleza, que gozaban, en compensación, de ciertas exenciones tributarias y honores sociales (H. de Celso [1540: 65r.]). Casi todos los protagonistas de la obra poseen esta condición social — Ferreras [1985c: 1039; 1991:102] los llama «caballeros de ciudad» y López Estrada [1988: 340], hidalgos—, asimilable a la del propio autor y sus amistades, a los que los interlocutores parecen representar.

<sup>13</sup> A: Está la preposición en S2-S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero falta en S1-Z1-A1-A2-Z2, en donde puede explicarse la supresión como un caso de «a embebida» (*Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>; *Keniston*, 41.32; y *Silva*, P<sup>26</sup>).

nos<sup>14</sup> a ellos y tememos<sup>15</sup> un rato de buena conversación.

BALTASAR

¿No oiremos missa primero?

ARNALDO

No, porque no se nos vayan; que, missa, no nos puede faltar la de los perezosos de la capilla de Escalas<sup>16</sup>.

BALTASAR

Bien me paresce; pues acabá, no rezemos tanto que sea más estorbo que la missa.

---

<sup>14</sup> S3-S4-S5-S6: «vámonos»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «vamos».

<sup>15</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «ellos y tememos»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «ellos; tememos».

<sup>16</sup> *La capilla de Escalas*: Se alude aquí a la capilla de Nuestra Señora de Consolación en la iglesia mayor de Sevilla, dotada con opulencia en 1518 por don Baltasar del Río, sacerdote de origen palentino que fue arcediano de Niebla, canónigo de la catedral hispalense y obispo de Scala, título —este último— que le otorgó el papa León X en pago de los servicios prestados durante la estancia del español en Italia (Ortiz de Zúñiga [1796: III, 220-221]). En dicha capilla labró el obispo altar y sepulcro en 1521, pero —habiendo muerto en Roma (1541)— fue enterrado en la iglesia de Santiago de los Españoles de la capital italiana. Al parecer —por lo que dice Mejía—, en esta capilla se celebraba una misa tardía y de ahí el apelativo de «misa de los perezosos». A esa misma misa —que se celebraba en la catedral hispalense a las once de la mañana— parece aludir Baltasar de Collazos en sus *Colloquios* (Asensio [1973: 389] y Peinador Marín [1993: 770]). Don Baltasar del Río fue un clérigo erudito y amante de las letras, que mantuvo un amistoso trato personal con Pedro Mejía; él fue quien instituyó las justas poéticas sevillanas en las que participó y fue premiado nuestro cronista (Argote de Molina [1995: 32-33], Tiscornia [1995: 82-83], Carriazo [1945: xlv-xlvii], Montoto [1955: 61-63, 77-79, 145-147], Pacheco [1985: 309] y Castro Díaz [1977: 151-153, 213-220; 1989-1990: I, 35-36]).

ARNALDO

¿Qué se hazen<sup>17</sup>, señores?<sup>18</sup>.

ANTONINO

En<sup>19</sup> vosotros estábamos hablando.

BALTASAR

Si fuera quien yo veo desde aquí los que hablaban en nosotros, zumbárannos los oídos.

ANTONINO

Señor Baltasar, no comience oy nuestra conversación por murmurar; y sabed que sois combidado a comer mañana con don Bermudo, veislo allí donde está, donde vamos también el señor Ordoño y yo, que agora acabo de dar el sí y fue con condición que os llevássemos a vos.

BALTASAR

Ello sea en buen ora, que ni la comida ni la conversación será mala. Pero, pues dize el refrán<sup>20</sup> que se puede hazer, yo combido al señor Arnaldo.

---

<sup>17</sup> S3-S4-S5-S6: «hazen»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «haze».

<sup>18</sup> Se produce aquí, sin aviso expreso, un movimiento de lugar por parte de los personajes: el movimiento está implícito en la conversación y el lector debe deducirlo. En relación con este fenómeno de las acotaciones internas en el diálogo, véase lo dicho en el apartado 2 de nuestra Introducción.

<sup>19</sup> *En*: «Sobre, de, acerca de», significado con el que frecuentemente se emplea esta preposición en el siglo XVI. Así, por ejemplo, leemos en la *Silva*: «No ay nadie que no hable *en* los días caniculares (*Silva*, I, 22<sup>1</sup>) y «todos hablan comúnmente *en* las edades del mundo» (*Silva*, I, 26<sup>2</sup>), por poner solo dos casos entre otros muchos (cfr. también *Silva*, I, 10<sup>16</sup>, 27<sup>17</sup>, 40<sup>2</sup>; II, 17<sup>1</sup>; y III, 35<sup>12</sup>).

<sup>20</sup> El refrán está recogido en Correas [2000: 797]: «Un convidado bien puede convidar a otro». Y explica a continuación: «Con esto suelen traer aconpañado».

ORDOÑO

Ya sabéis que era essa ley de combite antigua en Roma, que el combidado podía llevar a otro, y llamávanlo *sombra*<sup>21</sup>; pero merced será que nos hará a todos, si quisiere el señor Arnaldo.

ARNALDO

Mas, aunque no queráis, determino de ir. Veis, aquí viene el huésped; veamos qué dirá. Sea en buen ora el banquete, señor don Bermudo, aunque no os acordáis de vuestros servidores; pues hágoos saber que vo yo también allá.

DON BERMUDO

Desso huelgo yo muy mucho en buena fe, porque os entendáis con Antonino en vuestras philosophías y antigüedades, y aun con el señor Ordoño, que también presume de leído; que, como dizen, el que se combida fácil es de hartar<sup>22</sup>.

BALTASAR

Antes paresce al revés, porque de creer es que el que se desvergüença a combidarse, no deve llevar poca hambre;

<sup>21</sup> Una de las posibles fuentes para este aserto puede hallarse —como indica Mulroney [1930: 54<sup>2</sup>]<sup>2</sup>— en Quinto Horacio Flaco, *Sátiras*, II, 8 (20-22): «Summus ego et prope me Viscus Thurinus et infra, si memini, Varius, cum Servilio Balatrone Vibidius quos Maecenas adduxerat umbras» (Horacio [1989: 210]). De este derecho a que cada convidado pudiese llevar un compañero habla también Erasmo en su *Convivium religiosum* (véase lo dicho al respecto en el apartado 6 de nuestra Introducción).

<sup>22</sup> *El que se combida fácil es de hartar*: Quiere decir que nadie pone reparos a las cosas que recibe graciosamente. Con ligeras variantes, se recoge el refrán en diversos lugares: así, el marqués de Santillana, en sus *Refranes que dicen las viejas tras el fuego* —«Huésped que se convida, ligero es de hartar»—, Juan de Valdés, en el *Diálogo de la lengua* —«Huésped que se convida, rece [fácil] es de hartar»— y Gonzalo Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales* —«Guésped que se convida, fácil es de contentar. Guésped que se convida, ligero es de hartar» (Correas [2000: 370]). Sobre todo ello, véase Campos y Barrera [1993: 1931].

pero hágoos saber que al señor Arnaldo nosotros lo ave-  
mos combidado, no le temáis.

DON BERMUDO

No he yo miedo, sino que está burlando y que no ha  
de querer ir, porque siempre lo haze de mala gana.

ARNALDO

Pues el miedo que yo tengo es de la comida, porque  
siempre soléis matar los hombres.

DON BERMUDO

Bueno es esso, antes nunca aciertan en mi casa a dar de  
comer; pero tomarlo heis como lo hallardes, pues no pue-  
de ser como merescéis.

BALTASAR

Aína seréis vos como un hortelano, mi amigo, que nos  
combidava a mí y a doña Helena que nos fuésemos un  
día a holgar<sup>23</sup> a su huerta; y por persuadimos a ello, nos  
dezía que fuésemos en todo caso, porque él nos haría  
tanta y más cortesía de la que merecíamos.

ARNALDO

Gracioso estava el villano; pero, según dize aquel cava-  
llero que allí anda de la pluma, no os agraviava en esso a  
vos, sino a la señora doña Helena.

---

<sup>23</sup> *Aína*: «Por poco, pronto, fácilmente» (*DRAE*, s.v. «ána», y *Keniston*, 39.6).

*A holgar*: Falta esta precisión en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero  
está en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7. Estimo que se produce un lapsus de impresión  
en S3, repetido en las ediciones que la copian, por lo que lo repongo al consi-  
derar que se trata de un complemento necesario, aunque no imprescindible,  
para la cabal comprensión de la frase.



BALTASAR

A lo menos, si le combidaran a él, acertara en lo que dezía y, por ventura, se hallaran parientes<sup>24</sup>.

ANTONINO

Ya sabéis que os tengo de atajar cada vez que apuntéis a murmurar; por esso voy al dado<sup>25</sup> esta vez, y háblesse en otra cosa. Y lo que me parece que se deve hazer es que, apartándose el Maestro Velázquez de aquel cavallero con quien anda, le pidamos que vaya también a comer mañana con nosotros.

ORDOÑO

Por Dios, que avéis dicho lo mejor del mundo, si él lo quiere hazer, porque tengamos manjar espiritual, pues de lo corporal lo ha de aver sobrado. Pero aunque ande con quien anda, podemos llegar sin peligro y aun combidarlos a ambos, que no irá el otro allá, aunque le dé el señor don Bermudo su cavallo hovero<sup>26</sup>.

DON BERMUDO

A esso os quiero yo dezir lo que respondió aquí don Juan, mi padre, a una dama muy fea que le dezía un día

---

<sup>24</sup> *Parientes*: Aquí, con el significado de «semejantes o parecidos» (*Autoridades* y *DRAE*, s.v. «pariente»).

<sup>25</sup> *Ir al dado*: No he encontrado la expresión en los repertorios léxicos y diccionarios específicos; quizás signifique lo mismo que *ir a la mano*: «Resistir a uno, reprimirle, y vedarle algunas cosas; y estorbar al punto de hablar o hacer» (*Correas* [2000: 978]).

<sup>26</sup> *Cavallo hovero*: Caballo «de color parecido al del melocotón» (*DRAE*, s.v. «overo»). «Dice el Comendador Griego en uno de sus refranes: “Caballo overo, a puerta de albéitar o de gran caballero”. Son galanos y de lindo pellejo, pero tienen muchos achaques y no son para la guerra ni para mucho trabajo. [...] Dicen ser alegre y pomposo, pero no fuerte ni sano» (*Covarrubias*, s.v. «hovero» y «overo»).

que, porque ella desseava mucho verle cómo se requebrava con su amiga, que fingesse que lo era ella y la requiriese de amores, por ver cómo lo hazía. Respondióle don Juan: —«Por cierto<sup>27</sup>, señora, no quiero, porque he miedo que me digáis de sí»<sup>28</sup>.

ORDOÑO

¡O, cómo respondió agudamente! Assí que vos, de temor de lo mismo, no os osáis aventurar. Pero mejor está; que, veislo, aí se va el otro y se viene el Maestro para nosotros.

DON BERMUDO

Vamos hazia allá. No sé, señor Maestro, quién desseava más que se acabasse la plática: vos, por veros librado de ella, o estos cavalleros y yo, por gozar de la vuestra.

MAESTRO

Esso júzguelo Dios, que sabe medir los desseos; que los hombres no sabemos tantear sino cosas corporales, y aun en esso nos engañamos muchas vezes.

BALTASAR

Paréceme a mí que adevinaría el propósito sobre que se hablava.

MAESTRO

Bien lo creo; y no es menester que se diga.

<sup>27</sup> S3-S4-S5-S6: «Por cierto»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Por Dios».

<sup>28</sup> *De sí*: «Que sí». La preposición *de* adquiere aquí un valor de conjunción enunciativa equivalente a *que* (Keniston, 42.483).

Este cuentecillo, —que también aparece en el *Sobremesa* de Timoneda— está recogido en la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz (Cabañas [1996: 563<sup>1005</sup>] y Chevalier y Cuartero Sancho [1997: 292<sup>11(10)}</sup>).

ANTONINO

Dexemos esso, señor Maestro. Yo quiero ser el más desvergonçado. Avéis de saber que, todos cinco como aquí estamos, comemos mañana en casa del señor don Bermudo, y todos os suplicamos que os vais allá a comer también, que, aunque sea el combite de seglares, no passará cosa en él que os escandalize.

MAESTRO

Hierónimo. Bien seguro estoy desso, por cierto, donde tales personas se han de hallar, pero ya veen qué parescerá un clérigo solo entre cavalleros seglares, y más reprehendiendo sant Hierónimo<sup>29</sup> los combites de los clérigos; y fuera desto, ellos continuamente suelen ser sospechosos y aun reprehendidos.

ORDOÑO

Pues ¿cómo combidar hombre a sus amigos es reprehendido?<sup>30</sup>. En verdad que no puedo entender por qué.

MAESTRO

Super Job, libro I. Super Matheo, capítulo XXXII. Señor, no os maravilléis desso, que sant Gregorio<sup>31</sup> en algunas partes afirma que apenas puede passar el combite

<sup>29</sup> Aunque Mulroney [1930: 56<sup>3</sup>] confiesa que no ha logrado identificar la cita, lo más probable es que la fuente corresponda al texto alegado más adelante por la misma Mulroney [1930: 58<sup>15</sup>], perteneciente a san Jerónimo, *Epistulae*, LII, 11: «Convivia tibi vitanda sunt saecularium et maxime eorum, qui honoribus tument» (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>49</sup>). Las *Epístolas* de san Jerónimo, vertidas al castellano, alcanzaron una gran difusión editorial en el siglo XVI (Martín Abad [2003: 161-162]), algunas de cuyas estampaciones se realizaron en la misma Sevilla (López Estrada [1953: 4-12]).

<sup>30</sup> Otra interpretación de lectura podría ser: «Pues ¡cómo! ¿Combidar hombre a sus amigos es reprehendido?».

<sup>31</sup> Como se indica en la acotación marginal, los dos textos alegados por Mejía se encuentran, respectivamente, en san Gregorio Magno, *Moralia in Iob*, I, 8 (Mulroney [1930: 56<sup>5</sup>]): «Paene semper enim epulas comitatur voluptas.

sin hablar demasado y sin exceso y desorden; y alega aquello del *Éxodo*: «Sentósse el pueblo a comer y beber, y levantósse a jugar y pecar»<sup>32</sup>. Y también leemos, en el *Eclesiástés*<sup>33</sup>, que vale más ir a la casa del luto que del combate; y con razón, porque en la del luto se cumple una obra de misericordia y en la otra se pone hombre en una ventura de ir contra todos<sup>34</sup>, porque cierto avemos visto

*Éxodo*, capítulo XXXII

Nam dum corpus in refectionis delectatione resolvitur, cor ad inane gaudium relaxatur. Unde scriptum est: *Sedit populus manducare et bibere, et surrexerunt ludere*. Pae ne semper epulas loquacitas sequitur cum que venter reficitur, lingua diffrenatur»; y, del mismo autor, en *Homiliarum in Evangelia*, II, 40: «Prima namque male convivantibus famulatur culpa loquacitatis, post loquacitatem vero ludendi etiam levitas sequitur. Nam quia edacitatem lusus sequatur, testatur Sacra Scriptura, quae ait: *Sedit populus manducare et bibere, et surrexerunt ludere*. Sed priusquam ad lusum moveatur corpus, ad iocos ac verba inania movetur lingua». Resolvemos la abreviatura de «*Super Ma[theo]*» —Mejía se está refiriendo al comentario de san Gregorio al *Evangelio de san Mateo*— por comparación con una alusión posterior a la misma fuente (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>105</sup>). El capítulo XXXII, alegado al margen, se refiere al del pasaje del *Éxodo* mencionado por san Gregorio —recogido en la nota que sigue a continuación—, y no al de la homilía de este padre de la Iglesia.

<sup>32</sup> *Éxodo*, XXXII, 6 (Mulroney [1930: 56<sup>5</sup>]): «Et sedit populus manducare, et bibere, et surrexerunt ludere» (*Vulgata*: 72). Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 43] subrayan la libertad que Mejía se ha tomado en esta cita literal del texto sagrado, agregando de su cosecha «y pecar» al final; este añadido viene impuesto por los dictados de la moda retórica del momento, pues Mejía busca con él la perfecta construcción geométrica de la frase: «Sentósse... a *comer y beber*... levantósse a *jugar y pecar*». En la acotación marginal, por un error comprensible —la inclusión innecesaria de una V en el numeral romano, que hemos corregido—, las ediciones antiguas se refieren al capítulo «xxxvij» (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4) —que ediciones posteriores transcriben «37» (S5-S6-S7)— en lugar de «xxxij».

<sup>33</sup> *Eclesiástés*, VII, 3 (Mulroney [1930: 56<sup>7</sup>]): «Melius est ire ad domum luctus quam ad domum convivii; in illa enim finis cunctorum admonetur hominum, et vivens cogitat quid futurum sit» (*Vulgata*: 610). Todas las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) dicen «Eclesiástico», error comprensible por la similitud de título en los dos libros bíblicos, que no fue advertido por las sucesivas ediciones, pero que nosotros subsanamos. Tal vez la fuente se indicó de forma abreviada en el original manuscrito, lo cual propició la confusión.

<sup>34</sup> *Todos*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), debiendo entenderse «contra todos los demás, contra todo el mundo»; pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «todas» (refiriéndose a las «obras de misericordia»). Ambas lecturas son plausibles. Sobre el uso ambiguo de los pronombres en relación con sus antecedentes, cfr. *Diálogos*, P<sup>8</sup>.

*Se pone hombre*: «Se pone uno». *Hombre* posee aquí el valor de pronombre indefinido («uno, cualquiera, alguien»), común en el castellano de la primera mitad del siglo XVI (Keniston, 13.1 y 27.55; y Silva, I, 5<sup>19</sup>).

y leído malos ejemplos de los combites. Sant Hierónimo<sup>35</sup> dize, *Sobre Daniel*, que estando los babilonios en comidas y banquetes, fue entrada y tomada su ciudad; en el combite sabemos que degolló Herodes a sant Juan *Baptista*<sup>36</sup>. E assí leemos otros pecados y cosas grandes que han acaescido en ellos, como son los desatinos de Alexandre Magno y otros emperadores, y lo de Flaminio<sup>37</sup>, capitán

<sup>35</sup> San Jerónimo, *Commentarii in Daniele*, II, 5 (Mulroney [1930: 56<sup>8</sup>]): «Iosephus scribit in decimo iudaicae antiquitatibus libro: obsessa Babylone a medis et persis, Dario videlicet et Cyro, in tantam venisse Baldasar regem Babylonis oblivionem sui, ut celeberrimum iniret convivium et in vasis templi biberet et obsessus vacaret epulis; unde potest stare historia: quod eadem nocte sit captus atque iugulatus, dum omnes aut visionis interpretationisque pavore terrentur aut occupati sunt festivitate et ebrietate convivii». El episodio comentado por san Jerónimo —el festín del rey Baltasar— se encuentra en *Daniel*, V (*Vulgata*: 859-860).

<sup>36</sup> La fuente está en el *Evangelio de san Marcos*, VI, 21-28, pues en *Mateo*, XIV, 3-11 y en *Lucas*, IX, 9, se hace alusión a la muerte de san Juan Bautista, pero no a la circunstancia del banquete.

<sup>37</sup> *Flaminio*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959), pero S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «Flamíneo». Escogemos la lectura más próxima al nombre auténtico del personaje, tal como aparece en la fuente. Esta se encuentra en Plutarco, *Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*, «Cato Maior», XVII, 2-3 (Mulroney [1930: 57<sup>9</sup>]): Un adolescente, amado por Lucio Quincio, confiesa quererlo tanto que, para estar a su lado, ha dejado de asistir a un duelo de gladiadores, donde esperaba ver realizado su deseo —hasta ese momento incumplido— de ver morir degollado a un hombre. «Lucius autem indulgens amator cum param illi gratiam referre vellet, huius, inquit, rei causa ne mecum subtristis sis, hoc enim maerore te quamprimum liberabo. Extemplo igitur unum ex iis qui rei capitalis crimine damnati erant, ad se in convivium adduci imperat, et accersito cum securi carnifice, amasiolum denuo rogitat, utrum hominem percuti spectare cuperet, qui cum se velle respondisset, collo caput eximi iussit» (Plutarco [1532: 133r.]). En la versión latina que hemos consultado —aunque no en el texto griego original (Plutarco [1959: 350]), donde solo se le designa como Lucio Quincio—, el protagonista del episodio aparece con el nombre de Lucio Quincio *Flaminio*, hermano de Tito Quincio Flaminio —vencedor, este último, del rey Filipo V de Macedonia—, el cual se encuentra mencionado junto a Lucio Quincio en el texto primigenio de Plutarco. Por razones fácilmente explicables, Mejía ha trocado también en una *amiga* lo que en el texto griego era un efebo del cual estaba enamorado Lucio Quincio. En el siglo XVI, las traducciones y adaptaciones de los clásicos sufrían alteraciones a causa de prejuicios ideológicos; el texto antiguo se manipulaba para adaptarlo al concepto de honestidad y buen gusto de la época, sobre todo en lo concerniente a cuestiones sexuales —especialmente en lo relativo a la homosexualidad y a la pederastia—, como es el caso que analizamos aquí (Morales Ortiz [1997: 101-102]).

romano, que degolló en un combite a un condenado por hazer fiesta a una su amiga, porque dixo allí que nunca avía visto hombre degollado, y por esto fue después por los censorinos<sup>38</sup> privado del senado. E assí podría traer otros exemplos, que aquí ay quien lo sabe mejor que yo. Por lo qual, aquel excelente governador y ciudadano ateniense Pericles nunca quiso aceptar combite ni de sus grandes amigos, sino sola una vez a unas bodas de Euritolemo, y de aquel se salió luego al principio de la cena<sup>39</sup>. No digo esto, señores, porque tema<sup>40</sup> que en el vuestro acaezca cosa que se pueda reprehender, como dixe al principio, antes tengo cierto que en todo avrá horden y templança, conforme a las leyes y condiciones que los sabios ponen a los honestos y permitidos combites<sup>41</sup>; pero todavía me parece que haré yo allá poca falta y quitará hombre la ocasión de que murmuren de verlo en regozijos.

<sup>38</sup> *Censorinos*: Así, empleando el adjetivo sustantivado, en S3-S4-S5-S6, pero en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 se lee «censores». Los *censores* «eran los públicos visitantes del pueblo romano; estos examinaban las costumbres públicas y la crianza de los hijos y castigaban a los baldíos» (*Covarrubias*, s.v. «censores»).

<sup>39</sup> La fuente del pasaje está en Plutarco, *Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*, «Pericles», VII, 5 (Mulroney [1930: 57<sup>10</sup>]): «... coenarumque apparatus et caeteram huiusmodi omnem beneficentiam contempsit ac reiecit, ut tam longo tempore quo in Republica versatus est, numquam apud amicum coenarit, praeterquam Euryptolemo nuptias celebrante, usque ad libationes cum affuisset, statim discessit» (Plutarco [1532: 72r.]).

*Euritolemo*: Así en Z1-Z2, forma correcta del nombre, de acuerdo con la fuente; pero S2-S3-S4-S5-S6 dicen «Eritolemeo», en tanto que S1-A1-A2-S7 —por errata al invertir la *u*— indican «Enritolemo».

<sup>40</sup> *Tema*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 dicen «temo» (y 1928-1930-1947-1959), lectura evidentemente forzada, puesto que en las subordinadas causales formuladas negativamente, como es el caso, correspondía el uso del subjuntivo (*Keniston*, 29.71), si bien el empleo del modo verbal en las proposiciones causales es ambiguo en el castellano aurisecular, ya que depende del menor o mayor grado de irrealidad que, por el contexto, se imprima a dichas proposiciones (cfr. *Silva*, I, 2<sup>32</sup> y III, 17<sup>26</sup>).

<sup>41</sup> Según Mulroney [1930: 57<sup>11</sup>], Plutarco, Aristóteles, Apuleyo, Marco Varrón, Aulo Gelio y Macrobio dieron reglas para los convites.

## ANTONINO

No penséis, señor Maestro, de escusaros por aí, porque lo que avéis dicho no se entiende ni ha lugar en nuestro combite, en el qual no ha de aver cosa reprehensible, sino en los excessivos y desonestos, contra los quales fueron hechas leyes en Roma que los tassavan y limitavan, como fueron los del emperador Cayo Calígula, que deshazía las perlas preciosísimas para dar a comer, y dava panes de oro y hazía otros desatinos. Y los de Cleopatra, reina de Egipto, que hizo a Marco Antonio, que Plinio y Suetonio<sup>42</sup> y otros cuentan; que afirman que costó una cena

---

<sup>42</sup> La referencia a Cleopatra se encuentra, efectivamente, en Plinio, *Naturalis historia*, IX, 35 (Mulroney [1930: 57-58<sup>12</sup>]): «Duo fuere maximi uniones per omne aevum; utrumque possedit Cleopatra, Aegypti reginarum novissima, per manus orientis regum sibi traditos. Haec, cum exquisitis cotidie Antonius saginaretur epulis, superbo simul ac procaci fastu, ut regina meretrix lautitiam eius omnem apparatusque obtrectans, quaerente eo quid adstrui magnificentiae posset, respondit una se cena centiens HS absumpturam. Cupiebat discere Antonius, sed fieri posse non arbitrabatur. Ergo sponsionibus factis postero die, quo iudicium agebatur, magnificam alias cenam, ne dies periret, sed cotidianam, Antonio apposuit inridenti computationemque expostulanti. At illa corollarium id esse et consumpturam eam cenam taxationem confirmans solamque se centiens HS cenaturam, inferri mensam secundam iussit. Ex praecepto ministri unum tantum vas ante eam posuere aceti, cuius asperitas visque in tabem margaritas resoluit. Gerebat auribus cum maxime singulare illud et vere unicum naturae opus. Itaque expectante Antonio quidnam esset actura, detractatum alterum mersit ac liquefactum obsorbuit» (Plinio Segundo [1955: 75-76], edición en la que el precitado texto aparece —como en la de Mulroney— en el capítulo 58 y no en el 35, que es el lugar que tiene en las estampaciones coetáneas de Mejía). La alusión a Calígula se halla en Cayo Suetonio Tranquilo, *De vita Caesarum*, «Calígula», 37 (1): «Nepotatus sumptibus omnium prodigorum ingenia superavit [...], portentosissima genera ciborum atque cenarum [...], pretiosissima margarita aceto liquefacta sorberet, convivis ex auro panes et obsonia apponeret» (Suetonio Tranquilo [1967: II, 117]). También Guillaume Budé [1541: 112v.] habla de los excesos gastronómicos cometidos —entre otros— por Cleopatra y Calígula en su *De asse*, II y IV (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>66</sup>). Igualmente —en los capítulos correspondientes de su *Historia imperial y cesárea*, dedicados a estos emperadores—, Mejía se hace eco de los referidos desatinos. Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 42] estiman que Mejía está haciendo aquí una cita referencial o contextual, mediante la cual se reproduce el contenido de una fuente sin reproducirla al pie de la letra.

que sobre apuesta le dio, reduzida a la moneda de agora, dozientas y cincuenta mil coronas<sup>43</sup>, porque deshizo en vinagre, para darle a comer, la mayor y mejor perla que avía entonces en el mundo. Y como fue el que se hizo al emperador Vitelio, en que se le sirvieron siete mil aves y dos mil pescos, sin otros excessos que uvo<sup>44</sup>. Y los que ha- zía el maldito emperador Eliogáballo, que el señor don Bermudo leía estotro día en la *Silva de varia lición*<sup>45</sup>.

Dozientas y  
cincuenta  
mil coro-  
nas.

<sup>43</sup> *Dozientas y cincuenta mil coronas*: Así en S5-S6, pero S1-Z1-A1-S2-S3-Z2-S4-S7 dicen «ccl mil coronas», en tanto que A2 no trae esta indicación (véase, a este respecto, el párrafo dedicado a los numerales en el apartado «Transcripción del texto y aparato crítico» de nuestros criterios de edición). En las referidas estampaciones antiguas, la acotación marginal aparece colocada erróneamente más adelante, donde se habla del dispendio realizado por Calígula en una cena, que refiere Séneca (h. 49r. en S3). Entendiendo que el lugar que le corresponde es este, situamos la acotación aquí (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>73</sup>).

<sup>44</sup> Como indica Mulroney [1930: 58<sup>13</sup>], la fuente se encuentra en Cayo Suetonio Tranquilo, *De vita Caesarum*, «Vitellius», 13 (2): «Famosissima super ceteras fuit cena data ei adventicia a fratre, in qua duo milia lectissimorum piscium, septem avium apposita traduntur» (Suetonio Tranquilo [1970: IV, 68]). Quizás Mejía esté citando este mismo pasaje de Suetonio a través de Guillaume Budé, *De asse*, IV (Budé [1541: 111v.]); el cual, tras referir los despilfarros de Vitelio para complacer sus vicios —que dice haber leído en Suetonio—, añade el texto del historiador latino, reproducido antes (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>66</sup>).

<sup>45</sup> Dice Mejía, en el capítulo XVI de la tercera parte de su *Silva*: «Esta misma prodigalidad usava Cayo Calígula, emperador, en sus comidas, para gastar en ellas excessivas summas» (*Silva*, III, 16<sup>44</sup>). El episodio de Cleopatra, aquí referido, se encuentra en el mismo lugar que el aludido anteriormente (*Silva*, parte III, capítulo 16): «Del qual aviso hizo aquella promessa o apuesta Cleopatra, reyna de Egypto, con Marco Antonio: que le daría una cena que costasse una summa increíble, de que Plinio y Macrobio y Plutarco tractan; porque, echadas y gastadas en vinagre perlas de inestimable valor, le dio después a comer aquel vinagre: assí costó la cena lo que parescía impossible» (*Silva*, II, 111). Solo se halla en la *Silva* (parte I, capítulo 34) una rápida alusión a las crueldades y desafueros de Vitelio: «Processo sería infinito contar las crueldades de romanos emperadores, y por esto quiero dexar las de Domiciano, de Vitelio, de Cómodo, de Maximino y de otros tales» (*Silva*, I, 475 y I, 34<sup>30</sup>). Sin embargo, el capítulo XXIX de la segunda parte de la *Silva* está dedicado enteramente a glosar los abusos cometidos por Heliogáballo («De los estraños y admirables vicios de Heliogáballo, emperador que fue de Roma, y de sus excessos y prodigalidades increíbles»); lo concerniente a las demasías y extravagancias convivales de este emperador romano se refiere en *Silva*, I, 714 y 716-719 (cfr. *Silva*, II, 29<sup>25</sup>). También en su *Historia imperial y cesárea* (Sevilla, 1545) —en los capítulos dedicados a ellos— había recogido Mejía los excesos cometidos por estos dignatarios romanos.



Estos combites, y los que a estos parecen, son los que vos, señor, devéis huir y son reprehendidos, porque, alien- de de la prodigalidad estremada, participavan de otros vi- cios y excessos<sup>46</sup>; pero los combites moderados y de per- sonas cuerdas, como, a Dios gracias, son los nuestros, no solamente son permitidos, pero son alabados como ne- cessarios y provechosos, porque en ellos se multiplica el amor y amistad. Y Christo, nuestro Redemptor, mostró y authorizó bien esto, pues tuvo por bien de hallarse en

---

No deja de ser curiosa la naturalidad con que Mejía hace que Antonino —actualizando y vivificando su contenido— se refiera a la *Silva de varia lec- ción*, obra del propio Mejía, que para entonces ya había alcanzado un éxito extraordinario y que, sin duda, debió de producirle un gratificante reconoci- miento social; se trata, *avant la lettre*, del recurso «cervantino» de introducir una obra literaria en el mundo ficticio de otra obra literaria. Para Lara Garri- do [1982: 133-134], este recurso en que el autor se cita a sí mismo —que también se registra en los *Diálogos de la montería* de Barahona de Soto— es un fenómeno que aparece con cierta reiteración en los diálogos literarios del siglo XVI y tiene como objetivo dar una mayor impresión de verismo a la conversación que en la obra se recoge. Por otro lado, este pasaje de los *Diá- logos* evoca las reuniones y tertulias humanísticas en torno a un escritor y su obra, con la correspondiente crítica colectiva —e, incluso, autocrítica— a que darían lugar (Guarino Ortega [1997: 506]). La peculiaridad de la autoci- ta —de la que parece desprenderse un indudable sentimiento de orgullo por parte del autor— nos permite sospechar el papel desempeñado por Mejía como *magister* o inspirador de una embrionaria academia renacentista en Se- villa. Como uno de los precursores de este tipo de cenáculos literarios en Sevilla, lo mencionan J. Sánchez [1961: 194] y Gómez Canseco [1992: 7]. Por su parte, Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 48] ven en este citar- se a sí mismo —frecuente entre los humanistas— un culto a la personalidad y un recurso publicitario del que los escritores se servían para dar a conocer mejor su propia obra; asimismo, el personaje de don Bermudo —lector de la *Silva*— representa el tipo de público al que Mejía dirige su obra: caballe- ros de ciudad, legos en letras latinas, pero interesados en acceder a los sabe- res clásicos.

La autocita del escritor en su obra es frecuente en muchos diálogos, desde Platón y Cicerón hasta Petrarca, Erasmo y Pietro Aretino. Debo esta observa- ción a la amabilidad de la profesora Ana Vian Herrero.

<sup>46</sup> S1-A1-S7 traen al margen una acotación que dice «Partici.» No enten- diendo su sentido, Z1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6 la han eliminado. Probablemente se trata de una errata y debe entenderse «Patrici». Efectivamente, Francesco Pa- trizi —en su *De institutione reipublicae*, V, 9 («De utilitate rei rusticae. De convi- viis») — habla de las leyes que los romanos promulgaron para evitar los exce- sos en los convites (Patrizi [1534: 76v.-77r.]).

combites y hazer milagros en ellos<sup>47</sup>; y en los *Decretos*<sup>48</sup> están aprovados, con que no intervengan en ellos pláticas desonestas ni mentiras ni murmuraciones. Y a lo que dezís, señor, de sant Hierónimo<sup>49</sup>, digo que no reprehende al clérigo que es combidado, sino al clérigo combidador y pródigo. Y la *Sagrada Escripura* llena está de combites sanctos y buenos, porque, dexadas las semejanzas<sup>50</sup> y parábolas que Christo puso dellos y el que hizo aquel padre quando halló al hijo pródigo<sup>51</sup>, Abraham hallamos que hizo grande combite el día que uvieron de quitar la leche a Isaac, su hijo<sup>52</sup>, y Loth combidó a los ángeles<sup>53</sup>, y los hijos del sancto Job leemos que cada día se combidavan los unos a los otros<sup>54</sup>; y assí podría traer otros exemplos. Assí que por temor de peccar no dexéis de aceptar nuestro combite; que, quando<sup>55</sup> pensáredes mal de nosotros,

Distinción XLIV, capítulo «Convivium».

*Genesis*, XXI.

*Job*, primero.

<sup>47</sup> Se refiere, sin duda, al primer milagro realizado por Jesús —el de las bodas de Caná—, donde convirtió el agua en vino (*Evangelio de san Juan*, II, 1-11).

<sup>48</sup> La alusión se encuentra en Dominico da San Geminiano, *Super I Libro Decreti*, distinctio XLIV, caput «Convivia»: «Permittuntur convivia ex caritate in quibus cessant aliorum derisiones et inanes fabulae. [...] In conviviis prohibita est recitatio fabularum secularium» (San Geminiano [1503: 89]).

<sup>49</sup> Tratándose de una réplica a algo ya dicho, lo más probable es que el texto aquí aludido sea lógicamente el mismo que se adujo antes, es decir, san Jerónimo, *Epistulae*, LII, 11 (Mulroney [1930: 58<sup>15</sup>]). Véase *Diálogos*, II, 1<sup>29</sup>.

<sup>50</sup> S3-S4-S5-S6: «semejanzas»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «similitudines».

<sup>51</sup> *Evangelio de san Lucas*, XV, 23: «Et adducite vitulum saginatum, et occidite, et manducemus, et epulemur» (*Vulgata*: 1030).

<sup>52</sup> *Genesis*, XXI, 8: «Crevit igitur puer, et ablactatus est; fecitque Abraham grande convivium in die ablactationis eius» (*Vulgata*: 16).

<sup>53</sup> *Genesis*, XIX, 3 (Mulroney [1930: 58<sup>18</sup>]): «Compulit illos oppido ut diverterent ad eum: ingressisque domum illius fecit convivium, et coxit azyma, et comederunt» (*Vulgata*: 15). La visita de los ángeles a la casa de Lot y los altercados que se siguieron están recogidos en *Genesis*, XIX, 1-14.

<sup>54</sup> *Job*, I, 4: «Et ibant filii eius, et faciebant convivium per domos, unusquisque in die suo. Et mittentes vocabant tres sorores suas, ut comederent et biberent cum eis» (*Vulgata*: 425).

<sup>55</sup> *Quando*: *Quando* adopta aquí un valor de conjunción subordinante condicional, equivalente a «si» (Keniston, 29.731).

fuera justo ir a él, porque en vuestra presencia no passara<sup>56</sup> cosa que no fuera lícita.

MAESTRO

La verdad es que yo no pensava que lo avía con theólogos, sino con humanistas, y por esso echava la cosa a ipocresía; pero paréceme que hallo en esto mejor recaudo y temo que me avéis de llevar por sanctidad, porque es cosa que se usa agora mucho.

ARNALDO

No, señor Maestro, que sin theologías y *Sagradas Scripturas*, por las humanas<sup>57</sup> os provaremos la justificación de los combites y cómo han sido alabados de los sabios. Porque Platón<sup>58</sup>, en el primero de sus *Leyes* y en otras partes, los alaba y aprueba. Cicerón<sup>59</sup> dize que el combite es así

In libro *De senectute*.

<sup>56</sup> *Passara*: Aquí, con el significado de un futuro hipotético «pasaría» (*Keniston*, 32.885 y *Silva*, II, 13<sup>21</sup>). La lectura «pasará» (que transcribe 1947) contravendría al sentido general de futuro hipotético que tiene todo el periodo oracional.

<sup>57</sup> *Por las humanas*: Es decir, por las escrituras humanas (frente a las sagradas, a las que se acaba de hacer referencia). Es interesante la distinción intelectual entre los dos campos de estudio: lo religioso o trascendente y lo humano o immanente (el Maestro ha enfrentado antes a los teólogos con los humanistas y Arnaldo opone ahora las letras humanas a las sagradas).

<sup>58</sup> Como indica Mulroney [1930: 59<sup>20</sup>], Platón, en los libros I y II de sus *Leyes* —más en el primero que en el segundo—, aborda en distintos momentos el asunto de los convites públicos, recomendándolos por boca de uno de los interlocutores del diálogo, el extranjero ateniense. En ambos libros se trata el tema de la educación, que las leyes deben tutelar y cuyo objetivo consiste en la adquisición de la virtud, entendida esta no solo como resistencia al dolor, sino también como disfrute del placer, sin que este llegue a dominar al individuo. Dentro de ese autocontrol de los goces, con un valor pedagógico y social —especialmente entre los hombres maduros—, se incluyen los convites, en los que no están descartadas las abundantes libaciones.

<sup>59</sup> Cicerón, *Cato Maior de senectute*, XIII, 45 (Mulroney [1930: 59<sup>21</sup>]): «Bene enim maiores accubitionem epularem amicorum, quia vitae coniunctionem haberet, "convivium" nominaverunt, melius quam Graeci, qui hoc idem tum "computationem", tum "concentrationem" vocant» (Cicerón [1964: 56]). Es muy posible que Mejía continúe inspirándose en Francesco Patrizi —al menos

llamado, quasi común y junta vida, porque es liga de amigos y vida. Pues la policía<sup>60</sup> de los romanos a ninguna del mundo reconocía ventaja; y sabemos que tenían comidas y banquetes instituidos y ordinarios, que se hacían solemnísimos: unos, llamados triumphales, que se hacían en los triumphos al pueblo, y los pontificales, que se celebraban<sup>61</sup> en los sacrificios, y los funerales, que en las honras de los muertos; y sin estos, que eran solemnes y públicos, usaban combidarse privada y particularmente y lo tenían por cosa lícita y virtuosa. Y Cicerón<sup>62</sup> dize que holgava de ser combidado en tiempos convenientes, por gozar de buena conversación. De Paulo Emilio, excelente varón y capitán romano, escribe Plutarcho<sup>63</sup> que, siendo

In libro *De oratore*.

---

como referente o recordatorio de los autores antiguos— pues en su *De institutione reipublicae*, V, 9 («De utilitate rei rusticae. De conviviis»), rememora a Cicerón en los siguientes términos: «Cicero in epistola quadam ad Petum conviva summopere laudat, ubi ait: Sed me Hercule mi Pete extra iocum moneo te, quod pertinere ad beate vivendum arbitror, ut cum viris bonis, iocundis, amantibus tui vivas. Nihil est aptius vitae, nihil ad beate vivendum, ac commodatius, nec id ad voluptatem refero, sed communitatem vitae, atque victus, remissionemque animorum, quae maxime sermone efficitur familiari, qui est in conviviis dulcissimus, ut sapientius nostri quam Graeci illi τασυμασσια, id est, computationes aut concenationes» (Patrizi [1534: 76v.]).

<sup>60</sup> *Policía*: «Buen orden que se observa y guarda en las ciudades y repúblicas, cumpliéndose las leyes u ordenanzas establecidas para su mejor gobierno» (*DRAE*, s.v. «policía»).

<sup>61</sup> *Celebravan*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959); sin embargo, entendemos que por errata reiterada, S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «celebran». Véase más adelante, *Diálogos*, II, 1<sup>100</sup>.

<sup>62</sup> La cita está tomada de Cicerón, pero no del *De oratore* —como dice Mejía— ni del *Pro Murena*, 13 —como indica Mulroney [1930: 59<sup>24</sup>]—, sino del *Cato Maior de senectute*, XIV, 46: «Ego vero propter sermonis delectationem tempestivis quoque conviviis delector» (Cicerón [1964: 56]).

<sup>63</sup> Plutarco, *Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*, «Aemilius Paulus», XXVIII, 9 (Mulroney [1930: 59<sup>25</sup>]): «Et admirantibus eius curiositatem dicere solebat, eiusdem esse animi, et aciem et convivium bene struere, illam ut formidolosus hostibus, hoc ut amicis gratus esset» (Plutarco [1532: 141r.]). Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 50] aducen dos textos paralelos que podrían haber servido de fuente a Mejía. El primero de ellos corresponde a Erasmo, *Apotegmas*, V, «Paulus Aemilius»: «Devicto Perseo, quum epulum exhiberet victoriale, dicebat, eiusdem esse artis et aciem bene instruere, et convivium exhibere: illam ut hostibus sit quam maxime formidabilis, hoc ut amicis sit iucundissimum» (Erasmo de Rotterdam [1535: 502]). La segunda fuente

reprehendido de que combidava magníficamente, respondió que del mismo ánimo nascía afilar y usar bien del espada y adereçar bien el combite, porque con lo uno se hazía hombre temido de los enemigos y, con lo otro, amado de los amigos.

### MAESTRO

Señor Arnaldo, quiéroos atajar, por quitaros de trabajo; y digo que no es menester gastar tiempo en persuadirme a mí que<sup>64</sup> el combidar es cosa lícita, siendo como y quando conviene, porque yo lo sé y lo tengo assí; y lo que dixe y podría dezir es por lo que comúnmente se haze, y por los excessos que oy día ay en los banquetes, y por otras pláticas y cosas que en ellos passan, que todos lo sabéis mejor que yo. Lo qual en esto cessare<sup>65</sup>; y pues sois servidos, yo acepto la merced con las condiciones que se deven guardar.

### DON BERMUDO

Todos la recebimos en ello; pero antes que passe la plática adelante, digo, señor Antonino, que estoy muy dudoso en aquello de los dozientos y cincuenta mil ducados que costó la cena de Cleopatra, aunque deshizo la perla,

---

posible —en la que encuentran un mayor parecido con el texto de Mejía— pertenece a la *Polyanthea nova* de Domenico Nanni Mirabelli: «Paulus Aemilius, cum devicto Perseo epulum exhiberet victoriale, admirantibus Graecis quod in magno splendidoque apparatu curiosus esset, dicere solebat, eiusdem esse animi, et aciem et convivium bene instruere: illam quidem, ut formidolosus hostibus; hoc, ut amicis gratus esset».

<sup>64</sup> *Que*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, aunque S3-S4-S5-S6 dicen «porque», conjunción que, aunque admisible, encaja peor en el contexto significativo general del periodo sintáctico. Cabría pensar, incluso, en un desliz tipográfico de S3, que reiteran las ediciones que la siguen y que puede estar motivado por contaminación con el nexo *porque* que aparece poco después.

<sup>65</sup> *Cessare*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1930); pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «cessara». Tenemos aquí un ejemplo de uso ambiguo y alternativo del pretérito imperfecto y del futuro simple de subjuntivo, que con relativa frecuencia se documenta en la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, I, 32<sup>3</sup>; II, 27<sup>7</sup> y 32<sup>13</sup>). La lectura «cesaré» de 1928-1947-1959 es inadmisibile, dado que —tal como está formulada sintácticamente la frase— el sujeto de la misma («lo cual») está en tercera persona.

~ ~ ~

y en lo que dizen de Cayo Calígula, que le acaesció gastar más en otra, porque no sé cómo podían gastar tanto ni en qué se gastava.

## ANTONINO

Cierto ay cosas destas escriptas que, miradas assí, a bulto, y cotejadas con las que agora passan, parescen increíbles y casi impossibles. Pero verdaderamente, si uviéssedes leído y considerado bien las historias y cosas antiguas, no os parecerían tan duras, a lo menos esta que tratamos, pues la creen y concuerdan en ella toda la quadrilla de los hombres doctos de nuestro tiempo, señaladamente el doctíssimo francés Budeo<sup>66</sup>, y con tales razones y conjeturas, y con tales authores, que no ay que dudar en ello; las quales no

Libro II *De asse*.

<sup>66</sup> Alude aquí Mejía a los despilfarros que llevaron a cabo Cleopatra, Calígula y Vitelio, referidos antes (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>42</sup>; II, 1<sup>44</sup>) o después (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>74</sup>). Los excesos de Cleopatra están recogidos —aparte de otros lugares, como el alegado por Mulroney [1930: 60<sup>27</sup>]— en Guillaume Budé, *De asse et partibus eius*, II: «Et Cleopatra Aegypti reginarum novissima, lautitiam epularum Antonii, omnemque eius apparatus obtrectans, quaerente eo quid adstrui magnificentiae posset, respondit una se coena centies sestertium absumpturam. Cupiebat discere Antonius, sed fieri posse non arbitrabatur. Centies sestertium aestimatione supradicta ducenta quinquaginta millia aureorum coronatorum valet» (Budé [1541: 46r.-46v.]). Los desafueros de Calígula se mencionan en *De asse*, IV: «Seneca libro *De consolatione ad Albinam matrem suam* ita inquit de Caligula loquens, C. Caesar Augustus, quae mihi videtur rerum natura edidisse ut ostenderet quid summa vitia in summa fortuna posent, centies sestertio coenavit uno die, et in hoc omnium adiutus ingenio, vix tamen invenit quo modo trium provinciarum tributum una coena fieret» (Budé [1541: 112v.]). Por último, las orgías de Vitelio aparecen en *De asse*, IV: «Famosissima super caeteras fuit coena ei data adventitia a fratre, in qua duo millia lectissimorum piscium, septem avium apposita traduntur. [...] Sed de Vitellii helluatione ita inquit Iosephus libro quinto *De bello Iudaico*: “Octo menses ac dies quinque potitus imperio, iugulatur in media urbe: quem si vivere diutius contigisset, eius luxuriae satis esse imperium non potuisset”» (Budé [1541: 111v., 112v.]).

Budé (1468-1540) fue el gran humanista y promotor de los estudios clásicos en Francia durante la primera mitad del siglo XVI. Su obra más famosa, *De asse* —publicada por vez primera en 1515 y reimpresa con variaciones y añadidos en los años siguientes (1516-1532)—, intenta explicar el valor de las referencias cuantificadoras (pesos, medidas, monedas) que aparecen en los textos antiguos, aunque la obra supera con creces ese específico propósito.

podré yo agora tractar aquí, que no avrá tiempo para ello. Pero considerá, lo primero, que aquellos emperadores que aquesto hazían eran señores de todo quanto tienen oy los reyes christianos y infieles que conoscemos de Europa, África y Assia; y no como agora, que cada provincia destas tiene su corte y su riqueza, sino que todo se juntava y comía en Roma, adonde de todos los bienes de fortuna iba lo mejor y lo gastavan aquellos monarchas, y algunos dellos en comer y en vicios, fiestas y prodigalidades estupendas.

Assí que, quanto al poder y caudal, no ay que dudar; pues, quanto a la manera y en qué, créeme, señor, que no faltavan invenciones y agudezas del demonio para ello, de las quales algunas están escriptas, como es embiar a todas las partes del mundo por los manjares y cosas peregrinas y esquisitas, por precios inmensos, y buscar y inventar maneras de guisados y viandas estrañas de peces y animales rarísimos y dificultosísimos de aver, y haziendo a vezes los rellenos y potages de solos meollos y higadillos de los tales pescos y aves; y el deshazer que dixe de las perlas y piedras por hazer la comida preciosísima, los adereços y aparatos que se hazían para ello maravillosos, hasta dorar toda la leña que se avía de quemar, y aliende desto, que fuesse de cedro o de otro madero que fuesse más precioso; el alumbrarse con bálsamo en lugar de cera, que siempre fue cosa preciosísima, como lo leemos<sup>67</sup> del maldito Eliogábal<sup>68</sup>; las vasijas y mesa que hazían de labor y precio inestimable, no solamente de oro y plata y perlas y piedras, pero inventaron hazerlas de barro y que fuesen de más costa, como leemos de la caçuela que hizo hazer Vitelio de barro, tan grande, que la llamavan laguna<sup>69</sup>, que era tal, que en los artificios que se hizieron para poder-

<sup>67</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «como lo leemos»; Z1-Z2: «como leemos».

<sup>68</sup> Elio Lampridio, *Historia Augusta*, «Vida de Heliogábal», 24 (Mulroney [1930: 61<sup>28</sup>]): «Idem in lucernis balsamum exhibuit».

<sup>69</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXXV, 12: «Vitellius, in principatu suo X HS condidit patinam, cui faciendae fornax in campis exaedicata erat, quoniam eo pervenit luxuria, ut etiam fictilia pluris constent quam murrina. Propter hanc Mucianus altero consulatu suo in conquestione exprobravit patinarum paludes Vitelli memoriae» (Plinio Segundo [1985: 107]).



la hazer, y industria y maestros della, llegó a costar dozientas mil monedas llamadas seistercios, que sin dubda ninguna suman agora más de cinco mil ducados de oro; y puéde-se creer, porque se hinchó de cosas que costavan el mundo todo, y entre ellos cuentan sesillos y lenguas de pavos<sup>70</sup> y faisanes, y higadillos de lampreas y peces<sup>71</sup> y de aves, compradas a peso de oro, sin otra infinidad de aves. E assí hazían otras cosas estrañas; de manera que es pertinacia y mala condición no creer cosas que tan averiguadas están por todas las historias gentiles y christianas, de las quales solos dos lugares y testigos os quiero traer de los dos emperadores Calígula y Vitelio, que aquí se han nombrado.

El primero es el excelente philótopho Séneca, a quien, como a testigo de vista y por su bondad y virtud singular, se deve dar entero crédito. El qual, consolando a Paulina, tocando en el emperador Cayo Calígula, dize estas palabras: «Cayo Calígula, emperador al qual me paresce a mí que produjo y crió naturaleza por mostrar lo que puede la cumbre y suma de los vicios en la mayor alteza y grandeza de poder, pudo gastar en una cena o banquete cien mil sestercios, ayudándose del ingenio y avisos de muchos para ello; de manera que, aunque con dificultad, halló manera y aviso cómo en un combite gastasse el tributo y renta de tres provincias»<sup>72</sup>. Palabras son de Séneca, que jamás mintió de industria ni a sabiendas; porque veáis qué tal sería la cena,

<sup>70</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «pavos»; A1-A2: «pavones».

<sup>71</sup> S3-S4-S5-S6: «y peces»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «y de peces».

<sup>72</sup> Lucio Anneo Séneca, *Ad Helviam matrem de consolatione*, X, 4 (Mulroney [1930: 61<sup>30</sup>]): «C. Caesar, quem mihi videtur rerum natura edidisse ut ostenderet quid summa vitia in summa fortuna possent, centiens sestertio cenavit uno die, et, in hoc omnium adiutus ingenio, vix tamen invenit quomodo trium provinciarum tributum una cena fieret» (Séneca [1942: 73]). Guillaume Budé —en *De asse et partibus eius*, IV (Budé [1541: 112v.])— también alega este lugar de Séneca, indicando equivocadamente el título de la obra en cuestión —que él llama *Libro de consolatione ad Albinam matrem suam*—; como Mejía puede estar siguiendo aquí al humanista francés, esto explicaría la errónea denominación de *Consolación a Paulina* —en vez de *Consolación a Helvia*— que el sevillano otorga a la obra de Séneca (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>66</sup>). No obstante, Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 41] registran el pasaje de Séneca como fuente directa o textual de la cita de Mejía.



Libro V, *De bello judaico*.

que costava la renta de tres provincias<sup>73</sup>. El otro testigo es Josepho<sup>74</sup>, aprobatísimo historiador y también de aquel tiempo, que dize del emperador Vitelio lo siguiente: «Solamente avía ocho meses y cinco días que Vitelio imperava, quando fue muerto en medio de Roma; el qual, si más tiempo durara, para sus banquetes y gastos no bastara la renta del Imperio Romano». Y assí va Josepho encareciendo sus excessos. Y otros mil testimonios os pudiera traer destos diabólicos hombres, y otros muchos lugares que con estos concuerdan, de Cornelio Tácito y de Plinio, que en lo historial tienen entera authoridad y verdad; pero basta lo dicho y créeme, señor, que es verdad lo que digo y que está averiguado por muchos que saben más que yo.

### MAESTRO

El señor Antonino tiene razón, y está provado lo que dize por muchas historias muy ciertas, y nunca han dudado dello los doctos antiguos ni modernos.

### DON BERMUDO

Ya yo creo lo que dezís y quedo espantado<sup>75</sup> de tal cosa; y demos gracias a Dios que, por malo que es lo de agora, no

<sup>73</sup> Al margen, aparecía aquí en las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7) la acotación que dice «Dozientas y cincuenta mil coronas» y que hemos desplazado más arriba por considerar que está erróneamente ubicada (véase *Diálogos*, II, 1<sup>43</sup>).

<sup>74</sup> La fuente se encuentra en Flavio Josefo, *De bello iudaico*, V, 13: «Procedit autem ebrius de palatio Vitellius, et ut assolet in extremis longiore luxu prodigae mensae refertus: tractus autem per populum varioque contumeliarum genere dehonestatus, in media urbe iugulatur, octo menses ac dies quinque potitus imperio: quem si vivere diutius contigisset, ut opinor, eius luxuriae minime sufficere potuisset imperium» (Josefo [1546: 321]). A diferencia de esta edición quinientista de Josefo que hemos consultado —donde el texto alegado aparece en el libro V, capítulo 13—, en las ediciones modernas —y así lo recoge también Mulroney [1930: 62<sup>33</sup>]— el pasaje se encuentra en el libro IV, 651-652 (Josefo [1979: 192-193]). Probablemente Mejía está siguiendo a Josefo a través de la cita que del historiador hebreo hace Guillaume Budé —en *De asse*, IV (Budé [1541: 112v.])—, donde se indica la fuente: «Iosephus libro quinto *De bello Iudaico*» (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>66</sup>).

<sup>75</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «espantado»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «admirado».

llega a esse extremo. Pero, porque no se nos passe, sepamos qué condiciones han de ser las que dezís que ha de tener el buen combite, para que las haga guardar en el mío.

BALTASAR

La que yo, señor, querría y os pido, es que se beva frío.

ARNALDO

Desso yo os asseguro, porque el tiempo haze tal, que no será menester diligencia para ello; pero las que mandan los philósofos, yo las diré si me lo mandáis.

ORDOÑO

Yo ya iva a dezir lo que me acuerdo aver leído en Francisco Senese<sup>76</sup>, en los libros que escribió *De república*, que

---

<sup>76</sup> *Francisco Senese*: Se refiere Mejía a Francesco Patrizi o Franciscus Patricius, autor de una obra titulada *De institutione reipublicae libri novem*, estampada por primera vez en París, en 1518, y reimpresa varias veces a lo largo del siglo XVI. Al menos una de esas ediciones —la de París, 1519— lleva añadida la *Institutio principis christiani* de Erasmo. Dejo constancia aquí de mi gratitud al profesor Klaus Wagner, de la Universidad de Sevilla, a cuya amabilidad y erudita diligencia debo la localización de este autor. Fue sin duda Patrizi bastante conocido entre los humanistas de la época, pues lo utiliza también Guevara en su *Relox de príncipes* (Blanco [1994: xlv, xlviii]). Aquí Mejía está aludiendo a *De institutione reipublicae libri novem*, V, 9 —«De utilitate rei rusticae. De conviviiis» (Patrizi [1534: 75v.-77r.])—, lugar en donde encontramos —como aquí hace Mejía— las referencias a la etimología de la palabra *convite* (*convivium*), a las condiciones que han de darse en este tipo de encuentros gastronómicos, al número de invitados, al puerco troyano y al apotegma atribuido al emperador Octavio Augusto acerca de la aversión hacia la carne de cerdo demostrada por el rey Herodes; todo ello —como se indica en las notas a los pasajes correspondientes—, siguiendo prácticamente las mismas fuentes clásicas que emplea Mejía.

*Porque el author es moderno*: Es interesante observar cómo Mejía parece dar aquí a la autoridad de los antiguos mayor consistencia y prestigio que a la de los modernos cuando ambos son coincidentes en las conclusiones a que llegan sobre un mismo tema. Omitir las citas de autores contemporáneos debió de ser práctica sistemática entre los humanistas del siglo XVI (Cuevas García [1986: 51]). Más que una artera ocultación de fuentes, hay que ver en esta costumbre una prueba palmaria de la admiración reverencial de los humanistas por la Antigüedad clásica.

tengo y entiendo lo que puedo de ellos; pero no quiero, porque el author es moderno, y aun yo no lo entiendo como querria.

ARNALDO

El que más claramente dio preceptos de ello fue Marco Varrón, por excellencia llamado sapientíssimo; el qual, según refiere Aulo Gelio<sup>77</sup>, dize que, para el perfecto y buen combite, se requieren quatro cosas. La primera, que los combidados sean de buena conversación y virtuosos; y esta, si yo no fuera uno de ellos, bien cumplida está en el vuestro. La segunda, que el lugar sea decente y bueno; y esto no faltará en tan buena casa. La tercera, en que manda que el tiempo sea conviniente; y podríamos<sup>78</sup> porfiar si fuera mejor a cenar, a usança de los antiguos, que a comida, pero en esto va poco. La otra es que, en el adereço y manjares, aya primor y cuidado; en lo qual más pecará por carta de más que de menos el señor don Bermudo. De manera que

---

<sup>77</sup> De acuerdo con Mulroney [1930: 62-63<sup>34</sup>], la referencia está tomada de Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, XIII, 11 (3), quien —citando a Varrón— dice: «“Ipsum deinde convivium constat”, inquit, “ex rebus quattuor et tum denique omnibus suis numeris absolutum est, si belli homunculi conlecti sunt, si electus locus, si tempus lectum, si apparatus non neglectus”» (Aulo Gelio [1960: 438]). Estas cuatro condiciones también las aduce Francesco Patrizi en su *De institutione reipublicae*, V, 9 —«De utilitate rei rusticae. De conviviis» (Patrizi [1534: 76v.])—, aunque él solo alega a Varrón —pero no a Aulo Gelio—, lo cual nos confirma en la hipótesis que planteamos en el apartado 6 de nuestra Introducción (cfr. también *Introducción*<sup>237</sup>) en el sentido de que Mejía —en ocasiones, al menos— utilizaba a los modernos como recordatorio de los antiguos que él había leído y conocía bien. De manera que Patrizi —el Francisco Senese que se acaba de mencionar y al que Ordoño no quiere recurrir por ser moderno— es utilizado, junto con los clásicos aducidos, por Arnaldo y Antonino en las páginas que siguen, como puede constatarse por medio de las correspondientes notas.

<sup>78</sup> Y podríamos: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen solo «podríamos», lectura admisible con el consiguiente cambio de sentido y puntuación en la frase: «La tercera, en que manda que el tiempo sea conviniente, podríamos porfiar si fuera mejor...».

en todo guardaremos la orden que convenga y está escripta<sup>79</sup>.

MAESTRO

Assí es, señor Arnaldo, que esas<sup>80</sup> condiciones ponen, que principalmente pertenescen al que combida, y aquí sé yo que serán bien guardadas; pero creo que se os olvida alguna, que toca a los combidados.

ANTONINO

Essas quiero yo dezir, que en el mismo lugar se tratan<sup>81</sup>. Y son que los combidados no sean muy habladores ni muy callados, porque dizen que el hablar y predicar es para el púlpito, y el callar para la cama; en lo qual buena orden se temá entre nosotros. Aconsejan también que no se tracten a la mesa negocios pesados ni graves, sino

---

<sup>79</sup> Da toda la impresión de que se intenta reproducir en este diálogo un encuentro entre Mejía y sus amigos, realizado verdaderamente. Pero los asuntos que aquí se exponen —sobre todo en la última parte del «Coloquio segundo del convite»— son una reproducción casi literal de lo desarrollado por Macrobio en el libro VII de sus *Saturnales*, capítulos 1-2 y 4-5, lo cual viene a demostrar que nos encontramos con una pura reelaboración literaria con visos de aparente conversación realmente acontecida. Sobre la mimesis conversacional, que es una característica muy generalizada en los diálogos literarios, hemos tratado en el apartado 2 de nuestra Introducción (cfr. también la bibliografía sobre el particular en *Introducción*<sup>30, 85, 86</sup>).

<sup>80</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «esas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «sus».

<sup>81</sup> Como indica Mulroney [1930: 63<sup>35</sup>], lo que Antonino alega a continuación vuelve a tomarlo Mejía —según ha dicho Arnaldo poco antes (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>77</sup>)— de Aulo Gelio, *Noctes Atticae*, XIII, 11 (3-4), quien —aduciendo a Varrón— transcribe: «Nec loquaces autem», inquit, «convivas nec mutos legere oportet, quia eloquentia in foro et aput subsellia, silentium vero non in convivio, set in cubiculo esse debet». Sermones igitur id temporis habendos censet non super rebus anxiis aut tortuosis, sed iucundos atque inevitabiles et cum quadam inlecebra et voluptate utiles, ex quibus ingenium nostrum venustius fiat et amoenius» (Aulo Gelio [1960: 438]). También —al igual que antes (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>77</sup>)— trata este asunto Francesco Patrizi en su *De institutione reipublicae*, V, 9 —«De utilitate rei rusticae. De conviviiis» (Patrizi [1534: 76v.]).

alegres y fáciles, y que se tenga manera que la conversación, con ser apazible, sea provechosa; finalmente, que tenga más de alegría que de gravedad<sup>82</sup>. Lo qual dio bien a entender Isócrates, orador excelentísimo, que siendo rogado en un combite que tractasse algo de sus sciencias y artes, respondió él: —«Las cosas que yo sé y son de mi facultad, no son para este tiempo; y las deste lugar, yo no las sé»<sup>83</sup>.

## DON BERMUDO

Está muy bien dicho; pero sea desta manera: que lo provechoso toméis a vuestro cargo el señor Maestro y los que sois leídos, y que el señor Baltasar y el señor Ordoño se encarguen de lo apazible, atravesando algún buen cuen-

<sup>82</sup> Asimismo, Macrobio —en sus *Saturnalia*, VII, 1-2 (Mulroney [1930: 63<sup>36</sup>])— da todos estos preceptos, hablando sobre todo de los temas de conversación más idóneos en los banquetes y de la manera de abordarlos. Pero los pasajes más próximos a lo aquí expuesto por Mejía se hallan en *Saturnalia*, VII, 1 (14-17): «Ergo prima eius observatio erit aestimare convivas. Deinde ubi sibi locum patere viderit, non de ipsis profunditatis suae inter pocula secretis loquetur, nec nodosas et anxias, sed utiles quidem, faciles tamen, quaestiones movebit. [...] Sic apud mensam quando licet aptis philosophandum est, ut crateri liquoris ad laetitiam nati adhibeatur non modo Nympharum sed Musarum quoque admixtione temperies. [...] Si vero non erunt muta convivia, cur ubi sermo permittitur, honestus sermo prohibetur, maxime cum non minus quam dulcedo vini hilarent verba convivium?» (Macrobio [1994b: 399]).

<sup>83</sup> Según Mulroney [1930: 63<sup>37</sup>], la fuente está en Macrobio, *Saturnalia*, VII, 1 (4): «Isocrates enim Graecus orator qui verba prius libera sub numeros ire primus coegit, cum in convivio a sodalibus oraretur ut aliquid in medium de eloquentiae suae fonte proferret, hanc veniam deprecatus est, *quae praesens*, inquit, *locus et tempus exigit ego non calleo, quae ego calleo nec loco praesenti sunt apta nec tempori*» (Macrobio [1994b: 396-397]). Pero el episodio está recogido también en Plutarco, *Moralia* («Plutarchi problema, num philosophari conveniat inter pocula, ex primo»): «Isocrates itaque sophista, vino et potationi indulgens, auscultantibus et crebro ad dicendum invitantibus amicis, tantillum isthuc respondit: Quae mearum sunt virium, neque huic loco conveniunt, neque tempori; quae congruunt, in iis ego parum valeo» (Plutarco [1555: 156v.]). A su vez, Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 50-51<sup>62</sup>] señalan la existencia de textos paralelos en Erasmo —*Apophthegmatum*, VIII, 14 (Erasmo de Rotterdam [1535: 817])— y Ludovico Celio Rhodigino —*Lectio-num antiquarum*, XXVI, 25 (Ricchieri [1620: 1466])—, encontrando una clara dependencia de Mejía con el de este último.

to a su tiempo, aunque no es poco peligro contar dichos y cuentos ajenos, porque no todos salen derechos.

BALTASAR

Y queda hombre atajado quando no gustan del donaire; y por esso yo no me obligo a nada.

ORDOÑO

Pues hombres conozco yo que no hazen otra cosa; y casi no dizen palabra suya, sino a cada propósito encaxan un dicho o sentencia ajen<sup>84</sup>.

BALTASAR

Por los tales dezía don Juan de Figueroa<sup>85</sup> que eran como clavos grandes, que no saben entrar sino por el agujero que haze la barrena.

MAESTRO

Dezía en ello agudamente; pero vuestra merced seguro está desso, porque antes corréis peligro de despuntar de

---

<sup>84</sup> El exceso de máximas y sentencias empleadas en la conversación, que Ordoño censura —trasponiéndolo a un nivel social más bajo, pues aquí se está hablando de frases o proverbios cultos—, recuerda el abuso de refranes por parte de Sancho en el *Quijote*.

<sup>85</sup> *Don Juan de Figueroa*: Hermano de Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos. Encabezó un frustrado levantamiento comunero en Sevilla, referido por Mejía en su *Historia del emperador Carlos V* (Mejía [1945: 173-175]). El incidente, más por extenso, está recogido también en una relación manuscrita atribuida a nuestro autor, de la que se conservan varias copias (Biblioteca Capitular y Colombina, Ms. 59-3-33, hs. 41r.-52r. y Ms. 59-1-5, hs. 2r.-7r.). Melchor de Santa Cruz tomó de aquí este cuentecillo para su *Floresta española*. Un caso parecido, pero con distinta sentencia, se recoge en los *Apotegmas* de Erasmo (Cabañas [1996: 193<sup>133</sup>]).

Libro II,  
capítulo  
XXXVII.

agudo<sup>86</sup>. Pero, porque se ha aquí tocado que la conversación ha de ser apazible, quiero pedir que no ha<sup>87</sup> de tocar en murmuración, aunque suele ser gustosa para algunos, que también es regla antigua de buen combite; porque sant Gregorio<sup>88</sup>, en una carta, dize que en el buen combite no se ha de roer vida de ningún ausente ni escarnescer ni burlar los combidados unos de otros<sup>89</sup>. Y también veo que no se ha hablado en el número de los que vamos, que es cosa que tiene su límite; pero si no vamos más de los que aquí estamos, bien se guarda la ley de los antiguos.

### BALTASAR

Aína pornéis tantas condiciones para nuestra comida, que en el refetorio de sant Pablo<sup>90</sup> no se guarden tantas; no apretéis tanto la cuerda, que quiebre.

<sup>86</sup> Para Malpartida Tirado [2002: 199], en estas últimas intervenciones de don Bermudo, Baltasar, Ordoño y el Maestro, Mejía pone de manifiesto los peligros de recurrir de forma abusiva a las citas de autoridades y a los relatos intercalados, manifestaciones del *exemplum* que, por lo demás, deben aparecer —y así ocurre con frecuencia— moderada y convenientemente utilizados en los diálogos y otras obras didácticas del siglo xvi.

<sup>87</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «no ha»; Z1-Z2: «no se ha».

<sup>88</sup> El lugar más próximo que hemos podido encontrar entre las cartas de san Gregorio está en el *Registrum epistolarum*, II, 44: «Sed tamen sciendum est quia tunc veraciter ex caritate prodeunt, cum in eis nulla absentium vita mordetur, nullus ex irrisione reprehenditur, et non in eis inanes saecularium negotiorum fabulae sed verba sacrae lectionis audiuntur». Mulroney [1930: 64<sup>39</sup>] —según propia confesión— no logró identificar la fuente.

<sup>89</sup> La prohibición de murmurar en los convites o en cualquier otra reunión —sobre lo que ya Antonino ha insistido antes— aparece también en el *Convivium religiosum* de Erasmo. Véase, sobre el particular, lo dicho en el apartado 6 de nuestra Introducción.

<sup>90</sup> Mejía se refiere aquí al convento sevillano de san Pablo, de la orden de los dominicos, en la collación de la Magdalena. La orden religiosa se estableció en este convento —fundado por el propio rey Fernando III— en el mismo año de la conquista de la ciudad (1248), siendo dotado posteriormente por Alfonso X en 1255 (Miura Andrades [1998: 142, 283, 288-289]). Debió de ser proverbial —a juzgar por lo que dice Mejía— el rigor con que se aplicaba la regla de santo Domingo en este cenobio hispalense, que era el más importante y rico de cuantos tuvo en la ciudad la orden de predicadores, llegando a contar con 150 frailes en el siglo xvi (cfr. Montoto [1976: 57-58], Ladero Quesada [1976: 176] y Collantes de Terán Sánchez, Cruz Villalón, Reyes Cano y Rodríguez Becerra [1993: II, 332-334]).

ARNALDO

Vos nunca os avéis sentido hasta agora que han tocado en la murmuración; pues prestá paciencia, que no avéis de murmurar.

BALTASAR

Yo la terné, aunque no sé yo qué sabor terná la conversación sin un poco desse agro<sup>91</sup>; pero, fuera desso, me amohíno en dezirme que ay también tassa en el número de los combidados, y querría saber a cuánto se estiende, para quando yo combide.

ARNALDO

El mismo Macrobio<sup>92</sup>, que pone las mismas limitaciones, pone essa; que dize que no han de ser menos de tres ni más de nueve, y esto por el número de las Gracias, que dizen ser tres, y por el de las nueve Musas, y que assí se guardava en Roma y en Athenas, porque en la multitud siempre ay desorden y inquietud; de manera que, aun en passando de siete, lo tenían por mucho y dezían por refrán: «Siete es combite y nueve es convicio y confusión»<sup>93</sup>.

---

<sup>91</sup> *Agro*: «De sabor ácido» (*DRAE*, s.v. «agro»), «zumo agudo y algo acerbo al paladar que dan de sí el limón, naranja, cidra y otras cosas» (*Autoridades*, s.v. «agrio»). Aquí aparece el término con el significado de «salsa o condimento ácido con que se añade sabor a los manjares», acepción no recogida en los repertorios antiguos ni modernos. Mejía lo emplea, obviamente, en sentido figurado.

<sup>92</sup> Según Mulroney [1930: 64<sup>40</sup>], la fuente alegada se halla en Macrobio, *Saturnalia*, I, 7 (12): «Inter haec Evangelus petitu omnium temperatus: "M. Varronis", inquit, "librum vobis arbitror non ignotum ex saturis Menippeis", qui inscribitur "Nescis quid vesper vehat", in quo convivarum numerum hac lege definit, ut neque minor quam Gratiarum sit neque quam Musarum numerosior» (Macrobio [1994b: 28]).

<sup>93</sup> Refrán recogido por Martínez Kleiser [1989: 13.561]: «Siete, es convite; y nueve, confusión». *Convicio*: «Injuria, afrenta, improprio» (*DRAE*, s.v. «convicio»). Voz anticuada hoy, «es latinismo crudo que tuvo cierto uso entre escritores eclesiásticos del Siglo de Oro» (*Corominas*, s.v. «convicio», y *Silva*, II, 38<sup>8</sup>).



Libro VIII,  
capítulo II.

Y aun Plinio<sup>94</sup> dize que en los tiempos más antiguos no solían ser sino cinco; verdad es que Horacio paresce alargarse algo más, y llegar al número de los combidados<sup>95</sup> a doze, donde dize («Saepe tribus videas lectis coenare quaternis»)<sup>96</sup> que comían en tres mesas de quatro en quatro.

### ANTONINO

Esso escriben ser por cumplir con las Gracias y las Musas, que, como dezís, son tres las unas y nueve las otras.

### BALTASAR

Todavía me paresce demasiada regla poner en esso tassa, aunque bien creo que se entendería esso en los combites particulares de entre amigos y deudos, porque en los públicos y comunes que aquí se han dicho, de triumphos

---

«Combite... convicio»: Juego de palabras basado en la paronomasia. También Erasmo, en su *Convivium religiosum*, señala como ideal para un convite el número de nueve invitados. Para los débitos enmascarados de Mejía en relación con Erasmo, véase lo indicado en el apartado 6 de nuestra Introducción. Igualmente, el refrán es aducido por Francesco Patrizi, quien —en su *De institutione reipublicae*, V, 9, «De utilitate rei rusticae. De conviviis» (Patrizi [1534: 76v.])— lo añade al tratar el asunto que aquí nos ocupa, el del número ideal de los invitados a un convite; sin duda, Mejía está teniendo en cuenta a Patrizi en este pasaje.

<sup>94</sup> De acuerdo con lo afirmado por Mulroney [1930: 65<sup>42</sup>], tanto en el lugar aducido por Mejía —Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 2 (donde no dice nada acerca del número de invitados)— como en toda la obra de este autor latino, es imposible encontrar mención alguna a este asunto.

<sup>95</sup> *Al número de los combidados*: Así, con una innecesaria marca preposicional de objeto directo, en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930-1947, aunque 1928-1959 corrigen en «el número»), posiblemente por tratarse de un sintagma complejo cuyo significado global se refiere a un conjunto de personas (esto es, «las personas convidadas»), si bien el núcleo de dicho sintagma («número»), en sí mismo, no hace alusión a ser animado alguno. Con todo, el empleo de la marca preposicional de complemento directo no estaba en el siglo XVI tan regularizado como en la actualidad (cfr. Keniston, 2.156 y Silva, I, 12<sup>8</sup> y II, 23<sup>5</sup>).

<sup>96</sup> Como indica Mulroney [1930: 65<sup>43</sup>], la fuente se halla en Quinto Horacio Flaco, *Sátiras*, I, 4 (86): «Saepe tribus lectis videas cenare quaternos» (Horacio [1989: 64]).

y fiestas, claro está que no se guardava ni agora se podrá guardar; pero, pues viene a propósito, dezíme si es verdad lo que muchas vezes he oído dezir: que los romanos antiguos no comían más de una vez al día, y essa era cena.

DON BERMUDO<sup>97</sup>

Responda a essa cuestión el señor Antonino. Y con esto nos vamos los que avemos oído missa; y los que no, quédense a oírla, que ya son las onze dadas<sup>98</sup>.

ANTONINO

En esse propósito muchos tienen por opinión lo que dezís, que los romanos no comían más de una vez, que era cenar; y dizen que los godos truxeron a Italia y a estas partes el comer dos vezes al día de propósito. Y a esta opinión ayuda mucho la cuenta y mención que en todas las historias se halla de la cena, que nunca leeréis combite

---

<sup>97</sup> *Don Bermudo*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5 (y 1930) incurren en un flagrante error al adjudicar este parlamento a Bernardo, personaje que intervino en el diálogo anterior, pero que no lo hace en este. Un desliz parecido se repite más adelante en dos ocasiones (*Diálogos*, II, 2-1<sup>41</sup> y II, 2-1<sup>68</sup>), en que la equivocación ha sido advertida y corregida por otras ediciones. Quien aquí habla no puede ser ni Arnaldo ni Baltasar, porque —según se dice al inicio del diálogo— ninguno de los dos ha oído misa (Baltasar, además, es el que ha intervenido inmediatamente antes); tampoco puede ser Antonino, pues es quien responde después. De manera que solo quedan Ordoño, don Bermudo y el Maestro. S6-S7 (y 1928-1947-1959) adjudican la intervención a don Bermudo —elección que nosotros seguimos—, la similitud de cuyo nombre con el de Bernardo provocó, sin duda, el reiterado traspiés editorial.

<sup>98</sup> Los relojes monumentales de fachada, que marcaban con la solemnidad de sus campanadas el transcurrir del tiempo en el ámbito urbano, comenzaron a extenderse por Europa en el siglo XIV. La acotación precisa del tiempo por medio de los relojes tuvo una influencia decisiva en las formas de vida y en la mentalidad del hombre moderno (Maravall [1972: 75-76]). Los interlocutores podrían estarse refiriendo aquí al reloj de San Cristóbal, así llamado por estar colocado, dentro del templo catedralicio, sobre la puerta del mismo nombre, en la fachada meridional, frontera con la Casa Lonja (de ahí que a la Puerta de San Cristóbal se la conozca también como Puerta de la Lonja). Por medio del dicho reloj «gobierna sus horas la Iglesia y se miden las de los sermones» (Ortiz de Zúñiga [1796: III, 250]).

que suene sino cena; pero lo que yo, leyendo los antiguos autores con aviso, en este propósito he podido alcançar y entender es que verdaderamente ellos comían y cenaban como agora hazemos, pero en la verdad su principal comida era la cena y la que más de propósito hazían, porque dizen que la lumbre de la Luna ayuda a<sup>99</sup> la digestión. Y como otros notan, nunca acostumbraban combidarse a la comida, antes comían solos, y sus combites y fiestas eran a las cenas; y de aquí vino llamar los combites cenas, y assí llamavan los romanos a las funerales y triumphales y pontificales, de que el señor Arnaldo tractó; y llamavan<sup>100</sup> cena adventicia al combite que se hazía al que venía de camino nuevamente, y cena recta al banquete cumplido o de propósito; al qual, o a su igual combite, Terencio<sup>101</sup> llama cena dubdosa, dando a entender que se servía tanto y tal, que dubdavan en el escoger lo que comerían. Y avían, aliende desto, hallado<sup>102</sup> tanta cuenta hecha de cena por-

<sup>99</sup> *A*: Está la preposición en Z1-Z2-S7, pero falta en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), casi con toda seguridad por un caso de «a embebida» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>), pues en el siglo XVI —como en la actualidad— el verbo *ayudar* exigía la preposición *a* como régimen.

<sup>100</sup> *Llamavan*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, si bien S2-S3-S4-S5-S6 dicen «llaman» (y 1928-1930-1947-1959), tiempo que contraviene con todos los de la serie que componen el periodo: «nunca acostumbraban... antes comían... y sus combites eran... y assí llamavan...». Este pasaje atestigua la ambigüedad en que se movía el uso del presente de indicativo (como indicador de una acción que se inició en el pasado y continúa en la actualidad) y el pretérito imperfecto del mismo modo (como referente de una acción que se inició en el pasado y perdura en él hasta la misma frontera con el presente). Así vemos cómo a continuación se afirma que «Terencio *llama* cena dubdosa...»: aquí la acción verbal, iniciada en el pasado, perdura en el presente (Terencio, por medio de su obra, sigue denominando como cena dudosa a ese tipo de convite), circunstancia que no ocurre con los otros pretéritos usados por Antonino en su parlamento, incluido este *llamavan* que comentamos (cfr. *Keniston*, 32.1 y 32.2 y *Silva*, II, 38<sup>9</sup>). No puede descartarse tampoco que la lectura de S2, reproducida por otras ediciones de la misma serie, pueda deberse a un desliz tipográfico.

<sup>101</sup> Según Mulroney [1930: 66<sup>44</sup>], la fuente se encuentra en Publio Terencio Afer, *Phormio*, II, 2 (342-343): «Phormio: [...] Prior bibas, prior decumbas; cena dubia apponitur... Geta: Quid istuc verbi est? Phormio: Ubi tu dubites quid sumas potissimum» (Terencio Afer [1956: 141]).

<sup>102</sup> S3-S4-S5-S6: «Y avían, aliende desto, hallado»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Y aun, allende desto, hállassse».

que, según Sesto Pompeyo<sup>103</sup>, a la que llamamos comida, que ellos llamaban propriamente *prandio*, la llamaban también cena las más veces; lo qual, sin Sesto Pompeyo, claramente lo da a entender Cornelio Celso<sup>104</sup>, hablando de los vómitos, do manda que el que se sintiere ofendido del vómito, si fuere de mañana, que se pasee y se unte, y que cene luego, por do se vee que llamaban cena la comida del día.

Libro I, capítulo III.

## MAESTRO

De que a la comida o *prandio* llamassen cena los romanos, yo me acuerdo que lo dize sant Gregorio sobre *Sant Matheo*<sup>105</sup>.

Capítulo XXII.

## ANTONINO

Esso no avía yo leído, a lo menos no me acuerdo dello; pero assí como sant Gregorio dize, assí es que lo dicho ha sido causa que comúnmente no hallamos<sup>106</sup> hecho caso sino de la cena en los authores latinos antiguos, y que muchos de los modernos ayan creído que no comían más de una vez al día; pero, como dixe, ellos comían y cenavan,

<sup>103</sup> Sexto Pompeyo Festo, *De verborum significatu* (Mulroney [1930: 66<sup>45</sup>]): «Prandium ex Graeco προένδιον est dictum, nam meridianum cibum cenam vocabant» (Festo [1965: 249]).

<sup>104</sup> De acuerdo con Mulroney [1930: 66<sup>46</sup>], la fuente se encuentra en Aulo Cornelio Celso, *De Medicina*, I, 3 (23): «Qui vomunt, si mane id fecit, ambulare debet, tum ungui, dein cenare» (A. C. Celso [1995: 33]).

<sup>105</sup> San Gregorio Magno, *Homiliarum in Evangelia*, II, 38 (Mulroney [1930: 66<sup>48</sup>]): «Et quidem sunt nonnulla quae sibi dissona esse videntur, quia hic prandium, illic cena memorantur. [...] Quod vero per illum cena, per hunc autem prandium dicitur, nequaquam vel hoc nostrae intelligentiae obsistit, quia cum ad horam nonam apud antiquos quotidie prandium fieret, ipsum quoque prandium cena vocabatur». Según lo apuntado por Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 44<sup>46</sup>], es muy posible que la cita esté tomada a través de Raffaello Maffei o Rafaele di Volterra —Mejía lo llama Rafael Volaterano en la *Silva*—, *Commentariorum urbanorum*, XXXII (Maffei [1559: 753]).

<sup>106</sup> *Hallamos*: No debe confundirse con *hayamos*. Aquí el autor quiere decir que, de las comidas entre los romanos, no se halla alusión alguna en los autores antiguos, excepto de la cena.

y hazían dos mesas, y particularmente llamaban *prandio* a la comida primera y que de día se hazía, y a la de la noche cena, como agora, aunque, como acabo de dezir, a la comida también la llamavan<sup>107</sup> cena. Y que esto sea assí, aliende que por lo dicho se significa claramente, lo dizen y muestran muchos authores; pero, pues importa poco, no quiero dar pesadumbre en nombrarlos.

### DON BERMUDO

En verdad que antes recibamos merced, porque se vea que no somos agora menos templados en comer que lo eran los antiguos, pues comían tantas vezes como nosotros.

### ANTONINO

Pues sabed que ay muchos lugares y authores que lo muestran a la clara, pero no quiero sino escoger dos o tres<sup>108</sup>; y será el primero Justino<sup>109</sup>, donde dize de aquel

---

<sup>107</sup> *Llamavan*: Así en S6 (y 1928-1947-1959), si bien en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S7 (y 1930), usando el presente de indicativo con claro significado de imperfecto del mismo modo, dicen «llaman», forma que aquí choca aún más porque poco antes se dice «llamavan *prandio* a la comida primera» (véase lo dicho anteriormente en *Diálogos*, II, 1<sup>100</sup>). Por otro lado, S1-A1-S2-S3-A2-S4 (y 1930) dicen «lo llaman», entendemos que por errata que Z1-Z2-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959) corrigen en «la llaman» o «la llamavan».

<sup>108</sup> Para Malpartida Tirado [2002: 199-200], Mejía se muestra aquí consciente de que hay que evitar la prolijidad en las citas, por lo que la erudición debe someterse a un criterio de selección, eligiendo las autoridades más solventes («Palabras son de Séneca, que jamás mintió de industria ni a sabiendas», dice Mejía en *Diálogos*, 309), el acuerdo entre ellas («la creen y concuerdan en ella toda la quadrilla de los hombres doctos de nuestro tiempo», en *Diálogos*, 307) o la diversa procedencia de las mismas («No, señor Maestro, que sin theologías y *Sagradas Scripturas*, por las humanas os provaremos la justificación de los combites y cómo han sido alabados de los sabios», en *Diálogos*, 304).

<sup>109</sup> Mulroney [1930: 67<sup>50</sup>] confiesa, con toda razón, que «after repeated fruitless searching through Justinus' epitome of Pompeius Trogus' *History of the Philippi*, I think it is safe to say that Mejía made a mistake in this citation. He is less definite than usual in this passage, for he merely speaks of *aquel capitán*. Mejía used Justinus' history in his *Silva*, and probably had not read it since, for he makes no other reference to it, so that his attribution of the anecdote could easily be faulty».

capitán que, animando su gente para pelear, les decía: —«Comé soldados agora, como hombres que avéis de ir a cenar al infierno». Concuerta con él Séneca<sup>110</sup>, que reprehendiendo la desorden<sup>111</sup> de su tiempo y el comer excesivo, dize que alargavan la comida hasta la cena, y la cena hasta el día; y también Cicerón, en la primera *Ora- ción contra Veres*, do dize: «¿Para qué haré memoria de las comidas y cenas deste hombre?»<sup>112</sup>. Y Lampridio<sup>113</sup> escribe del emperador Severo que, saliendo del baño por la mañana, comía leche y pan y, a veces, huevos; y no embargante esto, comía después su comida, pero que algunas veces se passava con aquello hasta la cena. Y assí podría traer otros muchos testimonios que hazen claramente mención de comida y cena como de cosas distintas y usadas y platicadas acerca de los antiguos, comoquiera que, como dixe, por principal tenían la cena y avía muchos que passavan con poca comida hasta ella, como Plinio *el Sobrino*<sup>114</sup> escribe de su tío que lo hazía. Lo qual pa-

<sup>110</sup> Como indica Mulroney [1930: 67<sup>51</sup>], la fuente se halla en Lucio Anneo Séneca, *Naturalium quaestionum*, IV, 13 (6): «Quae huius rei causa est nisi intestinum malum et luxu corrupta praecordia? Quibus nullum intervallum umquam quo interquiescerent datum est, sed prandia cenis usque in lucem perductis ingesta sunt» (Séneca [1961: 206]).

<sup>111</sup> *La desorden*: El término *desorden* se utilizó también como femenino. *Corrominas* (s.v. «orden») aduce un ejemplo de *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina («¿Quién a don Juan ordena esta *desorden*?») y *Autoridades* (s.v. «desorden») lo registra como sustantivo ambiguo, proponiendo dos ejemplos de uso, uno en masculino y otro en femenino.

<sup>112</sup> Según Mulroney [1930: 67<sup>52</sup>], la fuente está en Cicerón, *Segunda oración contra Verres* (no *Primera*, como dice Mejía), I, 19: «In Asiam vero post quam venit, quid ego adventus istius, prandia, cenas, equos numeraque commemorem?» (Cicerón [1960: 146]).

<sup>113</sup> Elio Lampridio, *Historia Augusta*, «Vida de Alejandro Severo», 30 (Mulroney [1930: 67<sup>53</sup>]): «Egressus balneas multum lactis et panis sumebat, ova, deinde mulsum atque his refectus aliquando prandium inibat, aliquando cibum usque ad cenam differebat, prandit tamen saepius».

<sup>114</sup> El lugar alegado —como indica Mulroney [1930: 67<sup>54</sup>]— se encuentra en Plinio Cecilio Segundo (Plinio *el Joven*), *Epistulae*, III, 5 (10-11): «Post cibum saepe, quem interdiu levem et facilem veterum more sumebat, aestate, si quid otii, iacebat in sole, liber legebatur, adnotabat excerpebatque. [...] Post solem plerumque frigida lavabatur, deinde gustabat dormiebatque minimum; mox quasi alio die studebat in cenae tempus» (Plinio *el Joven* [1943: 107]).

resce que entonces se tenía por buen regimiento, como agora tienen otros, al contrario, de cenar poco y comer bien. Y no tengo más que dezir a lo que me fue mandado. Y con esto nos vamos; y vayan a oír missa los que no la han oído, que ya salen a dezirla.

ORDOÑO

Bien lo avéis dicho y cierto es la verdad; pero el señor don Bermudo no quiso combidar a cenar, como romano.

DON BERMUDO

Vosotros, que los leéis y conocéis, comé y morí como romanos, que lo uno y lo otro quiero hazer como christiano, como mañana lo veréis. Y beso las manos de vuestras mercedes, que el señor Maestro y yo nos<sup>115</sup> vamos juntos.

ANTONINO

El señor Ordoño y yo haremos lo mismo. Arnaldo y Baltasar oirán missa.

---

<sup>115</sup> *Nos*: Falta el pronombre, que no es estrictamente necesario, en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero está en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7. Lo más probable es que la ausencia de S3 se deba a un lapsus del impresor, reiterado en las ediciones sevillanas que la copian.

## Coloquio segundo<sup>1</sup> del combite

EL ARGUMENTO DEL QUAL PROCEDE DEL PASSADO, QUE, JUNTÁNDOSE EN CASA DE DON BERMUDO, SE EFECTÚA EL COMBITE QUE EN ÉL SE CONCERTÓ; DONDE SE MUEVEN Y TRACTAN DIVERSAS ANTIGÜEDADES Y QÜESTIONES, Y AL CABO SE DISPUTA QUÁL SEA MÁS SALUDABLE, COMER DE UN MANJAR O DE MUCHOS<sup>2</sup>.

INTERLOCUTORES: Los mismos que en el pasado.

ANTONINO

Lo bueno es que pensávamos nosotros que veníamos los primeros, y están ya acá Arnaldo y Baltasar.

---

<sup>1</sup> *Segundo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S5-S6-S7, pero S3-S4 dicen «II».

<sup>2</sup> Mejía alude de pasada a este mismo asunto en el capítulo 1 de la primera parte de la *Silva*, donde habla del tiempo que ha durado la vida del hombre a lo largo de la historia (cfr. *Silva*, I, 1<sup>21</sup>). La idea de una alimentación sencilla, acorde con lo que la naturaleza ofrece generosamente, forma parte de la visión utópica de la edad de oro que los humanistas del Renacimiento resucitaron de la Antigüedad y se halla en contraposición con la concepción de que el hombre había ido propiciando desde entonces una adulteración alimentaria al tiempo que avanzaba la civilización a lo largo de los siglos (Castro [1987: 177-187], López Estrada [1974-1975: 168-182], Abellán [1986: 360-371, 384-388] y Scaramuzza Vidoni [1998: 90-96]). También Fernando de Rojas, en *La Celestina*, se hace eco de esta idea acerca de la salubridad de la dieta simple (Piñero Ramírez [1993: 131]). Algunos autores —como Antonio de Torquemada— utilizaron el mito de la edad de oro para confrontarlo con la sociedad de su época y así resaltar los vicios de los hombres de su tiempo (Ferrerías [1985c: 238] y Malpartida Tirado [2002: 204]). Formulaciones similares aparecen en *La Galatea* y el *Persiles* de Cervantes (López Estrada y López García-Berdoy [1995: 405] y Scaramuzza Vidoni [1998: 91<sup>38</sup>, 141<sup>68</sup>, 147]). Véase también lo apuntado anteriormente en *Introducción*<sup>166</sup>



ORDOÑO<sup>3</sup>

¿Cómo fue esto? ¿No quedavan en las Gradass<sup>4</sup> quando passávamos<sup>5</sup> agora?

ANTONINO

Sí quedavan, pero ¿no veis que nos detuvimos en la quadra?<sup>6</sup>

ORDOÑO

Dezís verdad, entonces devieron de passar. Acá somos todos. Buenos días dé Dios a vuestras mercedes.

DON BERMUDO

El de oy al menos no lo podré yo tener malo con tales huéspedes; pero, con todo esso, me ha pesado mucho, señor Ordoño, de la herida del cavallo, aunque assí escarmentaréis de hazeros toreador<sup>7</sup>.

---

<sup>3</sup> Todas las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6; y también 1930) —con la excepción de S7, a quien seguimos— cometen el error de interpretar este parlamento de Ordoño como una continuación del anterior de Antonino, incluyendo el nombre de Ordoño en el mismo parlamento; es decir que en todas estas ediciones se lee: «Antonino: Lo bueno es que... y están ya acá Arnaldo y Baltasar y Ordoño. ¿Cómo fue... quando passávamos agora? / Antonino: Sí quedavan... en la quadra?». Algunas ediciones modernas (1928-1947-1959) han pretendido subsanar el patente error adjudicando el segundo parlamento de Antonino («Sí quedavan...») a Don Bermudo, lo cual, siendo el anfitrión —y, por lo tanto, estando en su casa y no viniendo de camino con Antonino— carece de sentido.

<sup>4</sup> *Las Gradass*: Para información sobre este lugar de la toponimia urbana de Sevilla, véase lo que decimos en *Diálogos*, II, 1<sup>6</sup>, II, 1<sup>12</sup> y III<sup>71</sup>.

<sup>5</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «passávamos»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «passamos».

<sup>6</sup> *Quadra*: «Se llama también la caballeriza, principalmente entre los labradores» (*Autoridades*, s.v. «quadra»). El término significa, asimismo, «sala grande y cuadrada de una casa» y con esta acepción se emplea más adelante (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>19</sup>).

<sup>7</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «treador»; Z1-Z2: «corredor».

ORDOÑO

Escarmentado me estava yo, porque sé que lo hago ruinmente, y contra mi voluntad me hizieron salir al campo y tomar lança; pero nunca otro mal me venga.

DON BERMUDO

Parece que es peligrosa la herida.

ORDOÑO

No es más de que se queda el cavallo muriendo.

DON BERMUDO

En buen cabo cae, hablemos en otra cosa; y sea llamar al Maestro, que es ora de comer, que no es mucho que se aya olvidado, que assí lo suele hazer. Muchacho, ve corriendo al Maestro y dile que lo<sup>8</sup> estamos esperando estos cavalleros y yo.

ORDOÑO

Bien me paresce; en tanto, gozemos de la chimenea, que cierto está singular, y haze tanto frío que creo que no haze oy más<sup>9</sup> en Burgos ni en Segovia.

ARNALDO

Paresce que ha leído el señor don Bermudo lo que dezía Evano, philosopho: que la mejor salsa o fruta de la comida era el fuego<sup>10</sup>.

<sup>8</sup> S3-S4-S5-S6: «lo»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «le».

<sup>9</sup> S3-S4-S5-S6: «oy más»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «más oy».

<sup>10</sup> La fuente del aserto se encuentra en Plutarco, *Moralia* (*Quo pacto possis adulatorem ab amico dignoscere liber*, traducido al latín por Erasmo): «Et quemadmodum Eveni sententia, condimentum potissimum est ignis ipse» (Plutarco [1555: 111r.]).

ORDOÑO

Pues ¿cómo hasta en el fuego del combite entendieron vuestros philosophos?<sup>11</sup>. Según esso, también avrán de hablar en la leña y carbón de que se haze.

ARNALDO

Creéme, señor, que no ay cosa tan baxa que no tenga cosas dignas de consideración, muchas de las quales los sabios y philosophos antiguos dexaron escriptas. Y para que lo creáis, sabed que del carbón, que agora dexistes burlando, tracta sant Agustín<sup>12</sup> con toda su authoridad y considera cómo el fuego, que suele afinar y hazer hermosas las cosas, de un madero muy hermoso haze tan feo y tan negro carbón, siendo él resplandesciente y claro, y cómo de muy fuerte lo haze frágil y flaco; y cómo también, con ser natural cosa del fuego consumir y gastar las cosas, pone tal fuerça en el madero<sup>13</sup> hecho carbón, que dura

<sup>11</sup> Transcribimos la frase de la manera más próxima a como lo hacen la mayoría de las ediciones antiguas, que la concluyen solo con el signo interrogativo de cierre. Otra puntuación posible (que siguen 1928-1947-1959) sería: «Pues ¡cómo! ¿hasta en el fuego del combite entendieron vuestros philosophos?».

<sup>12</sup> La fuente se halla en san Agustín, *De civitate Dei*, XXI, 4 (Mulroney [1930: 70<sup>1</sup>]): «De ipso igne mira quis explicit, quo quaeque adusta nigrescunt, cum ipse sit lucidus; et paene omnia quae ambit et lambit, colore pulcherrimus decolorat, atque ex pruna fulgida carbonem taeterrimum reddit? [...] Quid in carbonibus, nonne miranda est et tanta infirmitas, ut ictu levissimo fragantur, pressu facillimo conterantur; et tanta firmitas, ut nullo humore corrumpantur, nulla aetate vincantur, usque adeo ut eos substernere soleant, qui limites figunt, ad convincendum litigatorem, quisquis post quantalibet tempora exstiterit, fixumque lapidem limitem non esse contenderit? Quis eos in terra humida infossos, ubi ligna putrescerent, tam diu durare incorruptibiliter posse, nisi rerum ille corruptor ignis effecit?» (Agustín de Hipona [1988: II, 756-757]).

Por corresponder verdaderamente a ese lugar, hemos desplazado unas líneas más abajo —donde se vuelve a mencionar a san Agustín— la acotación marginal que aparecía aquí en las ediciones antiguas y cuyo envío se refiere al pasaje de *La ciudad de Dios* que se menciona luego (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>15</sup>). El error puede provenir de la similitud en la consignación de ambos pasajes de san Agustín —XII, 4 y XXI, 4 (alternancia solo entre una I y una X)—, en donde se alude al fuego, aunque más extensamente en el segundo que en el primero.

<sup>13</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «pone tal fuerça en el madero»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «presta tal fuerça al madero».

infinitos tiempos sin ser corrompido, aunque esté debaxo de tierra y en el agua, y cómo por esto se ponían<sup>14</sup> en los límites y fines de los términos por cosa más perpetua que piedra ni árbol ni otra cosa; y assí nota otras cosas dél notables para el propósito de que habla. De manera que no os devéis maravillar que se haga caso del fuego, siendo uno de los quatro elementos de que somos compuestos y se componen todas las cosas; y como el mismo sant Agustín<sup>15</sup> contempla, ¿qué cosa puede ser más deleitable a la vista, ni más clara ni hermosa, que las llamas ardientes y luzientes del fuego, como agora están estas, y sus brasas resplandescientes como rubíes, y qué cosa más provechosa que el calor del fuego para escalentar y esforçar, para afinar y limpiar, para curar y alterar, para ablandar y para endurecer<sup>16</sup>, y para infinitas cosas que del fuego nos aprovechamos?

Libro XII  
*De civitate  
Dei*, capítu-  
lo IV.

<sup>14</sup> *Ponían*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «ponía». Por diferentes motivos, la falta de correspondencia en la concordancia gramatical entre los verbos de dos o más oraciones que tienen un mismo sujeto, era fenómeno frecuente en la prosa del siglo XVI (*Keniston*, 36.2). La discordancia entre sujeto y predicado que refleja la lectura de S2-S3 y siguientes ediciones se produce por un cambio de perspectiva en la concepción del sujeto de las sucesivas oraciones, entendiéndolo primero como singular y finalmente como plural: «el madero hecho carbón... dura... aunque esté... y cómo [los maderos convertidos en carbón] se ponían...» (*Keniston*, 36.34 y *Sikva*, I, 8<sup>o</sup> y 21<sup>28</sup>).

<sup>15</sup> La fuente está en san Agustín, *De civitate Dei*, XII, 4 (Mulroney [1930: 70<sup>3</sup>]): «Quid enim est igne flammante, vigente, lucente pulchrius? quid calefaciente, curante, coquente utilius?» (Agustín de Hipona [1988: I, 760]). Hemos colocado aquí la acotación marginal, pues el envío corresponde verdaderamente a este pasaje de *La ciudad de Dios*, si bien en las ediciones antiguas aparece al margen de la alusión que se hace a san Agustín, unas líneas más arriba (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>12</sup>).

Por lo que respecta a la indicación del capítulo, en la mencionada acotación, S2-S3-S4-S5-S6 transcriben «xlvij» o «47», S1-A1-A2-S7 —añadiendo un nuevo error— dicen «ccccvij» o «407», en tanto que Z1-Z2 omiten esta referencia. El lapsus puede provenir de que el impresor —por no estar suficientemente claro en el manuscrito— ha interpretado como «47» lo que en su origen era el ordinal «4.<sup>o</sup>» (cuya *o* elevada se solía indicar por medio de una grafía especial de abreviatura).

<sup>16</sup> *Para escalentar y esforçar, para afinar y limpiar, para curar y alterar, para ablandar y para endurecer...*: Periodo sintáctico en donde se acumulan los recursos retóricos de la *amplificatio*, el paralelismo, la rima interna, la similitud y la bimetración (cfr. el apartado 5.2 de nuestra Introducción).

ANTONINO

Por esso dize bien Plutarcho<sup>17</sup> que el fuego es instrumento y herramienta para todas las artes y oficios, si saben usar dél.

BALTASAR

También dize una vieja que tengo en mi casa (porque no penséis que no alegaré yo también authores), que es el fuego medio mantenimiento en este tiempo, y la mitad de la ropa para el hombre<sup>18</sup>.

DON BERMUDO

El Maestro viene y la comida está adereçada. Entrémosnos a comer.

ORDOÑO

No estuviera mal la mesa aquí, cerca de la chimenea.

DON BERMUDO

No, que la quadra<sup>19</sup> está abrigada y buen brasero hallaréis dentro.

---

<sup>17</sup> Plutarco, *Moralia* (*Quo quis efficiat ut ex inimicis capiat utilitatem*): «At vero Satyrus, quum primum ignem vidisset, eumque complecti vellet, et osculari: Prometeus, heus, inquit, nisi caves, hirce, profecto dolebit tibi mentum: urit enim, si quis attingat: non valet in istum usum, sed lucem et calorem ministrat, tum artium omnium instrumentum est, si quis uti noverit» (Plutarco [1555: 120v.]).

<sup>18</sup> Mejía quiere indicar aquí —por boca de Baltasar— que el exceso de erudición puede producir un efecto contraproducente, provocando incluso la burla (Malpartida Tirado [2002: 200]); por ello, el escritor debe ser selectivo y ponderado en la cita de autoridades (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>108</sup>).

<sup>19</sup> A diferencia de la acepción con que aparece al principio de esta parte del coloquio (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>6</sup>), el término *quadra* significa aquí «la pieza de la casa que está más adentro de la sala, y por la forma que tiene, de ordinario cuadrada, se llamó cuadra» (*Covarrubias*, s.v. «cuadra»).

MAESTRO

No me quieran dezir que he tardado, que agora dio el relox las doze; y no fuera menester llamarme, que ya yo venía quando el page llegó, porque espía tenía puesta para saber si fuessen venidos.

BALTASAR

Pues acá se dezía que os aviades olvidado.

MAESTRO

La hambre me lo hiziera acordar y no aver en mi casa adereçado qué comiesse.

DON BERMUDO

Venís, señor, a muy buen tiempo; y pues no ay más que esperar, vámonos a la mesa.

MAESTRO

Hermosamente está esta quadra adereçada; dígoos que es esta<sup>20</sup> singular tapicería. Cierta, Diógenes<sup>21</sup> presumiera de pisar todo esto y aun entrara a pisar la cama.

---

<sup>20</sup> *Que es esta*: Todas las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) dicen «que esta». Es evidente que la frase adolece de una irregularidad constructiva, probablemente por un lapsus de S1 que reiteran todas las demás ediciones. Estimamos que el olvido del verbo puede haberse producido porque la palabra siguiente empieza por una sílaba idéntica a este («es esta...»); reponiéndolo, nos hallamos con una construcción sintáctica no insólita en la prosa de Mejía («no es ésta cosa que se puede platicar», se lee en *Diálogos*, 483). Más violenta nos parece la aceptación de un doble atributo —por reiterado— en la oración copulativa: «dígoos que esta *singular tapicería*, cierto, Diógenes presumiera de pisar *todo esto...*» («singular tapicería» = «todo esto»). Las ediciones modernas (1928-1947-1959, pues 1930 sigue a S3) proporcionan una solución peregrina: «dígoos que está singular tapicería: cierto, Diógenes presumiera de pisar todo esto...».

<sup>21</sup> *Diógenes*: Diógenes de Sínope —más conocido como Diógenes *el Cínico* por ser el más destacado representante de esta escuela filosófica— vivió entre !

ORDOÑO

En esso fuera él muy descomedido. Pero, señor, ¿cómo dezís esso? Que yo muchas cosas buenas he oído dezir y leído desse philósopho<sup>22</sup>.

MAESTRO

Siéntense vuestras mercedes, que yo lo diré después.

DON BERMUDO

Esta cabeça de esta mesa tómela<sup>23</sup> el señor Maestro, a quien todos hacemos rey deste combite, que assí dizen que lo hazían los romanos<sup>24</sup>.

MAESTRO

Ya que esso fuesse, avía de ser por suerte, que assí lo siente Plinio y Horacio<sup>25</sup>.

---

siglos v y iv a.C. Convertido en personaje casi legendario, se cuentan de él anécdotas que lo retratan como hombre excéntrico que despreciaba las convenciones sociales (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>33</sup>). Mejía le dedicó un capítulo de su *Silva* (I, 27), en el que, sin embargo, lo pinta con tintas positivas (*Silva*, I, 398-405).

<sup>22</sup> Esta es la puntuación que dan 1928-1947-1959 y que nos parece acertada, aunque también podría leerse: «Pero, señor, ¿cómo dezís esso, que yo muchas cosas buenas he oído dezir y leído desse philósopho?». Ninguna de las ediciones antiguas consultadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) —tampoco 1930, que sigue a S3— puntúa interrogativamente la frase.

<sup>23</sup> S3: «tómela»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: «tome».

<sup>24</sup> Si en el *Convivium religiosum* de Erasmo, Timoteo es nombrado rey del convite por su mayor edad, aquí al Maestro Velázquez se le elige como tal, además, por su estado religioso y su bagaje cultural. Sobre el ascendiente de Erasmo en Mejía, véase lo tratado en el apartado 6 de nuestra Introducción. Francesco Patrizi —en su *De institutione reipublicae*, V, 9— habla del *dominus convivii* y especifica —siguiendo a Varrón— el papel que se le tenía asignado: «Dominum convivii oportere (inquit) esse non tan latum, quam sine sordibus, et non ea eligi, quae plurimo sumptu, et exquisitissima diligentia indegeant, sed paratiora apponere, et quae iucunde alant delectentque» (Patrizi [1534: 76v.]). Véase también la nota siguiente.

<sup>25</sup> Como indica Mulroney [1930: 71<sup>4</sup>], la fuente se encuentra en Quinto Horacio Flaco, *Odas*, I, 4 (18): «Nec regna vini sortiere talis». En los banquetes,

ANTONINO

Quando ay duda o división en la elección, es bueno el socorro de las suertes; pero aquí todos somos de acuerdo que nos mandéis oy.

MAESTRO

Yo tomo este lugar por obedecer; que, para mandar, cierto es cosa que no lo sé hazer, por mis pecados.

ORDOÑO

Pues yo tomo este, por estar más cerca del brasero, porque creo que he más frío que ninguno.

ARNALDO

Desvíenlo con todo esso un poco, no se quemen los manteles, salvo si no<sup>26</sup> son de lino, que no se quema, de quien dize Plinio<sup>27</sup> que llamavan lino bivo.

Libro XIX.

BALTASAR

En esso perdone el señor Plinio, que yo no lo quiero creer.

---

el simposiarca, maestro o rey de la mesa era designado a suerte; él señalaba las copas de vino que cada uno podía beber, designaba a los que habían de cantar y dirigía las conversaciones (Riber [1967: 631<sup>5</sup>]). No hemos logrado localizar la alusión a Plinio; podría tratarse de un lapsus de Mejía.

<sup>26</sup> *No*: Uso pleonástico de la negación, relativamente frecuente en la prosa del Siglo de Oro (Keniston, 40.324).

<sup>27</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XIX, 1 (Mulroney [1930: 71<sup>5</sup>]): «Inventum iam est etiam quod ignibus non absumeretur. Vivum id vocant, ardentesque in focis conviviorum ex eo vidimus mappas sordibus exustis splendescentes igni magis quam possent aquis» (Plinio Segundo [1964: 30]).



ARNALDO

Libro XXI,  
capítulo VI.

Tampoco lo creyera yo, pero tenemos testigo<sup>28</sup> de vista, que es el doctísimo español Luis Vives<sup>29</sup>; que en lo que escribió sobre sant Agustín, refiriendo también a Plinio, cuenta él aver visto manteles que los echaron en el fuego por un buen espacio y no se quemaron, antes salieron más blancos y lustrosos.

BALTASAR

Cosa es essa por cierto estraña, pero passe por quien lo dize; y no se olvide lo de Diógenes.

MAESTRO

Para gustar de lo de Diógenes, ha de saber el señor Baltasar que fue un philósopho que, cierto, publicava a mi juizio más virtudes que tenía, porque tenía algunos vicios

<sup>28</sup> *Testigo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «testigos», produciéndose una discordancia gramatical, pues a continuación solo se alega un testigo (Luis Vives). Estimamos que el solecismo puede haberse producido al concebir mentalmente que los testigos son varios (Vives, Plinio y, tal vez, san Agustín, aunque este último no menciona específicamente el prodigio del lino vivo), si bien —tal como está formulada sintácticamente la frase— el plural *testigos* es inadmisibile.

<sup>29</sup> La fuente se encuentra en el comentario de Juan Luis Vives a *La ciudad de Dios* (XXI, 6) de san Agustín, cuyo texto aduce Mulroney [1930: 71<sup>7</sup>] de una traducción inglesa de 1610: «Wee saw also a napkin of it [un género de lino que nunca se consume] throwne into the midst of a fire, and taken out againe after a while more white and cleane then all the sope in Europe would have made it. Such did Pliny see also, as hee saith himselfe» (hasta el presente, no hemos tenido acceso al texto latino de Vives). Como se ha indicado antes (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>27</sup>), Plinio dedica el proemio y el capítulo 1 del libro XIX de su *Naturalis historia* a tratar del lino, en general, y del lino vivo, en particular. San Agustín —en el *De civitate Dei*, XXI, 6— se refiere a varios prodigios naturales y sobrenaturales, pero no concretamente al del lino vivo, que aquí recoge Mejía. Este había utilizado ya los *Commentarii ad Divi Aurelii Augustini «De civitate Dei»* de Vives en tres ocasiones, al menos, para la composición de la *Silva*, como ha demostrado Cherchi [1998: 149-157].

y opiniones más desonestos de lo que conviene<sup>30</sup> decirse en este lugar, aunque tuvo algunos dichos y cosas buenas. Siendo, pues, una vez convidado del grande philosopho Platón, a bueltas de otros amigos y<sup>31</sup> philosophos, tenía Platón muy bien adereçado el aposento donde avían de comer, aunque no creo que tan bien como está este; y el Diógenes, haziendo muy del sancto y menospreciador de aquellas cosas, con sus pies lodosos, como los solía y procurava traer, començó a hollar y subióse sobre los estrados y camas y lo mejor que allí vido. Y el Platón, estrañando el hecho, començó a decirle: —«¿Qué es eso que hazes, Diógenes?». Y él respondió: —«Piso y huello el fausto y presunción de Platón». Y entonces el Platón, tocándole de lo que tengo dicho, le respondió: —«Dezís<sup>32</sup> verdad, Diógenes, pero házeslo con otro mayor fausto y altiveza»<sup>33</sup>.

### ORDOÑO

Por Dios, que le tocó bien y que conozco yo más de dos Diógenes el día de oy que, porque Dios no les dio a

<sup>30</sup> *Más desonestos de lo que conviene*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959); sin embargo, S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «más desonestos que conviene». La omisión de preposición y artículo en un contexto como este tiene una finalidad sintética, propia del lenguaje coloquial, y no es insólita en la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, I, 11<sup>18</sup>, 22<sup>27</sup>, 33<sup>11</sup> y II, 29<sup>31</sup>); sin ir más lejos, poco antes se dice «publicava... más virtudes que tenía», lectura en la que todas las ediciones manejadas son coincidentes.

<sup>31</sup> Y: Está la conjunción en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero falta en Z1-Z2, seguramente por un lapsus tipográfico que, sin embargo, no estraga la sintaxis ni la semántica de la frase.

<sup>32</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «Dezís»; Z1-Z2: «Dizes».

<sup>33</sup> La fuente de este episodio se encuentra en Diógenes Laercio, *De vita et moribus philosophorum*, «Diógenes», IV (Mulroney [1930: 72<sup>9</sup>]): «Calcans ipsius aliquando stratum, praesentibus Dionysii amicis quos ille invitarat, dixit: Calco Platonis inane studium; ad quem Plato, quanto, inquit, o Diogenes fastu tumes dum superbiam te calcare putas. Alii Diogenem hoc dixisse ferunt: Calco Platonis fastum; illumque respondisse: at fastu alio Diogenes» (Diógenes Laercio [1546: 230]). Sin embargo —según Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 51<sup>62</sup>], esta anécdota sobre Diógenes pudo recogerla también Mejía de Erasmo, *Apotegmas*, III, «Diogenes Cynicus» (Erasmo de Rotterdam [1535: 243-244]).

ellos buena casa o<sup>34</sup> buen cavallo, nunca dexan de murmurar de quien lo<sup>35</sup> tiene y de dezir que es todo vanidad y peccado, reprehendiendo a los ricos no más de porque ellos son pobres<sup>36</sup>.

MAESTRO

Distinción  
XLIV,  
capítulo  
«Quando  
autem»<sup>38</sup>.

Cosa es que passa algunas vezes; pero también me han de sufrir a mí esta ipocresía, que tengo de bendezir la mesa porque ay precepto que lo manda a los sacerdotes<sup>37</sup>.

BALTASAR

No ay aquí nadie que no huelgue desso; y aun creo que ay alguno que le pesa más de ver venir el aguamanos, que de que se diga la bendición larga.

ANTONINO

Esso será por conservar la fuerça, que dizen que la ofende el agua fría, y más el día de oy; pero tan limpia y tan antigua costumbre no se deve dexar.

<sup>34</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «o»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «y».

<sup>35</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «lo»; Z1-Z2: «le».

<sup>36</sup> Es evidente aquí la reflexión sobre el resentimiento social del pobre contra el rico; el valor del dinero se está imponiendo en una sociedad incipientemente capitalista, comenzando a crear conflictos de clase. Por tal motivo abundan las consideraciones morales sobre este fenómeno económico (Ferras [1985c: 815-816]).

<sup>37</sup> La fuente se encuentra en Dominico da San Geminiano, *Super I Libro Decreti*, distinctio XLIV, caput «Quando palea est»: «Presbyteri antequam comedant debent benedicere mensam et unus clericus de Sacra Scriptura aliquid legere et in fine gratias Deo agere seu reddere» (San Geminiano [1503: 89]).

<sup>38</sup> Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: «Distinción XLIV, capítulo “Quando autem”»; S1: Ø.

BALTASAR

Dadme acá esa fuente, y el que no se lavare que no coma, o<sup>39</sup> coma de la manera que yo vi comer<sup>40</sup> a un bachiller en Niebla unos buñuelos, que por limpieza los comió con unos guantes y, después de averlos comido, descalçóse los guantes y lavóse las manos.

ARNALDO<sup>41</sup>

Singular bachiller era esse; si no lo jurárades, no lo pudiera creer. Pero acuérdaseme en el propósito que no solamente se lavavan los romanos, como agora nosotros, al principio de la comida, como lo significa Cicerón<sup>42</sup>, pero a cada manjar paresce que da a entender Lampridio<sup>43</sup>, en la *Vida de Eliogávalo*, que se hazía.

<sup>39</sup> O: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7; sin embargo, S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «y», lo que en este contexto carece de sentido, por lo que he registrado la alteración textual como errata.

<sup>40</sup> Vi comer: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1930), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959) dicen «vi en verdad comer». No parece que el inciso omitido por S3 y su descendencia editorial se deba a una corrección de estilo, sino más bien a un lapsus tipográfico del cajista. De cualquier manera, la omisión no atenta contra el sentido ni la construcción de la frase.

<sup>41</sup> Arnaldo: Así en Z2-S5-S6 (y 1928-1947-1959), si bien S1-Z1-A1-S2-S3-A2-S4 (y 1930) dicen «Bernardo» o «Bernaldo», nombre imposible de mantener por tratarse de un personaje que no interviene en este diálogo; en S7 leemos «Bermudo», corrección inadmisible puesto que este interlocutor habla inmediatamente después. El parlamento, por su contenido, encaja muy bien con Arnaldo, quien —junto con Antonino— es uno de los dialogantes eruditos; el nombre de Arnaldo guarda, además, cierto parecido con el de Bernardo. Un error parecido hemos señalado antes (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>97</sup>) y otro se produce algo más adelante (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>68</sup>).

<sup>42</sup> Cicerón, *De oratore*, II, 60 (Mulroney [1930: 73<sup>11</sup>]): «Illud egregium Sexti et ex tempore: "manus lava, inquit, et cena"» (Cicerón [1927: 109]).

<sup>43</sup> Elio Lampridio, *Historia Augusta*, «Vida de Heliogábalos», 25 (Mulroney [1930: 73<sup>12</sup>]): «Et manus, quasi comedissent, lavarent».

Comer con las manos fue una práctica generalizada durante la Antigüedad y la Edad Media. Debido a esto, el lavatorio de tales miembros se imponía como una necesidad en cada cambio de plato o manjar. Hasta el Renacimiento no comenzó a extenderse el uso de los cubiertos de mesa, que sí parecen utilizar nuestros comensales, pues no precisan recurrir a las abluciones.

DON BERMUDO

Algunas vezes se comen cosas que sería necessario hazer esso, pero oy más querría brasa en la messa que agua<sup>44</sup>.

ANTONINO

Singulares están las natas, si hombre osasse entrar en ellas; no sé cuál es lo mejor, comerlas con la miel o con el açúcar.

BALTASAR

Lo mejor es lo que yo hago, que las como con lo uno y con lo otro.

ORDOÑO

Pues vos nunca coméis cosa con razón, sino por golosina; yo con los higos y naranjas dulces lo he avido, que a las natas no me atrevo. Y querría saber si es verdad lo que he oído dezir, que en tiempo de los antiguos romanos no avía naranjas en Italia.

ARNALDO

A lo menos, yo dessa opinión soy; y tengo que no las avía en Italia, ni aun en Grecia. Porque Plinio, que tracta de todos los árboles que en su tiempo avía, y Theophrasto y Dioscórides, no escriven palabra del naranjo, ni aun de lima ni limón ni toronjo; porque del que ellos y Galeno y Atheneo tractan, a quien llaman *malum citrea* o *malum medica*, por las señas que ellos dan, se entiende que ha-

---

<sup>44</sup> *Que agua*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «que no agua», usando la negación de forma pleonástica, recurso bastante frecuente tras los comparativos en la lengua del siglo XVI (Keriston, 40.31 y Silva, I, 43<sup>9</sup>).

blan<sup>45</sup> del cidro. Por do tengo por cierto que los romanos ni los griegos no tuvieron naranjos en aquellos tiempos, ni limones ni limas, sino que después acá fueron traídos en Europa de Persia o de otra provincia de Asia, como Plinio cuenta de otros árboles que avían sido traídos antes<sup>46</sup>.

ORDOÑO

Por cierto, si ello es assí, ellos fueron privados de una singular fruta, a lo menos eslo esta que yo como<sup>47</sup>.

ARNALDO

Algo mejor está el tocino; dígoos que es maravilloso. ¿Pero no veis quán poderosa y enrramada viene la cabeça del javalí?

BALTASAR

Hermosa de verdad. Pero yo, assí como la vi venir, miré enderredor para ver si avía alguno que se turbasse; pero, bendito Dios, no ay aquí ninguno que tenga por qué<sup>48</sup>.

---

<sup>45</sup> *Hablan*: S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «hablando», lo que no hace sentido en este contexto, por lo cual estimamos que se trata de una errata. S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 carecen de este añadido, como se indica dos notas más abajo. Y las otras ediciones modernas (1928-1947-1959) corrigen en «hablan del cidro».

<sup>46</sup> Como dice Mulroney [1930: 73<sup>13</sup>], Mejía —asociando a la naranja con el limón— parece estar evocando pasajes sueltos de Ateneo, *Deipnosophistai*, III, 5 (Ateneo [1556: 138-142]).

<sup>47</sup> *Y querría saber si es verdad... eslo esta que yo como*: Todo este amplio fragmento es un añadido de Mejía al texto de S3; falta, por lo tanto, en S1-Z1-A1-S2, así como también en A2-Z2-S7. Sí lo recogen S4-S5-S6 y las ediciones modernas consultadas (1928-1930-1947-1959).

<sup>48</sup> Lance de claro tufo antisemítico y de orgullo cristianoviejo. El episodio, que quiere ser cómico y resulta dramático, revela cómo el espíritu inquisitorial había calado en la sociedad de la época. Una facecia parecida recoge Melchor de Santa Cruz en la *Floresta española* (Cabañas [1996: 256<sup>270</sup>]), obra representativa de la abundancia de chascarrillos de este cariz que tuvieron cabida en las obras de la literatura aurisecular (Herrero García [1966: 597-640], Chevalier [1975: 180-186] y Chevalier y Cuartero Sancho [1997: xxxviii-xxxix]), con particular presencia en el teatro, en cuyo ámbito es el cervantino *Retablo de las maravillas* un ejemplo señero (Asensio [1978: 29-31] y Spadaccini [1982: 55-68]).

ORDOÑO

De manera que el señor don Bermudo prueba sus amigos con cabeças de puercos, como quien passa mula por la odrería<sup>49</sup>.

ANTONINO

Ella está la más tierna y sabrosa que vi en toda mi vida. Ahora esto es cosa grande, que javalí o no javalí, ninguna cosa se haze de<sup>50</sup> puerco que no sea sabrosa, con ser tantas; que dize Plinio<sup>51</sup> que se pueden sacar del puerco cincuenta sabores diversos.

MAESTRO

Según son las cosas que ay en él y dél se hazen desde el pie hasta la oreja, no lo dubdo. Y acuérdome aver leído que Quinto Quincio, capitán romano, estando muy temerosos los griegos de que el rey Anthíocho venía con gran ejército de pie y de cavallo y diversas órdenes de soldados, les hizo una habla, en que les dixo que no temiessen las gentes de Anthíocho, porque su ejército era como una cena que le avía dado a él un<sup>52</sup> huésped suyo en Calcedonia, que avía sido de muchos potajes y sabores y que parescía de diversos animales y carnes, y que todo era de un puerco cevado y manso que tenía; y que assí eran las

---

<sup>49</sup> *Como quien passa mula por la odrería*: No hemos conseguido encontrar registrada esta expresión en los repertorios consultados. Quizás se refiera a que las mulas se probaban cargándolas de odres para ver si aceptaban bien el lastre.

<sup>50</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «de»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «del».

<sup>51</sup> Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 51 (Mulroney [1930: 74<sup>14</sup>]): «Neque alio ex animali numerosior materia ganeae: quinquaginta prope sapes, cum ceteris singuli» (Plinio Segundo [1952: 96]).

<sup>52</sup> Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: «dado a él un»; S1: «dado un».

gentes de Anthíocho, todos assianos, aunque de diversas hórdenes y armas<sup>53</sup>.

ARNALDO

Assí passa y no fue malo el exemplo. Pero digo que, aliende del gusto y sabor, no es la carne del puerco tan malsana como comúnmente piensan, porque yo me acuerdo que Galeno y Averuiz<sup>54</sup> la alaban<sup>55</sup> mucho y la prefieren a las otras carnes; de manera que por todas razo-

Libro VIII  
*De salutis ratione.*  
Averoiz, V  
*Colliget.*

<sup>53</sup> El episodio está recogido en Erasmo, *Apophthegmatum libri*, V («T. Quintius»): «Quum Antiochus rex cum numeroso exercitu venisset in Graeciam, omnesque reddidisset attonitos et militum numerus et armaturae varietas, Quintius hoc sermone metum ademit Achaeis: Quum, inquit, essem in Chalcide coenans apud hospitem meum, mirabar carniū copiam, quum essent omnia tecta nive; at hospes respondit, ea omnia nihil aliud esse quam suis domesticae carnes, tantum apparatu et conditura diversa. Ne vos igitur, inquit, admiremini regis copias, quum auditis hastatos, cataphractus, pedites, equites et sagittarios. Nam hi omnes Syri sunt, armatura inter se differentes» (Erasmo de Rotterdam [1535: 499-500]). Este Tito Quincio Flaminio —con este nombre aparece encabezado el apotegma en la versión castellana de Francisco de Thámara (Erasmo de Rotterdam [1552: 206v.-207r.])— es el mismo personaje, ya mencionado, al que alude Plutarco en un pasaje de sus *Vidas paralelas* (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>37</sup>).

<sup>54</sup> Uno de los posibles lugares de la obra de Galeno al que Mejía puede estar refiriendo —el título exacto que ofrece Mejía no concuerda con ninguno de los canónicamente aceptados— se encuentra en *De alimentorum facultatibus libri tres*, III, 1: «Suillae autem carnis similitudinem cum humana ex eo poteris intelligere, quas quidam carnes humanas pro suillis sine ulla in gustu vel olfactu suspitione comederunt: id enim ab improbis hospitibus, et aliis quibusdam factum fuisse iam compertum est. Merito igitur porcelli alimentum nobis praebent tanto magnis fuibus excrementosius, quanto ipsis sunt humidiores: merito minus etiam nutriunt: nam alimentum humidius, ut distribuitur, ita etiam discutitur celcius» (Galeno [1576: 25v.]). La alusión a Averroes debe de provenir de *Totam medicinam* o *Colliget*, V, 32: «Et Avicenna dicit quod melior carnibus est caro porcina; et sentit quod ista caro quasi sit naturalior hominibusque alia caro animalium ambulantium; et experientia hoc docet» (Averroes [1542: 82v.]). La vaguedad de lo aludido —la alabanza de la carne de cerdo— hace pensar que Mejía esté citando a Galeno y Averroes por medio de otro autor interpuesto, sospecha que confirman Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 44-45], indicando la fuente de que se sirve aquí el sevillano, la cual se halla en Ludovico Celio Rhodigino o Luigi Ricchieri, *Lec-*



nes podemos tener por necios a los judíos, porque no la comen<sup>56</sup>.

## MAESTRO

Los judíos, quando eran obligados, antes que Christo padesciesse, a guardar la ley de Moisés, no erravan en no comerla, porque les era vedado por precepto; y agora es eregía no comerla por cerimonia y creer que es vedada, pero el que no la come porque no se lo lleva el estómago,

---

*tionum antiquarum*, XXV, 26: «Quoniam octavo *De sanitatis ratione* Galenus, suillam carnem caeteris laudabiliorem facit. [...] Averrois quinto *Colliget* (ut barbare dicam) ex Avicennae placitis porcinam carnem caeteris praeferendam omnibus statuit, veluti hominibus natura cognatiorem» (Ricchieri [1620: 1419]). La alegación de Averroes —aunque sea indirecta— demuestra cierta falta de prejuicios en Mejía al seleccionar sus referencias, ya que las teorías filosóficas del sabio árabe fueron impugnadas por la Sorbona en 1240, refutadas por santo Tomás y finalmente condenadas por León X en 1513; claro que Mejía cita aquí solo lo tocante a la medicina, pero esta alusión al filósofo hispanoárabe demuestra que el sevillano lo conocía y quizás había leído, lo cual es síntoma de una relativa independencia de criterios en este sentido. Galeno y Averroes representaron para los humanistas del siglo XVI dos maneras diferentes de concebir la medicina, acordes con cada una de las culturas a que ambos pertenecieron: la medicina grecolatina —eminentemente práctica y simple, puesta de moda por los humanistas del Renacimiento— y la medicina árabe —más teórica y con una farmacopea compleja, ya en declive durante el siglo XVI— (Delgado-Gómez [1984: 118-122] y Carrera de la Red [1997: 121-122]). En la acotación marginal, la indicación abreviada de la obra de Averroes —*Col.* por *Colliget*— aparece solo en S1 —con error— y en Z1-A1-Z2, en tanto que el ordinal del libro —V— está únicamente en Z1-Z2.

<sup>55</sup> *Alaban*: Así en Z1-Z2; por su parte, A1-S3-A2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) leen «alabavan», por la ambigüedad de uso que a veces se produce entre el presente y el imperfecto de indicativo (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>100</sup>); a su vez, S1-S2-S7 dicen «alabava», forma que —si no se debe a errata (por olvido de la tilde de nasalización sobre la última *a* de la palabra)— puede justificarse porque se hace concordar el verbo solo con el último componente del sujeto («Averuiz») y no con los dos («Galeno y Averuiz»), como sería lo previsible (Keniston, 36.432 y Silva, I, 10<sup>19</sup>). Escojo la lectura de Z1-Z2 por estar en consonancia con el tiempo verbal de la oración que sigue y con la cual esta va coordinada («Galeno y Averuiz la alaban... y la prefieren...»).

<sup>56</sup> También Erasmo, en su *Convivium religiosum*, trata sobre la prohibición de comer carne de cerdo —entre otros alimentos vedados— que imponía la ley mosaica a sus creyentes. Sobre las coincidencias entre los *Colloquia* erasmianos y los *Diálogos* de Mejía, véase lo dicho en el apartado 6 de nuestra Introducción.

no peca en ello. Verdad es que eran los judíos tan tenaces destas cerimonias y cosas exteriores de la ley, que antes mataran un hombre que comieran de un puerco, y así eran notados por el mundo desto; y quando el rey Herodes mató los inocentes, entre los quales mató un hijo suyo, como cuenta Macrobio<sup>57</sup>, dixo por él<sup>58</sup> el emperador Octaviano que en casa de Herodes más seguro era ser puerco que no hijo<sup>59</sup>.

### BALTASAR

Por Dios, que dixo agudamente. Pero hasta agora me parece que dura el asco que algunos tienen del puerco,

---

<sup>57</sup> La fuente, según Mulroney [1930: 75<sup>16</sup>], se encuentra en Macrobio, *Saturnalia*, II, 4 (11): «Cum audisset inter pueros, quos in Syria Herodes rex Iudaeorum intra bimatum iussit interfici, filium quoque eius occisum, ait: *melius est Herodis porcum esse quam filium*» (Macrobio [1994b: 144]).

Esta misma ocurrencia, atribuida al emperador Octavio Augusto, recoge Mejía en el capítulo XXXIV de la segunda parte de la *Silva*, donde dice que la ha tomado de Macrobio (*Saturnalia*, II, IV, 11); sin embargo, aunque Mejía no lo confiese, es Erasmo (*Apotegmas*, IV, «Augustus», 23) quien lo inspira aquí de forma directa, según Cuartero Sancho [1981: 69]. Dice Mejía en la *Silva*: «Y esta hystoria misma de los inocentes, muy más claro, a la letra lo escribe Macrobio, autor gentil y latino y muy antiguo; el qual, contando algunos dichos agudos del emperador Octaviano [...], dize estas palabras: “Como fuesse dicho a Octaviano que Herodes, rey de los judíos, avía hecho matar todos los niños de dos años abaxo, y entre ellos a su hijo proprio, dixo él que en casa de Herodes más seguro era ser puerco que hijo” (porque los judíos no matan los puercos)» (*Silva*, I, 759-760). Y en el texto de Erasmo se lee: «Quum Herodiana crudelitatis rumor ad Augustum peruenisset, quod in Syria pueros omnes qui bimatum non excessissent iussisset interfici, et in his etiam ipsius perisse filium, Praestat, inquit, Herodis esse porcum quam filium. Herodes Iudaeus erat, et Iudaei mira religione abstinent ab esu suillae» (Cuartero Sancho [1981: 69]). También refiere la anécdota Francesco Patrizi en su *De institutione reipublicae libri novem*, V, 9 (Patrizi [1534: 76r.]), reconociendo su origen en las *Saturnales* de Macrobio; es muy posible que Mejía se haya inspirado igualmente en este autor.

<sup>58</sup> *Él*: Falta el pronombre, obviamente necesario, en S1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930), pero está en Z1 (y 1928-1947-1959).

<sup>59</sup> *Ser puerco que no hijo*: Debido a un uso redundante de la negación, debe entenderse «ser puerco que hijo» (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>44</sup>).

porque yo sé de un hombre de mi parrochia<sup>60</sup>, que presume de donoso, que vinieron a pedir a su casa una olla prestada y hízola<sup>61</sup> dar; y dixo al que la llevaba: —«Sabéis cuánto os va, no echéis tocino en essa olla; si no, yo os juro a Dios de quebrárosla en la cabeça».

### DON BERMUDO

A muchos donaires que él diga dessos, le harán passar la puente<sup>62</sup>.

### ANTONINO

Estas cosas no son más de como el que las dize.

### DON BERMUDO

Por esso dezía bien Sotomayor<sup>63</sup>, que dava muchas gracias a Dios, que lo avía hecho christiano viejo, porque

---

<sup>60</sup> *Parrochia*: Así en S1-Z1-A1-S2-Z2-S5-S6 (1928-1947-1959 dicen «parroquia» y S7 «perrochia»); sin embargo, S3-A2-S4 (y 1930) leen «parochia», forma más próxima al étimon grecolatino (gr. *παροικία*, lat. *parochia*) que las restantes, donde la consonante -rr- puede deberse a influjo germánico (*Corominas*, s.v. «parroquia»). En *Covarrubias* (s.v. «perroquia») encontramos también el término «pároco». Dado que ambas formas se empleaban indistintamente en aquella época, escogemos la más próxima al uso actual.

<sup>61</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «hízola»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «hízosela».

<sup>62</sup> *Le harán passar la puente*: A la otra orilla del Guadalquivir, por la parte del arrabal de Triana —al cual se accedía desde Sevilla por un puente de tablas sustentado sobre barcas—, se encontraba el castillo de San Jorge, convertido en sede hispalense de la Inquisición a partir de 1483 (cfr. Aspe Ansa [1975: 53]). En S7 se ha añadido una acotación al margen, que dice: «La cárcel de la Inquisición está en Sevilla de la otra parte del río y por esso dize “le harán passar la puente”».

<sup>63</sup> *Sotomayor*: Ignoramos la identidad de este personaje, así como el origen de la ocurrencia que aquí se le atribuye. Juan de Arguijo en sus *Cuentos* presenta como protagonista del núm. 232 a un don García de Sotomayor, que —a lo que se ve— debió de ser personaje famoso por sus ocurrencias, pero desconocemos si se trata del mismo individuo al que se refiere Mejía (Arguijo [1979: 109]). Debe observarse también el pensamiento —posiblemente muy generalizado en la mentalidad de la época— que refleja el pasaje: creer que, por su propia condición, los cristianos nuevos poseen una ideología que los hace más proclives a la heterodoxia.

ossava pacer y gozava de los lindazos<sup>64</sup> que ay entre cathólico y erege.

ARNALDO

En verdad que tenía razón. Pero no miráis qué de cosas traía esta cabeça; aína diré que es del puerco troyano<sup>65</sup>, que davan los antiguos.

ORDOÑO

Cavallo troyano he oído yo, pero no puerco.

ARNALDO

Pues avéis de saber que, a imitación del cavallo troyano, que estava lleno de hombres, en los combites desordenados de los romanos davan un puerco entero, relleno de aves de diversas maneras, con grandes especias y adereço, y por esso le llamavan puerco troyano. Y dize Plinio<sup>66</sup> que el primero que dio puerco entero fue P. Servilio, y

Libro VIII,  
capítulo V.

<sup>64</sup> *Lindazo*: «Linde, en especial el señalado con mojones, o por medio de un ribazo» (*DRAE*, s.v. «lindazo»). No aparece el término en *Covarrubias* ni en *Autoridades*.

<sup>65</sup> Del puerco troyano habla Macrobio en sus *Saturnalia*, III, 13 (13): «Ipsa vero edulium genera quam dictu turpia? Nam Titius in suasionem legis Fanniae obicit saeculo suo quod porcum Troianum mensis inferant, quem illi ideo sic vocabant, quasi aliis inclusis animalibus gravidum, ut ille Troianus equus gravidus armatis fuit» (Macrobio [1994b: 195]). Asimismo —aduciendo este lugar de Macrobio—, lo trata Erasmo en sus *Adagia*, IV, 10 (Erasmo de Rotterdam [1571: 954]). De este pasaje de Macrobio también se hace eco Francesco Patrizi en su *De institutione reipublicae libri novem*, V, 9: «Hanc legem Fanniam inter caeteros viros graves suasit vir frugi L. Titus, abiecitque temporibus suis, quod porcum Troianum Romani cives mensis inferrent, quem convivae sic vocabant, quod inclusis aliis animalibus esset gravidus, velut Troianus ille equus armatus militibus plenus fuit» (Patrizi [1534: 76v.]).

<sup>66</sup> Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 51 (Mulroney [1930: 75<sup>18</sup>]): «Adhibetur et ars iecori feminarum sicut anserum, inventum M. Apici, fico arida saginatis, ac satis necatis repente mulsi potu dato. [...] Solidum aprum Romanorum primus in epulis adposuit P. Servilius, pater eius Rulli qui Ciceronis consulatu legem agrariam promulgavit» (Plinio Segundo [1952: 96-97]).

que Marco Apicio los engordava con higos passados y, quando los quería matar, les dava a beber clarea o aloxa<sup>67</sup>.

DON BERMUDO<sup>68</sup>

Yo os doy mi fe que sería hermosa cosa el puerco entero y que no sería mal manjar el cevado a higos, y parece-me lo del puerco a lo que avemos visto de dar borrico entero en banquete.

ANTONINO

Assí es; y tengo por cierto que aquello no se hazía sino por vanidad y ostentación, y no por gusto ni sabor, como hazían otras cosas que parescen increíbles, que ayer se tractaron algunas, como eran las caçuelas de Vitelio y los pasteles tan grandes como hornos y otras cosas de bestialidad.

ORDOÑO

Tal era ella, por cierto, y algo mejores son estos que comemos, aunque más pequeños; y si el señor Maestro da licencia, yo quiero embiar uno a mi muger.

MAESTRO

Para esso no es menester licencia del presidente, porque es cosa lícita y usada antiguamente embiar de combites<sup>69</sup> platos a diversas partes; y del rey Ciro escribe Xeno-

---

<sup>67</sup> *Clarea*: «Cierta bebida que se haze de vino blanco con azúcar y especias aromáticas, y se cuela por un saquillo» (*Covarrubias*, s.v. «clarea»).

*Aloxa*: «Es una bebida muy ordinaria en el tiempo del estío, hecha de agua-miel y especias [...]; algunos llaman a la aloja hidromeli» (*Covarrubias*, s.v. «aloja»).

<sup>68</sup> *Don Bermudo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7, pero S3, por error, indica «Don Bernardo». Dos deslices del mismo calibre se han advertido anteriormente (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>97</sup> y II, 2-1<sup>41</sup>).

<sup>69</sup> Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6: «de combites»; S1-A1-A2-S7: «de los combites».

phón<sup>70</sup> que, a los que quería que los otros honrassen y pre- *Paedia*, libro  
ciassen mucho, les embiava de su mesa lo que le parecía. VIII.

ORDOÑO

El pastel va, pues, y no será mal recibido. Pero ¿sabéis qué he notado?; que avemos bevado ya todos, y muy frío, y no lo avemos alabado ni agradecido<sup>71</sup>.

BALTASAR

El tiempo haze tal, que no ay qué agradecer al huésped.

DON BERMUDO

Todavía yo he hecho mi diligencia, porque yo os doy mi fe que, con quanto frío haze, está serenado<sup>72</sup> el vino y el agua.

<sup>70</sup> La fuente se encuentra —según Mulroney [1930: 76<sup>20</sup>]— en Jenofonte, *De paedia Cyri Persarum regis* o *Cyropaedia*, VIII, 2 (3-4): «Hoc autem Cyrus ita ratus primum constituit ad mensam suam, ut quibus ipse convivium faceret, his similia semper esculenta ac sibi apponerentur, quae satis essent permultis hominibus. Quaecunque autem apposita essent, haec omnia praeterea quibus ipse convivaeque uterentur, distribuebat, quibus vellet amicorum memoriam ostendere vel benignitatem. Mittebat etiam singillatim ad hos quibus delectaretur aut in custodiis, aut in famulatibus, aut in quibuscunque actionibus, hoc sane significans quod se non lateret ea esse illos voluntate ut sibi gratificarentur. [...] Quod si quem ex amicis vellet a multis coli, ad hos quoque mittebat a mensa» (Jenofonte [1545: 259]). No obstante, a Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 49-50] les parece más probable que la mención de Jenofonte la tomase Mejía de Ludovico Celio Rhodigino, *Lectiones antiquae*, XXVIII, 1: «Nam et Persarum rex Cirus, ut scribit Xenophon libro Paediae octavo: si quem ex amicis vellet a multis coli et honorari, cibariorum parte de mensa ad eum mittebat» (Ricchieri [1620: 1541]).

<sup>71</sup> *Pero ¿sabéis... ni agradecido*: Esta frase admite también la siguiente interpretación entonativa: «Pero sabéis que he notado que avemos bevado ya todos, y muy frío, y no lo avemos alabado ni agradecido». Ninguna de las ediciones antiguas manejadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7; y tampoco 1930) coloca aquí signos de interrogación; en este sentido —por parecemos más adecuada—, seguimos la transcripción de 1928-1947-1959.

<sup>72</sup> *Serenado*: «Puesto al sereno, enfriado». «Vale también poner el agua a que reciba el sereno de la noche. En este sentido es formado de la voz sereno» (*Autoridades*, s.v. «serenar»).

MAESTRO

Por cierto, ello fuera escusado en este tiempo y aun hame dado pena de estar muy frío; y no puedo dexar de reprehender esta cosa que aora se usa de buscar lo frío<sup>73</sup> con tanto cuidado y competencia unos de otros, más, según creo de algunos, por vanidad y curiosidad, y porque lo hazen los grandes señores, que por gusto; y otros que, por esso solo, les sabe bien.

BALTASAR

¿Por qué, señor Maestro, es pecado beber frío?

MAESTRO

No, señor, sino lícito y cosa sabrosa y natural; porque la sed, como dize Aristóteles<sup>74</sup>, es apetito de lo húmido y frío, como la hambre lo es de lo seco y caliente, y por esso naturalmente queremos la bebida fría y el manjar caliente, sino las fructas, que parece que se comen para humedecer y templar la<sup>75</sup> calor. Assí que beber frío no es malo, mas los extremos nunca son buenos, y no creo que dexa<sup>76</sup> de tocar en vicio y pecado poner tan excesivo cuidado en ello que venga, como ha venido, a tenerse por punto de honrra quién lo da o bebe más frío, y el burlar de quien no lo procura, y aun alguna vez a fingirlo; porque no me ayude Dios si no sé yo hombre que le ha acaecido en su casa, porque le davan muy fría el agua, destem-

---

<sup>73</sup> *Buscar lo frío*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S7 (y 1930), aunque algunas otras ediciones (S6 y 1928-1947-1959) dicen «buscarlo frío» (refiriéndose específicamente al vino), lectura también admisible.

<sup>74</sup> La fuente se halla en Aristóteles, *De anima*, II, 3 (Mulroney [1930: 76<sup>22</sup>]): «At vero fames sitisque cupiditas est, sicci quidem et calidi fames, frigidi vero et humidi sitis» (Aristóteles [1538: 481]).

<sup>75</sup> S3-S4-S5-S6: «la»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «el».

<sup>76</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «dexa»; Z1-Z2: «dexe».

plarla algo cerca del brasero y, comiendo otro día entre muchos, quexóse de que no le avían serenado<sup>77</sup> la bebida, estando más fría que el día antes. De manera que verdaderamente ay hombres que, como digo, lo fingen, y otros que toman gusto por uso y paladar ageno, principalmente de reyes o señores<sup>78</sup>.

### ANTONINO

Assí me ayude Dios, que en parte tiene razón el señor Maestro; porque yo me acuerdo que oy ha treinta años no se tractava ni platicava esto como agora, y que nuestros padres, con ser más hombres de bien que nosotros, se contentavan en invierno con el frío común del tiempo y en verano con ponerlo al sereno, y no avía los extremos de agora, ni las invenciones de los salitres ni nieves, ni los pozos ni sótanos buscados en el infierno, de lo qual creo que vienen los pasmos y flaquezas de estómago, y las ijadas, piedras de riñones<sup>79</sup> y detenimiento de urina y perlesías, que agora se usan más que nunca; y como dize el señor Maestro, esto hazen algunos porque lo veen usar y por hazer de los delicados y cortesanos.

<sup>77</sup> *Serenado*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1930), si bien S3-S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959), por evidente errata, dicen «servido», término que no tiene sentido en el contexto de la frase.

<sup>78</sup> También Melchor de Santa Cruz, en su *Floresta española*, se hace eco de «esta costumbre de tomar las bebidas enfriadas artificialmente (por medio de salitre y nieve)», que «se impuso como una moda refinada en la corte del Emperador, no sin la oposición de ciertos médicos y moralistas que lo consideraron costumbre nociva para la salud y las costumbres» (Cabañas [1996: 395<sup>597</sup>]).

<sup>79</sup> *Piedras de riñones*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), así como 1767, leen «piedras y riñones», lo que no parece tener sentido. *Piedra*: «Se llama assimismo aquella materia dura y unida, que se engendra y cría en el cuerpo humano, particularmente en los riñones, de que se origina la enfermedad lamada mal de piedra» (*Autoridades*, s.v. «piedra», en donde se alega el siguiente texto de la *Descripción de África* de Luis del Mármol: «El agua destos ríos es apropiada para deshacer la *piedra*, y van de ordinario a beber de ella muchas gentes de Fez y de Mequinez»).



## BALTASAR

Señores, si me dixerades que, de darse hombre a una cosa y usarla mucho, viene a tomar gusto y sabor en ella, confessároslo he yo; pero no me haréis entender que verla usar y hazer a otros muda los gustos y sabor, y que es agora sabroso lo que no solía ser, como si el uso tuviese también jurisdicción sobre los sentidos como sobre los tales de los sayos.

## ANTONINO

Ya os dixo el señor Maestro, y yo también, que algunos fingen gusto en esto del beber frío, aunque no lo tienen mudado; pero agora veis que el ver hazer y usar una cosa altera y muda las sensaciones y contento de los sentidos, principalmente si lo veen hazer al rey o<sup>80</sup> a los príncipes. ¿No os acordáis que vos mismo me avéis contado que en Flandes, la primera vez que fuistes, que porque el emperador para su salud usava comer borrajas, començaron todos a dar tras las borrajas, de manera que no avía mesa sin ellas de dos o tres maneras, y juravan todos que no avía tal manjar en el mundo, haziendo al uso señor del gusto? Pues que acaezca lo mismo en la vista, dígalo el tresquilar; que solíamos alabar todos el buen cabello en el hombre y, porque el emperador se tresquiló, determinamos todos hazerlo<sup>81</sup>; y dezímoslo agora y sentímoslo assí, que parecen mejor los hombres tresquilados; y lo mismo passa en

---

<sup>80</sup> O: Está la conjunción en Z1-Z2-S6-S7 (y 1928-1947-1959), pero falta en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5 (y 1930); siendo obviamente necesaria, la incluyo en nuestra transcripción. Cabría también interpretar la ausencia del nexa como un caso de «y embebida» en la última vocal de la palabra anterior: «al rey [y] a los príncipes» (cfr. *Silva*, I, 8<sup>1</sup> y 22<sup>4</sup>).

<sup>81</sup> El cambio de imagen de Carlos V, al que aquí se alude, ocurrió tras el nombramiento imperial en 1519. El monarca joven, que vemos en los retratos ataviado a la usanza borgoñona y con los cabellos largos propios de la tradición medieval, se cortó los cabellos, por influencia de la estética clasicista del Renacimiento y siguiendo la imagería propia de la estatuaria clásica de la Antigüedad, tras ser elegido rey de romanos. Agradezco esta información a mi amigo y compañero José María García Blanco.

los talles cortos y largos, y en otras mil cosas. Pues el sentido del olor también corre estos riesgos; porque por Dios que me acuerdo yo que ha menos de treinta años que vi burlar de quien quemava estoraque<sup>82</sup> por perfume, y agora es alabado ypreciado entre los buenos olores, porque por ventura la emperatriz, nuestra señora, que aya gloria<sup>83</sup>, lo alabó alguna vez. Y hágoos saber que, si avéis mirado en ello, lo mismo passa a vezes en el sentido del oír; si no, díganlo los cantares y canciones, que se pierden todos por ellos porque el rey o el duque de Calabria<sup>84</sup> lo mandó cantar dos vezes.

### ORDOÑO

Sois tan rethóricos el señor Maestro y vos, que nos podréis hazer entender lo que quisierdes, si va por razones; pero yo aténgome a la opinión del señor Baltasar y quiero beber frío. Y en tanto que disputáis, comerme he esta

<sup>82</sup> *Estoraque*: «Árbol mui parecido al membrillo, cuya corteza es resinosa y aromática» (*Autoridades*, s.v. «estoraque»). «Con incisiones en el tronco se obtiene un bálsamo muy oloroso, usado en perfumería y medicina» (*DRAE*, s.v. «estoraque»).

<sup>83</sup> Isabel de Portugal, que había contraído matrimonio con el emperador Carlos V en 1526, falleció en Toledo el 1 de mayo de 1539, al dar a luz a su cuarto hijo. La noticia del fallecimiento provocó multitud de celebraciones fúnebres en toda España. Los restos mortales fueron trasladados a la Capilla Real de Granada, donde se recibió el cuerpo con todo boato. Sevilla no quiso ser menos y las exequias —organizadas por ambos cabildos, el civil y el eclesiástico— se llevaron a cabo en la catedral, donde predicó Constantino Ponce de la Fuente —ya entonces orador de fama, no sospechoso aún de herejía— y se halló presente don Fadrique Enríquez de Ribera, tío de don Perafán de Ribera, a quien Mejía dedicó sus *Diálogos*. Don Fadrique, que tan importante papel había desempeñado en la organización de las bodas imperiales en Sevilla (1526), moriría poco después que la emperatriz, el 3 de noviembre de 1539 (cfr. Ortiz de Zúñiga [1796: III, 374, 378-380] y Mazarío Coletto [1951: 187-191]).

<sup>84</sup> *El duque de Calabria*: Debe de referirse Mejía a Fernando de Aragón, quien —a causa de sus derechos al trono de Nápoles— fue apresado por el Gran Capitán y enviado a la corte castellana en 1502, con solo catorce años; vivió prisionero en Játiva hasta 1521, cuando —por su fidelidad a la corona— el emperador lo rehabilitó y convirtió en uno de los personajes más influyentes de su séquito. Por decisión de Carlos V, casó con Germana de Foix, virreina de Valencia, donde ambos promovieron una corte protectora de las artes y en donde particularmente la música gozó de gran predicamento (Fernández Álvarez [2000: 155, 284, 338-339; 2003: 426, 588]).

escudilla de manjar blanco, que está el mejor que yo vi en mi vida.

MAESTRO

Por hazer yo lo mismo<sup>85</sup>, me holgué mucho que el señor Antonino me tomasse la mano.

BALTASAR

A mí poco me estorvava el hablar al comer, porque a ambas cosas me sé dar buen cobro; pero tomando al propósito, pues estos señores dizen que el beber agora muy frío ha entrado por uso y procurado, yo digo que los hombres han de andar con el uso y no curar de seguir extremos.

MAESTRO

Señores, aunque yo sea oy rey, no quiero que mi ley obligue a peccado mortal; pero digo que estos salitres y nieves y estos extremos de fríos es curiosidad reprehensible, y aun tengo que dañosa<sup>86</sup> a la salud de<sup>87</sup> ánima y cuerpo. A lo primero, porque injusta cosa<sup>88</sup> es que, por servir a un apetito y gusto, se gaste tanto tiempo, trabajo y costa como se haze algunas vezes. La segunda, a la del cuerpo, porque ciertamente, como si comiésemos una cosa muy caliente, quemando, nos faze grande daño y estrago, assí tengo por opinión que estos extremos de frío ofenden y dañan, aunque no se sienta luego; y exemplo y prueba desto es el rejalgar<sup>89</sup> y las otras ponçoñas que ma-

<sup>85</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «hazer yo lo mismo»; Z1-Z2: «hazer lo mismo».

<sup>86</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «que dañosa»; Z1-Z2: «que es dañosa».

<sup>87</sup> S1-A1-S2-S3-A2: «de»; Z1-Z2-S4-S5-S6-S7: «del».

<sup>88</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «cosa»; Z1-Z2: «causa».

<sup>89</sup> *Rejalgar*: «Mineral de color rojo, lustre resinoso y fractura concoidea, que se raya con la uña, y es una combinación muy venenosa de arsénico y azufre» (*DRAE*, s.v. «rejalgar»). Se empleaba como sinónimo de *arsénico* (*Autoridades*, s.v. «arsénico»).

tan los hombres, no por más de porque son frías en tal grado que no lo sufre el temple de nuestra naturaleza. De manera que no sé por qué trabajamos de hazer ponçoña lo que es salud y medicina, sacándolo del punto seguro al extremo peligroso.

DON BERMUDO

El señor Arnaldo y yo avemos bien callado y gustado de la porfia. Él dize que ni por essas no dexará de tener sus frascos para enfriar; pero yo estoy virtuoso en esto, porque tengo el medio, que me sabe muy bien lo frío, mas no me mato mucho por procurarlo, porque me parece que con no andar muy delicado en esto ni muy cuidadoso, me ahorro de la pasión y enojo que me daría el día que me faltasse; y también soy de opinión que a ningún regalo se deve dar tanto un cavallero que, si en camino o por mar o en guerra le falta, le sea causa de notable pena o daño<sup>90</sup>.

ARNALDO

Todo<sup>91</sup> lo avéis dicho muy bien; pues yo digo que cada uno haga en el caso lo que le pareciere, que del pecado yo lo absolveré. Y huélgome que viene el pavo, porque nos hará mudar el propósito.

ORDOÑO

Por cierto, él es el mayor y más hermoso que vi en mi vida, y sin ninguna dubda estos pavos de Indias son la más sabrosa carne de todas.

---

<sup>90</sup> La moda de beber frío, que Mejía deja aquí registrada, debió de extenderse por aquellos años hasta el punto de convertirse en una demostración de prestigio social, a la que no faltaron justificaciones médicas. Francisco Franco Leardo, doctor y amigo de Mejía —un poema latino suyo prologa numerosas ediciones de la *Silva*—, publicó un *Tratado de la nieve* (Sevilla, Alonso de la Barrera, 1569), donde defiende los beneficios de beber líquidos enfriados, práctica común entre la gente con posibles (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 23<sup>20</sup>]).

<sup>91</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «Todo»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «Todos».

BALTASAR

Yo estoy desse parescer; pero ¿no miráis qué atajados están los de la tierra, que no osa ya parecer ninguno de ellos?<sup>92</sup>. Por Dios, que he miedo que se ha de perder la casta; y solía ser la más preciada carne de todas y, verdaderamente, era singular.

ANTONINO

Plinio, libro  
X, capítulo  
XX. Varrón,  
*De re rustica*.

Aí veréis qué cosa es la reputación y imaginación de las gentes, por lo que porfiávamos agora; porque sabed que, según Plinio y Marco Varrón<sup>93</sup> y otros escriben, el primero que dio pavo en combite en Roma fue Ortensio, y dentro de pocos días cayó tan en gracia de todos la cosa, que llegó a valer en Roma un pavo cincuenta monedas llamadas denarios, que valían cinco coronas o ducados, y un huevo de pavo medio ducado, por lo qual se dieron todos a

<sup>92</sup> ¿No miráis... ninguno dellos?: Aunque es admisible su formulación positiva y ninguna de las ediciones antiguas manejadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7; y 1930) marcan esta frase como interrogativa, seguimos el criterio entonativo de 1928-1947-1959, por parecernos más adecuado a la elocución natural de este enunciado.

No deja de ser interesante la preocupación ecologista que muestra aquí Mejía, al formular su interés por la supervivencia de una especie autóctona en peligro de extinción. Esta preocupación es fruto de la mentalidad renacentista, que concibe al hombre como un constituyente más —aunque sea el más importante— de un conjunto —el universo— con el que debe estar en armonía.

<sup>93</sup> Plinio, *Naturalis historia*, X, 20 (Mulroney [1930: 79<sup>23</sup>]): «Pavonem cibi gratia Romae primus occidit orator Hortensius aditiali cena sacerdotii. Saginare primus instituit circa novissimum piraticum bellum M. Aufidius Lurco exque eo quaestu reditus HS sexagena milia habuit» (Plinio Segundo [1961: 43], edición en la que el precitado texto aparece —como en la de Mulroney— en el capítulo 23 y no en el 20, que es el lugar que tiene en las ediciones coetáneas de Mejía). Marco Terencio Varrón, *Res rusticae*, III, 6 (1 y 6) —fuente localizada, como tantas otras, por Mulroney [1930: 79<sup>25-26</sup>]—: «De pavonibus nostra memoria, inquit, greges haberi coepti et venire magno. Ex iis M. Aufidius Lurco supra sexagena milia nummum in anno dicitur capere. [...] Primus hos Q. Hortensius augurali aditiali cena posuisse dicitur, quod potius factum tum luxuriosi quam severi boni viri laudabant. Quem cito secuti multi extulerunt eorum pretia, ita ut ova eorum denariis veneant quinis, ipsi facile quinquagenis» (Varrón [1985-1997: III, 17-18]). En esta ocasión, Plinio sigue a Marco Varrón sin citarlo, circunstancia que no dejó de advertir el doctor Francisco Hernández, traductor castellano de la *Historia natural* de Plinio en el siglo XVI (Plinio Segundo [1999: 493]).

criar pavos. Y escriben los mesmos authores que un romano llamado Marco Aufidio<sup>94</sup> criava tantos, y los hacía tan bien<sup>95</sup> engordar, que le rentavan cada año cincuenta mil denarios, que serían, según todos, mil y quinientos ducados.

### ORDOÑO

Cosa grande es essa, pero criándose muchos y valiendo el precio que dezís, no es increíble; y assí le han dado agora tanto a estos, que avéis de saber que, quando entró el emperador por Francia el año de quarenta y quatro<sup>96</sup>, se hallaron las manadas dellos como acá de gallinas<sup>97</sup>.

### MAESTRO

En forma<sup>98</sup> desseo saber si se puede guardar la carne destos como de los otros, porque lo que escribe sant Agustín<sup>99</sup> es cosa maravillosa.

Libro XXI,  
capitulo IV.  
*De civitate  
Dei.*

<sup>94</sup> En todas las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) se lee «M. Aufidio». Según Plinio —en su *Historia natural*, X, 20 (Plinio Segundo [1999: 493])—, el nombre de este personaje es Marco Aufidio Lurco. Desarrollamos, pues, la abreviatura inicial del nombre, siguiendo esta fuente.

<sup>95</sup> *Tan bien*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930) dicen «también». Es timo que es más correcta la transcripción que doy (que, asimismo, es la que recogen 1928-1947-1959), por ser más acorde con el contexto de la frase. Por lo demás *también/tan bien* se usan arbitrariamente en las estampaciones antiguas.

<sup>96</sup> Mulroney [1930: 80<sup>27</sup>] indica que, en 1544, Carlos V reclutó un ejército de 50.000 soldados en Holanda e invadió la Champaña.

<sup>97</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «acá de gallinas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «acá gallinas».

<sup>98</sup> *En forma*: «Bien, ciertamente, en verdad». «*Enojarse en forma*, enojarse de veras» (*Covarrubias*, s.v. «forma»). «Vale también cierta y verdaderamente, sin ficción; y assí se dice “Fulano se enojó en forma”» (*Autoridades*, s.v. «forma»). Cfr. también *Silva*, II, 5<sup>15</sup>.

<sup>99</sup> San Agustín, *De civitate Dei*, XXI, 4 (Mulroney [1930: 80<sup>29</sup>]): «Quis enim nisi Deus creator omnium dedit carni pavonis mortui ne putresceret? Quod cum auditum incredibile videretur, evenit ut apud Carthaginem nobis cocta apponeretur haec avis, de cuius pectore pulparum, quantum visum est, decerptum servari iussimus; quod post dierum tantum spatium, quanto alia caro quaecumque cocta putresceret, prolatum atque oblatum, nihil nostrum offendit olfactum. Itemque repositum post dies amplius quam triginta, idem quod erat inventum est; idemque post annum, nisi quod aliquantum corpulentiae siccioris et contractionis fuit» (Agustín de Hipona [1988: II, 755-756]).

DON BERMUDO

No sé yo cuánto se temía, pero séos dezir que ha seis días o siete que está este muerto.

ORDOÑO

Por esso está tan tierno y sabroso; pues yo determino de embiar destas pechugas un plato, que aquí queda para veinte hombres. Pero todavía nos diga el señor Maestro lo que dize sant Agustín.

MAESTRO

Lo que escribe es que, estando él en Cartago, le dieron a comer de un pavo cozido, y que por hazer experiencia dél, mandó<sup>100</sup> guardar de lo blanco de la tetilla lo que le pareció; y desde a pocos días lo hizo traer a su mesa y lo halló muy bueno, y después lo mandó guardar más de otros treinta días, y estava de la misma manera, sin ninguna corrupción en sabor ni olor; y assí lo hizo después tener guardado hasta un año y, a cabo deste tiempo, estava sin corromperse y bueno, salvo que estava desecado y desminuido alguna cosa.

BALTASAR

Cosa es, por cierto, essa notable, y si no lo dixera sant Agustín, no lo creyera; y también sobra aquí con qué se pudiera hazer deste la experiencia, mas no somos tan curiosos como esso. Pero agora quiérola yo ser, y saber qué fue el recaudo que esse paje os truxo, señor Ordoño, que tan secreto lo dixo y tan turbado está.

ORDOÑO

El recaudo era harto importante para dezirlo al oído: dezirme que el cavallo era muerto.

---

<sup>100</sup> S3-S4-S5-S6: «experiencia dél, mandó»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «experiencia, él mandó».

DON BERMUDO

Por cierto, que me pesa mucho dello; pero ¿no miráis el gesto que tiene el mochacho, que parece más muerto que el cavallo?

BALTASAR

Podría dezir el señor Ordoño lo que dixo aquí Llanos al mismo propósito.

ORDOÑO

Dezidme<sup>101</sup> qué fue, y haré lo mismo<sup>102</sup>.

BALTASAR

Fue que tenía un cavallo hovero muy singular y un pazezillo que quería mucho, enfermo<sup>103</sup>; y estando jugando, entró a desora un criado suyo y díxole: —«Señor, el cavallo hovero se murió y el page se está muriendo»; respondió él, sin más pasión: —«Pues que assí es, dezilde al mo- chacho que se dé priessa y irse ha cavalgando»<sup>104</sup>.

ORDOÑO

Por Dios, que dixo graciosamente. Pero vos, don rapaz, no os muráis; si no, iros heis a pie, porque ya no podréis alcançar el cavallo.

<sup>101</sup> S3-S4-S5-S6: «Dezidme»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Dezid».

<sup>102</sup> *Haré lo mismo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959); sin embargo S3 transcribe «harélo lo mismo» (1930: «haré yo lo mismo»). Todo hace pensar que la lectura de S3 es una simple errata, por repetición del pronombre *lo* al final de una línea y al principio de la siguiente.

<sup>103</sup> *Enfermo*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 y 1930 (o «enfermó», como dicen A2 y 1928-1959); ambas lecturas son admisibles. En 1947 —aunque no explica su procedencia—, se lee «enfermos», entendiendo que el término se refiere de consuno al paje y al caballo.

<sup>104</sup> No hemos podido encontrar la fuente de este cuentecillo en los repertorios de la época, así como tampoco información sobre el personaje Llanos —que debió de ser famoso por sus ocurrencias—, a quien se atribuye la autoría del mismo



BALTASAR

Bien despachado vais; andá con Dios.

MAESTRO

Porque ha rato que callamos, quiero yo hablar. Ya, señor don Bermudo, va esto fuera de término<sup>105</sup> y regla: tanto nos han de dar aquí de comer oy, que peque el huésped y los combidados; más valiera combidarnos seys días arreo<sup>106</sup>, que no darnos en uno lo que basta para seis.

ARNALDO

Tiene razón; pero, por Dios, que está esta cecina, y todo lo que con ella viene, lo mejor del mundo.

BALTASAR

La verdad es que vos todo lo halláis bueno, porque os comistes la perdiz casi toda y de ninguna cosa avéis dexado de comer.

ARNALDO

La verdad es que tengo mejor estómago que otro; pero todavía me cumplirá no cenar esta noche, que es aviso de que suelo usar quando como mucho.

ANTONINO

Más onesto remedio es esse que el que tienen algunos desordenados hombres, procurando después vómitos; y assí hazen más torpe el remedio que el vicio.

<sup>105</sup> S3-S4-S5-S6: «término»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «términos».

<sup>106</sup> *Arreo*: «Sucessivamente, sin interrupción ni intermisión» (*Autoridades*, s.v. «arreo»). En su *Silva de varia lección*, el mismo Mejía dice lo siguiente: «Hizo lo que devía en el campo por salvar su verdad, peleando esforçadamente tres días *arreo*, sin que en él se pudiesse aver visto flaqueza ni muestra de ser culpado» (*Silva*, II, 11<sup>17</sup>).

ORDOÑO

Hombre sé yo que no ha menester lo uno ni lo otro, aunque coma quanto avemos comido oy todos.

ARNALDO

No sé yo esse quién es, pero en esse propósito de algunos hombres antiguos leemos maravillas; como de un Clodio Albino, que escribe Esparciano<sup>107</sup> que se comía a una comida cien duraznos y otros tantos higos, y diez melones y cien tordos o zorzaes; y del emperador Maximino<sup>108</sup>, que se comía quarenta libretas de carne a una mesa; e assí de otros.

ORDOÑO

Más me maravillo desse emperador que del Albino, porque era carne y todo un manjar; que de diversos siempre come hombre más, porque con la variedad se despier-  
ta el apetito.

ANTONINO

Sí haze, en la verdad; pero, para la salud y digestión, mucho mejor es comer hombre de un manjar que de muchos.

---

<sup>107</sup> La fuente se halla en *Historia Augusta*, «Vida de Clodio Albino», 11 (Mulroney [1930: 81<sup>30</sup>]): «Nam et quingentas ficus passarias..., ieiunum comedisse dicit et centum persica Campana et melones Ostienses decem et uvarum Labicanarum pondo viginti et fideculas centum et ostrea quadrigenta». La autoría de la «Vida de Clodio Albino» —que antiguamente se había adjudicado a Elio Esparciano— en la actualidad se le atribuye a Julio Capitolino.

<sup>108</sup> La fuente se halla en Julio Capitolino, *Historia Augusta*, «Maximini Duo», 4 (Mulroney [1930: 81<sup>31</sup>]): «Bibisse autem illum saepe in die vini Capitolinam amforam constat, comedisse et quadraginta libras carnis, ut autem Cordus dicit, etiam sexaginta» (Capitolino [1965: 5]).

ARNALDO

A mí lo contrario me paresce; y tengo por más conforme a nuestra naturaleza, y más provechoso, a la<sup>109</sup> diversidad de los manjares.

ANTONINO

Ninguna razón tenéis en esso, ni creo que lo dezís de veras.

ARNALDO

Antes tengo toda la razón y no siento otra cosa sino la que digo; y creo yo que el señor Maestro dirá lo mismo.

MAESTRO

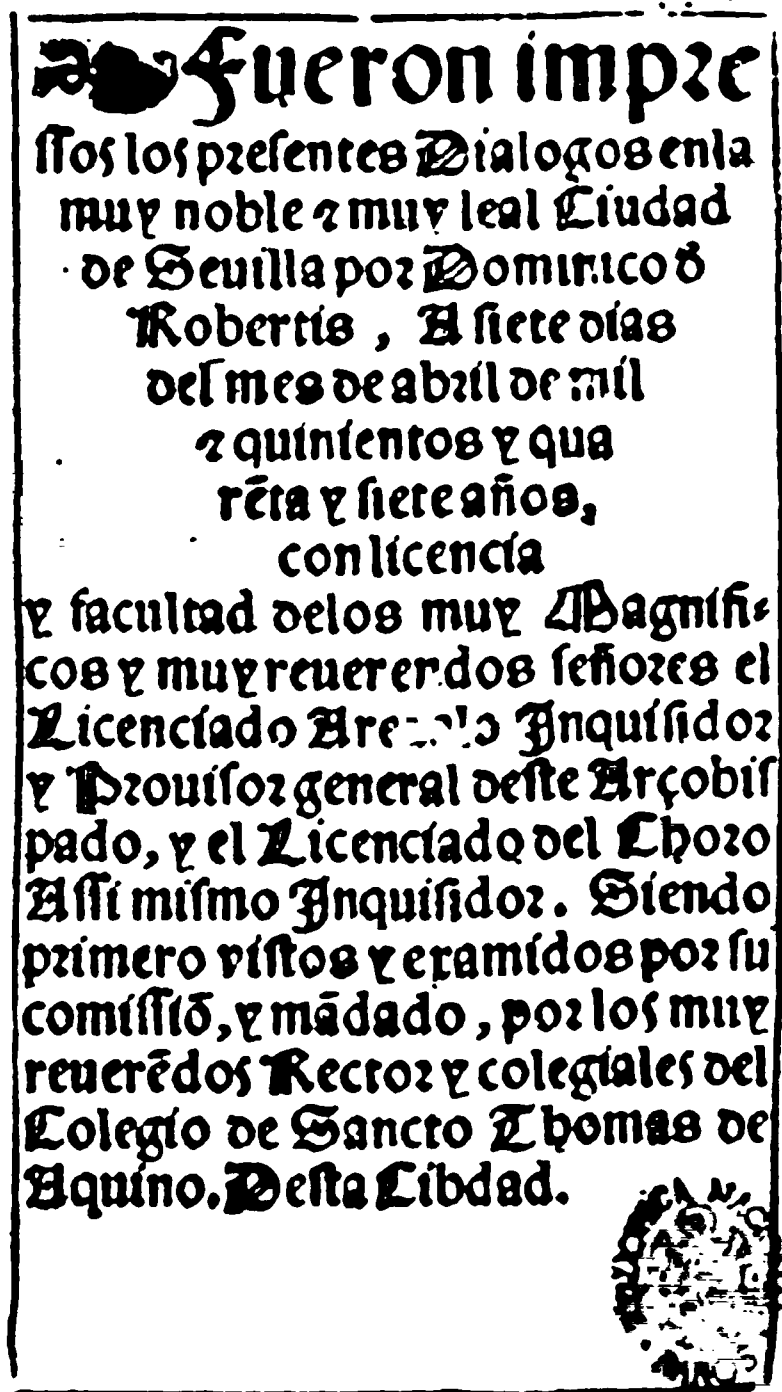
No quiero yo, tan livianamente y sin oír, ser juez dessa causa; pero porque es buena cuestión para en lo que estamos, el señor Antonino, que la començó, funde su opinión, y vuestra merced, señor Arnaldo, responderá y fundará la suya; y oídos, estos cavalleros y yo escogeremos la que nos paresciere. Y en tanto que el uno habla, podemos comer los otros, aunque ya sería bien que ninguno lo hiziesse; y porque os podáis ayudar de lección para ello, acuérdate<sup>110</sup> que lo tracta Macrobio Aurelio<sup>111</sup>.

<sup>109</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «provechoso a la»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «provechoso la».

<sup>110</sup> *Acuérdate*: Así en S2-S3 (y 1930); sin embargo, S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959) dicen «acuértese», en tanto que S4-S5-S6 transcriben «acuérdaseme». El fenómeno de utilización ambigua e intercambiable de los tiempos presentes de indicativo y subjuntivo, aparece con relativa frecuencia en la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, I, 21<sup>18</sup>, 36<sup>16</sup>, 37<sup>6</sup>; II, 27<sup>3</sup>, 36<sup>2</sup>; y III, 10<sup>14</sup>, entre otros casos).

*Acordar*: «Recordar» (*DRAE*, s.v. «acordar»), «reducir y traer a la memoria alguna cosa» (*Covarrubias*, s.v. «acordar»).

<sup>111</sup> Según Mulroney [1930: 83<sup>1</sup>], lo que Mejía llama «Segunda parte del *Coloquio convivial*», que sigue a continuación, se basa con detalle en Macrobio, *Saturnalia*, VII, 4 («Cibum simplicem praeferendum esse multiplici, ut qui sit digestu facilius») y 5 («Contra, cibum multiplicem aptiorem esse, quam sit



Colofón de la primera edición de los *Diálogos*, Sevilla, Dominico de Robertis, 1547 (S1)

simplex»). Respetando el contenido, Mejía opera libremente con el texto latino, ampliándolo o reduciéndolo, según sus conveniencias, en busca siempre de la claridad y la estética (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 53]). Los personajes Praetextatus, Disaurus y Eustathius de Macrobio se corresponden, respectivamente, con el Maestro Velázquez, Antonino y Arnaldo de Mejía (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 52]). Lo que aquí se discute debió de ser asunto frecuentado por los humanistas del siglo XVI; por ejemplo, lo recogen también —aunque de pasada— Cristóbal de Villalón en *El Escolástico* (Martínez Torrejón [1995: 80]), Antonio de Torquemada en los *Coloquios satíricos* (Malpartida Tirado [2002: 204]) y Pedro de Mercado en los *Diálogos de philosophía natural y moral* (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 52<sup>64</sup>]).

Antonino.



Esta verdad tenía yo por tan experimentada y entendi-  
da de todos, q̄ no pensaba que ouiera nadie q̄ dubda-  
ra della: y presumo cierto que el señor Arnaldo deve tener el estomago muy diuerso de los otros hōbres, en hallar se mejor con comer muchas cosas: y por esto tiene la opinion que dize, pero la regla natural y que los Medicos to-  
dos pronuncian y dan, es la que yo di-  
go: y esto en pocas palabras lo mostra-  
re claro, sin que me ayude de muchas razones ni argumentos en cosa tan ma-  
nifiesta, y la verdad es que si con inge-  
nios mas baros fuera la platica, a los quales los exemplos suelen conuencer mas que las razones, sobrarian me mu-  
chos, y el primero y que solo bastara, es ver las Aues y animales, que si se mantienen de vna cosa sola, son mas saludables para los Hombres que aquellos que con artificios y cosas

## Segunda parte del «Coloquio convival»

EN QUE SE DISPUTA LA QÜESTIÓN, MOVIDA EN LA PRIMERA PARTE, SOBRE QUÁL ES MÁS PROVECHOSO A LA SALUD HUMANA, COMER DE UN SOLO MANJAR O DE MUCHOS.

ANTONINO

Esta verdad tenía yo por tan experimentada y entendida de todos, que no pensava que oviera nadie que dubdara de ella, y presumo cierto que el señor Arnaldo deve tener el estómago muy diverso de los otros hombres en hallarse mejor con comer muchas cosas, y por esso tiene la opinión que dize; pero la regla natural y que los médicos todos pronuncian y dan, es la que yo digo, y esto en pocas palabras lo mostraré claro, sin que me ayude de muchas razones ni argumentos en cosa tan manifiesta; y la verdad es que, si con ingenios más baxos fuera la plática, a los quales los exemplos suelen convencer más que las razones, sobráranme muchos.

Y el primero, y que solo bastara, es ver las aves<sup>1</sup> y animales, que si se mantienen de una cosa sola, son más saludables para los hombres que aquellos<sup>2</sup> que con artifi-

---

<sup>1</sup> S1-S2-S3-S4-S5-S6-S7: «es ver las aves»; Z1-A1-A2-Z2: «es de las aves».

<sup>2</sup> *Aquellos*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero Z1-Z2 dicen «aquellas», concertando solo con «aves» y no con «aves y animales». Tenemos aquí un ejemplo, no infrecuente en la prosa de Mejía, en que el pronombre concierta solo con uno de los sustantivos a los que se refiere (*Keniston*, 26.8; *Silva*, I, 20<sup>4</sup> y II, 6<sup>4</sup>; y *Diálogos*, I, 2<sup>28</sup>).

cios y cosas diversas los<sup>3</sup> engordan y cevan, que notoriamente dañan y alteran la complisión<sup>4</sup>; y assí naturalmente ellos cudician y procuran la simplicidad de los mantenimientos, y el lobo busca su carne, y el buey y las ovejas sus yervezicas, y assí los otros, en quanto les es possible, procuran manjar particular, y cada uno sabemos que tiene propios<sup>5</sup> y conocidos cevos y comida, y por instinto natural la buscan y della se mantienen, si la falta y necesidad no les haze comer otra; de lo qual presumo yo que procede bivar en su género los animales sanos y no padecer la multitud de las enfermedades<sup>6</sup> que los hombres padescen por la desorden que tienen en el comer y los muchos y diversos mantenimientos.

El segundo exemplo<sup>7</sup> pudiera ser la regla y consejo de los médicos todos, que la primera y principal dieta que

---

<sup>3</sup> *Los*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), en tanto que Z1-Z2 dicen «las», redundando en el mismo fenómeno señalado en la nota anterior, lo cual demuestra que Z1-Z2 no incurrieron entonces en errata, puesto que aquí reiteran una variante basada en una concepción peculiar del sustantivo (solo «aves» y no «aves y animales»), al que los dos pronombres «aquellas» y «las» sustituyen.

<sup>4</sup> Según Mulroney [1930: 83<sup>2</sup>], este primer ejemplo está tomado de Macrobio —a quien Mejía está siguiendo muy de cerca—, en cuyas *Saturnalia*, VII, 4 (4), se lee: «Si me [...] aliquis ex plebe imperitorum de hac quaestione consulisset, quia plebeia ingenia magis exemplis quam ratione capiuntur, admonuisse illum contentus forem institutionis pecudum, quibus cum simplex et uniformis cibus sit, multo saniores sunt corporibus humanis, et inter ipsas illae morbis implicantur quibus, ut altiles fiant, offae compositae et quibusdam condimentis variae farciuntur» (Macrobio [1994b: 409]). Mejía alterna en este caso la traducción fiel de algunos fragmentos de la fuente con una reelaboración libre de otros fragmentos (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 54]).

<sup>5</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «propios»; S1-Z1-A1-A2-Z2: «peculiares»; S7: «particulares».

<sup>6</sup> S3-S4-S5-S6: «de las enfermedades»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «de enfermedades».

<sup>7</sup> Según Mulroney [1930: 84<sup>3</sup>], en este segundo ejemplo Mejía sigue de nuevo a Macrobio en sus *Saturnalia*, VII, 4 (6): «Fortasse illum attentiores exemplo altero fecissem, ut consideraret nullum umquam fuisse medicorum circa curas aegrescentium tam audacis negligentiae ut febrienti varium et non simplicem cibum daret. Adeo constat quam facilis digestu sit uniformis alimentum, ut ei, vel cum infirma est natura, sufficiat» (Macrobio [1994b: 409]).

dan a los enfermos es quitarles la variedad y grosedad de los manjares y dar uno solo y delicado, porque es cierto y claro ser de más fácil digestión, que es sobre lo que comenzó nuestra porfía; y también podría exemplificar con el uso del vino<sup>8</sup>, que todos sabéis que, mezclados dos vinos, causan muy más presto embriaguez que cada uno por sí solo, por do se vee que assí deve evitarse la multitud de los manjares. Y assí podría<sup>9</sup> traer otros exemplos; pero, con tales ingenios, más fuerça tendrán las razones que ellos, y para esto no faltan muy eficaces y verdaderas.

Quanto a lo primero, las indigestiones y crudezas que causan muchas enfermedades, claro está que provienen de una de dos cosas: la una, porque la calidad de la sustancia en que se convierte el manjar, no es conforme y proporcionada al humor y complisión del hombre; la otra, de la cantidad de la vianda, por no bastar naturaleza a digerir quanto se comió.

Pues, tratando agora del primero destos dos inconvenientes, notoria cosa es que el que ordinariamente come un solo manjar, fácilmente conocerá cuál es pesado o liviano, dañoso<sup>10</sup> o provechoso, y podrá evitar el que sintiere que le ofende, lo qual no sabrá ni podrá hazer el que come muchos juntos, porque no entenderá a cuál dellos deve echar la culpa; y también el que se mantiene de muchos manjares, la substancia que dellos rescibe forçosamente ha de ser de diversas calidades, y no podrán conformarse ni templarse bien los humores que nacen de diversa y varia materia, ni produzir pura ni líquida sangre, y de aquí se siguen las enfermedades, que provienen y se

---

<sup>8</sup> Como indica Mulroney [1930: 84<sup>4</sup>], la fuente sigue siendo Macrobio, *Saturnalia*, VII, 4 (7): «Nec tertium defuisset exemplum, ita esse vitandam ciborum varietatem ut varia solent vina vitari. Quis enim ambigat eum qui diverso vino utitur in repentinam ruere ebrietatem, necdum hoc potus copia postulante?» (Macrobio [1994b: 409]).

<sup>9</sup> *Podría*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), en tanto que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «podía». En el castellano del siglo XVI se utilizaba a veces el pretérito imperfecto de indicativo con valor de condicional (*Keniston*, 32.33 y *Silva*, II, 38<sup>25</sup> y IV, 20<sup>30</sup>).

<sup>10</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «dañoso»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «nocivo».



causan de la discordia y repunancia de los humores. Aliende desto, bien entendemos todos que unos manjares son de liviana digestión y se gastan en breve espacio, y otros de pesada, y tardan más en digerirse; y también todos los médicos nos dicen que, aliende de la digestión primera que se haze en el estómago, tenemos otras tres que de la substancia del manjar se hacen: una en el hígado, otra en las venas, y la postrera en los miembros<sup>11</sup>. Pues sabido y considerado esto, luego está claro todo el daño que de comer muchos manjares se sigue, porque, como cada digestión destas dicen también que se haze por sí y no en un tiempo, acaesce que el manjar que es más liviano, como dixe, y se digiere<sup>12</sup> primero y se convierte en substancia, como el otro tarda, se azeda y corrompe esperando en el estómago, y se causan erutaciones, que groseramente en romance llamamos regüeldos, y congoxas y fatigas<sup>13</sup>; y lo mismo, y por la misma razón, passará en las otras digestiones; lo qual todo cessa en el simple y solo manjar, que no haze diversa tardança ni tiene más de<sup>14</sup> una substancia. Esto es quanto a la crudeza y daño que se causa de la diversa calidad de la substancia de los diversos

<sup>11</sup> Según Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 54], Mejía resume aquí un largo fragmento de las *Saturnalia* (VII, 4, 13-25), en donde se explican extensamente las tres digestiones que se hacen en el cuerpo humano. Es, pues, un ejemplo de cómo operaba nuestro autor, sintetizando sus fuentes en busca de la claridad.

<sup>12</sup> *Y se digiere*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), lo que da coherencia sintáctica plena al periodo oracional; sin embargo, S1-Z1-A1-S2-Z2-S7 dicen «esse digere» (probablemente a causa de una errata motivada por una falsa unión de lo que originariamente pudo ser «e se digere...»); por su parte, A2 intenta corregir desafortunadamente, transcribiendo «esse se digere».

*Digiere*: Así en S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959), pero S3-S7 (por errata o por simplificación del diptongo nacido de la vocal tónica latina: *e* > *ie*) dicen «digire», en tanto que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2 (y 1930) transcriben «digere» (conservando la misma vocal sin diptongar. Dada la ambigüedad de formas, optamos por la solución actual a que dio lugar la evolución de la lengua, esto es, al actual *digiere* recogido en algunas de las ediciones señaladas.

<sup>13</sup> S3-S4-S5-S6: «erutaciones, que groseramente en romance llamamos regüeldos, y congoxas y fatigas»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «erutaciones y fatigas».

<sup>14</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «de»; Z1-Z2: «que».

mantenimientos, aunque fuesen las cantidades iguales que del solo<sup>15</sup>.

Agora vengamos a lo segundo, que es la cantidad demasiada, que dixe que daña y estorva la digestión. Dezíme, ¿qué cosa haze más exceder en esto y comer demasiado que la variedad de los potajes y manjares, que despier- ta el apetito y haze<sup>16</sup> al hombre comer sin gana y lo que no pensava, como oy nos ha passado a todos?; y por el contrario, quando coméis una cosa sola, por muy buena que sea, coméis lo razonable y no más, y assí no se causan las indigestiones ni crudezas<sup>17</sup>, y por esso enfermedades, que con los otros. Para lo qual<sup>18</sup> mandava muy bien Só- crates<sup>19</sup> que evitassen y no comiessen los hombres las viandas y comidas que provocan y despiertan el apetito; de manera que, por lo que agora yo tengo dicho, bastará

<sup>15</sup> La argumentación de todo este párrafo sigue muy estrechamente y de forma abreviada lo desarrollado por Macrobio en *Saturnalia*, VII, 4 (9-29) (Macrobio [1994b: 410-413]).

<sup>16</sup> *Despierta... y haze*: Así en A1-A2-S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959), pero S1-Z1-S2-S3-Z2-S7 (y 1930) transcriben «despierta... y hazen». El primer verbo establece una concordancia gramatical con el núcleo del sujeto («la variedad... despierta...»), mientras que el segundo verbo concierne agramaticalmente con el complemento que forma parte del sujeto: «los potajes y manjares... hazen» (cfr. *Keniston*, 36.32 y *Silva*, I, 15<sup>42</sup>, 23<sup>11</sup>; II, 20<sup>5</sup>, etc.). Puesto que ambos verbos van coordinados, parece lo más lógico igualarlos también en su forma de singular.

<sup>17</sup> *Crudezas*: «Alimentos que se detienen en el estómago, por no estar bien digeridos» (*DRAE*, s.v. «crudeza»).

<sup>18</sup> *Lo qual*: Siguiendo a 1928-1947-1959, corrijo a S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930), donde se lee «la qual». Aunque en la prosa de Mejía encontramos frecuentes y diversos casos de discordancia gramatical entre el sustantivo y el pronombre que lo sustituye, en este caso no se distingue bien dónde se halla el referente de «la qual» (¿tal vez «indigestiones», «crudezas» o «enfermedades», pero entendiéndolas ahora como un concepto único y, por lo tanto, en singular?). Entendemos que esta es una solución excesivamente complicada; nos parece más elemental concebir el relativo en femenino como una simple errata reiterada en las sucesivas ediciones.

<sup>19</sup> La fuente, según Mulroney [1930: 85<sup>5</sup>], se encuentra en Macrobio, *Saturnalia*, VII, 4 (32): «Hinc Socrates suadere solitus erat illos cibos potusve vitandos, qui ultra sitim famemve sedandam producant adpetentiam» (Macrobio [1994b: 413]). En realidad, todo el párrafo está basado en Macrobio, *Saturnalia*, VII, 4 (30-33) (Macrobio [1994b: 413]).

para saber cuán dañoso es a la salud y vida del hombre el uso de muchos y diversos mantenimientos, que es lo que propuse. Pero, aunque en esto no fuesen dañosos<sup>20</sup>, por sola virtud se devrían evitar, por huir el vicio y delectación que dello se toma, que no puede ser cosa más contraria a la virtud de la continencia y abstinencia. Y pues hablo con discretos y virtuosos, no quiero más dezir, y también porque no parezca que reprehendo al señor don Bermudo en lo que oy ha hecho con nosotros.

### DON BERMUDO

Yo no lo tomo por mí, porque creo que antes he pecado de corto que de largo; pero, comoquiera que sea, quiero oír lo que dirá el señor Arnaldo, porque cierto vos avéis hablado como un doctor de la reina.

### ARNALDO

Esso se ha de juzgar desque yo aya respondido; pero quisiera que se alçara antes la mesa, porque me oyérades con mejor atención.

### MAESTRO

Todos queríamos ya esso, pero esta desorden ha de llevar su horden; vuestra merced, que no come, diga su respuesta, pues es plática que haze al propósito y conforma con las leyes de combite.

### BALTASAR

Yo mucho desseo que lo diga bien, porque no salga Antonino con hazernos comer una cosa sola.

---

<sup>20</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «dañosos»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «nocivos».

ARNALDO

La verdad es, señor Antonino, que lo avéis dicho por tan buen estilo que por poco pareciera<sup>21</sup> que teníades razón, y más aviendo procurado de lisongear a la virtud y tomar la temperança de vuestra parte; puesto me avéis en necesidad de afilarme un poco, porque la verdad no padezca por mi culpa. En mi respuesta, pues, guardaré la orden que vos llevastes; y por esso tratemos primero de los exemplos, los quales cierto más fueron hermosos y aparentes que ciertos<sup>22</sup>.

Lo primero que dezís de los animales y aves usar de simples manjares y por esso no padescer tantas enfermedades como los hombres, en ambas cosas os engañáis, que ni se mantienen de simples mantenimientos ni están más seguros<sup>23</sup> de enfermedades que nosotros; y para prueba desto, basta la variedad de las yervas de los prados, simientes y frutas dellas, de las quales unas son dulces y otras amargas, unas de calidad fría, otras de caliente; de tal suerte que no ay cozinero que tantos potajes ni guisados sepa hazer quantos supo naturaleza diferenciar<sup>24</sup> en las yervas de que gozan y comen los animales y aves, como lo significa bien Eupolo<sup>25</sup>, poeta cómico griego, donde

<sup>21</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «pareciera»; Z1-Z2: «parecería».

<sup>22</sup> Como afirma Mulroney [1930: 86<sup>6</sup>], en la argumentación que Arnaldo desarrolla a continuación, hasta el final de su parlamento, Mejía sigue muy de cerca a lo que, casi punto por punto, defiende Eustatio —paladín de la dieta variada— en Macrobio, *Saturnalia*, VII, 5 (6-32) (Macrobio [1994b: 414-419]).

<sup>23</sup> *Seguros*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «seguras», concertando solo con «aves» y no con «animales y aves», en un caso parecido a otro que registramos más abajo, en *Diálogos*, II, 2-2<sup>27</sup> (cfr. Keniston, 26.82 y 26.871 y Silva, I, 13<sup>44</sup>).

<sup>24</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «diferenciar»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «variar».

<sup>25</sup> Como indica Mulroney [1930: 86<sup>7</sup>], Eupolis es alegado por Macrobio, en *Saturnalia*, VII, 5 (8): «Notus est omnibus Eupolis, inter elegantes habendus veteris comoediae poetas. Is in fabula quae inscribitur Αἰγες inducit capras de cibi sui copia in haec se verba iactantes...» (Macrobio [1994b: 414]). De Eupolis (446-411 a.C.), poeta contemporáneo de Cratino y rival de Aristófanes, solo se han conservado fragmentos de algunas de sus comedias; aparece citado, junto a Aristófanes, por Luciano de Samosata en su diálogo titulado *La doble acusación* (Vian Herrero [1982: I, 266]).

introduce a las cabras jatándose<sup>26</sup> de la copia y diversidad de manjares de que gozan.

Pues el no estar más seguros<sup>27</sup> de enfermedades que los hombres, a Homero<sup>28</sup> os alego por testigo, que dize que la pestilencia tuvo origen de las ovejas y que ellas la pegaron a los hombres. Pero ¿qué necesidad tengo de traer autores<sup>29</sup> donde tanta experiencia tenemos? Y también es bastante prueba para que los animales y aves padecen enfermedades, ver la breve vida que biven, pues ninguno dellos conoscemos que llegue a la hedad del hombre, si no son los cuervos, que aun lo tengo por fábula; a lo menos no lo causa comer de un manjar solo, porque no ay carne ni savandija<sup>30</sup> ni fruto de árbol que no coman<sup>31</sup>, y

<sup>26</sup> *Jatándose*: «Jactándose», por simplificación del grupo consonántico culto. Aquí Mejía opera con su fuente empleando sistemáticamente la *amplificatio* léxica y sintáctica, en busca de la claridad y de la estética impuesta por la retórica del momento (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 54-55]).

<sup>27</sup> *Seguros*: Alteramos la lectura de S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), donde se dice «seguras», produciéndose una nueva concordancia irregular solo con «aves» y no con «animales y aves», como acabamos de señalar arriba en relación con este mismo término (cfr. *Diálogos*, II, 2-2<sup>23</sup>). Aquí el sustantivo al que alude «seguras» continúa siendo «los animales y aves», que aparece un poco antes («gozan y comen los animales y aves...») y un poco después («bastante prueba para que los animales y aves...»), pero con la interferencia semántica que produce el referirse, en medio de todo ello, a los casos concretos de «las cabras» y «las ovejas».

<sup>28</sup> Como afirma Mulroney [1930: 86<sup>8</sup>], Homero también es alegado por Macrobio, *Saturnalia*, VII, 5 (10): «Quod autem non facilius morbis homines quam pecudes occupentur, Homero teste contentus sum qui pestilentiam refert a pecudibus inchoatam, quando morbus, antequam in homines posset inrepere, facilius captis pecoribus incubuit» (Macrobio [1994b: 415]). De la peste que asoló el campo de los aqueos trata Homero en *Iliados*, I; pero posiblemente la alusión a Homero no es directa, sino que Mejía la realiza —como se ha dicho— a través de Macrobio.

<sup>29</sup> S3-S4-S5-S6: «autores»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «auctor».

<sup>30</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «savandija»; Z1-Z2: «savandijas».

<sup>31</sup> *Coman*: El sujeto de este verbo es «los cuervos»; sin embargo, S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «coma» y en Z1-Z2 se lee «come», concibiendo el sujeto —que se encuentra algo alejado del verbo— en singular (la especie de «los cuervos»). La discordancia gramatical entre el sujeto y el predicado era fenómeno frecuente en la sintaxis castellana del siglo XVI (Keniston, 36.415 y 36.511; y Silva, I, 8<sup>9</sup> y IV, 5<sup>21</sup>). Con todo, para no distorsionar la lectura, restablecemos la concordancia gramatical. Tampoco puede descartarse la existencia de un lapsus tipográfico, producido al omitir la tilde de nasalización (~) sobre la última vocal del verbo.

no es menor la excessiva hambre<sup>32</sup> dellos que la vida que dizen que biven.

El exemplo segundo que traéis, de que los médicos dietan<sup>33</sup> los enfermos con solo un manjar, ninguna fuerça tiene contra mí, porque esso no se haze sino al principio del mal, a fin que coman menos con el fastidio de un manjar solo, y aun de aquel no dexan comer lo que a vezes querrían, porque naturaleza no puede entonces sino con poco; que quando el enfermo tiene necessidad de esforçarlo y darle mantenimiento, antes usan de lo contrario, que es darle diversos manjares por abrir y incitar el apetito, con tanto que<sup>34</sup> sean sanos y contrarios al humor que peca. Porque veáis quán al revés va el negocio de como pensáis.

Y lo que dezís de la mezcla de los vinos, también haze poco al caso, porque es muy diversa la razón de la comida al beber<sup>35</sup>, porque el muy harto, si no beve, no se embriaga por varios manjares que coma, y el que beve mucho, luego padesce lisió en el seso, porque el vino, como

---

<sup>32</sup> *La excessiva hambre*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «la edacidad y hambre». El término *edacidad* (del latín *edacitas*, -atis, «voracidad») es cultismo crudo que no hizo fortuna; probablemente el propio Mejía, sintiéndolo como extraño, le buscó una sustitución en el texto de S3.

<sup>33</sup> *Dietan*: *Dietar* o *adietar* significa lo mismo que «poner a dieta» (*DRAE*, s.v. «dietar» y «adietar»). Puede usarse como verbo transitivo —tal es el caso que nos ocupa— o como pronominal.

<sup>34</sup> *Con tanto que*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959), mientras que S3 (y 1930) dicen solo «con tanto». Al parecer, ambas formas son posibles en esta conjunción de salvedad, aunque *Keniston* (29.781) solo alega este lugar de S3 como ejemplo de *con tanto*. Otras veces se suprime la preposición introductoria, quedando la fórmula conjuntiva en *tanto que* (cfr. *Silva*, I, 4<sup>12</sup>). No parece, pues —si es que no hay un *lapsus* tipográfico de por medio— que *con tanto* fuera la forma escrita más usual para esta conjunción.

<sup>35</sup> *Porque es muy diversa la razón de la comida al beber*: Falta esta frase en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero se encuentra en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7. Aunque el periodo sintáctico no queda por ello estragado, entendemos que la ausencia de la frase en S3 se debe a un salto de igual a igual, arrastrado en sucesivas ediciones: el cajista ha pasado del inicio de la primera frase —«*porque es muy diversa...*»— al de la siguiente —«*porque el muy harto...*»—, pues ambos comienzos son idénticos.

por natura es más liviano y caliente, sube luego a la cabeza; y por esto se vedan vinos mezclados<sup>36</sup>, porque no suban súbitos y diversos calores que, con la estrañeza y fuerza doblada, ofenden; lo qual en el manjar no se teme, porque sus vapores no suben con ímpetu, sino templadamente y comenzando a hazer la digestión<sup>37</sup>. Assí que, quanto a vuestros exemplos, no ay que temer.

Por tanto, vengamos a las razones; las quales, bien entendidas, no tienen más fuerza, aunque tienen más apariencia<sup>38</sup>. Porque, en lo que toca a que el comer demasiado es dañoso y impide la digestión, no ay que disputar, porque ambos conformamos en ello; pero desta demasía digo que no tiene culpa la variedad de los manjares, como luego mostraré. Mas en lo que afirmáis que en igual cantidad es menos provechosa la diversidad dellos, digo también que ninguna razón tenéis, porque antes es más conforme a naturaleza y ni impide la digestión ni la buena nutrición. Porque, primeramente, tengo por falso supuesto el en que os fundáis<sup>39</sup>, que la substancia que se

<sup>36</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «se vedan vinos mezclados»; Z1-Z2: «se vedan mezclados».

<sup>37</sup> S3-S4-S5-S6: «sino templadamente y comenzando a hazer la digestión»; «sino templados y comenzada a hazer la digestión» (S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7).

La fuente —tal como indica Mulroney [1930: 87<sup>9</sup>]<sup>9</sup>— sigue siendo Macrobio, *Saturnalia*, VII, 5 (13-15): «Quis enim umquam edendo plurimum mente sauciatus est, quod in bibendo contingit? [...] Potus ut natura levior mox altum petit et cerebrum, quod in vertice locatum est, ferit fumi calentis aspergine. Et ideo varia vina vitantur ne res, quae ad possidendum caput repentina est, calore tam diverso quam subito consilii sedem sauciet. Quod aequè in cibi varietate metuendum nulla similitudo, ratio nulla persuadet» (Macrobio [1994b: 416]). Mejía, en parte, está comprimiendo aquí el texto de Macrobio (Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 55-56]).

<sup>38</sup> *Aparencia*: «Lo mismo que apariencia» (*Autoridades*, s.v. «aparencia»). Cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>67</sup>.

<sup>39</sup> *El en que os fundáis*: Debe entenderse «en el que os fundáis». En la lengua del siglo XVI, una preposición que introdujese un pronombre relativo podía ser atraída por este, colocándola fuera del lugar en que la usamos actualmente. Cuando el relativo dependía de un artículo, lo más frecuente era colocar, delante del relativo, primero la preposición y luego el artículo, tal como hacemos hoy día, si bien la ordenación inversa —como ocurre aquí— también era posible (Keniston, 41.23; y Silva, I, 11<sup>10</sup>, 25<sup>14</sup>, 42<sup>10</sup>, 45<sup>15</sup>; y IV, 14<sup>2</sup>).

produze<sup>40</sup> de diversos manjares, por la variedad dellos, sea contraria a los cuerpos y causa<sup>41</sup> discordias y destemplanças en los humores; porque, como nuestros cuerpos son compuestos y constan de quatro diversos humores (cólera, melencholíá, flema<sup>42</sup> y sangre), que corresponden a los quatro elementos (al fuego la cólera, la melencholíá a la tierra, al aire la sangre, y la flema al agua), y por esto somos de quatro calidades (conviene saber, frío, caliente, húmido y seco), tenemos conocida necesidad de ser sustentados de cosas que las tengan y puedan ayudar a cada

<sup>40</sup> *Que la substancia que se produze*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero S3-S4-S5-S6 dicen «que la substancia *en* que se produze», con manifiesta incongruencia sintáctica que hemos considerado como errata reiterada.

<sup>41</sup> *Causa*: Así aparece en S1-A1-Z1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930-1959), pero debe entenderse «cause» (bajo tal forma se halla en 1928-1947). Se usa aquí el presente de indicativo con significación de presente de subjuntivo, fenómeno documentado con anterioridad (*Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup>).

<sup>42</sup> *Cólera*: Bilis, «humor cálido, seco y amargo, que imita el color amarillo. Es uno de los quatro que residen en el cuerpo humano. Se halla en el estómago, passa a las venas y al intestino, y según la parte en que predomina o se destemplança, causa diferentes enfermedades, como vómitos y otras» (*Autoridades*, s.v. «cólera»).

*Melencholíá*: Melancolía, bilis negra o atrabilis, que es «uno de los quatro humores del cuerpo humano, que la Medicina llama primarios. Es frío y seco, y se engendra de la parte más grossera del chylo, y es como borra o heces de la sangre. Sirve de alimentar las partes del cuerpo que tienen su mismo temperamento, como el bazo, los huessos, etc. Es voz griega, de quien la tomaron los latinos, y se pronuncia la *ch* como *k*» (*Autoridades*, s.v. «melancholía»). S1-S2-A1-A2-S6-S7 registran la voz bajo la forma «melencolía» (S3-S4-S5 escriben «melencholíá»), en tanto que Z1-Z2 leen «malencolía». El término fluctuó arbitrariamente en su composición gráfica y fonética desde el siglo XIII hasta el XVII: junto a la forma *melancolía*, aparecen variantes como *malenconía*, *malanconía*, *malancolía*, *malencolía*, etc., explicables por metátesis, disimilación consonántica o analogía vocálica (cfr. *Corominas*, s.v. «melan-»).

*Flema*: «Uno de los quatro humores que se hallan en nuestro cuerpo, cuya naturaleza es fría y húmeda. Créase principalmente en el estómago, y auméntase en el invierno y con los manjares fríos y húmedos, difíciles de cocer y pegajosos» (*Autoridades*, s.v. «flema»). En Z1-Z2 se lee «flema», pero S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «flemas», plural que no parece concertarse adecuadamente con los nombres de los otros tres humores que acompañan a este y que —como era costumbre— van en singular. El plural *flemas* se empleaba más bien para designar las secreciones corporales de este humor (*Autoridades*, s.v. «flemas»).



una dellas, porque regla es cierta y confessada por todos un semejante ayudar a su semejante<sup>43</sup>. Pues preguntóos yo: el que no come sino un solo mantenimiento, que es claro que no da sustancia sino conforme a su calidad que llaman predominante<sup>44</sup>, ¿cómo sustentará en su fuerza y vigor las otras tres?; mal por cierto. Claro, pues, queda de aquí que, pues el hombre no es de una sola calidad, que no se ha de mantener de una cosa sola, sino de muchas y diversas y de diversas calidades; lo qual nos dio bien a entender Dios, nuestro Criador, que aun el aire que nos cerca y con que respiramos no quiso que fuesse de una sola calidad, sino húmido y caliente, ni aun quiso que se estuviesse siempre en un ser, sino que se alterasse a vezes más o menos y tuviesse mestura<sup>45</sup> y casi compañía con los otros elementos, porque era imposible sustentarnos de una calidad los que, como está dicho, somos compuestos de quatro. Y assí los otros tres elementos, agua y tierra y fuego, tienen también cada uno dellos dos diversas calidades de las dichas, que el fuego es caliente y seco, el agua húmida y fría, y la tierra fría y seca; y estas se pueden alterar y mezclar con los otros, de do proviene la generación de las cosas para nuestro sustentamiento. Y pues esto es assí, contra toda razón queréis vos que nos mantengamos de manjar simple y sencillo.

Lo otro que dexistes, que esta diversidad de manjares causa crudeza y mala digestión, a mi juizio menos razón lleva que lo dicho; y ayuda muy poco lo que medicinalmente tratastes de las quatro digestiones, porque aquellas

---

<sup>43</sup> La correspondencia entre los cuatro humores constitutivos del cuerpo humano y los cuatro elementos componentes del universo remite a la concepción del hombre como un microcosmos, idea de rancio abolengo en la tradición occidental (Green [1969: II, 166-167], Ferreras [1985c: 325-328] y Rico [1986: 11-45]).

<sup>44</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «calidad que llaman predominante»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «calidad predominante».

<sup>45</sup> *Mestura*: Mixtura, «mezcla» (*DRAE*, s.v. «mestura», que lo recoge como arcaísmo). La forma *mestura* aparece ya a mediados del siglo XIII en el *Libro de Alexandre* y procede del término latino *mixtura*, derivado de *mixtus* (*Corominas*, s.v. «mecer»).

no se impiden ni embaraçan las unas a las otras con los diversos manjares por ser más rezios o<sup>46</sup> fáciles, si la cantidad no peca, porque no es tan mal oficial naturaleza que espera a que se confunda y corrompa, como fingís, para hazer la segunda o tercera digestión, ni se toma esto súbitamente<sup>47</sup> y a un punto, antes las virtudes naturales saben obrar a sus tiempos, y llevar lo digerido<sup>48</sup> a su sazón y esperar a lo que queda; y para este efecto aconsejan que se coman al principio las cosas que son más fáciles de gastar, porque camine primero el nutrimento dellas, quanto más que, aunque se coma una cosa sola, passa como yo lo digo, que como no son todas sus partes del manjar de un peso ni fuerça, sino que ay más o menos, sabe naturaleza discretamente gastar lo más sutil primero, y aprovecharse dello, en estando sazonado. De manera que, quanto a esto, no haze impedimento la diversidad de los manjares; antes verdaderamente todos tenemos experiencia que de varias y diversas cosas come hombre más y lo gasta mejor que quando come de una sola, si come de igual cantidad, y parece que hasta en esto se huelga naturaleza con la variedad<sup>49</sup>.

Y a lo que después desto truxistes, que los diversos manjares despiertan el apetito y hazen comer demasiado

---

<sup>46</sup> O: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «y», entendemos que por errata reiterada, ya que el valor disyuntivo de la frase es patente. Lo que se pretende decir es que las digestiones no se hacen más o menos pesadas («las quatro digestiones... no se impiden ni embaraçan») porque, con la variedad de alimentos, estos puedan ser más o menos fáciles de absorber («los diversos manjares... ser más rezios o fáciles»), sino por la cantidad que de ellos se pueda ingerir («si la cantidad no peca»). El valor semántico de oposición («rezios o fáciles»), queda artificial y arbitrariamente alterado por S3 y las ediciones que la siguen, al equiparar en un mismo plano de igualdad («rezios y fáciles») dos elementos contrarios en su misma significación.

<sup>47</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «toma esto súbitamente»; Z1-Z2: «toma súbitamente».

<sup>48</sup> A1-S3-A2-S4: «llevar lo digerido»; S1-Z1-S2-Z2-S5-S6-S7: «llevarlo digerido».

<sup>49</sup> En este párrafo —según Conde Parrado y González Manjarrés [1999: 56]—, Mejía está ampliando, con aportaciones de su propia cosecha, el texto de Macrobio que le sirve de fuente: *Saturnalia*, VII, 5 (22).

y se siguen los inconvenientes dichos, digo que ya es esso venir a confessar que la cantidad es la que empece, y no la variedad, que es la que yo defiendo; pero aun en esso no tenéis razón, porque para esso es la templança y cordura de los hombres, que los que la tienen, entre los mejores manjares del mundo, saben tener tiento, y los otros, de qualquiera que sea, comen hasta hartarse y ahitarse; de manera que al destemplado qualquiera vianda le es dañosa por sola que venga, pero el cuerdo en la variedad puede gozar de la elección y tomar lo que le aprovecha y librarse<sup>50</sup> del peligro de quando es uno el manjar y a él no le conviene, donde la necesidad le haze comer lo que le daña. Y con esto pudiera complir por respuesta para lo que dexistes, que, aunque no fuesse la variedad de los manjares dañosa para la salud corporal, por huir la delectación y sabor, que dezís ser vicio contrario a la virtud de la abstinencia, se devría escusar. Pero todavía es bien que entendáis que la delectación y sabor, que en latín llamamos *voluptas*, no es siempre enemiga de la virtud ni reprehensible sino quando es desordenada<sup>51</sup> y con exceso y contraria<sup>52</sup> a la ley de Dios, porque, si lo fuesse, contino pecaríamos cada día en hazer adereçar y guisar la comida

---

<sup>50</sup> *Librarse*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero S3-S4 dicen «librase», posiblemente por errata. Sin embargo, a pesar de este *lapsus* de impresión, también cabría leer la frase, aunque más forzadamente, del siguiente modo: «y librase del peligro...». Por este motivo, registramos la diferencia textual como variante y no como errata.

<sup>51</sup> *Desordenada*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), concertando con «delectación», con «voluptas» y con «enemiga»; pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «desordenado», concertando con «sabor». Nuevo caso de concordancia del adjetivo con uno solo de los sustantivos a los que hace referencia, ya registrado antes (cfr. *Diálogos*, II, 2-2<sup>23</sup> y II, 2-2<sup>27</sup>).

<sup>52</sup> *Contraria*: Así en 1959, pero S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947) dicen «contrario», con manifiesta falta de coherencia con el género del adjetivo anterior, a cuya serie pertenece. Se trata del mismo fenómeno señalado en la nota anterior, pero aquí la solución se produce de manera unánime, eligiendo el masculino en lugar del femenino. Todo el párrafo está repleto de este juego ambiguo en torno al género de los adjetivos, que unas veces se refieren a *delectación* y otras a *sabor* (o a una expresión abstracta en masculino, mentalmente imaginada, como pudiera ser «esto» o «todo esto»).

para que sepa bien, y en no comer hasta aver hambre por comerlo con sabor, y en oír música<sup>53</sup> y en otras cosas que con delectación gozamos; y podemoslo hazer justamente, porque la delectación y gusto dentro de sus límites no es reprehensible, sino lícito y natural, si con modo y tiento se usa dél. Pero poco hago en desculpar el gusto y sabor en el comer, pues merece ser alabado como necessario y provechoso, porque el manjar que con cudicia y sabor se come, con facilidad se passa<sup>54</sup>, como cosa que agradablemente rescibe y abraça naturaleza, y el que con poco apetito y gusto, siempre da pesadumbre y trabajo; de manera que contra razón reprehendéis la variedad de manjares porque den sabor y despierten<sup>55</sup> el apetito, pues es la salud y vida del hombre tenerlo bivo y despierto, y si lo tiene perdido, se enflaquesce y desmaya<sup>56</sup>. Porque, como en la mar con el viento próspero puede el que navega acortar y plegar las velas y caminar, si quisiere<sup>57</sup>, con menos priessa, y si tiene calma y le falta, no es en su mano mover el viento ni caminar, assí el apetito y cudicia demasiada de comer puédese con el seso y tiento refrenar, pero si

<sup>53</sup> *Música*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7; sin embargo, S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «missa», lo que obviamente es errata clara, ya que no parece lógico decir que «contino pecaríamos cada día... en oír missa».

<sup>54</sup> *Se passa*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «se gasta». Ambas lecturas son posibles. *Pasarse* puede admitirse como sinónimo de *gastarse*, en el sentido de «acabarse o dejar de ser» (*DRAE*, s.v. «pasar», acepción 50); aunque también, en el contexto que nos ocupa, podría admitirse el sentido de «deglutir, tragar» (*DRAE*, acepción 15), si bien más forzadamente. Con esta última acepción, *Autoridades* alega un pasaje de fray Luis de Granada, en tanto que, con la significación primera, aduce un fragmento del *Carro de las donas* de Francisco Jiménez o Eximenis (siglo xv).

<sup>55</sup> *Despierten*: Así en S2-S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), concertando con «manjares; pero S1-Z1-A1-A2-Z2 dicen «despierte», concordando con «variedad [de manjares]» (véase *Diálogos*, II, 2-2<sup>16</sup>).

<sup>56</sup> Según Mejía —de acuerdo con los moralistas de la época—, el placer solo se justifica en función de una necesidad natural. En concreto, el gusto por la comida se explica aquí como medio de sustentación y supervivencia; pero esa tendencia a lo que apetece siempre debe estar templada por el discernimiento y la voluntad en el hombre libre (Ferrerías [1985c: 521-523]).

<sup>57</sup> S3-S4-S5-S6: «quisiere»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «quiere».

se cae y pierde, vase el hombre a la muerte y no tiene fuerza para despertarlo<sup>58</sup>. Y pues nos sustentamos con manjar y con comer, y el apetito y gusto es la guía y medio para esto, antes devíamos de trabajar de lo sustentar que de derribarlo, y no falte la razón para refrenarlo quando conviniere. Assí que concluyamos, señor Antonino, con que ni por esta ni por otra razón no devemos huir la variedad de los manjares, pues por todas es buena. Y no ay más que porfiar en este propósito, ni yo quiero ser más largo; con que protesto, en el fin, que siempre saco desta mi regla el excesso y extremos, que comúnmente son malos.

#### BALTASAR

Mucho, señor, he holgado de oíros, y si el señor Maestro lo ha de determinar, lo que él dixere será lo mejor, pero yo a la opinión de Arnaldo me atengo; y en tanto que se determina, álcese esta mesa y entendamos en embiar por nuestros cavallos y imos hemos al campo a los toros.

#### MAESTRO

Señores, yo os he engañado en daros<sup>59</sup> a entender que sería vuestro juez, y hízelo por gozar de lo que se ha dicho, que cierto ha sido todo discretamente tractado. Pero esta cosa no es de mi facultad determinarla, porque toca a los señores médicos; dexémosla para ellos. Y cada uno use en tanto aquello que la experiencia le mostrare serle a él

---

<sup>58</sup> Macrobio, *Saturnalia*, VII, 5 (30): «Nam sicut in mari gubernatores vento suo etiam si nimius sit, contrahendo in minorem modum vela praetervolant et flatum cum est maior coercent, sopitum vero excitare non possunt, ita et adpetentia cum titillatur et crescit, rationis gubernaculo temperatur, si semel ceciderit, animal extinguitur» (Macrobio [1994b: 419]). Como puede verse, el ejemplo aducido aquí —al igual que la parte argumentativa que le precede y le sigue, y que no reproducimos por su extensión— es casi una traducción literal de Macrobio, *Saturnalia*, VII, 5 (Mulroney [1930: 90<sup>10</sup>]).

<sup>59</sup> S3-S4-S5-S6: «daros»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «dar».

más provechosa<sup>60</sup>. Porque cierto en esto de la comida son tan diversas las complisiones y estómagos de los hombres, que no se puede dar regla común, sino que cada uno ha menester la suya. En una cosa me determino yo y sé que<sup>61</sup> es buena para todos; y esta es la templança en el comer y beber, sea de uno solo o de diversos manjares. Y esta regla se lleve oy de aquí y no se hable más en la cuestión; y quiero dar las gracias y tomo licencia para apartarme a rezar y después irme a mi posada, pues queréis ir a vuestros toros.

### ANTONINO

Señor Arnaldo, hágoos saber que no faltaría qué responder a lo que avéis dicho, pero, porque me lo mandan, quiérollo dexar; y también porque no he guardado lo que defiende, antes he comido casi de todo<sup>62</sup>.

### DON BERMUDO

Está bien mirado assí y ambos lo avéis dicho como grandes philosophos; y esto os baste. Y salgamos a la chimenea y quedarse ha aquí el señor Maestro; y de aí nos iremos quando nos pareciere, y él hará lo mismo.

### ORDOÑO

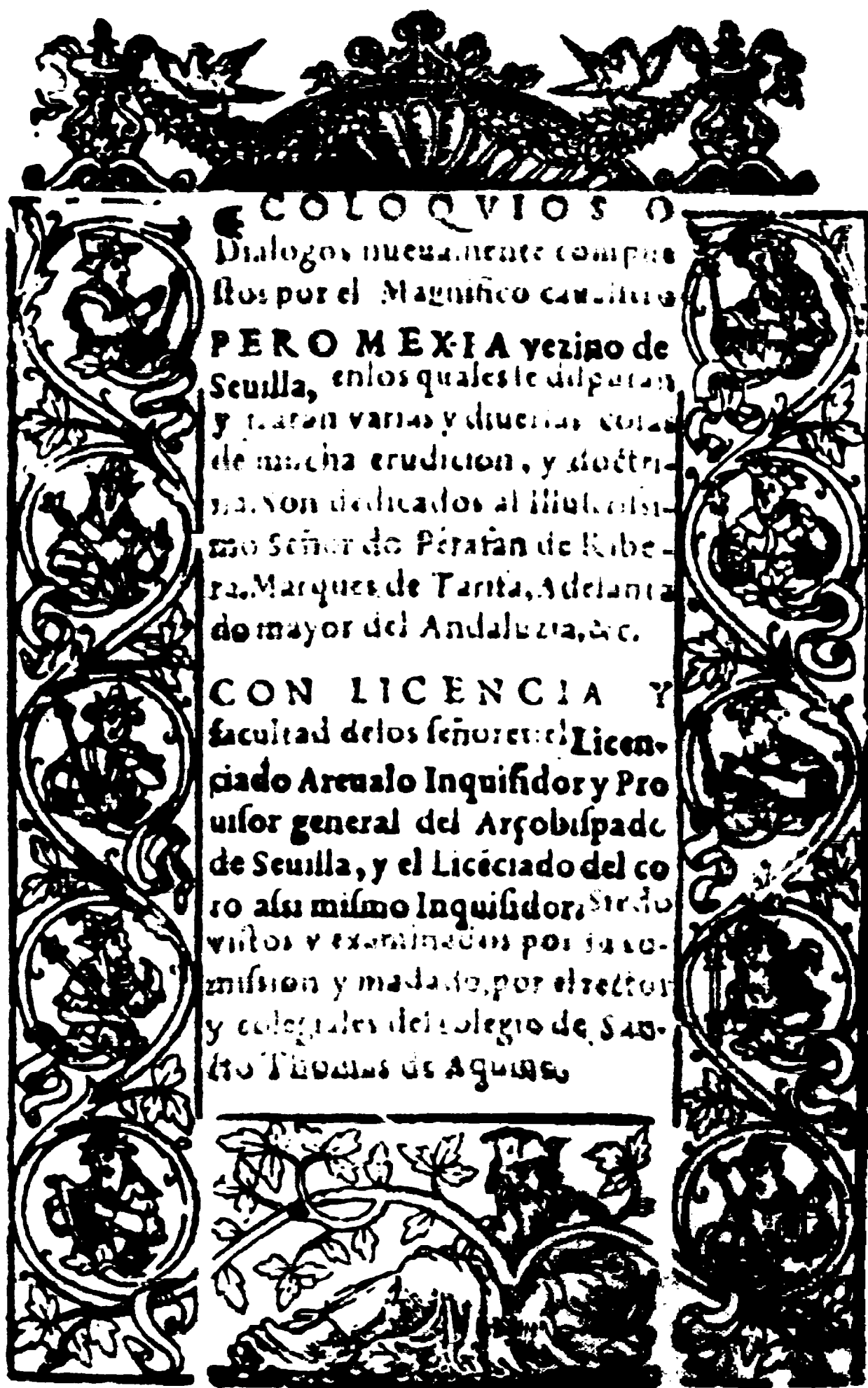
Sea assí y vamos en buen ora.

---

<sup>60</sup> *Provechosa*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6 (y 1930), concertado con «esta cosa», que «no es de mi facultad determinarla..., dexémosla...»; sin embargo, Z1-Z2-S7 (y 1928-1947-1959) dicen «provechoso», haciendo concordar el adjetivo con «aquello que la experiencia le mostrare...». Nuevo caso de indefinición o concertación ambigua entre el sujeto y el atributo (cfr. *Diálogos*, II, 2-2<sup>51</sup>).

<sup>61</sup> S3-S4-S5-S6: «sé que»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «sé cierto que».

<sup>62</sup> Con una salida parecida —en *Saturnalia*, VII, 4 (33)— hace Macrobio que Disario —*alter ego* del Antonino de Mejía— concluya su defensa de la *cota simple*.



Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Zaragoza, Viuda de Bartolomé de Nágera, 1562 (Z2)

# *Coloquio del Sol*



del Sol, lxxx,

¶ Paulo.



Ayer oyo missa, o buscase la? (Petronio) Ya la he oyo vna hora ha, porque yo lo primero que pago en entrado en la yglesia es oyrla. (Paulo) Esto due ser por tenerlo hecho, y auer ya passado aquel trabajo. (Petronio) No lo pago por esto en verdad / sino porque no se ofrezca alguna cosa, q me lo estorue, o alguna platica q me qte essa poca deuociõ q traygo. (Paulo) Assi lo creo, y el auiso me parece bueno, q burlado lo dezia. Pero yo cõfesso mi pecado, que la dilato las mas vezes, y aun como aqui ay tantos en quien escoger, siempre espero que salga alguno que me contente, y me parezca que la dira mas presto, y algunos tengo ya conocidos tan espaciosos, que sino fuesse no auiendo otro, no les oyria su missa, aunque me diessen la pitança. (Petronio) Tambie creo que dezis esto burlado, pero verdaderamente en esto (como en

Página inicial del «Coloquio del Sol»,  
Sevilla, Cristóbal Álvarez, 1551

## Coloquio del Sol

EN EL QUAL<sup>1</sup> SE TRATA Y PRUEVA CLARAMENTE SER EL SOL MAYOR QUE LA TIERRA, Y LA TIERRA MAYOR QUE LA LUNA, Y CÓMO SIENDO LA TIERRA REDONDA, SE SOSTIENEN LOS HOMBRES POR TODAS PARTES EN ELLA; Y DESPUÉS SE TOCAN Y SE DETERMINAN OTRAS QÜESTIONES NATURALES Y COSAS DE GUSTO Y ERUDICIÓN<sup>2</sup>.

Los interlocutores se fingen juntar en la iglesia mayor<sup>3</sup> de Sevilla.

PAULO, PETRONIO, ANTONINO, LUDOVICO.

PAULO

¿Avéis oído missa o buscáisla?

---

<sup>1</sup> S3-S4-S5-S6: «Coloquio del Sol. En el qual...»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Coloquio del Sol. Coloquio en el qual...».

<sup>2</sup> Al margen de las fuentes que Mejía utiliza aquí —y que señalamos en las correspondientes notas—, los temas astronómicos que con tanto detenimiento se tratan en este coloquio constituyeron punto de atención y de debate permanente entre los humanistas sevillanos del siglo XVI, reunidos en torno a la Casa de Contratación de Indias (Fernández Jiménez [1980: 15-16] y Ferreras [1985c: 138]), de la que nuestro autor formó parte como cosmógrafo (Carriazo [1945: xxiii-xxix]).

<sup>3</sup> *Iglesia mayor*: «Se llama la cathedral o colegial respecto de las demás iglesias, o la que en cada pueblo se tiene por principal» (*Autoridades*, s.v. «iglesia mayor»). Obviamente, aquí se está aludiendo a la catedral hispalense.

PETRONIO

Ya la he oído una hora ha, porque yo lo primero que hago, en entrando en la iglesia, es oírla.

PAULO

Esso deve ser por tenerlo hecho y aver ya passado aquel trabajo.

PETRONIO

No lo hago por esso en verdad, sino porque no se ofrezca alguna cosa que me lo estorve o alguna plática que me quite essa poca devoción que traigo.

PAULO

Assí lo creo; y el aviso me parece bueno, que burlando lo dezía. Pero yo confieso mi pecado, que la dilato las más vezes, y aun, como aquí ay tantos en quien escoger, siempre espero que salga alguno que me contente y me parezca que la dirá más presto; y algunos tengo ya conocidos tan espaciosos que, si no fuesse no aviendo otro, no les oiría su missa aunque me diessen la pitaña.

PETRONIO

También creo que dezís esso burlando; pero verdaderamente en esto, como en todo, son trabajosos los estre-mos, porque dezir la missa muy corrida es cosa indevota, y si se tardan mucho en dezirla, algunas vezes no dura tanto la devoción como ella. Y por esso es bueno un medio y no ser muy largo ni breve.

PAULO

No burlava, en verdad, antes os digo que soy tan ruin, que no solamente se me quita la devoción en la

missa larga, pero en forma<sup>4</sup> alguna vez me enoja el que la dize.

PETRONIO

Esse enojo no es razonable; y en penitencia desse pecado, sería bien oír la más larga que hallásedes.

PAULO

Donosa cosa sería hazer penitencia que fuesse multiplicando<sup>5</sup> el pecado, si lo ay; mejor aviso me paresce que es huir la ocasión, como lo hago<sup>6</sup>, en buscar el más liberal en dezirla<sup>7</sup>.

PETRONIO

Donaires son todos esos que pueden passar; pero, si de verdad sentís esso vos, no hazéis mal en lo que hazéis, aunque mejor sería tener paciencia para todo; pero, pues ambos avemos oído nuestras missas, vámonos allí a assentar<sup>8</sup> donde están Ludovico y Antonino, que también la avrán oído, según están hablando de propósito, y estaremos en buena conversación hasta que sea hora de irnos a comer<sup>9</sup>.

<sup>4</sup> *En forma*: «Bien, ciertamente, en verdad» (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>98</sup>).

<sup>5</sup> *Multiplicando*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «multiplicado», lectura que podría considerarse como errata, si se interpreta que se ha omitido la tilde de nasalización sobre la *a*. Sin embargo, el participio podía adquirir ocasionalmente en el siglo XVI una significación activa (*Keniston*, 38.6), adquiriendo el sentido de un gerundio (cfr. *Silva*, I, 15<sup>43</sup>).

<sup>6</sup> S3-S4-S5-S6: «como lo hago»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 «como yo lo hago».

<sup>7</sup> S3-S4-S5-S6: «en dezirla»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «en dezir la missa».

<sup>8</sup> *Allí a assentar*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5 (y 1930) dicen «allí assentar», entendemos que por un caso de «*a* embebida» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>). Sin embargo, en S6 (y 1928-1947-1959) se lee «allí a sentar», y en S7 «allí sentar». *Assentar*: «Tomar asiento y lo mismo que sentarse» (*Autoridades*, s.v. «assentar»).

<sup>9</sup> Sobre la utilización de los recintos sagrados como lugares de conversación y tratos, véase lo dicho en *Diálogos*, II, 1<sup>6</sup>.

PAULO

Bien dezís; vamos.

PETRONIO

Acá venimos a participar de la plática, si no es cosa de secreto.

LUDOVICO

Siéntense vuestras mercedes, que antes es lo más público del mundo lo de que hablamos<sup>10</sup>, porque tractamos del Sol; que dize Antonino que es más de cien vezes mayor que la Tierra, y también que la Luna, y yo le estoy diciendo que estas sus astrologías no las creo todas, porque, aunque considero que el Sol es muy mayor de lo que parece, por la gran distancia que ay de aquí a él, no por esso puedo creer que es mayor que la Tierra; y que, aunque fuesse assí verdad, los señores astrólogos no lo pueden saber ni lo deven afirmar, pues juzgan de tan lexos, y digo que la Luna me parece a mí mayor que el Sol, que cómo es possible ser ella mayor que la Tierra, si la Tierra es tanto menor que el Sol, como ellos dizen; y esto es en lo que estábamos.

PAULO

Por mi parte, yo huelgo mucho de llegar a este tiempo, porque es cosa esta que muchas vezes he oído dezir y desseo entender; verdad es que, aunque no lo entiendo, determino de creerlo, porque veo que lo afirman y dizen los que se presume que lo saben; por esso, passe adelante la plática.

---

<sup>10</sup> *Lo de que hablamos*: Debe entenderse «de lo que hablamos». Se produce aquí un desplazamiento de la preposición por influjo del pronombre relativo, fenómeno que ya hemos señalado con anterioridad (cfr. *Diálogos*, II, 2-2<sup>39</sup>; y también *Keniston*, 41.23, y *Silva*, II, 25<sup>6</sup>).

LUDOVICO

Sí, que no es<sup>11</sup> cosa de fe, que ha hombre de creer lo que no entiende; declárenoslo Antonino, si quisiere que lo creamos.

ANTONINO

Señor, yo no os lo vendo por artículo de fe ni va nada en que lo creáis o no, pero bien me atrevería a darlo a entender y probarlo, de manera que no solamente lo creyéssedes, pero que lo entendiéssedes. Pero es plática que requiere mucha atención, y el señor Paulo no suele tener tanto reposo que quiera esperar esto; y también es un poco delicado el negocio y no es para todos hombres. Y por esso será mejor mudar el propósito y hablar en cosa de que todos quatro gustemos.

PETRONIO

Ya veo que dezís por mí esso, porque no me podistes hazer entender el otro día que ay hombres en la otra parte de la Tierra, derechamente debaxo de nosotros; pues hágoos saber que, aunque no sé latín ni entiendo estas cosas, que me holgaré mucho de oír hablar en ellas y que estaré muy atento, aunque no entienda palabra; por esso, no dexéis por mi causa de hazer plazer a estos cavalleros, que os entenderán mejor que yo; que de mí ternéis una cosa buena: que no os porfiaré ni argüiré palabra, porque quedo tan baxo en estas cosas, que aun dudar dellas no sé.

PAULO

Yo no os asseguro de argüiros, pero de oíros con reposo yo os doy mi palabra; por esso suplícoos que, si esso del Sol se puede en alguna manera significar, acabéis de

---

<sup>11</sup> S3-S4-S5-S6-S7: «Sí, que no es»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2: «Sé que no es.»

satisfazer al señor Ludovico, con quien teníades el juego armado, que el señor Petronio y yo prestaremos la atención prometida y rescebiremos merced en ello.

### ANTONINO

Por cierto, yo holgaré de hazerlo; pero como no tenéis, señores, principios de astrología ni perspetiva, que son menester para esto, no sé si lo podré dezir de manera que se entienda bien. Mas, pues lo mandáis, procuraré de mostrarlo<sup>12</sup> por los más claros términos que pudiere, aunque aya otros más delicados. Pero todavía es menester que el señor Ludovico crea algo de lo que no entendiere, muy a la clara, si le pareciere que lleva camino de ser cierto, como es creer que la noche es sombra de la Tierra y ausencia del Sol<sup>13</sup>, y que quando la Luna se eclipsa, que es la sombra de la Tierra que le da, que alcança hasta ella; y assí otras cosas desta manera, que se han de tocar por fuerça, que, aunque os parezca que no vienen muy al propósito, al cabo veréis cuánto hazen al caso.

### LUDOVICO

A mí me plaze de lo hazer assí en lo que llevare camino, como agora en estas, aunque en lo segundo que dezís, que la sombra de la Tierra haze eclipsar la Luna, no estoy muy determinado; pero créolo porque no puedo atinar qué otra cosa pueda<sup>14</sup> ser sino essa, estando la Luna, como todos dizen que está, en el primero cielo; pero lo

---

<sup>12</sup> *Procuraré de mostrarlo*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930), aunque 1928-1947-1959 modernizan en «procuraré demostrarlo». La fórmula «procurar + de + infinitivo» es usual en el castellano del siglo XVI (Keniston, 10.773 y 37.541). *Mostrar*: «Explicar, enseñar» (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>16</sup>).

<sup>13</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 10 (Mulroney [1930: 94<sup>1</sup>]): «Hac subeunte repentinas obduci tenebras rursumque illius umbra sidus hebetari; neque aliud esse noctem quam terrae umbram» (Plinio Segundo [1950: 21]).

<sup>14</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «pueda»; Z1-Z2: «puede».

de la noche bien veo que es el ausencia del Sol y sombra de la Tierra<sup>15</sup>.

ANTONINO

Pues también avéis de creer que el ecclipsarse el Sol es que la Luna se pone delante, entre nuestra vista y él.

LUDOVICO

Esso créolo, porque lo he visto en un espejo puesto en una paila<sup>16</sup> de agua en aquel eclipse grande, quando murió la emperatriz, nuestra señora<sup>17</sup>; que entonces vi en el espejo cómo claramente la Luna se ponía delante del Sol.

ANTONINO

¿De manera que vos no creéis sino lo que veis, por parecer a sancto Thomás el Apóstol?<sup>18</sup> Pues bien está, que, con poco más de lo dicho que entendáis vos y estos cavalleros, entenderéis que el Sol es mayor que la Tierra.

---

<sup>15</sup> Según Mulroney [1930: 94<sup>2</sup>], Plinio es indudablemente la fuente principal en este coloquio, aunque las únicas autoridades citadas aquí son Lactancio Firmiano, san Agustín y Homero. Para Mulroney, los ejemplos de Mejía son algo más claros que los de Plinio.

<sup>16</sup> *Paila*: «Vasija grande de metal, redonda y poco profunda» (*DRAE*, s.v. «paila»).

<sup>17</sup> Como se ha indicado anteriormente (*Diálogos*, II, 2-1<sup>83</sup>), la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, falleció en Toledo el 1 de mayo de 1539. El eclipse de Sol, que se interpretó —según creencia de la época— como una premonición de la desgracia (Hurtado Torres [1984: 73-81]), tuvo lugar poco antes: el 18 de abril de ese mismo año (Ortiz de Zúñiga [1796: III, 374]). A este mismo fenómeno se refiere Mejía en su *Silva*, cuando —aludiendo al eclipse que tuvo lugar durante la crucifixión de Jesucristo— dice que «no fue natural, como los que agora vemos por conjunción del Sol y la Luna (como el del año passado de treynta y nueve, que en esta ciudad de Sevilla se escureció el Sol del todo y parecieron las estrellas)» (*Silva*, I, 750).

<sup>18</sup> A causa de lo referido en el *Evangelio de san Juan* (XX, 24-29), el apóstol santo Tomás se ha convertido en un referente tradicional de la incredulidad, pues hasta que no vio en persona a Jesús, no creyó que había resucitado verdaderamente.



## PETRONIO

Pues dezí presto esso que falta, que, aunque me tenéis por torpe, hágoos saber que lo que se ha dicho tengo entendido.

## ANTONINO

Pues lo que queda es más claro; a lo menos, más probable<sup>19</sup>. Si queréis, mirad<sup>20</sup> en ello; y es que, quando un fuego o cuerpo luminoso, que haze y da lumbré, es mayor que el obscuro, que haze y causa la sombra, la tal sombra que haze el cuerpo obscuro va siempre adelgazándose<sup>21</sup> y menguando y acaba en punta a cierto término, según la proporción que ay entre los dos cuerpos; y por el contrario, si el cuerpo o cosa obscura que haze la sombra es mayor que el luminoso que lo alumbrá, la sombra del obscuro se haze mayor que él y se va engrosando y no se acaba en punta, antes va creciendo en infinito. Si queréis ver esto claro, mirá, en lo primero, que si ponéis a la lumbré de una hacha una nuez, como es menor la nuez que la lumbré de la hacha, la sombra della no llega a una pa-

---

<sup>19</sup> *Provable*: Aquí con el significado de «lo que se puede probar o persuadir» (*Autoridades*, s.v. «probable»).

<sup>20</sup> *Mirad*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero Z1-Z2-S7 dicen «mirar». Esta última lectura —que es la que en principio podría esperarse, por ser más común— exigiría una puntuación y una interpretación diferentes del periodo oracional: «Pues lo que queda es más claro; a lo menos, más probable, si queréis *mirar* en ello; y es que quando un fuego...». La forma gráfica con la que más frecuentemente aparece el imperativo en las ediciones antiguas no es la acabada en -d, sino en vocal tónica (precisamente, unas líneas más abajo se lee *mirá*). No obstante, la reiteración de *mirad* en tantas ediciones nos inclina a respetar aquí esta transcripción de la forma verbal, así como la particular interpretación del periodo sintáctico a que ella obliga. Por otro lado, la confusión entre *mirad* y *mirar* no es nueva en el texto: hemos registrado un caso de *mirar* con valor de imperativo (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>35</sup>), tres ejemplos de imperativo bajo la forma *mirá* y dos —contando este— bajo la forma *mirad*.

<sup>21</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «adelgazándose»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «adelgazando».

red que está<sup>22</sup> desviada, porque primero se acaba; pero si ponéis una gorra, como es mayor que la lumbre de la hacha, la sombra della, quando llega a la pared, es mayor que una adarga<sup>23</sup>, y assí va creciendo en proporción en infinito<sup>24</sup>.

## PETRONIO

Quanto a esso, no tenéis razón de dezir que es cosa obscura, porque, aunque yo soy el más rudo, lo tengo entendido; y lo primero he notado y mirado andando a caça, porque, quando el halcón no anda alto, veo la sombra dél en el suelo<sup>25</sup>, y si sube<sup>26</sup> mucho, acaésceme ver el halcón en el aire y no hazer abaxo sombra ninguna, que deve ser como dezís, que por ser el halcón menor que el Sol, se acaba tan presto su sombra. Y lo segundo cada día

<sup>22</sup> *Está*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), en tanto que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «esté». Nuevo caso de utilización del presente de indicativo con significación de presente de subjuntivo (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup>).

<sup>23</sup> *Adarga*: «Escudo compuesto de duplicados cueros, engrudados y cosidos unos con otros, de figura quasi oval, y algunos de la de un corazón» (*Autoridades*, s.v. «adarga»).

<sup>24</sup> Plinio —en su *Naturalis historia*, II, 11 (Mulroney [1930: 95<sup>3</sup>])— explica los resultados de la sombra proyectada por un cuerpo, si este es igual, mayor o menor que el foco luminoso: «Namque cum sint tres umbrarum figurae constetque, si par lumini sit materia quae iaciat, umbram columnae effigie iaci nec habere finem, si vero maior materia quam lumen, turbinis recti, ut sit imum eius angustissimum et simili modo infinita longitudo, si minor materia quam lux, metae existere effigiem in cacuminis finem desinentem talemque cerni umbram deficiente luna: palam fit, ut nulla amplius relinquatur dubitatio, superari magnitudinem terrae» (Plinio Segundo [1950: 23]).

*En infinito*: «Dilatado, interminable, que no tiene fin» (*DRAE*, s.v. «proceder» y «proceso»). Así aparece esta expresión en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), mientras que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 indican «y infinito», lectura que hemos registrado como errata corregida por S3 y las otras ediciones. En las estampaciones que dicen «y infinito», la y aparece representada con el signo tironiano τ, abreviatura que no siempre sustituía a la conjunción copulativa en los manuscritos de la época y que podía prestarse a equívocos.

<sup>25</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 10 (Mulroney [1930: 95<sup>4</sup>]): «Spatio quidem consumi umbras indicio sunt volucrum praealti volatus» (Plinio Segundo [1950: 22]).

<sup>26</sup> S3-S4-S5-S6: «si sube»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «si se sube».

lo vee hombre, que si se pone un page delante las velas, basta su sombra a escurescer la mitad de la pieça donde están, porque es mayor el page que la haze, que la lumbre de las velas.

LUDOVICO

Hasta aquí todo lo entendemos, pero no puedo atinar qué tanto haze a nuestro propósito.

ANTONINO

Agora lo veréis claro. Acordaos que me confessastes que la noche es sombra de la Tierra y que la misma sombra es la que haze el eclipse de la Luna quando acaesce. Pues desto y de lo que acabamos de dezir de las sombras, se sigue que la Tierra es menor que el Sol, porque si la Tierra fuesse mayor que él, no se acabaría su sombra della antes de llegar al cielo estrellado, como se acaba, antes iría en crecimiento y verla íamos ir de noche escuresciendo gran parte de las estrellas, las quales toda su lumbre tienen del Sol. Y, como vemos, no passa assí, sino que la sombra de la Tierra se acaba antes de aquel cielo, y aun antes de los más de los cielos. Por do queda ya entendido que la Tierra es menor que el Sol, pues su sombra se acaba y va en diminución.

LUDOVICO

Agora yo confieso que dezís verdad, porque verdaderamente esso passa assí y es muy clara demostración de que el Sol es muy mayor que la Tierra; pero queda agora que veamos cómo es la Tierra mayor que la Luna.

ANTONINO

Por lo que se ha dicho, está también clara la prueba desso; y es que, pues ella se eclipsa con la sombra de la Tierra y tenemos ya provado que esta sombra es más delgada

y menor que la Tierra y va menguando, luego<sup>27</sup>, si con aver en el camino menguado mucho, el diámetro della basta, quando llega a la Luna, a cubrirla toda, como vemos muchas veces, claro queda entendido que la Luna es menor que la Tierra<sup>28</sup>, pues se eclipsa con sombra menor que ella.

LUDOVICO<sup>29</sup>

Digo que dezís verdad; y pues yo lo tengo entendido, no cure ninguno de dubdar más.

PAULO

Yo he estado callando, porque el señor Antonino pensó que no tuviera paciencia para oírlo, pero no lo he dexado de entender tan bien<sup>30</sup> como vosotros; pero, pues Petronio está oy tan agudo, bien será que le deis a entender lo que no pudo el otro día, de que ay gentes que abitan en la otra parte de la Tierra, debaxo desta<sup>31</sup>.

<sup>27</sup> *Luego*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «y luego». En este complicado contexto oracional, insistentemente interrumpido con incisos parentéticos, ambas lecturas son admisibles: en S3 y las ediciones que la siguen, *luego* debe ser interpretado como una conjunción ilativa, equivalente a «así pues» (Keniston, 42.26); en las demás ediciones ha de entenderse *luego* como un adverbio temporal, con el significado de «después».

<sup>28</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 11 (Mulroney [1930: 96<sup>5</sup>]): «Non posset quippe totus sol adimi terris intercedente luna, *si terra maior esset quam luna*» (Plinio Segundo [1950: 22]). Según Mulroney —que enfatiza parte de la cita anterior—, esta insólita declaración de Plinio ha hecho pensar a los críticos que el texto podría estar corrompido; de todas formas, Mejía no incurre en semejante error.

<sup>29</sup> *Ludovico*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), corrigiendo a S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, que dicen —con evidente error— «Antonino». Sin embargo, el ejemplar de Z1 que manejamos trae tachado el nombre y, al margen, se ha escrito manualmente «Petronio» (que es el más zote del grupo y, por consiguiente, el que conviene más a la intención y sentido del parlamento que sigue a continuación).

<sup>30</sup> S3-Z2: «tan bien»; S1-Z1-A1-S2-A2-S4-S5-S6-S7: «también».

<sup>31</sup> Según Mulroney [1930: 97<sup>6</sup>], Plinio trata de los antípodas en su *Historia natural*, II, 65, donde mantiene brevemente que los hay, pero evita la más importante cuestión de por qué la Tierra no se cae con nosotros y por qué las

## ANTONINO

Tan claro es esso como estotro que avemos dicho, sino que él nunca quiso escucharme bien.

## PETRONIO

Pues agora lo haré; dígalo vuestra merced, que por Dios que voy tomando gusto en la plática.

## ANTONINO

Plázeme, por cierto, porque creé que ninguna cosa alegra ni anima más al que enseña, que ver que lo van entendiendo los que lo oyen. Pues, para entender esto, sabed lo primero que en el mundo no ay otro alto sino el cielo, y que lo baxo es la Tierra, y lo más baxo el centro della. Sabed más: que esto es assí por todas partes en redondo, y que el cielo, en respecto de la Tierra, es como la cáxcara de un huevo en respecto de la yema, que assí cerca a toda la Tierra, y que de qualquier parte que vayan del cielo para la Tierra, es ir para abaxo, y por el contrario, de qualquiera lugar que de la Tierra partan para el cielo, es caminar hazia arriba. Y esta es la forma y naturaleza que Dios fue servido poner en el mundo. Pues esto sabido assí y presupuesto, entendé también que por la otra parte de la Tierra, que impropriamente dezimos debaxo de nosotros, passa el cielo y el Sol como por la nuestra, que hazia ellos es su alto, y que a ellos les paresce que nosotros somos los que estamos abaxo, porque, como dixe, de todas partes es la Tierra lo más ínfimo, y el centro de ella baxo para todos; y considerándolo assí, iréis entendiendo que están

---

aguas no resbalan fuera del globo. Para la hispanista norteamericana, Mejía otorga más extensión a la idea de los antípodas e indica, asimismo, que Macrobio también alude a esta cuestión en sus *Saturnalia*, I, 21 (3): «Et cum est in inferioribus et ideo dies breviores facit, lugere creditur dea, tamquam sole raptu mortis temporalis amisso et a Proserpina retento, quam numen terrae inferioris circuli et antipodum diximus» (Macrobio [1994b: 116]).

naturalmente los hombres de la otra parte como al cabo concluiremos. Y esto, sin esta razón y consideración natural, lo avemos ya sabido por experiencia, porque una de las naves que llevó Magallanes a descubrir la especería, por mandamiento de Su Magestad, dio una buelta en torno a toda la Tierra; porque, entrando por el estrecho, que por él llaman de Magallanes, caminó al poniente en conserva<sup>32</sup> de las otras hasta las islas de Maluco, y después aquella sola vino por el oriente, por la navegación que hazen los portugueses, y rodeó a toda Assia y África, hasta bolver a Guadalquivir y aquí, a Sevilla, en Europa, de do avía salido y donde<sup>33</sup> en verdad yo la vi antes que partiesse y después, ya de buelta<sup>34</sup>. De manera que, si esta nave

<sup>32</sup> *En conserva*: «Al cuidado, en auxilio, como protección». «Dícese con especialidad de los viages marítimos, quando los navíos van escoltados de algún convoy» (*Autoridades*, s.v. «conserva»). *Conserva* es la «compañía que se hacen varias embarcaciones navegando juntas para auxiliarse o defenderse» (*DRAE*, s.v. «conserva»); en este mismo sentido, dice Mejía en su *Silva de varia lección*: «Y yo creo, cierto, que por esto se llaman oy día faroles los fuegos que las naos suelen llevar de noche para guiar a las de su conserva» (*Silva*, III, 33<sup>36</sup>).

<sup>33</sup> *Y donde*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «y de donde», errata producida al repetir la preposición de la oración anterior, innecesaria en esta; error reforzado quizás por el cruce semántico con el verbo *partir* de la oración temporal «antes que partiesse».

<sup>34</sup> La expedición de Magallanes-Elcano partió de Sevilla con cinco naves y 239 hombres el 10 de agosto de 1519. Caminando hacia el oeste en búsqueda de la especiería, intentó encontrar un paso del océano Atlántico al Pacífico, cruzando el canal de Todos los Santos —llamado luego, por su descubridor, estrecho de Magallanes— el 1 de noviembre de 1520. Tras diversas desgracias en el océano Índico —donde murió Magallanes—, siguiendo el camino de los portugueses —esto es, bordeando África—, entraron en Sevilla el 8 de septiembre de 1522 con una sola nao —la *Santa María de la Victoria*— y 18 hombres maltrechos, comandados por Juan Sebastián Elcano (Hazañas y la Rúa [1974: 167-169] y Montoto [1990: 231-232]). En parecidos términos a los aquí expresados, se refiere Mejía a la expedición de Magallanes en su *Historia del emperador Carlos V*, donde, tras referir los pormenores del periplo, concluye: «Y es verdad, que yo vi la naue antes que de Seuilla partiese, y después de buelta y hauer andado lo que dicho tengo; y entré en ella, y hablé con los que en ella hauían ydo y nauegado, y me contaron cosas muy notables de su jornada» (Mejía [1945: 118]). En este pasaje se pone de manifiesto la capacidad de Mejía para aceptar los nuevos descubrimientos científicos que sus contemporáneos estaban llevando a cabo, despreciando las opiniones en contrario que al respecto defendieron los más consagrados autores antiguos. Esta manifesta-

hiziera rastro por do passó, dexara un cerco a toda la Tierra no muy derecho, porque fue rodeando y torciendo, pero, en conclusión, que la cercara toda en redondo, como os cerca a vos esse talabarte<sup>35</sup>.

PETRONIO

¡Sancta María! ¿Esso passa assí?

LUDOVICO

Esto ya yo lo avía oído y aun Antonino me lo mostró el otro día en la bola o mapamundi.

PETRONIO

Pues yo, por Dios, hasta agora no avía sabido que avía sido dessa manera aquella navegación.

ANTONINO

Pues assí passa, porque esta excelencia y preheminen-  
cia, entre otras muchas, tuvo Dios guardada para el emperador que se hiziesse en su tiempo y por su mandado<sup>36</sup>,

---

ción, propia de una mentalidad crítica y racionalista, que aparece ya claramente esbozada en Mejía, se irá haciendo cada vez más patente a lo largo del siglo en los autores que le siguieron (Ferrerías [1985c: 179-180] y Rodríguez Cacho [1991: 170]). No obstante, los nuevos descubrimientos —que venían a echar por tierra creencias consolidadas durante siglos— debieron de provocar fuertes contradicciones en las conciencias de los intelectuales de la época, que ocasionaron muchas veces el retraso en la aceptación de la nueva realidad, como parece desprenderse de la patente admiración de Petronio en sus respuestas al tener conocimiento de unos hechos que habían ocurrido veinticinco años antes (Ferrerías [1991: 98]).

<sup>35</sup> *Talabarte*: «La pretina de la cual cuelgan los tiros donde va asida la espada» (*Covarrubias*, s.v. «talabarte»). *Autoridades* (s.v. «talabarte») aduce como texto probatorio este pasaje de los *Diálogos*.

<sup>36</sup> Mejía desarrolla aquí, una vez más, su idea providencialista de la historia, aplicada a la persona de Carlos V, aspecto que lo emparenta con el círculo erasmiano de la corte imperial. Ideas parecidas se hallan en la *Silva*, en la

lo que los hombres nunca avían hecho ni aun bien entendido, después que Dios crió el mundo, y cosa de que muchos sabios antiguos dudaron que era possible. Assí que, por concluir nuestro propósito, por esto dicho creeréis que los que moran en la haz de la Tierra, que dezimos antípodas, están como estamos nosotros, natural y propriamente, y que si la otra parte de la Tierra no fuera como en<sup>37</sup> esta y las cosas pesadas pudieran ir hazia los cielos, que Magallanes y sus naves no pararan hasta allá. Pero ya está dicho que lo alto es el cielo de todas partes, y el centro de la Tierra lo baxo, para el qual naturalmente van las cosas graves y pesadas de todas partes del mundo. De manera que, si quisiésemos imaginar o Dios fuesse servido de hazer un agujero o un barreno que atravessasse toda la Tierra desde este punto donde estamos hasta el otro opuesto y contrario a este de la otra parte de la Tierra, que passasse por el centro della, entonces, si de aquí echásemos una plomada, como hazen los canteros o albañíes<sup>38</sup>,

---

*Historia imperial* y en la *Historia de Carlos V* (Díaz Jimeno [1987: 127-132], Scaramuzza Vidoni [1989: 263] y Maravall [1960: 179]), aunque este último niega la vinculación de Mejía con los erasmistas cortesanos). Refiriéndose igualmente a la circunnavegación de Magallanes, dice Mejía en la *Historia del emperador Carlos V*: «Que cierto es vna cosa marauillosa, y que parece que la tenía Dios guardada por excelencia y preuilexio para el Enperador» (Mejía [1945: 117]). Y en la *Silva*, al tratar del acto de coronación del emperador en Aquisgrán, dice que «fue ordenado assí y dado por Dios para remedio y amparo de la christiandad contra el grande poder de tan sobervio y ambicioso tirano» como fue el sultán turco Solimán II (*Silva*, I, 324, y I, 15<sup>44</sup>).

<sup>37</sup> *En*: Está la preposición en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero no en Z1-Z2. Posiblemente la presencia del nexa en el segundo término de la comparación se deba a que se da por sobreentendido en el primer término de la misma («y que si [en] la otra parte de la Tierra no fuera como *en* esta...»). Otros usos particulares con esta misma preposición, propios del castellano aurisecular, pueden encontrarse en diversos lugares de la prosa de Mejía (*Silva*, III, 23<sup>20</sup> y 29<sup>30</sup>).

<sup>38</sup> *Albañíes*: Lo mismo que «albañiles» (*DRAE*, s.v. «albañí», que lo registra como en desuso). La forma *albañí* aparece ya en el siglo XIII y bajo esta forma recoge el término también Nebrija a finales del siglo XV; es un arabismo tardío y las variantes *albañir* y *albañil* aparecen con posterioridad, en los siglos XVI-XVII (*Corominas*, s.v. «albañil»). Todas las ediciones antiguas manejadas (S1-Z1-A1-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) transcriben «albañíes» (con la excepción de S2, que —por errata evidente— dice «ablañíes»).



avéis de saber que no passaría a la otra parte de la Tierra, sino que pararía y reposaría en el centro della, y si de la otra parte echassen otra, se toparian<sup>39</sup> las dos en el mismo centro y allí pararian ambas; verdad es que, con la furia que llevaría la plomada, porque su movimiento, por ir hazia el centro, naturalmente avía de ir creciendo, entiendo yo que passaría<sup>40</sup> algo dél y, acabado, bolvería, y assí andaría cerca del centro quanto la furia durasse, a una parte y a otra, hasta parar en él.

PAULO

Esse crecimiento que dezís del movimiento de la plomada, no entiendo.

ANTONINO

Yo os lo daré presto a entender. Dixe que, porque iba hazia el centro, se aumentaría, porque es assí verdad, que como todo lo pesado va naturalmente para abaxo, caminando assí, siempre va creciendo su movimiento; de modo que si de la torre desta iglesia echáis una piedra, quando llegue al suelo, llegará con muy mayor priessa y furia que partió, porque va naturalmente; y si la tirásedes en alto, aunque sea con mucha fuerça, como va contra su proprio natural, parte con más priessa, y va menguando su movimiento hasta que se acaba la violencia que le fue hecha en embiarla, y torna para abaxo, dándose, como digo, mayor priessa en su camino, hasta que llega a la tierra; por esto dixे que, con la furia que llevasse el plomo, me paresce que passaría<sup>41</sup> algo del centro, pero que, al cabo, pararía en él.

---

<sup>39</sup> S3-S4-S5-S6-S7: «otra, se toparian»; S1-A1-S2-A2: «otra, sí toparian»; Z1-Z2: «otra, toparian».

<sup>40</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «creciendo, entiendo yo que passaría»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «creciendo, passaría».

<sup>41</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «plomo, me paresce que passaría»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «plomo, passaría».

PETRONIO

Pues dezíme: aquella piedra o plomada, ¿en qué se avía de tener, estando aquel barreno todo vazío? Dígoos que paresce impossible tenerse assí, sin estribar en algo.

ANTONINO

No estaría vazío el barreno o mina, que naturaleza no sufre lugar vazío, y hinchirse ía de aire, porque presupongo que no avía de aver tierra ni agua, y el plomo pararía en el punto correspondiente al centro de la Tierra.

PETRONIO

Pues dezí, ¿avía de estar en el aire, como dizen del çancarrón de Mahoma?<sup>42</sup>.

ANTONINO

¿Qué maravilla es essa, pues veis un<sup>43</sup> aguja o cuchillo tenerse en el aire con la propiedad de una piedra imán, tocándola con ella?; pues sabed que sin comparación es

<sup>42</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «como dizen del çancarrón de Mahoma?»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «como çancarrón de Mahoma?».

*Çancarrón de Mahoma*: «Llaman por irrisión los huessos deste falso propheta, que van a visitar los moros a la mezquita de Meca» (*Autoridades*, s.v. «zancarrón»). Con esta expresión se alude «a los huesos de Mahoma y a su famoso sepulcro suspendido» (*Corominas*, s.v. «zanca»). Mulroney [1930: 99<sup>7</sup>] dice, al respecto, lo siguiente: «The reference here is to the tradition [...] that Mohammed's coffin was supported in the air by magnets.» El término *zancarrón* designa «cada uno de los huesos de la pierna, despojado de carne», así como el «hueso grande y descarnado, especialmente de las extremidades» (*DRAE*, s.v. «zancarrón»). «Se aplicó luego a los huesos de Mahoma y a su famoso sepulcro suspendido en La Meca» (Combet, Jammes y Mir-Andreu [2000: 86<sup>314</sup>]).

<sup>43</sup> *Un*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1930), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959) transcriben «una». Ante palabra que comienza por *a-* o *ha-* la *-a* final del artículo aparece elidida con frecuencia (*Keniston*, 20.11 y 20.13; y *Silva*, II, 25<sup>1</sup> y III, 2<sup>12</sup>).

mayor fuerza y propiedad las<sup>44</sup> que tienen las cosas pesadas de ir al centro. Y pues toda la Tierra, con quantos metales y peñas tiene sobre sí, se tiene en los aires naturalmente, sin ir a una parte ni a otra<sup>45</sup>, ¿de qué os maravilláis que se tuviese la plomada que dixe, ni que los hombres ni árboles estén de la otra parte de la Tierra como desta, pues, como está dicho y bien entendido, de todas partes es el cielo el<sup>46</sup> alto para todos, y la tierra el baxo?<sup>47</sup>.

PAULO

Que no ay que dudar en esso, y en verdad ello está bien declarado y ya yo entiendo que los hombres y otras cosas que están a la otra parte y en torno de toda la Tierra, están naturalmente como nosotros; pero estoy maravillado y querria saber qué fue la causa que no alcançó esto sant Agustín<sup>48</sup> y negó que en la otra haz de la Tierra, contra-

<sup>44</sup> S3-S4-S5: «las»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S6-S7 «la».

<sup>45</sup> Mulroney [1930: 99<sup>8</sup>] comenta que A. F. G. Bell, en su monografía sobre *el Brocense* (Hispanic Society Studies, VIII, 1925, pág. 75), advierte que fray Diego de Zúñiga, en un comentario sobre el *Libro de Job* (Toledo, 1584), había aceptado la teoría heliocéntrica de Copérnico, pero que *el Brocense*, como Francis Bacon, consideró la inmovilidad de la Tierra como cierta; y que, en la pág. 144, compara este pasaje de Mejía con el del *Brocense*, *Opera*, III, 412: «Ubicumque sis vides coeli medium, quod evenire non posset si terra versus aliquam vergeret mundi partem.»

<sup>46</sup> *El*: Falta el artículo en S1-A1-A2-S7, pero está en Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959). Estimamos que la elisión del determinante se debe a un desliz de impresión en S1, reiterado en las ediciones que la continúan, pues aparece en la siguiente oración, que está coordinada con esta y construida de forma paralela («es el cielo *el* alto para todos, y la tierra *el* baxo?»).

<sup>47</sup> Entiendo que es mejor prolongar la formulación interrogativa de la frase hasta el final, como hemos hecho, si bien podría concluirse antes, en «... estén de la otra parte de la Tierra como desta? Pues, como está dicho...» (es la solución que aportan 1928-1947-1959). Ninguna de las ediciones antiguas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7, así como tampoco 1930) trae signo de interrogación ni antes ni después.

<sup>48</sup> San Agustín, *De civitate Dei*, XVI, 9 (Mulroney [1930: 100<sup>9</sup>]): «Quod vero et antipodas esse fabulantur, id est, homines a contraria parte terrae, ubi sol oritur, quando occidit nobis, adversa pedibus nostris calcare vestigia nulla ratione credendum est» (Agustín de Hipona [1988: II, 249]). El capítulo continúa, explicando san Agustín las razones por las que considera imposible la existencia de los antípodas.

ría a esta, no avía hombres, que llaman antípodas. Y lo mismo dizen de Latancio Firmiano<sup>49</sup>.

ANTONINO

Verdad es que Augustino, en el libro XVI de *La ciudad de Dios*, niega esto, como dezís, y lo mismo haze Latancio, pero el sanctíssimo y sapientíssimo doctor Augustino, como por sus palabras claramente se parece, no lo negó porque le pareciesse impossible sostenerse y morar allí hombres naturalmente, antes esto confiesa y muestra ser natural, pero solamente niega el hecho y creyó que no los avía, aunque era possible averlos, y dixo que cómo creían los que lo dezían y afirmavan lo que no sabían ni avían andado, pues por ventura lo de abaxo era todo agua y, ya que fuesse tierra, que por qué historia o testigo creían que fuesse poblado. Y esto dixo él porque en su tiempo no avía memoria de tal cosa ni se avía descubierto, como yo podría dezir agora que no ay población de hombres debaxo del círculo y polo antártico, que es el otro que no vemos, porque aquello no se sabe, y podrá ser que, andando el tiempo, se descubran allí cerca hombres y poblaciones. Y aliende desto, tuvo sant Augustín otro motivo y respecto para no conceder esto, y es que en los tiempos antiguos comúnmente se tenía por plática, y muchos lo afirmaron assí, que era impossible passar por debaxo de la equinocial a la parte del otro polo; y como este error andava entonces común (que agora<sup>50</sup> se sabe y ha<sup>51</sup> por ex-

<sup>49</sup> Lactancio Firmiano niega por extenso y con ardor la existencia de los antípodas en sus *Divinae institutiones*, III, 24 (Lactancio Firmiano [1965: 254-257]), aunque también alude a este asunto —y así lo registra Mulroney [1930: 100<sup>10</sup>]— en el *Epitome divinarum institutionum*, 34 (2): «De antipodis quoque sine risu nec audiri, nec dici potest, adseritur tamen quasi aliquid serium, ut credamus esse homines, qui vestigiis nostris habeant adversa vestigia» (Lactancio Firmiano [1994: 47]).

<sup>50</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «que agora»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «pues agora».

<sup>51</sup> *Ha*: Así aparece en S1-A1-S2-A2; sin embargo, S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) leen «da», probablemente como fruto de una errata; por su parte, Z1-Z2-S7 transcriben, con interpretación más que aceptable, «se sabe ya por experiencia...».

perencia lo contrario por todos), y para morar los hombres a<sup>52</sup> la otra parte opuesta a la nuestra, que dicen diametralmente, avían por fuerça de passar por debaxo de la línea equinocial, no quiso él confessar que los avía allá, porque no le dixessen que aquellos no avían venido de Adam, pues de acá a allá<sup>53</sup> no era possible passar; y por no dar ocasión a este error, que fuera heregía tenerlo, quiso antes negar lo que no le podrían provar, que de hecho passava<sup>54</sup>, pero no porque no vio y entendió que naturalmente podían habitar allí los hombres; y de sus palabras se colige assí. Assí que, en lo de Augustino, no ay que parar. Quanto a lo de Latancio Firmiano, digo que, aunque fue eloquentíssimo varón y sancto, él entendió mal esta facultad y erró notablemente en lo que dixo en este propósito; y assí erró en otras cosas de mayor importancia, que no ay agora para qué tratarlas, aunque en todo tuvo sana y sancta intención. Y en esto no ay más que dudar ni más que dezir<sup>55</sup>.

<sup>52</sup> *A*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), en tanto que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 indican «en». Este juego ambivalente y alternativo entre las preposiciones *a* y *en* aparece con frecuencia en el castellano del Siglo de Oro y, en particular, en las obras de Mejía (cfr. *Silva*, I, 4<sup>23</sup> y 10<sup>14</sup>).

<sup>53</sup> *De acá a allá*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «de acá allá». Nuevo caso de «*a* embebida» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>).

<sup>54</sup> *Passava*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), mientras que S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «passa». Nuevo ejemplo del uso ambivalente del presente y del pretérito imperfecto de indicativo (cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>100</sup>).

<sup>55</sup> La larga y complicada argumentación de Mejía para justificar el error de la sacrosanta autoridad de san Agustín en relación con los antípodas, así como la más expeditiva condena —por tratarse de un autor no canonizado, como el anterior Padre de la Iglesia— de la misma equivocación en Lactancio Firmiano, nos muestran a las claras que también Mejía sabe dar prioridad al conocimiento experimental sobre el recibido de las autoridades (Avalle-Arce [1956: 400-403] y Ferreras [1985c: 180-181]), capacidad que en ocasiones se le ha negado en términos excesivamente radicales (Rodríguez Cacho [1991: 169]). En realidad, el racionalismo escolástico del siglo XVI ya había determinado que la autoridad de los Padres de la Iglesia no era intangible en cuestiones de filosofía o ciencias naturales; en tal sentido, Melchor Cano había afirmado en su *De locis theologicis* (Salamanca, 1563): «La autoridad de los Padres, pocos o muchos, en cuestiones de filosofía o de ciencias naturales, no ofrece ningún argumento cierto; la única prueba es lo que persuade la razón natural» (Pérez [1978: 30<sup>10</sup>]). Con todo, es innegable la conciencia de ruptura que para las

PAULO

He holgado mucho de oír esto y tengo que passa assí. Pero dezíme, señor Antonino, ¿qué es la causa que una cosa es pesada y otra liviana, como avéis dicho?

ANTONINO

A esso es menester que responda Dios, que fue servido de hazerlo assí: que de los quatro elementos, el fuego fuesse más liviano y caminasse para arriba, y la tierra la más pesada, y tras ella el agua, y que el aire fuesse menos liviano que el fuego, pero más liviano que agua<sup>56</sup> y tierra; y como destos quatro elementos se componen todas las cosas, según que más o menos tienen dellos, assí son más pesadas o livianas unas que otras, de manera que la que más tiene de fuego es más liviana, y la que más de tierra más pesada; y por esto anda el corcho en el agua y se hunde la piedra, porque el corcho tiene mucha parte de fuego y aire, que son más livianos que el agua, y la piedra más de tierra, que es la más pesada, como dixe.

PETRONIO

Pienso que, si no mudamos la plática, que avemos oy de salir philósofos; catá que creo que es ora de irnos a comer.

---

mentalidades del Quinientos provocaron los nuevos descubrimientos científicos, que venían a echar por tierra creencias asentadas durante siglos (Ferreras [1991: 98]).

<sup>56</sup> S3-S4-S5-S6: «más liviano que agua»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «más r agua».

PAULO

¡O, señor Petronio, no desbaratéis tan buen propósito! No son aún las doze; esperá<sup>57</sup> a que las dé y tené un día sufrimiento para hablar en seso una ora.

PETRONIO<sup>58</sup>

Yo no como quando quiere el reloj, sino quando me lo pide el estómago<sup>59</sup>; pero por vuestro servicio estemos otro poco y no más, porque yo no tengo cabeça para tanto y, si mucho me dezís, olvidárseme ha todo.

PAULO

Lo mismo tengo yo; pero, en el término que dais, quiero preguntar a Antonino si el agua, como dize, es liviana<sup>60</sup> más que la tierra en cierto grado, ¿qué es la causa que entre las mismas aguas ay unas más pesadas que otras?

---

<sup>57</sup> *Esperá*: Así en A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6 (y 1930; 1928-1947-1959: «esperad»), aunque S1-Z1-S7 dicen «asperá», forma que un lector del ejemplar de S1 que manejamos ya sentía como arcaica o vulgar y, por tal motivo, la corrigió manualmente, tachando la *a* inicial y escribiendo encima una *e*. *Asperar* fue variante muy difundida en el castellano medieval y áureo, aunque poco a poco terminó convirtiéndose en vulgarismo (*Corominas*, s.v. «esperar»).

<sup>58</sup> *Petronio*: Así en Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959); no obstante, S1-A1-A2, por errata, dicen «Antonino», desliz del que se advierte en la fe de erratas de S1 y que está corregido manualmente en el ejemplar que utilizamos de esta edición, habiéndose tachado el nombre de «Antonino» y escrito encima y al margen «Petronio».

<sup>59</sup> Ya ha sido convenientemente señalada la vinculación existente entre lo aquí expresado por Petronio y un apotegma de la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz: «Pidió un caballero que le diesen de comer. Dijo un criado: —Señor, no son más de las diez. Respondió: —¿Qué se me da a mí que el reloj dé las diez, si en mi estómago da las doce?» (Santa Cruz [1997: 186-187; y 1996: 394]).

<sup>60</sup> *Liviana*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) leen «pesada» (también la edición de 1767 y la falsificación dieciochesca de 1570, realizada hacia 1760-1765), resultando incongruente lo que aquí se dice con lo que Antonino ha afirmado en su anterior parlamento. Dado que el contexto pide justamente el antónimo, sustituimos el término «pesada» por el de «liviana», que Mejía emplea con frecuencia en los *Diálogos*, oponiéndolos.

## ANTONINO

La causa es que los quatro elementos, por la mayor parte, no están en la simplicidad y pureza que fueron criados, antes tienen mezcla unos de otros, que assí convino para la sustentación de los hombres y animales y para la generación dellos y de las otras cosas. Y de aquí viene que una tierra es más liviana que otra, si tiene más mezcla de aire o fuego; y assí el agua que más mestura tiene de tierra, es más pesada que la que tiene menos, qual creo deve ser la de la mar y la de algunos pozos y lagos, do se haze sal.

## LUDOVICO

Bien está esso, pero ya os dixe al principio que no os quería assegurar de hazeros algún argumento; pues agora os digo que paresce que contradize a lo que dezís, que vemos claro que una piedra tiene más parte de tierra que un pedaço de oro de igual cantidad, y pesa más el oro que ella.

## ANTONINO

¿Sabéis qué es la causa desso?<sup>61</sup> Que la piedra es más rara<sup>62</sup> y porosa que el metal, y por esso tiene más parte de aire y de fuego que el oro, porque él es más espesso y sin aire, que en latín dezimos *denso*, y por esso<sup>63</sup> más pessado; y por la mesma razón son unas piedras más pesadas que otras, como vemos en la piedra pómez, que la haze liviana ser muy rara y cavernosa.

<sup>61</sup> S3-S4-S5-S6: «qué es la causa desso?»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «qué es desso la causa?».

<sup>62</sup> *Rara*: Aquí con el significado de «que tiene poca densidad o consistencia» (*DRAE*, s.v. «raro»). En tal sentido emplea el término el mismo Mejía en su *Silva de varia lección*: «La razón y causa desto es que el agua caliente es más liviana que la fría, porque con el calor del fuego se hizo más *rara* y vaporosa; e, al contrario, es más pesada la fría y está más espessa» (*Silva*, II, 26<sup>9</sup>).

<sup>63</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «él es más espesso y sin aire, que en latín dezimos *denso*, y por esso»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «él es más denso y espesso y sin aire, y por esso».



LUDOVICO

Satisfázeme lo que dezís; pero sepamos cuál pesa más, el oro o el plomo, siendo iguales las cantidades.

ANTONINO

El oro, porque en la verdad es más espeso y apretado, y pruévase<sup>64</sup> esta espessura porque, según afirman todos los plateros y oficiales de metales, ningún metal ay que más se pueda tirar y adelgazar que el oro; y por esta misma densidad o espessura, es<sup>65</sup> un madero más pesado que otro, como cada día lo vemos.

LUDOVICO

Dezíme, señor, también: pues dezís que el fuego haze las cosas livianas, ¿por qué el hierro ardiendo, teniendo tanta parte dél, todavía se hunde en el agua, como antes que lo encendiessen?

ANTONINO

¿Sabéis por qué? Porque aquel fuego no es natural ni unido en la forma del hierro, sino accidental y de por sí, y el hierro se tiene todavía su peso terrestre, que vence al fuego accidental. Y aun más os digo, que estando assí caliente, se hunde más presto en el agua, porque la fuerça del fuego va apartando y desviando el elemento contrario.

PETRONIO

Todo lo que avéis dicho me parece bien. ¿Y sabéis qué saco yo oy de aquí? Que algunos hombres que yo conoz-

---

<sup>64</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «es más espeso y apretado, y pruévase»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «es más denso y espeso, y pruévase». S1, al margen, trae una anotación manuscrita en latín, que dice: «Apud Plinium gravius est plumbum».

<sup>65</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «densidad o espessura, es»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «densidad, es».

co, sin duda tienen más de tierra que otros, aunque sean más gordos que ellos, y por eso son tan pesados, que no ay quien los sufra; y creo que si los pusiessen en la mina que poco ha deziades, no pararían hasta el centro del mundo; y digo que podría<sup>66</sup> desde aquí señalar alguno.

ANTONINO

¿No podía passar esta plática sin sal de murmuración?<sup>67</sup>. No passe adelante; antes, señores, nos vamos a comer, pues yo he hecho lo que me mandastes.

LUDOVICO

Tenéis razón, con que nos digáis primero, qué cosa es tenuta por más pesada de todas.

ANTONINO

El oro, a mi juizio.

LUDOVICO

Pues yo sé otra que lo es más sin comparación.

ANTONINO

¿Quál, por vuestra vida? Enseñáme esso, en pago de lo que yo he dicho.

---

<sup>66</sup> *Podría*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, si bien S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947) indican «podríades» (1959: «podríaís»). Aunque la lectura de S3 es aceptable, no encaja bien del todo en el sentido general del parlamento de Petronio; estimamos que se trata de un desliz tipográfico producido por la contaminación de «podría» con la primera sílaba de la palabra «desde» que sigue a continuación, error que repitieron las ediciones sevillanas que siguen a S3. Con todo, como «podríades» es admisible, lo hemos registrado como variante y no como errata.

<sup>67</sup> Aunque S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7 (y 1930) no marcan esta frase con signo de interrogación, S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959) sí lo hacen, dándole la entonación que —por el contexto— parece ser la más adecuada.

LUDOVICO

¿No os parece a vos que será más pesado lo que bastó a traer del cielo a los infiernos grande parte de los ángeles, siendo más spirituales y livianos que todo el fuego y aire del mundo?

ANTONINO

Tenéis razón. Pues ¿qué fue eso?

LUDOVICO

El peccado, que basta a las ánimas incorpóreas, y a quien Homero<sup>68</sup> llama fuego simple, a llevarlas al centro de la Tierra y profundo del infierno.

ANTONINO

Saltastes de philosophía natural a la divina y sancta, y por esso me salteastes; pero no ay que negar, porque verdaderamente ninguna cosa ay más pesada que el peccado, y el oro y el plomo son pluma en su presencia.

PETRONIO

Pues ¿qué hará el pecador del hombre, que se vee cargado dellos, para subir para el cielo y no irse para abaxo?

ANTONINO

Que se descargue y desnude dellos, como haze el que quiere acá saltar algún apuesta, que se quita la ropa y desembaraça.

---

<sup>68</sup> Posiblemente Mejía esté aludiendo a Homero por medio de Macrobio, quien —en sus *Commentarii in Somnium Scipionis*, I, 14 (19-20)— ofrece una relación de autoridades que opinaron sobre la esencia constitutiva del alma; entre los que defendieron que esa esencia anímica era fuego se encuentra Hiparco, pero no Homero (Macrobio [1994a: 58-59]), por lo que —de ser cierta la fuente— Mejía estaría cometiendo un *lapsus* en la cita.

PETRONIO

No ha sido malo el fin de nuestra plática y, si cada día hiziésemos otro tanto, al cabo del año sabría el hombre casi tanto como el Bachiller Narváez, vuestro amigo.

ANTONINO

Agora andá con Dios, antes que passéis<sup>69</sup> adelante.

PETRONIO

Él quede con vuestras mercedes, que yo tengo a esta puerta mi cavallo y he<sup>70</sup> de hablar en Gradas<sup>71</sup> con un mercader.

---

<sup>69</sup> *Passéis*: Así en S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2 dicen «passáis», forma verbal que puede admitirse como uso particular del presente de indicativo con valor de presente de subjuntivo (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup>).

<sup>70</sup> *He*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7; sin embargo, S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «tengo», transcripción que he desechado por considerar que se trata de una corrección desafortunada, al incurrir en la repetición del mismo verbo de la oración anterior.

<sup>71</sup> *Gradas*: Para la ubicación de este espacio urbano de Sevilla, cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>6</sup> y II, 1<sup>12</sup>. El lugar tuvo siempre un marcado carácter mercantil, pero fue en el siglo XV y, sobre todo, en el XVI —con la concesión a Sevilla del monopolio comercial con el Nuevo Mundo—, cuando las Gradas adquirieron una resonancia universal: allí se acudía para comprar y vender todo tipo de ricas y exóticas mercancías, que se exhibían en tenderetes adosados a las paredes exteriores del catedralicio Patio de los Naranjos o instalados bajo los soportales de las aceras opuestas, pero también hacían sus negocios banqueros, mercaderes de esclavos, impresores y artesanos de toda clase, e incluso se celebraron algunos autos de fe. El sitio se poblaba durante el día con toda clase de gentes: caballeros, burgueses, mendigos y delincuentes. La pintura abigarrada y colorista prima en las descripciones del lugar que nos han dejado numerosos escritores de nuestro siglo áureo: el embajador veneciano Andrea Navagero en su *Viaje por España*, Francisco Delicado en *La lozana andaluza*, Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla*, Mateo Alemán en el *Guzmán de Alfarache*, Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*, Francisco de Quevedo en *El Buscón*, Castillo Solórzano en *La Garduña de Sevilla*, Agustín de Rojas en *El viaje entretenido*, Luis Vélez de Guevara en *El diablo cojuelo* y Vicente Espinel en la *Vida de Marcos de Obregón*. Torres Naharro, refiriéndose a Sevilla, describe el sitio en estos versos: «Un templo de majestad / sin segundo, / un Guadalquivir jocundo / y un gran ca

PAULO

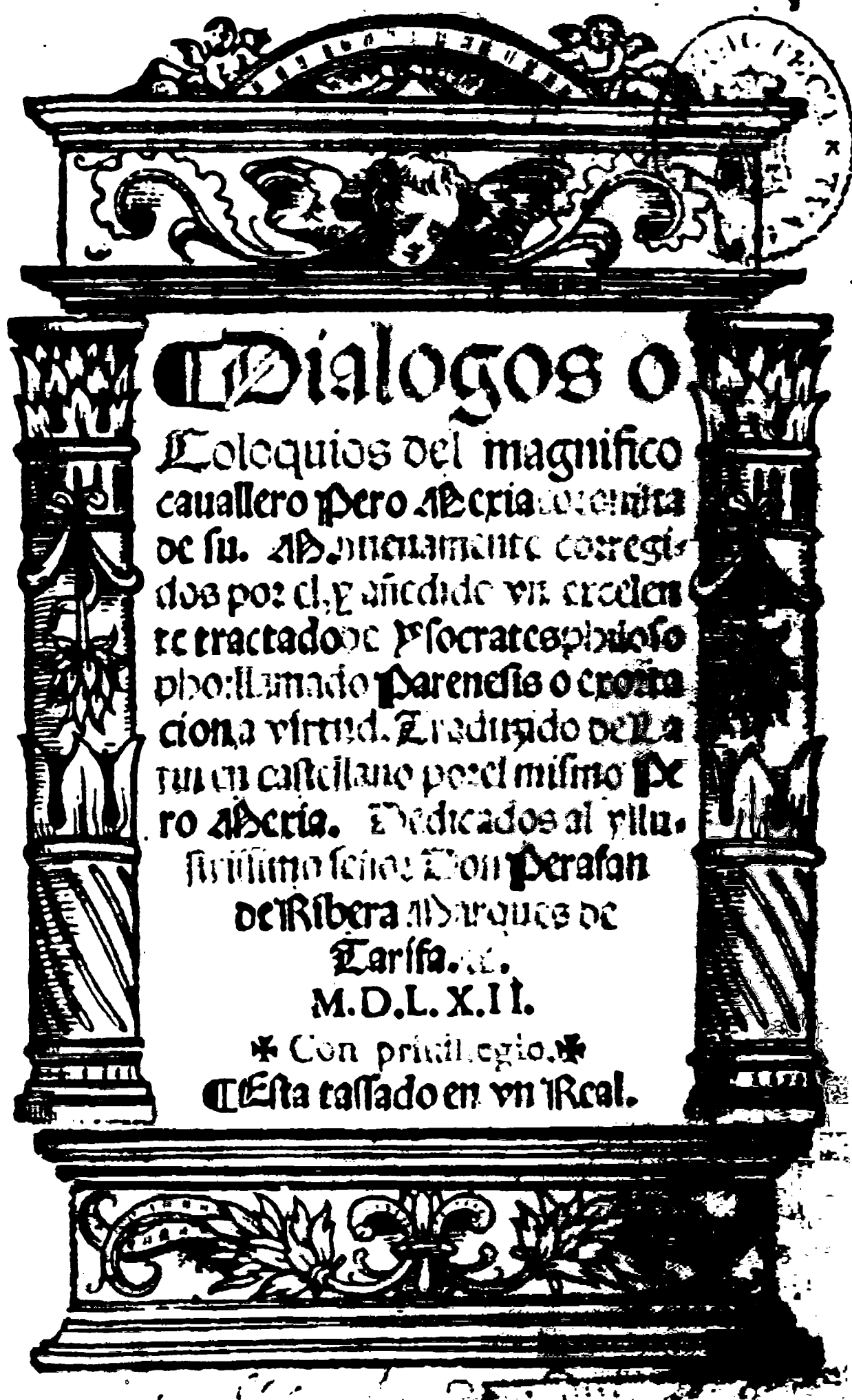
Sea en buen ora, que a vos nunca os faltan trampas; nosotros nos vamos por acá.

Fin del «Coloquio del Sol»

---

de Tablada / y unas Gradass, que una grada / vale más que todo el mundo.» A partir de 1598 —con la inauguración del nuevo edificio de la Casa Lonja, lindante con la fachada sur de la catedral—, el lugar fue perdiendo paulatinamente su importancia económica y social a lo largo del siglo xvii (Morales Padrón [1975: 24], Montoto [1976: 19-20; 1983: 76-80; 1990: 218] y Collantes de Terán Sánchez, Cruz Villalón, Reyes Cano y Rodríguez Becerra [1993: I, 56-57, 229-237]). La profesora Ana Vian Herrero —a quien agradezco la información— me hace saber que, según Arce de Otálora en los *Coloquios de Palatino y Pinciano*, se leían libros de caballerías en las Gradass de Sevilla: «En Sevilla dicen que hay oficiales que las fiestas, a las tardes, llevan un libro desos a las gradass y le leen, y muchos mozos y oficiales y trabajadores, que habían de jugar o reñir o estar en la taberna, se van allí a oír, y si fuese menester, pagarían a maravedí por que los dejasen» (Arce de Otálora [1995: I, 455]).

# *Coloquio del Porfiado*



Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Sevilla, Sebastián Trugillo, 1562 (S4)

## Coloquio del Porfiado<sup>1</sup>

EN EL QUAL<sup>2</sup>, INTRODUCIÉNDOSE UN HOMBRE DOCTO, PORFIADO Y ENEMIGO DE AGENO PARESCER, LLAMADO EL BACHILLER NARVÁEZ, CON TRES CAVALLEROS, EN CASA DE UNO DELLOS, SE TRACTAN Y PORFÍAN ALGUNAS COSAS, POR NUEVA Y APAZIBLE MANERA, CONTRA LO QUE POR COMÚN OPINIÓN SE TIENE Y PLATICA; Y AL FIN, POR EXERCICIO DE INGENIO, SE HAZE UNA DECLAMACIÓN O ORACIÓN, ALABANDO AL ASNO; Y EN TODO SE CONTIENE MUCHA DOCTRINA Y HISTORIA.

INTERLOCUTORES:

PAULO, FABIÁN, LUDOVICO, BACHILLER NARVÁEZ.

PAULO

El señor Fabián viene aquí a gozar de la buena conversación de vuestro vezino, como le prometistes; mirá que no nos falte, pues lo tenemos vendido por cosa notable.

---

<sup>1</sup> Este coloquio —aparentemente desenfadado y sin eje temático vertebrador— encierra un asunto polémico y de envergadura: mediante un ejemplo negativo —personificado en el Bachiller Narváez—, se da la alarma contra el mal uso de la retórica y de la dialéctica, cuando —al margen de la moral y de la verdad— ambas se emplean con fines torticeros. El problema no era nuevo: ya en la Antigüedad se levantaron voces contra la sofística y, especialmente, contra la erística; concretamente, Platón (en la *República*, el *Gorgias* y el *Fedro*) y Cicerón (en *De inventione* y *De oratore*) denunciaron los peligros que encerraban las artes de la palabra (Martínez Torrejón [1995: 11-16]). Así que, en este coloquio, Mejía —como buen humanista— no hace o'



LDOVICO

Su venida y la vuestra sea en buen ora; sentémonos, que de la de nuestro Bachiller no ay que dudar, porque él me dixo que sería aquí a las tres horas y no es hombre que buelve atrás de lo que dize.

FABIÁN

Señor, yo salí de mi tierra por ver cosas señaladas y, según me avéis informado de la condición deste hombre, aunque no fuera tan docto como es, viniera a esta ciudad de Sevilla a solo verlo porfiar, que dezís lo haze diestramente.

LDOVICO

Ayer os dezíamos, el señor Paulo y yo, que tenía essa abilidad. Pues agora añido<sup>3</sup> y hago saber a vuestra mer-

---

cosa que recuperar un debate que ya se había planteado en la Antigüedad, pero que realmente es de siempre; de hecho, el Renacimiento lo resucitó como una reacción —encabezada por Erasmo y Vives— en contra del escolasticismo degenerado (Martínez Torrejón [1995: 30-33]). Mejía anticipa aquí la preocupación por el manejo pervertido de la lógica y la dialéctica, que más tarde manifiesta también Cervantes en el *Quijote* (Guillén [1988: 216-218]). El protagonista de este coloquio representa, pues, lo que, para un verdadero humanista, no debe ser la erudición —motivo de petulancia y lucimiento personal—, cuando tendría que ser empleada, con afán pedagógico, poniéndola al servicio de los demás como material de utilidad para el conocimiento y de aplicación para la vida (Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 77]). Por otra parte, Castillo [1945: 103-105] ya había señalado con anterioridad una influencia difusa de este coloquio y de su protagonista sobre algunos pasajes de las obras cervantinas.

<sup>2</sup> S3-S4-S5-S6: «Coloquio del Porfiado. En el qual...»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Coloquio del Porfiado. Coloquio en el qual...».

<sup>3</sup> *Añido*: «Añado.» En textos de los siglos XVI y XVII, fueron muy comunes las formas de este verbo correspondientes al presente (*añide*), pretérito (*añidió*), gerundio (*añidiendo*), etc. El étimon latino *inaddēre* dio las formas antiguas *eñader* y *eñadir*. Esta última, por metátesis vocálica, produjo la variante *añedir* (Corominas, s.v. «añadir»), que flexionaría en el presente «añido» por posible diptongación en *-iē-* de la *-e* breve tónica latina y posterior reducción o simplificación del grupo vocálico en *-i-*, de la misma manera que en *sēlla* > *siella* > *silla*.

ced que no solamente es porfiado, pero es espíritu de contradicción, porque ninguna cosa vee afirmar a otro que no la contradize y afirma y sustenta lo contrario; y no le faltan razones aparentes para lo uno y lo otro, porque, como os diximos, verdaderamente es de agudo ingenio y ha leído y visto mucho<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Queda aquí patente el modelo del intelectual renacentista, según el cual el ingenio natural con el que algunos hombres están dotados debe ser complementado con el conocimiento adquirido a través del estudio y de los viajes. En este sentido, lo que se aprende en los viajes es más directo, pero exige más tiempo que el que nos proporcionan los libros, cuya difusión había multiplicado la imprenta; por eso dice Diego Núñez de Alba en sus *Diálogos de la vida del soldado* (1552): «Cuanto toca al saber, más sabrás en un día que te recojas en tu cámara leyendo, que en un año que gastes por el mundo peregrinando [...] El tiempo que se gasta en saber una cosa por experiencia, tendrías de cien mil, por oídas, noticia» (Lara Garrido [1980: 229] y Ferreras [1985c: 110]). Gonzalo Fernández de Oviedo indica que son tres —la experiencia de la vida, las lecturas y los viajes— los caminos que conducen al hombre hacia la sabiduría: «Porque o mucho biviendo, o largamente leyendo, o mucho andando hallan los hombres e alcançan con qué puedan dar aviso a las otras partes; y por virtud destas tres maneras son los hombres sabios» (Río Noguera [1990: xxxvi<sup>46</sup>]). Antonio de Torquemada también insiste en el valor educativo de lecturas y viajes; el buen escritor —para él— «ha de ser leído y aver visto muchas cosas y de materias diferentes... [y] aver visto... mundo y estar rompid[o] con tener noticia de otras naciones y gentes extrañas y de sus costumbres y orden de vida», aconsejando a los que no hayan podido viajar «que se den a la lección de la cosmographía, siendo curiosos en entenderla para tener noticia de las cosas del mundo... como los que las han visto y rodeado todas» (Johnston [1978: 72]). Todavía en *El pasajero* (1617), Cristóbal Suárez de Figueroa seguía insistiendo en el conocimiento que producía visitar nuevas tierras: «Sin duda es de corazón humilde y plebeyo asistir de continuo en su casa y estar en todo tiempo como clavado en su propia tierra. Generoso y casi divino el que, imitando a los orbes, se goza como ellos en su movimiento. Del sabio se dice peregrina con utilidad en cualquier parte donde reside; esto es, investigando, observando y deprendiendo» (Ynduráin [1978: 136]). Tratando de este asunto en el *Viaje de Turquía*, Delgado-Gómez [1986b: 486-487], defiende que fueron los humanistas médicos quienes insistieron de manera clara en el valor educativo de los viajes, frente a los humanistas filósofos o moralistas —como Marsilio Ficino o Erasmo— que no mostraron especial interés por este medio de conocimiento.

FABIÁN

Por cierto, que deve ser plazer tratar a vezes con esse hombre, porque siempre se ofrescerán pláticas y materias de que se guste y aun se saque provecho.

PAULO

Verdad es esso, pero todavía es pesadumbre verle siempre contradizir; y también habla tanto, que apenas da lugar a que otro hable donde él está.

FABIÁN

De manera que se verifica en él lo que dezía Hernando de Vega<sup>5</sup>: que es peligro ser los hombres leídos, porque por la mayor parte son muy habladores.

LUDOVICO

No sé si lo haze esso, pero en la verdad él lo es harto; y aun lo que es peor, porfia y defiende algunas vezes opiniones que no tiene razón en ellas.

FABIÁN

Assí acontesce no pocas vezes a los muy agudos, que confían mucho de sus letras y de su ingenio.

LUDOVICO

Tanto es esso verdad, que, aun en las cosas de fe, comúnmente los más de los hereges que ha avido fueron

---

<sup>5</sup> *Hernando de Vega*: Probablemente se trate del que fue comendador mayor de Castilla y miembro del Consejo de Estado del emperador Carlos V. Aparece mencionado en la *Historia de Carlos V* de Pedro Mejía y en las *Epístolas familiares* de Antonio de Guevara. Ignoramos la procedencia de la máxima que aquí se atribuye a este personaje.

hombres ingeniosos y letrados, pero confiados y soberbios. Por lo qual siempre devemos rogar a Dios nos dé humildad en el entendimiento, porque sigamos la común y verdadera carrera, y no novedades y agudezas falsas, como han hecho muchos en nuestros tiempos<sup>6</sup>.

PAULO

En esso no ay que reprehender en<sup>7</sup> nuestro amigo, porque él no se entremete sino en cosas de doctrinas humanas y pláticas comunes<sup>8</sup>. Pero acuérdaseme un donaire en esse propósito de un escudero deste lugar, el qual no

---

<sup>6</sup> Probablemente Mejía no esté pensando solo en casos muy llamativos y ya algo alejados en el tiempo —como los de Lutero y sus seguidores—, sino también en otros más familiares y coetáneos —los de los sevillanos Egidio y Constantino—, en cuya denuncia intervino él personalmente poco después de publicarse por primera vez estos *Coloquios*. La idea de que los herejes fueron siempre hombres ingeniosos ya había sido señalada por Juan de Valdés, en su *Diálogo de la lengua*, al advertir que «hombres de grandes ingenios son los que se pierden en heregías y falsas opiniones por falta de juicio» (Valdés [1969: 166; 1984: 246]; cfr. también Gallego Barnés [1993: 109]). Pero es Cervantes quien, con toda rotundidad, se atrevió a parodiar la identificación de cultura con herejía que se hacía en su época, cuando en *La elección de los alcal-des de Daganzo*, al ser preguntado Humillos si sabe leer, responde sarcásticamente: «No, por cierto, / ni tal se probará que en mi linaje / haya persona tan de poco asiento, / que se ponga a aprender esas quimeras, / que llevan a los hombres al brasero [es decir, al quemadero inquisitorial] / y a las mujeres a la casa llana [esto es, al prostíbulo]» (Cervantes [1982: 154-155] y Spadaccini [1982: 155<sup>43</sup>]). La alta valoración intelectual de los herejes, que aquí expresa Mejía, contrasta con la que —medio siglo después en su *Microcosmia* (1592)— hace Marco Antonio de Camos, quien considera que poseen escasos fundamentos en ciencia y sabiduría. Parece evidente que, en el ínterin, el efecto propagandístico del Concilio de Trento ha dejado su huella en las mentalidades (Ferrerías [1985c: 102]). Sobre Constantino, véase Bataillon [1966: 524-527], Aspe Ansa [1975: 31-105], Navarro de Kelley [1978: 52-58], Wagner [1979: 21-41], González Novalín [1980: 203-219], Huerga [1988: 31-89], García Pí-nilla [1995: 65-79] y Nieto [1997: 217-269, 309-362].

<sup>7</sup> *En*: aquí con el significado de «a» (cfr. *Diálogos*, III<sup>52</sup>).

<sup>8</sup> La separación entre conocimiento religioso y conocimiento laico —tan definitorio del Renacimiento— está aquí, como en otros lugares de la obra, netamente planteada. El ámbito del conocimiento profano queda abierto a la disensión y la disputa (Ferrerías [1985c: 102]).

sabía aun bien leer en un libro de romance, ni tenía discreción para más, y oyendo hablar en cómo algunos han caído en errores por presumir de grandes letrados, como agora dezíamos, decía él que jurava a Dios que le pesava de las letras que tenía, que no quisiera saberlas; y como digo, apenas sabía leer<sup>9</sup>.

FABLÁN

Gracioso estava esse, por Dios; de creer es que no procuraría de hazer letrados a sus hijos. Pero yo ya desseo que venga nuestro argumentador.

LUDOVICO

Ya no puede tardar; pero tengamos aviso en no le contradizeir en lo que dixere, porque no gastemos el día en sola una cosa, sino que, aunque no venga a propósito, mudemos pláticas y materias, porque aya variedad en la conversación.

---

<sup>9</sup> El chascarrillo en cuestión pone al descubierto cómo el absurdo prejuicio de castas en la España del siglo xvi hizo que se desplazase la concepción que durante gran parte de la Edad Media identificaba al noble, por su propia condición, como hombre iletrado (contra lo cual, sin embargo, ya argüía don Juan Manuel en el siglo xiv), aplicándola al cristiano viejo, que alardeaba de hidalguía y, por ende, de desprecio por la cultura. Ilustra bien lo dicho Juan de Mal Lara en su *Filosofía vulgar*: «Ha venido la cosa a tales extremos, que aun es señal de nobleza de linaje no saber escrebir su nombre» (Castro [1987: 216]). De nuevo, Cervantes se atrevió a poner el dedo en la llaga que suponía en la sociedad española de aquella época el asociar la intelectualidad con los judeoconversos (Asensio [1978: 38-40] y Spadaccini [1982: 69-73, 155<sup>43</sup>]); en *La elección de los alcaldes de Daganzo*, al ser examinado Humillos para el cargo de alcalde, este se ufana —como hemos señalado antes— de no saber leer y arguye: «Leer no sé, mas sé otras cosas tales, / que llevan al leer ventajas muchas.» Preguntado por el Bachiller cuáles son esas cosas, responde el candidato a alcalde: «Sé de memoria / todas cuatro oraciones [el Padrenuestro, el Ave-maría, el Credo y la Salve], y las rezo / cada semana cuatro y cinco veces.» Es ahora Rana quien le pregunta si con eso piensa ser alcalde; a lo que Humillos contesta: «Con esto, y con ser yo cristiano viejo, / me atrevo a ser un senador romano» (Cervantes [1982: 155]). Sobre la polémica acerca de la nobleza —tan vigente en el siglo xvi— hace una sintética puesta al día Martínez Torrejón [1993a: 23-25].

FABIÁN

Bien está esso; pero parésceme a mí que todavía será menester un poco de resistencia para provocarlo a él<sup>10</sup>.

PAULO

No será malo, pero yo os digo que muy poco bastará para esso, porque él se terná el cuidado; y tené aviso en mirar que ninguna cosa os verá dezir o afirmar que no lo<sup>11</sup> contradiga.

LUDOVICO<sup>12</sup>

Ce, passo; catá que viene<sup>13</sup>. ¡O, señor Narváez, vengáis en buen hora!

<sup>10</sup> *Provocar a él*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, si bien S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) —entendemos que por errata reiterada— dicen «provocar a él». En este caso, es necesaria la presencia del pronombre enclítico.

<sup>11</sup> *Lo*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), aunque debería ser «la» (pues el pronombre se refiere a «ninguna cosa»). Aquí la concertación es más lógica que gramatical, ya que «ninguna cosa» es equivalente a «nada» (lo contrario de «algo» o «todo»), es decir, un concepto abstracto y neutro, de donde la forma pronominal «lo» para referirse a él (cfr. *Keniston*, 8.412 y *Silva*, II, 34<sup>5</sup>).

<sup>12</sup> *Ludovico*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «Paulo», opción imposible por ser el mismo Paulo el que acaba de intervenir antes. Z2 intenta corregir el error, transcribiendo «Fabián», atribución inadmisible por ser este un personaje forastero que nunca ha visto al Bachiller y que está esperando a que se lo presenten. Solo queda, pues, Ludovico como posible adjudicatario de este parlamento. Bien entendido que esta intervención de Ludovico y la anterior de Paulo pueden intercambiarse, es decir, que el contexto admite la atribución de este parlamento a Paulo y del anterior a Ludovico.

<sup>13</sup> *Ce... que viene*: Esta frase puede considerarse como una verdadera acotación interna, técnica expresiva propia del lenguaje teatral, de la que tan magistral uso se hace en *La Celestina*. Al igual que en la obra de Rojas, lo que aquí dice Ludovico está cargado de connotaciones deícticas que la ausencia de acotaciones externas a la obra impide transmitir de forma directa. Sobre el empleo de la acotación y el aparte, aplicándolo al *Diálogo intitulado el Capón*, ha reflexionado Vian Herrero [1994c: 89-92, 95-96]. Véase también lo dicho sobre el particular en el apartado 2 de nuestra Introducción (así como la bibliografía aducida en *Introducción*<sup>86</sup> y siguientes).

BACHILLER NARVÁEZ

En la misma estén vuestras mercedes; que yo no puedo venir sino en buena, viniendo a esta casa, donde tanta merced y favor suelo recebir.

LUDOVICO

Aquí la rescebimos siempre, señor, con vos; y agora mayor, porque habléis y conozcáis al señor Fabián, que es un cavallero muy leído y muy amigo de Antonino, vuestro gran amigo.

BACHILLER

Qualquiera dessas<sup>14</sup> dos cosas me obliga a mí a ser su servidor, y por tal me ofrezco.

FABIÁN

Mucho huelgo, señor, que baste la una dellas para cobraros por amigo, y esta será el amistad de Antonino, porque de la otra estoy tan falto, que por ella no merezco gracia alguna.

BACHILLER

Tener vuestra merced essa amistad me haze a mí cierto de lo demás, aunque el señor Ludovico no me lo afirmara.

FABIÁN

Comoquiera que sea, me podéis tener por servidor vuestro; pero sepamos qué libro es esse que trae esse mo-  
chacho.

---

<sup>14</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «dessas»; Z1-Z2: «destas».

BACHILLER

Las *Vidas* de Plutarcho, abreviadas por un moderno<sup>15</sup>; y tráigolo, que me lo prestó el señor Ludovico, porque presumo siempre de bolver fielmente lo que me prestan, principalmente libros.

PAULO

Es muy buena condición, y aun provechosa, porque, como dize aquel verdadero refrán, el buen pagador señor es de lo ageno<sup>16</sup>.

BACHILLER

Esse refrán tengo yo por muy falso; si no, júzguelo el señor Fabián: ¿quál es más señor de lo ageno, el que no lo paga y se queda con ello o el que lo toma a su dueño?

---

<sup>15</sup> Probablemente, con esta referencia Mejía esté aludiendo al *Epitome Vitarum Plutarchi* (Basilea, 1541), versión compendiosa de las *Vidas paralelas* llevada a cabo por Darium Tibertum y revisada por Joan Oporino, el mismo editor que en 1547 había publicado la *Historia imperial y cesárea* de Mejía en Basilea. Este epítome de Plutarco se reimprimió en París, 1547 (Biblioteca Nacional. Madrid [1977: 2249, 2250]). Desde mediados del siglo xv proliferaron las ediciones de Plutarco en griego y latín. La primera traducción castellana —la de Alonso de Palencia (Sevilla, 1491)— fue muy denostada por los humanistas, quienes la tacharon de oscura y farragosa; a pesar de esto, Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 90] estiman que es esta la versión aquí referida. Existe también una traducción parcial —solo con las vidas de Cimón y Lucio Lúculo— realizada en 1547 por el heresiarca burgalés Francisco de Enzinas, quien amplió luego la traslación en las siguientes ediciones de 1551 y 1562 (Palau y Dulcet [1961: XIII, 349-351] y Bataillon [1966: 515, 625<sup>15</sup>]).

<sup>16</sup> *El buen pagador señor es de lo ageno*: Este refrán «enseña que cuando se pagan las deudas a tiempo, esa actitud sirve de carta de recomendación para obtener nuevos créditos. Por tanto, el que toma y paga, gana fama de buen cumplidor y nadie le niega lo que solicita» (Doval [1997: 213]). Ya fue registrado por el marqués de Santillana (Campos y Barella [1993: 268]); y también lo recoge Correas [2000: 258]: «El buen pagador, heredero es de lo ajeno, señor y dueño.»



## FABIÁN

Digo que es buen principio este y que tiene razón el señor Narváez. Pero el libro he yo ya visto y parésceme bien; y para poder gozar de la multitud de libros que ay agora, es cosa provechosa el abreviar y sumar los authores, como este ha hecho.

## BACHILLER

Vuestra merced me perdone, que en esso estoy de contrario parescer; porque<sup>17</sup>, quanto a lo primero, con sumar<sup>18</sup> y abreviar no se sigue el efecto que dezís, antes se multiplican los libros y se haze, de uno, dos; y después desto, es falsar la scriptura agena, porque cortan y mudan el estilo, quitan la eloquencia y ornato del author verdadero, menoscaban la materia que se trata, usurpan la agena gloria y trabajo, haziéndose ingeniosos en ageno libro; finalmente, es hurto y injusticia traçar y cortar en ageno edificio contra la voluntad de su dueño; y aliende de lo dicho, son causa los que hazen estas que llaman epítomas o sumas<sup>19</sup>, que los libros principales que abreviaron se pierden, como ha acaescido en la obra de Trogo Pompeyo, que Justino abrevió, y en lo<sup>20</sup> más de las *Décadas* de Tito Livio, que Lucio Floro hizo lo mismo<sup>21</sup>, y assí en otros<sup>22</sup>.

---

<sup>17</sup> *Porque*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), en tanto que S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «por», usando la preposición con un insólito valor de nexo causal, impropio cuando el verbo va en forma personal («no se sigue»), pero que no parece errata. Tal vez el fenómeno se justifique por el inciso que se inserta entre el nexo y el verbo («quanto a lo primero, con sumar y abreviar»).

<sup>18</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «sumar»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «epitomar».

<sup>19</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «estas que llaman epítomas o sumas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «estas epítomes y sumas».

<sup>20</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «lo»; S1-A1-A2, por errata: «la»; Z1-Z2-S7: «las».

<sup>21</sup> S3-S4-S5-S6: «hizo lo mismo»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «epitomó»; S2: «abrevió».

<sup>22</sup> Se refiere Mejía a las perdidas *Historiae Philippicae* de Trogo Pompeyo —de cuyo contenido tenemos noticia gracias al epítome realizado por Justino— y a las *Décadas* de Tito Livio, conservadas solo fragmentariamente y cuyas lagunas pueden suplirse con el resumen o *Epitomae* que redactó Lucio Anneo

FABIÁN

Está muy bien dicho lo que dize el señor Narváez, aunque bien avría qué responder; pero yo no soy amigo de porfiar.

BACHILLER

Pues yo, señor, aunque fuesse amigo de hazerlo, no lo sé hazer.

PAULO

No lo pensamos acá assí; pero no os pese, señor, desso, porque es tan mala cosa el porfiar, que es bien no hazerlo, y mejor no saberlo hazer.

BACHILLER

No digo yo que no sé porfiar porque lo tengo por malo, que antes lo tengo por necesario y bueno y provechoso, sino porque no soy para tanto.

PAULO

Quanto si vos queréis defender que el porfiar es cosa buena, menester es que sepáis bien porfiar, porque es contra la común opinión, que es la que devemos seguir.

BACHILLER

Yo no sé cómo lo<sup>23</sup> defenderé, pero, aunque mi defensión sea flaca, no por esso dexará de ser bueno el porfiar. Pero, antes desso, quiero contradezir essa otra sentencia en que afirmáis que avemos de seguir las comunes opiniones,

---

Floro. En la *Silva*, Mejía reconoce sin empacho cuándo utiliza a Floro y no a Tito Livio (*Silva*, III, 36<sup>25</sup>). Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 90<sup>29</sup>] han señalado que Mejía utiliza tácitamente a Vives (*De causis corruptarum artium* y *De tradendis disciplinis*) en este pasaje en que el Bachiller abomina de los epítomes o resúmenes de otras obras.

<sup>23</sup> *Lo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) indican «los», forma que consideramos como errata, pues con el pronombre Mejía se está refiriendo a «defender que el porfiar es cosa buena».

Éxodo,  
XXIII.

porque parece que es contra buena philosophía, y aun contra las *Esripturas*, pues es cierto que avemos de tener lo que tienen los sabios y estos ya sabemos que son los menos, y suélese dezir común opinión la que los más tienen, de manera que es mejor que tengamos con los sabios, aunque sean menos, que no llegarnos a la comunidad de los simples; y assí se manda, entre los preceptos de la ley<sup>24</sup>, que no siga el hombre la multitud ni se aparte de la verdad por consentir al parescer y sentencia de los más<sup>25</sup>.

PAULO

Sé que yo no digo que sigamos lo que dizen los necios, aunque sean muchos, antes llamo común opinión la que tienen los más de los sabios.

BACHILLER

Guarida es essa que avéis<sup>26</sup> tomado en declararos dessa manera; pero quando esso fuesse, digo que los más de los sabios dirán que el porfiar es sancto y necessario.

LUDOVICO

Veamos el porqué, sin porfiar<sup>27</sup> sobre ello.

<sup>24</sup> *Éxodo*, XXIII, 1-2: «Non suspicies vocem mendacii: nec iunges manum tuam ut pro impio dicas falsum testimonium. Non sequeris turbam ad faciendum malum: nec in iudicio, plurimorum acquiesces sententiae, ut a vero devies» (*Vulgata*: 64).

El aristocrático concepto de que el hombre culto debe huir de la común opinión del vulgo, que aquí queda expuesto, tiene también su eco en la obra cervantina (Castro [1987: 212<sup>5</sup>]).

<sup>25</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «de los más»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «de los demás».

<sup>26</sup> *Avéis*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, si bien S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947) dicen «avemos» (1959: «hemos»), forma verbal que carece de sentido en este contexto, incluso entendiéndola de manera figurada, pues la segunda persona viene exigida por la oración siguiente («en declararos dessa manera»).

<sup>27</sup> Juego de palabras, basado en el oxímoron: sin porfiar sobre el porfiar. Todo este pasaje se mueve en un juego alambicado de conceptos: antes, cuando el Bachiller afirma que no sabe porfiar, aunque lo tiene por necesario y provechoso, Paulo le responde que «si vos queréis defender que el porfiar es cosa buena, menester es que sepáis bien porfiar».

## BACHILLER

En dos palabras lo diré, y no ay qué responderme, porque verdaderamente, si no uviessse porfia y altercación<sup>28</sup>, nunca se sabría ni descubriría bien la verdad de las cosas ni de las artes. Y el que lo condena no entiende bien qué cosa es, porque ha de saber que el disputar y el porfiar es una misma cosa, pues no es más la disputa y porfia que tener uno una opinión, y otro la contraria, y altercar<sup>29</sup> sobre ella, sin lo qual no puede aver exercicio de letras ni de sciencias; pues que assí es, no sé yo quién ossa condenar cosa tan necessaria y usada en el mundo como es la disputa, y que todos los philosophos y sanctos usaron y oy día usan todas las escuelas y universidades del mundo<sup>30</sup>.

## FABIÁN

Agora yo os doy mi fe que en esto no es menester gastar más tiempo, que el señor Narváez tiene razón, porque verdaderamente, como ha dicho, porfiar es disputar; pero yo no sé qué se es, que da pesadumbre un hombre porfiado.

---

<sup>28</sup> *Altercación*: Así en S1-Z1-S2-Z2-S6-S7 (y 1928-1947-1959); no obstante, A1-S3-A2-S4-S5 (y 1930) transcriben «alteración». Ambos términos están semánticamente muy próximos, lo que sin duda propicia el intercambio textual. Con todo, lo más probable es que la lectura *alteración* se deba a un desliz tipográfico, pues más adelante todas las ediciones dicen «altercar». *Altercación*: «La conferencia entre dos [...] Y porque cada uno suele defender con vehemencia y perseverancia su opinión, pienso haberse formado deste verbo altercar» (Covarrubias, s.v. «altercar»).

<sup>29</sup> *Y altercar*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, aunque S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) indican «y otro altercar», con errata producida posiblemente por repetición en esta frase del mismo comienzo que en la anterior y que rompe el sentido de lo que se pretende decir, pues es obvio que *altercar* —tal como aquí se define: defender uno una cosa y otro su contraria— no es posible entre tres, pues solo hay dos litigantes: «Altercar [...] es disputar con otro» (Covarrubias, s.v. «altercar»).

<sup>30</sup> La dialéctica —ya lejos del escolasticismo medieval— se define en el Renacimiento como un método de conocimiento científico que debe ser contrastado por la experiencia. No es, por tanto, un puro ejercicio retórico, sino un medio para descubrir la verdad, como parece subrayar aquí Mejía (Ferrerías [1985c: 70]).

BACHILLER

¿Sabéis de adónde viene esso? De que a quienquiera pesa que otro entienda mejor la cosa que él o sea de contraria opinión a la suya, y como el que porfía o disputa ha de hazer una destas dos cosas o ambas, nasce de aquí el dar pesadumbre, aunque no sea pesado; pero, cierto, el hazerlo templada y sabiamente es loable abilidad, y no la acertaran a hazer sino hombres sabios y de ingenio<sup>31</sup>.

PAULO

Mudemos, pues, el propósito, porque no hagamos esta porfía destemplada; pero hágoos saber que me quedo yo con mi opinión.

BACHILLER

Error común es; no me maravillo que os quedéis en él.

PAULO

Si fuere error, con ser común me consolaré, pues dicen que es consuelo el mal de muchos<sup>32</sup>.

---

<sup>31</sup> En esta contestación del Bachiller a Fabián ven Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 80] la habilidad de Mejía en la caracterización de los personajes a través de sus intervenciones, pues la visión competitiva que Narváez tiene de la dialéctica —especie de torneo en el que uno termina, aunque con moderación y prudencia, imponiéndose sobre el otro— concuerda con su personalidad: el Porfiado no es consciente de su defecto y, además, cree obrar con medida y, por ende, no provocar pesadumbre.

<sup>32</sup> *Es consuelo el mal de muchos*: La fórmula actual del refrán es *mal de muchos, consuelo de tontos*, «con el cual se niega la habitual actitud de pensar que las desgracias, por el simple hecho de ser compartidas con otros muchos, sean más llevaderas o de menor importancia. El refrán nació en una fórmula mucho más natural *Mal de muchos, consuelo es*, que el marqués de Santillana glosaba así: “Donde se reparte el dolor cabe a cada uno sentimiento menor.” Los que siguen pensando que la comunidad en la desgracia puede ser un consuelo, prefieren decir: *Mal de muchos, consuelo de todos*, pero los que no creen así, fueron cambiando con el tiempo la segunda frase, y con ella su sentido,

BACHILLER

Tan común es el error desse refrán como el propósito a que se dixo; y devió ser sentencia de algún impío y cruel hombre.

LUDOVICO

¿Cómo? ¿No es verdad lo que dixo el otro poeta, que es consuelo a los miserables tener compañeros en su adversidad?<sup>33</sup>.

BACHILLER

No, cierto, sino sentencia inhumana y sin piedad, porque, aunque no tengamos más obligación que a ser hombres, avemos de tener dolor y compassión de ver padecer a otro hombre; de manera que por sola esta razón se prueva que el mal de muchos antes es más acrescentamiento de penas<sup>34</sup> que consuelo, pues se siente el mal propio y se duele del ageno; cuánto más será verdad lo que yo digo en el christiano, que por precepto divino es obligado a amar a su próximo como a sí mismo y a condolerse en sus

---

por la actual» (Doval [1997: 79]). Correas [2000: 483] recoge el refrán bajo una doble formulación: «Mal de muchos, gozo es» y «Mal de muchos, conhor-te es». También lo registra Baltasar Gracián en su *Criticón* (Campos y Barella [1993: 215]). Mejía está poniendo aquí el dedo en la llaga en lo que respecta a los llamados «errores comunes» u «opiniones recibidas», que él intentó combatir —aunque incurriendo a veces en la misma falta que pretendía erradicar— con la difusión de sus obras (cfr. Presberg [2001: 66-67]).

<sup>33</sup> El proverbio —que se atribuye a Dionisio Catón— reza así: «Solamen miseris socios habuisse malorum» (Valentí, Galí y Tierno Galván [1990: 302]). Mejía debió de tomar la sentencia de una de las muchas ediciones que se hicieron de esta colección de máximas morales —a veces comentadas por humanistas conocidos, como Erasmo y Nebrija— que se utilizó profusamente en las escuelas durante siglos y que —por habersele atribuido al precitado poeta latino— se conoció popularmente como el *Catón*. Consciente quizás de la falsa paternidad de la obra, en cuyo título —*Disticha moralia vulgo Catonis...*— se dejaba constancia con frecuencia de tal eventualidad, Mejía optó por encubrir el nombre del autor con esa vaga denominación de «el otro poeta».

<sup>34</sup> S3-S4-S5-S6: «penas»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «pena».

trabajos; porque veáis lo que se gana en tener compañeros en los males.

LUDOVICO

No quiero responder a esso, señor Bachiller, porque nunca os han de faltar razones y porque estamos oy determinados de no replicar a lo que dixéredes. Pero digo que os hizo Dios merced en no hazeros abogado, porque temo que, por contradezir a qualquiera de las partes, defendiéradés muchas vezes la injusticia.

BACHILLER

Mal conocido me tenéis, porque yo no soy amigo de contradezir a nadie, pero hágolo quando alguno no tiene razón en lo que dize. Y tal pudiera ser la injusticia, que lo<sup>35</sup> defendiera yo justamente, siendo abogado.

PETRONIO

No puede dexar de parescer extraño negocio este al señor Fabián, pues llega la cosa a que digáis que se podría justamente defender la injusticia; no sé qué salida se podrá dar en esto, a lo menos no se hallará sabio ni philósopho que no abomine la injusticia y alabe y ensalce la justicia.

FABIÁN

Señores, yo soy extranjero y huésped, y no vine aquí oy a disputar, sino a gustar de lo que aquí se platicasse; y por cierto, hasta agora no tengo mal gusto de lo que se ha dicho. Oigamos al señor Narváez, que saber y hedad tiene para responder por sí.

---

<sup>35</sup> *Lo*: Así en S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), refiriéndose a «alguno» que «no tiene razón en lo que dize», pero A1-A2-S7 dicen «la», aludiendo a «injusticia» (lo que viene a ser prácticamente lo mismo). Nuevo caso de uso alternativo del género en el pronombre personal complemento a causa de la ambigüedad del sustantivo al que sustituye (cfr. *Silva*, I, 11<sup>30</sup>, 12<sup>41</sup> y IV, 17<sup>30</sup>).

BACHILLER

No se escandalize vuestra merced, que si uviérades leído lo que el señor Fabián, no se os hiziera tan extraño lo que dixe: que podía aver injusticia que se pudiesse defender; oídme con paciencia y veréis que no voy muy fuera de camino.

Quanto a lo primero, os engañáis mucho en afirmar que no se avrá hallado sabio ni philósopho que no condene y abomine la injusticia, porque ya se han hallado algunos grandes hombres que la han alabado por mostrar sus ingenios, como es de presumir, o que les pareció que era necessario permitir y aun defender algunas injusticias para sustentar la policía y compañía humana, porque, como sant Agustín refiere en el libro de *La ciudad de Dios*<sup>36</sup>, refrán y sentencia era antigua en el vulgo romano

Libro II,  
capítulo  
XXI,  
*Cibdad de  
Dios.*

<sup>36</sup> San Agustín, *De civitate Dei*, II, 21 (Mulroney [1930: 109<sup>3</sup>]). Según san Agustín, Cicerón —en su *De republica*— presenta una disputa entre Escipión, que defiende la justicia como fundamento del Estado, y Filo, quien propugna la postura contraria: «Suscepit deinde Philus, unus eorum qui disputationi aderant, et poposcit ut haec ipsa quaestio diligentius tractaretur, ac de iustitia plura dicerentur, propter illud, quod iam vulgo ferebatur, rem publicam regi sine iniuria non posse» (Agustín de Hipona [1988: I, 120]).

Posteriormente (en *De civitate Dei*, XIX, 21), san Agustín vuelve a insistir sobre la misma idea: «Disputatur certe acerrime atque fortissime in eisdem ipsis de Re publica libris adversus iniustitiam pro iustitia. Et quoniam, cum prius ageretur pro iniustitiae partibus contra iustitiam, et diceretur nisi per iniustitiam rem publicam stare augerique non posse; hoc veluti validissimum positum erat, iniustum esse, ut homines hominibus dominantibus serviant; quam tamen iniustitia nisi sequatur imperiosa civitas, cuius est magna res publica, non eam posse provinciis imperare» (Agustín de Hipona [1988: II, 610]).

Las referencias al libro y capítulo de san Agustín están plagadas de errores en las ediciones consultadas: S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7-1959 se refieren al libro «II» o «2», pero S3 indica «z», que 1930 interpreta falsamente como «x» (cuando, en realidad, esa «z» de S3 quiere decir «2», al sustituir la consignación del número por la letra que gráficamente más se le parece). En lo tocante al capítulo, S1-Z1-A1-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7-1930-1959 indican «XXII» o «22», pero S2 envía al capítulo «XXIII» (1928-1947 omiten la acotación completa). Dada la confusión en la consignación de datos, entendemos que el envío al capítulo XXII —en lugar de al XXI— se debe a un error inicial de S1, no subsanado en las siguientes ediciones; por ello, hemos corregido el dato.



que la república no se podía regir ni gobernar sin injuria y injusticia; y en las historias romanas leemos que de Athenas vinieron a Roma por embaxadores Carnéades, philósopho académico, y Critolao, peripatético<sup>37</sup>, y Diógenes, stoico, en tiempo de Catón el Mayor, y el Carnéades, por mostrar su elocuencia, hizo un día una excelente oración en loor de la justicia, y después, otro día siguiente, oró en favor y defensión de la injusticia, y deshizo los argumentos y razones del día antes, y truxo otros muy fuertes por la parte della; y aun, según cuenta Firmiano<sup>38</sup>, entre otras cosas dixo a los romanos que tan necessaria era la injusticia para la fuerça de su república, que si ellos avían de guardar justicia en restituir lo que en el mundo tenían usurpado, que les sería necessario bolver a morar en choças, como moraron en sus principios. Y el mismo sant Agustín<sup>39</sup>, en el mis-

<sup>37</sup> *Peripatético*: Así en Z1-A1-A2-Z2 (y 1928-1947-1959), en tanto que S1-S2-S3-S4-S5-S6-S7 (y 1930) leen «peripático», forma que —por tratarse de un término culto y de uso poco común— hemos considerado como errata reiterada, pues tampoco está registrado en los repertorios léxicos consultados.

<sup>38</sup> La fuente se encuentra en Lactancio Firmiano, *Divinae institutiones*, V, 14 (3-4) —por lo que respecta a los dos discursos sucesivos de Carnéades, a favor de la justicia y de la injusticia (Mulroney [1930: 109<sup>4</sup>])—, y en *Divinae institutiones*, V, 16 (4) —en lo tocante a la restitución de lo usurpado violentamente por los romanos a otros pueblos—: «Carneades Academicæ sectæ philosophus [...] cum legatus ab Atheniensibus Romam missus esset, disputavit de iustitia copiose audiente Galba et Catone Censorio maximis tunc oratoribus. Sed idem disputationem suam postridie contraria disputatione subvertit et iustitiam quam pridie laudaverat sustulit, non quidem philosophi gravitate, cuius firma et stabilis debet esse sententia, sed quasi oratorio exercitii genere in utramque partem disserendi [...]. Et inferebat hæc argumenta: omnibus populis qui florerent inperio et Romanis quoque ipsis, qui totius orbis potirentur, si iusti velint esse, hoc est si aliena restituant, ad casas esse redeundum et in egestate ac miseriis iacendum» (Lactancio Firmiano [1965: 444, 449-450]). Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 91<sup>33</sup>] insinúan la posible existencia de una doble fuente oculta y moderna, al señalar el parecido de lo que aquí adjudica Mejía a san Agustín y a Lactancio Firmiano con lo recogido en sus respectivas misceláneas latinas por los humanistas Raffaello Maffei o Rafael de Volterra (*Commentarii urbani*, Basilea, 1559, libro XXIII, pág. 322) y Pietro Riccio o Pedro Crinito (*De honesta disciplina libri XXV*, Basilea, 1532, libro XXII, capítulo 4, pág. 329).

<sup>39</sup> La fuente se halla nuevamente en *De civitate Dei*, II, 21, y corresponde al lugar alegado un poco más arriba (cfr. *Diálogos*, IV, 1<sup>36</sup>). Firmiano cita a Cicerón, llamándolo defensor de Furio (Mulroney [1930: 110<sup>5</sup>]).

mo lugar, también cuenta que Cicerón, en sus libros de *República*, introduxo a Furio Philo<sup>40</sup>, romano, alabando la injusticia y haziéndola necessaria para la governación y policía humana; y si más queréis ver en este propósito, leed a Platón<sup>41</sup> en el segundo y primero libro de *República*, y hallaréis también cómo introduce a Glauco alabando y defendiendo la injusticia, donde trae grandes argumentos y aparencias para ello<sup>42</sup>.

Assí que, señor, ya creeréis que no han<sup>43</sup> faltado philó-sophos que, de veras o fingido<sup>44</sup>, ayan defendido la injus-

<sup>40</sup> *Furio Philo*: Las ediciones que hemos manejado dicen «Furio Pilo» (S1-Z1-A1-S2-S3-Z2-S4-S7 y 1930) o «Furiopilo» (A2-S5-S6 y 1928-1947-1959). Estimamos que la forma «Pilo» se debe a una errata reiterada, por omisión de la *h* intercalada del nombre original latino. San Agustín —en *La ciudad de Dios*, II, 21 (1)— designa a este personaje solo como Filo (Philus), siguiendo a su fuente —Cicerón, *De Republica*, III, 5 (Cicerón [1980: 54])—, donde se halla resgistrado como «L. Furius Philus». Rectificamos, pues, la transcripción del nombre, siguiendo la ortografía de la fuente latina.

<sup>41</sup> Platón, *De Republica*, I y II. Glaucón, primero, y su hermano Adimanto, después, defienden la injusticia —frente a Sócrates— en el libro segundo (capítulos 1-5 y 6-9, respectivamente), en tanto que Trasímaco lo hace en el primero (especialmente en el capítulo 16). Platón usa también el argumento de retirar el arma a un amigo enloquecido (*De Republica*, I, 5), que Mejía emplea más adelante (Mulroney [1930: 110<sup>6</sup>]).

<sup>42</sup> También Quintiliano (*Institutio oratoria*, II, xvii, 36) —según alega Blanco [1994: 1<sup>105</sup>]— expresa que, por utilidad pública, pueden defenderse cosas falsas: «Sed aliquando exigit communis utilitas, ut etiam falsa defendat.» Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 82] señalan que el Bachiller Narváez peca por ignorancia —al interpretar mal los pasajes de san Agustín y Cicerón— o por mala fe —al aducir consciente y torticeramente tales ejemplos—, ya que en ambos casos Furio y Glauco aceptan defender la injusticia, con la que están en desacuerdo, por ponerse en el lugar de quienes sí lo hacen, a fin de descubrir los argumentos a los que acudirían. Para el término *aparencias*, véase *Diálogos*, I, 1<sup>67</sup>.

<sup>43</sup> *Han*: Así en Z1-A2-Z2-S5-S6 (y 1928-1947-1959), si bien S1-A1-S2-S3-S4-S7 (y 1930) dicen «ha». La falta de concordancia gramatical entre el sujeto y el predicado, que se observa en algunas ediciones, es bastante frecuente en la prosa castellana del siglo XVI, especialmente cuando —como es el caso— el verbo precede al sujeto, otorgando a la oración un fuerte sentido de impersonalidad, acrecentada por el propio significado del verbo (*Keniston*, 36.521 y *Silva*, I, 10<sup>15</sup>).

<sup>44</sup> *Fingido*: Así en S2-S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), usando el adjetivo masculino con valor adverbial —fenómeno relativamente frecuente en la obra de Mejía— y equivaliendo a «fingidamente»; pero S1-Z1-A1-A2-Z2

ticia, y parescíaos impossible; aunque yo os confieso que, si lo hizieron porque lo sintieron assí, absolutamente erraron en ello, porque la injusticia es contraria a las virtudes, y la justicia las abraça a<sup>45</sup> todas, y quando llamamos a un hombre justo, lo entendemos virtuoso. Pero lo que yo dixe, que tal podía ser la injusticia que la defendiesse justamente, díxelo porque ay algunas cosas y obras que en su género son tenidas por vicio y injusticia, y ay tiempos y lugares donde no lo son y se pueden alabar y defender; y porque no lo tengáis por invención mía, sabed que Xenophón, en los libros de *Los dichos y hechos de Sócrates*<sup>46</sup>, trata y afirma lo que digo. Vicio y injusticia es el engañar y el andar hombre falso con los hombres; pero el que engañasse al enemigo en la guerra justa, no pecaría, antes espreciado y alabado. También es injusticia el hurtar y, en la misma guerra que con justicia se haze, no lo es el hurtar a los enemigos y se puede defender; y assí os podría traer otros muchos exemplos de las quemas de los campos, del derribar las casas y otras cosas que en su género son injusticia, pero padecen excepción y ay tiempos donde se pueden hazer y defender al que las haze.

PAULO

Essos exemplos no me convienen<sup>47</sup> a mí, porque ya entonces no sería injusticia essa, porque se haze contra ene-

---

dicen «fengida» o «fingida», empleando la forma femenina con el mismo valor, aunque haciéndola concertar con el complemento verbal «injusticia» del predicado «ayan defendido la injusticia» (cfr. *Keniston*, 25.41, 25.412 y 39.14; y *Silva*, I, 36<sup>4</sup>).

<sup>45</sup> *A*: Falta la preposición en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), que repongo por tratarse de un nuevo caso de «a embebida» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>).

<sup>46</sup> La fuente aludida —como indica Mulroney [1930: 110<sup>7</sup>]— se encuentra en Jenofonte, *Memorabilia*, IV, 2 (13-17). En un extenso diálogo entre Eutidemo y Sócrates, este le argumenta con razonamientos sofisticos parecidos a los que el Bachiller expone a continuación para justificar los desafueros que pudieran cometerse tanto contra enemigos como contra amigos. Esta obra, *Memorabilia* o *Recuerdos de Sócrates* —como la *Apología de Sócrates*—, fue escrita por Jenofonte en exaltación de su maestro.

<sup>47</sup> *Convienen*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «convencen». Ambas lecturas son admisibles. *Convenir*

migos declarados y en lícita guerra. Pero no me lo podréis vos verificar en el amigo, a quien en todo tiempo y lugar<sup>48</sup> soy obligado a ser<sup>49</sup> leal, y andar claro con él, y ampararle su persona y casa.

### BACHILLER

Antes os lo provaré todo en el amigo con la misma facilidad: como sería, en lo<sup>50</sup> primero, engañarlo estando enfermo, dándole la medicina dissimulada y encubierta; y en lo segundo, el que hurtasse el espada al amigo que está loco y furioso. Pues, en lo demás de la casa, justamente se puede derribar al amigo y compañero quando es estorvo claro para la defensa de la ciudad.

---

tiene aquí el sentido de «concordar» (*Covarrubias* y *DRAE*, s.v. «convenir»), «ser de un mismo parecer o dictamen, conformarse con el de otros y sentir y seguir lo propio que ellos» (*Autoridades*, s.v. «convenir»).

<sup>48</sup> *A quien en todo tiempo y lugar*: Así en Z1-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959); pero S1-S2-S3 (y 1930) dicen «aquí en todo tiempo y lugar» (lectura evidentemente errada), en tanto que A1-A2 indican «a quien todo tiempo y lugar» y S7, por su lado, lee «a quien en tiempo y lugar». Aunque en el castellano del siglo XVI pudiera obviarse a veces la preposición que marcaba la función de complemento circunstancial de un sintagma nominal (cfr. *Silva*, I, 11<sup>25</sup>), estimamos que A1-A2 han intentando infructuosamente corregir la lectura estragada de S1 (reiterada en S2-S3), uniendo de diferente manera las sílabas y olvidando la preposición *en* al coincidir con el final del relativo anterior *quien* («aquí en/a quien»). Algo parecido debió de ocurrir con la lectura de S1-S2-S3, dada la frecuente arbitrariedad que las ediciones antiguas manifiestan en la unión o separación de palabras: el cajista, pensando haber colocado ya las letras *en* del final de *quien*, las omitió cuando debería haberlas reiterado. La solución de S7 prueba cómo el impresor, al tratar de solucionar un *lapsus*, incurre en otro nuevo.

<sup>49</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «ser»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «serle».

<sup>50</sup> *Lo*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959), pero S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «el», consideramos que por errata (pues, en justa correspondencia, si más abajo se dice «lo segundo», aquí debería aparecer «lo primero»). Siguiendo la argumentación del propio Bachiller al final de su anterior parlamento, «lo primero» sería «el engañar y el andar hombre falso con los hombres», y «lo segundo» consistiría en que «también es injusticia el hurtar».

PAULO

Todavía son esos casos particulares y lícitos por diversos respectos y donde torno a dezir que no se puede dezir injusticia; pero la que lo fuere en rigor, impossible es que nadie la defienda justamente, como sería el homicidio sin authoridad de juez ni en guerra justa, sino por sola vengança, y el acceso a muger, no siendo con ella casado, y los demás desta manera.

BACHILLER

Sé que, señor Paulo, no me obligué yo a defender la injusticia clara, que no dixe sino que tal podría ser que la pudiesse defender, y destas ya os he dicho algunas; pero, si lo verificasse en los mismos exemplos rigurosos que avéis puesto, ¿parésceos que haría mucho?

PAULO

Sería tanto, que no lo podréis hazer.

BACHILLER

Pues no haré sino muy poco, y luego lo veréis muy claro. Dezíme: ¿no sabéis y entendéis que el que mata a su muger, si la hallasse en adulterio, aunque lo haga por sola vengança, lo permite la ley y no da pena por ello, antes, si lo prueba uno, se la manda entregar, y que haga della lo que quisiere, y él la puede matar? Pues bien sabéis también que el marido que tal haze, peca y comete injusticia, porque Dios no permite que nadie se vengue por sus manos; pero permítelo el rey y la<sup>51</sup> ley por evitar los adulterios y otros males, y no pecaría yo en defender en juizio

---

<sup>51</sup> *La*: Está el artículo en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959), pero falta en S3-S4-S5-S6 (y 1930), por omisión involuntaria que corrijo, reponiéndolo.

al marido que lo uviesse hecho. Pues, en lo que dezís del acceso a muger que no sea propria, notoria cosa es que ay y se sufren en los pueblos mugeres desonestas y públicas, y ellas hazen injusticia en serlo; pero permítelas el príncipe y la ley por la misma razón de escusar peccados y daños mayores, y en su triste estado las defiende y ampara, que no le sea hecha injuria, y no peca en ello, ni yo pecaría si lo hiziesse. Assí que, señor Paulo, vuestra merced no se determine otro día tan presto, que, si bien he sido oído, yo he provado mi intención<sup>52</sup>.

FABIÁN

No se porfie, señores, más sobre esto, que el señor Bachiller tiene razón, tomada la cosa como él la entiende y declara.

PAULO

Yo no quiero replicar, aunque no era mala plática para en tanto que se haze hora de salir al río, que quiere ver el puerto el señor Fabián, adonde el señor Bachiller va muy pocas vezes, según él dize.

FABIÁN

No sé yo por qué, que cierto es gran cosa en verano el frescor de la mar, que alcança este lugar, que<sup>53</sup> es una de

<sup>52</sup> La soberbia intelectual del Bachiller queda patente en esta última afirmación. Por otro lado, en todo su parlamento Narváez está jugando con el subterfugio de mezclar a capricho los conceptos de justicia y de derecho (Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 83<sup>17</sup>]).

<sup>53</sup> *Que*: Se encuentra el pronombre relativo en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero falta en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), a causa, muy posiblemente, de un lapsus del impresor, si bien, con diferente puntuación, sería admisible la omisión: «... que alcança este lugar; es una de las ventajas...». Por esto, hemos recogido como variante textual —y no como errata— la supresión de S3 y de las ediciones que la siguen; puesto que la eliminación del pronombre relativo es extraordinariamente rara en el castellano áureo (cfr. *Keniston*, 15.99), nos inclinamos por incluir el pronombre en nuestra transcripción del texto.

las ventajas, entre otras muchas, que tienen los lugares marítimos a los otros; que, aunque este no lo es, por la cercanía que tiene a la mar y por la navegación y tracto deste río, que tan grande es, se puede dezir serlo.

BACHILLER

La causa, señores, por que yo salgo pocas vezes al río, es porque en invierno no es menester frescor, y en verano no lo ay todas vezes; y también porque a cavallo yo no puedo<sup>54</sup> andar, y en mula no quiere Su Magestad que ande<sup>55</sup>, y el ir a pie házeseme lexos, y hallo que es más el calor que me daría el andar que el fresco<sup>56</sup> del río, y por esto lo dexo; pero, con todo esto, no quiero consentir que Sevilla sea lugar marítimo, pues está de la mar quinze leguas, ni que los lugares que lo son hagan

<sup>54</sup> *Puedo*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1930), corrigiendo a S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959), donde se lee «quiero», término que no parece convenir muy bien con la lógica y el sentido de la frase.

<sup>55</sup> La posesión de un caballo —además del *status* social nobiliario— exigía la tenencia de una renta elevada, pues el equino había de ser un ejemplar de buena raza y tener el propietario capacidad para costear las armas y la servidumbre al rey que la cabalgadura llevaba aneja. Desde el 10 de marzo de 1536 —por orden del rey—, ningún ciudadano podía usar de mula —excepto mujeres, clérigos y diplomáticos— si no poseía habitualmente, al menos, un caballo. Tales disposiciones están recogidas en la recopilación jurídica publicada por Hugo de Celso y titulada *Las leyes de todos los reynos de Castilla* (H. de Celso [1540: 65r. y v., 234r.]), que Mejía probablemente conoció. Se ve que el Bachiller no tiene capacidad económica para mantener un caballo —quizás, tampoco poseía la condición de hidalgo— y, por lo tanto, no puede montar públicamente en mula. Un episodio relacionado con esta disposición legal se recoge en los *Coloquios de Palatino y Pinciano* de Arce de Otálora, obra en la que un corregidor confisca la mula a un escolar y lo multa con dos mil maravedíes: «Les encontró el alguacil y preguntó al uno que iba en mula que si era clérigo o tenía caballo, que le mostrase testimonio de lo uno o de lo otro o que se fuese a la cárcel y dejase la mula»; Gómez [1998: 35<sup>27</sup>], que recoge el texto anterior, alude a una pragmática de los Reyes Católicos, dada en Granada el 2 de mayo de 1493, en la que se ordena que «el que no toviere cavallo no pueda tener mula: y que si una vestia oviere de tener que sea cavallo salvo ciertas personas aquí exceptadas» (que son los anteriormente dichos, además de licenciados y doctores).

<sup>56</sup> S1-S2-S3-S4-S5-S6-S7: «fresco»; Z1-A1-A2-Z2: «frescor».

ventaja a los mediterráneos<sup>57</sup> apartados de la mar, porque antes se deve afirmar lo contrario, y assí lo tuvieron por menos bueno los sabios antiguos el habitar en la costa della.

LUDOVICO

Mucho me huelgo, señor Fabián, que no se irá vuestra merced alabando, que también me paresce os contradize el señor Narváez, como a los amigos.

FABIÁN

Assí me paresce, pero en verdad yo no sé con qué authoridad ni razón se pueda negar que no sea ventaja estar un lugar en la ribera de la mar, y más siendo buen puerto, pues goza de los provechos y frutos, podemos dezir, de mar y tierra, y tiene más fácil la conversación y trato con todo el mundo.

BACHILLER

Quanto a la authoridad, señor, yo la daré tal que satisfaga, porque no es menor que del grande philósopho Platón<sup>58</sup> y

---

<sup>57</sup> *Mediterráneos*: Aquí, como más adelante también, aparece este término con el significado de «lo que está rodeado de tierra» o «lo que está en el interior de un territorio», pero no con el de «perteneciente al mar Mediterráneo, o a los territorios que baña» (*DRAE*, s.v. «mediterráneo»).

<sup>58</sup> Platón, *De legibus*, IV (705a): «Profecto mare civitati proximum quotidiana quadam iucunditate eam afficit. Verum tamem vicinitas ea nimium revera falsa est atque amara. Nam cum mercibus et pecuniis cauponando civitas repleatur, dolosi animi instabiles et infidos mores parit. Unde parum et ipsa ad seipsam et ad gentes alias fidem et amicitiam colit» (Platón [1546: 786]). Mulroney [1930: 112<sup>8</sup>], sin embargo, alega una traducción latina distinta de este mismo pasaje: «Attamen etiam in hoc acquiescendum, mare enim regioni vicinum in dies quidem suave, attamen vere falsa et amara vicinitas; nam mercatura et pecuniae per artes cauponias conquirendae studio eam implens moresque versutos et perfidos animis iniiciens efficit, ut perfida et inimica sibimet ipsi pariterque reliquis hominibus urbs existat.»



del sapientísimo Catón *el Mayor*, el uno en el cuarto de sus *Leyes* y el otro en la oración que Apiano<sup>59</sup> refiere suya, hecha a los de Cartago, donde ambos condenan el habitación en la ribera de la mar y allí traen buenas razones para ello; pero, aunque otra no uviese sino el peligro y riesgo en que están puestos los pueblos marítimos de ser acometidos y ofendidos por la mar de cualquiera<sup>60</sup> gentes que les quieran ofender a todos tiempos sin que sean avisados (como dellos<sup>61</sup> tenemos infinitos exemplos escriptos en los libros y vistos por nuestros ojos), devía ser tenido por bastante causa, pero otras ay no menores, como es el peligro y aventura de las inundaciones de la mar y de los temblores de tierra, que naturalmente más vezes y mayores acontecen en los lugares de la ribera y costa de mar<sup>62</sup> que en los mediterráneos y apartados, como lo leemos en las historias y en nuestros días ha acontecido; si no, acordaos del temblor de tierra que assoló la ciudad de Almería, y del que arruinó grande parte de Lisboa en nuestros días, y lo

---

<sup>59</sup> La fuente aquí aludida se encuentra en Apiano de Alejandría, *Historia romana*, VIII, 86-87 (Mulroney [1930: 112<sup>9</sup>]). Catón *el Mayor* o *el Censor*, dirigiéndose a los cartagineses, les dice sumariamente que el mar conduce a la perversidad y engendra una disposición codiciosa por las muchas facilidades que ofrece para medrar, y que la vida del campo es más estable y sana; por esta razón, las antiguas sedes del imperio estaban generalmente en el interior (Apiano [1980: 311-312]). Mejía no cita aquí de forma pormenorizada, sino que solo alude al lugar del autor clásico —que es bastante extenso—, resumiéndolo. Obsérvese, por otra parte, que Mejía no oculta el hecho de que está alegando la autoridad de Catón a través de otro escritor interpuesto, Apiano.

<sup>60</sup> *Qualquiera*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S7 (y 1930-1947); pero en S6 (y 1928-1959) se lee «qualesquiera» (también en el ejemplar de S1 que manejamos, corregido a mano), que sería la forma gramaticalmente correcta. Sin embargo, la forma *cualquiera* —al no sentirse como palabra compuesta— se empleó con sustantivos en plural durante los siglos áureos (Keniston, 21.2, donde se aduce este ejemplo de Mejía), uso que perdura en la lengua coloquial e informal de nuestros días (Real Academia Española [1978: 231]).

<sup>61</sup> *Dellos*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), refiriéndose a «los pueblos marítimos», pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «dello». Ambas lecturas son aceptables.

<sup>62</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «de mar»; A1-A2: «de la mar».

que ha<sup>63</sup> la mar inundado y cubierto en Flandes, en los lugares vezinos a ella<sup>64</sup>.

Aliende<sup>65</sup> desto, por lo tocante a las buenas costumbres, es tenuta por mala habitación la marítima, porque, por la mayor parte, los hombres que biven en los puertos de mar son bulliciosos y facinorosos y<sup>66</sup> tienen los ánimos y pensamientos levantados; finalmente, tienen la condición de la misma mar, cuyos vezinos son. De donde, a mi juicio, viene que, por la mayor parte, todos los hombres isleños son de la misma manera; y se tenía por refrán antiguo «Todos los insulanos son malos, y los de Creta los peores»<sup>67</sup>, porque quasi todos habitan en costa o junto a ella. Son, aliende de lo dicho, muy descuidados<sup>68</sup> y holgazanes los hombres de costa en labrar y cul-

<sup>63</sup> *Ha*: Z1-A1-A2-Z2 transcriben «ha», en tanto que S1-S2-S3-S4-S5-S6-S7 leen «a». En el ejemplar de S1 que utilizamos (B.N.M., R-31700), alguien ha tachado manualmente la «a» situada delante de «la mar» y la ha escrito, sin *h*, en una posición elevada, entre «mar» e «inundado», consignando además al margen «la mar ha innundado» (esta vez con *h*).

<sup>64</sup> El asolador terremoto de Almería, al que aquí se hace referencia, tuvo lugar en 1522; uno anterior de 1495 y otro posterior de 1550 —junto con este— a punto estuvieron de hacer desaparecer la ciudad. El seísmo de Lisboa, que destruyó gran parte de la capital, ocurrió en 1531. En los Países Bajos, durante los siglos XIV y XV, el mar volvió a inundar gran parte de las tierras de cultivo que penosa y lentamente se habían venido obteniendo mediante trabajos de drenaje y contención de las aguas; para contrarrestar este avance, a partir de 1540 comenzó la época más activa de construcción de polders o terrenos desecados.

<sup>65</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «Aliende»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «Y aliende.»

<sup>66</sup> *Y*: Está la conjunción en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, pero falta en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), de manera que la repongo, por estimarla necesaria (aunque no sea absolutamente imprescindible, si se altera algo la puntuación).

*Facinorosos*: Lo mismo que *facinerosos*, es decir, «delincuentes, perversos, malvados» (*DRAE*, s.v. «facineroso»). La forma *facinoroso* (del latín *facinorosus*) sobrevivió hasta finales del siglo XVII, convirtiéndose después en *facineroso* por influencia de otros derivados terminados en *-eroso*, como *generoso*, *oneroso*, *temeroso*, etc. (*Corominas*, s.v. «hacer»).

<sup>67</sup> *Todos los insulanos son malos, y los de Creta los peores*: No hemos logrado localizar el adagio en los repertorios modernos y antiguos consultados. Quizás quiera aludirse con él —aparte de las razones aducidas en el texto mismo— al hecho de que las islas —y Creta de una manera especial— solían ser asiento y refugio de piratas y otras gentes de mal vivir.

<sup>68</sup> S3-S4-S5-S6: «dicho, muy descuidados»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «dicho, descuidados».

tivar la tierra, confiando en las pesquerías y en otras muchas cosas<sup>69</sup> que la mar comúnmente les da.

Assí que, señor, estos y otros inconvenientes (que yo no quiero dezir todos, por no hazerme odioso a tantos) trae el habitación en la ribera de la mar; por tanto, vuestra merced mande dexar a Sevilla en su sitio, pues está en tan conviniente distancia della, que goza todos sus provechos por este río y está guardada de los daños.

FABIÁN

Estése Sevilla en muy buena hora donde está y traiga los inconvenientes que dezís la mar, que con todos ellos yo no trocaría mi Barcelona por ella; pero dexemos esto, porque no quiero disputar contra Catón, y sepamos por qué, como dezís, no andáis a cavallo y qué manera tenéis para visitar vuestra heredad, porque, lo que me dizen de andar en asno, no lo puedo creer<sup>70</sup>.

---

<sup>69</sup> S3-S4-S5-S6: «otras muchas cosas»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «otras cosas».

<sup>70</sup> Así concluye la primera parte del «Coloquio del Porfiado» en S1-Z1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7, pero A1 añade, en una línea aparte, la palabra «Fin».

## Segunda parte del «Coloquio del Porfiado»

EN LA QUAL SE ACABA Y CONCLUYE CON UNA ORACIÓN DE  
ALABANÇA Y LOORES DEL ASNO<sup>1</sup>.

Son interlocutores los mismos.

LUDOVICO

Señor Fabián, no toquemos en esso, que, pues dicen que sabe más el loco en su casa que el cuerdo en

---

<sup>1</sup> *En la qual se acaba y concluye con una oración de... loores del asno*: Así en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7 (y 1930-1947), si bien la preposición *en*, que está tachada manualmente en S1, parece sobrar. La frase debe ser entendida del siguiente modo: «en la qual [segunda parte] se acaba y concluye [el “Coloquio del Porfiado”] con una oración...». Por su parte, S4-S5-S6 (y 1928-1959) —con escasa fortuna— pretenden precisar, indicando «en *el* qual se acaba y concluye con una oración...», en donde el cambio de género del relativo obliga a sustituir el antecedente femenino anterior («segunda parte») por otro masculino (el «Coloquio del Porfiado»). Además, S2-S3-S4-S5-S6 dicen «de alabança», mientras que en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 se lee «de alabanças».

*Oración*: Aquí en el sentido de «obra de elocuencia, razonamiento pronunciado en público a fin de persuadir a los oyentes o mover su ánimo» (*DRAE*, s.v. «oración»). Se trata aquí, obviamente, de una oración panegírica, cuyas partes aparecen señaladas en las acotaciones marginales, conforme se va desarrollando la pieza oratoria: a) la *insinuatio* —que es una formulación especial del *exordium* o *proemium*—, con la que el orador pretende captar la benevolencia y la atención de los oyentes; b) a través de la *narratio*, se exponen los hechos sobre los que se fundamentarán los argumentos (*argumentatio*), unos a favor de la tesis defendida (*confirmatio* o *probatio*) y otros en contra de

el agena<sup>2</sup>, él, que es tan cuerdo y tan sabio, bien sabrá lo que haze en la suya.

BACHILLER

No ay por qué se ataje la plática, pues yo no me desprecio dello, ni vuestra merced, señor Fabián, dude, porque es muy grande verdad lo que le han dicho; pero, con todo esso, el refrán de que «sabe más el loco en su casa que el cuerdo en el agena», digo que lo tengo por falso y cosa de vanidad y que antes ossaría dezir lo contrario.

PAULO

Aora rezia condición es la vuestra. ¿Nunca os avéis de conformar con nadie? ¿Por qué razón ha de saber otro en mi casa más que yo?

BACHILLER

No sé qué se es, pero verdaderamente veo que nunca nadie gobierna tan bien su casa que no governasse mejor

---

los argumentos adversos (*confutatio*, *reprehensio* o *refutatio*); finalmente, el discurso se cierra con una recapitulación de los principales argumentos, denominada *peroratio*, *epilogus* o *conclusio* (Lausberg [1990: I, 237-239, 255-256, 260-262, 297-298, 360-361] y Vian Herrero [2001d: 165, 180-181]).

Para Eguiagaray Bohigas [1965:131], la alabanza del asno es un tema eminentemente lucianesco, idea que se ve reforzada con la alusión posterior al *Elogio de la locura* de Erasmo, gran difusor de Luciano entre los intelectuales europeos del siglo XVI (cfr. *Diálogos*, IV, 2<sup>9</sup>).

<sup>2</sup> *Sabe más el loco en su casa que el cuerdo en el agena*: «Enseña que en los negocios propios más sabe aquel a quien competen directamente, por poco que entienda, que el que, mirándolos desde lejos, los juzga sin conocimiento de causa. Se suele utilizar para criticar y reconvenir al entrometido que aconseja a quien no se lo pide y al que quiere enseñar a los demás el comportamiento que deben seguir en sus propios asuntos» (Doval [1997: 226-227]). El refrán está recogido en el *Corbacho* de Alfonso Martínez de Toledo, en los *Refranes* del marqués de Santillana, en el *Tesoro* de Covarrubias, en el *Vocabulario* de Correas [2000: 499], en el *Quijote* de Cervantes, en *El cuerdo en casa y Servir a señor discreto* de Lope de Vega y en el *Criticón* de Gracián, entre otros (Campos y Barella [1993: 207] y Jammes y Mir [1993: 423]).

la de su vezino, si fuese obedescido en ella, y el vezino la suya; a lo menos no ay quien no presuma dello. Si no, acordaos cuántas vezes os avéis parado a tratar de las cosas<sup>3</sup> de los grandes señores, y cómo ponéis de boca orden y concierto en ellas y presumís de emendar mil errores; y en la verdad, muchas vezes con razón, porque naturalmente en las cosas propias no sabemos ni juzgamos tan bien como en las ajenas, y assí veréis que ni el médico ni el abogado tratan bien el negocio propio<sup>4</sup>, y por esso buscan consejo ageno, y lo mismo avíamos de hazer en la governación de nuestras casas. Y aun, si bien lo miramos, no solamente en la orden dellas se juzga mejor desde fuera, pero aun los secretos que passan los<sup>5</sup> sabe primero el vezino que el señor de la posada, y assí dizen que el cornudo es el postrero que lo sabe<sup>6</sup>; lo qual no passaría assí, si cada uno supiesse más en su casa que los de fuera della.

<sup>3</sup> *Cosas*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930), pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959) dicen «casas». Aunque ambas formas son aceptables, parece que S2 y las ediciones que la siguen intentan corregir la lectura inicial de S1. Refuerza esta sospecha el que, un poco más abajo, todas las ediciones manejadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7-1928-1930-1947-1959) dicen «porque naturalmente en las cosas propias no sabemos ni juzgamos tan bien como en las ajenas...».

<sup>4</sup> *Tratan bien el negocio propio*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «tratan bien en el negocio propio». Estimamos que ambas formas —«tratar algo» y «tratar en algo»— son admisibles, pues algunos otros casos hallamos en la prosa de Mejía: «y trataron en lo privar del imperio» (Mejía [1545: 461]); y aquí mismo, más adelante, encontramos «los astrólogos tratan bien largo este negocio» (*Diálogos*, 505).

<sup>5</sup> *Los*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1947), pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1959) dicen «lo», estableciendo una concordancia *ad sensum*, quizás inducida por vecinas expresiones similares: «y lo mismo avíamos de hazer... si bien lo miramos... el postrero que lo sabe...» (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>103</sup>).

<sup>6</sup> *El cornudo es el postrero que lo sabe*: Indica que la persona a quien más atañe algo es con frecuencia la última que se enter. Correas [2000: 263] alarga el enunciado del refrán, pues dice: «El cornudo es el postrero que lo sabe, y su mujer la primera, que lo hace.»

FABIÁN

Avéis acabado tan bien con el exemplo, que parece que tenéis razón en todo, aunque estos señores lo atribuyen a vuestra condición; pero bolvamos al propósito que dexamos, y pues no os pesa dello, dezíme, señor: ¿es possible que, siendo vos tan avisado y entendido, podéis sufrir andar<sup>7</sup> en animal tan vil y tan feo, y tan abatido y de tan poco provecho en guerra y en paz, como es el asno? Que yo no lo quiero creer, aunque vos lo confessáis.

BACHILLER

Pues vuestra merced lo puede creer sin peccar en ello, porque es assí la verdad, que en el campo yo ando en un asno que tengo, negro y grande y de buen talle y muy bien adereçado, y no dexo de andar en él por Sevilla sino porque parescería cosa nueva y por no ser muy mirado; que por lo demás, por tan honrrada cavallería la tengo, y aun más, que la de un cavallo. Y oso dezir y, si me dan licencia, me obligo a provar que el asno es el mejor y más útil animal y más acomodado a todas las cosas necessarias al servicio y vida del hombre, de todos quantos el hombre se sirve y usa; y que ni es vil ni abatido, como dezís, antes tiene más virtudes y excelencias naturales que ninguna de las otras bestias ni animales.

---

<sup>7</sup> *Sufrir andar*: Así en Z1-Z2; no obstante, S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), como también las ediciones dieciochescas de 1767 y la falsificación de 1570 (impresa hacia 1760-1765), dicen «sufrir a andar». Aunque los casos de Z1-Z2, con ausencia de la preposición, podrían explicarse por un fenómeno de «a embebida» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>), los ejemplos de «sufrir + infinitivo» registrados por *Keniston* (37.32 y 37.342) no incluyen el empleo de la preposición entre estas dos formas verbales; por otro lado, dada la reiterada presencia del nexa en las ediciones manejadas, resulta imposible atribuirlo a una errata. En el castellano aurisecular, el uso del infinitivo regido por una preposición era ambiguo y estaba poco regularizado; aquí parece tener una función adverbial y una significación de gerundio: «podéis sufrir *a andar* [= andando] en animal tan vil...» (*Keniston*, 37.5, 37.501 y 37.521). Ante las dos posibilidades de lectura, optamos por la más próxima a nuestros días, suprimiendo la preposición.

LUDOVICO

Ya esto es llegar<sup>8</sup> al extremo de porfiar, pues queréis alabar al asno y condenáis el morar cabe la mar; agora no me maravillo de los otros que escrivieron alabando a la quartana y a la moxca, y a la calentura y al moxquito, y el ser los hombres calvos y no sé qué otras cosas assí, ni de Erasmo<sup>9</sup>, que alaba<sup>10</sup> la locura, porque por peor tengo un asno que todo esto. Pero por lo que los otros lo hizieron, presumo que lo queréis hazer vos, que fue por hazer muestra de sus ingenios.

<sup>8</sup> *Es llegar*: Esta es la lectura que ofrecen Z1-Z2 (y 1928-1947-1959), así como la edición de 1767, pero en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1930, como también en la contrafacción de 1570, realizada en el siglo XVIII, hacia 1760-1765) se lee «es de llegar». Tenemos aquí un fenómeno parecido al señalado en la nota anterior. Sin embargo, ahora la fórmula «preposición + infinitivo» oficia como un sustantivo con función de atributo (*Keniston*, 37.5, 37.501 y 37.514), uso relativamente frecuente con el verbo *ser* (*Keniston*, 37.583). Realizamos la misma opción que en el caso precedente, escogiendo —entre las dos posibilidades— la lectura más acorde con el uso actual.

<sup>9</sup> Cuando Mejía escribe estas líneas, arreciaban los ataques contra Erasmo, quien ya hacía más de una década que había muerto; sin embargo, Mejía no parece tener demasiado empacho en alegar, a las alturas de 1547, el *Elogio de la locura* del humanista holandés, publicado inicialmente en 1511. La misma actitud apreciamos en don Perafán de Ribera, marqués de Tarifa, con cuyo trato Mejía se distinguió y a quien dedicó los *Diálogos*; don Perafán tradujo y publicó los *Apotegmas* de Erasmo (Amberes, Martín Nucio, 1549), que fueron reimpresos en el mismo lugar, por Juan Steelsio, en 1552 (Palau y Dulcet [1951: V, 78]). Lo cierto es que hasta el primer *Índice de libros prohibidos* (1551) y, sobre todo, a partir del *Índice* de 1559 —donde aparece expresamente fulminada la obra que nos ocupa—, no se vedaron taxativamente las obras de Erasmo, que hasta esas fechas habían venido publicándose con cierta profusión. El *Moriae encomium*, sin embargo, había sido uno de los libros más vilipendiados y menos editados de los de Erasmo (Bataillon [1966: 73, 722], Domínguez Guzmán [1975: 174, 185, 203, 273-274, 289, 292, 301, 302] y Bécares Botas [2002: 363-364]). Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 89<sup>27</sup>] subrayan la curiosa coincidencia de este pasaje con lo que el propio Erasmo dice en la epístola nuncupatoria de su *Moria*, dirigida a Tomás Moro.

<sup>10</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «alaba»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «alabó».



FABIÁN

Sea por lo que fuere, callemos todos y oigamos al señor Narváez, y veamos qué excelencias pone<sup>11</sup> del asno, si no es dezir que tiene las orejas grandes.

LUDOVICO

Sea en buen ora; diga lo que quisiere.

BACHILLER

Cata bene-  
volencia y  
atención.

Insinuatio.

Pues que me dais licencia, yo quiero esta vez hazer del rethórico<sup>12</sup>, que, según os mostráis odiosos a la causa, todo creo ha de ser menester, aunque confiado estoy que tengo de persuadiros mi opinión y que, oyendo lo que se dirá, esse odio se ha de bolver en afición, porque trato este negocio ante personas sabias y virtuosas y, aunque apriessa y con brevedad, dezirse han tan ciertas y tan importantes excelencias de nuestro asno, que no podréis dexar de entender que tengo razón y de confessar la verdad.

Y para esto pido una cosa justa, que no se me deve negar; y es que no se mire en este juizio al menosprecio que el pueblo haze y a la poca estima<sup>13</sup> con que el asno es tratado comúnmente agora de los hombres, sino que se conozca y estime la verdad en lo que deve, do quiera que esté, porque la estimación agena y la baxeza y humildad del estado o lugar no quita la virtud a la cosa, como no es

<sup>11</sup> S3-S4-S5-S6: «pone»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «podrá dezir».

<sup>12</sup> Efectivamente, Mejía construye la exposición del Bachiller siguiendo las normas impuestas por la retórica (cfr. *Diálogos*, IV, 2<sup>1</sup>). Las partes en que el Porfiado organiza su discurso van especificadas al margen de las ediciones antiguas. Para Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 85], la disertación de Narváez es una verdadera *declamatio*, ejercicio de tipo escolar que alcanzó un gran predicamento en la Antigüedad durante la Segunda Sofística y que consistía en la proposición de un asunto, a veces inverosímil, para que el aspirante orador lo defendiese con la mayor eficacia, alegando gran número de autoridades probatorias.

<sup>13</sup> S3-S4-S5-S6: «poca estima»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «abjeción».

menos fina la piedra preciosa porque la quitéis de la cabeza y la pongáis en el pie; quanto más que una de las mayores excellencias del asno es ser tan común y tan humilde, porque sus provechos se comunican assí más y gozan y participan dél todos, como en el processo mostraremos.

En el cuento, pues, y narración de las virtudes y buenas calidades deste animal, no será menester tractar su origen ni antigüedad, aunque se suele hazer, porque esta todos los animales la tienen igual y en un día fueron criados por Dios para servicio del hombre<sup>14</sup>; pero antes que se digan otras mayores calidades suyas, conveniente cosa es que se diga y entiendan todos que en usar dél<sup>15</sup> los mismos hombres, y en andar en él ordinariamente los mayores y mejores hombres del mundo, y en ser tenuta por la más honesta y honrrada cavallería, que<sup>16</sup> no tiene el asno menos antigüedad que los otros animales, antes les haze ventaja a todos.

Narración y confirmación.

Ningunas historias llegan, a lo menos no pasan de los tiempos de Abraham, y hombre principal y grande fue, y sabemos que adereçó su asno para ir a sacrificar su hijo<sup>17</sup>; y el rey Saúl<sup>18</sup>, quando fue ungido por rey del pueblo de

*Génesis*, XXII.

*I Regum*, IX.

<sup>14</sup> Se alude aquí al quinto día de la creación (*Génesis*, I, 20-23). Por otro lado, la idea de que Dios creó el mundo y lo puso al servicio del hombre —convirtiéndose, así, en el rey del universo— es muy común entre los humanistas del siglo XVI (Ferrerías [1985c: 303-305]).

<sup>15</sup> *Dél*: En S2-S3-S4-S5-S6 se lee claramente «en usar *del* los mismos hombres» (lectura que respetan 1928-1930-1947-1959); sin embargo, en S1 las dos palabras aparecen como un conglomerado («en usar dellos mismos hombres»), lo que ha propiciado que Z1-A1-A2-Z2-S7 hayan resuelto lo que consideraron una errata con el añadido del artículo que, para estas ediciones, faltaba: «en usar *dellos los* mismos hombres».

<sup>16</sup> *Que*: Reiteración innecesaria de la conjunción («conveniente cosa es que se diga y entiendan todos *que* en usar dél... y en andar en él... *que* no tiene el asno menos antigüedad...»), ya registrada antes (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>51</sup>).

<sup>17</sup> La referencia al asno en el episodio del sacrificio de Isaac, que Abraham, su padre, preparó por orden de Yavé, aparece en *Génesis*, XXII, 3: «Igitur Abraham de nocte consurgens, stravit asinum suum, ducens secum duos iuvenes, et Isaac filium suum: cumque concidisset ligna in holocaustum, abiit ad locum quem praeceperat ei Deus» (*Vulgata*: 18).

<sup>18</sup> Saúl había salido en busca de las asnas perdidas de su padre cuando tuvo el encuentro con el profeta Samuel (*I Reyes*, IX), quien lo ungió como rey

I *Regum*,  
XXV. los judíos, a buscar los asnos de su padre avía salido. Y la hermosa y riquísima muger Avigail<sup>19</sup>, quando, biuda del sobervio Naval, fue a casarse con David, en un asno dize el *Texto* que iba, acompañada de sus donzellas, que devían ir en los mismos. Y Axa, la hija de Caleb, esposa de Othniel, señora de tierras y ciudades<sup>20</sup>, en lo mismo cuenta la *Escriptura* que iba quando pidió a su padre los campos australes. Y también era rica y grande la otra muger sunamites, que ospedó al propheta Eliseo; y se escribe también que en un asna<sup>21</sup> iba en alcance dél, que le resucitasse su hijo<sup>22</sup>. Y los sanctos prophetas también leemos que usavan a andar en ellos<sup>23</sup>.

*Iudicum*, I.  
*Iosue*, XV.

IV *Regum*,  
IV.  
III *Regum*,  
XIII.

---

de Israel por orden de Yavé (*I Reyes*, X). La alusión a las asnas perdidas se halla en *I Reyes*, IX, 3: «Perierant autem asinae Cis patris Saul: et dixit Cis ad Saul filium suum: Tolle tecum unum de pueris, et consurgens vade, et quaere asinas» (*Vulgata*: 225). Los libros que en la *Vulgata* —que es la traducción latina que Mejía sigue— y en los *Setenta* aparecen designados como I y II de los *Reyes*, corresponden en otras versiones de la *Biblia* a los libros I y II de *Samuel*.

<sup>19</sup> *I Reyes*, XXV, 42: «Et festinavit, et surrexit Abigail, et ascendit super asinum, et quinque puellae ierunt cum ea, pedissequae eius, et secuta est nuntios David: et facta est illi uxor» (*Vulgata*: 242). Como se ha dicho antes, *I Reyes* en la *Vulgata* equivale a *I Samuel* en otras versiones bíblicas.

*Naval*: Hombre muy rico y poderoso, pero duro y malo, que trató injustamente a los enviados del rey David; la ira de este fue aplacada por los presentes de Abigail, esposa del briago y soberbio Nabal, a quien Dios castigó a los diez días, enviándole la muerte.

<sup>20</sup> *Jueces*, I, 14: «Quam pergentem in itinere monuit vir suus ut peteret a patre suo agrum. Quae cum suspirasset sedens in asino, dixit ei Caleb: Quid habes?» (*Vulgata*: 194). *Josué*, XV, 18: «Quae, cum pergerent simul, suasa est a viro suo ut peteret a patre suo agrum, suspiravitque ut sedebat in asino. Cui Caleb: Quid habes, inquit?» (*Vulgata*: 185).

<sup>21</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «asna»; Z1-Z2: «asno».

<sup>22</sup> El largo episodio de la hospitalidad de la mujer sunamita y de la resurrección de su hijo gracias al profeta Eliseo se describe en *IV Reyes*, IV, 8-37. La alusión al asno está en los versículos 22-24: «Vocavit virum suum, et ait: Mitte mecum, obsecro, unum de pueris, et asinam, ut excurram usque ad hominem Dei, et revertar. [...] Stravitque asinam, et praecepit puero: Mina, et propera, ne mihi moram facias in eundo: et hoc age quod praecipio tibi» (*Vulgata*: 301). Como se ha indicado antes, *IV Reyes* —en la *Vulgata* y en los *Setenta*— equivale a *II Reyes* en otras versiones de la Biblia.

<sup>23</sup> *III Reyes*, XIII, 11-14: «Prophetes autem quidam senex habitabat in Bethel, ad quem venerunt filii sui, et narraverunt ei omnia opera, quae facerat

Mas, porque no digáis que los dichos eran personas humildes y que por religión o pocopreciarse andavan assí, sabed que los hombres mayores de las cortes y los hijos de los reyes lo usavan ordinariamente. Achitophel, principal varón y poderoso en la casa del rey David y de Absalón, su hijo<sup>24</sup>, quando se fue desesperado de que no tomava su consejo, en asna partió para su casa. Y en asnos andavan los hijos del rey Saúl; como se lee de Miphibóseth<sup>25</sup>, que era el uno dellos, que avía mandado a su siervo que

II Regum,  
XVII.

II Regum,  
XIX.

vir Dei illa die in Bethel: et verba quae locutus fuerat ad regem, narraverunt patri suo. Et dixit eis pater eorum: Per quam viam abiit? Ostenderunt ei filii sui viam, per quam abierat vir Dei, qui venerat de Iuda. Et ait filiis suis: Sternite mihi asinum. Qui cum stravissent, ascendit, et abiit post virum Dei» (*Vulgata*: 286). Como ya se ha dicho, *III Reyes* en la *Vulgata* y en los *Setenta* equivale a *I Reyes* en otras versiones de la *Biblia*.

En la acotación marginal, refiriéndose al capítulo del libro III de los *Reyes*, S2-S3-S4-S5-S6 indican —por error, que corregimos— «III» o «3», pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 aluden atinadamente al capítulo «XIII» o «13».

<sup>24</sup> *II Reyes*, XVII, 23: «Porro Achitophel videns quod non fuisset factum consilium suum, stravit asinum suum, surrexitque et abiit in domum suam et in civitatem suam; et disposita domo sua, suspendio interiit, et sepultus est in sepulchro patris sui» (*Vulgata*: 262). Como se ha dicho, *II Reyes*, en la *Vulgata*, equivale en otras versiones de la *Biblia* a *II Samuel*. Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 88<sup>23</sup>] proponen esta alusión bíblica, entre otras, como ejemplo de cita contextual: aquella que recoge el contenido del pasaje original, pero que no lo reproduce ni íntegra ni literalmente.

*Achitophel*: Así transcriben 1928-1959. No obstante, S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930-1947) dicen «Architophel», pero en el ejemplar de S1 que manejamos —mediante una corrección de la época— está tachada manualmente la *r* del nombre. Efectivamente, la denominación correcta de este personaje bíblico es Aquitofel o Ajitofel.

<sup>25</sup> El episodio aquí referido se encuentra en *II Reyes*, XIX, 26: «Et respondens ait: Domine mi rex, servus meus contempsit me: dixitque ei ego famulus tuus ut sterneret mihi asinum, et ascendens abirem cum rege: claudus enim sum servus tuus» (*Vulgata*: 265). Como ya se ha dicho, *II Reyes* en la *Vulgata* corresponde a *II Samuel* en otras versiones bíblicas. Sin embargo, las ediciones consultadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) —por un evidente error, que hemos obviado— dicen «*iii Reg. xix*» o «*3 Reg. 19*» en la acotación marginal. Según Mulroney [1930: 117<sup>20</sup>] —y así es, efectivamente—, la edición de 1767 corrige ya en «*2 Reg.*» (aunque la dieciochesca falsificación de la impresión de 1570, efectuada hacia 1760-1765, sigue diciendo «*3 Reg. 19*»); asimismo, en el ejemplar de S5 que manejamos, se ha rectificado a mano el numeral 3 para que se lea «*2. Reg. 19*» (así aparece también en 1928).

le adereçasse su asno para ir con el rey David, que<sup>26</sup> también iría en otro. Pues los treinta hijos de Jair<sup>27</sup>, galaadites, príncipe o juez del pueblo de los judíos, que eran príncipes de treinta ciudades, el mismo *Texto Sagrado*<sup>28</sup> cuenta cómo andavan en treinta asnos nuevos. Y del otro juez que tenía quarenta hijos y treinta nietos<sup>29</sup>, se escribe también que andavan en setenta borricos. Lo qual, pues que tales hombres, como tengo contado, lo hazían, devíase tener por sabrosa y honrrada cavallería, como lo es; y por tal la tenían los gentiles y otras naciones, pues en las fábulas que fingieron<sup>30</sup>, en que los dioses pelearon y vencieron a los gigantes, dizen que los dioses Baco y Bulcano y otros ivan en asnos a la batalla.

Pero ¿qué me canso yo en abonar al uso y andar en asnos con exemplos de príncipes ni reyes, pues lo tengo del rey de los reyes, Christo, Dios y hombre, que quiso andar y entrar en Hierusalem en un asno y en el día que mayor fiesta y veneración le hizieron en la tierra?<sup>32</sup> Y no se sabe

<sup>26</sup> S3-S4-S5-S6 dicen «con el rey David, que», corrigiendo a S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, donde se lee: «con el rey, su padre, que». En el pasaje bíblico aquí alegado, se relata cómo Miphibóseth o Mefibóset, hijo del rey Saúl, es recibido por David, quien le había sucedido en el trono de Israel.

<sup>27</sup> *De Jair*: Falta este inciso, imprescindible para que la frase tenga sentido, en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930, así como en la estampación de 1760-1765, contrahecha en el siglo XVIII sobre la de 1570), pero está en la edición de 1767 (y en 1928-1959). 1947 intenta corregir infructuosamente en «hijos de Galaadites».

<sup>28</sup> *Jueces*, X, 3-4: «Huic successit Iair Galaadites, qui iudicavit Israelem per viginti et duos annos, habens triginta filios sedentes super triginta pullos asinarum, et principes triginta civitatum, quae ex nomine eius sunt appellatae Havoth Iair, id est, oppida Iair, usque in praesentem diem, in terra Galaad» (*Vulgata*: 204).

<sup>29</sup> *Jueces*, XII, 13-14: «Post hunc iudicavit Israel Abdon, filius Illel Pharathonites: qui habuit quadraginta filios, et triginta ex eis nepotes, ascendentes super septuaginta pullos asinarum, et iudicavit Israel octo annis» (*Vulgata*: 206).

<sup>30</sup> Como indica Mulroney [1930: 117<sup>25</sup>], la fuente se encuentra en Higino, *De Astronomia*, II, 23 (3): «Ut ait Eratosthenes, quo tempore Iuppiter, bello Gigantibus indicto, ad eos obpugnandos omnes deos convocavit, venisse Liberum patrem, Vulcanum, Satyros, Silenos asellis vectos» (Higino [1983: 66]).

<sup>31</sup> S3-S4-S5-S6: «Iginio, II»; S1-Z1-A1-S2-Z2-S7: «Iginio, libro II»; A2: Ø.

<sup>32</sup> La entrada triunfal de Cristo en Jerusalén se relata en *Mateo* (XXI, 1-11), *Marcos* (XI, 1-11), *Lucas* (XIX, 29-40) y *Juan* (XII, 12-19). Con este argumento se inicia el resumen de los loores del asno que Pinciano le hace a Palatino en los *Coloquios* de Arce de Otálora, tras lo cual este último le responde: «Muy leído estáis en materia de asnos; no sé si lo habéis hurtado de Pero Mexía en su

ni presume que subiese en otro animal. Lo qual, cierto, devría bastar no solamente para juzgarla por la más honrada y mejor cavallería, pero para tener por religión y devoción usar della; porque veáis, señores, si se pierde punto de honrra en andar en asno o si ha sido honesto y honrado hazerlo, pues lo hizo Jesuchristo.

Pero no para aquí la cosa, que no solamente por este uso de andar en él ha sido memorado y estimado, antes por otras muy muchas utilidades y virtudes, de las quales diremos algunas, hallamos hecha en los libros antiguos grande cuenta y mención dél, porque siempre fue tenido en mucho y no avido por vil y abatido, como al señor Fabián le paresce. Aristóteles y Plinio y Marco Varrón<sup>33</sup>, y otros muchos philosophos naturales, hazen dél capítulo y cuenta particular, contando sus propiedades y virtudes. Apuleyo<sup>34</sup>, platónico philosopho, no se despreció de dezir que avía sido transformado en su asno; e hizo aquel singular libro que todos avemos leído, llamado *Asno de oro*, donde lo pinta tan discreto<sup>35</sup> quales me contentaría

---

diálogo» (Arce de Otálora [1995: I, 32]). Implícita o explícitamente, este autor reconoce en más de una ocasión su débito con la obra de Mejía (Arce de Otálora [1995: I, 298] y Ocasar Ariza [1995: II, xvi]).

<sup>33</sup> Aunque las referencias al asno son numerosas en todas las obras zoológicas de Aristóteles, de este animal trata especialmente en su *Historia de los animales*, VI, 23 y VIII, 25 (Aristóteles [1968-1969: II, 119-120; III, 54]). Las otras dos fuentes alegadas —donde se dedican sendos capítulos a tratar de los asnos— proceden de Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 43, y de Marco Terencio Varrón, *Res rusticae*, II, 6 (Mulroney [1930: 118<sup>27-28</sup>]).

<sup>34</sup> *Apuleyo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959), pero S3-S4 (y 1930) dicen «Apuleo», que más parece desliz tipográfico que forma alternativa del nombre latino *Apuleius*.

La *editio princeps* de *El asno de oro* se llevó a cabo en Roma en 1469, reimprimiéndose con profusión en muy diversos lugares a partir de ese año. La primera traducción española, realizada por Diego López de Cortegana, salió de las prensas sevillanas de Jacobo Cromberger en 1513 (Domínguez Guzmán [1975: 78]). De esta u otra versión se hicieron diferentes estampaciones en los siglos siguientes, siendo la de Amberes (1551) la última tirada sin el expurgo inquisitorial (Palau y Dulcet [1948: I, 403]). La historia que se refiere en *El asno de oro* está recogida también en las *Metamorfosis* de Ovidio (Piñero Ramírez [1993: 235<sup>29</sup>]). Los últimos datos sobre López de Cortegana están en J. Gil [1992: 297-304].

<sup>35</sup> *Lo pinta tan discreto*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, mientras que S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «lo pintan discreto», con evidente lapsus de S2 —propi-

yo que fuesen algunos hombres que yo conozco. Entre las grandes riquezas que del sancto y pasciente Job se es-  
*Job, I.* criven, pone la *Sancta Scriptura*<sup>36</sup>, por una de las mayores, que tenía quinientas asnas. Los antiguos romanos tam-  
*Libro I De* bién tuvieron por principal caudal y hazienda de grange-  
*re rustica.* ría tenerlos y criarlos, como se saca de Marco Varrón y de otros authores<sup>37</sup>. Y son alabadas las provincias de Archadia y Reatina, en Italia, porque en ellas los avía grandes y muchos; y la ciudad de Antrón<sup>38</sup>, en Tesalia, por lo mismo. Teníase en tanto este animal, que el ya dicho Marco Varrón<sup>39</sup> afirma que en su tiempo se vendió un asno por sesenta mil sestercios (que, según está ya averiguado por Budeo<sup>40</sup> y otros, montarían mill y quinientas coronas de

---

ciado al producirse un salto de línea («lo pin- / tan discreto») —, que repiten posteriores estampaciones y que da lugar a una discordancia sintáctica entre el sujeto y el predicado de la frase («[Apuleyo] lo *pintan* [al asno]...»). Algunas ediciones modernas (1928-1947-1959) intentan corregir, proponiendo una solución fallida: «donde lo pinta discreto».

<sup>36</sup> *Job*, I, 3: «Et fuit possessio eius septem millia ovium, et tria millia camelorum, quingenta quoque iuga boum, et quingentae asinae, ac familia multanimis: eratque vir ille magnus inter omnes orientales» (*Vulgata*: 425).

<sup>37</sup> La fuente se encuentra en Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 43 (Mulroney [1930: 118<sup>30</sup>]): «Patria etiam spectatur in his, Arcadicis in Achaia, in Italia Reatinis» (Plinio Segundo [1952: 81]). Plinio no cita la ciudad de Antrón, pero sí alega a Varrón. Marco Terencio Varrón, *Res rusticae*, II, 1 (14) y II, 6 (1-2): «Hoc nomine enim asini Arcadici in Graecia nobilitati, in Italia Reatini [...] Ego, inquit, de asinis potissimum dicam, quod sum Reatinus, ubi optimi et maximi fiunt, e quo seminio ego hic procreavi pullos et ipsis Arcadibus vendidi aliquotiens. Igitur asinorum gregem qui facere vult bonum, primum videndum ut mares feminasque bona aetate sumat, utrique ut quam diutissime fructum ferre possint: firmos, omnibus partibus honestos, corpore amplo, seminio bono, ex his locis unde optimi exeunt, quod faciunt Peloponnesi cum potissimum eos ex Arcadia emant, in Italia ex agro Reatino» (Varrón [1985-1997: II, 18 y 50]).

<sup>38</sup> *Antrón*: Ciudad de Tesalia, famosa por la corpulencia de los asnos que allí se criaban; era conocido el proverbio «el burro de Antrón», con el que se aludía al hombre fornido pero de escasas luces (Menéndez Pelayo [1915: 208<sup>2</sup>]). Z1-A1-A2-Z2-S7 dicen «Antron», aunque en S1-S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) se lee «Antrion».

<sup>39</sup> La fuente se encuentra —como indica Mulroney [1930: 118<sup>32</sup>]— en Marco Terencio Varrón, *Res rusticae*, II, 1 (14): «Ut mea memoria asinus venierit sestertiis milibus sexaginta et unae quadrigae Romae constiterint quadringentis milibus» (Varrón [1985-1997: II, 18]).

<sup>40</sup> Aunque Mulroney [1930: 118<sup>33</sup>] aduce un texto menos representativo, la referencia se encuentra efectivamente en Guillaume Budé, *De asse et partibus*



oro) y quatro se vendieron por quatrocientos mil sester-  
cios. Y Plinio<sup>41</sup> cuenta de otro que se vendió por otro pre-  
cio muy grande.

Plinio, libro  
VIII, capítu-  
lo XLIII.

Y no para la estimación en que ha sido tenido este  
animal en el precio del dinero, que otras cosas ay mayo-  
res<sup>42</sup>; que por excellencia lo consagraron y dedicaron al  
dios Baco<sup>43</sup>. Y aliende desto, lo honrraron tanto, que lo  
fingieron y apossentaron en el cielo; y assí ay dos estre-  
llas en el signo de Cancro llamadas<sup>44</sup> *Asnillos*, y otras tres

Plinio, libro  
XXIV, capi-  
tulo I.

*eius*, II: «Hoc enim nomine asini Arcadici in Graecia nobilitati, in Italia Reati-  
ni, usque eo, ut mea memoria asinus venierit sestertiis millibus sexaginta, et  
unae quadrigae Romae constiterint quadrigentis millibus» (Budé [1541: 42r.]).  
Varrón y Plinio también aparecen alegados por Budé. Conde Parrado y Gon-  
zález Manjarrés [2000: 91<sup>34</sup>] indican que, con gran similitud, este mismo asun-  
to está recogido por Juan Ravisio Textor en su *Officina theatrum historicum et  
poeticum* (Basilea, 1553, col. 875).

<sup>41</sup> Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 43 (Mulroney [1930: 118<sup>34</sup>]): «Asinum  
cccc nummum emptum Q. Axio senatori auctor est M. Varro» (Plinio Segun-  
do [1952: 81]).

Por un error de fácil explicación, la referencia al libro de Plinio en la acota-  
ción marginal está equivocada: unas ediciones dicen «vij» (S1-Z1-A1-S2-S3-  
A2-Z2-S7-1930), otras indican «vj» (S4-S5-1959) y, por último, otras no hacen  
alusión alguna al respecto (S6-1928-1947).

<sup>42</sup> En la segunda acotación marginal de este párrafo (Plinio, libro XVIII, ca-  
pítulo XXXV) aparece la indicación del capítulo en S1-Z1-A1-S2-Z2-S7, pero  
falta en S3-S4-S5-S6; la reponemos, sin embargo, por estimar que fue un olvi-  
do de S3 que repitieron las ediciones sevillanas posteriores. En A2, que hace  
estas precisiones bibliográficas en el interior del texto y no al margen, se omi-  
te por completo la referencia a estos tres autores.

<sup>43</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XXIV, 1: «Ferulae asinis gratissimo sunt in pa-  
bulo, ceteris vero iumentis praesentaneo veneno, qua de causa id animal Li-  
bero patri adsignatur, cui et ferula» (Plinio Segundo [1972b: 25]). Mulroney  
[1930: 119<sup>36</sup>] —retorciendo sus argumentos— cree encontrar la fuente en un  
pasaje que en nada guarda relación con lo aducido aquí por Mejía. Según ella,  
Plinio —en su *Naturalis historia*, IX, 28—, menciona un pez llamado *asellus*  
(borriquillo), del cual hay una variedad llamada *bacchus* (baco): «Asellorum  
duo genera, collyri minores et bacchi»; Cuvier —sigue argumentando Mulro-  
ney— dice que el nombre «onos» [«asno», en griego, y el *asellus* de los roma-  
nos] se emplea como sinónimo de *bacchus* en Eutidemo.

<sup>44</sup> *Llamadas*: Así en Z1-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959), pero S1-A1-S2-  
S3-A2 (y 1930) dicen «llamados», forma que —a nuestro criterio— responde a  
otro caso especial de concordancia irregular, puesto que el participio concuerda  
con su vecino consecuente («Asnillos»), en lugar de hacerlo con el antecedente  
(«estrellas») al que verdaderamente se refiere, pero que se halla más alejado.



Plinio, libro  
XVIII, capí-  
tulo XXXV.  
Iginio, li-  
bro III.  
Firmico, li-  
bro VIII, ca-  
pítulo IX.

ñublosas<sup>45</sup>, nombradas su *Pesebre*, de las cuales Plinio, Iginio y Firmico<sup>46</sup> y otros tratan. De manera que en historias y en fábulas hallamos por los antiguos tenido el asno en estima muy grande.

Éxodo, XX.

En lo qual no tuvieron poca razón, pues la *Sancta Scriptura* y Dios, author della, hizo cuenta dél y lo quiso aventajar y diferenciar de los otros animales en muchas cosas y lugares. En el décimo mandamiento, en que se manda no cudiciarás<sup>47</sup> los bienes del próximo<sup>48</sup>, solamente se nombra por excelencia el asno y el buey. Y también sabemos

Casos de concordancia insólita entre el sustantivo y el adjetivo o participio —aunque raras— no son excepcionales en la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, II, 6<sup>8</sup>).

<sup>45</sup> *Nublosas*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, si bien S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) —entendemos que por una torcida interpretación textual— dicen «ñudosas», lectura que carece de sentido en este contexto.

<sup>46</sup> Las fuentes alegadas aquí por Mejía son:

a) Plinio, *Naturalis historia*, XVIII, 35 (Mulroney [1930: 119<sup>38</sup>]: «Sunt in signo Cancri duae stellae parvae Aselli appellatae, exiguum inter illas spatium obtinente nubecula quam praesepeia apellant» (Plinio Segundo [1972a: 174]).

b) Higino, *De Astronomia*, III, 22, donde —hablando del signo de Cáncer— dice: «Hic autem habet in ipsa testa stellae duas, quae Asini vocantur, de quibus ante [iam] diximus» (Higino [1983: 102]). El lugar mencionado, donde con anterioridad Higino se ha referido a las dos estrellas llamadas *Asnos*, se encuentra —como indica Mulroney [1930: 119<sup>39</sup>]— en *De Astronomia*, II, 23 (2): «In eius deformationis parte sunt quidam qui Asini appellantur, a Libero in testa Cancri duabus stellis omnino figurati» (Higino [1983: 65]).

c) Julio Firmico Materno, *Matheseos* o *Astronomicon libri*, VIII, 9 (Mulroney [1930: 119<sup>40</sup>]): «In prima parte Cancri oriuntur Asselli» (Firmico Materno [1533: 218]). En otras ediciones —en lugar de «Asselli»—, aparece «Iugulae» (Firmico Materno [1997: 254]). Como indica Mulroney, con el nombre de *Iugulae* se designan dos estrellas en la constelación de Cáncer, también llamadas *Aselli* o *Asnillos*. Con el nombre de *Pesebre* se conoce un «notable cúmulo de estrellas situadas en la constelación del Cangrejo» (*DRAE*, s.v. «pesebre»), cuya denominación latina es *Praesepe*; este conglomerado celeste se localiza entre el *Asno del Norte* (estrella  $\gamma$ ) y el *Asno del Sur* (estrella  $\delta$ ).

<sup>47</sup> *Cudiciarás*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 dicen «cudiciar», solución gramaticalmente más correcta, si nos atenemos a la literalidad de la frase, pues la forma personal «cudiciarás» exige ser introducida por una conjunción completiva que, con mucha frecuencia, se suprimía en la lengua del siglo XVI: «se manda [que] no cudiciarás...» (cfr. *Keniston*, 42.521 y 42.523; y *Silva*, I, 3<sup>13</sup> y 5<sup>26</sup>).

<sup>48</sup> *Éxodo*, XX, 17: «Non concupisces domum proximi tui: nec desiderabis uxorem eius, non servum, non ancillam, non bovem, non asinum, nec omnia quae illius sunt» (*Vulgata*: 62).

que el asna en que iba el propheta Balaam<sup>49</sup>, quiso Dios que viesse el<sup>50</sup> ángel que se le ponía delante, y aun antes que el mismo propheta, y que hablasse y lo manifestasse ella propria, que es cosa maravillosa y que contiene misterios y significaciones. Y no los contiene menores lo que el propheta y patriarcha Jacob dixo a su hijo Isachar, quando a la ora de su muerte bendixo a él y a los otros sus hermanos; porque le dize: «Tú, Isachar, asno fuerte recostado entre los términos y que pone su ombro para llevar la carga»<sup>51</sup>. Pues por Isachar, llamado asno en el spiritual sentido, dizen ser Christo significado por el trabajo y obediencia<sup>52</sup>.

*Números,*  
XXII.

*Génesis,*  
XLIX.

Grandes prerrogativas y faores son estos del asno, y no menores, por cierto, parecen, antes mayores, contemplar y considerar lo que comúnmente se tiene: que quando Dios quiso nacer en carne humana, tan presto se mostró a este animal como a los hombres y se humilló a tomar por primera posada su pesebre, y como está dicho, después andar en él<sup>53</sup>; por lo qual dize sant

*Isaías, I:*  
Cognovit  
bos  
possessorem  
suum et asinus  
praesepe domini  
sui.

<sup>49</sup> El episodio de Balaam con su asna está recogido en *Números*, XXII, 21-33, pasaje que lleva por título «Obsistitur ei angelus et asina loquitur» (*Vulgata*: 127).

<sup>50</sup> S3-S4-S5-S6: «el»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «al».

<sup>51</sup> *Génesis*, XLIX, 14-15: «Issachar asinum fortis accubans inter terminos. Vidit requiem quod esset bona et terram quod optima: et supposuit humerum suum ad portandum, factusque est tributis serviens» (*Vulgata*: 43). Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 88] consideran esta alusión bíblica como cita textual, esto es, fiel al espíritu y la letra del original, tipo de alegación que escasea en este coloquio.

<sup>52</sup> Al ser sustituido en la guerra por el caballo, el asno vino a simbolizar la paz, el esfuerzo y la humildad. Por tal motivo lo emplea Jesús al entrar triunfalmente en Jerusalén, según se describe en *Mateo*, XXI, 5: «Dicite filiae Sion: Ecce rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam, et pullum filium subiugalis» (*Vulgata*: 982). Asimismo, el Mesías hace gala de manifiesta mansedumbre al escogerlo como montura (*Zacarías*, IX, 9), donde se profetiza la entrada de Cristo en Jerusalén.

<sup>53</sup> El texto alegado al margen corresponde exactamente a *Isaías*, I, 3 (*Vulgata*: 679). Los *Evangelios* describen cómo Jesús entró triunfalmente en Jerusalén montado en una burra (*Mateo*, XXI, 2-7, *Marcos*, XI, 2-7, *Lucas*, XIX, 30-35 y *Juan*, XII, 14-15). La presencia de un asno y un buey junto al pesebre donde nació Cristo no se halla registrada en los *Evangelios* canónicos y pertenece a la tradición; aparece por primera vez en el *Pseudo-Mateo*, 14 (Haag [1987: 173], Browning [1998: 60]).

Augustín<sup>54</sup> y otros sanctos doctores tener el asno tipo y figura de la nueva iglesia y pueblo christiano de los gentiles, y el asna de la vieja sinagoga de los judíos. E assí el mismo Augustino, en esta significación, dize los christianos llamarse asnos. Lo qual notoriamente nos obliga a regalar y tener en mucho este animal, quasi como a próximo; y nunca dexo de admirarme de quien, si desto se acuerda, tiene atrevimiento de menospreciarlo.

Quanto más que, aunque no nos obligassen a esto, como nos obligan, los exemplos, razones y authoridades que avemos traído y aun quedan por dezir, virtudes tiene el asno, y propriiedades naturales tan buenas y tan provechosas y necessarias, que, aunque no mirássemos sino a nuestro provecho, por solas ellas, como quien busca una excellente yerva o piedra preciosa, avía de ser buscado ypreciado. Quanto a lo primero, su hígado, comido en ayunas, cura el mal caduco o gota coral; author es dello Dioscórides<sup>55</sup>. Y el mismo afirma que, para lo mismo, son excellente medicina sus uñas, hechas polvos y bebidas. Y también sabemos que la leche del asna, be-

Libro II, capítulo XLII.  
Eodem libro, capítulo XIV.

<sup>54</sup> San Agustín se refiere al asna doméstica como representación de la sinagoga judía en el libro *In Evangelium Iohannem Expositio*, LI: «Sed pullum asinae in quo nemo sederat: hoc enim apud alios evangelistas invenitur, itelligimus populum gentium, qui legem domini non acceperat. Asinam vero, quia utrumque iumentum domino adductum est, plebem eius quae veniebat ex populo Israel, non indomitam plane, sed quae praesepe domini agnovit» (Agustín de Hipona [1555: IX, 81r.]). Del asna como imagen de la iglesia cristiana habla en *Opus sermonum de tempore*, CII: «Haec asina, id est, Ecclesia» (Agustín de Hipona [1555: X, 179r.]). Finalmente, señala a los asnos como símbolo de los cristianos en el tratado *In Librum Psalmorum*, XXXIII: «Irascitur forte populus, quia comparatur asello, in quo sedit dominus. Et dicent mihi aliqui superbi et elati, ecce asinos nos fecit» (Agustín de Hipona [1555: VIII, 51v.]). El texto alegado por Mulroney [1930: 120<sup>46</sup>] —*De civitate Dei*, X, 25—, como ella misma reconoce, exige una interpretación subjetiva y carente de fundamento.

<sup>55</sup> Las dos menciones alegadas por Mejía están en Pedacio Dioscórides, *De medica materia libri sex*, II, 37: «Epar. Romani iecur dicunt. Prodest comitialibus in cibo tostum asini iecur; sumpsisse autem id ieiunos oportet» (Dioscórides [1523: 94r.]); y en la misma obra, II, 39: «Nychas: Romani ungues dicunt. Feruntur comitialibus prodesse in cinerem cremati et aliquot diebus poti

vida, aprovecha contra todo veneno, y sana y cura el dolor de la gota; Plinio<sup>56</sup> y otros lo escriben. Y él afirma también que, bebida con miel, sana la disentería; y la misma leche, mezclada con el polvo de sus uñas, es excelente medicina para el mal de los ojos; y con la leche sola sabemos de muchos hombres que, estando casi para

Libro XXVIII.

cochlearium duorum pondere asinini ungues» (Dioscórides [1523: 94v.]). La numeración de capítulos varía, dependiendo de las traducciones y comentarios de Dioscórides que se hicieron en el siglo XVI. Ambrosio de Salazar, hablando del asno en el capítulo X —«De los animales»— de su *Tesoro de diversa lección* (París, 1636), dice: «Escribe Dioscórides (libro II, cap. 42) que el hígado del asno y sus uñas quemadas y hechas polvo, y bebidos con calgo, vale contra el mal caduco y la gota coral. La leche del asna bebida vale contra todo veneno, y mezclada con miel vale por [sic] la disentería y contra la gota, y tiene en buen estado la persona que la beberá algún tiempo. La orina del asna quita la dolor de los riñones» (Salazar [1943: 149]). Es muy posible que la fuente de Salazar sea este pasaje de los *Diálogos*, pues hace incluso la misma indicación de libro y capítulo de Dioscórides, aunque el último añadido de la orina tenga otra procedencia. *Gota coral* o *morbo caduco* es lo mismo que «epilepsia» (*Silva*, I, 13<sup>20</sup>).

<sup>56</sup> Según Mulroney [1930: 120<sup>48</sup>], los lugares alegados se hallan en Plinio, *Naturalis historia*, XXVIII, 9: «Sunt inter exempla qui asininum bibendo liberati sint podagra cheragraque» (Plinio Segundo [1962a: 64]); XXVIII, 9: «Et propter serpentium ictus potisve pityocampis, buprestis, cantharidum aut salamandrae venenis, privatim bubulum iis, qui Colchicum biberint aut cicutam aut dorycnium aut leporem marinum, sicut asininum contra gypsum et cerussam et sulphur et argentum vivum, item durae alvo in febre» (Plinio Segundo [1962a: 65]); XXVIII, 11: «Ungulae asinae cinis inunctus e suo lacte oculorum cicatrices et albugines tollit» (Plinio Segundo [1962a: 78-79]); y XXVIII, 14: «Lactis asini potus utilior addito melle...» [para la disentería y el mal celíaco] (Plinio Segundo [1962a: 92]). Entre los otros autores a los que alude genéricamente Mejía acerca de las propiedades curativas de la leche de asna, probablemente haya que incluir al que acaba de mencionar antes, esto es, a Dioscórides, quien —en su *De medica materia*, II, 62— dice de esta leche: «Bubulum, asininum, equinumque magis alvum solvunt et turbant. Alvum stomachumque evertit omne lac ubi pabulum fuerit: scammonia, veratrum, mercurialis herba, aut clematis, ut in Iustinis montibus fieri traditum a nobis est. [...] Facit praeter supradicta recens lac ad letalium venenorum erosiones incensionesque quales in cantharidibus fiunt, picearum erucis, salamandra, buprestide, apollinari herba quam Graeci hyoscyamum dicunt, dorichnio, aconito et ephemero. [...] Instillatur additure cruentis ex ictu oculis, et contra podagras cum cera et opio utiliter inungitur» (Dioscórides [1523: 100r. y v.]).

Libro XI. morir, han sanado. Y también escribe Suetonio<sup>57</sup> que Popea<sup>58</sup>, muger del emperador Nero, se lavava el rostro con ella y lo tenía muy claro y lustroso. Y Plinio<sup>59</sup> aun dize más desta misma emperatriz Popea<sup>60</sup>; y es que no solamente el rostro, pero todo su cuerpo se bañava en leche de asna, y para esto tenía y hazía traer por do anda-

<sup>57</sup> Mulroney [1930: 121<sup>50</sup>] declara que «a thorough investigation of Suetonius does not give this fact. Poppea is mentioned often, but not in this connection». Es muy posible que Mejía esté siguiendo varias fuentes de información sin mencionar a ninguna explícitamente. En primer lugar, la referencia a Popea se encuentra en Guillaume Budé, *De asse et partibus eius*, IV: «Poppea certe Domitii Neronis coniux asinas quingentas foetas per omnia secum trahens, balnearum etiam solio totum corpus illo lacte macerabat, extendi quoque cutem credens» (Budé [1541: 111v.]). El error de que Mejía alegue a Suetonio puede provenir de que Budé lo menciona unas líneas más abajo como fuente, en relación con los excesos del emperador Vitelio. También el lugar de Plinio —*Naturalis historia*, XI— que reproducimos más abajo (cfr. *Diálogos*, IV, 2<sup>59</sup>), está aducido por Budé. En segundo lugar, una referencia más específica al tratamiento del rostro con leche de burra que Popea practicaba se encuentra en Francesco Patrizi —a quien, muy probablemente, Mejía está teniendo en cuenta, incluido el error en la transcripción del nombre de la protagonista, según indicamos en la nota siguiente—, *De institutione reipublicae*, IV, 5: «Pompeia Neronis Caesaris uxor non modo ludibrio habita fuit, dum vivide prae nimia indulgentia venustatis, ac formae curaret, verum perpetuam ignominiam contraxit. Scribunt namque non solum poetae, sed historici nonnulli eam non disimulare, sed manifeste admodum cuticulam curasse, semperque asserunt asinarum gregibus eam fuisse comitatam, ut earum lacte os assidue foveret, quo pulchrior videretur» (Patrizi [1534: 56v.]). Finalmente, Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 91<sup>35</sup>] aducen un texto similar de Raffaele Maffei o Volaterrano (*Commentarii urbani*, Basilea, 1559, libro XXV, pág. 594), en donde se atribuye erróneamente la anécdota a Suetonio: «Lacte Asinae, ut tradit Tranquillus, Popea Neronis coniux cutis nitorem prouocabat.»

<sup>58</sup> *Popea*: Así en S1-A1-S2-A2-S7 (y 1928-1947-1959), pero Z1-S3-Z2-S4-S5-S6 (1930) dicen «Pompea», estimamos que por errata reiterada que puede provenir —según hemos indicado en la nota anterior— de la fuente que está siguiendo Mejía.

<sup>59</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XI, 41 (Mulroney [1930: 121<sup>52</sup>]): «Poppaea certe, Domiti Neronis coniunx, quingentas per omnia secum fetas trahens balnearum etiam solio totum corpus illo lacte macerabat, extendi quoque cutem credens» (Plinio Segundo [1947: 104]).

<sup>60</sup> *Popea*: Así en S1-A1-A2-S7 (y 1928-1947-1959), en tanto que Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6 (y 1930) leen «Pompea», entendemos que por errata, como hemos indicado antes.

va quinientas asnas paridas. Y desta manera tiene el asno otras muy grandes propiedades y virtudes, como es que solo entre los animales no tiene hiel, como Aristóteles<sup>61</sup> lo nota en dos partes; y Plinio<sup>62</sup> y él cuentan otras excellencias suyas que yo voy dexando por no ser largo.

Libro II  
*De animalium*, capítulo XV.  
IV *De partibus animalium*, capítulo II.

Pero, señores, vengamos agora a buena razón y ley de agradescimiento. ¿No os parece que, aunque nada de lo que tengo dicho no uviera en el asno, lo que el hombre se sirve y aprovecha de su trabajo basta para ser condenado por cruel y ingrato el que no lo tiene en mucho y lo precia y trata bien? Si no, dezíme: ¿qué gentes, qué caminos, qué campos, qué lugares, qué ciudades, qué prados, qué montes veréis, donde no se sirvan y usen y aprovechen dél más ordinaria y más seguramente, y con más provecho y a menos costa, que de ningún otro animal? No será menester dezir, en particular, de cuántas cosas sirve y puede servir, porque mejor que yo lo sabéis y veis cada día; y es cierto que solo el asno es generalmente dispuesto y útil para todas las cosas que los otros animales hazen en particular. Porque él puede arar la tierra como el buey, y assí lo hazen en algunas partes de Italia y en otras provincias; puede llevar los cargos y cargas como el azémila, y al hombre mejor y más seguro que el cavallo; no rehúsa trabajo ni oficio alguno, assí es para la anoria<sup>63</sup> como para el camino, para la ciudad

<sup>61</sup> Aristóteles, *Historia animalium*, II, 15: «Fel aliis adnectitur iecori, aliis minime. Ex genere enim quadrupedum quae animal generant, cervo et damae deesse notatum est: atque etiam equo, mulo, asino, vitulo marino, et murium nonnullis» (Aristóteles [1538: 589]); y *De partibus animalium*, IV, 2: «Quaedam felle omnino carent, ut equus, mulus, asinus, cervus, dama» (Aristóteles [1538: 730]). Aclara Mulroney [1930: 121<sup>54</sup>] que —dentro del grupo de animales sin vejiga de la hiel— Aristóteles incluye el caballo, la mula, el asno, el ciervo, el corzo y animales marinos, por lo que el «solo» de Mejía no es correcto.

<sup>62</sup> Mejía debe querer referirse, con toda probabilidad, a Plinio, *Naturalis historia*, VIII, 43 —capítulo dedicado específicamente, aunque con brevedad, a los asnos— y XXVIII, 9, donde se habla —entre otras cosas— de las medicinas que, para sus enfermedades, obtiene el hombre de estos animales.

<sup>63</sup> *Anoria*: «Noria.» Es arabismo que produjo diferentes variantes, entre las cuales destacan, durante la Edad Media, *nora/noria* y *annora/annoria*, estas últimas con el añadido de la *a-* inicial posiblemente por contaminación con

como para el campo; de todo esto, como digo, con más comodidad y facilidad, porque no tiene cuernos con que hiera, como el buey, ni ay necessidad de domarlo ni atarlo, como al novillo, ni se empina<sup>64</sup> ni dispara como el cavallo, no da coces como la mula, no ha menester yugo ni aguijada para hazerlo servir, camina sin necessidad de espuelas y para sin premia de freno, anda mucho y llano sin que se gasten dineros en imponerlo; es, en fin, más útil que todos y menos costoso que ninguno, porque cuesta y come menos y sirve más, y por esso el provecho suyo mayor y más común, porque es necessario en la casa del rico y sirve también al pastorcico que anda tras las ovejas; de manera que no ay nadie que no tenga necessidad y se aproveche dél.

Y porque cerremos este lugar con divina authoridad, como los passados, digo que hasta Christo, nuestro Redemptor, confessó tener dél necessidad, porque, quando embió a sus discípulos por el asna<sup>65</sup> y pullino, les dixo que, si les preguntassen algo, respondiessen que el Señor tenía necessidad dellos<sup>66</sup>. Lo qual me parece que basta para que, aliende de los otros interesses, tengamos al asno por útil, necessario<sup>67</sup> y no de poco provecho, como dexis-

---

términos semánticamente cercanos, como *acequia* y *acenia*. Nebrija, a finales del siglo xv, ofrece también la forma *anoria*, que Pedro de Alcalá, a comienzos del xvi, enmendó en *añoria*. La forma *noria* terminó imponiéndose en los textos de nuestros autores clásicos (*Corominas*, s.v. «noria»).

<sup>64</sup> *Empina*: Así S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1947-1959), pero S3 (y 1930) dicen «impina». *Corominas* (s.v. «empinar») recoge la forma «impina» solo en una ocasión, alegando precisamente este texto de Mejía (que él adjudica a Argote de Molina). Sin embargo, nos inclinamos a creer que la forma «impina» es más la consecuencia de un desliz tipográfico o de un uso vulgar que un verdadero alógrafo producido por vacilación vocálica. De cualquier forma, optamos por la lectura más documentada y más próxima al uso actual.

<sup>65</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «asna»; Z1-Z2: «asno».

<sup>66</sup> *Evangelio de san Mateo*, XXI, 2-3: «Ite in castellum, quod contra vos est, et statim invenietis asinam alligatam, et pullum cum ea: solvite, et adducite mihi: et si quis vobis aliquid dixerit, dicite quia Dominus his opus habet: et confestim dimittet eos» (*Vulgata*: 982). El mismo detalle aparece en el *Evangelio de san Marcos*, XI, 2-3, y en el *Evangelio de san Lucas*, XIX, 30-31. Se trata de una cita textual, tipo de mención que escasea en este coloquio, según Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 88<sup>24</sup>].

<sup>67</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6: «útil, necesario»; Z1-Z2-S7: «útil y necesario».



tes, para la vida de los hombres; y pues ellos, por la mayor parte, siguen y procuran su interese, a lo menos<sup>68</sup> por esto lo devrían preciar y procurar, si por las otras cosas dichas no se quisiessen mover. Quanto más que, queriéndolo bien mirar y considerar, no solamente se sacarán deste animal corporales aprovechamientos y de interese y hacienda, pero reglas y exemplos morales de virtud se pueden tomar, como son, contra la ociosidad, de su continuo trabajo, contra soberbia y ira, de su paciencia y mansedumbre, y assí otras muy muchas, de las otras buenas propiedades suyas<sup>69</sup>.

Y no haze<sup>70</sup> nada contra lo que tenemos dicho, lo que tocastes o se podría dezir: que el asno no es ábil para la guerra ni para pelear, porque esto verdaderamente lo tengo por privilegio y gracia que Dios le dio, porque, para tan mala cosa como es matarse los hombres los unos a los otros, él no fuesse dispuesto; de manera que, para sustentar y ayudar la vida del hombre en la misma guerra y fuera della, en todas las cosas se sirven dél y es provechoso, pero, para dañar y empescer al hombre, no quiso Dios que lo hallassen tan aparejado<sup>71</sup>. Y esto no se podrá dezir

Confutación.

<sup>68</sup> *A lo menos*: Así en 1928-1947-1959, pero S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930) dicen «y a lo menos». La conjunción copulativa —obviamente innecesaria— rompe el orden sintáctico, por lo cual la suprimimos.

<sup>69</sup> Mejía ya había dedicado un capítulo de su *Silva de varia lección* (el XXVIII de la tercera parte) a tratar sobre cómo los animales dan ejemplo de virtudes y buen vivir a los hombres (cfr. *Silva*, II, 187-196).

<sup>70</sup> A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6: «no haze»; S1-Z1-Z2-S7: «no nos haze».

<sup>71</sup> Salvo en muy contadas ocasiones, el asno aparece vinculado siempre a tareas pacíficas y de labor en las *Sagradas Escrituras* (*Génesis*, XXII, 3 y XLII, 26; *Deuteronomio*, XXII, 10; *Josué*, IX, 4; *II Samuel*, XVI, 1; *Eclesiástico*, XXXIII, 25; e *Isaías*, XXX, 24, entre otros lugares).

La condena de la guerra —aunque sea en términos tan vagos y generales como los aquí formulados— es un tema recurrente en la literatura del Quinientos, dentro de la corriente irenista impulsada en gran medida por Erasmo y sus seguidores. El pacifismo es una de las preocupaciones principales que plantean los escritores de obras dialogadas en el siglo XVI (Ferrerías [1985c: 835-836]). También Conde Parrado y González Manjarrés [2000: 89] creen percibir un cierto sabor erasmista en este canto a la mansedumbre del asno.



En la Vida  
de Alexan-  
dre.

quedar por falta<sup>72</sup> de esfuerço, que historia y exemplo tenemos de un asnillo que mató a coces a un bravo león; y assí lo escribe Plutarcho<sup>73</sup>, verdadero historiador. Y assí lo juzgaron por bastante para guerra y batalla los poetas, pues fingieron la fábula, que ya toqué<sup>74</sup>, de los dioses que se pusieron en asnos para ir contra los gigantes. Y no solamente en los asnos bivos se hallaría fortaleza y fuerça para pelear, si della quisiessen usar, pero con su quixada, después de muerto, hallamos que mató Sansón mill hombres<sup>75</sup>. Assí que esto no es defecto, sino virtud.

Pues dezir que no se aprovechan los hombres de comer su carne, tampoco lo tengo por mengua ni falta, porque, cierto, esto ha sido religión y respecto no osar ni querer los hombres comer carne de animal que tales beneficios les haze, paresciéndoles crueldad y ingratitud, como lo es comer un hombre a otro; y también fue discreción y prudencia no gastar ni menoscabar en comida y manjar cosa tan necessaria y provechosa para la vida y que tantos mantenimientos adereça, trae y encamina por otras vías, porque verdaderamente fuera por un bocado perder ciento. Porque, lo demás de sabor y gusto, bien creo yo y oso afirmar que el asno no se dexara de comer, y que si se usasse<sup>76</sup> y hiziessen los gustos a ello, por ventura sería su carne de tan buen sabor y provecho como la de los otros animales que se co-

<sup>72</sup> *Quedar por falta*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, pero S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «quedar la falta», lectura que priva de sentido a la frase y que, por lo tanto, hemos considerado como errata reiterada.

<sup>73</sup> Plutarco, *Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*, «Alexander», LXXIII, 3 (Mulroney [1930: 123<sup>59</sup>]): «Caeterum multa ipsum prodigia perturbabant. Ex his enim quos educabat, leonem quendam eximiae magnitudinis ac formae mansuetus asellus calcibus exanimarat» (Plutarco [1532: 276r.]).

<sup>74</sup> Cfr. *Diálogos*, IV, 2<sup>30</sup>.

<sup>75</sup> *Jueces*, XV, 15-16: «Iventamque maxillam, id est, mandibulam asini, quae iacebat, arripiens, interfecit in ea mille viros, et ait: In maxilla asini, in mandibula pulli asinarum delevi eos, et percussi mille viros» (*Vulgata*: 208-209).

<sup>76</sup> *Usasse*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7; no obstante, S3-S4-S5-S6 (y 1930-1947) dicen «usassen», forma verbal incorrecta, producida seguramente por asimilación con el verbo «hiziessen» que va a continuación y con el que, sin embargo, no comparte sujeto: mientras el de «hiziessen» es plural («los gustos»), el de «se usasse» es singular («comer» [la carne de asno]). Un registro parecido encontramos unas líneas más abajo: «De suerte que si se usasse andar

men; y assí oyo<sup>77</sup> dezir de los flamencos que dan por gran fiesta borricos en los banquetes. Y sabemos que en tiempo de necesidad, quando no se pudieron guardar los respetos que digo, se ha comido su carne y tenido en grande precio; tanto, que se escribe en los *Libros de los Reyes*<sup>78</sup> que, estando cercada Samaria del rey de Siria, llegó a valer una cabeça de asno, para comerla, ochocientas monedas de plata o reales; y Plutarcho<sup>79</sup> escribe que, en cierta guerra que fizo el rey Artaxerxes, se vio su ejército en tanta necesidad, que llegó a valer otra cabeça sesenta dramas<sup>80</sup>; de manera que

Libro IV,  
capítulo VI.

en los asnos.» Hay aquí, pues, un desplazamiento en la concepción del sujeto (*Keniston*, 36.4 y 36.5; y *Diálogos*, VI<sup>51</sup>). Algunas ediciones modernas (1928-1959) corrigen innecesariamente en «y que si usasen...».

<sup>77</sup> *Oyo*: «Oigo.» La forma *oyo* proviene de la latina *audio*, por simplificación del diptongo latino *AU* en *o* y evolución de la yod tercera *DY* en *y*.

<sup>78</sup> *IV Reyes*, VI, 25: «Factaque est fames magna in Samaria: et tamdiu obsessa est, donec venundaretur caput asini octoginta argenteis, et quarta pars cabi stercoreis columbarum quinque argenteis» (*Vulgata*: 303). Como ya se ha indicado con anterioridad, *IV Reyes*, en la versión de la *Vulgata* y de los *Setenta*, corresponde *II Reyes* en otras versiones de la *Biblia*. Curiosamente, en la traducción castellana del mismo pasaje (*Biblia*: 384) se omite la alusión al asno y se explica en nota que «aunque en el texto y en las versiones antiguas hallamos “una cabeza de asno y un cuarto de *cab* de palomina”, traducimos con algunos autores modernos como hemos hecho [*caput asini* por “un jómer de mosto” y *stercoreis columbarum* por “de harina fina”] por parecernos enteramente inverosímil lo que dice el texto». Es preciso recordar que los judíos tenían vedado comer carne de asno, al que consideraban como animal impuro y no apto para el sacrificio (*Éxodo*, XIII, 13 y XXXIV, 20); solo en casos de extrema necesidad (como el aquí aludido, provocado por una hambruna derivada de un prolongado asedio de los asirios contra Samaria), se produjeron excepciones a la norma.

<sup>79</sup> Plutarco, *Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*, «Artaxerxes», XXIV, 3 (Mulroney [1930: 123<sup>63</sup>]): «Nihil enim erat unde aleret exercitum, nec aliunde importari poterat; iumentis solum caesis vivebant, tantaque erat inopia et caritas rei victuariae, ut asini caput vix sexaginta drachmis venale inveniretur» (Plutarco [1532: 369v.]).

<sup>80</sup> *Sesenta*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, pero S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) —en desacuerdo con la fuente citada en la nota anterior— yerran en el numeral y dicen «setenta».

*Dramas*: «Dracmas» (del latín *drachma*, y este del griego δραχμή), por simplificación del grupo consonántico culto *-cm-*. Oudin y Covarrubias, a principios del siglo XVII, registran también el vocablo bajo la forma *drama* (*Corominas*, s.v. «dracma»). El *dracma* era «cierta especie de moneda, que entre los romanos era de plata y valía quatro sextercios, que según dice Budeo eran tres sueldos y medio turonenses» (*Autoridades*, s.v. «drachama»).

no queda por ser provechosa su carne, sino por ser necesaria su vida.

Y en lo que motejastes de feo al asno, tampoco tuvistes razón, porque cierto él es<sup>81</sup> animal de buen talle y proporción para aquello que<sup>82</sup> fue criado, y si fuesse tractado y curado con el cuidado que él meresce, y si anduviesse adereçado y guarnecido como el cavallo y mula andan, él ternía lustre y talle tan bueno y mejor que ellos; y lo que tiene perdido deste parecer es por el descuido y maltratamiento de los hombres, como passa lo mismo en los cavallos que son maltratados y andan a los cargos; porque lo demás de tener los oídos grandes o chicos, el criar de cola y crines, y otras cosas que podréis dezir que le faltan, es antojo esse y vanidad de los hombres, y no porque en lo essencial sea assí. Y esto está claro, pues criáis la cola al cavallo y la cortáis a la mula, y lo mismo hazéis en las crines, y en unos queréis orejas y a otros se las cortáis; de manera que esto no es verdad ni necesidad, sino opinión<sup>83</sup> y usos. De suerte que si se usasse andar en los asnos, luego, con el fabor y buen tratamiento, nos parescerían gentiles y hermosos, como creo que parecían quando aquellos príncipes y grandes hombres que dixe, andavan en ellos.

Peroración.

Assí que, señores, porque ya concluyamos<sup>84</sup>, que temo que he sido largo, visto avéis, si no me engaño, cómo tengo mostrado y provado que en los tiempos antiguos y buenos usaron andar en asnos los principales hombres del mundo, y cómo han sido preciados y memorados en todas las scripturas humanas y divinas; y assí mismo, cómo es el más provechoso animal de todos para la vida y servicio del hombre, y las propiedades y virtudes naturales que

<sup>81</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «él es»; A1-A2: «es él» (o «es el»).

<sup>82</sup> S3-S4-S5-S6: «aquello que»; «aquello para que» (S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7).

<sup>83</sup> S3-S4-S5-S6: «opinión»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «opiniones».

<sup>84</sup> En la acotación marginal —que falta en S2-A2-S6—, S3-S4-S5 dicen «Peroración», en tanto que S1-Z1-A1-Z2-S7 indican «Peroración y conclusión» (lo cual, en cierto modo, resulta redundante).

tiene, y cómo lo que contra esto se puede dezir no tiene fuerça y es contra razón. Pues<sup>85</sup> esto es y parece assí, no solamente es justo que me ayáis por desculpado en que yo quiera andar en asno, pero que lo alabéis y tengáis por discreto y sano consejo y que assí lo queráis tomar y dar a otros; y que de oy más vuestras mercedes no lo tengan por vil ni baxo animal, sino por de grandes excellencias y virtudes, y que den gracias a Dios porque lo crió para vuestro servicio y provecho. Y con esto concluyo y acabo, aunque uviera más que dezir en este propósito.

FABIÁN

No me ayude Dios, señor Narváez, si no me he holgado muy mucho de oíros, y que avéis declamado tan bien, que no puede ser más; y agora tengo por cierto lo que el otro escribe: que no ay cosa tan dudosa que, bien diziendo, no se haga provable; y yo me emiendo de lo que dixe y, por hazeros servicio, digo que vale más vuestro asno que dos cavallos que yo tengo, y que acertáis y hazéis bien en andar en él y, cierto, os deve él y su linage mucho.

LUDOVICO

No ay que dezir sino que lo ha dicho muy bien y que yo nunca pensé que del asno uviera tanto que dezir ni se hacía tanta cuenta; y de oy más determino de no estar tan mal con los necios, porque parecen en ello a los asnos.

PAULO

Lo mismo me parece a mí; y huelgo que el señor Fabián ha entendido que le informamos bien de la condición y erudición del señor Narváez. Y si le parece, hora es que vamos al río; y quédense los vezinos, que ellos se despartirán quando quisieren.

---

<sup>85</sup> S2-S3-S4-S5-S6-S7: «Pues»; S1-Z1-A1-A2-Z2: «Y, pues.»

FABIÁN

Vamos, señor, si el señor Ludovico nos da licencia; y vos, señor Narváez, tenéis en mí verdadero amigo y servidor.

BACHILLER

Yo quedo por muy cierto criado y servidor de vuestra merced.

Fin del «Coloquio del Porfiado»

# *Diálogo de la Tierra*

# DIÁLOGOS

DEL MUY MAGNIFICO CA-  
uallero Pero Mexia. Agora nueva-  
mente enmendados.

CON PRIVILEGIO.



En Seuilla en casa de Hernando Diaz en la  
calle de la Sierpe Año 1570.

Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Sevilla, Hernando Díaz, 1570 (S5)

## Diálogo de la Tierra

EN EL QUAL<sup>1</sup>, POR DISSIMULADO ARTIFICIO, SE MUESTRA EL SITIO Y POSTURA DE LOS ELEMENTOS, Y CÓMO Y POR QUÉ ESTÁ DESCUBIERTA LA TIERRA DEL AGUA; PRUÉVASE TAMBIÉN EL LUGAR DEL FUEGO SER CERCANO AL CIELO DE LA LUNA, AUNQUE NO SE VEE. EN EL PROCESO DE LO QUAL SE PONEN Y DESATAN SOTILES DUDAS Y ARGUMENTOS.

INTERLOCUTORES:  
ANTONINO, PETRONIO, PAULO.

PETRONIO

En verdad, hermoso prado es este de Tablada<sup>2</sup>, señor Antonino; no sé si en la otra parte de la Tierra, donde el otro día nos mostrastes que también avía hombres, los ay tales como él.

---

<sup>1</sup> S3-S4-S5-S6: «Diálogo de la Tierra. En el qual...»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «Diálogo de la Tierra. Diálogo en el qual...».

<sup>2</sup> Con esta rápida ponderación a la belleza del lugar puede estarse evocando un *locus amoenus* en el que con frecuencia tiene lugar la conversación en muchos diálogos del Quinientos (Ferrerías [1985c: 1017], Vianello [1993: 17] y Gómez [1988b: 30; 1988c: 162]). Aquí, no obstante, se trata de un espacio concreto y real —el prado de Tablada está situado extramuros de Sevilla, al otro lado del Guadalquivir, saliendo por la Puerta de Jerez—, y no de un jardín, sino de un campo agreste. En el mismo lugar se produce la conversación registrada en el siguiente coloquio, el «Diálogo natural», lo cual refuerza la conexión entre ambos (Ferrerías [1985c: 1035]).



## ANTONINO

No ay por qué dudemos desso, pues la razón natural no lo contradize, y por fe entendemos que todo es obra de Dios, que es tan poderoso acá como allá.

## PAULO

En esso no ay que tratar, sino que todo el mundo es uno, como dizen, y que en toda la Tierra en torno avrá montes y prados, y fuentes y ríos y mares, como acá los que sabemos, unos iguales y otros mejores, según los sitios y las disposiciones de la Tierra, como en las tierras que conocemos los vemos y sabemos<sup>3</sup>; y assí nos lo dizen los que han navegado y visto las partes orientales, islas y tierra firme, desta parte y la otra de la equinocial. Pero, dexado agora esso por cosa clara, en tanto que topamos a quien nos estorve, hazednos merced al señor Petronio y a mí de nos dezir cómo está la tierra descubierta del agua, pues según la naturaleza y sitio de los quatro elementos, como antier deziades<sup>4</sup>, la tierra ha de estar en el centro y en lo más baxo, y el agua devría cercar y cubrir la tierra en redondo, como el aire la cerca y cubre a ella, y

<sup>3</sup> *Los que sabemos, unos... y otros... los vemos y sabemos*: Nos encontramos con un nuevo caso de discordancia gramatical entre el pronombre y el sustantivo al cual sustituye; cuando lo que cabe esperar es el masculino en toda la serie de sustitutos gramaticales (pues se refieren a «montes... prados... fuentes... ríos y mares»), las ediciones antiguas consultadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) transcriben «*las* que sabemos, *unas*... y *otras*... *las* vemos y sabemos» (en S4 «*las*... *unas* y *otras*... *las*...»), concertando solo con «fuentes». El fenómeno aparece con relativa frecuencia en la prosa de Mejía y otros autores coetáneos; corregimos el anacoluto, siguiendo la solución que, ante casos similares, aporta el propio texto en otros lugares (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>28</sup>).

<sup>4</sup> *Como antier deziades*: Acotación en la que se hace explícita la deixis temporal que indica la secuencia con que se disponen los tres diálogos científicos: este —el «Diálogo de la Tierra», que es el segundo— se produce dos días después del primero —el «Coloquio del Sol»— y precede al tercero —el «Diálogo natural»— en ocho días (cfr. *Diálogos*, VI<sup>3</sup>).

*Antier*: «Anteayer» (*DRAE*, s.v. «antier») o «antes de ayer», por síncope. *Covarrubias* (s.v. «antier») lo califica de vocablo «bárbaro».

como dizen y afirman todos que el fuego cerca al aire. Y pues esto parece que avía de ser assí, querría yo entender si el estar la tierra descubierta, la parte que della lo está, si es cosa natural o si está milagrosamente o cómo passa esto; que, pues la tiene hombre por posada, razón es que sepa qué fundamentos tiene.

PETRONIO

Por Dios, que avéis preguntado una cosa que me holgaré infinito de entenderla, porque oyo muchas vezes dezir que, si la mar se estendiesse, que cubriría toda la tierra, y quando yo la veo, parésceme que se estiende todo lo que puede, y que deve de estar a peso, que no puede cubrir la tierra; sacadnos, pues, vos desta dubda y dezidlo de manera que lo pueda yo entender, que ya sabéis hasta dó llega mi lança.

ANTONINO

La duda que preguntáis es muy buena, y que<sup>5</sup> se ha tratado y dudado por muchos, pero cosa es no<sup>6</sup> muy obscura y que en poco tiempo se puede platicar. Quanto a lo primero, avéis de saber y tener por cierto que en el

---

<sup>5</sup> *Que*: Se halla repetida esta partícula en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959). A lo que parece, se trata de la reiteración del mismo pronombre relativo que descubrimos en la oración anterior —del que se encuentra separado a causa de un hipérbaton—, pero con el que va coordinado por la conjunción copulativa y; la construcción lógica de la frase sería: «la duda que preguntáis, y que se ha tratado y dudado por muchos, es muy buena...». Algún caso similar, aunque no idéntico, tenemos registrado en la obra de Mejía (cfr. *Silva*, I, 36<sup>14</sup>).

<sup>6</sup> *No*: Está la negación en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1930, que prefiere escoger la lectura de S1-S2), pero falta en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959), interpretando la frase en un sentido opuesto («cosa es muy obscura y que en poco tiempo se puede [= pueda] platicar»), que la hace contradictoria con la intención de lo que, en términos generales, está declarando Antonino, puesto que inmediatamente comienza a explicar el fenómeno sobre el cual se le ha preguntado. El desliz de S3 —reproducido en las ediciones que la siguen— se debió probablemente a un lapsus cometido por el tipógrafo en un salto de línea: «pero cosa es / muy obscura...».

principio que crió Dios el mundo, antes que dicesse «descúbrase la tierra» y se descubrió, y antes que criasse las yerbas y árboles y después los animales en ella (que fue la causa final para que se descubrió), el agua la cercava por todas partes, sin que parte della alguna se descubriese, como cubre el aire al agua, y al aire el fuego. Lo qual, aliende de confessarlo la razón natural y toda la escuela de los philosophos, pruévase por el texto de la *Sagrada Escritura*, donde dize: «Descúbbrase y parezca la tierra»<sup>7</sup>, por do parece que estava cubierta.

En este descubrimiento, pues, que se hizo, ha auido dudas y opiniones, como agora la vuestra, entre astrólogos, y aun entre philosophos, sobre dezir cómo passó y se sostenga agora<sup>8</sup>. Unos tienen por opinión que concurrió, con el mandamiento de Dios, juntamente causa y razón natural; y esta dizen ser la gran sequedad de la tierra, que resistió y desvió al agua de sí, en aquellas partes que está descubierta, de la manera que se haze quando se derrama el agua en un lugar muy polvoroso y seco, que quedan algunas partes que no se mojan por resistencia que haze la sequedad a la humedad, como calidades contrarias; que esto aya acaescido en unas partes y no en otras, dizen aver sido ayuda y influencia de las estrellas de fría y seca influencia, señaladamente de las que están a las partes septentrionales. Y los que esto dizen, ossan afirmar que, aunque Dios en el tercero día en el principio del mundo no mandara, como dixe, apartarse el agua y descubrirse la tierra, como se descubrió, que poco a poco, por la sequedad y influencia dicha, ella se descubriera naturalmente, como agora está. Otros son más comedidos en esto, y tienen por opinión que no bastara esta sequedad ni influencia para descubrirla en poco ni en mucho tiempo, si milagrosa-

<sup>7</sup> *Génesis*, I, 9: «Dixit vero Deus: Congregentur aquae, quae sub caelo sunt, in locum unum: et appareat arida. Et factum est ita» (*Vulgata*: 2).

<sup>8</sup> La alegación, en este caso, es sumamente ambigua (Mulroney [1930: 127<sup>2</sup>]). Apreciaciones difusas sobre el particular pueden rastrearse, por ejemplo, en Aristóteles, *Acerca del cielo*, II, 4, y *Meteorológicos*, I, 9 (Aristóteles [1996: 118-123, 277]).

mente no se descubriera, como se descubrió, pero que ha bastado<sup>9</sup> para la sostener assí naturalmente, presupuesto el milagro en su descubrimiento, porque dizen que menor fuerça es menester para sustentar una cosa en su estado que para ponerla en él, como vemos que basta un hombre a vezes a llevar y sostener un peso sobre sí, sin ayuda de otro, que no podría alçarlo del suelo y cargárselo solo. Entre estas opiniones, ha auido otra de algunos que afirman que estar assí lo que de la tierra está descubierto, es la causa que la tierra, quanto al centro de su grandeza, no está en el centro del mundo, sino un poco apartada, y que por esso pudo descubrirse la cantidad que se descubre.

Las quales opiniones verdaderamente a mí no me contentan y téngolas por inciertas y divinatorias, porque, quanto a las dos primeras, querría yo que me dixessen los que las tienen, por dónde les consta o han sabido aver tal sequedad y fuerça en la tierra que baste a despedir<sup>10</sup> ni apartar al agua naturalmente, ni que la influencia de las estrellas (o de la décima sphaera, como otros dizen) haga y obre también lo mismo, pues todo esto es adivinar lo que no saben ni pueden provar, porque no ay razón por do una parte de la tierra sea más seca que otra, ni que se descubra aquella y no la otra, siendo, como era, todo este elemento y todas sus partes de unas mismas calidades; y lo mismo digo de la influencia de las estrellas septentrionales, pues sabemos que también ay grandes tierras y islas al austro como al septentrión, y se han descubierto algunas tan cercanas, o casi, al otro polo como las ay a este. Pues la tercera opinión, que da por causa estar la tierra desviada del centro, téngola por más impropia y flaca que las otras, porque es imaginar la tierra fuera de su lugar<sup>11</sup>;

<sup>9</sup> *Ha bastado*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5 transcriben «abastado»; S6 (y 1930) indican «a bastado»; y en S7 (y 1928-1947-1959) se lee «ha bastado».

<sup>10</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «despedir»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «espeler».

<sup>11</sup> Para Mulroney [1930: 128<sup>3</sup>], pensar que la Tierra no estaba en el centro del universo sería ir contra Aristóteles (*De coelo*, II, 14) y Plinio (*Naturalis historia*, II, 69). Con todo, la afirmación anterior de que la Tierra «no está en el centro del mundo, sino un poco apartada» introduce solo un leve matiz, pero no atenta contra el principio del geocentrismo (Ferrerías [1985c: 170-171]).

y<sup>12</sup> ya que lo quisiésemos confessar, es venir a las mismas y mayores dificultades y dudas de tractar cómo pudo estar y está así la tierra, si está milagrosa o naturalmente, y cómo se rempuxa ella y el agua, que es entrar en otro laberintho mayor.

Por lo qual todo, yo soy de parescer en esto que nos atengamos a lo más verdadero y cierto, que es la verdad de la *Sagrada Escriptura*, y creamos que la tierra se descubrió, lo que está descubierto, por sola virtud divina y por la palabra y mandamiento de Dios, del qual se haze mención en el primero capítulo del *Génesis*, diziendo: «Apártese a una parte las aguas que están debaxo del cielo, y descúbrase la tierra»<sup>13</sup>; por fuerça y eficacia de las quales palabras, el agua y la tierra se pusieron de la manera y postura en que<sup>14</sup> agora están, y así han permanescido y permanecerán hasta la fin<sup>15</sup> del mundo, haziendo y componiendo ambas un cuerpo redondo sphérico, como Ptholomeo<sup>16</sup> y otros grandes astrólogos dizen y la experiencia lo muestra, el centro del qual redondo es centro de toda la máchina del mundo, y así queda y está descubierto de

---

<sup>12</sup> Y: Está la conjunción, que me parece necesaria, en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7, pero falta en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), probablemente por un lapsus de S2, reiterado en otras ediciones. Aunque podría aceptarse la eliminación del nexo a costa de forzar artificialmente la entonación y la progresión sintáctica del periodo oracional, preferimos reponerlo para restaurar la fluidez prosódica originaria.

<sup>13</sup> *Génesis*, I, 9, pasaje ya evocado por Mejía —de forma más inconcreta— un poco más arriba (cfr. *Diálogos*, V<sup>7</sup>). Al recurrir a una explicación sobrenatural, Mejía se coloca en una posición contraria a la adoptada en el anterior «Coloquio del Sol» —más acorde con la mentalidad racionalista del Renacimiento—, aunque la aceptación del *Génesis* para explicar el origen del universo era muy frecuente en su época (Ferrerías [1985c: 144-145]).

<sup>14</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «postura en que»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «postura que».

<sup>15</sup> *La fin*: «El fin». El término *fin* (del latín *finis*, «límite, fin») poseía género femenino en su origen, que conservó en el castellano de la Edad Media; y aunque comenzó a usarse en masculino a finales del siglo xv, durante el xvi y parte del xvii se utilizó en los dos géneros, como es el caso de Cervantes (*Corominas*, s.v. «fin») o del propio Mejía en estos *Diálogos*.

<sup>16</sup> Mejía está aludiendo, sin duda, a Ptolomeo, *Almagestum*, I, 4: «Quod terra quoque sphaerica sit ad sensum quantum ad universas partes» y 5: «Quod terra in medio coeli sita est» (Ptolomeo [1528: 2r.-3r.]).

la tierra lo que convino para la habitación de los hombres y los otros animales y para las yervas y plantas y árboles que fuera del agua biven y se mantienen. Lo qual, antes deste precepto y mandamiento<sup>17</sup> de Dios, como al principio dixe, todo estava cubierto de agua sin quedar un solo palmo de tierra; y puesto que por ventura fuesse verdad que aya algunas estrellas cuya influencia ayude y participe en esta obra y efecto (porque muchas cosas conserva y sostiene Dios, tomando por instrumento las causas segundas y naturales, que<sup>18</sup> al principio crió y ordenó por sí solo inmediatamente), todavía no lo osaría yo afirmar, pues la *Sancta Scriptura* no haze de tal cosa mención, antes todo absolutamente lo atribuye a Dios, y no solo en el lugar alegado, pero en otras muchas partes, como es por Salomón en los *Proverbios*, donde dize: «Quando señalava en derredor el término a la mar y ponía ley y precepto a las aguas, que no passassen sus términos»<sup>19</sup>; y el mismo, en otra parte: «Quien encerró las aguas quasi en vestimento»<sup>20</sup>. Y más

Capítulo VIII.

Capítulo CIII

<sup>17</sup> S3-S4-S5-S6: «mandamiento»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2: «mando»; S7: «mandado».

<sup>18</sup> *Que*: Por un fenómeno de hipérbaton, este pronombre —aunque se encuentre más próximo— no se refiere a «las causas segundas y naturales», sino a «muchas cosas» («muchas cosas conserva y sostiene Dios... que al principio crió y ordenó...»).

<sup>19</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «términos»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «límites».

La fuente de esta cita se encuentra en *Proverbios*, VIII, 29 (Mulroney [1930: 129<sup>5</sup>]): «Quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat aquis, ne transirent fines suos» (*Vulgata*: 587). Todas las ediciones consultadas —con la excepción de S6-1928-1947, que no indican nada—, al referirse al capítulo de los *Proverbios* en la acotación marginal, dicen —por errata fácilmente explicable, que corregimos— «xviii» (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-1930) o «18» (S5-S7-1959), en lugar de «viii» u «8».

<sup>20</sup> *Salmos*, CIII, 5-6: «Qui fundasti terram super stabilitatem suam, non inclinabitur in saeculum saeculi. Abyssus sicut vestimentum amictus eius; super montes stabunt aquae» (*Vulgata*: 540). Aunque la autoría de los *Salmos* no corresponde en su totalidad al rey David, es a este a quien tradicionalmente se adjudica la mayoría de ellos, por lo que resulta sorprendente la atribución de Mejía a Salomón, ocasionada posiblemente por no estar pensando en los *Proverbios* —que acaba de alegar—, sino en los *Salmos* —que menciona a continuación—, donde realmente se halla la cita.

*Vestimento*: «Vestido, vestidura» (*Autoridades y DRAE*, s.v. «vestimento»). En *vestimento* tiene aquí el sentido de «como un vestido [cubrió el agua a la tierra]».

*Psalms,*  
CIII. claro, también el propheta David dice: «Posísteles, Señor, término a las aguas, el qual no traspasarán ni tomarán a cubrir la tierra»<sup>21</sup>; do claramente muestra lo que está dicho: que el agua cubrió<sup>22</sup> toda la tierra y, por particular mandamiento de Dios, fue descubierta, pues dize «ni tomarán a cubrir la tierra». Assí que esta es, señores, la forma como la tierra fue y está descubierta de las aguas; y pues esta obra y milagro se deve atribuir a solo Dios, no ay para qué busquemos otras razones ni causas, en la tierra ni en el cielo, de sequedades ni influencias.

PAULO

Muy bien dicho está, por cierto, y yo creo que essa es la verdad y dessa manera passó; pero parésceme que se sigue de lo que avéis dicho que no solamente se descubrió al principio la tierra por milagro, pero también lo está agora milagrosamente, y que siempre haze Dios milagro y cosa sobrenatural en tenerla assí.

ANTONINO

No, señor, que bastó el único mandamiento de Dios para que las aguas y tierra estuviessen como agora están sin nuevo milagro, con solo el primero; y aquel solo basta<sup>23</sup> para perseverar ellas assí, sin otros de nuevo, porque no son las criaturas naturales desobedientes como el hombre, al qual, por su inclinación y prontitud a<sup>24</sup> desobedecer, es menester muchas vezes mandarle y vedarle una misma cosa.

---

<sup>21</sup> *Salmos*, CIII, 9: «Terminum posuisti quem non transgredientur; neque convertentur operire terram» (*Vulgata*: 540).

<sup>22</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «cubrió»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «cubría».

<sup>23</sup> S3-S4-S5-S6: «basta»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «bastó».

<sup>24</sup> A: Así en Z1-Z2-S7 (y 1928-1947-1959), pero S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «ha». Corregimos, pues, siguiendo las directrices de nuestros criterios editoriales.

PETRONIO

Entendido he lo que avéis dicho, y paréceme muy bien y por tal lo apruebo y creo; pero parésceme que dello se puede seguir un inconveniente, y es que, presuponiendo esta verdad, que el descubrimiento de la tierra se hizo así al principio milagrosamente, aunque no se haga agora nuevo milagro por Dios para sustentarlo y que baste, como dezís, la fuerza de aquel solo y primer mandamiento, parece que podríamos dezir que están así las aguas de la mar forçosa y violentamente apartadas y prohibidas cercar la tierra<sup>25</sup>, después que fueron quitadas del sitio y postura natural que primero tenían; y por huir este inconveniente desta fuerza, devieron por ventura de buscar esos astrólogos y philosophos las causas y fuerzas naturales que avéis dicho, a quien atribuyessen este efecto.

ANTONINO

En esso estáis muy engañado, que antes se ha de considerar a la contra<sup>26</sup> de esso, porque, si la sequedad de la tierra y influencia de estrellas forçaran<sup>27</sup>, como ellos dixeron, a las aguas a<sup>28</sup> apartarse, entonces se pudiera dezir fuerza y violencia que le hazía, pues una criatura compelia a otra a dexar su lugar natural; pero como esto aya sido por voluntad y mandamiento de Dios, que es criador y

---

<sup>25</sup> *Están... las aguas... apartadas y prohibidas cercar la tierra*: En la segunda parte de este periodo sintáctico se produce un claro solecismo, al construir una oración copulativa («están... las aguas... prohibidas») con un incompatible complemento directo oracional («cercar la tierra»). El predicado nominal de la segunda frase («están... prohibidas») debe entenderse en un sentido transitivo con un valor incoativo («*tienen*... las aguas... *prohibido* cercar la tierra»).

<sup>26</sup> S3-S4-S5-S6: «a la contra»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «al contrario».

<sup>27</sup> *Forçaran*: Así en S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), si bien Z1-Z2 dice «forçaron», probablemente por un lapsus tipográfico que, sin embargo, no daña la construcción sintáctica ni el sentido de la frase.

<sup>28</sup> *A*: Falta la preposición en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959). Se trata nuevamente de un caso claro de «a embebida» (cfr. *Diálogos*, I, 2<sup>14</sup>), que reponemos gráficamente.



substentador y governador de toda naturaleza, y no tengan más propiedad ni inclinación ni fuerça ni lugar las cosas de lo que pende de su voluntad, no se podrá dezir padecer fuerça cumplir el mandamiento de Dios en estar el agua en el lugar puesto por Él, aunque no sea cercando toda la tierra como antes, porque no se puede dezir violento ni contrario a la natural inclinación de la cosa lo que procede de la voluntad y mandamiento del Señor de naturaleza, que sabemos y creemos que gobierna y dispone todas las cosas suave y sapientíssimamente; no más, por cierto, antes mucho menos, que se podría dezir hazer vos fuerça en vuestra casa por mandar mudar una arca de un lugar a otro por algún respecto o causa. Assí que, señor, no rescibe agravio ni violencia el agua en no cercar a la tierra y estar obedesciendo a Dios apartada hasta que, si Él fuere servido en el fin del mundo, quando ya los animales brutos y las cosas mistas<sup>29</sup> se acaben y consuman, y no siendo menester lugar para ellos, le tome a mandar que buelva a cercar la tierra, como hazía en su principio.

PAULO

Vos nos avéis bien absuelto las dubdas propuestas; y a mi juizio, el señor Petronio deve quedar satisfecho de su pregunta.

PETRONIO

Sí quedo, por cierto; y tanto, que, considerando lo que ha dicho, me paresce no sería christiano el que no creyesse que no puede aver cosa más natural al agua ni a los otros elementos que obedescer la voluntad de Dios, y que

---

<sup>29</sup> *Cosas mistas*: «Cosas mixtas o mezcladas.» El mismo Mejía explica este concepto en el coloquio siguiente —el «Diálogo natural»—, cuando Antonino dice: «de los quatro elementos, por la influencia del Sol y de las otras estrellas, se hazen y componen todas las cosas mistas del mundo, de animales, piedras y árboles, como el otro día platicávamos a otro propósito» (*Diálogos*, 492).

aquella obediencia no se puede llamar fuerça. Pero, pues queda tiempo y lugar para ello, quiero yo agora hazer del philósopho y preguntaros acerca del sitio y postura del elemento del fuego; pues, como avéis dicho y todos afirman, el fuego cerca al aire y está sobre los otros elementos, ¿qué es la causa que no lo vemos, siendo de<sup>30</sup> tan luzida color y tan resplandesciente, a lo menos las noches claras y serenas, quando no ay sol ni nuves que lo puedan estorvar? Y también os pregunto, pues, como vemos, el fuego, en<sup>31</sup> no teniendo qué quemar ni en qué substentarse, se apaga luego, ¿cómo se sostiene y substenta allí, no teniendo nutrimento ni humor que gastar ni consumir? Porque hágoos saber que considerar esto me ha hecho algunas vezes sospechar que es burla este negocio de dezir que sobre el aire ay fuego. Y estoy por creer que todo es aire hasta el cielo; porque del aire no dudo, porque lo siento.

PAULO

Nunca pensé que también<sup>32</sup> supiérades dudar. Y a la una dessas preguntas, bien supiera yo responder; pero, pues lo hará mejor el señor Antonino, hágalo él.

ANTONINO

De vuestras dos dubdas, señor Petronio, la primera nasce de querer vos antes creer al sentido que a la razón, y no querer tener por cierto sino lo que veis por los ojos<sup>33</sup>; y la

<sup>30</sup> S3-S4-S5-S6: «siendo de»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «siendo cosa de».

<sup>31</sup> S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7: «fuego, en no»; Z1-Z2: «fuego, no».

<sup>32</sup> S1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: «también»; Z1: «tan bien».

La afirmación de Paulo encierra una evidente valoración peyorativa de Petronio. Para la mentalidad racionalista del Renacimiento, la duda es el primer paso en el camino que conduce al descubrimiento de la verdad (Ferrerías [1985c: 70-71]).

<sup>33</sup> La imposibilidad de comprobar en la práctica un fenómeno natural lleva aquí a la aceptación ciega de las autoridades, lo cual justifica en este caso el triunfo del conocimiento teórico sobre el experimental (Ferrerías [1985c: 89]).

segunda, de no aver bien oído ni entendido la naturaleza del elemento del fuego. Yo quiero, pues, satisfacer a ambas. Pero fuera razón que, aunque no lo entendiéades, no dudáades del sitio y postura del fuego, pues sabéis que es uno y el principal de los quatro elementos, y que avía de tener algún lugar, y este no podía ser sino el más alto, pues es el más liviano de todos; y assí lo confiessa y enseña toda la philosophía del mundo<sup>34</sup>. Dixe que es causa de vuestra duda primera creer más al sentido que a la razón; y es assí porque juzgáis<sup>35</sup> del fuego elemental y simple por el mezclado y material que acá tenemos y de que nos servimos y usamos. ¿Paréceos que, como este tiene color y se vee y juzga en la vela o en el carbón encendido, que assí avíamos de ver el otro? Y este es engaño muy grande, porque ay grande diferencia del uno al otro; porque este de que usamos, no es verdadero fuego, sino cosa encendida y calificada de fuego, porque es espesso y mezclado<sup>36</sup> y compuesto, y el otro, muy al contrario, es ra-

<sup>34</sup> Entre otros posibles lugares, esta afirmación se inspira en Aristóteles, *eteorológicos*, I, 3, (Mulroney [1930: 132<sup>7</sup>]), donde el filósofo dice que el fuego, de entre los cuatro elementos, está en lo más alto (Aristóteles [1996: 254-255]). Idéntica afirmación se halla en *Acerca del cielo*, II, 4, del mismo autor (Aristóteles [1996: 121]). Igualmente, se encuentra en Plinio, *Naturalis historia*, II, 5: «Nec de elementis video dubitari quattuor esse ea: ignium summum, inde tot stellarum illos conluentium oculos» (Plinio Segundo [1950: 10-11]).

<sup>35</sup> *Juzgáis*: Así en S7 (y 1928-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «juzguéis». El uso ambiguo y alternativo de las formas verbales correspondientes al presente de indicativo y de subjuntivo, que ya hemos señalado con anterioridad (*Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup>), se plasma aquí en el empleo del presente de subjuntivo con valor y significado de presente de indicativo, fenómeno abundante, por lo demás, en la prosa de Mejía (*Silva*, I, 36<sup>16</sup> y 36<sup>18</sup>, entre otros muchos casos). Escogemos la lectura de S7 porque —trátándose de una edición antigua— es la suya una opción más acorde con el uso moderno.

<sup>36</sup> *Es espesso y mezclado*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), lectura con la que se intentó obviar un lapsus de S1 (reproducido por Z1-Z2), donde se decía «es espesso y cassi o poco y mezclado...», pero que A1-A2 corrigieron correctamente, transcribiendo «opaco» en lugar de «o poco» (corrección que también alguien realizó a mano sobre el ejemplar de S1 que manejamos, tachando la primera o de poco, colocando sobre ella una a y escribiendo al margen la palabra «opaco»). Por su parte, S7 intentó solventar el escollo sin acierto, transcribiendo «es espesso y casi poco y mezclado...».

rísimo y invissible, como luego veréis. La espessura y, podría dezir, opacidad<sup>37</sup> deste fuego material, clara se vee cada día en que, si cerca de<sup>38</sup> una vela encendida ponéis otra, haze sombra la misma llama y lumbre della, que no hiziera si no tuviera opacidad y espessura<sup>39</sup>; y también lo muestra evidentemente ver que lo que está tras una llama de fuego, se esconde y no lo vemos, porque no es este fuego transparente a nuestra vista; y el otro elemental, en su sphaera, es más raro que el aire diez vezes. Y si algún elemento ay simple y sin alguna mixtura, como Aristóteles<sup>40</sup> enseña, ello<sup>41</sup> es por estar más cercano al cielo y en menos ocassión de poderse mezclar; pues, si el aire, con ser tanto menos raro que el fuego, no puede vuestra vista determinarse en él, antes passa libremente sin verlo, que si no fuesse por el sentido del tacto y por el movimiento suyo, tampoco por la vista pudiérades dezir ni creer vos que avía aire, ¿de qué os maravilláis que no podáis ver el fuego en su lugar, que tanto más raro y transparente es que el aire? Porque a lo que dezís de colorado y resplandesciente, hágoos saber que es engaño, porque el fuego no tiene en su sphaera color ni resplandor, porque en cuerpo simple, como él, no caben ni assientan estas calidades, porque estas provienen de compostura de elemento, y

<sup>37</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «espessura y, podría dezir, opacidad»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «espessura y opacidad».

<sup>38</sup> S3-S4-S5-S6: «cerca de»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «cabe». *Cabe*: «Junto, cerca, inmediato» (*Autoridades*, s.v. «cabe»), «cerca de, junto a» (*DRAE*, s.v. «cabe»).

<sup>39</sup> S3-S4-S5-S6: «y espessura»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: Ø.

<sup>40</sup> Sobre la esfera del fuego o éter —la superior de las cuatro que componen el mundo sublunar—, Mejía parece estar siguiendo aquí —aunque con cierta libertad y sintetizando lo establecido por Aristóteles en otras obras suyas (*Física*, *Acerca del alma*, *De la generación y la corrupción* y *Acerca del cielo*)— lo dicho por el Estagirita en *Meteorológicos*, I, 3. Por ejemplo, entre los otros lugares indicados, alude Aristóteles a este asunto en *De anima*, I, 2: «Quae propter ignis quibusdam esse videtur; is enim subtilissimarum est partium, et longe magis quam elementa caetera incorporeus, movetur insuper et caetera primo movet» (Aristóteles [1538: 470]).

<sup>41</sup> *Ello*: Así en S4-S5-S6 (y 1928-1947-1959), pero S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7 (y 1930) transcriben «el lo». Obviando la arbitrariedad con que frecuentemente las ediciones antiguas unen y separan las palabras, dicha lectura («él [= “algún elemento”] lo es...») resulta admisible, pero nos parece más forzada.

aun la rareza del aire, si no es espessándose mucho, no es capaz de color. ¿Quánto más no lo será el fuego raro y simple? Y este resplandor y color que acá se vee en el fuego material y común, ya os dixe que lo causa su mezcla y composición. Y convino que fuesse assí transparente y invisible el fuego elemental, porque, si fuera como el de acá, estorvara o impidiera la vista de los planetas y estrellas.

Assí que no tenéis razón de dubdar del fuego y su lugar porque vos no lo veáis<sup>42</sup>, ni tampoco por la segunda dubda que posistes, de que allí no tiene nutrimento ni qué quemar, porque esta necessidad tiene el elemento del fuego para estar en agena materia y fuera de su lugar y sitio, como veis cada día en el que usamos, pero en su propria materia y lugar no es menester nutrimento de ninguna cosa, porque está en su sitio y assiento, como no lo ha menester el agua ni la tierra en el suyo; los quales, si dél los sacáis<sup>43</sup>, si no se sostienen en otra materia, no paran hasta su lugar y allí descansan; y assí lo haze el fuego en su sphaera, donde en sus proprias calidades se mantiene sin tener necessidad de humor alguno. Por tanto, señor, no dubdéis de esta philosophía, pues tan llana y fácil es de entender.

## PETRONIO

Yo me doy por contento y bien respondido, y creo la postura de los quatro elementos. Y no creáis que dudava tanto quanto os dixe; que, por sacaros a lo que avéis trac-

---

<sup>42</sup> *Veáis*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «veis». Si la lectura de S3-S4-S5-S6, como parece, no se debe a errata, tendríamos aquí un nuevo supuesto de presente de indicativo con significación de presente de subjuntivo (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup>). De entre las dos opciones, escogemos la forma más acorde con el uso actual.

<sup>43</sup> *Los quales, si dél los sacáis*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959). Debería ser «*las* quales [el agua y la tierra], si dél [de “su sitio y assiento”] *las* sacáis [al agua y la tierra]»; ha de entenderse, no obstante, «los quales [los elementos en general], si dél [de “su sitio y assiento”] los sacáis [a los elementos]...». Las lecturas de las otras ediciones están completamente estragadas: «los quales, si della lo sacáis» (S1-A1-S2-A2-S7) y «los quales, si della la sacáis» (Z1-Z2).

tado, lo hize. Y todavía quisiera preguntar otras cosillas al propósito, pero avráse de romper la plática por los que vienen; quedarse ha para otro día, que entre tantos no es ésta cosa que se puede platicar.

PAULO

Bien dezís. No se hable más en esta materia oy, porque no dexe yo de gozar della; que voy a hablar en un negocio a don Juan, que viene allí.

Fin del «Coloquio de la Tierra»

So DIALOGOS  
DEL ILLVSTRE  
Cauallero Pero Mexia. Agora nucua-  
mente emendados.



CON PRIVILEGIO.  
En Sevilla en casa de Fernando Díaz:  
*Esta tassado en Real y Medio.*

Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Sevilla, Fernando Díaz, 1580 (S6)

*Diálogo natural*



# Diálogo

quios / o Diálogo  
gos nueuamēte cōpuestos  
por el Magnifico cauallero  
PERO MEXIA, vezino de  
Seuilla. En los quales se  
disputan y tratā varias y di  
uersas cosas de mucha eru  
diciō y doctrina. Dirigidos  
al Illustrissimo señor. Dō Pe  
rnan de Ribera / Marques  
de Tarifa / Adelantado ma  
yor del Andaluzia. &c.

¶ Vistos y examinados por man  
dado de los señores Inquisidores,  
dela ciudad de Seuilla, por los muy  
Reuerendos, Rector y colegiales  
del colegio de sancto Thomas de  
Aquino, dela misma ciudad.

Portada de la edición de los *Diálogos*,  
s. l. (¿Sevilla?), s. i., s. a. (S7)

## Diálogo natural

EN EL QUAL, BREVE Y ARTIFICIOSAMENTE, SE TRACTA Y MUESTRA CÓMO SE HAZEN Y DE DÓ PROVIENEN LAS NUVES, LAS LLUVIAS, LAS NIEVES, LOS GRANIZOS, NIEBLAS Y ELADAS Y ROCÍOS, LOS TRUENOS Y LOS RELÁMPAGOS Y LOS RAYOS, Y CÓMO SE CAUSA EL TEMBLOR DE LA TIERRA Y LAS COMETAS QUE APARESCEN EN LOS AYRES<sup>1</sup>.

INTERLOCUTORES:  
PAULO, PETRONIO, ANTONINO.

PAULO

Si no me acuerdo mal, señor Petronio<sup>2</sup>, oy ha ocho días que acaso, como agora, nos juntamos todos tres en este mismo lugar<sup>3</sup>, y el señor Antonino, passeándonos por este campo, nos platicó y dio a entender algunas bue-

---

<sup>1</sup> La mayor parte de los asuntos que se tratan en este diálogo están extraídos de los *Meteorológicos* de Aristóteles, a quien Mejía sigue con bastante fidelidad —aunque no literalmente—, según se constata en las correspondientes notas que siguen.

<sup>2</sup> *Petronio*: S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen erróneamente «Antonino», deslíz que un lector de la época corrigió manualmente en el ejemplar de S1 que utilizamos (B.N.M., R-31.700), donde aparece escrito «Petronio» sobre el nombre de «Antonino», que se ha tachado.

<sup>3</sup> *Oy ha ocho días que acaso... nos juntamos todos tres en este mismo lugar*: Aco-tación deíctica, en la que se marca el tiempo y el espacio con relación al coloquio anterior —el «Diálogo de la Tierra»—. segundo de los tres que componen la serie de los coloquios científicos de la obra.

nas y sabrosas cosas de la postura de la tierra y agua y de los otros elementos, de que yo tomé tanto gusto, que no me pesaría agora, si él quisiese, bolver a la plática.

PETRONIO

De la boca me lo quitastes, que ya yo quería moverla y pedirle licencia para preguntarle lo que entonces hiziera si no vinieran los que nos estorvaron.

ANTONINO

Ay tan pocos que huelguen de hablar en cosas semejantes, ni que trabajen<sup>4</sup> por entenderlas, que no ossa hombre tocar en ellas sino preguntado; pero, para hazerlo, no es menester licencia, porque ciertamente esso poco que yo entiendo, huelgo de comunicarlo y mostrarlo a todos.

PETRONIO

Pues que assí es, y tan buena voluntad ay y tan buen lugar y tiempo, yo determino de hazerme oy philósopho; y pues el otro día entendimos ya cómo y por qué está descubierta la tierra del agua y cómo se cercan los elementos los unos a los otros, y lo demás que allí se trató<sup>5</sup>, sepa-

---

<sup>4</sup> *Ni que trabajen*: Así en 1947. En S1-A1-S7 leemos «ni se trabaje», en tanto que Z1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1959) dicen «ni se trabajen». Ambas transcripciones deben considerarse fallidas, posiblemente por una mala lectura del original en S1, que se reiteró en las sucesivas impresiones de la obra. Quizás en el manuscrito figurase un signo abreviado de *que*, usual en este tipo de palabras muy comunes, que el editor de S1 malinterpretó, transcribiendo «se». Por otra parte, la alternancia entre «trabaje» y «trabajen» depende tan solo de la existencia o no de una tilde de nasalización colocada sobre la -e final de «trabajẽ» (así aparece transcrito el término en S2-A2), tilde que alguien colocó manualmente en el ejemplar de S1 que utilizamos, aunque apenas es perceptible por estar la tinta casi borrada. La lectura de S1, con el verbo en singular, explica las de A1-S7.

<sup>5</sup> *Trató*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959); pero S3-S4-S5-S6 (y 1930) dicen «trata», lectura que, de no ser una simple errata mecánica reiterada —que es lo más probable—, puede venir motivada por una curiosa dis-

mos agora de qué manera se causan naturalmente muchas cosas que passan y vemos cada día de<sup>6</sup> ellos, como son las nuves y las lluvias, los rayos, los truenos<sup>7</sup> y los relámpagos, y también las cometas que aparecen algunas vezes, y las que vemos correr ardiendo, que parecen estrellas, y cómo se congela la nieve y el granizo y la elada, y cómo el rocío y la niebla, y de qué materia se hazen todas estas cosas; y también nos diréis cómo se causa el temblor de la tierra, o lo que desto oviere lugar, porque es rezia cosa que veamos cada día passar esto y suframos no entender, aunque no sea enteramente, de dó proceden y la manera como se engendran.

PAULO

Ninguna cosa avéis tocado que yo no me huelgue mucho de oírla tractar, aunque parte dellas yo tengo un case-ro viejo en mi hazienda que me las declara; y cree él, como cree en Dios<sup>8</sup>, que es assí como lo dize, y son todos, a mi juizio, muy grandes disparates.

ANTONINO

Pues oyamos primero esso; quizá me quitará vuestro philósopho de algún trabajo.

---

torsión perceptiva del autor (o del impresor), quien se confunde al trasladar el concepto temporal de lo que supuestamente fue una conversación que tuvo lugar en el pasado («lo demás que allí [en la reunión del otro día] se trató») a algo que —en una consideración puramente espacial— ha quedado registrado en una parte anterior del libro («lo que allí [en el diálogo anterior a este] se trata»).

<sup>6</sup> S3-S4-S5-S6: «de»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «en».

<sup>7</sup> *Truenos*: En lugar de este término, S1-S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930) indican «terromotos», en tanto que Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1947-1959) transcriben «terremotos», que es la forma usual, derivada del latín *terrae motus* (*Corominas*, s.v. «tierra»). Entendemos que la aparición aquí del vocablo *terremotos* se debe a un *lapsus linguae*, dado que el concepto se reitera inmediatamente después bajo la forma de «temblor de tierra».

<sup>8</sup> *Y cree él, como cree en Dios*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «y cree en Dios», errata común y típica, causada por el salto de igual a igual término («cree él... cree en Dios...»).

PAULO

Yo os lo diré. Avéis de saber que el agua que llueve, dize él que es agua<sup>9</sup> de la mar y que las nuves la cogen en ella, y que él, navegando, las vio muchas vezes abaxar como unas mangas y henchirse de agua y después llover, derramándola; y los truenos dize que se causan de que pelean dos vientos contrarios, y duran hasta que el uno vence y sobrepuja al otro; y las cometas que algunas vezes se muestran, dize que son las estrellas que aparecen a ciertos tiempos; y las que vemos arder corriendo, dize que son también estrellas, que corren y van de una parte a otra. Y assí me dize otras buenas cosas, con que está él más contento y satisfecho que estuvo Aristóteles con quanto sabía.

ANTONINO

No es solo esse viejo el que tiene esso dessa manera, porque casi todo el pueblo lo cree assí; y no os maravilléis dello, porque philosophos grandes ovo muchos que dixeron en este propósito grandes desatinos, que yo no quiero contar por no perder tiempo (que Plutarcho y Aristóteles<sup>10</sup> y otros escriven), porque ha preguntado tantas cosas

---

<sup>9</sup> *Agua*: Aparece el sustantivo en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero falta en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959). Aunque no es absolutamente imprescindible, crea una cierta ambigüedad semántica en la frase, por cuyo motivo lo restituí, entendiendo, por añadidura, que muy probablemente la supresión de S3 —y de las otras ediciones que la siguen— se debe más a un lapsus que a una eliminación consciente.

<sup>10</sup> Aristóteles trata efectivamente sobre la lluvia, los truenos, los cometas y las estrellas fugaces en los lugares de su *Meteorológicos* que más adelante se especifican, donde no solo justifica sus ideas acerca de la formación de los diversos fenómenos atmosféricos, sino que refuta constantemente las teorías de los que difieren de sus apreciaciones, señalándolos unas veces con sus nombres específicos y otras veces de forma genérica. Plutarco hace lo propio —aunque más sintéticamente— en el *De placitis philosophorum*, III (Plutarco [1555: 256r.-257v.]), donde relaciona diferentes teorías sobre los distintos accidentes atmosféricos y geofísicos; de la lluvia, en particular —y muy escuetamente—, trata en el capítulo 4, titulado «De nubibus, pluviis, nivibus, grandinibus» (Plutarco [1955: 256v.]).

juntas el señor Petronio, que no sé si avrá lugar para todas, ni aun por qué comience dellas.

PETRONIO

Escogé las que quisierdes, que yo terné buena cuenta para otro día.

ANTONINO

Todavía creo que quedarán pocas, porque, como digo, yo no me curaré de opiniones ni alegar autores, sino seguir la común doctrina, principalmente la de Aristóteles<sup>11</sup>; y también que lo diré lo más en breve que pueda, diziendo no más de lo que me pareciere que conviene para que lo podáis comprehender medianamente, porque, para tratar esta materia de fundamento y raíz, sería menester más tiempo y tener otros principios que no se pueden dezir ni saber en un día.

PAULO

Assí se entiende, que tampoco no queremos nosotros matarnos por saber subtilezas, sino llevar lo que mejor pudiéremos.

ANTONINO

Pues, señores, para bien entender todo lo que se ha pedido y saber cómo pasan y se hacen esas cosas, hanse de presuponer algunas otras, aunque no se pueden platicar y

---

<sup>11</sup> Como se ha dicho antes (cfr. *Diálogos*, VI<sup>1</sup>), en esta última pieza dialogada Mejía sigue muy estrechamente las teorías sobre los diversos fenómenos atmosféricos desarrolladas por Aristóteles en su *Meteorológicos*, si bien seleccionando los temas, cambiando el orden de los asuntos y organizando su fuente con gran libertad. Mulroney [1930: 135<sup>1</sup>] avisa de que, como en este diálogo Mejía tiene en mente las ideas generales de Aristóteles más que párrafos determinados de sus obras, solo especificará genéricamente el lugar de Aristóteles donde se trate el asunto, sin reproducir textos concretos; asimismo, anuncia que elimina las anotaciones marginales de Mejía —alusivas a los diferentes fenómenos meteorológicos— por considerarlas inoperantes.

tratar como convenía; no os pese oírlas primero, que al cabo se sentirá el provecho de averlas oído.

PETRONIO

Quanto mandardes oiremos de buena gana.

ANTONINO

Primeramente, avéis de considerar que, assí como de los quatro elementos, por la influencia del Sol y de las otras estrellas, se hazen y componen todas las cosas mistas del mundo, de animales, piedras y árboles, como el otro día platicávamos a otro propósito, y por corrupción se puede tomar a resolver en ellos, como lo veis cada día, assí también avéis de entender que parte de un elemento se puede convertir y trasmudar en otro, porque tanta puede ser la fuerza del fuego sobre el aire, que el aire pierda su forma y se trasmude en fuego, y por el contrario, el fuego en aire; y lo mismo passa en los otros elementos entre sí, aunque ay en esto más o menos facilidad o dificultad, según la comunicación y conveniencia que ay entre las calidades dellos o la contrariedad. Y sabed que esto no passa assí súbitamente, que, en un instante<sup>12</sup>, de aire se haga agua o fuego, sino que preceden<sup>13</sup> ciertas alteraciones y grados, en que se disponen, como ordinariamente vemos que, primero que el aire se encienda y se haga fuego, se espessa y escalienta y haze humo<sup>14</sup>, y después toma la for-

<sup>12</sup> *En un instante*: Falta el determinante *un* en todas las ediciones manejadas; sin embargo, *Covarrubias* y *Autoridades* (s.v. «instante») recogen la fórmula «en un instante». S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «en instante», pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2 transcriben «en instanti»; ambas expresiones nos parecen fruto de una errata reiterada.

<sup>13</sup> *Preceden*: Así en S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1959), pero S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930-1947) dicen erróneamente «proceden» (lo que demuestra que S3 está siguiendo a S2 y no a S1). La confusión entre *proceder* y *preceder* no es nueva en las ediciones antiguas que estamos manejando (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>95</sup>).

<sup>14</sup> *Humo*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7; sin embargo, S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «húmedo», lo cual es contradictorio y carece de sentido en este contexto.

ma del fuego; y assí passa quando el fuego se va en aire, como podéis ver en la punta y extremo de la llama, que ya no luzе ni retiene manera de fuego ni de aire, sino de una cosa media entre ambos; y lo mismo passa en los otros elementos. Y desto no avéis de querer oír agora fundamentalmente la philosophía y causas, porque sería largo processo, sino sepan que esto es assí, y passemos adelante.

### PETRONIO

Assí es muy bien; quanto más que esso, aunque, como dezís, no sepa hombre de raíz el cómo y porqué, bien lo veo yo passar cada día y quasi lo entiendo quando veo un lienço mojado y con agua que, dándole el calor del Sol, se va en vapores el agua poco a poco y se torna en aire, y echando un puño de tierra en mucha agua, primero se enrarece y después se deshaze y me paresce que se convier-te en ella; de manera que, como veo esto, puedo creer lo demás, aunque no lo entienda.

### ANTONINO

Bien está; pues, presuponiendo esso, avéis, señores, de saber que, para produzirse y hazerse el agua que llueve y las nieblas y los yelos y los truenos y nuves y otras cosas que preguntastes, passa el negocio desta manera: que, con el calor del Sol y por la influencia suya y de las otras estrellas en su movimiento, se levantan de la tierra y de la mar y ríos y lagunas muchos humos y vapores, de los quales unos son secos y muy calientes y subtiles, como un fumito de una hacha<sup>15</sup>, y estos se llaman exalaciones, y otros

---

<sup>15</sup> *Fumito*: Diminutivo de *humo*, «humito». Caso de *F*- inicial latina, que en el siglo XVI todavía se conservaba como *h*- aspirada y que dejó de pronunciarse definitivamente a comienzos del XVII, aunque aquí —por influencia latinizante— se conserva la grafía inicial *f*-. En S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S7 se lee «fumito», en tanto que S5-S6 dicen «humito».

*Hacha*: «Antorcha de cera» (*Covarrubias*, s.v. «hacha»), «vela grande de cera, compuesta de quatro velas largas juntas y cubiertas de cera, gruessa, quadrada y con quatro pabilos» (*Autoridades*, s.v. «hacha»).



son más espessos y húmidos y no en tanto grado calientes, y llámanse vapores, como el que vemos subir de una agua puesta al fuego. Y sabed que de la primera exalación o humo, que digo ser seca y muy caliente y sutil, se hacen y engendran las cometas, los rayos y relámpagos y truenos y otras cosas desta manera; y del vapor húmido y espeso y menos caliente, nascen y se causan las nieblas, los rocíos, las nuves y las lluvias, los granizos y eladas<sup>16</sup>.

Y esto luego os mostraré claro cómo y a qué tiempos se haze cada una cosa dellas; pero porque todas se forman en el aire, en diversos lugares dél, es menester dezir primero su diversa postura y disposición que lo causa, y es desta manera: que este elemento del aire, que cerca la redondeza<sup>17</sup> del agua y tierra y llega hasta el sphaera o elemento del fuego, como el día passado en este campo tractamos, no está todo dispuesto y calificado de una manera en lo alto y baxo y medio dél, y por esto lo dividimos y entendemos en tres regiones o partes<sup>18</sup>. De las quales, la superior dél y más alta está siempre muy caliente, assí por el movimiento suyo, que allí es mayor por ser más cercana al movimiento del cielo, como por la vezindad del fuego que lo inflama; y la parte más baxa dél y vezina a la tierra es, assí mesmo, caliente por causa de la reflexión de los rayos del Sol, que reberveran de la tierra, y por los ya dichos vapores y exalaciones calientes que della salen; y la otra parte del aire, que es media entre estas dos, está siempre notablemente fría por estar desviada del calor del fuego y

Las tres regiones del aire.

<sup>16</sup> La teoría que aquí expone Mejía está tomada de Aristóteles, *Meteorológicos*, I, 4 (Mulroney [1930: 137<sup>21</sup>]), parte de cuyo título es «Flamarum in summo aere apparentium causae» (Aristóteles [1538: 416-417]). El Estagirita desarrolla particularmente sus teorías sobre los distintos fenómenos meteorológicos en capítulos posteriores.

<sup>17</sup> *Redondeza*: «Redondez.» Ambas formas, *redondeza* y *redondez*, convivieron desde sus orígenes hasta el siglo XVIII (las dos variantes aparecen en *Auto-ridades*, aunque *redondeza* como término anticuado). El vocablo se asociaba con la esfericidad de la Tierra: «Redondez, como la redondez del mundo» (*Covarrubias*, s.v. «redondo»). S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S7 indican «redondeza», mientras que Z1-Z2-S6 dicen «redondez».

<sup>18</sup> Falta en Mulroney [1930: 137] el registro de la acotación marginal, así como los de las siguientes, relativas a los distintos fenómenos meteorológicos.

porque no alcanza ni sube a ella la reflexión de los rayos del Sol ni se mueve tanto como la superior. Y este frior<sup>19</sup> desta región de en<sup>20</sup> medio se fortifica y esfuerça más por estar cercada y apretada del calor de las otras dos regiones, alta y baxa; lo qual los philótophos llaman *antiparistis*, que es la contrariedad y compressión que haze una calidad contraria a otra, cercándola por todas partes y no dexándola estenderse ni salir, lo qual haze que la virtud y fuerça de aquella calidad, assí cercada, se haga más fuerte y intensa, uniéndose y apretándose; como dello se vee la experiencia en nosotros propios, que en invierno tenemos más calor y fuerça en los estómagos, porque, como el calor natural es cercado y apretado del frío, apriétase y fortificase más, y por el contrario, en el verano, como no halla resistencia, reláxase y diviértese<sup>21</sup>; y lo mismo passa en el fuego y en otras cosas. Y por esto también esta mesma región de en medio es más fría en verano y más angosta, porque está más apretada del calor de la inferior, que entonces es mayor por<sup>22</sup> la fuerça de los rayos del Sol.

### PETRONIO

Lo que avéis dicho del aire he oído otras vezes platicar, aunque no tan distintamente como agora. Bien lo entiendo yo, por mi parte; vamos a lo demás.

<sup>19</sup> *Frior*: «Lo mismo que frío» (*Autoridades*, s.v. «frior», donde se recoge ya como voz anticuada). En S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 se indica «frior», en tanto que en Z1-Z2 se lee «frío». Ambas formas convivieron durante la Edad Media y los Siglos de Oro (*Corominas*, s.v. «frío»).

<sup>20</sup> *En*: Está la preposición en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, pero falta en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), con evidente errata, que corrijo. Como confirmación de lo dicho, unas líneas más abajo, en este mismo parlamento de Antonino, se dice «esta mesma región de *en* medio es más fría...»; y en otro parlamento de Petronio, más adelante, encontramos: «la región del aire de *en* medio está más fría...».

<sup>21</sup> *Divertirse*: «Apartarse, desviarse, alejarse» (*DRAE*, s.v. «divertir»).

<sup>22</sup> *Por*: Así en 1928-1947-1959, lectura que seguimos; sin embargo, S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1930) —por errata— dicen «que», estragando el sentido de la frase.

PAULO

No lo dexo yo de entender también<sup>23</sup>; y agora veo que es natural razón lo que dicen: que si un lugar está en sierra o en tierra muy alta, es más frío que otro que está en lo baxo, aunque estén ambos en un mismo sitio y clima, porque paresce, por lo que avéis dicho, que al alto alcanza y toca el frío de la región media y no participa tanto del calor de la baxa, de que el otro goza.

ANTONINO

Está bien entendido; y por essa misma causa duran las nieves en las montañas muy altas todo el año, y en la tierra llana se gastan luego. Y pues ya esto sabéis, vengamos a lo que preguntastes; y digamos, lo primero, de las cosas que se engendran del húmido vapor, que son nuves, aguas, lluvias, eladas Nuves<sup>24</sup>. y rocíos y granizo<sup>25</sup>. Y passa desta manera: que el vapor húmido caliente, que dixe levantarse de la tierra, quando el calor suyo basta para ello, sube hasta la media región del aire, que dixe ser fría; y allí, con la fuerça del aire frío, que naturalmente aprieta, se espessa y engruessa tanto, que se haze lo que llamamos nuves, y estas son mayores o menores, según la cantidad de los vapores. Y hecho assí nuves, las mueve el aire de una parte a otra, hasta que, con la fuerça de los rayos del Sol, apretadas como esponja y desamparadas del calor que las subió, todo lo húmido dellas se toma en agua y, con su peso, buelve para abaxo y haze la lluvia; lo qual entenderá<sup>27</sup> fácil-

Lluvias<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> Z1-A1-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: «también»; S1-S2: «tan bien».

<sup>24</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S7: «Nuves»; A1-A2-S6: Ø.

<sup>25</sup> Aquí la fuente de Mejía continúa siendo Aristóteles, quien diserta sobre el ciclo del agua y la formación de las nubes en *Meteorológicos*, I, 9 (Mulroney [1930: 138<sup>3</sup>]) —capítulo titulado «De causis pluviae, nubisque et caliginis differentia» (Aristóteles [1538: 422])—, sobre la lluvia y la nieve en *Meteorológicos*, I, 11 —«Nivis causae, generatio et accidentia» (Aristóteles [1538: 423])—, y sobre el granizo en *Meteorológicos*, I, 12 —«De grandine» (Aristóteles [1538: 423-424]). Mejía explica la formación del rocío y de las heladas un poco más adelante.

<sup>26</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S7: «Lluvias»; A1-A2-S6: Ø.

<sup>27</sup> S3-S4-S5-S6: «la lluvia; lo qual...»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «la lluvia que cada día vemos llover. Lo qual...».

mente quien considerare el vapor de un alcatara<sup>28</sup> cómo sube con la fuerza del fuego y, en tocando al metal frío, se torna agua y buelve abaxo a salir por el alambique della. Y desta agua, pues, que assí llueve, acaesce hazerse el granizo; y esto es quando el frío del aire es tan grande que basta para congelar las gotas antes que lleguen abaxo, las quales se hazen redondas porque es más dispuesta y aparejada<sup>29</sup> forma para resistir al aire por do passan, y porque el elemento del agua naturalmente se inclina y cudicia<sup>30</sup> aquella forma. Y la nieve, que también queréis saber, digo que se haze destas mismas nuves en las tierras muy altas o muy frías, donde es tanto el frío del aire, que las nuves se congelan antes que se hagan agua y, assí congelada, el peso la trae a la tierra en copos y partes, en aquella forma que estava en las nuves; y esto, como digo, acontecesce en las tierras altas y<sup>31</sup> frías, y no en las calientes, porque en ellas abasta el calor de la primera región a deshazer la nie-

Granizo.

Nieve.

---

*Entenderá:* Así en Z1-Z2 (y 1928-1947-1959), en tanto que S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1930) dicen «entenderán», en clara discordancia con el sujeto de la oración («quien considerare...»), que tal vez pueda justificarse porque se encuentra pospuesto al verbo (cfr. *Diálogos*, I, 1<sup>1</sup> y IV, 1<sup>43</sup>). Cabría también la posibilidad de argumentar que el pronombre *quien* está aquí utilizado con significación de plural, fenómeno usual en el castellano de la primera mitad del siglo XVI (*Keniston*, 15.153 y 15.154; y *Silva*, P<sup>39</sup>); pero entonces topáramos con la irregularidad gramatical que representa la forma del verbo «considerare», en singular. Escogemos, pues, la lectura más próxima a la norma actual.

<sup>28</sup> *Alcatara*: *Covarrubias*, *Autoridades* y *DRAE* remiten a la voz *alquitara*, que vale «lo mismo que alambique, aunque más comúnmente por alquitara se entiende la que está hecha de plomo, u de otra materia, y tiene la cazuela de cobre. La voz es árabe, *quatara*, que significa [...] alambique, por lo que antiguamente se llamaba alcatara» (*Autoridades*, s.v. «alquitara»). «Otros le tienen por arábigo, de *quatara* que quiere decir alambique; y de alquatara decimos corrompidamente alquitara» (*Covarrubias*, s.v. «alquitara»). *Corominas* (s.v. «alquitara») documenta la forma *alcatara* a principios del siglo XV y la variante *alquitara* hacia 1460. En todas las ediciones antiguas manejadas (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) aparece el término bajo la forma «alcatara».

<sup>29</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «aparejada»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «apta».

<sup>30</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «cudicia»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «apetece».

<sup>31</sup> Y: Falta la conjunción en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), así como en la edición de 1767 y en la de 1760-1765, contrafacción de 1570 realizada en el siglo XVIII. Dado que el nexos es necesario en este contexto, lo hemos añadido.

ve antes que llegue a la tierra, aunque algunas vezes acontezca engendrarse en la segunda.

PETRONIO

Señor, aunque sea atajaros, porque no se me olvide, antes que passéis a otro propósito, quiero preguntar una cuestión o dubda acerca del llover; y esta es que me digáis qué es la causa que en los veranos o estíos comúnmente no llueve, pues no falta en aquel tiempo fuerça en el Sol para levantar esos vapores húmidos que avéis dicho y, como dezís, la región del aire de en medio está más fría entonces que en el invierno para congelar las nuves y engendrar el agua.

ANTONINO

Yo os lo diré; porque como hiere en verano el Sol más derecho con sus rayos, acercándose a nosotros, y dura más tiempo por acá, obra y escalienta más, y la región del aire inferior y baxa está muy más caliente, de manera que él mismo gasta y consume en ella los vapores que levanta, que no han lugar de subir a la media región porque antes se exalan y deshazen, hasta que, enfriando más el tiempo, el Sol basta a levantar los vapores y no a consumirlos, y aquellos tornan a caer hechos agua, de que toma la tierra y agua a tener caudal para darlos otra vez; y assí, dando y rescibiendo, se mantiene esta maravillosa orden que Dios puso en las cosas.

PETRONIO

Bien me paresce la respuesta en lo de la lluvia. Vengan agora las eladas y rocíos, que algunas vezes suelen aprovechar a las sementeras; que la niebla o ñeblina, aunque la quiero entender, no la querría hombre ver, según es dañosa en esta tierra<sup>32</sup>.

---

<sup>32</sup> Sobre el rocío y la helada o escarcha habla Aristóteles —a quien Mejía sigue utilizando como fuente principal— en *Meteorológicos*, I, 10 (Mulroney [1930: 140<sup>4</sup>]), capítulo titulado «De roris et pruinae causis» (Aristóteles [1538: 422-423]). A la niebla se refiere Aristóteles en *Meteorológicos*, I, 9 —«De causis pluviae, nubisque et caliginis differentia» (Aristóteles [1538: 422]).

ANTONINO

El rocío se haze quando el vapor húmido que el Sol levanta de día, es poco y subtil y no tiene calor que baste a subirlo a la dicha región de en medio, ni el Sol para gastarlo; venida la noche, con el frío y frescor della, conviértese en agua en esta primera, y házese y engéndrase el rocío, que en tiempos templados vemos comúnmente. Y esto mismo, quando es invierno y el frío de la noche es grande, que tiene fuerça para elarlo y congelarlo, házese elada, que en latín llamamos *pruina*. Y por esto vemos eladas en tiempo frío, y rocíos en el caliente, y lo uno y lo otro se haze en días sin aire que lo puedan levantar. Y la niebla, con quien estáis mal, se engendra quando este mismo vapor es aún más sutil y con tan poca humedad que no basta a hazerse agua y que caya<sup>33</sup> como rocío, y de tan flaco calor que no puede subir a lo más alto; y assí anda cerca de la tierra, como humo, y llamámosla niebla, la qual las más vezes gasta y consume el Sol. Assí que ved, señor, cómo de todas estas cosas la materia es una misma, sino que, según la cantidad y disposición<sup>34</sup> y el lugar y el tiempo, se guisan de diversas maneras y se engendran diversas cosas, como está dicho.

Agora vengamos a las otras cosas preguntadas; y digo que el trueno y relámpago y rayo también se hazen en la misma media región, del modo siguiente<sup>35</sup>: ya os dixe que, de los dos humos y vapores que de la tierra se levantan, el que es seco y caliente se llama exalación; pues sabed agora que esta exalación, por su sequedad y mayor calor, con fuerça y presteza sube para arriba y puede algunas vezes, con aquel ímpetu, passar de la segunda y fría región del aire y llegar hasta la tercera, caliente y más alta, donde

<sup>33</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «agua y que caya»; «agua, que caya» (S1-Z1-A1-A2-Z2-S7).

<sup>34</sup> S3-S4-S5-S6: «y disposición»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «y la disposición».

<sup>35</sup> La fuente que Mejía utiliza aquí para su exposición sobre truenos, relámpagos y rayos, se encuentra en Aristóteles, *Meteorológicos*, II, 9 (Mulroney [1930: 192<sup>5</sup>]), capítulo cuyo título es «De tonitru et fulgure opiniones aliquot veterum» (Aristóteles [1538: 444-445]).

de ellas se hazen allí las cometas de la manera que después diré; pero muchas vezes, y las más, le acontece que en la media región topa esta exalación con alguna nube de las que se engendraron, como está declarado, de vapores húmidos que, antes o juntamente con ella, subieron y, impedida y cercada de la nube ya fría y húmida, se recoge y aprieta, hasta que, de muy apretado<sup>36</sup> así el calor de lo frío, por la acción o obra que diximos llamarse *antiparistes*, que la lengua castellana no tiene vocablo que le signifique, se esfuerça y escalienta más, y busca naturalmente la salida, y al cabo rompe la nube; y deste rompimiento, como de romper un pergamino, y de passar lo caliente por lo húmido, se causa el sonido, que es lo que llamamos

Trueno. trueno, como se causa del hierro ardiente en el agua o como vemos acontecer en las cosas húmidas que encierran en sí algún espíritu o aire caliente, como avréis experimentado en bellotas o castañas, poniéndolas al fuego enteras, que rebientan con trueno. Y esta exalación, que desta manera sale ardiendo o que, de la colisión o rompimiento de la nube, como pedernal se encendió<sup>37</sup>, causa la lum-

Relámpago. bre y resplandor a que dezimos relámpagos. Y saliendo así esta exalación impetuosísimamente, unas vezes para abaxo, hazia la tierra, otras a los lados o para arriba, rompiendo por la parte más flaca de la nube, sale y viene con tanta violencia y atividad tan grande, que todo lo que topa más fuerte y duro rompe y deshaze, y está tan subtil y delgada, que acontece passar las ropas de hombre sin li-

Rayo<sup>38</sup>. sión y deshazerle los huessos; y esto es lo que llamamos rayo. Así que todas tres cosas se causan a la par: rayo al que sale, relámpago el resplandor que alumbra, trueno el

<sup>36</sup> *Apretado*: Así en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7, refiriéndose a «el calor», que aparece a continuación; pero S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «apretada», aludiendo a la «exalación» de aire caliente y seco. La versión de S3 y de las ediciones subsiguientes —que parece deberse a errata— obliga a una lectura con más complicación de la que ya, de por sí, tiene todo el fragmento: «esta exalación... se recoge y aprieta, hasta que, de muy apretada, así el calor de lo frío... se esfuerça y escalienta más...».

<sup>37</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «encendió»; A1-A2: «enciende».

<sup>38</sup> S2-S3-S4-S5: «Rayo»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S6-S7: Ø.

sonido que haze; aunque este nombre, relámpago, propriamente dizen algunos ser quando la exalación no salió ni vino a la tierra, sino que rompió para las otras partes, como dixe, o quando la materia y substancia della era tan poca, que en aquel rompimiento y inflamación se consumió y gastó y no hizo otro daño ni efecto.

PAULO

También quiero yo dubdar, como el señor Petronio; dezíme, señor: si todo esso passa a un tiempo, como dezís, ¿por qué vemos primero el relámpago que oímos el trueno?

ANTONINO

Porque el sentido de la vista haze ventaja y es más presto que todos los otros sentidos; lo qual a cada passo experimentamos, porque, si vemos cortar un árbol o madero desde lexos, vemos dar el golpe y no oímos el sonido dél hasta que alça el braço el que lo dio para dar otro. Lo qual da a entender Aristóteles<sup>39</sup> en la boga de una galera, que vemos entrar los remos en el agua y no oímos el sonido hasta que los tienen<sup>40</sup> ya alçados.

PAULO

Dezís verdad, y yo he mirado en esso algunas vezes; pero dezíme, ¿es cierto lo que algunos afirman, y aun he yo leído: que aprovecha contra los rayos ponerse laurel en la cabeça?

<sup>39</sup> La fuente se halla en Aristóteles, *Meteorológicos*, II, 9 (Mulroney, 141<sup>b</sup>), donde el autor, hablando del relámpago, dice: «Tonitrum igitur id est, atque ex hac causa fit. Spiritus autem qui extinguitur, fere conflagrat tenui et imbecilli ardore, atque id est quod vocant fulgetrum, quo ceu tinctus excidens spiritus videri potest. Fit autem post ictum atque tonitrum, sed prius cerni quam tonitrum audiri assolet, quoniam aspectus auditum anteverit. Id quod remigatio triremium declarat: cum enim iam rursum remos nautae referunt, primus remigii sonus ad aures pervenit» (Aristóteles [1538: 444-445]).

<sup>40</sup> *Tienen*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), sobreentendiendo un sujeto plural inconcreto (*remeros*, por ejemplo), mientras que S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 transcriben «tiene», concertando con «galera» (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>14</sup>).



Libro XV,  
capítulo  
XXX.

Cosa es essa que yo no osaría<sup>41</sup> afirmar, pero Plinio<sup>42</sup> y otros lo dizen, porque nunca laurel fue tocado de rayo; y del otro emperador<sup>43</sup> leemos que se ponía guirnaldas de los ramos dél quando tronava. Pero más razón trae lo que otros escriven: que quien se abaxare a los soterraños o sótanos quando truena, estará seguro de rayo, porque nunca se halla que aya jamás rayo entrado por la tierra más de cinco pies<sup>44</sup>; también certifican otros que no puede herir rayo al que se vistiere de pellejos de lobo marino, y que por esto se hazían dellos los pavellones y tiendas de los capitanes y emperadores romanos<sup>45</sup>.

<sup>41</sup> S3-S4-S5-S6: «no osaría»; S1-Z1-A1-S2-A2-S7: «no la osaría»; Z2: «no lo osaría».

<sup>42</sup> Plinio, *Naturalis historia*, XV, 30: «Et quia manu satarum receptarumque in domos fulmine sola non icitur» (Plinio Segundo [1960: 63]). También se alude a lo mismo en Plinio, *Naturalis historia*, II, 55 (cfr. *infra*, *Diálogos*, VI<sup>44</sup>).

Todas las ediciones que traen la acotación marginal indican que la fuente de Plinio se encuentra en el libro «XIII» (S1-Z1-A1-S2-S3-A2-S4 y 1930) o «13» (S5-S7-1959), aunque Z2 —con doble error— transcribe «IV» (S6-1928-1947 omiten la referencia completa). Por tratarse de una errata reiterada —el libro XIII carece de capítulo 30 y en ningún lugar se habla de lo aquí alegado— y ser un lugar que Mejía cita correctamente en otro momento (véase la nota siguiente), hemos subsanado el desliz.

<sup>43</sup> *Del otro emperador*: Se trata del emperador romano Tiberio. El mismo Mejía, en otro lugar, dice: «Y Plinio, en el libro quinze [...] también dize otra causa, que es la propiedad maravillosa deste árbol [el laurel], que naturalmente es enemigo del fuego y que no puede ser herido con rayo. Por lo qual el emperador Tiberio, luego que oía tronar, hazía una guirnalda de laurel y se la ponía en la cabeça, teniéndose assí por seguro de los rayos; Suetonio lo escribe en su vida» (*Silva*, I, 460-461). Efectivamente, Cayo Suetonio Tranquilo —en su *De vita Caesarum*, «Tiberius», 69 (1)— dice de este emperador: «Tonitrua tamen praeter modum expavescebat et turbatiore caelo numquam non coronam lauream capite gestavit, quod fulmine afflari negetur id genus frondis» (Suetonio Tranquilo [1967: II, 75]).

<sup>44</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 55 (Mulroney [1930: 141<sup>7</sup>]): «Ex iis quae terra gignuntur lauri fruticem non icit nec umquam quinque altius pedibus descendit in terram. Ideo pavidí altiōres specus tutissimos putant» (Plinio Segundo [1950: 64]).

<sup>45</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 55 (Mulroney [1930: 142<sup>10</sup>]): «Aut tabernacula pellibus beluarum quas vitulos appellant, quoniam hoc solum animal ex marinis non percutiat» (Plinio Segundo [1950: 64]).

PAULO

Yo todavía me atermía más a lo que dezís de las cantinas o sótanos que no a esos pellejos; a lo menos, si es verdad que caen piedras con los rayos, como a mí me han mostrado algunas que dizen que son dellos.

ANTONINO

Tenéís razón, y lo de las piedras acontece algunas veces; y Aristóteles<sup>46</sup> lo confiesa, y dize que, como en la tierra se engendran piedras y metales de la mezcla de la exalación y húmido vapor, que assí del encerramiento de la exalación en la nube húmida y fría, si dura mucho, se congela y haze essa piedra que cae con<sup>47</sup> el rayo algunas veces; y porque quiero acabar de concluir con vuestra demanda, vengamos a las cometas y temblores de tierra.

Libro IV,  
*Meteoros*.

Las cometas, pues, ya os dixe que se hazían de la exalación o humo caliente que sube de la tierra a la tercera y

Cometas<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> No encontramos —en la obra mencionada por Mejía— alusión exacta a las piedras que caen con el rayo. En *Meteorológicos*, I, 4, Aristóteles explica que ciertos fenómenos ígneos —entre los cuales se encuentra el rayo—, producidos por la exhalación caliente y seca que sube desde la tierra hasta la esfera del fuego, caen luego a la tierra —forzados por la presión— como proyectiles. En *Meteorológicos*, I, 7, refiere la caída de un meteorito, coincidiendo con la aparición de un cometa, que —como el rayo— también aparece clasificado como fenómeno ígneo. Como en *Meteorológicos* (IV, 6) se habla de la licuefacción y la solidificación, es posible que Mejía —partiendo de estos conceptos— haya tomado como fundamento este lugar de Aristóteles para luego conectarlo con otros pasajes de la misma obra.

*Meteoros*: Desarrollamos, en todos los lugares como este, la abreviatura de la acotación marginal (aquí, concretamente, se lee « Mete. ») poniendo el título de la obra aristotélica en castellano y no en su versión original (*Meteorologicon*), porque de aquella forma hispanizada aparece repetidamente en la *Silva* del propio Mejía (véase, a título de ejemplo, *Silva*, IV, 12<sup>8</sup>).

<sup>47</sup> Con: Así en Z1-Z2, pero S1-A1-S2-S3-A2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959) dicen «en», fórmula preposicional a la que hay que atribuir el significado de «con, juntamente con, dentro de», valor ya documentado en otros lugares de la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, III, 30<sup>13</sup> y IV, 12<sup>30</sup>). Entre las dos opciones de lectura, escogemos la más acorde con el uso actual.

<sup>48</sup> S2-S3-S4: «Cometas»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S5-S6-S7: Ø.

más alta región<sup>49</sup>. Pues oíd agora el modo dello, porque cierto es cosa digna de consideración; y es assí: que por la fuerça de los rayos del Sol y por la influencia de algunos malívolos planetas y estrellas, se levantan de la tierra las dichas exalaciones, principalmente en el otoño, por la mayor sequedad que ay entonces, y estas no son assí comunes como para las otras impresiones, sino que son unos humos espessos<sup>50</sup> y gruessos y muy calientes y untuosos; y por la misma influencia y por su calor, suben hasta aquella alta región, apretándose y uniéndose en su camino, donde, llegadas, hechas ya un cuerpo, con el movimiento del aire caliente y con la vezindad del elemento del fuego, se encienden<sup>51</sup> y se haze lo que llamamos cometa, y resplandesce como estrella; y assí lo paresce todo el tiempo que dura, por la distancia y altura que tiene de la tierra y porque se mueve con el movimiento del cielo, porque assí tiene el movimiento aquella región de aire, como ya tengo dicho. Y la causa de durar tantos días ar-

<sup>49</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 25: «Alii vero qui nasci umore fortuito et ignea vi ideoque solvi» (Plinio Segundo [1950: 41]); y Aristóteles, *Meteorológicos*, I, 7: «Supponimus enim mundi terrae circumfusi primam eam omnem partem, quae orbiculari subest lationi, exhalationem esse calidam aridamque. Eam autem, et insuper aeris, quem suo in sinu fovet ac ambit, haud parum circularis latio ac motus secum circa terram raptat versatque. At interim dum illa fertur ac movetur hoc pacto, qua forte fortuna fuerit bene temperata, saepe incenditur: ob quod et illos sparsorum siderum discursus fieri dicimus» (Aristóteles [1538: 419]). Según Mulroney [1930: 142<sup>12</sup>], la noción de Plinio acerca de la manera como se forman los cometas es muy escueta; en el fondo, Mejía sigue a Aristóteles, aunque —como puede verse— no es la suya una versión literal de lo escrito por el Estagirita.

<sup>50</sup> S3-S4-S5-S6: «espessos»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «viscosos».

<sup>51</sup> *Encienden*: Así en S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959), haciendo concertar el verbo con su sujeto lógico y gramatical —aunque alejado— «las dichas exalaciones»: «se levantan... las dichas *exalaciones*..., y no son..., sino que son...; suben..., donde, llegadas, hechas ya..., se *encienden*...». Sin embargo, S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 transcriben «enciende», haciendo concordar el verbo con «cometa», que es el sujeto de la oración que sigue a continuación y que se halla más próximo («se *enciende* y se haze lo que llamamos cometa»); hay, pues, un desplazamiento en la concepción del sujeto (cfr. *Silva*, I, 21<sup>28</sup>, 22<sup>21</sup> y IV, 18<sup>11</sup>). En el ejemplar de S1 que manejamos (B.N.M., R-31700), alguien ha puesto a mano la tilde de nasalización sobre la *e* final de esta palabra —«enciendẽ»—, a fin de que se lea «encienden».

diendo es ser la materia della viscosa y untuosa, a la manera de una pequeña lumbre en el azeite de una lámpara, y también porque atrae a sí<sup>52</sup> y se ceva de las otras exalaciones y humos que de la tierra suben después.

Y estas cometas son de muchos talles y maneras, unas con ramos como cabellos resplandescientes, de donde se llamaron y tomaron el nombre de cometas (de como palabra griega, que es «cabelladura» o «cabello»; y los latinos le llaman, por lo mismo, *stella crinita*), puesto que<sup>53</sup> tienen otros nombres, según su talle y luz y color, que no haze al caso agora contarlas, porque esto es y acontece según la disposición y postura de la materia o exalación, como es ser más grueso y espeso lo interior que lo de fuera, o no estar igualmente encendida de todas partes, o estar perlongada<sup>54</sup> y no bien redonda, y assí otras formas. Y de aquí vinieron los diversos nombres que Plinio y Aristóteles<sup>55</sup> les ponen; pero comúnmente cometas las llamamos a todas y no ay para qué cansamos agora en estas menudencias.

Los astrólogos tratan bien largo este negocio; y atribuyen estas diversas hechuras y formas dellas a los diversos planetas<sup>56</sup>, por cuya influencia se engendraron, diziendo

Plinio, libro II, capítulo XXV.  
Aristóteles, libro I, *Meteoros*.

<sup>52</sup> Z1-A1-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7: «a sí»; S1-S2: «assí».

<sup>53</sup> *Puesto que*: Conjunción concesiva, con el significado de «aunque» (Keniston, 29.721, y Silva, I, 9<sup>18</sup>).

<sup>54</sup> *Perlongada*: Aquí con el significado de «alargada». Según Corominas (s.v. «luengo»), *prolongar* se altera en *perlongar* dentro del lenguaje marítimo, adoptando entonces el sentido de «extender un cabo para que se pueda tirar de él» (*DRAE*, s.v. «perlongar»).

<sup>55</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 25, y Aristóteles, *Meteorológicos*, I, 7 (Mulroney [1930: 143<sup>13</sup>]). Plinio describe diferentes tipos de cometas, cuyos nombres relaciona en un extenso pasaje (Plinio Segundo [1950: 38-39]). El capítulo de Aristóteles es más amplio y Mejía lo sigue en sus principales ideas, pero no literalmente (Aristóteles [1538: 419-420]).

<sup>56</sup> *Los diversos planetas*: Así en Z1-S3-Z2-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), pero A1-S2-A2 dicen «las diversas planetas». Aunque el sustantivo *planeta* se empleó también en femenino durante la Edad Media y hasta finales del siglo XVI o principios del XVII no se consolidó el uso exclusivo en masculino (Corominas, s.v. «planeta»), la lectura de A1-S2-A2 parece venir inducida por una errata de S1, donde se lee «los diversas planetas» (desliz que, en el ejemplar que manejamos, alguien ha corregido, tachando la *o* de «los» y escribiendo encima una *a*).

unas causar Júpiter, otras Marte, y assí los demás planetas, y les ponen varios nombres, como son Rosa, Lança, Plata, Matutina y otros, diziendo lo que pronostica cada una de ellas, que sería muy largo de contar. Ptholomeo y Albumázar y Leopoldo y Bonato<sup>57</sup> y otros lo tractan y escriven.

<sup>57</sup> *Ptholomeo*: Aunque son varios los lugares donde Claudio Ptolomeo recoge el asunto aquí señalado, probablemente Mejía se esté refiriendo al *Tetrabiblos* o *Quadripartitum*, II, 9, donde —tras hablar de los diversos nombres de los cometas y de los planetas que los engendran— señala las desgracias que pronostican, según sus formas y movimientos: «Caeterum loca in quibus haec eventura sint designantur, cum a signiferi partibus in quibus collectae illae stellae fuerint tum de crinitae figurationis inclinatione. Per ipsam quidem collectionis quasi faciem et formam, futurorum species et genus cui affectio expectanda sit, deprehendetur. Verum de tempore durationis, intensione eventuum. De habitudine autem erga solem, initium patescet. Nam cum fuerint matutinae diuque fulserint, celeritatis, sin vespertinae, tarditatis significatio futura est» (Ptolomeo [1551: 400-401]). Igualmente, en *Tetrabiblos*, II, 13 —tratando de las señales atmosféricas y refiriéndose a los cometas—, dice: «Praeterea quae certis temporibus in coelo se ostendunt et ostenta dicuntur, eorum crinita sidera semper squalorem ventosque praenunciant, eo quidem vehementiores, quo pluribus in partibus et ipsorum corpora grandiora fuerint. [...] Ut autem haec concludantur, sciendum generalia visa aeris certis temporibus eadem portendere quae sunt in superioribus de suis quaeque accidentibus explicata» (Ptolomeo [1551: 403]). Finalmente, en *Cl. Ptolemaei centum dicta, sive fructus librorum suarum*, puede leerse en el núm. 100: «Cometae quorum intercapedo est undecim signorum a Sole, si apparuerint in cardinibus, regni cuius rex, aut ex principibus regni aliquis morietur. Sin in loco succedente, bene se habebunt quae thesauri eius sunt, suum tamen gubernatorem mutabit. Quod si in loco declinante, morbi ac repentinae mortes erunt. At si ab occasu moventur ad ortum externus hostis regiones incusabit, sin non moventur provincialis hostis erit» (Ptolomeo [1551: 442]).

*Albumázar*: Albumázar, astrónomo árabe que vivió entre los siglos VIII y IX, escritor de numerosas obras científicas, algunas de las cuales alcanzaron notoriedad en Europa gracias a que fueron traducidas al latín e impresas a partir de finales del siglo XV. Entre estas destacan *Tractatus florum astrologiae* (Augsburgo, 1488), *De magnis conjunctionibus* (Augsburgo, 1489) e *Introductorium in astronomiam* (Augsburgo, 1489).

*Leopoldo*: Astrónomo del siglo XV, oriundo de Austria, que también aparece nombrado como Leopoldus y Leupold; es autor de una *Compilatio de astrorum scientia* (Augsburgo, Erhardus Ratdolt, 1489), a la que Mejía se está refiriendo aquí, sin duda. Ya lo había alegado Mejía con anterioridad —también junto a Guido Bonato— en el capítulo III, 5 de su *Silva de varia lección*, donde trata acerca de «cómo se causan las amistades y enemistades de las cosas en el capítulo pasado dichas, por influencia de las estrellas; y de dónde viene que un hombre quiera mal o bien a otro sin causa» (*Silva*, III, 5<sup>4</sup>).

Tienen estas cometas, como dixe al principio, tanta similitud con las estrellas en su parescer, que, engañándose con el sentido de la vista, muchos creyeron lo que vuestro casero, que eran verdaderas estrellas y que estaban en alguno de los cielos; pero ellos se engañaron todos y es falsedad, y la verdad es lo que tengo declarado, según la doctrina de Aristóteles<sup>58</sup> y de los mejores philosophos.

PAULO

Todo está bien dicho, por cierto, y bien creo que se engañan los que piensan que son estrellas; pero querría yo saber, si uno quisiese ser pertinaz en ello, cómo le probaríades vos lo contrario, pues las vemos mover ordinariamente con el cielo, como las estrellas, y que no las echa el aire arriba ni abaxo, ni a una parte ni a otra.

ANTONINO

En estas cosas obscuras devría abastar el authoridad de los sabios para los que no las<sup>59</sup> entienden; pero, fuera desta, ay argumentos bastantes que convencen ser error el de los que piensan ser las cometas estrellas. Primeramente, ellas no pueden ser ninguno de los planetas, porque aparecen las más de las vezes fuera del Zodiaco, y los planetas nunca salen de los términos<sup>60</sup> dél. Tampoco pueden ser estrellas fixas porque no están firmes en un lugar, como ellas, antes tienen diversos movimientos y mudan lugares; assí que no son lo uno ni lo otro y,

---

*Bonato*: Guido Bonato o Bonatti (¿1230-1296?), profesor de la Universidad de Bolonia y astrólogo italiano que se hizo famoso por sus predicciones. Sus obras se publicaron con el título de *Liber astronomicus* en Augsburgo (1491), reeditándose con posterioridad varias veces (Venecia, 1506 y Basilea, 1550, entre otras).

<sup>58</sup> Es en *Meteorológicos*, I, 6 («Priscorum de cometis opiniones aliquot, eorumdemque solutiones»), donde Aristóteles argumenta contra los que erróneamente habían defendido que los cometas eran estrellas (Aristóteles [1538: 418-419]).

<sup>59</sup> *Las*: Así en S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959), refiriéndose obviamente a las «cosas obscuras»; pero S1-Z1-A1-S2-A2-Z2 dicen «los», aludiendo a «los sabios» (cfr. *Diálogos*, II, 2-2<sup>2</sup> y II, 2-2<sup>3</sup>).

<sup>60</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «términos»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «límites».

por esto<sup>61</sup>, no son estrellas. Y también está claro no serlo porque no duran en una grandeza y resplandor, ni tienen esse movimiento regular ni concertado, ni aparecen a ciertos ni ordenados tiempos, como las otras estrellas, antes todo al contrario, y se consumen y gastan en breve tiempo, y ay otras mil diferencias y desemejanças de las estrellas; y por esso no lo son, sino lo que tengo dicho. Y esso de su movimiento, ya os dixe qué es la causa: que la parte y región del aire donde aparecen, se mueve assí, y ellas con ella; y aun acaesce moverse según la sucessión de los signos<sup>62</sup> por influencia del planeta que movió y encendió la exalación, de que la cometa se engendró.

### PETRONIO

No es menester gastar tiempo en esso, que ya lo creemos y entendemos; pero dezíme, señor, ¿es verdad lo que comúnmente se afirma, que estas cometas siempre significan y anuncian muertes de príncipes o pestilencias o guerras o carestías o otros infortunios y malos acaescimientos?<sup>63</sup>

### ANTONINO

No quiero responder a esso como astrólogo, aunque dezís que lo soy<sup>64</sup>, porque no me daréis crédito ni yo

<sup>61</sup> S3-S4-S5-S6: «esto»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «esso».

<sup>62</sup> *Signos*: Se refiere, evidentemente, a los signos del Zodíaco.

<sup>63</sup> En efecto, debió de ser esta una creencia muy extendida en aquella época; tal es la impresión que se deriva del siguiente fragmento, extraído de *La ilustre fregona* de Cervantes: «Alborotóse el huésped, y aun los huéspedes; porque así como los cometas cuando se muestran siempre causan temores de desgracias e infortunios, ni más ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas» (Avalle-Arce [1992: III, 101]). Con posterioridad a la aparición de los *Diálogos*, durante los siglos XVI y XVII se generó una abundante producción bibliográfica sobre astrología y astronomía, donde se plantean cuestiones —como el caso de los cometas— en términos prácticamente idénticos a los aquí expuestos por Mejía (Hurtado Torres [1984: 68-73]).

<sup>64</sup> Este Antonino parece coincidir en gran medida con los perfiles biográficos y psicológicos del propio Mejía. No es descartable, pues, que el personaje



quiero que me lo deis. Ptholomeo y otros que nombré<sup>65</sup>, lo tractan; y escriben lo que cada una dellas signifi-

sea un *alter ego* del propio autor. En los círculos intelectuales de Sevilla, y probablemente también entre las gentes del pueblo, se conocía a Mejía con el apodo de *el Astrólogo*, a causa de sus conocimientos físico-naturales y por sus facultades pseudocientíficas de predicción. Francisco Pacheco, que realizó el retrato pictórico de Mejía (en cuyo frontispicio puede verse el lema que le dedicó y que, en síntesis, está extraído del libro de la *Sabiduría*, VII, 17-19, donde se lee: «Dedit ei Deus ut sciret stellarum dispositiones»), dice de él en su semblanza biográfica: «Pero quien lo hizo más admirable fue el uso de las matemáticas i astrología, en que era conocidamente el más aventajado, pues por excelencia fue llamado el Astrólogo, como Aristóteles el Filósofo. Con este conocimiento predixo muchas cosas, i su mesma muerte, 20 años antes» (Pacheco [1985: 309]). Por su parte, Rodrigo Caro comenta: «Había Pedro Mexía adivinado por la posición de los astros de su nacimiento que había de morir de un sereno y andaba siempre abrigado con uno o dos bonetes en la cabeza, debajo de la gorra que entonces se usaba, por lo cual le llamaban “Siete bonetes”. “Sed non augurio potuit depelere pestem”, porque estando una noche en su aposento sucedió a deshora un ruido grande en una casa vecina y saliendo sin prevención al sereno, se le ocasionó la muerte, siendo de no muy madura edad» (Caro [1992: 84]); el verso «sed non augurio potuit depellere pestem» («pero el augurio no pudo evitar la desgracia» —utilizado aquí sarcásticamente por Rodrigo Caro— procede de Virgilio, *Eneida*, IX, 328 (Virgilio Marón [1970: 91]), y está recogido por Macrobio en *Saturnalia*, V, 9 (10), con ligeras variantes (Macrobio [1994b: 274]). Juan de Robles, al igual que Rodrigo Caro, acepta el motivo de la muerte de Mejía por un enfriamiento nocturno augurado por él en las estrellas, adivinación que no deja de molestar a Robles por considerarlo poco acorde con el espíritu cristiano. La fama de astrólogo que tenía Mejía hizo que se le adjudicara este motivo folclórico recogido en un cuentecillo tradicional de ámbito local. Refiriéndole a don Juan de Guzmán algunos casos relativos a la astrología judicial, termina diciéndole a este el Licenciado Sotomayor: «Aunque no havemos menester para esto cuentos, quizá fabulosos, pues sabemos que hubo en esta Ciudad una persona tan docta como grave, que supo por la figura de su nacimiento que había de morir de achaque de un sereno, con que se previno usando siempre vestidos de Invierno, durmiendo en alto con tapicerías, encerrándose al Sol puesto i trayendo un bonete de lienço, y otro de grana, i otro de tafetán, sobre que se ponía la gorra que se usava en aquel tienpo. Sucedióle que una noche le entraron ladrones a robar, salió tras ellos desabrigado, i pasmándose, murió. Lo cual por ventura no le sucediera si no se huviera habituado a tanto i tan continuo abrigo» (Robles [1992: 30, 151-152<sup>71</sup>]). La confusión entre astronomía y astrología, que se había asentado a lo largo de la Edad Media, continuó perviviendo durante los primeros siglos de la Edad Moderna, a pesar de las voces aisladas y de las condenas del papado contra la astrología (Green [1969: II, 256-283], Hurtado Torres [1984: 16-30], Castro [1987: 104-109] y Díaz Jimeno [1987: 43-68]).

<sup>65</sup> *Y otros que nombré*: Se refiere Mejía a Albumázar, Leopoldo y Bonato, a quienes ya alegó antes (cfr. *Diálogos*, VI<sup>57</sup>). Plinio —en su *Naturalis historia*, II, 25



Numquam  
coelo spec-  
tantum im-  
pune come-  
tem.  
Mutantem  
regna come-  
tem.

ca, diciendo unas pronosticar guerras, otras<sup>66</sup> pestilen-  
cias, y assí otros efectos<sup>67</sup> conforme a los talles y colores  
y lugares dellas, y assí les ponen los nombres que dixe.  
Quando alguna paresciére, trataremos esto, si me lo pagar-  
des bien. Pero hablando agora por authoridad y historia y  
experiencia, y aun por philosophía natural, digo, señor,  
que sí, y que todos tienen que siempre son significadoras  
de algún grande efecto y infortunio, y que, como dize Vir-  
gilio<sup>68</sup>, «nunca se vio cometa en el cielo sin algún grande  
escarmiento y efecto»; y Lucano<sup>69</sup> llama a las cometas  
«mudadoras de los reinos». Y ay tantas authoridades y  
exemplos de cometas que aparecieron y previnieron a las  
muertes de reyes y emperadores, y otras guerras y calami-  
dades, que nunca las acabaría de contar. Plinio y Suetonio

(Mulroney [1930: 144<sup>15</sup>])—, trata de la significación de los cometas (véase lo  
dicho anteriormente en *Diálogos*, VI<sup>55</sup>). Para Ptolomeo, consúltense los lugares  
aducidos más arriba, en *Diálogos*, VI<sup>57</sup>.

<sup>66</sup> *Unas... otras*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1930-1947), refiriéndose a *las* «co-  
metas», asunto del que se viene hablando; pero S1-Z1-A1-A2-Z2-S7 (y 1928-1959)  
dicen «unos... otros», aludiendo a los autores que se han alegado («Ptholomeo  
y otros que nombré»).

<sup>67</sup> *Efectos*: Así en S2-S3-S4-S5-S6 (y 1928-1930-1947-1959); sin embargo, S1-Z1-  
A1-A2-Z2-S7 dicen «defectos», estimamos que por errata reiterada, pues este  
término es sinónimo de «imperfección, falta o equivocación», pero no tuvo  
nunca el significado de «desastre o desgracia» que aquí le adjudican S1-Z1-A1-  
A2-Z2-S7. Además, unas líneas adelante, todas las ediciones antiguas (S1-Z1-  
A1-S2-S3-A2-Z2-S4-S5-S6-S7) dicen «son significadoras de algún grande *efecto* y  
infortunio» y «después seguirse los dichos *efectos*».

<sup>68</sup> Las fuentes de inspiración podrían encontrarse en Virgilio, *Georgica*,  
I, 487-488: «Non alias caelo ceciderunt plura sereno fulgura nec diri toties ar-  
sere cometae» (Virgilio Marón [1963: 18]); o, asimismo, en la *Eneida*, X, 272-275:  
«Non secus ac liquida si quando nocte cometae sanguinei lugubre rubent aut  
Sirius ardor, ille sitim morbosque ferens mortalibus aegris, nascitur et laevo  
contristat lumine caelum» (Virgilio Marón [1970: 125]). Según confiesa Mul-  
roney [1930: 144<sup>16</sup>], «a careful search through all of Virgil does not reveal the  
passage cited here».

<sup>69</sup> Marco Anneo Lucano, *Farsalia*, I, 526-529 (Mulroney [1930: 145<sup>17</sup>]):  
«Ignota obscurae viderunt sidera noctes, ardentemque polum flammis, caelo-  
que volantes obliquas per inane faces, crinemque timendi sideris et terris mu-  
tantem regna cometem.»

y Séneca<sup>70</sup> ponen algunas, y todas las historias están llenas dellos; y algunas avemos visto por nuestros ojos y después seguirse los dichos efectos, señaladamente muertes de príncipes. Lo qual, aunque algunos dan razones naturales para ello, tengo yo ser embiadas inmediatamente por

Letus ut optanti contingat et aureus annus; numquam crinitus videatur in aere sidus. Illi etiam belli motus feraque

<sup>70</sup> De acuerdo con lo indicado por Mulroney [1930: 145<sup>18</sup>], los textos alusivos a los cometas —aquí alegados— son los siguientes:

a) Plinio, *Naturalis historia*, II, 25: «Namque his verbis in publicum gaudium prodidit: "Ipsis ludorum meorum diebus sidus crinitum per septem dies in regione caeli sub septemtrionibus est conspectum; id oriebatur circa undecimam horam diei clarumque et omnibus e terris conspicuum fuit. Eo sidere significari vulgus credidit Caesaris animam inter deorum immortalium numina receptam, quo nomine id insigne simulacro capitis eius, quod mox in foro consecravimus, adiectum est"» (Plinio Segundo [1950: 40-41]).

b) Cayo Suetonio Tranquilo, *De vita Caesarum*, «Divus Iulius», 88 (1): «Siquidem ludis, quos primos consecrato[s] ei heres Augustus edebat, stella crinita per septem continuos dies fulsit exoriens circa undecimam horam, creditumque est animam esse Caesaris in caelum recepti; et hac de causa simulacro eius in vertice additur stella» (Suetonio Tranquilo [1964: I, 69]); «Divus Claudius», 46 (1): «Praesagia mortis eius praecipua fuerunt: exortus crinitae stellae, tactumque de caelo monumentum Drusi patris, et quod eodem anno ex omnium magistratum genere plerique mortem obierant» (Suetonio Tranquilo [1968: III, 62]); «Nero», 36 (1): «Stella crinita, quae summis potestatibus exitium portendere vulgo putatur, per continuas noctes oriri coeperat» (Suetonio Tranquilo [1968: III, 103]); y «Divus Vespasianus», 23 (4): «Nam cum inter cetera prodigia Mausoleum derepente patuisset et stella crinita in caelo apparuisset, alterum ad Iuliam Calvinam e gente Augusti pertinere dicebat, alterum ad Parthorum regem qui capillatus esset» (Suetonio Tranquilo [1970: IV, 101-102]).

c) Lucio Anneo Séneca, *Naturales quaestiones*, VII, 17 (2-3) y 21 (3): «Nec est quod putemus eundem visum esse sub Claudio quem sub Augusto vidimus, nec hunc qui sub Nerone Caesare apparuit et cometis detraxit infamiam illi similem fuisse qui post excessum divi Iulii ludis Veneris Genetricis circa undecimam horam diei emersit. [...] Cruenti quidam, minaces, qui omen prae se futuri sanguinis ferunt.» [...] «Sex enim mensibus hic quem nos Neronis principatu laetissimo vidimus spectandum se praebuit, in diversum illi Claudiano circumactus» (Séneca [1961: 318-319, 322]).

Mulroney [145<sup>19</sup>] reproduce en nota la acotación marginal de Mejía anteponiéndole —todo junto— las dos anteriores de Virgilio y Lucano, transcribiéndola así: «nunquam celo spectantum impune cometem mutantem regna cometem Letus vtoptanti cotingat et aureus annus: numquam crinitus videatur in aere sydus. Illi etiam belli motus fera arma minantur magnorum clades po-

arma mi-  
nantur;  
magnorum  
et clades  
populorum  
et funera re-  
gum.

Dios para amonestación y aviso del castigo y vengança que quiere hazer, para que los hombres se enmienden<sup>71</sup>.

PAULO

Essa me parece a mí mejor razón, porque por philosophía no sé qué causa natural puedan dar.

ANTONINO

Algunas se dan, señor, y no van fuera de camino, por qué denuncian<sup>72</sup> sequedad y, por esso, hambres las cometas. Dizen<sup>73</sup> que es la razón que engendrarse ellas del humo y exalación caliente es argumento que la tierra donde se levantó queda muy inflamada y dessecada<sup>74</sup>, y

---

pulorum et funera regum» (la cursiva es de Mulroney, quien dice no haber podido identificar la cita). Cabría esperar —quitando las dos primeras frases, de Virgilio y Lucano— que el resto de la cita correspondiese a referencias de los tres autores alegados después —Plinio, Suetonio y Séneca (cuyos lugares quedan recogidos arriba)—, pero no es así. Ignoramos, pues, de dónde extrae Mejía esa referencia latina («Letus ut optanti... et funera regum»), colocada al margen del texto.

<sup>71</sup> Nuevamente aparecen aquí cristianizados, bajo una interpretación providencial, los augurios manifestados en las estrellas, concepción muy extendida entre los contemporáneos de Mejía, que —como él— creían mayoritariamente en la astrología (Green [1969: II, 259]). La creencia en que los cometas anuncian desgracias aparece reiteradamente en la literatura de la época (Hurtado Torres [1984: 68-73]). También Hernán Núñez, *el Comendador Griego*, interpreta la aparición de los cometas de forma similar a Mejía, pues las fuentes son prácticamente las mismas: «Las que se llaman cometas, que tienen los rayos como crines y de color sanguíneo, siempre quando aparecen en el cielo, significan que ha de auer en el reyno donde parecen en el cielo, alguna muerte de rey o de algún gran señor, o algún otro gran daño» (Green [1969: II, 264]).

<sup>72</sup> S4-S5-S6: «por qué denuncian»; S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7: «porque denunciar».

<sup>73</sup> S2-S3-S4-S5-S6: «Dizen»; S1-Z1-A1-A2-Z2-S7: «Y dizen.»

<sup>74</sup> Este pasaje resulta farragoso, a consecuencia del hipérbaton y los anacolutos. Nos apoyamos, para nuestra interpretación, en la forma del verbo *denuncian* que se encuentra en S4-S5-S6 (y en S1, donde aparece corregida a mano), así como en 1928-1947-1959: «Algunas se dan, señor, y no van fuera

aquellos humos, esparziéndose por el aire, como son de mala calidad, la inficionan y dessecan, y assí se causan las sequedades y, por esso, las hambres; y también alteran los humores y dello se siguen las enfermedades, porque la viciosa y mala calidad del aire, assí inficionado, las engendra<sup>75</sup>, por la grande fuerça que tiene para alterar y mover los cuerpos humanos. Las quales impresiones en los cuerpos y humores mueven y inclinan también a los ánimos a enojos y contiendas; y como los hombres resisten poco a estos afectos y inclinaciones naturales, síguense dellas las guerras y mudanças en los reinos, que los sabios dicen pronosticar las cometas<sup>76</sup>.

---

de camino, *por qué [o por que] denuncian* sequedad y, por esso, hambres las cometas. Dizen que es la razón...»; a la edición de 1959 se debe también la disposición sintáctica que hemos reproducido (aunque transcribe *porque* como conjunción y no como preposición + pronombre relativo o interrogativo).

La utilización del verbo en infinitivo —*denunciar*, en lugar de *denuncian*—, que hallamos en S1-Z1-A1-S2-S3-A2-Z2-S7 (y 1930), obliga a recomponer la secuenciación sintáctica de la frase, la más lógica de las cuales sería: «porque dizen que la razón [de] denunciar sequedad y, por esso, hambres las cometas, es que engendrarse ellas del humo y exalación caliente es argumento [de] que la tierra donde se levantó queda muy inflamada y dessecada...». La elisión de la primera preposición *de* viene facilitada por la posición inicial del infinitivo dentro del periodo sintáctico; algunos casos pueden encontrarse en otros lugares de la prosa de Mejía (cfr. *Silva*, IV, 11<sup>21</sup> y 18<sup>8</sup>). La omisión de la segunda preposición *de*, ante la conjunción *que*, es muy frecuente en el castellano del siglo XVI (cfr. *Keniston*, 29.42 y 29.343, y *Silva*, I, 4<sup>15</sup>). Otra solución podría consistir en desplazar la partícula *que* (en «*que* engendrarse ellas») de forma que se lea: «porque denunciar sequedad... dizen que es la razón engendrarse ellas del humo y exalación caliente, *que* es argumento...» (para la dislocación de *que*, cfr. *Silva*, I, 28<sup>7</sup>; II, 9<sup>10</sup>; y III, 7<sup>5</sup>).

<sup>75</sup> S3-S4-S5-S5: «mala calidad del aire, assí inficionado, las engendra»; S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7: «mala calidad y temperamento del aire, las engendra».

<sup>76</sup> Mejía —como buen humanista cristiano— da primero una interpretación religiosa al fenómeno meteorológico («lo qual, aunque algunos dan razones naturales para ello, tengo yo ser embiadas inmediatamente por Dios para amonestación y aviso del castigo y vengança que quiere hazer, para que los hombres se enmienden», ha dicho Antonino poco antes); solo después de esto, pasa a dar la explicación racional que encontramos en este parlamento y en el siguiente (Ferrerías [1985c: 199]). En este caso, las dos justificaciones —natural y sobrenatural—, más que contradecirse, se complementan. En el fondo de esta cuestión late también la creencia en la astrología judiciaria y la influencia del entorno físico sobre el hombre, problema de raigambre medieval que se enconó en los siglos XVI y XVII al implicarse con ellos las contiendas religiosas de ese periodo. La Iglesia —a pesar de sus condenas— tuvo que condescender con estas teorías

## PETRONIO

Bien me paresce esso<sup>77</sup>, en quanto a las secas<sup>78</sup> y hambres, y aun a las enfermedades y guerras; pero en lo de las muertes de los reyes, por qué les toca a ellos naturalmente más que a los otros, yo no lo entiendo.

## ANTONINO

En esso yo ternía lo que dixe, que es aviso de Dios particular; pero lo que dizen es que porque son de más delicadas y passibles<sup>79</sup> complissiones que los otros, assí por los manjares que usan como por los regalos y delicaduras<sup>80</sup> con que se criaron y biven, que por esso se alteran antes y hazen en ellos más presta y notable impressión los dichos aires y influencias, y que assí acontece en los niños y en los que fueren assí delicados. Y estas y otras razones se suelen traer físicas o naturales, valgan lo que valieren; que yo oy no estoy obligado sino a declarar cómo se hazen estas cosas y no lo que significan<sup>81</sup>, y desto ya me queda poco.

## PAULO

No son muy malas las razones; y lo demás, todo lo avéis dicho bien. Pero háseos olvidado qué cometas son aquellas que parescen estrellas que corren y se desparecen, que también os preguntamos<sup>82</sup>.

---

siempre que se respetase el concepto del libre albedrío (cfr. Ferreras [1985c: 154], Castro Díaz [1985: 395-396] y *Diálogos*, VI<sup>71</sup>).

<sup>77</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «esso»; A1-A2: «esto».

<sup>78</sup> *Secas*: «Enfermedad causada de una inflamación o hinchazón de las glándulas» (*Autoridades*, s.v. «seca»), «que llaman landrecillas» (*Covarrubias*, s.v. «secas») o «tumefacción inflamatoria [...] de un ganglio linfático, generalmente del cuello, axilas e ingles» (*DRAE*, s.v. «landre»).

<sup>79</sup> *Passible*: «Que puede o es capaz de padecer» (*DRAE*, s.v. «pasible»).

<sup>80</sup> *Delicaduras*: Lo mismo que «delicadezas» (*DRAE*, s.v. «delicadura», donde se recoge como término en desuso).

<sup>81</sup> *Lo que significan*: Así en Z1-Z2-S5-S6 (y 1928-1947-1959), pero S1-A1-S2-S3-S4-S7 (y 1930) dicen «lo que se significan» (A2, por errata, transcribe «lo significan»). Elegimos la opción de lectura más acorde con los usos actuales.

<sup>82</sup> La exposición sobre las estrellas fugaces —que, a petición de Paulo, hace Antonino a continuación— está sacada, una vez más, de Aristóteles, *Meteorológicos*, I, 4 (Mulroney [1930: 146<sup>20</sup>]). Según Aristóteles, la exhalación seca y

ANTONINO

No se me olvidava, que al cabo lo pensava dezir, como cosa de poca importancia; porque esso se causa en lo alto de la primera región del aire de una seca y subtil exalación, que con el calor suyo y aire anda de una parte a otra, hasta que con el movimiento se enciende<sup>83</sup> y con grandísima presteza se arde toda a la larga; y parece que es estrella que corre y es el fuego que la va quemando, como quien viesse arder desde lexos pólvora derramada por tierra, a la lengua le parecería lumbre que caminava. Y esto es lo que vuestro casero dize que son estrellas que corren.

Y porque yo estoy ya cansado y es ora que nos entremos en la ciudad, quiero en dos palabras deziros lo del temblor de la tierra, dexadas las muchas y diversas opiniones de philosophos, que Plinio y Séneca y Aristóteles<sup>84</sup> y

---

caliente producida por la tierra sube hasta la región del fuego y allí se inflama, produciendo diferentes fenómenos ígneos, entre los cuales se encuentra el de las estrellas fugaces; pero «succensionis itaque positu aut multitudine discrimen obvenire solet. Nam si longitudinem latitudinemque habeat succensio, saepius videtur flamma collucens, propemodum ita ut in arvis fit succensis calamis. Sin autem longitudinem dumtaxat habeat, tum fiunt quos vocant torres, nec non caprae et vagae utcumque stellae. Atque si in longitudinem magis quam in latitudinem succensio porrigatur, cum quasdam veluti scintillas dispuere videtur, et interim ordet, quod quidem ideo contingit, quia minutatim quidem, sed priore parte ignem obiter excipit, id est quod capra nominatur, cum vero hac affectione caret, torris. Sin vero exhalationis longitudo in multas simul et exiguas partes disseminata sit, et latitudo atque crassitudo se consimiliter habeant, tum fiunt quae creduntur vulgo vagari stellae» (Aristóteles [1538: 416-417]). Como puede verse, el símil del rastrojo ardiente, que emplea el Estagirita, se ha trocado por el más actual de la pólvora inflamada, en el texto de Mejía. Más adelante —en una referencia rápida de *Meteorológicos*, I, 7 (cuyo texto reproducimos en *Diálogos*, VI<sup>49</sup>)— Aristóteles se refiere nuevamente a la formación de las estrellas fugaces.

<sup>83</sup> *Enciende*: Así en S2-S3-S4-S5-S6-S7 (y 1928-1930-1947-1959); no obstante, S1-Z1-A1-A2-Z2 dicen «encienda», lectura que —de no deberse a errata— correspondería a un nuevo caso de empleo del presente de subjuntivo con valor de presente de indicativo (cfr. *Diálogos*, II, 2-1<sup>110</sup> y V<sup>35</sup>).

<sup>84</sup> Plinio, *Naturalis historia*, II, 79 (Mulroney [1930: 146<sup>21</sup>]): «Ventos in causa esse non dubium reor. Neque enim umquam intremiscunt terrae nisi sopito mari caeloque adeo tranquillo, ut volatus avium non pendeant, subtrac-to omni spiritu qui vehit, nec umquam nisi post ventos, condito scilicet in ve-

otros ponen. Y sabed que se causa de exalaciones y vientos gruesos, que por la virtud y fuerza del Sol se engendran dentro de las concavidades de la tierra; las quales, quando son muchas y acontece serles impedida la salida por averse la tierra humedescido y apretado, o que ellas, de gruesas, no puedan<sup>85</sup> salir, naturalmente se esfuerçan a buscar la salida con tanto ímpetu que hazen mover y temblar gran parte de la tierra, y a vezes antes del terremoto se oyen sonidos, a manera de truenos, que causa el dicho aire andando por las cavernidades de la tierra, procurando salir. Y no se maravillará de oír que aire y espíritu haga esto en la tierra el hombre que ovie-re padescido los temblores y indisposiciones que causan las ventosidades en el cuerpo humano, aunque pocas y subtiles, quando se ponen sobre el corazón o otros miembros dél. Estos temblores de tierra acontecen las más vezes en los puertos de mar y en las tierras altas y cavernosas.

Y con esto concluyo en lo que me fue preguntado. No sé si he acertado a dezirlo; a lo menos he sabido darme priessa. Y, con tanto, nos vamos y, si os paresce, entremos por esta Puerta de Xerez; iremos por las Gradass<sup>86</sup>.

---

nas et cava eius occulta flatu» (Plinio Segundo [1950: 84-85]); y Aristóteles, *Meteorológicos*, II, 8 (Mulroney [1930: 146<sup>22</sup>]). El capítulo de Plinio —muy breve— está dedicado a disertar exclusivamente sobre los terremotos; Mejía sigue más de cerca el capítulo de Aristóteles —titulado «Terrae motus causae et accidentia, itemque exhalationis signa» (Aristóteles [1538: 441-444])—, que es más amplio y pormenorizado, resumiendo las ideas que, acerca de las causas de los movimientos sísmicos, allí expone el Estagirita, de quien también toma prestado el símil de las ventosidades corporales del hombre. Séneca —en *Naturales quaestiones*, VI, 5-20— expone por extenso las diversas teorías antiguas sobre las causas de los terremotos.

<sup>85</sup> S1-Z1-S2-S3-Z2-S4-S5-S6-S7: «puedan»; A1-A2: «pueden».

<sup>86</sup> *Iremos por las Gradass*: Así en S3-S4-S5-S6, pero en S1-Z1-A1-S2-A2-Z2-S7 se lee «iremos de camino por las Gradass».

*Puerta de Xerez*: Así llamada por iniciarse en ella el camino que conducía desde Sevilla a esa ciudad andaluza. Por esta puerta se accedía a un foso natural —abierto por el arroyo Tagarete, que corría parejo con esa zona de la muralla—, el cual se salvaba con un puente levadizo. En el espacio intramuros de esta puerta se halló el colegio de Santa María de Jesús —embrión de la universidad hispalense—, fundado por el canónigo Rodrigo Fernández de San-

PETRONIO

Por cierto, señor, ello está todo bien dicho, y tan claro, que lo he podido yo entender; y avéisnos hecho tanta merced, que no osso importunar más, aunque se me avían ofrescido cosas que preguntar de no menos gusto que las tractadas, assí como saber cómo se mueven y por qué las tormentas, vientos y torvellinos, y de qué manera se engendran y hazen las fuentes y los nascimientos de los ríos, y corren y manan siempre sin se agotar, y otras cosas desta calidad.

ANTONINO

Si al principio me lo mandárades, oviérase entremetido entre lo otro, pero ya no ay lugar; quédese para otro día<sup>87</sup>. Y esto basta para oy; y pues entramos ya en poblado, bien será mudar el propósito, que no nos faltará.

PETRONIO

Vámonos, si os paresce, a estar un poco en las Gradas, que para mí no ay mejor passatiempo que estar allí un rato oyendo aquellos pregoneros y mirando la diversidad de cosas que allí se venden, aunque nunca compro nada.

---

taella. La zona exterior servía como lugar de expansión de los colegiales y en ella se corrían toros (Collantes de Terán Sánchez, Cruz Villalón, Reyes Cano y Rodríguez Becerra [1993: II, 224-226]).

Para las Gradas, cfr. *Diálogos*, II, 1<sup>6</sup>, II, 1<sup>12</sup> y III<sup>71</sup>.

<sup>87</sup> *Pero ya no ay lugar; quédese para otro día*: Se trata de una tópica fórmula de cierre del diálogo. La conclusión del día impide dar cumplida respuesta a todos los asuntos planteados, de manera que se promete una continuación del coloquio para otra jornada. Sin embargo, lo que aquí manifiesta Antonino está en perfecta consonancia con lo que Mejía había afirmado en el prólogo, esto es, que el autor concibió sus *Diálogos* como una obra abierta, dispuesta en cualquier momento —que no se produjo— a ser continuada, si su aceptación pública así lo hubiera requerido: «Porque fuessen estos [*Diálogos*] como muestra y prueba para que, si sucediere agradar y ser recebidos [...] prosiga en hazer el volumen mayor y en passar a nuestra lengua algunas cosas destas, de que injustamente, por culpa de sus naturales, está privada» (cfr. *Diálogos*, P<sup>19</sup>).



ANTONINO

Bien dezís; vamos en tanto que se haze hora de apearnos.

DEO GRATIAS<sup>88</sup>

<sup>88</sup> *Deo gratias*: Así rematan el texto S1-Z1-S2-S3-S4-S5-S6-S7; en su lugar, A1-A2 indican «Fin»; por su parte, Z2, en dos líneas distintas, dice «Fin» y «Deo gracias».

S1 trae el colofón en la cara de la hoja CLXXIII, donde se lee: «Fueron impre / ssos los presentes Dialogos en la / muy noble i muy leal Ciudad / de Seuilla por Dominico d' / Robertis, A siete días / del mes de abril de mil / i quinientos y qua / rēta y siete años, / con licencia / y facultad delos muy Magnifi- / cos y muy reuerendos señores el / Licenciado Areualo Inquisidor / y Prouisor general deste Arçobis / pado, y el licenciado del Choro / Assi mismo Inquisidor. Siendo / primero vistos y exami[na]dos por su / comissiō, y mādado, por los muy / reuerēdos Rector y colegiales del / Colegio de Sancto Thomas de / Aquino. Desta Cibdad» (h. 173r., con la vuelta en blanco).

Z1, antes de una tabla de los diálogos, en la cara del folio XC, incluye también el colofón, que dice: «Fue impresso en Çaragoça en casa / de Bartholome de Nagera a / vij. dias de Nouiembre / año. M.D.xlvij» (h. 90r.).

Por su parte, en la cara de la hoja CIV, A1 también remata con el colofón, que es del siguiente tenor: «Estos Dialogos son impressos con licencia y / facultad delos muy magnificos y muy reueren- / dos señores el Licenciado Areualo Inquisidor y / prouisor general del Arçobispado de Seuilla, y / el Licenciado del choro, assimismo Inquisidor. / Siendo primero vistos y examinados por su co- / mission, y mandado, por los muy reuerendos / Rector y colegiales del Colegio de santo Tho- / mas de Aquino dela mesma Ciudad» (h. 104r., con la vuelta en blanco).


S2 incluye, después de los *Diálogos*, la *Parénesis o exhortación a virtud* de Isócrates, traducida por Mejía de la versión latina realizada por Rodolfo Agrícola, tras lo cual, al dorso de la hoja CXC, imprime el colofón, cuyo texto es el siguiente: «Fueron impres- / sos los presentes Dialogos en la / muy noble y muy leal Ciudad / de Seuilla por Dominico d' / Robertis. A xxij de A- / gosto de M.D. y / XLVIII. / Años» (h. 190v.). En la parte inferior derecha de esta hoja, al igual que en la portada, hay una firma autógrafa que dice «El doctor Almacán».

S3 incluye, del mismo modo, la *Parénesis*, tras la cual, al dorso de la hoja CLVIII, incluye el colofón, donde se lee: «Fuerō impressos los pre- / sentes dialogos en la muy noble y / muy leal ciudad de Seuilla: por / Christoual aluarez. Aca- / baronse a tres dias de / Enero. Año d'mil / i quinientos y / cuenta y / vn años» / + (h. 158v.).

Los colofones de las restantes ediciones del siglo XVI —excepto S7, que carece de él— son del siguiente tenor:

A2 (Amberes, Viuda de Martín Nucio, 1561): «Estos Dialogos son impres- / sos con licencia y facultad de / los muy magnificos y re- / uerendos Señores



 **Fueron impresos los  
presentes Dialogos en la muy noble y  
muy leal ciudad de Seuilla, en casa de Her  
nando Diaz impressor, en la calle de la  
Sierpe. Acabaron se a diez dias del  
mes de Enero. Año de  
i 5 7 0.**



Colofón de la edición de los *Diálogos*,  
Sevilla, Hernando Díaz, 1570 (S5)

el Licencia- / do Areualo Inquisidor y proui / sor general del Arçobispado de  
/ Seuilla, y el Licenciado del cho / ro, assi mismo inquisidor. Sien- / do pri-  
mero vistos y examina- / dos por su comission, y man / dado, por los muy  
reuerē / dos Rector y colegiales / del Colegio de santo / Thomas de Aquí- / no  
de la mesma / Ciudad» (h. 165v.).

Z2 (Zaragoza, Viuda de Bartolomé de Nágera, 1562): «Fue impresso en Ça-  
ragoça en casa de / la viuda de Bartholome de Nagera / a xiiij. dias de Febrero.  
Año. de / M.D.lxij» (h. 88r.).

S4 (Sevilla, Sebastián Trugillo, 1562): «Fueron impressos / los presentes  
Dialogos en la muy no / ble y muy leal ciudad de Seuilla, en / casa de Sebas-  
tian Trugillo impres- / sor, junto a las casas de Pedro de Pi- / neda. Acabaron-  
se a catorze dias / del mes de Nouiembre. Año de / mil y quinientos y sessenta  
/ y dos» (h. 168v.).

S5 (Sevilla, Hernando Díaz, 1570): [Aparece un escudo pequeño del im-  
presor y, a continuación, el siguiente texto:] «Fueron impressos los / presentes  
Dialogos en la muy noble y / muy leal ciudad de Seuilla, en casa de Her / nan-  
do Diaz impressor, en la calle de la / Sierpe. Acabaron se a diez dias del / mes  
de Enero. Año de / 1570» (h. 136v.).

S6 (Sevilla, Fernando Díaz, 1580): «En Seuilla en casa de Fernando Diaz: /  
en la calle de la Sierpe. / Año de 1580» (h. 164v.).

**DIALOGOS**  
**DEL ILUSTRE CAVALLERO**  
**PERO MEXIA.**  
**OCTAVA EDICION**  
**NUEVAMENTE CORREGIDA.**



**CON LICENCIA:**

---

**En Madrid en la Imprenta de Francisco**  
**Xavier Garcia, en la calle de los Capella-**  
**nes , junto á las Descalzas Reales.**  
**Año de 1767.**

Portada de la edición de los *Diálogos*,  
Madrid, Francisco García, 1767

## Índice temático y onomástico

El presente índice recoge, de manera conjunta, los datos esenciales que se hallan tanto en la Introducción y el texto de los *Diálogos*, como en las notas. Pretende ser, al mismo tiempo, un glosario de las voces arcaicas o insólitas catalogadas, un repertorio de los nombres y asuntos documentados en el libro y comentados en nota, y un inventario de los fenómenos lingüísticos y literarios observados en la obra de Mejía.

Los envíos a nuestra Introducción y al texto de los *Diálogos* de Mejía se hacen indicando la página en cifra arábica. En cambio, la remisión a las notas se realiza especificando que nos referimos a la Introducción con la letra I, en tanto que indicamos la pieza de los *Diálogos* en romano (si se trata de los preliminares, mediante la sigla P), la parte de la misma —si hay más de una— en arábigo, y la nota en número volado; así, por ejemplo, con la indicación de I<sup>25</sup> estamos enviando a la nota 25 de la Introducción, mientras que con la de I, 1<sup>15</sup> o I, 2<sup>15</sup> estamos remitiendo a la nota 15 de la primera o de la segunda parte del «Diálogo de los médicos», primero de los *Coloquios* de Mejía. A fin de facilitar estas búsquedas, se han colocado unos encabezados de página en los que se consignan las partes de nuestra edición (Introducción o *Diálogos*), con indicación —en este último caso— de las piezas dialogadas que corresponden a cada página.

Cuando el término indicado en la entrada solo aparece indirectamente consignado en el texto, la referencia de la página aparece entre corchetes (por ejemplo, en *Carlos V*, al que a veces se alude con la indicación genérica de «el emperador» o «el rey»). Para los asuntos hemos buscado un juego amplio de sinónimos y de envíos entre ellos, señalando los lugares más significativos sin aspirar a una exhaustividad, por lo demás, difícilmente alcanzable. Si el nombre o asunto tiene un tratamiento extenso y detallado, la cifra de las páginas

o de las notas se consigna en negrita. Un nombre o asunto puede aparecer mencionado más de una vez en la misma página o nota, aunque no hemos dejado constancia de ello en nuestros envíos.

Para la catalogación de asuntos hemos concedido prioridad al sustantivo sobre el verbo y a este sobre el adjetivo o el adverbio. Según su significado en los *Diálogos*, los sustantivos pueden aparecer en singular o en plural, aunque prefiriendo la primera formulación cuando ha sido posible. Las entradas se han registrado ateniéndonos preferentemente a la ortografía moderna de los términos recogidos en el índice. Con todo, la red de envíos internos pretende impedir cualquier dispersión en la búsqueda de los datos. En ocasiones, a fin de evitar ambigüedades o equívocos, hemos añadido a la entrada una sucinta información entre corchetes.

1760-1765 [sigla]: 191.

1767 [sigla]: 191.

1928 [sigla]: 191.

1930 [sigla]: 191.

1947 [sigla]: 191.

1959 [sigla]: 191.

a:

preposición [= «con»]: I, 2<sup>89</sup>.

preposición [= «en»]: I, 1<sup>5</sup>; III<sup>52</sup>.

preposición «embebida»: I, 2<sup>14</sup>; II, 1<sup>13, 99</sup>; III<sup>8, 53</sup>; IV, 1<sup>45</sup>; IV, 2<sup>7</sup>; V<sup>28</sup>.

preposición innecesaria o sobrante: I, 1<sup>56</sup>.

preposición innecesaria o sobrante, marca de objeto directo u objeto indirecto: I, 1<sup>69</sup>; II, 1<sup>95</sup>; II, 2-1<sup>109</sup>.

preposición omitida en perífrasis verbales: I, 2<sup>54</sup>.

preposición omitida, marca de complemento directo o complemento indirecto: I, 2<sup>86, 114</sup>; IV, 2<sup>50</sup>.

preposición omitida, presente o ausente en variante textual: I, 2<sup>52</sup>; IV, 2<sup>7, 50</sup>.

régimen preposicional del verbo *sufrir*: IV, 2<sup>7</sup>.

a la contra [= «al contrario»]: V<sup>26</sup>.

a sí vs. así [en variante textual]: VI<sup>52</sup>.

A1 [sigla]: 191.

A2 [sigla]: 191.

Abad, Francisco: 155; I<sup>191</sup>.

Abellán, José Luis: 155; I<sup>158</sup>; I, 1<sup>53, 57</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.

Abigail: 448; IV, 2<sup>19</sup>.

abjeción: véase *abyección*.

abogado: 220, 256, 428, 443; I, 2<sup>23</sup>.

Abraham: 303, 447; IV, 2<sup>17</sup>.

abreviar: véase *epítome*.

abreviaturas y siglas: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra edición/abreviaturas y siglas*.

Absalón: 449.

abstinencia: 368, 376.

abyección [= «bajeza, envilecimiento»]: IV, 2<sup>13</sup>.

academia:

Academia Española, Real: véase *Real Academia Española*.

academia humanística: véase *academia renacentista*.

academia renacentista: 51, 59, 89, 101; I<sup>68-69, 85, 146</sup>; II, 1<sup>45</sup>.

academias humanísticas sevillanas del Siglo de Oro: I<sup>146</sup>; II, 1<sup>45</sup>.

acaso [= «por casualidad»]: II, 1<sup>1</sup>.

acción: 60.

escasez de acción en los diálogos: *diálogos/acción/primacía de las ideas sobre la acción*.

acedarse [= «agriarse»]: 366.

- aceite: 236, 275, 505.  
 acémila: 459.  
 acenia [= «aceña, molino de harina situado en el cauce de un río»]: IV, 2<sup>63</sup>.  
 acequia: IV, 2<sup>63</sup>.  
 Acero Duránte, Isabel: 155; I<sup>44</sup>.  
 acordar [= «recordar»]: II, 2-1<sup>110</sup>.  
 acostamiento [= «protección de un noble»]: 89.  
 acotaciones:  
     acotaciones dramáticas: véase *diálogos/género/las acotaciones dramáticas y Mejía/«Diálogos»/género/las acotaciones dramáticas*.  
     acotaciones marginales en los *Diálogos* de Mejía: véase *Mejía/Diálogos/transcripción textual/acotaciones marginales*.  
 Achitophel: véase *Aquitofel*.  
 adagios: IV, 1<sup>67</sup>. Véase también *refranes*.  
 Adams, H. M.: 155; I<sup>1</sup>.  
 Adán: 402.  
 adarga [= «escudo de cuero»]: 391; III<sup>23</sup>.  
 adelantado mayor de Andalucía: 88; p<sup>1</sup>, 14.  
 aderezo: 345.  
 adietar: véase *dietar*.  
 Adimanto [personaje de *La república* de Platón]: IV, 1<sup>41</sup>.  
 adjetivo:  
     concordancia con el sustantivo: véase *concordancia sustantivo-adjetivo-participio [uso ambiguo]*.  
     formas cultas: 115.  
     usado con valor adverbial: IV, 1<sup>44</sup>.  
 adulteración alimentaria a lo largo de los tiempos: II, 2-1<sup>2</sup>.  
 adulterio: 434.  
 adverbio:  
     adverbio de negación pleonástico o redundante: véase *no [adverbio de negación pleonástico o redundante]*.  
     introducción del adverbio entre las formas verbales compuestas: 116.  
     uso ambiguo del adverbio: I, 1<sup>100</sup>.  
 adversidad: 278, 427.  
 África: 104, 308, 395; III<sup>34</sup>.  
 Agrícola, Rodolfo: VI<sup>88</sup>.  
 agro [= «ácido, agrio; salsa o condimento ácido»]: II, 1<sup>91</sup>.  
 agua: 62, 108-109, 275, 338, 347, 373-374, 399, 403-404, 406, **469-483**, 488, 492-494, 496-500; III<sup>62</sup>; VI<sup>24</sup>.  
 agua caliente: III<sup>62</sup>.  
 agua de mar: 405, 490.  
 agua destilada: 230, 244.  
 agua fría: 336, 348; III<sup>62</sup>.  
 peso del agua: 404-405.  
 aguamanos [= «aguamanil, jarro y palangana para lavarse las manos»]: 336; II, 2-1<sup>43</sup>.  
 aguamiel: II, 2-1<sup>67</sup>.  
 agudezas falsas: 417.  
 agudos: véase *hombres agudos*.  
 Agustín de Hipona, san: 105, 125, 133, 139-141, 155-156, 328-329, 334, 355-356, 400-402, 429-430, 455-456; I<sup>75</sup>, 230; II, 2-1<sup>12</sup>, 15, 28-29, 99; III<sup>15</sup>, 48, 55; IV, 1<sup>36</sup>, 38-40, 42; IV, 2<sup>54</sup>.  
*De civitate Dei* o *La ciudad de Dios*: 125, 141, 156, 329, 355, 401, 429; I<sup>230</sup>; II, 2-1<sup>12</sup>, 15, 29, 99; III<sup>48</sup>; IV, 1<sup>36</sup>, 39-40; IV, 2<sup>54</sup>.  
*In Evangelium Iohannem Expositio*: 125; IV, 2<sup>54</sup>.  
*In Librum Psalmorum*: 125; IV, 2<sup>54</sup>.  
*Omnium operum*: 155.  
*Opus sermonum de tempore*: 125; IV, 2<sup>54</sup>.  
 aína [= «por poco, pronto, fácilmente»]: II, 1<sup>23</sup>.  
 aire: 65, 109, 214-215, 254, 373-374, 399, 403, 408, **469-483**, 487, 492-497, 504, 507, 512, 514-516.  
 aire frío: 496-497.  
 las tres regiones del aire: 494-500, 503-504, 508, 515.  
 Ajitofel: véase *Aquitofel*.  
 ajusticiados: véase *condenados a muerte*.  
 alambique: 497.  
 albañí: véase *albañil*.  
 albañil: 397; III<sup>38</sup>.  
 albañir: véase *albañil*.  
 Albino, Clodio: 359.

Alborg, Juan Luis: 156; I<sup>131</sup>.  
 Albumázar: véase *Albumázar*.  
 Albumázar: 125, 133, 506; VI<sup>57, 65</sup>.  
*De magnis conjunctionibus*: VI<sup>57</sup>.  
*Introductorium in astronomiam*: VI<sup>57</sup>.  
*Tractatus florum astrologiae*: VI<sup>57</sup>.  
 Alcalá, Pedro de: IV, 2<sup>63</sup>.  
 Alcalá de Henares: 94, 201; I, 1<sup>78</sup>.  
 Alcalá de los Gazules: P<sup>14</sup>.  
 duque de Alcalá de los Gazules: 88; P<sup>14</sup>.  
 Alcalá Galán, Mercedes: 156; I<sup>120, 123</sup>.  
 alcalde: 201; IV, 1<sup>6, 9</sup>.  
 alcatara: véase *alquitara*.  
 aldea: 229.  
 aleccionamiento: 21.  
 alegoría: 23; I<sup>18</sup>.  
 alegría: 314.  
 Alejandro de Afrodisia: I<sup>123</sup>.  
 Alejandro Magno: 222-223, 229, 298.  
 Alemán, Mateo: III<sup>71</sup>.  
*Guzmán de Alfarache*: III<sup>71</sup>.  
 Alemania: 84.  
 Alfonso X *el Sabio*, rey de Castilla: II, 1<sup>90</sup>.  
 algalia [= «sustancia grasa y olorosa»]: 244, 257; I, 1<sup>116</sup>.  
 alguacil: 201; IV, 1<sup>55</sup>.  
 aliende: véase *allende*.  
 alimentación sencilla: II, 2-1<sup>2</sup>.  
 alimento: 146; I<sup>166</sup>; I, 1<sup>63</sup>; II, 2-2<sup>46</sup>.  
 Véase también *manjar*, *mantenimiento* y *vianda*.  
 alma: 65, 257, 408; III<sup>68</sup>.  
 Almacán: véase *Almazán*.  
 Almazán, doctor: VI<sup>88</sup>.  
 Almería: 438; IV, 1<sup>64</sup>.  
 almizcle [= «sustancia olorosa de origen animal»]: 244, 257; I, 1<sup>116</sup>.  
 almizque: véase *almizcle*.  
 almuerzo: 41, 45, 52, 56, 58, 99; I<sup>77</sup>.  
 Véase también *comidas* y *gastronomía*.  
 alógrafo: IV, 2<sup>64</sup>.  
 aloja: 346; II, 2-1<sup>67</sup>.  
 Alonso, Dámaso: 156.  
 aloxa: véase *aloja*.  
 alquitara [= «alambique»]: 497; VI<sup>28</sup>.

altercación [= «disputa, debate vehemente»]: 425; IV, 1<sup>28-29</sup>. Véase también *porfia*.  
 altercar: véase *altercación*.  
 Alteza, Su: véase *Felipe II*.  
 altiveza: 335.  
 alumno: véase *discípulo*.  
 Álvarez, Cristóbal: 15, 85, 148, 192, 194; P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 alzar la mesa: véase *mesa/alzar la mesa*.  
 Allen, Don Cameron: 156.  
 allende [= «además»]: I, 1<sup>105</sup>.  
*Amadís de Gaula*: I<sup>203</sup>.  
 ámbar [= «resina de olor perfumado al arder»]: 244, 257; I, 1<sup>116</sup>.  
 Amberes: 15, 86, 148, 191, 210; I<sup>143</sup>; P<sup>1, 4, 14</sup>; IV, 2<sup>9, 34</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 ambición: 227.  
 Ambrosio: san, 125, 133, 156, 256, 266-267; I, 2<sup>22, 59, 61</sup>.  
*Expositio in Psalmum CXVIII*: 125; I, 2<sup>22</sup>.  
*Hexaemeron*: 125; I, 2<sup>61-62</sup>.  
*In Psalmum XXXVII*: 125; I, 2<sup>59</sup>.  
*Opera*: 156.  
 amenidad: 69, 100-101, 103, 105, 290-291.  
 América: I<sup>41</sup>; [III<sup>71</sup>].  
 comercio sevillano con América: véase *Sevilla/comercio con América*.  
 Amezúa y Mayo, Agustín G. de: véase *González de Amezúa y Mayo, Agustín*.  
 amiga [= «amante»]: 295, 299.  
 amigos: 306, 433, 437; IV, 1<sup>46</sup>.  
 amistad: 302; VI<sup>57</sup>.  
 amor: 227, 302, 306.  
 amplificación [figura retórica]: 117; II, 2-1<sup>16</sup>; II, 2-2<sup>26</sup>.  
*amplificatio*: véase *amplificación*.  
 Amsterdam: 18.  
 anacoluto: I, 1<sup>13, 56</sup>; I, 2<sup>24, 28</sup>; V<sup>3</sup>; VI<sup>74</sup>.  
 analogía vocálica: véase *vocales/analogía vocálica*.  
 anatomía [= «disección de cadáveres»]: 97, 136, 242, 254; I, 1<sup>99, 107-108</sup>.  
 Andalucía: 88; P<sup>1, 14</sup>.  
 André, J.: 180.  
 ángeles: 65, 212, 251, 303, 408, 455; II, 1<sup>53</sup>.

Angulo Íñiguez, Diego: 166.

ánima: véase *alma*.

animales: 117, 240, 258, 308, 340, 363-364, 369-370, 405, 444, 447, 451-456, 459, 461-462, 465, 472, 475, 478, 492; I, 1<sup>63, 99, 102</sup>; I, 2<sup>28-29</sup>; IV, 2<sup>61-62, 69</sup>; V<sup>29</sup>.

animales marinos: IV, 2<sup>61</sup>.

animales raros: 308; IV, 2<sup>61</sup>.

animales sanos: 364.

los animales como ejemplo de virtudes: IV, 2<sup>69</sup>.

propiedades curativas de los animales: 240, 258; I, 1<sup>99</sup>.

animalia [= «animal»]: I, 2<sup>28</sup>.

annora: véase *noria*.

annoria: véase *noria*.

anoria: véase *noria*.

anothomía: véase *anatomía*.

antártico, polo: 401.

antepasados: 287.

anticipación [recurso retórico]: véase *prolepsis o anticipación*.

antidogmatismo: 21, 37.

antier [= «anteayer»]: V<sup>4</sup>.

Antígono de Macedonia: 228.

Antigua, el: véase *Sevilla/catedral/capilla de la Virgen de la Antigua*.

Antigüedad: 20, 22, 23, 29, 45, 52, 72, 79-80, 82-83, 107, 109, 135, 227; I<sup>119</sup>; I, 1<sup>53</sup>; II, 2-1<sup>2, 43, 81</sup>; IV, 1<sup>1</sup>; IV, 2<sup>12</sup>.

antigüedades [curiosidades antiguas]: 98, 100, 285, 292, 325.

antiguos: véase *hombres antiguos y tiempos antiguos*.

Antíoco I *Soter*, rey de Siria: 228.

Antíoco III *el Grande*, rey de Siria: 340-341.

Antioquía, patriarca de: 88.

*antiparistis*: 151, 495, 500.

antípodas: 105, [387, 393-395], 397, [400], 401, [402]; III<sup>31, 48, 49, 55</sup>.

antisemitismo: II, 2-1<sup>48</sup>.

antítesis: 117-118; I, 1<sup>15</sup>.

Antonino: véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Antonino*.

Antonio, Marco: 300; II, 1<sup>45</sup>.

Antonio, Nicolás: 156; I<sup>1, 3, 247</sup>.

Antrón: 452; IV, 2<sup>37-38</sup>.

antropofagia: 462.

añadir [= «añadir»]: IV, 1<sup>3</sup>.

añoria: véase *noria*.

aparencia [= «apariencia»]: I, 1<sup>67</sup>; II, 2-2<sup>38</sup>; IV, 1<sup>42</sup>.

aparte [recurso teatral]: 60, 64; I<sup>86, 100</sup>; IV, 1<sup>13</sup>.

apelación [término jurídico; = «recurso ante un juez o tribunal superior»]: 235; I, 1<sup>80</sup>.

apetencia: II, 2-2<sup>56</sup>.

apetito: 67, 257, 348, 352, 359, 367, 371, 375, 377-378. Véase también *dieta y gastronomía*.

Apiano de Alejandría: 125, 133-134, 156, 438; I<sup>219</sup>; IV, 1<sup>59</sup>.

*Historia romana*: 125, 156; I<sup>219</sup>; IV, 1<sup>59</sup>.

Apicio, Marco: 346.

Apis: 222.

apócope: I, 1<sup>18</sup>.

Apolo: 222.

Apolodoro: 228; I, 1<sup>55</sup>.

apologética: 22.

Apolonio [médico de la Antigüedad]: I, 1<sup>55</sup>.

apósito: 216, 335.

apóstoles: 237, 251, 272, 460.

apoteogmas: 65; I<sup>103, 115</sup>; III<sup>59</sup>. Véase también *cuentecillos y Erasmo de Rotterdam/«Apoteogmas»*.

Diógenes y Platón: 335; II, 2-1<sup>33</sup>.

el emperador Octavio Augusto y Herodes: 343; II, 1<sup>76</sup>; II, 2-1<sup>57</sup>.

Isócrates: 314; II, 1<sup>83</sup>.

Paulo Emilio: 305-306; II, 1<sup>63</sup>.

Tito Quincio y el rey Antíoco: 340-341; II, 2-1<sup>53</sup>.

un capitán romano y su ejército: 322-323; II, 1<sup>109</sup>.

apuesta: 65, 279-281, 408.

Apuleyo: 125, 133, 145, 451; II, 1<sup>41</sup>; IV, 2<sup>34-35</sup>.

*El asno de oro*: 125, 451; IV, 2<sup>34</sup>.

aqueos: II, 2-2<sup>28</sup>.

Aquitofel: 449; IV, 2<sup>24</sup>.

árabes: 233.



arabismos: véase *Mejía*/«Diálogos»/*lenguaje y estilo/vocabulario/arabismos*.  
 Aragonés, Joan: 162; I, 2<sup>100</sup>.  
*Cuentos*, I, 2<sup>100</sup>.  
 Aragüés Aldaz, José: 156; I<sup>123, 129</sup>.  
 arar: 459.  
 árboles: 240, 329, 338-339, 400, 472, 475, 492, 501; V<sup>29</sup>.  
 árbol de Indias: véase *palo de Indias*.  
 Arcadia: 452.  
 Arcagato: 226.  
 arcaísmos: véase *Mejía*/«Diálogos»/*lenguaje y estilo/vocabulario/arcaísmos*.  
 Arce de Otálora, Juan de: 156, 158, 178; I<sup>42, 115</sup>; III<sup>71</sup>; IV, 1<sup>55</sup>; IV, 2<sup>32</sup>.  
*Coloquios de Palatino y Pinciano*: 156, 178; I<sup>42, 115</sup>; III<sup>71</sup>; IV, 1<sup>55</sup>; IV, 2<sup>32</sup>.  
 Arcipreste de Talavera: véase *Martínez de Toledo, Alfonso*.  
 Arcos, duque de: véase *Ponce de León, Rodrigo*.  
 Archagato: véase *Arcagato*.  
 Arellano, Ignacio: 169, 175, 179.  
 Arenal de Sevilla: véase *Sevilla/Arenal*.  
 Aretino, Pietro: II, 1<sup>45</sup>.  
 Arévalo, Licenciado: P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 Argote de Molina, Gonzalo: 156, 187; II, 1<sup>16</sup>; IV, 2<sup>64</sup>.  
*Discurso sobre la poesía castellana*: 156, 187.  
 Arguijo, Juan de: II, 2-1<sup>63</sup>.  
*Cuentos*: II, 2-1<sup>63</sup>.  
 argüir: véase *diálogos/argumentación*.  
 argumentación: véase *diálogos/argumentación*.  
 argumentar: véase *diálogos/argumentación*.  
*argumentatio*: IV, 2<sup>1</sup>.  
 argumento [= «argumentación»]: 363, 405, 430-431; IV, 1<sup>42</sup>; IV, 2<sup>1</sup>.  
 Arias Montano, Benito: I<sup>68</sup>.  
 Aristóbulo: 223.  
 aristocracia intelectual: IV, 1<sup>24</sup>.  
 Aristófanes: I<sup>129</sup>; II, 2-2<sup>25</sup>.  
 Aristógenes: 228.  
 Aristóteles: 67, 125-126, 133-134, 136, 145, 151, 156-157, 258, 265-266, 348, 451, 459, 481, 490-491, 501, 503, 505, 507, 515; I<sup>123, 214, 222, 224</sup>;

I, 1<sup>78</sup>; I, 2<sup>31, 49, 55</sup>; II, 1<sup>41</sup>; II, 2-1<sup>74</sup>; IV, 2<sup>33, 61</sup>; V<sup>8, 11, 34, 40</sup>; VI<sup>1, 10-11, 16, 24, 32, 35, 39, 46, 49, 55, 58, 64, 82, 84</sup>.  
*Acerca del alma* o *De anima*: 125; II, 2-1<sup>74</sup>; V<sup>40</sup>.  
*Acerca del cielo* o *De coelo*: 125, 157; V<sup>8, 11, 34, 40</sup>.  
*De la generación y la corrupción*: V<sup>40</sup>.  
*De partibus animalium*: 125, 459; IV, 2<sup>61</sup>.  
*Física*: V<sup>40</sup>.  
*Historia de los animales* o *De animalium*: 126, 157, 459; IV, 2<sup>33, 61</sup>.  
*Metafísica*: 126; I, 2<sup>49, 55</sup>.  
*Meteorológicos* o *Meteoros*: 126, 157, 503, 505; I<sup>222</sup>; V<sup>8, 34, 40</sup>; VI<sup>1, 10-11, 16, 24, 32, 35, 39, 46, 49, 55, 58, 82, 84</sup>.  
*Opera*: 156.  
*Opera omnia*: 156.  
*Política*: 151; I, 2<sup>49</sup>.  
 armas: 341; IV, 1<sup>41, 55</sup>.  
 Armistead Falconer, William: 163.  
 Arnaldo: véase *Mejía*/«Diálogos»/*personajes/Arnaldo*.  
 Arredondo, María Soledad: 157; I<sup>62</sup>.  
 arreo [= «sucesivamente, sin interrupción»]: II, 2-1<sup>106</sup>.  
 arsénico: II, 2-1<sup>89</sup>.  
 Artajerjes: 463.  
 arte [= «ciencia aplicada, conocimiento práctico»]: 45, 67, 91-92, 118, 136, 211, 221, 224-225, 229, 231, 236, 238-239, 241, 243, 245-246, 253, 255, 260, 263, 265-275, 279, 314, 330, 425; I, 2<sup>57</sup>.  
 arte [= «actividad artística»]: II, 2-1<sup>84</sup>.  
 arterias: 97, 239, 252-253.  
 artesanos: III<sup>71</sup>.  
 artículo: véase también *el, lo, un...*  
 antepuesto al numeral o indefinido: I, 2<sup>110</sup>.  
 forma *el* equivalente a *la*: I, 2<sup>56</sup>.  
 omitido [presente o ausente en variante textual]: I, 2<sup>57, 78, 80</sup>; II, 2-1<sup>30, 50, 69, 87</sup>; II, 2-2<sup>6</sup>; IV, 1<sup>62</sup>; VI<sup>34</sup>.  
 omitido en construcciones con verbos regidos por preposición: I, 2<sup>113</sup>.  
 artículo de fe: 262, 386.

artículo periodístico: 34.  
 Arzobispado de Sevilla: véase *Sevilla/Arzobispado*.  
 Asa [rey de Judá]: 273; I, 2<sup>85</sup>.  
 Asclepiades de Bitinia: 228, 261, 273-274; I, 1<sup>54</sup>.  
 Asclepiades Prusiense: véase *Asclepiades de Bitinia*.  
 asco: 343.  
 asedio militar: IV, 2<sup>78</sup>.  
*Aselli* [estrellas]: IV, 2<sup>46</sup>.  
*asellus* [pez]: IV, 2<sup>43</sup>.  
 Asensio, Eugenio: 157; I<sup>62, 69</sup>; II, 1<sup>16</sup>; II, 2-1<sup>48</sup>; IV, 1<sup>9</sup>.  
 asentar [= «tomar asiento, sentarse»]: III<sup>8</sup>.  
*así* vs. *a sí*, véase *a sí* vs. *así* [en variante textual].  
 Asia: 104, 308, 339, 395.  
 asianos [= «asiáticos»]: 341.  
 asirios: IV, 2<sup>78</sup>.  
 asistente [cargo público]: 201.  
 asnas: véase *asnos*.  
 Asnillos [estrellas]: 453; IV, 2<sup>44, 46</sup>.  
 Asno del Norte [estrella]: IV, 2<sup>46</sup>.  
 Asno del Sur[estrella]: IV, 2<sup>46</sup>.  
 asnos: 141, 346, 440, **444-465**; IV, 2<sup>1, 17-18, 21-22, 32-33, 35, 38, 49, 52-57, 61-62, 71, 78</sup>.  
 alabanza del asno: 42, 46, 70, 105-107, 144, 413, 441, **444-465**; IV, 2<sup>1, 32</sup>.  
 animal impuro para los judíos: IV, 2<sup>78</sup>.  
 animal pacífico: IV, 2<sup>71</sup>.  
 antigüedad de la especie: 447-448.  
 cabeza: 463; IV, 2<sup>78</sup>.  
 carne comestible: 462-464; IV, 2<sup>78</sup>.  
 curación de enfermedades a través de los asnos: IV, 2<sup>62</sup>.  
 por medio de:  
 hígado: 456; IV, 2<sup>55</sup>.  
 leche de asna: 456-458; IV, 2<sup>55-57</sup>.  
 orina de asna: IV, 2<sup>55</sup>.  
 uñas: 456-457; IV, 2<sup>55</sup>.  
 ejemplos y reglas morales que ofrecen: 461; IV, 2<sup>69</sup>.  
 gratitud por sus servicios: 459-461.  
 personas importantes que los utilizaron: 449-451.

virtudes y utilidades: 451-459.  
 Asnos [estrellas]: véase *Asnillos*.  
 Aspe Ansa, M.<sup>a</sup> Paz: 157; II, 2-1<sup>62</sup>; IV, 1<sup>6</sup>.  
 asperar [= «esperar»]: III<sup>57</sup>.  
 astrología [= «astronomía»]: 111, 386, 388, 472, 474, 477, 505, 508; VI<sup>57, 64</sup>.  
 astrología [= «arte adivinatoria»]: VI<sup>63, 64, 71, 76</sup>.  
 astrólogos [= «astrónomos»]: véase *astrología* [= «astronomía»].  
 astronomía: 46, 56, 70, 104; III<sup>2</sup>; VI<sup>57, 63-64</sup>.  
 asuntos extraños e insólitos: I<sup>134</sup>.  
 ateísmo: I<sup>23</sup>.  
 Atenas: 317, 430.  
 Ateneo: 48, 126, 133, 157, 338; II, 2-1<sup>46</sup>.  
*Dipnosophistarum sive Coenae sapientium libri XV*, 126, 157; II, 2-1<sup>46</sup>.  
 ateniense: 299.  
 Atlántico, océano: III<sup>34</sup>.  
 atmósfera: 109, 117. Véase también *fenómenos atmosféricos*.  
 atrabilis: véase *melancolía*.  
 atrición [= «frotación, molimiento»]: 252; I, 2<sup>12</sup>.  
 Aubert, Pierre: 17.  
*auctoritas*: véase *autoridad/argumento de autoridad*.  
 audiencia: 201, 235.  
 Aufidio Lurco, Marco: 355; II, 2-1<sup>94</sup>.  
 Augsburgo: VI<sup>57</sup>.  
 augurios: véase *cometas/pronósticos*.  
 Augusto, Octavio: 228, 343; II, 1<sup>76</sup>; II, 2-1<sup>57</sup>.  
 Aulo Gelio: 48, 126, 133-134, 145, 157, 312; I<sup>237</sup>; II, 1<sup>41, 77, 81</sup>.  
*Noctes Atticae*: 126, 157; II, 1<sup>77, 81</sup>.  
 aun [conjunción concesiva; = «aunque»]: I, 2<sup>43</sup>.  
 Ausejo, Serafin de: 171.  
 Austria: VI<sup>57</sup>.  
 austro [punto cardinal; = «sur»]: 473.  
 auto de fe: III<sup>71</sup>.  
 autocita: 100; I<sup>168</sup>; II, 1<sup>45</sup>.

autores:

- autores [= «autores de prestigio, autoridades»]: 322, 330, 370, 491. Véase también *autoridades*.
- autores antiguos: 73, 75, 77-78, 83, 93, 96, 99, 101, 104-105, 110-111, 123, 125, 134-135, 140-141, 230, 233, 240, 244, 310, 320-321, 328, 454; I<sup>134, 230</sup>; II, 1<sup>106</sup>.
- mayor prestigio que los autores modernos: I<sup>230, 233</sup>; II, 1<sup>76</sup>.
- autores clásicos: 93, 110-111, 123; I<sup>130</sup>.
- autores contemporáneos: véase *autores modernos*.
- autores de diálogos en el siglo XVI: 69.
- autores italianos: 25; I<sup>148</sup>.
- autores medievales: 135.
- autores modernos: 135, **139-143**, 310-311, 321, 421; I<sup>230, 233, 235</sup>; I, 1<sup>115</sup>; II, 1<sup>77</sup>; IV, 1<sup>38</sup>.
- utilizados como recordatorio de los autores antiguos: II, 1<sup>77</sup>.
- el autor en los diálogos: véase *diálogos/autor*.
- autoridad:
- argumento de autoridad: 66, 105, 109-111, 123, 266, 277, 310, 507, 510; I<sup>230</sup>.
- autoridad de los Padres de la Iglesia: III<sup>55</sup>.
- autoridad divina: 460.
- autoridades [= «autores de prestigio reconocido»]: 48, 96, 101, 109, 123, 137, 269, 437, 456, 460, 510; I<sup>159, 230</sup>; I, 2<sup>13</sup>; II, 1<sup>108</sup>; IV, 2<sup>12</sup>.
- autoridades antiguas: 99.
- autoridades ocultas: véase *fuentes ocultas*.
- citas de autoridades: 100-101; I<sup>159, 214</sup>; II, 1<sup>86, 108</sup>. Véase también *erudición, humanismo renacentista/os- tentación de erudición, Mejía/«Diá- logos»/fuentes/empleo de la erudición y Renacimiento/afán de erudición*.
- Autoridades* [sigla]: véase *Real Aca- demia Española/«Diccionario de auto- ridades»*.

- autor-lector en la literatura renacen- tista: I<sup>133</sup>.
- autor-narrador: véase *Mejía/«Diálo- gos»/el autor-narrador*.
- Avalle-Arce, Juan Bautista: 157; I<sup>30, 117, 213</sup>; III<sup>55</sup>; VI<sup>63</sup>.
- avemaría [oración religiosa]: 287; IV, 1<sup>9</sup>.
- Averroes: 126, 133, 157, 341; II, 2-1<sup>54</sup>. *Totam medicinam o Colliget*, 126, 157; II, 2-1<sup>54</sup>.
- Averuiz: véase *Averroes*.
- aves: 258, 301, 309, 345, 363, 369-370; I, 1<sup>116</sup>.
- avestruz: 230.
- Avicena: 233, 257.
- Axa: 448.
- ayuno: 255.
- azúcar: 275, 338; II, 2-1<sup>67</sup>.
- azufre: II, 2-1<sup>89</sup>. Véase también *piedra azufre*.
- babilonios: 227, 298; I<sup>221</sup>.
- bacchus* [pez]: IV, 2<sup>43</sup>.
- Baco: 450, 453.
- Bacon, Francis: III<sup>45</sup>.
- bachilleres:
- Bachiller [personaje de *La elección de los alcaldes de Daganzo* de Cer- vantes]: IV, 1<sup>9</sup>.
- bachiller idiota: 337.
- Bachiller Narváez: véase *Mejía/ «Diálogos»/personajes/Bachiller Narváez*.
- Balaam: 455; IV, 2<sup>49</sup>.
- Balearico, George [Personaje del *Fu- nus* de Erasmo]: 145.
- bálsamo: 308; II, 2-1<sup>82</sup>.
- Baltasar, rey: II, 1<sup>35</sup>.
- Baltasar: véase *Mejía/«Diálogos»/per- sonajes/Baltasar*.
- Balle, Antonio: 16.
- banqueros: III<sup>71</sup>.
- banquetes: 62, 145, **285-379**, 463; II, 1<sup>2, 82</sup>; II, 2-1<sup>25</sup>. Véase también *convites*.
- banquetes dispendiosos: 300-301, 307.
- banquetes excéntricos: 308.

- banquetes funerales: 305.  
 banquetes pontificales: 305.  
 banquetes privados: 305, 318.  
 banquetes públicos: 305, 318.  
 banquetes triunfales: 305, 318.  
 baño: 323.  
 Barahona de Soto, Luis: I<sup>35, 42, 66, 71, 168</sup>, II, 1<sup>45</sup>.  
*Diálogos de la montería*: I<sup>35, 42, 66, 71, 168</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
 Baranda, Consolación: 157; I<sup>18, 20, 39, 75, 85</sup>.  
 Baranda, Nieves: 157; I<sup>62, 203</sup>.  
 Barataria, Ínsula: véase *Ínsula Barataria*.  
 Barbier: I<sup>6</sup>.  
 Barbolani, Cristina: 158, 187; I<sup>30, 33-34, 45, 50, 69</sup>.  
 Barcelona: 107, 214, 440.  
 barcelonés: 106.  
 Barella, Ana: 161; II, 1<sup>22</sup>; IV, 1<sup>16, 32</sup>, IV, 2<sup>2</sup>.  
 barrena: 315.  
 barreno: 397, 399.  
 Barrera, Alonso de la: II, 2-1<sup>90</sup>.  
 barro: 308.  
 Basilea: IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>40, 57</sup>; VI<sup>57</sup>.  
 Bassols de Climent, Mariano: 187.  
 Basurto, Fernando: 184.  
*Diálogo del cazador y del pescador*: 184.  
 Bataillon, Marcel: 158; I<sup>9, 119, 130, 230</sup>, II, 1<sup>6</sup>; IV, 1<sup>6, 15</sup>; IV, 2<sup>9</sup>.  
 Baudrier, J.: 158; I<sup>1</sup>.  
 bazo: II, 2-2<sup>42</sup>.  
 Beacco, Jean-Claude: 163, 187.  
 Beaujeu, Jean: 180.  
 beber: véase *bebida*.  
 bebida: 217-218, 237, 241, 261, 271, 297, 347-348, 371, 379; I<sup>166</sup>; II, 1<sup>58</sup>, II, 2-1<sup>25, 67</sup>.  
 bebidas frías: 311, 347-351; II, 2-1<sup>78, 90</sup>.  
 Bécares Botas, Vicente: 158; IV, 2<sup>9</sup>.  
 Beltrán Serra, Joaquín: 158; I<sup>129, 226, 235</sup>.  
 Bell, A. F. G.: III<sup>45</sup>.  
 Bellessort, André: 189.  
 bellotas: 500.  
 bendecir la mesa: 336.  
 beneficencia: 94.  
 beneficencia vs. caridad: 95-96; I<sup>158</sup>.  
 beodo: véase *borracho*.  
 Bergua, Librería: 15-16.  
 bermellón: I, 1<sup>116</sup>.  
 Bermudo, don: véase *Mejía*/*«Diálogos»/personajes/Bermudo, don*.  
 Bernal Lavesa, Carmen: 158; I<sup>129, 226</sup>.  
 Bernardo: véase *Mejía*/*«Diálogos»/personajes/Bernardo*.  
 Berthelin, Jean: 18.  
 bestialidades: 346.  
*Biblia*: 93, 109, 123-124, 126-127, 133, 135, 138, 191, 193, 273, 303-304, 424, 448, 450, 452, 454, 472, 474-475; I<sup>16</sup>; II, 1<sup>108</sup>; IV, 2<sup>18, 22-25, 71, 78</sup>.  
 Antiguo Testamento: 126-127, 133, 135; I, 1<sup>118</sup>.  
*Daniel*: II, 1<sup>35</sup>.  
*Deuteronomio*: 126; I, 1<sup>118</sup>; IV, 2<sup>71</sup>.  
*Eclesiastés*: 126, 297; II, 1<sup>33</sup>.  
*Eclesiástico*: 126, 221, 225; I, 1<sup>28, 45</sup>, IV, 2<sup>71</sup>.  
*Éxodo*: 126, 273, 297, 424, 454; I<sup>221</sup>; I, 2<sup>83</sup>; II, 1<sup>31-32</sup>; IV, 1<sup>24</sup>, IV, 2<sup>48, 78</sup>.  
*Génesis*: 126, 273, 447, 455, 472, 474; I, 2<sup>61, 82</sup>; II, 1<sup>52-53</sup>; IV, 2<sup>14, 17, 51, 71</sup>, V<sup>7, 13</sup>.  
*Isaías*: 126, 455; IV, 2<sup>53, 71</sup>.  
*Job*: 126, 452; II, 1<sup>54</sup>; III<sup>45</sup>; IV, 2<sup>36</sup>.  
*Josué*: 126, 448; IV, 2<sup>20, 71</sup>.  
*Jueces*: 126, 448, 450; IV, 2<sup>20, 28-29, 75</sup>.  
*Números*: 126, 455; IV, 2<sup>49</sup>.  
*Paralipómenos*: 126, 273; I, 2<sup>85</sup>.  
*Proverbios*: 126, 475; V<sup>19, 20</sup>.  
*Reyes*: 126, 448-449, 463; I, 2<sup>85</sup>, IV, 2<sup>18-19, 22-25, 78</sup>.  
*Sabiduría*: VI<sup>64</sup>.  
*Salmos*: 126, 476; V<sup>20-21</sup>.  
*Samuel*: 126; IV, 2<sup>18-19, 24-25, 71</sup>.  
*Tobías*: 127; I, 1<sup>88</sup>.  
*Zacarías*: IV, 2<sup>52</sup>.  
 Nuevo Testamento: 127, 133, 135; I, 1<sup>85</sup>.  
*Evangelios*: 127; I, 1<sup>85</sup>; IV, 2<sup>53</sup>.  
*Evangelio de san Juan*: 127; I, 1<sup>83</sup>, II, 1<sup>47</sup>; III<sup>18</sup>; IV, 2<sup>32, 53</sup>.

- Evangelio de san Lucas*: 127; I, 1<sup>82, 84-85</sup>; II, 1<sup>36, 51</sup>; IV, 2<sup>32, 53, 66</sup>.
- Evangelio de san Marcos*: 127; I, 1<sup>82, 85</sup>; II, 1<sup>36</sup>; IV, 2<sup>32, 53, 66</sup>.
- Evangelio de san Mateo*: 127; I, 1<sup>82, 85</sup>; II, 1<sup>36</sup>; IV, 2<sup>32, 52-53, 66</sup>.
- Pseudo-Mateo*: IV, 2<sup>53</sup>.
- Epístolas de san Pablo*: 127, 135, 237, 251; I, 1<sup>86-87, 118</sup>.
- Colosenses*: 127; I, 1<sup>87</sup>.
- I Corintios*: 127; I, 1<sup>118</sup>.
- I Timoteo*: 127; I, 1<sup>86, 118</sup>.
- Biblia* [sigla]: 191.
- Bibliófilos Sevillanos: 16, 191.
- bibliografía: véase *Mejía*/*«Diálogos»/nuestra edición/bibliografía*.
- bibliotecas: véase también *British Library* y *humanismo renacentista/importancia de las bibliotecas*.
- Capitular y Colombina de Sevilla: 10; II, 1<sup>85</sup>.
- Central de la Marina. Lisboa: 158; I<sup>1</sup>.
- Colombina: véase *bibliotecas/Capitular y Colombina de Sevilla*.
- de Palma de Mallorca: I<sup>5</sup>.
- del Senado. Madrid: 158; I<sup>1</sup>.
- Estat. Baviera: 158; I<sup>1</sup>.
- Municipal. Grenoble: 158; I<sup>1</sup>.
- Municipal. Rouen: 159; I<sup>1</sup>.
- Municipal. Toulouse: 159; I<sup>1</sup>.
- Nacional. Madrid: 10, 159, 191-193; I<sup>1</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; VI<sup>2, 51</sup>.
- Nacional. París: 159; I<sup>1, 7</sup>.
- Pública. Boston: 159.
- Pública. Évora: 159; I<sup>1</sup>.
- Pública. Nueva York: 159; I<sup>1</sup>.
- Universitaria. Cambridge: 159; I<sup>1</sup>.
- Universitaria. Coimbra: 159; I<sup>1</sup>.
- Universitaria. Gante: 159; I<sup>1</sup>.
- Universitaria. Santiago de Compostela: I<sup>4</sup>.
- Universitaria. Sevilla: 10, I<sup>117</sup>.
- bilis: véase *cólera*.
- bilis negra: véase *melancolía*.
- bimembración [recurso retórico]: 118; II, 2-1<sup>16</sup>.
- Bizarri, Hugo Óscar: 159; I<sup>16</sup>.
- Blanco, Emilio: 159; I<sup>127</sup>; II, 1<sup>76</sup>; IV, 1<sup>42</sup>.
- Blanco Pérez, José Ignacio: 159; I<sup>124</sup>.
- Blasco, Javier: 169, 175, 179.
- Blecua, Alberto: 160; I<sup>115</sup>; I, 2<sup>15</sup>.
- Blecua, José Manuel: 160; I<sup>132</sup>.
- Bobes Naves, María del Carmen: 160; I<sup>9, 39, 50, 116</sup>.
- bodas: 299.
- bodas de Caná: II, 1<sup>47</sup>.
- Boecio: 22.
- De consolatione philosophiae*: 22.
- Bolonia: VI<sup>57</sup>.
- Bonato, Guido: 127, 133, 506; VI<sup>57, 65</sup>.
- Liber astronomicus*: VI<sup>57</sup>.
- Bonatti, Guido: véase *Bonato, Guido*.
- bonete [= «gorro»]: VI<sup>64</sup>.
- Bonfons, Nicholas: 17, 18; I<sup>7</sup>.
- Bonmatí Sánchez, Virginia: 160; I<sup>136</sup>.
- Born, A. van den: 171.
- borrachos: 68, 143, [218].
- borrajas: 103, 350.
- Borrego Pérez, Manuel: 174.
- borricos: véase *asnos*.
- Bouwenszoon, Jan: 18.
- Brandt, Samuel: 172.
- brasa: 329, 338.
- brasero: 330, 333, 349.
- Bravo-Villasante, Carmen: 160; I<sup>44</sup>.
- briago: véase *borracho*.
- Brígida [personaje de *El vizcaíno fingido* de Cervantes]: I, 1<sup>116</sup>.
- British Library. Londres: 160; I<sup>1</sup>.
- Brocense, el*: véase *Sánchez de las Brozas, Francisco*.
- Browning, W. R. F.: 160; IV, 2<sup>53</sup>.
- Brunet, Jacques-Charles: 160; I<sup>1, 7</sup>.
- Brunori, Livia: 160; I<sup>1</sup>.
- bubas sifilíticas: 94, 253; I, 2<sup>15</sup>.
- Budé, Guillaume: 127, 133, 141-142, 160, 307, 452; I<sup>240</sup>; II, 1<sup>42, 44, 66, 72, 74</sup>; IV, 2<sup>40, 57, 80</sup>.
- De asse et partibus eius libri quinque*: 127, 160, 307; II, 1<sup>42, 44, 66, 72</sup>; IV, 2<sup>40, 57</sup>.
- Budeo: véase *Budé, Guillaume*.
- buey: 245, 364, 454, 459-460; IV, 2<sup>53</sup>.
- buñuelos: 101, 337.

Burgos: 327.  
 Burgos, Andrés de: I<sup>53</sup>.  
 burgueses: III<sup>71</sup>.  
 burguesía: 35; I<sup>151, 166</sup>; I, 1<sup>7, 40</sup>.  
 burlas: 236.  
 burra: véase *asnos*.  
 Bustos Tovar, José Jesús de: 160; I<sup>85</sup>.

cabalgar: 357.  
 caballeros: 285, 353, 387; II, 1<sup>12</sup>; II, 1<sup>45</sup>; III<sup>71</sup>.  
 caballos: 326-327, 336, 356-357, 378, 409, 436, 440, 444, 459-460, 464; IV, 1<sup>55</sup>; IV, 2<sup>52, 61</sup>.  
 caballo de Troya: véase *caballo troyano*.  
 caballo hovero [= «caballo de color melocotón»]: 294, 357; II, 1<sup>26</sup>.  
 caballo troyano: 345.  
 Cabañas, Maximiliano: 160, 185; I, 1<sup>20, 47</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 1<sup>28, 85</sup>; II, 2-1<sup>48, 78</sup>.  
 cabe [preposición; = «cerca de, junto a»]: I, 2<sup>111</sup>; V<sup>38</sup>.  
 cabellos: 350.  
 cabeza [= «parte del cuerpo»]: 102, 222, 344, 372, 404, 447, 501.  
 cabeza de asno: véase *asnos/cabeza*.  
 cabeza de cerdo: 339-340, 345.  
 cabeza [= «puesto primero y principal»]: 280-281.  
 de una mesa: 332. Véase también *presidente de una mesa*.  
 cabras: 370.  
 Cabrera, Rodrigo de: I<sup>3</sup>.  
 Cacho Palomar, M.<sup>a</sup> Teresa: 160; I<sup>42</sup>.  
 Caillat, J.: 160.  
 Calabria, duque de: 351; II, 2-1<sup>84</sup>.  
 calamidades: véase *males*.  
 Calcedonia: 340.  
 Caleb: 448.  
 calentura: 218, 445. Véase también *fiebre*.  
 calidades de la naturaleza humana, las cuatro: 373-374.  
 calidad predominante en los hombres: 374.  
 caliente [calidad de la naturaleza humana]: 373-374. Véase también *calor/calor corporal*.

Calígula, Cayo: 300, 307, 309; II, 1<sup>42, 43, 45, 66</sup>.  
*Calila e Dimna*: I<sup>16</sup>.  
 calor [sustantivo de género ambiguo]: II, 2-1<sup>75</sup>.  
 atmosférico: 241, 348, 436, 496, 499-500, 504, 515.  
 corporal: 252, 372. Véase también *caliente*.  
 del fuego: 329; III<sup>62</sup>.  
 callar: 313. Véase también *hombres callados*.  
 calle Sierpes: véase *Sevilla/calle Sierpes*.  
 cama: 313, 331, 335.  
 cámara: 201.  
 camino: 353.  
 Camos, Marco Antonio de: IV, 1<sup>6</sup>.  
*Microcosmia*: IV, 1<sup>6</sup>.  
 campanas: 288.  
 campo: IV, 1<sup>59</sup>.  
 campo agreste: V<sup>2</sup>.  
 campos australes: 448.  
 Campos, Juana G.: 161; II, 1<sup>22</sup>; IV, 1<sup>16, 32</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
 canal de Todos los Santos: III<sup>34</sup>.  
 Cáncer [signo del Zodíaco]: 453; IV, 2<sup>46</sup>.  
 cancionero: véase *poesía de cancionero*.  
 canciones: 351; II, 2-1<sup>25</sup>.  
 Cancro: véase *Cáncer*.  
 Candel, Miguel: 157.  
 Candia: I, 2<sup>29</sup>.  
 Cangrejo, constelación del: véase *Cáncer*.  
 Cano, Melchor: III<sup>55</sup>.  
*De locis theologicis*: III<sup>55</sup>.  
 cánones: 119, 268; I, 2<sup>71</sup>. Véase también *preceptos y reglas*.  
 cansado: véase *cansancio*.  
 cansancio: 254.  
 cantar: véase *canciones*.  
 cantares: 351.  
 canteros: 269, 397.  
 capilla de Escalas: véase *Sevilla/catedral/capilla de Escalas*.  
 capitales de los imperios: IV, 1<sup>59</sup>.  
 capitalismo: II, 2-1<sup>36</sup>.  
 capitanes romanos: 298-299, 305, 340, 502.

Capitolino, Julio: 127, 133, 161; II, 2-1<sup>107-108</sup>.  
*Historia Augusta*:  
*Maximini Duo o Vida de Maximino*: 121, 161; II, 2-1<sup>108</sup>.  
*Vida de Clodio Albino*: 127; II, 2-1<sup>107</sup>.  
*captatio benevolentiae*: 43, 446; IV, 2<sup>1</sup>.  
 Carballo, Luis Alfonso de: I<sup>54</sup>.  
*Cisne de Apolo*: I<sup>54</sup>.  
 carbón: 328-329, 480.  
 cárcel: IV, 1<sup>55</sup>.  
 cárcel de la Inquisición: véase *Sevilla/cárcel de la Inquisición*.  
 carencia de acción en los diálogos: véase *diálogos/caracterización/prima-cía de las ideas sobre la acción*.  
 cargos administrativos en el siglo XVI: p<sup>12</sup>.  
 caridad: 95, 225, 227, 232.  
 Carlos V: 77-78, 84, 90, [104, 256, 350-351, 355, 395, 396, 436]; I<sup>136</sup>; P<sup>[1]-2</sup>; II, 2-1<sup>81, 83-84, 96</sup>; III<sup>17, 36</sup>; IV, 1<sup>5</sup>.  
 la boda imperial: II, 2-1<sup>83</sup>.  
 la corte imperial: P<sup>12</sup>.  
 la prosa en su reinado: 115-117.  
 la política imperial: 77-78; I<sup>136</sup>.  
 las modas y costumbres cortesanas: 103, 348-351; II, 2-1<sup>78, 81, 90</sup>.  
 carne: 340-341, 359, 364, 370.  
 carne humana: 255.  
 Carnéades: 430; IV, 1<sup>38</sup>.  
 Caro, Rodrigo: 51, 161, 170; VI<sup>64</sup>.  
*Varones insignes en letras naturales de la ilustrísima ciudad de Sevilla*: 161, 170.  
 carpintero: 269.  
 Carranza, Jerónimo de: I<sup>34, 85</sup>.  
*Filosofía de las armas*: I<sup>34, 85</sup>.  
 Carrera de la Red, Avelina: 161; I, 1<sup>2</sup>; II, 2-1<sup>54</sup>.  
 Carriazo, Juan de Mata: 161, 176; I<sup>203, 230</sup>; II, 1<sup>16</sup>; III<sup>2</sup>.  
 Carta nuncupatoria: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra edición/Carta nuncupatoria*.  
 cartagineses: IV, 1<sup>59</sup>.  
 Cartago: 356, 438.

cartilla escolar: P<sup>13</sup>.  
 Carvallo, Luis Alfonso de: I<sup>214, 235</sup>.  
*Cisne de Apolo*: I<sup>214, 235</sup>.  
 casas: 41-42, 44-45, 55, 57, 68, 92, 97-99, 101-102, 105-106, 122, 212-216, 226-228, 260, 280, 285, 293, 296-297, 312, 325, 330-331, 336, 343-344, 348, 413, 420, 432-433, 441-443, 449, 460, 478; I, 1<sup>7</sup>.  
 Casa de Pilatos: véase *Sevilla/Casa de Pilatos*.  
 Casa Lonja de Sevilla: véase *Sevilla/Casa Lonja*.  
 casa llana: véase *prostíbulo*.  
 Casa Real: 201.  
 cáscara de huevo: 394.  
 casero [= «encargado de una casa o finca»]: 489, 507, 515.  
 casos fabulosos: 137; I<sup>134</sup>.  
 casquillo: I, 2<sup>29</sup>.  
 casta [= «especie animal»]: 354.  
 casta [= «linaje, grupo social diferenciado»]: IV, 1<sup>9</sup>.  
 castañas: 500.  
 castellano: véase *lengua castellana*.  
 Castiglione, Baltasar de: 39, 46, 48, 69, 183; I<sup>69, 115</sup>.  
*El cortesano*: 39, 46, 48, 69, 183; I<sup>69, 115</sup>.  
 castigo divino: 512, 514; VI<sup>76</sup>.  
 Castilla: 86, 215, 216; I<sup>140</sup>; P<sup>2</sup>.  
 Castillejo, Cristóbal de: 25, 183; I<sup>26-27</sup>.  
*Diálogo de mujeres*: 25, 183; I<sup>26-27</sup>.  
 Castillo, Carlos: 161; I, 1<sup>37, 40, 68, 104</sup>; I, 2<sup>95</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.  
 castillo de San Jorge: véase *Sevilla/castillo de San Jorge*.  
 Castillo Solórzano, Alonso de: III<sup>71</sup>.  
*La Garduña de Sevilla*: III<sup>71</sup>.  
 Castrillo Benito, Nicolás: 164.  
 Castro, Américo: 161; I, 2<sup>95</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>; IV, 1<sup>9, 24</sup>; VI<sup>64</sup>.  
 Castro Díaz, Antonio: 5, [10], 161-162, 175, 192-193; I<sup>2, 14, 26, 53, 117-119, 136, 147, 159, 181, 190</sup>; I, 1<sup>25</sup>; II, 1<sup>16</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 Castro Pires de Lima, Fernando: 162; I<sup>150</sup>; I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
 catalanes: 107.  
 Cataluña, virrey de: 88; P<sup>14</sup>.

- catecismos: 47; I<sup>62</sup>.  
catecismos medievales: 47; I<sup>16</sup>.  
Cátedra, Pedro M.: 162; I<sup>54</sup>.  
catedral de Sevilla: véase *Sevilla/catedral*.  
cátedras:  
de vísperas: P<sup>21</sup>.  
universitarias: I, 1<sup>107</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
católicos: 345.  
Catón [libro escolar]: IV, 1<sup>33</sup>.  
Catón, Dionisio: 107, 127, 133, 440; IV, 1<sup>33</sup>.  
*Disticha moralia*: 127; IV, 1<sup>33</sup>.  
Catón Censorino: véase *Catón «el Censor»*.  
Catón *el Censor*: 134, 151, 226, 430, 438; I<sup>224</sup>; I, 1<sup>50</sup>; IV, 1<sup>59</sup>.  
Catón *el Mayor*: véase *Catón «el Censor»*.  
causa judicial: 360.  
causas segundas y naturales: 475.  
cautela [= «engaño, maña, astucia»]: I, 1<sup>43</sup>.  
cauterio [= «quemar una herida»]: 226.  
caza: 391.  
cazuela: 308, 346.  
de Vitelio: 308, 346.  
cebo: 364.  
cebado [= «alimentado, aficionado»]: I, 1<sup>8</sup>.  
cebar: 340, 346, 364. Véase también *engordar*.  
cecina: 358.  
cedro: 308.  
Cejador y Frauca, Julio: 162; I<sup>1,3</sup>.  
celebro: véase *cerebro*.  
*Celestina, La*: véase *Rojas, Fernando de*.  
Celso, Aulo Cornelio: 127, 133-134, 136, 162, 228, 239, 264, 321; I<sup>220</sup>, 229; I, 1<sup>2</sup>, 32, 55, 97, 108; I, 2<sup>1</sup>, 18, 27, 47-48, 59, 63, 72, 77; II, 1<sup>104</sup>.  
*De Medicina*: 127, 162; I<sup>220</sup>, 229; I, 1<sup>2</sup>, 32, 55, 97, 108; I, 2<sup>1</sup>, 18, 27, 47-48, 59, 63, 72, 77; II, 1<sup>104</sup>.  
Celso, Hugo de: 127, 133, 162; II, 1<sup>12</sup>; IV, 1<sup>55</sup>.  
*Las leyes de todos los reinos de Castilla*: 127, 162; IV, 1<sup>55</sup>.  
cena: 299-300, 306, 309, 312, **319-324**, 340, 358; I<sup>77</sup>; II, 1<sup>45, 106</sup>. Véase también *comidas y gastronomía*.  
cena adventicia: 320.  
cena dudosa: 320; II, 1<sup>100</sup>.  
cena funeral: 320. Véase también *banquetes funerales*.  
cena pontifical: 320.  
cena recta: 320.  
cena triunfal: 320. Véase también *banquetes triunfales*.  
cenar: véase *cena*.  
censores [= «vigilantes de las costumbres públicas en la antigua Roma»]: II, 1<sup>38</sup>.  
censorinos: 299; II, 1<sup>38</sup>. Véase también *censores*.  
censura de libros: IV, 2<sup>34</sup>.  
céntimo [moneda]: P<sup>13</sup>.  
cera: 308.  
Cerdan, Francis: 188.  
cerdos: véase *puercos*.  
cerebro: I, 1<sup>116</sup>.  
ceremonias: 342-343.  
Cerrón Puga, María Luisa: 162; I<sup>21, 52, 117</sup>.  
Cervantes, Miguel de: 101, 157, 162, 174, 187; I<sup>213</sup>; P<sup>13</sup>; I, 1<sup>37, 40, 68, 116</sup>; I, 2<sup>95</sup>; II, 2-1<sup>2, 48</sup>; III<sup>71</sup>; IV, 1<sup>1, 6, 9, 24</sup>; IV, 2<sup>2</sup>; V<sup>15</sup>; VI<sup>63</sup>.  
*Don Quijote*: 101, 162; I<sup>48</sup>; P<sup>13</sup>; I, 1<sup>104, [116]</sup>; II, 1<sup>84</sup>; IV, 1<sup>1</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
*El rufián dichoso*: I, 1<sup>40</sup>.  
*Entremeses*: 157, 162, 187.  
*El retablo de las maravillas*: II, 2-1<sup>48</sup>.  
*El vizcaíno fingido*: I, 1<sup>116</sup>.  
*La elección de los alcaldes de Daganzo*: IV, 1<sup>6, 9</sup>.  
*La Galatea*: 174; II, 2-1<sup>2</sup>.  
*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*: 157; I<sup>213</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.  
*Novelas ejemplares*: 157, 162.  
*El coloquio de los perros*: P<sup>13</sup>.  
*El Licenciado Vidriera*: I, 1<sup>37, 68</sup>.  
*La ilustre fregona*: VI<sup>63</sup>.  
*Rinconete y Cortadillo*: III<sup>71</sup>.  
Céspedes, Baltasar de: I<sup>236</sup>.  
*Discurso de las letras llamado El Humanista*: I<sup>236</sup>.  
Cetina, Gutierre de: P<sup>1</sup>.  
Ciccuto, Marcello: 181.  
Cicerón, Marco Tulio: 20, 21, 39, 47, 48, 127, 133, 146, 163, 271,



- 304-305, 323, 337, 430; I<sup>10, 34, 75</sup>; I, 2<sup>75</sup>; II, 1<sup>45, 59, 62, 112</sup>; II, 2-1<sup>42</sup>; IV, 1<sup>1, 36, 39-40, 42</sup>.
- Cato Maior de senectute*: 127, 163, 304; II, 1<sup>59, 62</sup>.
- De amicitia*: 163.
- De divinatione*: 163.
- De inventione*: IV, 1<sup>1</sup>.
- De officiis*: 127, 163; I, 2<sup>75</sup>.
- De oratore*: 127, 48, 163, 305; II, 1<sup>62</sup>; II, 2-1<sup>42</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.
- De republica*: 431; IV, 1<sup>36, 40</sup>.
- Oración contra Verres o Actionis in C. Verrem Secundae*: 127, 163, 323; II, 1<sup>112</sup>.
- Pro Murena*: II, 1<sup>62</sup>.
- cidro: 339.
- cielo [= «paraíso»]: 408.
- cielo [= «atmósfera terrestre»]: 65, 258, 394, 397, 400, 453, 474, 481, 494, 505, 507, 510.
- cielo de la Luna: 108, 388, 469.
- cielo estrellado: 392.
- cielos fijos: 104, 388, 392, 507.
- primer cielo: véase *cielo de la Luna*.
- ciencias: 106, 238, 243, 253, 263, 274, 314, 425.
- ciencias naturales: véase *filosofía natural*.
- cierre de los diálogos: véase *diálogos/técnicas compositivas/fórmula de cierre*.
- ciervo: 258; I, 2<sup>29</sup>; IV, 2<sup>61</sup>.
- cimborrio de la catedral de Sevilla: véase *Sevilla/catedral/hundimiento del cimborrio*.
- Cimón: IV, 1<sup>15</sup>.
- Ciplijauskaitė, B.: 173.
- círculo polar antártico: 401.
- circunvalación terrestre de Magallanes: 395-396; I<sup>176</sup>; III<sup>34</sup>.
- Ciro [rey de Persia]: 346.
- cirujanos: I, 1<sup>107</sup>.
- cita de autoridades: 66.
- cita contextual: IV, 2<sup>24</sup>.
- cita de autoridades abusiva: II, 1<sup>86, 108</sup>; II, 2-1<sup>18</sup>.
- cita textual: IV, 2<sup>51, 66</sup>.
- laxitud o poco rigor: I<sup>214, 230</sup>.
- ciudad: 54-55, [59], 87, 93-94, 100, 102, 107, 117, 199, 201, 214, 229, 259, 275, 279-280, 298, 414, 433, 438, 448, 450, 452, 459, 515; I<sup>117</sup>; P<sup>1</sup>; II, 1<sup>12, 45, 60, 90</sup>; III<sup>17</sup>; IV, 1<sup>64</sup>; IV, 2<sup>37-38</sup>; VI<sup>64, 86, 88</sup>.
- clarea [= «vino blanco con azúcar y especias»]: 346; II, 2-1<sup>67</sup>.
- claridad estilística: 112; III<sup>15</sup>.
- clases sociales: II, 2-1<sup>36</sup>.
- clasicismo: 25.
- Clavería, Carlos: 163; I<sup>128, 229</sup>.
- clavos: 315.
- Clément, Louis: 163; I<sup>25</sup>.
- Cleopatra: 300, 306; II, 1<sup>42, 45, 66</sup>.
- clérigos: 296, 303; IV, 1<sup>55</sup>.
- clima: 496.
- cocinero: 369.
- codicia: 225, 227, 232, 237; IV, 1<sup>59</sup>.
- no codiciar los bienes del prójimo: 454.
- coexistencia: 144.
- colas de caballo: 464.
- colegio:
- de Santa María de Jesús: véase *Sevilla/colegio de Santa María de Jesús*.
  - de Santo Tomás de Aquino: véase *Sevilla/colegio de Santo Tomás de Aquino*.
- cólera [= «humor del cuerpo»]: 373; II, 2-2<sup>42</sup>.
- Colombina, Biblioteca: véase *bibliotecas/Capitular y Colombina de Sevilla*.
- Colombo, Lucila: 163; I<sup>1</sup>.
- coloquios: 39-40; I<sup>54</sup>. Véase también *diálogos*.
- «Coloquio del Porfiado»: véase *Mejía/«Diálogos»/«Coloquio del Porfiado»*.
- «Coloquio del Sol»: véase *Mejía/«Diálogos»/«Coloquio del Sol»*.
- coloquio erasmiano: 25; I<sup>26</sup>.
- coloquio escolar latino: I<sup>44</sup>.
- coloquio múltiple: 21.
- coloquio variado: véase *coloquio múltiple*.
- Coloquios* de Pedro Mejía: véase *Mejía/«Diálogos»*.

- «Coloquios del convite»: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/«*Coloquios del convite*».
- Colunga, Alberto: 191-192.
- Collantes de Terán Sánchez, Antonio: 163, 183-184; II, 1<sup>6</sup>, 12, 90; III<sup>71</sup>; VI<sup>86</sup>.
- collatio*: 149.
- Collazos, Baltasar de: I<sup>42, 69</sup>; II, 1<sup>16</sup>.  
*Coloquios*: I<sup>42</sup>; II, 1<sup>16</sup>.
- Colloquia*: véase *Erasmus de Rotterdam*/«*Coloquios*».
- Combet, Louis: 163-164, 172, 177-178; I, 2<sup>33</sup>; III<sup>42</sup>.
- comedia:  
  comedia ática: I<sup>64</sup>.  
  comedia áurea: 53.
- comedores insaciables: véase *hombres/hombres insaciables en el comer*.
- comendadores:  
  *Comendador Griego*: véase *Núñez de Guzmán «el Pinciano», Hernán*.  
  comendador mayor de Castilla: IV, 1<sup>5</sup>.
- comer: véase también *comidas*.  
  comer con las manos: II, 2-1<sup>43</sup>.  
  comer demasiado: 367, 372.
- cometas: 110, **487-518**; VI<sup>10, 46, 49, 55, 57-58, 63, 65, 71</sup>.
- clases: 505-506.  
  influencias: I<sup>222</sup>.  
  pronósticos: 506, **508-513**; VI<sup>57, 63, 71</sup>.
- comida [= «almuerzo»]: 321.
- comidas: 41-42, 45, 56-59, 61, 67, 97-101, 103, 136, 145-146, 230, 250, 261, 271, **285-379**, 385, 403-404, 407, 462-463; I<sup>166, 220</sup>; P<sup>1</sup>; I, 1<sup>63</sup>; I, 2<sup>4</sup>; II, 1<sup>106</sup>; II, 2-2<sup>56</sup>. Véase también *almuerzo, cena, convites y gastronomía*.
- Cómodo [emperador romano]: II, 1<sup>45</sup>.
- Compagnon, Antoine: 163; I<sup>11-12, 30-31</sup>.
- Compañía Iberoamericana de Publicaciones: 15, 149, 191.
- comparación [figura retórica]: 117; I<sup>39, 197</sup>; II, 2-1<sup>49</sup>.
- compasión: 427.
- complexiones:  
  de los reyes y príncipes: 514.  
  del hombre: 238, 271, 275, 364-365, 379; I, 1<sup>92</sup>.
- complisión: véase *complexiones del hombre*.
- compuesto mitridato: véase *mitridato*.
- comuneros: véase *Comunidades, guerra de las*.
- Comunidades, guerra de las: II, 1<sup>85</sup>.
- comunidad cristiana: I<sup>158</sup>.
- con tanto [conjunción de salvedad]: véase *con tanto que*.
- con tanto que [conjunción de salvedad; = «siempre que»]: II, 2-2<sup>34</sup>.
- Concejo, Pilar: 163; I<sup>129, 191</sup>.
- concepto [= «pensamiento ingenioso y alambicado»]: IV, 1<sup>27</sup>.
- Concilio de Trento: 84; IV, 1<sup>6</sup>.
- conclusio*: véase *conclusión [parte de un discurso]*.
- conclusión [parte de un discurso]: IV, 2<sup>1, 84</sup>.
- concordancia:  
  «ad sensum»: I, 1<sup>23</sup>; IV, 2<sup>5</sup>.  
  pronombre-sustantivo: véase *concordancia sustantivo-pronombre [usos especiales]*.
- sujeto-predicado [usos especiales]: P<sup>18</sup>; I, 1<sup>1, 23, 112</sup>; I, 2<sup>24, 70</sup>; II, 2-1<sup>14, 28, 55</sup>; II, 2-2<sup>16, 31, 55</sup>; IV, 1<sup>43</sup>; IV, 2<sup>35, 76</sup>; VI<sup>27, 40, 51</sup>.
- sustantivo-adjetivo-participio [uso ambiguo]: I, 2<sup>29</sup>; II, 2-2<sup>23, 27, 51-52, 60</sup>; IV, 1<sup>44</sup>; IV, 2<sup>44</sup>; VI<sup>36</sup>.
- sustantivo-pronombre [usos especiales]: P<sup>8-9</sup>; I, 1<sup>19, 102-103</sup>; I, 2<sup>21, 28, 68, 94, 97</sup>; II, 1<sup>34</sup>; II, 2-2<sup>2-3, 18</sup>; III<sup>44</sup>; IV, 1<sup>11, 20, 35, 61</sup>; IV, 2<sup>5</sup>; V<sup>3, 43</sup>; VI<sup>41, 59, 66</sup>.
- Conde Lucanor*: véase *Juan Manuel, don/«El conde Lucanor»*.
- Conde Parrado, Pedro: 164, 170; I<sup>61, 163, 182, 229, 236, 243</sup>; I, 1<sup>2, 32, 97</sup>; I, 2<sup>1, 18, 27, 33, 47-48, 59, 63, 72, 77, 96</sup>; II, 1<sup>32, 42, 45, 63, 72, 83, 105</sup>; II, 2-1<sup>33, 54, 70, 90, 111</sup>; II, 2-2<sup>4, 11, 26, 37, 49</sup>; IV, 1<sup>1, 15, 22, 31, 38, 42, 52</sup>; IV, 2<sup>9, 12, 24, 40, 51, 57, 66, 71</sup>.
- Conde Tarrio, Germán: 178; I, 2<sup>33</sup>.
- condenados a muerte: 242; I, 1<sup>107</sup>.

confirmación [parte de un discurso]: 447; IV, 2<sup>1</sup>.  
*confirmatio*: véase *confirmación*.  
 conformar: 442.  
 confrontación de ideas: 21.  
 confutación [parte de un discurso]: 461; IV, 2<sup>1</sup>.  
*confutatio*: véase *confutación*.  
 congojas: 366.  
 conjunciones: véase también *aun*, *con tanto que*, *cuando*, *de* [= *que*], *luego*, *o*, *por* [= *porque*], *puesto que*, *que* e *y*.  
 innecesarias o sobrantes: I, 1<sup>13</sup>, 106.  
 repetidas o pleonásticas: véase *que* [*conjunción repetida o pleonástica*].  
 subordinante completiva: véase *que* [*conjunción completiva vs. pronombre relativo*].  
 conocimiento: 21, 106; I, 2<sup>13</sup>.  
 conocimiento basado en la autoridad de los antiguos: 96, 104, 110; I, 2<sup>13</sup>; III<sup>55</sup>.  
 conocimiento empírico: véase *conocimiento experimental*.  
 conocimiento experimental: 96-97, 104-105, 110, 479-480; I<sup>59</sup>; I, 2<sup>13</sup>; III<sup>55</sup>; IV, 1<sup>30</sup>; V<sup>33</sup>.  
 conocimiento laico: IV, 1<sup>8</sup>.  
 conocimiento profano: véase *conocimiento laico*.  
 conocimiento racional: 96-97, 110, 479-480; I<sup>59</sup>; I, 2<sup>13</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 conocimiento religioso: IV, 1<sup>8</sup>.  
 conocimiento sensorial: véase *conocimiento experimental*.  
 conocimiento teórico: 473-474; I, 2<sup>13</sup>; V<sup>33</sup>.  
 idea del progreso del conocimiento humano: I, 1<sup>115</sup>.  
 relatividad del conocimiento humano: véase *relativismo epistemológico*.  
 Consejos:  
     Consejo de Estado: IV, 1<sup>5</sup>.  
     Consejo Real de Castilla: 84-86, 200-202.  
 conserva [= «compañía y auxilio mutuo entre embarcaciones»]: III<sup>32</sup>.

conservación de la carne de pavo: 356.  
 consonantes:  
     consonante *h* > Ø [variantes ortográficas por supresión de la grafía muda *h*]: I, 2<sup>73</sup>.  
     disimilación consonántica: II, 2-2<sup>42</sup>.  
     ensordecimiento de la *F*- inicial latina [*F*- > *h*]: VI<sup>15</sup>.  
     grupos consonánticos cultos: 114, 116.  
     simplificación del grupo consonántico culto *CM* > *m*: IV, 2<sup>80</sup>.  
     simplificación del grupo consonántico culto *CT* > *t*: II, 2-2<sup>26, 29</sup>.  
 Constantino: véase *Ponce de la Fuente, Constantino*.  
 consuelo: 426-427.  
 contención: véase *discusión*.  
*contentio*: 44.  
 contertulios: véase *diálogos/personajes y Mejía/«Diálogos»/personajes*.  
 contiendas religiosas de los siglos XVI y XVII: VI<sup>76</sup>.  
 continencia: 368.  
 contradecir: 415-416, 418-419, 423, 428, 437. Véase también *contrario parecer*.  
 contradicción: véase *contradecir*.  
 contrario parecer: 422. Véase también *contradecir*.  
 Contrarreforma: 37.  
 controversia: véase *diálogos/controversia*.  
 convenir [= «concordar, estar de acuerdo»]: IV, 1<sup>47</sup>.  
 conversación: 21, 26-28, 30-31, 38-39, 41-45, 51, 54, 56-62, 64-66, 103, 234, 236, 279, 286, 287, 290-291, 295, 317; II, 1<sup>82</sup>; II, 2-1<sup>25</sup>. Véase también *plática*.  
 buena conversación: véase *conversación amena*.  
 conversación amena: 51, 57, 59, 61, 69, 100, 103, 290-291, 305, 312, 385, 413. Véase también *amenidad*.  
 conversación apacible: 316. Véase también *conversación amena*.

conversación provechosa: 314. Véase también *conversación amena*.  
 conversación variada: 418. Véase también *conversación amena*.  
 conversos: 68, 135, [339]; II, 2-1<sup>63</sup>; IV, 1<sup>9</sup>.  
 convicio [= «injuria, afrenta»]: 317; II, 1<sup>93</sup>.  
 convidados: 292, 358. Véase también *convites*.  
 convites: 41, 45, 52, 56, 67, 97-99, 102, 121, 141, 145, **285-379**; II, 1<sup>41</sup>, 58, 76, 108. Véase también *comidas* y *gastronomía*.  
 convites deshonestos: 300-302.  
 convites en la Antigüedad: 99, 141.  
 convites honestos: 299, 302.  
     condiciones de los convites honestos: 311, **312-314**, 316; II, 1<sup>76, 82</sup>.  
 convites particulares: véase *banquetes privados*.  
 convites públicos: véase *banquetes públicos*.  
 número de invitados a los convites: **316-319**; II, 1<sup>76, 93-94</sup>.  
 prohibición de murmurar en los convites: II, 1<sup>89</sup>.  
 Copérnico: III<sup>45</sup>.  
 corazón: I, 1<sup>116</sup>.  
 corcho: 403.  
 Coro, Licenciado del: P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 Coroleu, Alejandro: 164; I<sup>214</sup>.  
 Corominas, Joan: 120, 191; P<sup>6</sup>, 7, 11; I, 1<sup>31, 42, 61, 63, 67, 77, 107</sup>; II, 1<sup>93, 111</sup>; II, 2-1<sup>60</sup>; II, 2-2<sup>42, 45</sup>; III<sup>38, 42, 57</sup>; IV, 1<sup>3, 66</sup>; IV, 2<sup>63-64, 80</sup>; V<sup>15</sup>; VI<sup>7, 19, 28, 54, 56</sup>.  
 corona [moneda]: 301, 354, 452.  
 Correas, Gonzalo: 163-164; I, 1<sup>26</sup>; II, 1<sup>20, 22, 25</sup>; IV, 1<sup>16, 32</sup>; IV, 2<sup>2, 6</sup>.  
     *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*: 163-164; II, 1<sup>22</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
 corredor [= «torero»; variante textual, vs. *toreador*]: II, 2-1<sup>7</sup>.  
 correr toros: véase *toreo*.  
 corregidor: 201; IV, 1<sup>55</sup>.  
 corriente:  
     dialógico-sapiencial: I<sup>16</sup>.  
     didáctico-escolar: I<sup>16</sup>.

corrupción:  
     de las cosas naturales: 492.  
     de los alimentos: 366, 375.  
     dificultad de la carne de pavo para corromperse: 356.  
 cortes: 59, 69, 201; I<sup>69, 115</sup>.  
     corte imperial de Carlos V: véase *Carlos V/la corte imperial*.  
     Cortes de Valladolid: P<sup>13</sup>.  
 cortesanos: 59, 69, 73, 349, 449; I<sup>115</sup>.  
     Véase también *corte*.  
 corzo: IV, 2<sup>61</sup>.  
 cosas:  
     extrañas: 334; I<sup>134</sup>.  
     imposibles: 252-253, 268, 307, 374, 399, 401, 432, 434.  
     increíbles: 223, 307, 346; I<sup>117</sup>.  
     maravillosas: véase *maravillas*.  
     mixtas: 374, 478, 492; V<sup>29</sup>.  
     notables: 91, 211, 329, 356, 413; P<sup>10</sup>; III<sup>34</sup>.  
     pesadas: 403-407.  
     señaladas: 414.  
     sobrenaturales: I<sup>213</sup>.  
 cosmética: I, 1<sup>116</sup>.  
 cosmografía: 70, 111; IV, 1<sup>4</sup>.  
 cosmología: 56.  
 Costa, Angelina: 164; I<sup>41, 85</sup>.  
 Coste-Blanche, Marie de: 17, 18.  
 Costes, René: 164; I<sup>90</sup>.  
 costumbres: 229, 250, 336, 349-350, 439; II, 2-1<sup>78, 90</sup>.  
     costumbre de enviar platos de los convites: 346-347, 356.  
     costumbres gastronómicas: 319, 346-347.  
 Cota, Rodrigo: 23.  
     *Diálogo entre el amor y un viejo*: 23.  
 Courbaud, Edmond: 163.  
 Courcelles, Dominique de: 164; I<sup>136</sup>.  
 Covarrubias Horozco, Sebastián de: 120, 192; P<sup>11</sup>; I, 1<sup>16, 26, 43, 63, 67, 79, 81, 92, 105, 107, 121</sup>; I, 2<sup>7, 29, 42, 46, 51</sup>; II, 1<sup>1, 26, 38</sup>; II, 2-1<sup>19, 60, 64, 67, 98, 110</sup>; III<sup>35</sup>; IV, 1<sup>28-29, 47</sup>; IV, 2<sup>2, 80</sup>; V<sup>4</sup>; VI<sup>12, 15, 17, 28, 78</sup>.  
     *Tesoro de la lengua castellana o española*: IV, 2<sup>2</sup>.  
 Cratino: II, 2-2<sup>25</sup>.  
 credo [= «oración religiosa»]: IV, 1<sup>9</sup>.

creencias de la época: VI<sup>63</sup>.  
 Creta: 122, 439; IV, 1<sup>67</sup>.  
 criados: 216, 357.  
 criaturas naturales: 476.  
 Crinito, Pedro: véase *Riccio, Pietro*.  
 cristiandad: 63, 287; II, 1<sup>8</sup>; III<sup>36</sup>.  
 cristianismo: 22, 272.  
 cristianos: 96, 274, 308, 324, 427, 456, 478; IV, 2<sup>54</sup>.  
 cristianos nuevos: véase *conversos*.  
 cristianos viejos: 344; II, 2-1<sup>48</sup>; IV, 1<sup>9</sup>.  
 Cristina [personaje de *El vizcaíno fingido* de Cervantes]: I, 1<sup>116</sup>.  
 Cristo: 236, 251, 272, 302-303, 342, 450-451, 455, 460; I, 1<sup>85</sup>; I, 2<sup>6</sup>; III<sup>18</sup>; IV, 2<sup>32</sup>; IV, 2<sup>52-53</sup>.  
 apariciones de Cristo: I, 1<sup>85</sup>.  
 eclipse en la crucifixión de Jesucristo: III<sup>17</sup>.  
 entrada de Cristo en Jerusalén: 450; IV, 2<sup>32, 52-53</sup>.  
 expulsión de los mercaderes del templo: II, 1<sup>6</sup>.  
 milagros de Cristo: II, 1<sup>47</sup>.  
 nacimiento de Cristo: 455; IV, 2<sup>53</sup>.  
 Pasión de Cristo: 342; III<sup>17</sup>.  
 resurrección de Cristo: I, 1<sup>85</sup>; III<sup>18</sup>.  
 crítica:  
     de costumbres: véase *crítica social*.  
     religiosa: 25.  
     social: 25; I<sup>37</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.  
 Critolao: 430.  
 Croisille, Jean-Michel: 181.  
 Cromberger, Jacobo: IV, 2<sup>34</sup>.  
 Cromberger, Juan: I<sup>192</sup>.  
*Crotalón, El*: 182; I<sup>42, 49, 129, 134, 244</sup>.  
 crudezas [= «indigestiones»]: 365-367, 374; II, 2-2<sup>17</sup>.  
 crueldad: 251, 254-255, 462; II, 1<sup>45</sup>.  
     Véase también *hombres crueles*.  
 Cruz del Campo: véase *Sevilla/Cruz del Campo*.  
 Cruz Villalón, Josefina: 163, 165; II, 1<sup>6, 12, 90</sup>; III<sup>71</sup>; VI<sup>86</sup>.  
 cuadra [= «caballeriza»]: 326; II, 2-1<sup>6</sup>.  
 cuadra [= «habitación interior de una casa»]: 330-331; II, 2-1<sup>6, 19</sup>.

cualquiera [determinante indefinido con valor de plural; = «cualquiera»]: IV, 1<sup>60</sup>.  
 cuando [conjunción condicional; = «si»]: II, 1<sup>55</sup>.  
 cuartana: 445.  
 Cuartero Sancho, M.<sup>a</sup> Pilar: 10, 162-163, 165, 185; I<sup>103, 115, 123, 230</sup>; II, 1<sup>28</sup>; II, 2-1<sup>48, 57</sup>.  
 cubiertos de mesa: II, 2-1<sup>43</sup>.  
 cuentecillos: 54, 65, 68-69, [98]; I<sup>39, [103], 113, 115</sup>; VI<sup>64</sup>. Véase también *apotelesmas*.  
 Don Juan de Figueroa y los hombres chistosos: 315; II, 1<sup>85</sup>.  
 el bachiller de Niebla y los buñuelos: 337.  
 el borracho enfermo y sediento: 218; I<sup>113</sup>; I, 1<sup>20</sup>.  
 el chistoso que prestó una olla: 344; I<sup>113</sup>.  
 el hortelano convidador: 293.  
 el ignorante orgulloso: 417-418; I<sup>113</sup>; IV, 1<sup>9</sup>.  
 el paje y el caballo enfermos: 357; I<sup>113</sup>; II, 2-1<sup>104</sup>.  
 el truhán de Ferrara: 279-281; I<sup>113</sup>; I, 2<sup>100</sup>.  
 la dama fea deseosa de ser requerida: 294-295; II, 1<sup>28</sup>.  
 prueba de limpieza de sangre con los amigos: 339; II, 2-1<sup>48</sup>.  
 Sotomayor y los lindazos entre católico y hereje: 344-345; II, 2-1<sup>63</sup>.  
 cuentística oriental: I<sup>16</sup>.  
 cuento: 277-278, 281, 314-315.  
 cuerdos: véase *hombres cuerdos*.  
 cuernos: 460.  
 cuerpos:  
     cuerpo humano: 242, 254, 257, 373, 513, 516; I, 1<sup>107</sup>; II, 2-2<sup>11, 42</sup>.  
     cuerpo luminoso: 390. Véase también *luz*.  
     cuerpo oscuro: 390.  
     cuerpos físicos: 104.  
         densidad: 104.  
         peso: 104-105, 403.  
 cuervos: 370.

cuestiones:

cuestiones eruditas: 103, 383. Véase también *erudición*.

cuestiones naturales: 103, 383. Véase también *naturaleza*.

Cuevas García, Cristóbal: 165; I<sup>8</sup>, 65, 87, 125, 131, 191, 235; II, 1<sup>76</sup>.

cultismos: véase *Mejía*/*«Diálogos»/lenguaje y estilo/vocabulario/cultismos*.

cultivo de la tierra: 439-440.

cultura: IV, 1<sup>6, 9</sup>.

cultura antigua: véase *cultura clásica*.

cultura clásica: 71, 74, 123.

desprecio por la cultura: IV, 1<sup>6, 9</sup>.

trasvase al castellano de la cultura clásica: véase *traducciones de obras clásicas al castellano*.

Cummings, Elsa Maria: 165; I<sup>42</sup>.

curación: 232, 239, 246, 250, 252-253, 257, 264, 271, 278; IV, 2<sup>62</sup>. Véase también *asnos/curación de enfermedades a través de los asnos*.

curaciones milagrosas: 236; I, 1<sup>85</sup>.

curar: véase *curación* y *sanar*.

curiosidad: 38, 57, 81-82, 94, 99-100, 103, 348, 352; I<sup>115, 134</sup>.

curiosidades antiguas: véase *anti-güedades [curiosidades antiguas]*.

Cuvier: IV, 2<sup>43</sup>.

çancarrón: véase *zancarrón*.

Champaña: II, 2-1<sup>96</sup>.

Chancillería: 201.

charla: véase *conversación*.

Charlewood, John: 18.

Charlo Brea, Luis: 158, 160-161, 164, 171, 177, 186.

chascarrillos: véase *cuentecillos*.

Chauchadis, Claude: 162; I<sup>34, 85</sup>.

Cherchi, Paolo: 162; I<sup>230</sup>; II, 2-1<sup>29</sup>.

Chevalier, Maxime: 162-163, 165, 185; I<sup>134</sup>; I, 1<sup>20</sup>; I, 2<sup>100</sup>; II, 1<sup>28</sup>; II, 2-1<sup>48</sup>.

chilidonia: 259.

chimenea: 327, 330, 379.

Chiodi, Luigi: 163; I<sup>1</sup>.

chistes: véase *cuentecillos*.

chocarrero: 276, 279. Véase también *truhán de Ferrara*.

chylo: II, 2-2<sup>42</sup>.

dado, ir al: véase *ir al dado*.

dama muy fea: 294.

*Danzas de la muerte*: 23.

daño: 243-244, 353.

David [profeta y rey de Israel]: 448-450, 476; IV, 2<sup>19, 26</sup>; V<sup>20</sup>.

*Salmos*: 476; V<sup>20</sup>.

de:

*de* + infinitivo [sintagma preposicional en función de atributo]: IV, 2<sup>8</sup>.

nexo de la perífrasis verbal *tener de* + infinitivo: I, 1<sup>27</sup>.

partícula comparativa [= «que»]: II, 2-2<sup>14</sup>.

partícula con valor de conjunción enunciativa [= «que»]: II, 1<sup>28</sup>.

preposición [= «en»]: VI<sup>6</sup>.

preposición innecesaria o sobrante: I, 2<sup>60</sup>.

preposición intercambiable con la preposición *en* en variante textual: VI<sup>6</sup>.

preposición omitida: VI<sup>74</sup>.

preposición presente o ausente en variante textual: I, 2<sup>102</sup>; II, 1<sup>71</sup>; II, 2-1<sup>30, 97, 100</sup>; IV, 2<sup>8</sup>.

régimen preposicional del verbo *procurar*: III<sup>12</sup>.

debate [formulación lingüística]: véase *discusión*.

debate humanístico: I<sup>18</sup>.

debate medieval [género literario]: I<sup>15-16, 26</sup>.

debate poético: 22, 23; I<sup>15</sup>.

debatir: véase *discusión*.

declamación: 44, 105, 413, 465; IV, 2<sup>12</sup>. Véase también *disertación* y *oración*.

declamar: véase *declamación*.

*declamatio*: véase *declamación*.

*declamatio* eclesiástica: I<sup>15</sup>.

decoro literario: véase *decoro poético*.

decoro poético: 31; I<sup>50</sup>.

*Decretos*: 303.

*Dechado de la vida humana*: I, 1<sup>47</sup>.

dedicatoria de un libro: véase *Mejía*/*«Diálogos»/nuestra edición/Carta nuncupatoria*.

defender [= «prohibir»]: P<sup>7</sup>.  
 degollación: 299.  
 deícticos: IV, 1<sup>13</sup>; V<sup>4</sup>; VI<sup>3</sup>.  
 deixis: véase *deícticos*.  
 delante [preposición; = «delante de, ante»]: I, 2<sup>69</sup>.  
 delectación: 368, 376-377.  
*deleitar aprovechando*, principio horaciano de: 80-81; I<sup>132, 134</sup>.  
 Delgado-Gómez, Ángel: 165; I<sup>159, 245</sup>; I, 12, 40, 47, 85, 108; I, 2<sup>31, 77, 95</sup>; II, 2-1<sup>54</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.  
 Delicado, Francisco: I, 2<sup>15, 100</sup>; III<sup>71</sup>.  
*La lozana andaluza*: I, 2<sup>15, 100</sup>; III<sup>71</sup>.  
*Modo de adoperare el legno de India Occidentale*: I, 2<sup>15</sup>.  
 delicados: véase *hombres delicados*.  
 delicadura [= «delicadeza»]: VI<sup>80</sup>.  
 delincuentes: III<sup>71</sup>; IV, 1<sup>67</sup>.  
 Deloffre, J. [seudónimo de Raymond Foulché-Delbosc]: 165; I<sup>1, 3</sup>.  
 Demónico [discípulo de Isócrates]: I<sup>129</sup>.  
 demonio: 308.  
 denarios: 354-355.  
 densidad: 406. Véase también *denso*.  
 densidad de los cuerpos físicos, véase *cuerpos físicos/densidad*.  
*denso*: 405; III<sup>63</sup>.  
 derecho [= «justicia, razón»]: IV, 1<sup>52</sup>.  
 derivación [figura retórica]: I, 1<sup>15</sup>.  
 desafueros: IV, 1<sup>46</sup>.  
 desastres: 255.  
 desatinos: 300, 490.  
 descubrimientos científicos:  
     lentitud en la aceptación de los nuevos descubrimientos: III<sup>34</sup>.  
     repercusión ideológica de los nuevos descubrimientos: III<sup>34, 55</sup>.  
 desdecir [= «desmentir, argüir»]: I, 2<sup>40</sup>.  
 desgracias: véase *males*.  
 deshonestidades: 303, 335.  
 desmayos: 377; I, 1<sup>63</sup>.  
 desorden: 229, 243, 297, 323, 364, 368.  
     sustantivo de género ambiguo: II, 1<sup>111</sup>.  
 desordenados: véase *hombres desordenados*.  
 despedidas: 57, 324, 358, 379, 409-410, 465-466.

desprecio por la cultura: véase *cultura/desprecio por la cultura*.  
 destemplados: véase *hombres destemplados*.  
 destemplanza: 243-244.  
 destilaciones de aguas: véase *aguas destiladas*.  
 determinación [= «sentencia, resolución judicial»]: 277; I, 2<sup>42, 101</sup>. Véase también *sentencia judicial*.  
 determinantes:  
     cuantificadores e intensificadores [presentes o ausentes en variante textual]: IV, 1<sup>69</sup>.  
 demostrativos vs. posesivos en variante textual: II, 1<sup>80</sup>.  
 indefinidos:  
     posición insólita de los: I, 1<sup>121</sup>.  
     usos especiales: I, 1<sup>100</sup>; IV, 1<sup>60</sup>.  
 posesivos vs. demostrativos en variante textual: véase *determinantes demostrativos vs. posesivos en variante textual*.  
 determinar [= «sentenciar, resolver un pleito»]: véase *determinación*.  
 devoción: 384.  
 Deyermund, Alan: 188.  
 día: 41, 45-46, 55-57, 57-58, 61-62, 97, 99, 102-103, 107, 200-201, 219-220, 229, 233, 241, 244, 254, 258-259, 269, 280, 285, 293-294, 301, 303, 306, 310, 319, 322, 326, 335-336, 349, 353-354, 356, 358, 376, 387, 391, 396, 404, 406, 409, 418, 425, 430, 435, 438, 447, 450, 469, 472, 481-482, 487-489, 492-494, 499, 504; I<sup>77</sup>; P<sup>16</sup>; I, 1<sup>75</sup>; I, 2<sup>61, 109, 113</sup>; V<sup>4</sup>. Véase también *diálogos/estructura/el tiempo*.  
 diabólicos, hombres: véase *hombres diabólicos*.  
 diacatolicón [= «una clase de purgante»]: 251; I, 2<sup>7</sup>.  
 diagnóstico médico: véase *médicos/disparidad en el diagnóstico*.  
 dialéctica: 21, 31, 42, 47, 66, 108; I<sup>181</sup>; IV, 1<sup>1, 30-31</sup>.  
 dialógico, género: véase *diálogos/género literario*.

dialogístico, género: véase *diálogos/género literario*.  
*Diálogo de Epicteto y el emperador Adriano*: 159.  
 «Diálogo de la Tierra»: véase *Mejía/«Diálogos»/«Diálogo de la Tierra»*.  
*Diálogo de las transformaciones de Pitágoras*: 188; I<sup>62, 88</sup>.  
 «Diálogo de los médicos»: véase *Mejía/«Diálogos»/«Diálogo de los médicos»*.  
 «Diálogo natural»: véase *Mejía/«Diálogos»/«Diálogo natural»*.  
*Diálogo... por la princesa*: I<sup>53</sup>.  
 diálogos:  
   acción:  
     actualización de la acción: I<sup>35-36</sup>.  
     primacía de las ideas sobre la acción: 32, 54; I<sup>38, 40</sup>.  
   argumentación: 23, 37, 42, 47-48, 63-66, 263, 387; I<sup>39, 100, 106</sup>; I, 1<sup>79</sup>. Véase también *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/argumentación*.  
   autor: 29, 36-37; I<sup>38, 69</sup>.  
     el autor elude su responsabilidad en las opiniones de los personajes del: I<sup>50</sup>.  
   caracterización:  
     carácter didáctico: véase *diálogos/caracterización/carácter docente*.  
     carácter docente: I<sup>27, 33, 37, 43, 62, 86</sup>. Véase también *didactismo y divulgación*.  
     carácter literario: 66.  
     carácter pedagógico: véase *diálogos/caracterización/carácter docente*.  
   extensión de las piezas dialogadas: 33-34.  
   libertad compositiva: 32; I<sup>41</sup>.  
   multiplicidad de puntos de vista: I<sup>88</sup>.  
   poder de convicción: I<sup>32</sup>.  
   predominio de las ideas sobre los caracteres: 30-31, 54.  
   primacía de las ideas sobre la acción: 32, 54; I<sup>38, 40</sup>.

realismo: 60; I<sup>70, 85-86, 168</sup>.  
 verismo: véase *diálogos/caracterización/realismo*.  
 verosimilitud: 30, 64, 100; I<sup>70, 85-86</sup>.  
 clasificación:  
   clasificación tipológica: I<sup>10, 15, 64</sup>.  
   diálogo abierto: I<sup>64</sup>.  
   diálogo antidogmático: 37; I<sup>50</sup>.  
   diálogo bilingüe: I<sup>20</sup>.  
   diálogo catequístico: 21; I<sup>62, 71</sup>.  
   diálogo cerrado: 21; I<sup>64</sup>.  
   diálogo ciceroniano: 22, 25, 46; I<sup>10, 13, 23, 54</sup>.  
   diálogo circunstancial: 21, 47-49, 53, 64; I<sup>63-64</sup>.  
   diálogo clásico: 22, 24, 25.  
   diálogo con *verba dicendi*: 29; I<sup>34</sup>.  
   diálogo contradictorio: 21.  
   diálogo conversacional: I<sup>64</sup>.  
   diálogo convival: 48; I<sup>64</sup>.  
   diálogo de influencia flamenca: 39; I<sup>23</sup>.  
   diálogo de influencia italiana: 39; I<sup>23</sup>.  
   diálogo de preguntas y respuestas: I<sup>16, 18, 62</sup>.  
   diálogo desordenado: 21.  
   diálogo dialéctico: 21; I<sup>12, 49, 64</sup>.  
   diálogo didáctico: 20, 21, 24, 46, 64; I<sup>10, 12, 29, 37</sup>.  
   diálogo directo: véase *diálogo sin «verba dicendi»*.  
   diálogo doctrinal: 21, 47, 49, 53, 64; I<sup>64</sup>.  
   diálogo dogmático: 21; I<sup>49-50</sup>.  
   diálogo dramático: véase *diálogo con «verba dicendi»*.  
   diálogo en castellano: I<sup>20</sup>.  
     escasa floración antes de 1540: I<sup>53</sup>.  
   diálogo en latín: I<sup>20</sup>.  
   diálogo en prosa: 32; I<sup>27</sup>.  
   diálogo en verso: 32; I<sup>26-27</sup>.  
   diálogo escolar falso: I<sup>11</sup>.  
   diálogo filosófico: 20, 21; I<sup>10</sup>.  
   diálogo lingüístico: 21.  
   diálogo lucianesco: 46; I<sup>23, 63</sup>.  
   diálogo misceláneo: 66.  
   diálogo pedagógico: 21; I<sup>12, 62</sup>.



- diálogo platónico: 25, 47; I<sup>10, 13, 24, 54, 64</sup>.
- diálogo polémico: 21, 37, 47-49, 53; I<sup>12, 37, 50, 64</sup>.
- diálogo referido: véase *diálogo con «verba dicendi»*.
- diálogo renacentista: véase *diálogos/evolución histórica del género/en el Renacimiento*.
- diálogo sapiencial: I<sup>16</sup>.
- diálogo simposiaco: 48; I<sup>64, 73</sup>.
- diálogo sin finalidad ideológica: 21.
- diálogo sin *verba dicendi*: 29; I<sup>34</sup>.
- diálogo socrático: I<sup>11</sup>.
- diálogos *rappresentati*: véase *diálogo sin «verba dicendi»*.
- diálogos *riferiti*: véase *diálogo con «verba dicendi»*.
- mezcolanza entre los diversos tipos de diálogos: I<sup>65</sup>.
- el diálogo como:
- defensa de presupuestos ideológicos: 37.
  - desdoblamiento de la conciencia: I<sup>48</sup>.
  - imitación de una conversación real:
    - el diálogo como mimesis conversacional: 26-28, 59-60, 66; I<sup>27, 30, 39, 85-87, 116</sup>; II, 1<sup>79</sup>.
    - ficción literaria de la conversación: I<sup>85</sup>; II, 1<sup>79</sup>.
  - manual utilizado en la enseñanza de lenguas extranjeras: I<sup>44</sup>.
  - mecanismo epistemológico: véase *epistemología*.
  - pretexto para cohesionar las colecciones de relatos ejemplares y gnómicos: I<sup>16</sup>.
  - representación del proceso del pensamiento en marcha: I<sup>49</sup>.
  - reproducción de un debate: 38.
  - reproducción de un juicio: véase *juicio*.
- el término *diálogo*:
- ambigüedad: 26-27; I<sup>28, 54</sup>.
  - definición: 39-40; I<sup>54</sup>.
- estructura:
- división interna de los diálogos: I<sup>55</sup>.
  - el espacio: 32, 43-44, 47, 49, 54-55, 60-62, 64; I<sup>40, 66, 75</sup>; V<sup>2</sup>; VI<sup>3</sup>.
  - la corte como ámbito espacial en los diálogos: I<sup>69</sup>.
  - repercusión del descubrimiento de América: I<sup>41</sup>; III<sup>34</sup>.
  - el tiempo: 32, 43-44, 47, 49, 54-57, 60-62, 64; I<sup>40, 66, 76-77</sup>; V<sup>4</sup>; VI<sup>3, 87</sup>.
  - elementos estructurantes: 49; I<sup>77</sup>.
  - episodios dramáticos intercalados: 68.
  - inserción de diálogos en otras obras literarias: I<sup>41</sup>.
  - relación entre el tema, los personajes y el espacio: I<sup>41, 70</sup>.
  - relatos cortos intercalados: 68; I<sup>40, 42, 103, 113-115</sup>; II, 1<sup>86</sup>. Véase también *apoteogmas* y *cuentecillos*.
  - peligro del abuso de los relatos intercalados: II, 1<sup>86</sup>.
  - tema e interlocutores dan traba-zón a una colección de diálogos: I<sup>56</sup>.
- evolución histórica del género:
- en el reinado de Felipe III: I<sup>42</sup>.
  - en el Renacimiento: 23-26; I<sup>15, 18-19</sup>.
  - en el siglo xv: I<sup>19</sup>.
  - en la Antigüedad: 20-22.
  - en la Edad Media: 22-23; I<sup>18-19</sup>.
  - floración en el siglo xvi: 20, 39; I<sup>9</sup>.
- género literario de los diálogos: 19-39, 75-77; I<sup>8-116, 119</sup>.
- contaminación de géneros en los diálogos: I<sup>41-42</sup>.
  - diferencias de los diálogos con el género teatral: 27; I<sup>29</sup>.
  - diferencias con otros géneros literarios: 27; I<sup>29</sup>.
  - doctrina y novela en los: I<sup>36</sup>.
  - género de tradición clásica: 14; I<sup>18, 54, 119</sup>.
  - géneros retóricos en los diálogos: I<sup>106</sup>.

- hibridismo del diálogo con otros géneros: I<sup>124</sup>.  
 inclusión de autobiografías novelescas: I<sup>42, 124</sup>.  
 las acotaciones dramáticas: 60; I<sup>86, 88</sup>, IV, I<sup>113</sup>.  
 los diálogos, anteriores a las preceptivas sobre el género: I<sup>41</sup>.  
 origen del género: I<sup>13</sup>.  
 preceptivas renacentistas sobre el género: I<sup>59, 66</sup>.  
 recursos teatrales empleados: I<sup>86-87, 100</sup>, IV, I<sup>113</sup>.  
 transposición de géneros en los diálogos: I<sup>41</sup>.  
 intencionalidad:  
     finalidad informativa: 48.  
     intención moral: véase *moralismo*.  
     intención satírica: 25, 48; I<sup>63</sup>.  
     voluntad divulgativa: I<sup>26</sup>. Véase también *didactismo y divulgación*.  
 la controversia en los diálogos: 21, 23, 48, 49; I<sup>37</sup>. Véase también *diálogos/polémica*.  
 lenguaje en los diálogos:  
     búsqueda de entretenimiento en la formulación expresiva: I<sup>33</sup>.  
     defensa de la lengua romance: I<sup>116, 148</sup>.  
     formulación expresiva: 30.  
     lenguaje artístico: I<sup>39</sup>.  
     lenguaje coloquial: I<sup>39, 116</sup>; II, 2-1<sup>30</sup>.  
     lenguaje natural: I<sup>39</sup>.  
     objetividad en la formulación expresiva: I<sup>32</sup>.  
     personas gramaticales en los diálogos: 28-30, 33; I<sup>31</sup>.  
     preferencia por el castellano sobre el latín: P<sup>19</sup>.  
     preferencia por la prosa: 26, 32; I<sup>27</sup>.  
     recursos retóricos: I<sup>39, 100, 107, 117</sup>.  
     recursos paralingüísticos y kinésicos: I<sup>87</sup>.  
     verosimilitud en la formulación expresiva: I<sup>32</sup>.  
 parlamentos: 38-39, 69; I<sup>39, 51</sup>.  
 personajes: I<sup>66</sup>. Véase también *hablantes, interlocutores y Mejía/Diálogos/personajes*.  
 caracterización: I<sup>37, 39, 46-47, 49, 62, 69, 72, 74</sup>, IV, I<sup>131</sup>.  
 creación de caracteres: 36, 51; I<sup>40, 46</sup>.  
 el autor como personaje: I<sup>85</sup>.  
 el discípulo: véase *discípulo*.  
 el maestro: véase *maestro*.  
 número de personajes en los diálogos: I<sup>54, 71</sup>.  
 personajes doctos: I<sup>74</sup>.  
 personajes femeninos: I<sup>67</sup>.  
 personajes históricos: 60; I<sup>85</sup>.  
 personajes ignorantes: I<sup>74</sup>.  
 personajes reales: véase *diálogos/personajes/personajes históricos*.  
 personifican ideas o tesis: I<sup>49, 125</sup>.  
 predominio de los personajes masculinos: I<sup>67</sup>.  
 representan a los estamentos u oficios: I<sup>69</sup>.  
 representan la realidad social: I<sup>69</sup>.  
 representan las ideas u opiniones del autor: I<sup>50, 125</sup>.  
 polémica: 25, 30, 93; I<sup>37</sup>. Véase también *diálogos/controversia*.  
 técnicas compositivas:  
     fórmula de cierre: VI<sup>88</sup>.  
     conclusiones previas: I<sup>38</sup>.  
     digresiones: 60, 64-65, I<sup>101</sup>.  
     punto de vista del narrador: I<sup>69, 88</sup>.  
 temas: 25, 32-34, 38; I<sup>66</sup>.  
 variedad temática de los diálogos: I<sup>22, 41, 45</sup>.  
 valores de los diálogos literarios:  
     valor documental: I, 1<sup>7</sup>.  
*Diálogos* [sigla]: 192.  
*Diálogos* de Pedro Mejía: véase *Mejía/Diálogos*.  
*Dialogues*: véase *Mejía/«Diálogos»*.  
 Díaz, Fernando: 15, 148-149, 191-192, P<sup>1</sup>; I, 2<sup>96</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 Díaz, Hernando: véase *Díaz, Fernando*.  
 Díaz Jimeno, Felipe: 165; III<sup>36</sup>; VI<sup>64</sup>.  
 Díaz-Plaja, Guillermo: 163, 166, 189; I<sup>148, 204</sup>.

*Diccionario de autoridades*: véase *Real Academia Española*/«*Diccionario de autoridades*».

díctamo [= «hierba medicinal»]: 258; I, 2<sup>29</sup>.

dichos:

dichos populares: 122, 315. Véase también *refranes*.

dichos sentenciosos: véase *sentencias*.

didáctica [género literario]: 34, 77; I<sup>124</sup>, 148, 211.

didactismo renacentista: 14, 23-24, 26, 28, 49, 54, 65-66, 68, 80-81, 117, 123, 199; I<sup>16, 37, 43, 132-134</sup>. Véase también *divulgación* y *humanismo renacentista*.

dieta: 45, 52, 62, 67, 100, 119, 220, 224, 227, 257, 261, 278, **363-379**; I, 1<sup>2, 104</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>; II, 2-1<sup>111</sup>. Véase también *apetito* y *gastronomía*.

dieta simple vs. dieta variada: **363-379**; II, 2-1<sup>111</sup>; II, 2-2<sup>22, 62</sup>.

dietar [= «poner a dieta»]: II, 2-2<sup>33</sup>.

dietética: 250; I, 2<sup>4</sup>.

Díez Borque, José María: 166; I<sup>119</sup>.

difusión:

del conocimiento en el Renacimiento: véase *humanismo renacentista*/*didactismo*.

difusión doctrinal: 21.

digerir: véase *digestión*.

digestión: 97, 241, 252-253, 320, 359, 365-367, 372, 374-375; II, 2-2<sup>11, 46</sup>.

digresiones: véase *diálogos/técnicas compositivas/digresiones*.

diligencia [= «averiguación, indagación»]: 347.

dinero: II, 2-1<sup>36</sup>.

Diógenes de Sínope: véase *Diógenes «el Cínico»*.

Diógenes *el Cínico*: 331-[332], 334-335, 430; II, 2-1<sup>21</sup>.

Diógenes *el Estoico*: 430.

Diógenes Laercio: 127, 133, 166; I<sup>34</sup>; II, 2-1<sup>33</sup>.

*De vita et moribus philosophorum libri X*: 127, 166; II, 2-1<sup>33</sup>.

Dios: 109, 213, 216, 221, 235, 243-245, 251, 256, 273, 275, 278, 280, 287,

295, 302, 310, 326, 335, 339, 343-344, 348-349, 351, 357, 374, 376, 394, 396-397, 403, 417-418, 428, 434, 447, 454-455, 461, 465, 470, 472, 474-478, 489, 498, 512, 514; IV, 2<sup>14</sup>.

Dioscórides, Pedacio: 127, 133, 166, 338, 456; IV, 2<sup>55-56</sup>.

*De medica materia libri sex*: 127, 166; IV, 2<sup>55-56</sup>.

dioses paganos: 222, 225, 450, 462.

diplomáticos: IV, 1<sup>55</sup>.

diptongo: véase *vocales*.

Disario [personaje de las *Saturnales* de Macrobio]: II, 2-1<sup>111</sup>; II, 2-2<sup>62</sup>.

Disaurus: véase *Disario*.

discernimiento: II, 2-2<sup>56</sup>.

discípulo: 21, 40, 46, 47, 52; I<sup>11, 62, 71</sup>.

discípulos de Cristo: véase *apóstoles*.

*discipulus*: véase *discípulo*.

discordia: véase *discusión*.

discurso: 107; I<sup>124</sup>; IV, 1<sup>38</sup>; IV, 2<sup>12</sup>.

Véase también *oración* y *retórica*.

discusión: 21, 27, 29, 33, 36, 38-42, 44, 46-47, 52-54, 56, 106-107, 216-217, 221, 235, 237, 263-264. Véase también *disputa* y *porfía*.

discutir: véase *discusión*.

discutir por llevar la contraria: 42, 46, 106, 416.

disección de cadáveres: véase *anatomía*.

disentería: 457; IV, 2<sup>55</sup>.

disertación: 107. Véase también *discurso* y *oración*.

disimilación consonántica: véase *consonantes*.

disparates: 489.

disputa: 45, 52, 97-98, 106-107, 109, 143, 217, 219, 263-264, 285, 325, 363, 372, 425-426, 428, 440; I<sup>220</sup>; P<sup>1</sup>; I, 1<sup>26, 99</sup>. Véase también *discusión* y *porfía*.

disputa [género literario]: 23; I<sup>15</sup>.

disputa escolástica: véase *disputación escolástica*.

*Disputa de Elena y María*: 23.

*Disputa del alma y el cuerpo*: 23.

disputación escolástica: 22-23, 48; I<sup>15, 18</sup>.

*disputatio*: véase *disputación escolástica*.  
*disputatio interrupta*: I<sup>51</sup>.  
*disputatio perpetua*: I<sup>51</sup>.  
 dítamo: véase *dictamo*.  
*Diverses leçons de Pierre Messie*: véase *Mejía/«Silva de varia lección»*.  
 diversidad de manjares: véase *dieta simple vs. dieta variada*.  
 divertirse [= «apartarse, desviarse, alejarse»]: VI<sup>21</sup>.  
 divulgación: 54, 70-73, 106; I<sup>134</sup>. Véase también *didactismo renacentista* y *humanismo renacentista*.  
 docencia: véase *diálogos/caracterización/carácter docente*.  
 docencia universitaria medieval: I<sup>15</sup>.  
 doctores: IV, 1<sup>55</sup>.  
   doctor de la reina: 368.  
   doctores de la Iglesia: 456.  
 doctos: véase *hombres doctos*.  
 doctrina: 47, 272, 413.  
   doctrina común: 491.  
   doctrinas humanas: 417.  
   doctrinas médicas: 233.  
 dogmatismo: 37.  
 dolor: 225, 242-243, 427.  
   dolor de muelas: 279-281.  
   dolor de riñones: 349; II, 2-1<sup>79</sup>.  
 Domenichi, Ludovico: 128, 133; I, 1<sup>20</sup>.  
   *Facetie, motti e burle*: 128; I, 1<sup>20</sup>.  
 Domiciano [emperador romano]: II, 1<sup>45</sup>.  
 domingo [día de la semana]: 286.  
 Domingo de Guzmán, santo: II, 1<sup>90</sup>.  
 Domínguez Guzmán, Aurora: 10, 166; I<sup>1, 143</sup>; IV, 2<sup>9, 34</sup>.  
 dominicos [orden religiosa]: II, 1<sup>90</sup>.  
 donaires: 315, 344, 417; I, 2<sup>117</sup>. Véase también *hombres donosos*.  
 Donald, Dorothy: 166; I<sup>136</sup>.  
 doncellas: 448.  
 donosos: véase *hombres donosos*.  
 Doval, Gregorio: 166; IV, 1<sup>16, 32</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
 dracma [moneda]: 463; IV, 2<sup>80</sup>.  
*DRAE* [sigla]: véase *Real Academia Española/«Diccionario de la lengua española»*.  
 drama: véase *dracma*.

ducado [moneda]: 279, 354-355.  
 ducados de oro: 309.  
 duda: V<sup>32</sup>.  
 Dulcinea del Toboso: I, 1<sup>116</sup>.  
 Durand, René: 189.  
 duraznos: 359.  
*Eclesiastés*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento/«Eclesiastés»*.  
*Eclesiástico*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento/«Eclesiástico»*.  
 eclipses: 104, 388-389, 392; III<sup>17</sup>. Véase también *Luna/eclipse* y *Sol/eclipse*.  
 eclipse en la crucifixión de Jesucristo: III<sup>17</sup>.  
 eclipse en Sevilla: véase *Sevilla/eclipse de sol en 1539*.  
 edacidad: II, 2-2<sup>32</sup>.  
 edad:  
   edad de oro: véase *tópicos/edad de oro*.  
   edad del hombre: 370.  
 Edad Media: 22, 69, 81, 122, 135; P<sup>6, 7</sup>; II, 2-1<sup>43</sup>; IV, 1<sup>9</sup>; IV, 2<sup>63</sup>; VI<sup>64</sup>.  
 lenguaje: 115-116; VI<sup>19, 56</sup>.  
 materiales de la Edad Media utilizados en obras renacentistas: I<sup>213</sup>.  
 nobleza: IV, 1<sup>9</sup>.  
 pensamiento: I, 1<sup>40</sup>; VI<sup>64, 76</sup>.  
 usos gastronómicos: II, 2-1<sup>43</sup>.  
 Edad Moderna: 83; VI<sup>64</sup>.  
 ediciones de los *Diálogos* de Mejía: véase *Mejía/«Diálogos»/proceso y difusión editorial*.  
 Ediciones Ibéricas: 16, 149, 191.  
 Ediciones Libanó: 16.  
 edificios: **214-216**.  
 educación en Platón: véase *Platón/«Las leyes»/concepto de la educación*.  
 Egidio, doctor: IV, 1<sup>6</sup>.  
 Egido, Aurora: 160.  
 egipcios: 227.  
 Egipto: 273, 300.  
 Eguiagaray Bohigas, Francisco: 166; I<sup>134, 136</sup>; IV, 2<sup>1</sup>.  
 ejemplo [relato ejemplar]: 299, 303, 341, 363-365, 369, 371-372, 432, 434, 438, 444, 450, 456, 510; I<sup>115</sup>.  
 ejemplos [género literario]: 65-66.

ejércitos: 340, 463.  
 ejército de a caballo: 340.  
 ejército de a pie: 340.  
 el [artículo, vs. *la* en variante textual]: IV, 21.  
 Elcano, Juan Sebastián: III<sup>34</sup>.  
 elección: 333.  
 elementos:  
   elementos compuestos: 481-482.  
   elementos de la naturaleza: 62, 104-105, 108-109, 258, 275, 329, 373-374, 403, 405, **469-483**, 488, 492-493; II, 2-2<sup>43</sup>; V<sup>29, 34</sup>.  
   mixtura de los elementos de la naturaleza: véase *cosas mixtas*.  
   transmutación de los elementos de la naturaleza: 492.  
   elementos semejantes: 374.  
 elipsis [figura retórica]: II, 2-2<sup>36</sup>; III<sup>56</sup>; V<sup>30</sup>; VI<sup>9</sup>.  
 Eliseo, profeta: 448; IV, 2<sup>22</sup>.  
 elocuencia: 277, 430.  
*embaibieron*: véase *embaír*.  
 embaimiento [= «engaño, embuste»]: 273-274; I, 2<sup>87</sup>.  
 embaír [= «embaucar, engañar»]: I, 1<sup>61</sup>.  
 embajadores: 430.  
 embriaguez: 365, 371.  
 Emilio, Lelio: 226; I, 1<sup>48</sup>.  
 emperadores: 222, 228-229, 298.  
   emperadores romanos: 141, 223, 308, 502; II, 1<sup>42, 44-45, 66</sup>.  
   crueldades y excesos: II, 1<sup>42, 44-46, 66</sup>; IV, 2<sup>57</sup>.  
 emperatriz: véase *Isabel de Portugal*.  
 empérico: véase *médicos empíricos*.  
 empíricos [médicos]: véase *médicos empíricos*.  
 en:  
   preposición [= «a»]: I, 1<sup>5</sup>; III<sup>52</sup>; IV, 1<sup>7</sup>.  
   preposición [= «con, junto con, dentro de»]: VI<sup>47</sup>.  
   preposición [= «de»]: VI<sup>6</sup>.  
   preposición [= «sobre, de, acerca de»]: II, 1<sup>19</sup>.  
   preposición intercambiable con la preposición *de* en variante textual: VI<sup>6</sup>.

preposición omitida ante pronombre relativo: V<sup>14</sup>.  
 preposición omitida en complemento circunstancial: IV, 1<sup>48</sup>.  
 preposición presente o ausente en variante textual: III<sup>37</sup>; IV, 2<sup>4</sup>; V<sup>14, 32</sup>.  
 preposición sobrante: IV, 2<sup>1</sup>.  
 régimen preposicional del verbo *tratar*: IV, 2<sup>4</sup>.  
 en conserva [= «al cuidado, en auxilio»]: III<sup>32</sup>.  
 en forma [= «bien, ciertamente, en verdad»]: II, 2-1<sup>98</sup>; III<sup>4</sup>.  
 en infinito [= «dilatado, interminable»]: III<sup>24</sup>.  
 en vestimento [= «como una vestidura»]: V<sup>20</sup>.  
 encabezados de página: 152.  
 Encina, Juan del: 87.  
*Trivagia*: 87.  
 enemigos: 306, 432-433; IV, 1<sup>46</sup>; VI<sup>57</sup>.  
 enfermedad: 45, 62, 92, 92, 96, 212, 220, 223, 225, 227, 236, 238-241, 246, 252-253, 257-258, 261, 263, 266-267, 269, 271-273, 276, 364-365, 367, 369-370, 513-514; I, 1<sup>85</sup>; II, 2-2<sup>42</sup>; IV, 2<sup>62</sup>. Véase también *mal*.  
 enfermedades genitales: I, 1<sup>63</sup>.  
 enfermos: 227, 250-251, 254, 256, 259, 265, 365, 371, 433. Véase también *enfermedad*.  
 enflaquecer: 377.  
 enfriar: 353. Véase también *frío*.  
 engañar: 433.  
 engordar: 355, 364. Véase también *cebar*.  
 enhechizar [= «hechizar»]: I, 1<sup>61</sup>.  
 enloquecer: IV, 1<sup>41</sup>. Véase también *locos y locura*.  
 enojarse: véase *enojo*.  
 enojo: 279, 353, 385, 513; II, 2<sup>1</sup>.  
 Enríquez, Enrique Jorge: I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
 Enríquez de Ribera, Fadrique: 87-88; P<sup>14</sup>; II, 2-1<sup>83</sup>.  
 Enríquez de Ribera, Fernando: 88.  
 ensayo: 25, 34, 75; I<sup>25, 119, 122</sup>.  
 entierro: 261.  
 entresuelos: 216.

envenenamiento: véase *veneno*.  
 envíos a notas: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/nuestra edición/notas.  
 Enzinas, Francisco de: IV, 1<sup>15</sup>.  
 eñader: véase *añedir*.  
 eñadir: véase *añedir*.  
 epigramas latinos preliminares: véase *Mejía/obra/poemas latinos preliminares*.  
 epílogo [parte de un discurso]: IV, 2<sup>1</sup>.  
*epilogus*: véase *epílogo*.  
 episodios dramáticos intercalados: véase *diálogos/estructura/episodios dramáticos intercalados*.  
 epistemología: 21, 96.  
 epístola [género literario]: 75-77, I<sup>124, 126</sup>.  
 epítome [= «resumen de una obra»]: 422; IV, 1<sup>22</sup>.  
 equinoccial, línea [= «ecuador terrestre»]: 401-402, 470.  
 Erasítrato: 97, 134, 223, 228, 239, 242, 252; I<sup>224</sup>; I, 1<sup>97</sup>.  
 erasmismo: 99, **143-146**; I<sup>230</sup>; II, 1<sup>6</sup>; IV, 2<sup>9, 71</sup>. Véase también *Erasmus de Rotterdam*.  
 repulsión por los libros de ficción inverosímil: I<sup>230</sup>.  
 Erasmo de Rotterdam, Desiderio: 14, 35, 39, 46, 48, 53, 128, 133, 135, 139, 142-146, 166, 176, 445; I<sup>19, 23, 39, 45-46, 54, 64, 67, 73, 111, 136, 143, 150, 197, 242, 245-246</sup>; P<sup>14</sup>; I, 1<sup>2, 24, 25, 40, 68</sup>; I, 2<sup>26</sup>; II, 1<sup>2, 21, 45, 63, 76, 83, 85, 89, 93</sup>; II, 2-1<sup>10, 24, 33, 53, 56-57, 65</sup>; IV, 1<sup>1, 4, 33</sup>; IV, 2<sup>1, 9, 71</sup>.  
*Adagiorum chiliades*: 128, 166; I<sup>111</sup>; II, 2-1<sup>65</sup>.  
*Apotegmas* o *Apophthegmatum libri octo*: 128, 166; I<sup>143</sup>; P<sup>14</sup>; II, 1<sup>63, 83, 85</sup>; II, 2-1<sup>33, 53, 57</sup>; IV, 2<sup>9</sup>.  
*Coloquios* o *Colloquia familiaria*: 35, 39, 46, 128, 144-145, 166, 176; I<sup>39, 44, 67, 73, 197, 245</sup>; II, 2-1<sup>56</sup>.  
*Colloquium senile* o *Coloquio de viejos*: 128; I, 1<sup>25</sup>; I, 2<sup>26</sup>.  
*Convivium fabulosum*: I<sup>64, 73</sup>.  
*Convivium religiosum*: 128; I<sup>64, 73, 246</sup>; II, 1<sup>2, 21, 89, 93</sup>; II, 2-1<sup>24, 56</sup>.  
*Funus*: 128; I, 1<sup>24, 40, 68</sup>.

*Elogio de la locura* o *Encomium Moriae*: 16, 128, 143-144, [445]; I<sup>73</sup>; IV, 2<sup>1, 9</sup>.  
*Encomio de la medicina*: 128; I<sup>150</sup>; I, 1<sup>2</sup>.  
*Institutio principis christiani*: II, 1<sup>76</sup>.  
 erística: 107; I<sup>219</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.  
 Eritolemo: véase *Euritolemo*.  
 Ernout, A.: 180.  
 Eróphilo: véase *Herófilo*.  
 errores:  
     errores comunes: 426-427; I<sup>213</sup>; IV, 1<sup>32</sup>.  
     errores de conocimiento: 104, 256, 401-402, 507; I<sup>159</sup>; III<sup>55</sup>.  
     errores de fe: 418.  
     errores de los humanistas en las citas de autores: véase *humanismo renacentista/errores en las citas de autores*.  
 erudición: 48, 107, 121, 199, 205, 465; I<sup>121, 123, 130, 236</sup>; P<sup>1</sup>; II, 1<sup>108</sup>; II, 2-1<sup>18</sup>.  
 erutaciones [= «eructos»]: 366.  
 Escalas, obispo de: véase *Río, Baltasar del*.  
 escalera: 261.  
 Escaligero, Julio César: 80.  
*Poética*: 80.  
 escamonea [= «resina purgante»]: 251; I, 2<sup>7</sup>.  
 escarcha: VI<sup>32v</sup>.  
 escenario: véase *diálogos/estructura/el espacio* y *Mejía*/«*Diálogos*»/estructura/el espacio.  
 Escipión: IV, 1<sup>36</sup>.  
 esclavos: III<sup>71</sup>.  
 Escolar Sobrino, Hipólito: 166; P<sup>13</sup>.  
 escolares: IV, 1<sup>55</sup>.  
 escolástica medieval: I<sup>15</sup>; IV, 1<sup>28</sup>.  
 escolasticismo: 146; IV, 1<sup>1, 30</sup>.  
 Escoto: 146.  
 Escribano, Alonso: I, 2<sup>15</sup>.  
 escripto: véase *escrito*.  
 escrito [término jurídico; = «alegado del abogado en una causa»]: 235; I, 1<sup>79</sup>.  
 escritor:  
     escritores didácticos: véase *didáctica*  
     función social del escritor: 71; I<sup>117-118</sup>

escritura de los médicos: 233, 246.

*Escritura*: véase «*Biblia*».

Sagrada Escritura: véase «*Biblia*».

Santa Escritura: véase «*Biblia*».

escrituras:

escrituras divinas: 464; II, 1<sup>57</sup>. Véase también *letras divinas*.

escrituras humanas: 304, 464; II, 1<sup>57</sup>, 108. Véase también *letras humanas* y *letras profanas*.

escrituras profanas: 272. Véase también *escrituras humanas* y *letras humanas*.

escrituras sagradas: véase «*Biblia*» y *escrituras divinas*.

*Escrituras*: véase «*Biblia*».

Escudero y Perosso, Francisco: 166; I<sup>1,3</sup>.

escuderos: 417.

escudero ignorante: 417-418.

escudilla: 352.

escudo [moneda]: P<sup>13</sup>.

escudo:

escudo de armas: P<sup>1</sup>.

escudos de impresores: véase *marcas de impresores*.

escuelas: 107, 425; IV, 2<sup>12</sup>.

Esculapio: 222, 273.

esferas, composición del universo en: 109, 473, 481-482, 494; V<sup>40</sup>.

décima esfera: 473.

esfera del fuego: 494; V<sup>40</sup>; VI<sup>46, 82</sup>.

esfuerzo: IV, 2<sup>52</sup>.

esgrima: I, 1<sup>78</sup>.

Eslava, Antonio de: I<sup>42</sup>.

*Noches de invierno*: I<sup>42</sup>.

espacio: véase *diálogos/estructura/el espacio* y *Mejía/«Diálogos»/estructura/el espacio*.

espada: 306, 433.

espanto: 310.

España: 15, 24-25, 39, 59, 72, 78, 83-84, 94, 227, 260; I<sup>19, 44, 64, 69, 111, 119, 128, 148</sup>.

Esparciano, Elio: 128, 359; II, 2-1<sup>107</sup>.

Véase también *Capitolino, Julio*.

especies: 345; II, 2-1<sup>67</sup>.

especiería: 395; III<sup>34</sup>.

espejos: 389.

espía [= «vigilante»]: 331.

Espinel, Vicente: III<sup>71</sup>.

*Vida de Marcos de Obregón*: III<sup>71</sup>.

Espinosa, Juan de: 174; I<sup>55</sup>.

*Diálogo en laude de las mujeres*: 174; I<sup>55</sup>.

Espinosa y Cárcel, Antonio María de: 166; II, 1<sup>10</sup>.

Espinosa y Santayana, Rodrigo de: I<sup>59</sup>.

*Arte retórica*: I<sup>59</sup>.

espíritu:

espíritu [término médico]: 239, 241, 252.

espíritu de contradicción: 415.

Estado [entidad política]: IV, 1<sup>36</sup>.

*estar* [verbo con valor transitivo]: V<sup>25</sup>.

Este, Borso d' [duque de Ferrara]: I, 2<sup>99</sup>.

Este, familia d': I, 2<sup>99</sup>.

Esteva, María Dolores: 166; I<sup>16</sup>.

estilo:

directo: 29-30, 33, 44.

indirecto: 29, 33.

oratorio: 369.

estío: véase *verano*.

estoicismo senequista: 22.

estómago: 97, 237, 252, 342, 358, 363, 366, 379, 404, 495; II, 2-2<sup>42</sup>.

flaquezas de estómago: 349.

estoraque [= «árbol de resina aromática»]: 351; II, 2-1<sup>82</sup>.

Estrabón: 128, 133, 166, 227; I<sup>221</sup>; I, 1<sup>52</sup>.

*De situ orbis libri XVII* o *Geographia*: 128, 166; I, 1<sup>52</sup>.

estrados: 335.

estrellas: 118, 258, 392, 453, 472-473, 475-476, 489-490, 492-493, 504, 507-508, 515; III<sup>17</sup>; V<sup>29</sup>; VI<sup>58, 71</sup>.

estrellas fijas: 507.

estrellas fugaces: VI<sup>10, 82</sup>.

estrellas nublosas: 453-454.

estrellas septentrionales: 473.

influencia de las estrellas: 472-473, 475-477, 504; VI<sup>57, 71</sup>.

estudio: 257; IV, 1<sup>4</sup>.

esual [= «medicina dietética»]: véase *dietética*.

éter [= «esfera del fuego»]: V<sup>40</sup>.

ética: 108; I<sup>181</sup>.

etimología en los *Diálogos* de Mejía, la: véase *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/etimología*.

Eupolis: véase 369; II, 2-2<sup>25</sup>.

Eupolo: véase *Eupolis*.

Euritolemo: 299; II, 1<sup>39</sup>.

Europa: 24, 35, 104, 308, 339, 395; VI<sup>57</sup>.

idea de la unidad de Europa: I<sup>136</sup>.

Eusebio [personaje del *Convivium religiosum* de Erasmo]: 146.

Eustathius [personaje de las *Saturnales* de Macrobio]: II, 2-1<sup>111</sup>; II, 2-2<sup>22</sup>.

Eustatio: véase *Eustathius*.

Eutidemo: IV, 1<sup>46</sup>; IV, 2<sup>43</sup>.

Evano: véase *Eveno*.

Eveno: 134, 327; I<sup>224</sup>.

excentricidades en los banquetes: 308.

excesos: 297, 300-302, 306, 310, 378; II, 1<sup>42</sup>, 44-46.

excesos en las comidas: 300-302, 323; II, 1<sup>42</sup>, 44-46, 66.

*exempla*: véase *ejemplos* [género literario].

exhalaciones terrestres: 493-494, 499-501, 503-505, 508, 512, 515-516; VI<sup>46, 82</sup>.

Eximenis, Francisco: véase *Jiménez, Francisco*.

éxito social del escritor: véase *Renacimiento/éxito social del escritor*.

*Éxodo*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento/«Éxodo»*.

exordio: IV, 2<sup>1</sup>.

*exordium*: véase *exordio*.

expeler: V<sup>8</sup>.

experiencia: 109-110, 238, 240-241, 250, 252-253, 255, 258, 260, 263-269, 271-274, 276, 278, 370, 378, 395, 401-402, 474, 510; IV, 1<sup>30</sup>.

Véase también *práctica y uso*.

experiencia vital: IV, 1<sup>4</sup>.

experiencias [= «experimentos»]: 255.

experimentos: 269. Véase también *experiencias*.

expresión natural, ideal renacentista de la: véase *Renacimiento/naturalidad expresiva*.

expurgo inquisitorial: véase *censura de libros*.

extranjeros: 428.

extrañezas: véase *cosas extrañas*.

extremos [= «extremosidades»]: 264, 311, 348-349, 352-353, 378, 384, 445.

Fabián, véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Fabián*.

fábula [= «mentira»]: 370.

fábulas [= «historias fingidas»]: 450, 454, 462.

facecias: 98; I<sup>103, 115</sup>; I, 1<sup>20</sup>; I, 2<sup>100</sup>; II, 2-1<sup>48</sup>. Véase también *apoteogmas y cuentecillos*.

facinerosos [= «delincuentes, malvados»]: 439; IV, 1<sup>66</sup>.

facinorosos: véase *facinerosos*.

facultad [= «estudio o profesión»]: 256, 378.

faisanes: 309.

Falcón Márquez, Teodoro: 166; II, 1<sup>10</sup>.

falsedad: 421; IV, 1<sup>42</sup>.

fama: 74.

fatiga: véase *cansancio*.

fatigas [= «ansias de vomitar»]: 366.

Faulí, Salvador: 16.

fausto [= «ornato, lujo»]: 335.

fe: 262, 386, 416.

fe cristiana: véase *cristianismo*.

fe de erratas en los *Diálogos* de Mejía: véase *Mejía/«Diálogos»/proceso y difusión editorial/fe de erratas*.

mala fe: IV, 1<sup>42</sup>.

Fedro [Personaje del *Funus* de Erasmo]: 144.

Felipe II: 84, [199, 202], P<sup>2</sup>, P<sup>21</sup>.

Felipe III: véase *diálogos/evolución histórica del género en el reinado de Felipe III*.

feminismo: véase *Mejía/pensamiento/feminismo y misoginia en la obra de Mejías*.

fenómenos:

atmosféricos: 110; VI<sup>10-11, 46, 57</sup>.

Véase también *atmósfera, calor atmosférico, meteorología, niebla, sequedad atmosférica*.



ígneos: VI<sup>46, 82</sup>. Véase también *fuego*.  
 meteorológicos: véase *meteorología*.  
 Fernández Álvarez, Manuel: 167; I<sup>134</sup>; P<sup>12</sup>; II, 2-1<sup>84</sup>.  
 Fernández de Córdoba, Gonzalo: véase *Gran Capitán, el*.  
 Fernández de Oviedo, Gonzalo: 167; I<sup>62, 115, 176</sup>; P<sup>10</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.  
*Batallas y Quincuagenas*: I<sup>62, 115</sup>.  
*Historia general y natural de las Indias*: 167.  
 Fernández de Santaella, Rodrigo: VI<sup>86</sup>.  
 Fernández Jiménez, Juan: III<sup>2</sup>.  
 Fernando de Aragón: véase *Duque de Calabria*.  
 Fernando Fe, Librería: 149, 191.  
 Fernando III *el Santo*, rey de Castilla: II, 1<sup>90</sup>.  
 Ferrara: 278-281; I, 2<sup>99</sup>. Véase también *Ferrara, marqués de y truhán de Ferrara*.  
 Ferrara, marqués de: 93, 143, 276-277, 279-281.  
 Ferreras, Jacqueline: 167-168; I<sup>8, 14, 18, 21, 27, 32, 35, 37, 39-41, 43, 45, 49, 59-60, 64, 66-67, 69-72, 76, 85-86, 111, 114, 133, 209</sup>; P<sup>19</sup>; I, 1<sup>53</sup>; I, 2<sup>13, 31</sup>; II, 1<sup>12</sup>; II, 2-1<sup>2, 36</sup>; II, 2-2<sup>43, 56</sup>; III<sup>2, 34, 55</sup>; IV, 1<sup>4, 6, 8, 30</sup>; IV, 2<sup>14, 71</sup>; V<sup>2, 11, 13, 32-33</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 Festo, Sexto Pompeyo: 128, 133, 168, 321; II, 1<sup>103</sup>.  
*De verborum significatu*: 128, 168; II, 1<sup>103</sup>.  
 Fez: II, 2-1<sup>79</sup>.  
 Ficino, Marsilio: IV, 1<sup>4</sup>.  
 fiebre: 218, 239; I, 1<sup>63</sup>. Véase también *calentura*.  
 fiebre maligna: I, 1<sup>63</sup>.  
 fiestas: 308, 319.  
 Figueroa, Juan de: 315; II, 1<sup>85</sup>.  
 figuras retóricas de repetición: 117.  
 Filelfo, Francisco: 172.  
 Filipo V, rey de Macedonia: II, 1<sup>37</sup>.  
 Filo, Furio [personaje del *De republica* de Cicerón]: 431; IV, 1<sup>36, 39-40</sup>.  
 filosofar: 266. Véase también *filósofos*.  
 filosofía:  
     filosofía divina: 408. Véase también *teología*.

filosofía natural: 65, 98, 239, 408, 424, 480-481, 493, 510, 512; III<sup>55</sup>. Véase también *filósofos naturales*.  
 filosofía santa: véase *filosofía divina*.  
 filosofía tomista: véase *tomismo*.  
 filosofías [= «conocimientos»]: 292.  
 filósofos: 20, 84, 107, 195, 200, 243, 252, 309, 311, 327-328, 332, 334-335, 379, 403, 425, 428-431, 437, 451, 472, 477, 479, 488-490, 495, 507, 515; II, 2-1<sup>11</sup>. Véase también *filosofía natural* y *filósofos naturales*.  
 filósofos académicos: 430.  
 filósofos estoicos: 430.  
 filósofos naturales: 451, [495]. Véase también *filosofía natural*.  
 filósofos peripatéticos: 430; IV, 1<sup>37</sup>.  
 filósofos platónicos: 451.  
 fin [= «final, término»; sustantivo de género ambiguo]: V<sup>15</sup>.  
 fines [= «lindes, fronteras»]: 329.  
 Firmico Materno, Julio: 128, 133, 168, 454; IV, 2<sup>46</sup>.  
*Astronomicon libri VIII o Matheseos*: 128, 168; IV, 2<sup>46</sup>.  
 flamencos [= «naturales de Flandes»]: 463.  
 Flaminio, Lucio Quincio: 298; II, 1<sup>37</sup>.  
 Flaminio, Tito Quincio: II, 1<sup>37</sup>; II, 2-1<sup>53</sup>.  
 Flandes: 103, 350, 439.  
 flaquezas de estómago: véase *estómago/flaquezas de estómago*.  
 flema [= «humor del cuerpo»]: 373; II, 2-2<sup>42</sup>.  
 Florentín, Miguel: II, 1<sup>6</sup>.  
 Floro, Lucio Anneo: 128, 133-134, 422; IV, 1<sup>22</sup>.  
*Epitomae*: 128; IV, 1<sup>22</sup>.  
 Foix, Germana de: II, 2-1<sup>84</sup>.  
 folclore: 69.  
 Folché-Delbosc, Raymond: I<sup>1</sup>.  
 fonética histórica: véase *consonantes y vocales*.  
 Fonquerme, Y.-R.: 160.  
 forma, en: véase *en forma*.  
 Forno, Carla: 168; I<sup>29-30, 41, 43, 49, 69, 124</sup>.  
 Foulché-Delbosc, Isabel: 168, I<sup>1</sup>.

Foulché-Delbosc, Raymond: 168, I<sup>7</sup>.  
 Véase también *Deloffre, J. [seudónimo de Raymond Foulché-Delbosc]*.  
 Fradejas Lebrero, José: 168; I, 1<sup>20</sup>.  
 Franceschini, Camillo y Francesco: 16.  
 Francia: 355.  
 Franco Leardo, Francisco: I, 2<sup>96</sup>; II, 2-1<sup>90</sup>.  
*Tratado de la nieve*: II, 2-1<sup>90</sup>.  
 frases:  
     equilibrio y simetría: véase *simetría sintáctica*.  
     frases hechas: 316; II, 2-1<sup>49</sup>.  
 Fratelli, Ambrosio y Bartolomeo dei: 16.  
 Frédéric, Anne Marie: 179.  
 fresco: 436.  
 frescor: véase *fresco*.  
     frescor del mar: 435.  
 Frías, Damasio de: I<sup>62, 69</sup>.  
*Dórida*: I<sup>62</sup>.  
 fricaciones: 261.  
 frío: 241, 254, 327, 333, 347-349, 352, 496-497, 499-500; II, 2-2<sup>42</sup>.  
     calidad de la naturaleza humana: 373-374.  
 prior [= «frío»]: VI<sup>19</sup>.  
 frutas: 327, 328, 339, 348, 369. Véase también *frutos*.  
 frutos: 370. Véase también *frutas*.  
     frutos medicinales: 225, 230, 240.  
 fuego: 65, 101, 108-109, 118, 140-141, 327-330, 334, 373-374, 390, 403, 406, 408, **469-483**, 492-495, 497, 500, 504, 515; II, 2-1<sup>12</sup>; III<sup>62, 68</sup>; V<sup>34</sup>; VI<sup>43, 46, 82</sup>.  
     fuego elemental: 482.  
     fuego simple: 408.  
 fuente [= «plato grande»]: 337.  
 fuentes de agua: 517.  
 fuentes en los *Diálogos* de Mejía: véase *Mejía/«Diálogos»/fuentes*.  
 fuerza corporal: 336.  
 fumito [= «humito»]: VI<sup>15</sup>.  
 furiosos: 433.  
 galaaditas: 450.  
 Galeno, Claudio: 128, 133, 168, 228, 233, 338, 341; II, 2-1<sup>54</sup>.

*De alimentorum facultatibus*: 128; II, 2-1<sup>54</sup>.  
*Omnia... opera*: 168.  
 galera: 501.  
 Galí, Neus: 187; IV, 1<sup>33</sup>.  
 Gallardo, Bartolomé José: 168; I<sup>1</sup>.  
 Gallego Barnés, Andrés: 168; I<sup>27, 118, 121, 133-134, 148, 191</sup>; IV, 1<sup>6</sup>.  
 gallinas: 355.  
 García, Francisco Javier: 15, 149, 191.  
 García Blanco, José María: II, 2-1<sup>81</sup>.  
 García de la Concha, Víctor: 189.  
 García de la Torre, Moisés: 168; I<sup>129, 134, 191, 203</sup>.  
 García de Sotomayor: II, 2-1<sup>63</sup>.  
 García Galiano, Ángel: 168; I<sup>127, 129, 131, 212</sup>.  
 García Gual, Carlos: 168-169; I<sup>122</sup>.  
 García Hourcade, Juan Luis: 188.  
 García Lara, Fernando: 10.  
 García Martín, Manuel: 169, 175, 179.  
 García Martín, Pedro: 169; I<sup>143</sup>.  
 García Matamoros, Alfonso: I<sup>203</sup>.  
 García Pinilla, Ignacio J.: 169; IV, 1<sup>6</sup>.  
 García Soriano, Justo: 169; I<sup>190, 203</sup>.  
 García Villoslada, Ricardo: 170.  
 Garcilaso de la Vega, *el Inca*: P<sup>11</sup>.  
 Gaspar: véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Gaspar*.  
 Gasparis Lupi: véase *López de Nueda, Gaspar*.  
 gastronomía: 58, 100, **285-379**. Véase también *alimento, almuerzo, apetito, cena, comidas, convites, dieta, manjar, mantenimiento y vianda*.  
 Gayangos, Pascual de: I<sup>3, 247</sup>.  
 gemas: I, 1<sup>99</sup>.  
 géneros:  
     género deliberativo: 22.  
     género dialógico: véase *diálogos/género literario de los diálogos*.  
     género dialogístico: véase *diálogos/género literario de los diálogos*.  
     género epidíctico: I<sup>106</sup>.  
     género judicial: I<sup>106</sup>.  
     géneros didácticos: véase *didáctica*.  
*Génesis*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento/«Génesis»*.

# ÍNDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO

geocentrismo: véase *teoría geocéntrica*.  
geodinámica: 56, 110.  
geofísica: 46, 56, 109; VI<sup>10</sup>.  
geografía: 110.  
germanismos: véase *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/vocabulario/cultismos/germanismos*.  
gigantes: 450, 462.  
Gil, Juan: véase *Egidio, doctor*.  
Gil, Juan: 169; IV, 2<sup>34</sup>.  
Gil, Luis: 169.  
Gil de Hontañón, Juan: II, 1<sup>10</sup>.  
Ginebra: 17.  
Giri, Donato: 169; I<sup>1</sup>.  
Girón, J. L.: 189.  
Giuliani, Luigi: 167.  
Glaucó: véase *Glaucón*.  
Glaucón [personaje de *La república* de Platón]: 431; IV, 1<sup>41</sup>.  
Glición [personaje del *Colloquium senile* de Erasmo]: 144; I, 1<sup>25</sup>; I, 2<sup>26</sup>.  
gobernación: 431.  
gobernador: 201.  
gobierno de la propia casa: 442-443.  
godos: 319.  
golondrina: 259.  
golosina: 338.  
Gómez, Jesús: 169-170: I<sup>8-10, 13, 18, 22-24, 27-29, 34, 38-39, 42-43, 45, 49-50, 52-53, 60, 62, 64-67, 69, 73, 75, 77, 85-86, 105, 107, 114-117, 124, 132, 233, 236, 244</sup>; IV, 1<sup>55</sup>; V<sup>2</sup>.  
Gómez Camacho, Alejandro: 170; 184, I<sup>115</sup>.  
Gómez Canseco, Luis: 161, 170; I<sup>68</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
Gómez-Montero, Javier: 170; I<sup>64, 73</sup>.  
Gómez Moreno, Ángel: 170; I<sup>17</sup>.  
González Álvaro, María Luisa: 155, 158, 164, 170, 173, 181-182; I<sup>214, 235</sup>.  
González de Amezúa y Mayo, Agustín: 170; I<sup>138, 150, 192, 229</sup>; P<sup>13</sup>; I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
González Manjarrés, Miguel Ángel: 164, 170; I<sup>163, 182, 236, 243</sup>; I, 2<sup>96</sup>; II, 1<sup>32, 42, 45, 63, 72, 83, 105</sup>; II, 2-1<sup>33, 54, 70, 90, 111</sup>; II, 2-2<sup>4, 11, 26, 37, 49</sup>; IV, 1<sup>1, 15, 22, 31, 38, 42, 52</sup>; IV, 2<sup>9, 12, 24, 40, 51, 57, 66, 71</sup>.  
González Moreno, Joaquín: 170; I<sup>143</sup>.

González Novalín, José Luis: 170; IV, 1<sup>6</sup>.  
Goold, George P.: 175.  
gota [= «enfermedad de las articulaciones»]: 457; IV, 2<sup>55</sup>.  
gota coral [= «epilepsia»]: 456; IV, 2<sup>55</sup>.  
Gracián de la Madre de Dios, fray Jerónimo: 178.  
*Diez lamentaciones del miserable estado de los ateístas de nuestro tiempo*: 178.  
Gracián, Baltasar: IV, 1<sup>32</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
*Criticón*: IV, 1<sup>32</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
Gracias [diosas]: 317-318.  
gracioso, personaje del: 53.  
Gradas de la catedral de Sevilla: véase *Sevilla/Gradas de la catedral*.  
Graesse, Jean George Théodore: 170; I<sup>1</sup>.  
grafías en los *Diálogos* de Mejía: *Mejía/«Diálogos»/transcripción textual/grafías*.  
Gran Capitán, el: II, 2-1<sup>84</sup>.  
Granada: II, 2-1<sup>83</sup>; IV, 1<sup>55</sup>.  
Capilla Real: II, 2-1<sup>83</sup>.  
Granada, fray Luis de: II, 2-2<sup>54</sup>.  
graneros: 216.  
granizo: 110, **487-518**; VI<sup>24</sup>.  
Granjel, Luis S.: 170; I, 1<sup>40</sup>.  
granjería [= «ganancia, beneficio»]: 232.  
gravedad: 314.  
gravitación universal, ley de: 104, 383, 397-398; III<sup>30</sup>.  
Grecia: 20, 338.  
Green, Otis H.: 152-153, 170; I<sup>133</sup>; II, 2-2<sup>43</sup>; VI<sup>64, 71</sup>.  
Gregorio Magno, san: 128, 133, 296, 316, 321; II, 1<sup>31, 88, 105</sup>.  
*Homiliarum in Evangelia*: 128; II, 1<sup>31, 105</sup>.  
*Moralia in Iob*: 128; II, 1<sup>31</sup>.  
*Registrum epistolarum*: 128; II, 1<sup>88</sup>.  
griego: véase *lengua griega*.  
griegos: 226, 233, 238, 339, 340.  
Gruget, Claude: 18.  
Guadalquivir: 104, 395; III<sup>71</sup>. Véase también *Sevilla/Guadalquivir*.  
guantes: 337.  
Guarino Ortega, Rosario: 170; I<sup>130, 226</sup>; II, 1<sup>45</sup>.

- guayacán: véase *palo de Indias*.  
 guerra: 255, 353, 432, 461, 508, 510, 513-514; IV, 2<sup>52, 71</sup>.  
 guerra justa: 432-434.  
 Guevara, Fray Antonio de: 74, 103, 118, 159, 182; I<sup>122, 129, 136, 191</sup>; I, 1<sup>2, 57</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 1<sup>76</sup>; IV, 1<sup>5</sup>.  
*Arte de marear*: 182.  
*Cartas familiares*: 103; IV, 1<sup>5</sup>.  
*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*: 182.  
*Obras completas*: 159.  
*Reloj de príncipes*: I<sup>129</sup>; II, 1<sup>76</sup>.  
 Guia y Marín, Josep: 178; I, 2<sup>33</sup>.  
 Guichot y Sierra, Alejandro: 171; II, 1<sup>10</sup>.  
 Guillemin, Anne-Marie: 180.  
 Guillén, Claudio: 171; I<sup>64</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.  
 Guiraud, Charles: 187.  
 guisados: 369.  
 Gullón, Ricardo: 160.  
 gusto: 27, 62, 75, 103, [316], 341, 346, 349-350, 352, 377-378, 383, 394, 428, 462, 488, 517.  
 Guzmán, Juan de: VI<sup>64</sup>.  
  
 Haag, Herbert: 171; IV, 2<sup>53</sup>.  
 habitar al borde del mar: véase *lugares marítimos*.  
 habla [= «acto de hablar»]: 26, 68, 70, 115. Véase también *hablar*.  
 habla [= «arenga militar»]: 340.  
 habladores: véase *hombres habladores*.  
 hablantes: 30, 52, 55, 60, 62; I<sup>31</sup>.  
 Véase también *diálogos/personajes*, *interlocutores* y *Mejía/«Diálogos»/personajes*.  
 hablar: 31, 44, 54, 57-59, 64, 67, 69, 82, 92, 94, 103, 114, 122, 139, 141, 145, 149, 213, 216, 236, 246-247, 250, 265, 287, 291, 295, 297, 313, 316, 321, 328-329, 338-339, 352, 358, 360, 368, 385-387, 404, 409, 416, 418, 455, 483, 488, 510; I<sup>48, 51</sup>; I, 1<sup>81</sup>. Véase también *conversación*.  
 haciendas: 489.  
 hacha [= «antorcha»]: 390-391, 493; VI<sup>15</sup>.  
 halcones: 391.  
 hallarse [= «encontrarse a gusto»]: II, 1<sup>4</sup>.  
  
 hambre [apetito]: 119, 241, 292, 331, 348, 371, 377.  
 hambre [epidemia]: 512-514; IV, 2<sup>78</sup>.  
 hambruna: véase *hambre [epidemia]*.  
 harina: IV, 2<sup>78</sup>.  
 Hazañas y la Rúa, Joaquín: 171; II, 1<sup>10</sup>; III<sup>34</sup>.  
 Hebreo, León: 183.  
*Diálogos de amor*: 183.  
 hebrero [= «febrero»]: P<sup>11</sup>.  
 Heck, Eberhard: 172.  
 helada: 110, **487-518**; VI<sup>24, 32</sup>.  
 Helena, doña: 293.  
 helenismos: véase *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/vocabulario/helenismos*.  
 heliocentrismo: véase *teoría heliocéntrica*.  
 Heliogábalo: 100, 301, 308; I<sup>167</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
 henchimiento: véase *repleción*.  
 herejes: 345, 416; IV, 1<sup>6, 15</sup>. Véase también *herejía*.  
 herejía: 342, 402; II, 2-1<sup>63</sup>; IV, 1<sup>6</sup>. Véase también *herejes*.  
 heridas: 254, 327. Véase también *heridos*.  
 heridos: 254; I, 2<sup>29</sup>.  
 Hernández, Francisco: 181; II, 2-1<sup>93</sup>.  
 Herodes *Antipas* o *Antipáter*: 298; II, 1<sup>36</sup>.  
 Herodes *el Tetrarca*: véase *Herodes «Antipas»*.  
 Herodes I *el Magno*, rey de los judíos: 343; II, 2-1<sup>57</sup>.  
 Heródoto: 128, 133, 171, 227; I<sup>221</sup>; I, 1<sup>52</sup>.  
*Historia*: 128, 171; I, 1<sup>52</sup>.  
 Herófilo: 239, 242; I, 1<sup>96-97</sup>.  
 Herrera, Antonio de: I<sup>176</sup>.  
 Herrera, Fernando de: 80, 165, 179; I<sup>131</sup>.  
*Anotaciones a la poesía de Garcilaso*: 80, 179; I<sup>131</sup>.  
*Poesía castellana original completa*: 165.  
 Herrera, Hernando Alonso de: I<sup>18, 20, 39</sup>; I, 1<sup>78</sup>.  
*Breve disputa en ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces*: I, 1<sup>78</sup>.  
 Herrera, María Teresa: 174.

- Herrero, F. J.: 189.  
 Herrero García, Miguel: 171; II, 2-1<sup>48</sup>.  
 heterodoxia: véase *herejía*.  
 hidalguía: 135; II, 1<sup>12</sup>; IV, 1<sup>9, 55</sup>.  
 hiel: 459; IV, 2<sup>61</sup>.  
 hielo: véase *helada*.  
 hierbas: 364, 369, 456, 472, 475.  
     hierbas medicinales: 222, 224-225, 230, 240, 258-260; I, 1<sup>33</sup>; I, 2<sup>29</sup>.  
 Hierónimo: véase *Jerónimo*.  
 hierro: 230, 406.  
     hierro candente: 406, 500.  
 hígado: 366.  
     hígado del asno: véase *asnos/curación de enfermedades/hígado*.  
 Higino: 128, 133, 171, 450, 454; IV, 2<sup>30, 46</sup>.  
     *De Astronomia*: 128, 171; IV, 2<sup>30, 46</sup>.  
 higos: 338, 346, 359.  
     higos pasados: 346.  
 hijos: 343.  
     hijo pródigo: 303.  
     hijos de Jair: 450.  
 Hiparco: III<sup>68</sup>.  
 hipérbaton: 116; V<sup>5, 18</sup>; VI<sup>74</sup>.  
 Hipócrates: 96, 134, 225, 229, 239, 243, 252, 273; I<sup>224</sup>; I, 1<sup>54, 68, 97</sup>.  
 hipocresía: 304, 336.  
 Hispanic Society of America. Nueva York: 171; I<sup>1</sup>; III<sup>45</sup>.  
*Historia imperial y cesárea*: véase *Mejía/«Historia imperial y cesárea»*.  
 historia: 98, 413, 510.  
     historias [= «libros de historia»]: 309, 430, 454.  
     historias romanas: 430.  
 Holanda: II, 2-1<sup>96</sup>; IV, 1<sup>64</sup>.  
 holgazanes: 439.  
 hombre [pronombre indefinido; = «uno, cualquiera, alguien»]: II, 1<sup>34</sup>.  
 hombres: 20, 258-259, 350, 353, 368-370, 400, 447, 475; IV, 2<sup>14</sup>.  
     el hombre como microcosmos, concepción del: II, 2-2<sup>43</sup>.  
     el hombre como rey de la creación o del universo: IV, 2<sup>14</sup>.  
     hombres agudos: 416.  
     hombres antiguos: 215, 229, 312, 316, 319, 322-323, 338, 345, 359, 452, 454. Véase también *autores antiguos*.  
     hombres bulliciosos: 439.  
     hombres calvos: 445.  
     hombres callados: 313.  
     hombres crueles: 427.  
     hombres cuerdos: 376.  
     hombres cultos: IV, 1<sup>24</sup>.  
     hombres de religión: 449.  
     hombres delicados: 349, 353, 514. Véase también *enfermos*.  
     hombres desordenados: 358. Véase también *desorden*.  
     hombres destemplados: 376. Véase también *destemplanza*.  
     hombres diabólicos: 310.  
     hombres discretos: 368.  
     hombres doctos: 307, 310, 413-414. Véase también *hombres letrados y hombres sabios*.  
     hombres donosos: 344. Véase también *donaire*.  
     hombres habladores: 53, 313, 416.  
     hombres humildes: 449.  
     hombres ignorantes: IV, 1<sup>6, 9</sup>.  
     hombres iletrados: IV, 1<sup>6, 9</sup>.  
     hombres impíos: 427.  
     hombres ingeniosos: 98, 415, 417, 422, 426; IV, 1<sup>6</sup>.  
     hombres insaciables en el comer: 359.  
     hombres justos: 432.  
     hombres leídos: 292, 314, 415-416, 420, 513. Véase también *hombres letrados y hombres sabios*.  
     hombres letrados: 251, 265, 417-418. Véase también *hombres doctos y hombres sabios*.  
     hombres miserables: 427.  
     hombres necios: 342, 424, 465. Véase también *hombres simples*.  
     hombres pesados: 407.  
     hombres pobres: 95, 336; II, 2-1<sup>36</sup>.  
     hombres porfiados: 425.  
     hombres ricos: 336, 460; II, 2-1<sup>36</sup>.  
     hombres sabios: 68, 111, 222, 237, 239, 262, 270-271, 275, 299, 304, 328, 424, 426, 428-429, 437, 507; II, 1<sup>108</sup>; IV, 1<sup>4</sup>. Véase

también *hombres doctos y hombres leídos*.  
 hombres sanos: 220, 225, 229, 236, 254, 259, 265, 280, 371.  
 Véase también *salud*.  
 hombres simples: 424.  
 hombres soberbios: 417.  
 hombres virtuosos: 312, 368, 432.  
 Homero: 65, 128, 133-134, 222, 370, 408; I<sup>224</sup>; I, 1<sup>33</sup>; II, 2-2<sup>28</sup>; III<sup>15, 68</sup>.  
*Ilíada*: I, 1<sup>33</sup>; II, 2-2<sup>28</sup>.  
*Odisea*: I, 1<sup>33</sup>.  
 homicidio: 434.  
 homosexualidad en los *Diálogos* de Mejía: véase *Mejía/«Diálogos»/asuntos y temas/homosexualidad*.  
 Honorat, Barthelemy: 17.  
 honra: 348, 451.  
 Horacio Flaco, Quinto: 128, 133, 171, 183, 318, 332; II, 1<sup>21, 96</sup>; II, 2-1<sup>25</sup>.  
*Carmina* u *Odas*: 128, 171; II, 2-1<sup>25</sup>.  
*Obras completas*: 183.  
*Sermones* o *Sátiras*: 128, 171; II, 1<sup>21, 96</sup>.  
 horas del día: 319, 331, 385, 403-404, 414, 515, 518.  
 hornos: 346.  
 Horozco, Sebastián de: I, 1<sup>47</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
*Cancionero*: I, 1<sup>47</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
*horror vacui*: 399.  
 hortelano: 102, 293.  
 Hortensio: 354.  
 Hospital de las Cinco Llagas: véase *Sevilla/Hospital de las Cinco Llagas*.  
 hospitales: I, 1<sup>107</sup>.  
 Huerga, Álvaro: 171; IV, 1<sup>6</sup>.  
 huerta: 293.  
 Huerta, Jerónimo de: 181.  
 huesos: II, 2-2<sup>42</sup>.  
 huésped [= «mesonero u hospedero»]: VI<sup>63</sup>.  
 huésped [= «persona alojada en casa ajena»]: 428.  
 huésped [= «persona que ofrece un convite»]: 292, 340, 347, 358.  
 huevos: 323; P<sup>13</sup>.  
 huevo de pavo: 354.  
 humanismo:  
     humanismo cristiano: 123; I<sup>163</sup>; VI<sup>76</sup>.

humanismo español, idea imperial en el: I<sup>136</sup>.  
 humanismo europeo: 24.  
 humanismo italiano: 24, I<sup>19, 134</sup>.  
 humanismo médico: véase *médicos humanistas*.  
 humanismo renacentista: 14, 20, 34-35, 71, 75, 78, 81, 121-123; I<sup>18, 19, 117, 133-134, 230</sup>; I, 1<sup>2</sup>. Véase también *Renacimiento*.  
 aceptación de Erasmo y de la sátira lucianesca: IV, 2<sup>1</sup>.  
 admiración de los autores clásicos: 78; I<sup>130, 233</sup>; II, 1<sup>76</sup>.  
 autocitas de los propios humanistas: 100-101; I<sup>168</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
 concepción del hombre como rey del universo: IV, 2<sup>14</sup>.  
 concepción utópica de la Antigüedad como edad dorada: II, 2-1<sup>2</sup>.  
 crítica contra la medicina y los malos médicos: I<sup>245</sup>.  
 defensa de la dignidad del hombre: 20, 35, 54, 81; I<sup>133</sup>.  
 defensa de la medicina hipocrática: I, 1<sup>2, 108</sup>; I, 2<sup>95</sup>; II, 2-1<sup>54</sup>.  
 didactismo: 24, 34-35, 71, 80-81, 112, 123; I<sup>117, 133-134, 136</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.  
 distinción entre escrituras humanas y sagradas: II, 1<sup>57</sup>.  
 errores en las citas de autores: II, 1<sup>72</sup>; IV, 2<sup>57-58, 60</sup>.  
 extracción social de los humanistas: 35.  
 importancia de las bibliotecas: I<sup>117</sup>.  
 interés por la medicina dietética: II, 2-1<sup>111</sup>.  
 interés por la astronomía: III<sup>2</sup>.  
 interpretación y transcripción de los manuscritos: I, 1<sup>75</sup>.  
 irenismo o pacifismo: IV, 2<sup>71</sup>.  
 la imprenta como difusora del humanismo: 35, 71, 73-74, 123; I<sup>117, 213</sup>.  
 labor de traducción de los clásicos: I<sup>128</sup>.  
 labor filológica: 78, 121; I<sup>128</sup>.

- ocultación de las fuentes eruditas modernas: I, 1<sup>99</sup>; II, 1<sup>76</sup>.  
 ostentación de erudición: I<sup>121</sup>, 123, 130, 236.  
 predilección por el género de los diálogos: 14; I<sup>19</sup>.  
 predilección por los géneros misceláneos: 75.  
 preferencia de la lengua romance sobre el latín: I<sup>117</sup>, 148, 203; P<sup>19</sup>.  
 reacción contra la Edad Media: I<sup>18</sup>.  
 rechazo del mal uso de la retórica y la dialéctica: IV, 1<sup>1</sup>.  
 repulsión por la literatura de ficción inverosímil: I<sup>230</sup>.  
 soberbia intelectual del humanista: 108; IV, 1<sup>52</sup>.  
 técnica compositiva de la imitación compuesta: I<sup>129</sup>.  
 tratamiento de las fuentes: I<sup>226</sup>, 233.  
 uso correcto de la erudición: IV, 1<sup>1</sup>.  
 valoración de los refranes: 122; I<sup>211</sup>.  
 visión dinámica de la naturaleza: I, 2<sup>31</sup>.  
 voluntad de estilo: I<sup>117</sup>.  
 voluntad divulgativa: 34-35, 71; I<sup>125</sup>, 134; IV, 1<sup>1</sup>.  
 humanistas: 53, 71, 99, 304; I<sup>121</sup>; II, 1<sup>57</sup>; IV, 1<sup>15</sup>.  
 humanistas filólogos: I<sup>128</sup>.  
 humanistas filósofos: IV, 1<sup>4</sup>.  
 humanistas médicos: véase *médicos humanistas*.  
 humanistas moralistas: IV, 1<sup>4</sup>.  
 humanistas traductores: I<sup>128</sup>.  
 humanistas vs. teólogos: II, 1<sup>57</sup>.  
 humanistas vulgares: I<sup>121</sup>.  
 humedad: 214-215, 239, 348, 494, 496, 499-500; II, 2-2<sup>42</sup>.  
 húmedo [cualidad de la naturaleza humana]: 373-374, 496. Véase también *humedad*.  
 humildad: 417, [420]; IV, 2<sup>52</sup>. Véase también *hombres humildes* y *manse-dumbre*.  
 humildes, hombres: véase *hombres humildes*.  
 Humillos [personaje de *La elección de los alcaldes de Daganzo* de Cervantes]: IV, 1<sup>6,9</sup>.  
 humor [estado de ánimo]: 48, 69; I<sup>115</sup>.  
 humores [constituyentes del cuerpo humano]: 238-239, 241, 257, 275, 365-366, 371, 373, 513; II, 2-2<sup>43</sup>.  
 humos terrestres: 493, 504-505, 512-513.  
 Hurtado de Mendoza, cardenal Diego: II, 1<sup>7</sup>.  
 Hurtado de Mendoza, Diego: I, 2<sup>89</sup>, 101.  
*Guerra de Granada*: I, 2<sup>101</sup>.  
 Hurtado Torres, Antonio: 171; III<sup>17</sup>; VI<sup>63-64</sup>, 71.  
 hurtar: 432-433.  
 idea del progreso del conocimiento humano: véase *conocimiento/idea del progreso del conocimiento humano*.  
 Iginio: véase *Higino*.  
 iglesia:  
 Iglesia cristiana: 456; IV, 2<sup>54</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 iglesia mayor [= «catedral»]: 279, 286; III<sup>3</sup>. Véase también *Sevilla/catedral*.  
 Iglesias, Carmen: 161, 167.  
 Iglesias, S.: 189.  
 ignorancia: 68, 245; IV, 1<sup>42</sup>.  
 ijada [= «cavidad abdominal»]: 349.  
 imagen [figura retórica]: 117-118.  
 imaginación: 354.  
 imán, piedra: 399.  
 imbaimiento: véase *embaimiento*.  
 Imberti, Ghirardo: 16.  
 imitación de los clásicos: 77-80; I<sup>129</sup>.  
 símiles para ilustrar la imitación compuesta de los clásicos: I<sup>129</sup>.  
 Imperio Romano: 78, 310.  
 impiedad: véase *hombres impíos*.  
 Impiombato, Paride: 171; I<sup>1</sup>.  
 implicar [= «enredar, complicar»]: I, 1<sup>42</sup>, 70.  
 imprenta: 35, 71, 73-74, 123; I<sup>117</sup>, 192, 213; IV, 1<sup>4</sup>; IV, 2<sup>34</sup>.  
 cada impresor aplicaba sus propias normas ortográficas: I<sup>192</sup>.

- crea un amplio y nuevo público de lectores: 73-74; I<sup>213</sup>.  
 elemento difusor del humanismo renacentista: 35, 71, 123; I<sup>117</sup>.  
 encuadernación de libros: P<sup>13</sup>.  
 impresión en papel: 202; P<sup>13</sup>.  
 impresión en vitela o pergamino: P<sup>13</sup>.  
 impresores: III<sup>71</sup>.  
 inapetencia sexual: I, 1<sup>63</sup>.  
 incineración: 261.  
 incisos:  
     incisos dramáticos: véase *diálogos/estructura/episodios dramáticos intercalados*.  
     incisos narrativos: véase *diálogos/estructura/relatos cortos intercalados*.  
 inclinación natural de los hombres: 476, 513.  
 incontinencia urinaria nocturna: I, 1<sup>63</sup>.  
 incredulidad: 390; III<sup>18</sup>. Véase también *cosas increíbles*.  
*Índice de libros prohibidos*: IV, 2<sup>9</sup>.  
 Índico, océano: III<sup>34</sup>.  
 indigestiones: 365, 367.  
 Infantes, Víctor: 171, 185; I<sup>8, 30, 53, 123</sup>.  
 infieles: 308.  
 infierno: 65, 323, 349, 408.  
 infinito, en: véase *en infinito*.  
 inflamación: 239.  
 influencias de los *Diálogos* de Mejía: véase *Mejía/«Diálogos»/influencias*.  
 infortunio: véase *mal [= «desgracia»]*.  
 ingenio: 44, 53-54, 101-102, 105, 121, 222, 244, 246, 260, 270, 309, 363, 365, 413, 415-416, 426, 429, 445; I<sup>115, 135, 148</sup>; I, 1<sup>43</sup>. Véase también *hombres agudos y hombres ingeniosos*.  
 ingeniosidad: véase *ingenio*.  
 injuria: 430, 435.  
 injusticia: 428-432, 434-435; I<sup>219</sup>; IV, 1<sup>38, 41-42, 46</sup>.  
 inocentes: 343.  
 Inquisición: 102, 135; I<sup>50</sup>; II, 2-1<sup>48, 62</sup>; IV, 1<sup>6</sup>; IV, 2<sup>34</sup>.  
     cárcel de la Inquisición: véase *Sevilla/cárcel de la Inquisición*.  
 inquisidor: P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
*insinuatio* [parte de un discurso]: 446; IV, 2<sup>1</sup>.  
 instituciones del siglo XVI: P<sup>12</sup>.  
 Ínsula Barataria: I, 1<sup>89, 104</sup>.  
 insulanos: véase *isleños*.  
 intelectualidad [asociada con los judeoconversos]: IV, 1<sup>9</sup>.  
 intemperancia: 229.  
 interés económico: 225, 232.  
 interlocutores: 21, 27, 36, 38, 40-41, 43-48, **49-54**, 56-57, 60, 63-64, 76, 91, 98, 103, 106, 108-110, 142, 150, 211, 285, 325, 383, 413, 441, 469, 487. Véase también *diálogos/personajes, hablantes y Mejía/«Diálogos»/personajes*.  
 interrogación retórica: 117.  
 intestinos: II, 2-2<sup>42</sup>.  
 intransigencia religiosa de mediados del XVI: I<sup>23</sup>.  
 Introducción [sigla]: 192.  
 introspección: 36-37.  
 inundaciones marítimas: 438-439; IV, 1<sup>64</sup>.  
 invenciones: 349.  
 inventores: 222.  
 invierno: 215-216, 349, 436, 495, 498-499; II, 2-2<sup>42</sup>.  
 Iowa City: 15, 149, 191.  
 Ipócrates: véase *Hipócrates*.  
 ir al dado [= «ir a la mano; resistir, reprimir, vedar»]: 294; II, 1<sup>25</sup>.  
 ira: 461.  
 irenismo: véase *pacifismo*.  
 Isaac: 303; IV, 2<sup>17</sup>.  
 Isabel de Portugal: [351, 389]; II, 2-1<sup>83</sup>; III<sup>16</sup>.  
 Isacar: 455.  
*Isaías, Libro de*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento/«Isaías»*.  
 islas: 470; IV, 1<sup>67</sup>.  
 isleños: 439; IV, 1<sup>67</sup>.  
 Isócrates: 16, 67, 84, 176, 195, 199-200, 314; I<sup>129</sup>; P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
     *Parénesis o exhortación a virtud*: 16, 84, 176, 195, 199; I<sup>129</sup>; P<sup>1, 4</sup>.  
 Israel: véase *jueces de Israel y reyes de Israel*.  
 Italia: 281, 319, 338, 452, 459; I<sup>69</sup>; II, 1<sup>16</sup>.



# ÍNDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO

italianismos: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/*lenguaje y estilo/vocabulario/italianismos*.

italiano: véase *lingua italiana*.

italianos: 50; VI<sup>57</sup>. Véase también *autores italianos*.

*Iugulae* [estrellas]: IV, 2<sup>46</sup>.

Izard, Thomas C.: 172.

jabalí: 259, 339-340.

Jacob: 273, 455.

Jair: 450.

Jammes, Robert: 163-164, 172, 177; I, 2<sup>15</sup>; III<sup>42</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.

jarabes: 230, 244; I, 1<sup>2</sup>.

Jarava, Juan de: I<sup>37, 41, 43</sup>.

*Coloquio de la mosca y la hormiga*: I<sup>37, 41</sup>.

jardín: V<sup>2</sup>.

Játiva: I, 2<sup>96</sup>; II, 2-1<sup>84</sup>.

Jauralde, Pablo: 167, 185.

Jenofonte: 129, 133, 172, 346-347, 432; II, 2-1<sup>70</sup>; IV, 1<sup>46</sup>.

*Apología de Sócrates*: IV, 1<sup>46</sup>.

*Cyropaedia* o *De paedia Cyri Persarum regis*: 129, 172; II, 2-1<sup>70</sup>.

*Memorabilia* o *Los dichos y hechos de Sócrates*: 129, 432; IV, 1<sup>46</sup>.

Jerez de la Frontera: VI<sup>86</sup>.

Jerónimo, san: 129, 133, 296, 298, 303; II, 1<sup>29, 35, 49</sup>.

*Commentarii in Daniele*: 129; II, 1<sup>35</sup>.

*Epistulae*: 129; II, 1<sup>29, 49</sup>.

Jerusalén: 88, 450; P<sup>14</sup>; IV, 2<sup>32, 52-53</sup>.

Jesucristo: véase *Cristo*.

Jesús: véase *Cristo*.

Jiménez, Francisco: II, 2-2<sup>54</sup>.

*El carro de las donas*: II, 2-2<sup>54</sup>.

Job: 303, 452.

*Job, Libro de*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento*/«*Job*».

Johnston, Mark D.: 172; I<sup>134, 213</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.

Jones, Harold G.: 172; I<sup>1</sup>.

Jones, W. H. S.: 180.

José [patriarca hebreo]: 273.

Josefo, Flavio: 129, 133, 172, 310; II, 1<sup>74</sup>.

*De bello iudaico*: 129, 172, 310; II, 1<sup>74</sup>.

Juan Bautista, san: 298; II, 1<sup>36</sup>.

Juan Evangelista, san:

*Apocalipsis*: I, 2<sup>6</sup>.

Juan III, rey de Portugal: I, 2<sup>96</sup>.

Juan Manuel, don: 81, 160; IV, 1<sup>9</sup>.

*El conde Lucanor*: 81, 160; I<sup>16, 132</sup>.

Juan, don [amigo de Paulo]: 483.

Juan, don [padre de don Bermudo]: 294-295.

judaísmo: 135. Véase también *conversos*.

judeoconversos: véase *conversos* y *judíos*.

judíos: 102, 146, [339], 342-343, 448, 450; II, 2-1<sup>48, 56-57</sup>; IV, 2<sup>54, 78</sup>.

Véase también *conversos*.

juego: 297, 357, 388; II, 1<sup>32</sup>; III<sup>71</sup>.

juegos de palabras: 121; II, 1<sup>93</sup>; IV, 1<sup>27</sup>.

juez: 48, 52, 100, 201, 247, 262, 360, 378, 434. Véase también *juicio*.

jueces de Israel: 450.

juicio [= «decisión, determinación»]: 235.

juicio [= «procedimiento judicial»]: 38, 70, 92-93, 263, 434, 446.

Júpiter: 506.

justicia [ministro o tribunal que administra justicia]: 201; VI<sup>64</sup>.

administración de justicia: 235.

justicia [virtud]: 235, 262, 428, 430, 432; I<sup>219</sup>; IV, 1<sup>36, 38, 52</sup>. Véase también *hombres justos*.

Justino: 129, 133-134, 322, 422; II, 1<sup>109</sup>; IV, 1<sup>22</sup>.

*Historiarum Philipicarum*: 129; II, 1<sup>109</sup>.

Kašpar, Oldřich: 172, 182; I<sup>1</sup>.

Keniston, Hayward: 192; P<sup>67</sup>; I, 1<sup>1, 13, 23, 27, 29, 35, 51, 56, 69, 100, 102, 112-113, 121</sup>; I, 2<sup>14, 24, 28, 43, 56, 69, 70, 86, 109-110, 113</sup>; II, 1<sup>13, 23, 28, 34, 40, 55-56, 95, 100</sup>; II, 2-1<sup>14, 26, 44, 55</sup>; II, 2-2<sup>2, 9, 16, 23, 31, 34, 39</sup>; III<sup>5, 10, 12, 27, 43</sup>; IV, 1<sup>11, 43-44, 53, 60</sup>; IV, 2<sup>7-8, 47, 76</sup>; VI<sup>27, 53, 74</sup>.

la [artículo]: véase *artículo*.

labrador: 258, 269.

labrar la tierra: 439-440.

Lactancio Firmiano, Lucio Celio: 105, 129, 133, 172, 401-402, 430; III<sup>15, 49, 55</sup>; IV, 1<sup>38-39</sup>.  
*Divinae institutiones*: 129, 172; III<sup>49</sup>; IV, 1<sup>38</sup>.  
*Epitome divinarum institutionum*: 129, 172; III<sup>49</sup>.  
 Ladero Quesada, Miguel Ángel: 172; II, 1<sup>8, 10, 90</sup>.  
 lagos salados: 405.  
 Laguna, Andrés: I<sup>117, 136</sup>; I, 1<sup>20, 63, 116</sup>.  
*Dioscórides*: I, 1<sup>20</sup>.  
 lagunas: 493.  
 lámpara de aceite: 505.  
 lampreas: 309.  
 Lampridio, Elio: 129, 133, 323, 337; II, 1<sup>68, 113</sup>; II, 2-1<sup>43</sup>.  
*Historia Augusta*:  
     *Vida de Alejandro Severo*: 129; II, 1<sup>113</sup>.  
     *Vida de Heliogábalo*: 129, 337; II, 1<sup>68</sup>; II, 2-1<sup>43</sup>.  
 landrecilla: véase *seca*.  
 lanza [= «garrocha»]: 327.  
 Lanza [cometa]: 506.  
 Lapesa, Rafael: 172; I<sup>191</sup>.  
 Lara, Antonio: 188.  
 Lara Garrido, José: 172; I<sup>34-35, 39, 41-42, 66, 71, 102, 168</sup>; II, 1<sup>45</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.  
 latín: 22, 24, 35, 73, 84, 90, 115, 195, 199, 205, 216, 233, 387; I<sup>117, 121, 148</sup>, Pl. 19; I, 1<sup>63, 67, 79, 92</sup>; I, 2<sup>28, 33</sup>; III<sup>63</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; VI<sup>57</sup>.  
 lengua modélica: 120; I<sup>203</sup>.  
 latinismos: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/*lenguaje y estilo/vocabulario/latinismos*.  
 Laubmann, Georgius: 172.  
 laurel: 501-502; VI<sup>43</sup>.  
 Laurenti, Joseph L.: 172, 181; I<sup>1</sup>.  
 Lausberg, Heinrich: 173; IV, 2<sup>1</sup>.  
 lavatorio de manos: [336]-337; II, 2-1<sup>43</sup>.  
*Lazarillo de Tormes*: 99; I<sup>158</sup>.  
 Lázaró, Elena: 166; I<sup>136</sup>.  
 Lázaró Carreter, Fernando: 173; I<sup>129, 230</sup>.  
 Le Boeuffe, André: 171, 180.  
 Le Bonniec, Henri: 180.  
 lección [= «lectura»]: 360.

lectores: 73-74.  
 curiosidad y admiración del lector: I<sup>134</sup>.  
 lectura: 415, 418, 429; IV, 1<sup>6, 9</sup>.  
 leche: 323.  
 leche de asna: véase *asnos/curación de enfermedades/leche de asna*.  
 Ledesma, Francisco de: 84, 202; Pl. 21.  
 Leiden: 18.  
 leído [= «sabio»]: véase *hombres leídos*.  
 leísmo: véase *pronombres/pronombre personal/leísmo*.  
 Lelio: véase *Emilio, Lelio*.  
 lenguaje: véase también *lenguaje*.  
 lengua castellana: 71-72, 84, 90, 195, 199, 205, 500; I<sup>148</sup>; Pl. 19; VI<sup>87</sup>.  
 en el siglo XVI: I<sup>191</sup>.  
 lengua española: véase *lengua castellana*.  
 lengua griega: 233; I, 2<sup>33</sup>; IV, 1<sup>15</sup>.  
 lengua italiana: 120.  
 lengua latina: véase *latín*.  
 lengua romance: véase *lengua vulgar*.  
 lengua vernácula: véase *lengua vulgar*.  
 lengua vulgar: 22, 24, 73-74, 257, 418; I<sup>116-117, 121, 148, 203</sup>.  
 lenguaje: 250.  
 lenguaje cortesano: 115.  
 lenguaje empleado en los diálogos: 31-32, 38; I<sup>39</sup>.  
 lenguaje jurídico-administrativo: Pl. 19; I, 1<sup>79</sup>.  
 lenguaje literario: 115.  
 leña: 328.  
 león: 251, 462; I, 2<sup>6</sup>.  
 León, fray Luis de: 165, 178; I<sup>125, 148, 235</sup>.  
*De los nombres de Cristo*: 165, 178; I<sup>125, 148, 235</sup>.  
 León X, papa: II, 1<sup>16</sup>; II, 2-1<sup>54</sup>.  
 Leopoldo: 129, 133, 506; VI<sup>57, 65</sup>.  
*Compilatio de astrorum scientia*: 129; VI<sup>57</sup>.  
 Leopoldus: véase *Leopoldo*.  
 Lerner, Isaías: 173; I<sup>118, 123, 130, 160, 192, 230</sup>.  
 lesión cerebral: 371.  
 letrados: véase *hombres letrados*.

letras [= «conocimientos»]: 106, 238, 251, 268, 270-272, 274, 276, 416, 418, 425.  
 letras divinas: 98; II, 1<sup>57</sup>. Véase también *escrituras divinas*.  
 letras humanas: 98, 222, 260, 264; II, 1<sup>57</sup>. Véase también *escrituras humanas* y *letras profanas*.  
 letras sagradas: véase *letras divinas*.  
 Leupold: véase *Leopoldo*.  
 levada [= «ocasión, intento, ataque; alegato en defensa de una tesis»]: 234; I, 1<sup>78</sup>.  
 ley: 434-435.  
 ley de Moisés: 342; II, 2-1<sup>55</sup>. Véase también *judíos*.  
 ley mosaica: véase *ley de Moisés*.  
 leyes del convite: 368.  
 leyes romanas: 300.  
 Libanó: véase *Ediciones Libanó*.  
 libertad humana: II, 2-2<sup>56</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 libre albedrío: véase *libertad humana*.  
 Librería Editorial Hispalense: 149, 191.  
 libreta [= «unidad de peso»]: 359.  
*Libro de Alexandre*: II, 2-2<sup>45</sup>.  
*Libro de los pensamientos variables*: I<sup>30</sup>.  
 libros: 420-422; IV, 1<sup>4</sup>.  
     comercio de libros: 73-74.  
     libros antiguos: 24, 451; I<sup>148</sup>.  
         descubrimiento: I<sup>127</sup>.  
         falsificación: I<sup>127</sup>.  
     libros prohibidos: IV, 2<sup>9</sup>.  
 licencia [= «permiso»]: 346.  
 licencia de impresión: 85, 200; I<sup>138</sup>; P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 licenciados: IV, 1<sup>55</sup>.  
 licuefacción: VI<sup>46</sup>.  
 Lida de Malkiel, María Rosa: I<sup>130</sup>.  
 lima [fruta]: 338-339.  
 límite [= «linde, frontera»]: 329; VI<sup>60</sup>.  
 limón: 338-339; II, 2-1<sup>46</sup>.  
 limpieza: 337.  
     limpieza de sangre: 135.  
 lindazos [= «aumentativo de *lindes*»]: 345; II, 2-1<sup>64</sup>. Véase también *fines* y *límites*.  
 Lindsay, Wallace M.: 168.  
 Linet, Jacqueline: 173; I<sup>1</sup>.

lino: 333; II, 2-1<sup>29</sup>.  
 lino vivo: 140-141, 333; II, 2-1<sup>28-29</sup>.  
 lírica cortesana: I<sup>15</sup>.  
 Lisboa: 438; I, 2<sup>33</sup>; IV, 1<sup>64</sup>.  
 lisonjear: 369.  
 literatura:  
     literatura fabulosa y sorprendente: I<sup>134</sup>.  
     literatura informativa: 73.  
     literatura oral: véase *literatura/transmisión oral*.  
     literatura recreativa: 73.  
     literatura «verdadera»: 35; I<sup>230</sup>.  
     transmisión oral de la literatura: I<sup>134</sup>.  
 litotes: 119.  
 Livio, Marco: 226.  
 lo [artículo o pronombre, en variante textual]: II, 2-2<sup>48</sup>.  
 lobos: 364.  
     lobos marinos: 502.  
 locura: 433, 445; IV, 1<sup>41</sup>.  
*locus amoenus*: véase *tópicos/locus amoenus*.  
 lodo: 236, 335.  
 lógica: 66.  
 Londres: 18.  
 Longeon, Claude: 173; I<sup>1</sup>.  
 Lope Blanch, Juan M.: 174, 187.  
 Lope de Vega: véase *Vega, Lope de*.  
 López Cañete, Daniel: 10.  
 López de Cortegana, Diego: IV, 2<sup>34</sup>.  
 López de Gomara, Francisco: I<sup>176</sup>.  
 López de Mendoza, Íñigo: II, 1<sup>22</sup>; IV, 1<sup>16, 32</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
     *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*: II, 1<sup>22</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
 López de Nuceda, Gaspar: 84, 207; P<sup>21</sup>; I, 2<sup>96</sup>.  
 López de Villalobos, Francisco: 174; I, 1<sup>63</sup>.  
     *Sumario de la Medicina con un tratado de las pestíferas bubas*: 174; I, 1<sup>63</sup>.  
 López Estrada, Francisco: 10, 11, 161, 173-174, 183; I<sup>17-18, 27, 30, 54, 69</sup>; I, 1<sup>53, 57</sup>; II, 1<sup>12, 29</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.  
 López García-Berdoy, M.<sup>a</sup> Teresa: 174; II, 2-1<sup>2</sup>.  
 López Poza, Sagrario: 174; I<sup>123</sup>.  
 López Romero, José: 174; I<sup>55, 123, 211</sup>.

- Lot: 303; II, 1<sup>53</sup>.  
 Louis, Pierre: 157.  
 Lucano, Marco Anneo: 129, 133, 510; I<sup>222</sup>; VI<sup>69-70</sup>.  
*Farsalia*: 129; VI<sup>69</sup>.  
 Lucas, evangelista san: 237; I, 1<sup>87</sup>.  
 Luciano de Samosata: 25, 39, 48; I<sup>19, 23, 54, 64, 73</sup>; II, 2-2<sup>25</sup>; IV, 2<sup>1</sup>.  
*La doble acusación*: II, 2-2<sup>25</sup>.  
 Lúculo, Lucio: IV, 1<sup>15</sup>.  
 Ludovico: véase *Mejía*/*«Diálogos»/personajes/Ludovico*.  
 luego:  
     adverbio temporal [= «después»]: III<sup>27</sup>.  
     conjunción ilativa [= «así pues»]: III<sup>27</sup>.  
 lugar: véase *diálogos/estructura/el espacio y Mejía*/*«Diálogos»/estructura/el espacio*.  
     lugares marítimos: 436-440, 445; IV, 1<sup>59</sup>.  
     lugares mediterráneos: 437-438; I<sup>219</sup>; IV, 1<sup>57, 59</sup>.  
     lugares sagrados usados con fines profanos: II, 1<sup>6</sup>; III<sup>9</sup>.  
 Luján, Pedro de: 182; I<sup>56, 62, 67, 125</sup>.  
*Coloquios matrimoniales*: 182; I<sup>56, 62, 67, 125</sup>.  
 lumbre: 390-392, 500, 515. Véase también *luz*.  
 Luna: 103, 108, 320, **383-402**; III<sup>17</sup>.  
     eclipse: 103, 388, 392-393; III<sup>17</sup>.  
     tamaño: 103-104, 383, 392-393.  
 Lupi, S.: 181.  
 lusitanos: 227.  
 Lutero, Martín: IV, 1<sup>6</sup>.  
 luto: 297.  
 luz: 66, 390; III<sup>24</sup>.  
 Luzzati, Daniel: 163, 187.  
 Lyon: 17, 18.  
 llama del fuego: 329, 493.  
 Llanos: 357; II, 2-1<sup>104</sup>.  
 Llovet, Jordi: 184.  
 lluvia: 110, **487-518**; VI<sup>10, 24</sup>.  
     317, 343, 360; I<sup>220</sup>; I, 1<sup>109</sup>; II, 1<sup>41, 45, 79, 82-83, 92</sup>; II, 2-1<sup>57, 65, 111</sup>; II, 2-2<sup>4, 7-8, 15, 19, 22, 25, 28, 37, 49, 58, 62</sup>; III<sup>31, 68</sup>; VI<sup>64</sup>.  
*Commentarii in Somnium Scipionis*: 174; III<sup>68</sup>.  
*Saturnalia*: 129, 174; I<sup>220</sup>; I, 1<sup>109</sup>; II, 1<sup>79, 82-83, 92</sup>; II, 2-1<sup>57, 65, 111</sup>; II, 2-2<sup>4, 7-8, 11, 15, 19, 22, 25, 28, 37, 49, 58, 62</sup>; III<sup>31</sup>; VI<sup>64</sup>.  
 madero: 328, 406.  
 Madrid: 15, 16, 149, 191; P<sup>13</sup>.  
 Madroñal, Abraham: 174; I, 2<sup>33</sup>.  
 Maestre Maestre, José María: 156, 158, 160-161, 164, 170, 177, 186.  
 maestro:  
     la literatura renacentista en la relación maestro-discípulo: I<sup>133</sup>.  
     maestro [= «cualificación profesional»]: 269, 272, 274.  
     maestro [= «profesor, instructor»]: 21, 40, 46-47, 52; I<sup>11, 62, 67, 71</sup>.  
     maestro de la mesa: véase *rey de un convite*.  
 Maestro Velázquez: véase *Mejía*/*«Diálogos»/personajes/Maestro Velázquez*.  
 Maffei di Volterra, Raffaello: 129, 131, 133, 142-143, 174, 189; I<sup>242</sup>; II, 1<sup>105</sup>; IV, 1<sup>38</sup>; IV, 2<sup>57</sup>.  
*Commentariorum urbanorum*: 129, 174; II, 1<sup>105</sup>; IV, 1<sup>38</sup>; IV, 2<sup>57</sup>.  
 Magallanes, estrecho de: III<sup>34</sup>.  
 Magallanes, Fernando de: 104, 395, 397; I<sup>176</sup>; III<sup>34</sup>.  
*magister*: véase *maestro*.  
 magisterio: 267.  
 Mahoma: 399; III<sup>42</sup>.  
 mal [= «desgracia»]: 426-428, 508, 513; VI<sup>63, 71</sup>.  
 mal [= «enfermedad»]: 62, 93, 217-218, 220, 227-228, 252-254, 255, 258, 280-281, 371, 456-457. Véase también *enfermedad*.  
 mal caduco [= «epilepsia, mal de corazón»]: 456; IV, 2<sup>55</sup>.  
 mal de los ojos: 457.  
 mal de piedra: II, 2-1<sup>79</sup>.  
 mal francés: véase *bubas sifilíticas*.  
 mal napolitano: véase *bubas sifilíticas*.

- Mal Lara, Juan de: I, 2<sup>33</sup>; IV, 1<sup>9</sup>.  
*Filosofía vulgar*: I, 2<sup>33</sup>; IV, 1<sup>9</sup>.  
malancolía: véase *melancolía*.  
malanconía: véase *melancolía*.  
Maldonado, Felipe C. R.: 192.  
Maldonado, Juan: I<sup>88</sup>.  
*Eremitae*: I<sup>88</sup>.  
malencolía: véase *melancolía*.  
malenconía: véase *melancolía*.  
malicia: 225, 232, 236, 245, 257, 274.  
Malpartida Tirado, Rafael: 174-175;  
I<sup>42, 123</sup>; II, 1<sup>86, 108</sup>; II, 2-1<sup>2, 18, 111</sup>.  
Maluco, islas de: 104, 395.  
*malum citrea*: 338.  
*malum medica*: 338.  
mamíferos: I, 1<sup>116</sup>.  
mandamientos de la ley de Dios:  
427, 454.  
mandar: 333.  
Manilio, Marco: 129, 133-134, 175,  
266; I<sup>224</sup>; I, 2<sup>55</sup>.  
*Astronomica*: 129, 175; I, 2<sup>55</sup>.  
manjar: 42, 45, 67, 98-100, 103, 136,  
146, 252-253, 275, 294, 308, 312,  
325, 337, 346, 348, 350, 352, 359-360,  
**363-379**, 462, 514. Véase también  
*alimento, mantenimiento y vianda*.  
mansedumbre: 461; IV, 2<sup>52, 71</sup>. Véase  
también *humildad*.  
manteles: 333-334.  
mantenimiento: 101, 241, 250, 330,  
364, 367-369, 371, 374, 462. Véase  
también *alimento, manjar y vianda*.  
mapamundi: 396.  
mar: 109, 353, 377, 435-440, 471, 475,  
493; IV, 1<sup>59, 64</sup>.  
Maravall, José Antonio: 175; I<sup>129, 136,</sup>  
151, 159, 166, 176, 179, 211, 213; I, 1<sup>53, 115</sup>;  
II, 1<sup>98</sup>; III<sup>36</sup>.  
maravedí: 201; P<sup>13</sup>; IV, 1<sup>55</sup>.  
maravillas: 355-356, 359, 399-400, 455.  
marcadores temporales: véase *diálogos/estructura/el tiempo*.  
marcas de impresores: P<sup>1</sup>.  
Marco Antonio: véase *Antonio, Marco*.  
marido: 434-435.  
marinero: 258, 269.  
Mármol, Luis del: II, 2-1<sup>79</sup>.  
*Descripción de África*: II, 2-1<sup>79</sup>.  
Marouzeau, J.: 187.  
marqués de Santillana: véase *López de Mendoza, Íñigo*.  
marqués de Tarifa: véase *Tarifa, marqués de*.  
Márquez Villanueva, Francisco: 175;  
I<sup>119, 122-123, 158</sup>; I, 1<sup>57, 118</sup>.  
Marsá, María: 175; I<sup>138, 140-142, 149</sup>; P<sup>13</sup>.  
Marsse, Joris Abrahamsz van der: 18.  
Marte [planeta]: 506.  
Martín Abad, Julián: 175; I<sup>138, 141-142</sup>,  
P<sup>13</sup>; II, 1<sup>29</sup>.  
Martínez de Toledo, Alfonso: IV, 2<sup>2</sup>.  
*Corbacho*: IV, 2<sup>2</sup>.  
Martínez Kleiser, Luis: 175; II, 1<sup>93</sup>.  
Martínez Torrejón, José Miguel:  
175-176; I<sup>8-9, 15, 23, 42, 64</sup>; II, 2-1<sup>111</sup>;  
IV, 1<sup>1, 9</sup>.  
matanza de los inocentes: 343; II,  
2-1<sup>57</sup>.  
matar: 343, 352-353, 434. Véase tam-  
bién *muerte*.  
Matas Caballero, Juan: 155, 158,  
164, 170, 173, 181-182.  
matemáticas: VI<sup>64</sup>.  
materialismo: I, 1<sup>40</sup>.  
Matutina [cometa]: 506.  
Maurer, Ch.: 173.  
máximas [frases sentenciosas]: véase  
*sentencias*.  
colecciones de máximas: IV, 1<sup>33</sup>.  
Maximino [emperador romano]:  
359; II, 1<sup>45</sup>.  
mayéutica socrática: 21; I<sup>11, 24</sup>.  
Mayhoff, Carolus: 180.  
Mazarío Coletto, M.<sup>a</sup> del Carmen:  
176; II, 2-1<sup>83</sup>.  
Meca, La: III<sup>42</sup>.  
mecenas: véase *mecenazgo renacentista*.  
mecenazgo renacentista: véase *Rena-  
cimiento/mecenazgo*.  
medicamento: véase *medicina [medi-  
camento]*.  
medicina [ciencia médica]: 45, 70,  
**91-97**, 119, 143-145, **209-281**; I<sup>219</sup>;  
I, 1<sup>2, 33, 45</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 2-1<sup>54, 82</sup>.  
antigüedad de la medicina: 272-273.  
carácter sagrado de la medicina:  
I, 1<sup>85</sup>.

entendida como negocio: I, 1<sup>40</sup>.  
 medicina árabe: I, 1<sup>2</sup>; II, 2-1<sup>54</sup>.  
 medicina grecolatina: II, 2-1<sup>54</sup>.  
 medicina hipocrática: I, 1<sup>2</sup>, 108; II, 2-1<sup>54</sup>.  
 medicina práctica vs. medicina teórica: I, 2<sup>47</sup>.  
 medicina [medicamento]: 224, 227, 238, 240, 242, 244, 253-254, 258-259, 274, 280, 353, 433; I, 1<sup>99</sup>; I, 2<sup>15</sup>, 31.  
 medicinas simples: 225, 275.  
 medicinas compuestas: 225, 230-231, 244-245, 257, 275.  
 médicos: 41, 52, [62], **91-97**, 136, 143-145, **209-281**, 363-364, 366, 371, 378, 443; I<sup>220</sup>; I, 1<sup>45</sup>, 89, 107; I, 2<sup>23</sup>, 26.  
 aversión a los médicos: I, 2<sup>33</sup>.  
 disparidad en el diagnóstico: 233, 246.  
 el médico como intermediario de la fuerza curativa de la naturaleza: I, 2<sup>31</sup>.  
 el médico perfecto: I, 2<sup>77</sup>.  
 escritura enrevesada de los médicos: 94-95, 233.  
 médicos antiguos: 230, 233, 240, 244.  
 médicos buenos y malos: I, 1<sup>87</sup>.  
 médicos empíricos: 264-265, 267-268, 271; I, 2<sup>46</sup>, 77. Véase también *experiencia*.  
 médicos humanistas: I, 1<sup>108</sup>; I, 2<sup>31</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.  
 médicos modernos: 233.  
 médicos racionales: 264-265, 268, 271; I, 2<sup>77</sup>.  
 oscurantismo de los médicos: 95, 232-233, 246.  
 medievalismo en la literatura renacentista: 25; I<sup>213</sup>.  
 Medina, José Toribio: 176; I<sup>1</sup>.  
 mediterráneo [= «relativo al mar Mediterráneo»]: IV, 1<sup>57</sup>.  
 mediterráneo [= «rodeado de tierra, en el interior de un territorio»]: IV, 1<sup>57</sup>.  
 Mefibóset: 449; IV, 2<sup>26</sup>.  
 Mejía, Francisco: 85; P<sup>1</sup>, 2.

Mejía, Pedro:  
 biografía:  
   cargos públicos que desempeñó: P<sup>16</sup>.  
   cosmógrafo de la Casa de Contratación de Indias: III<sup>2</sup>.  
   cronista oficial de Carlos V: 89-90; P<sup>1</sup>.  
   estudios universitarios en Salamanca: 144; I, 1<sup>79</sup>.  
   maestro de Arias Montano: I<sup>68</sup>.  
   Mejía, apodado *el Astrólogo*: 111; VI<sup>64</sup>.  
   mentor de un grupo o academia humanística en Sevilla: I<sup>68</sup>; I, 2<sup>96</sup>; II, 1<sup>45</sup>, 79.  
   poseedor de una nutrida biblioteca: I<sup>117</sup>.  
   retrato pictórico de Pedro Mejía: 12; P<sup>1</sup>. Véase también *Pacheco, Francisco*.  
 carácter:  
   carácter austero: P<sup>16</sup>.  
   hombre piadoso y devoto: P<sup>16</sup>.  
   lector incansable: I<sup>117</sup>; P<sup>16</sup>.  
   puntillosidad en la corrección de las pruebas de imprenta: I<sup>192</sup>.  
   trabajador infatigable: 204; I<sup>117</sup>; P<sup>16</sup>.  
 obra:  
   éxito de las obras de Mejía: I<sup>122</sup>. Véase también *Mejía/«Diálogos»/proceso y difusión editorial*.  
   labor traductora y refundidora: 78-79, 195, 199, 205; P<sup>1</sup>, 19; VI<sup>88</sup>.  
   literatura de paradojas en Mejía: I<sup>134</sup>.  
   Mejía en el *Diccionario de Autoridades*: 113.  
   obras atribuidas: I<sup>53</sup>.  
   poemas latinos preliminares en sus obras: I, 2<sup>96</sup>.  
 pensamiento:  
   actitud crítica y racionalista: 123; I<sup>213</sup>; III<sup>34</sup>, 55; V<sup>13</sup>; VI<sup>10-11</sup>, 46, 76.  
   coincidencias con el círculo erasmista de la corte de Carlos V: I<sup>136</sup>.

- curiosidad intelectual: I<sup>134</sup>.  
 defensa de la lengua castellana: I<sup>148</sup>; p<sup>19</sup>; VI<sup>87</sup>.  
 erasmismo en Mejía: **143-146**; I<sup>73, 150, 244-246</sup>; I, 1<sup>2, 24-25, 68</sup>; II, 2-1<sup>24, 56-57</sup>; III<sup>36</sup>; IV, 2<sup>9, 71</sup>.  
 errores comunes y supercherías en las obras de Mejía: I<sup>213</sup>; IV, 1<sup>32</sup>.  
 feminismo y misoginia en la obra de Mejía: I<sup>160</sup>.  
 humanismo de procedencia italiana en Mejía: I<sup>134</sup>.  
 idea imperial en Mejía: 83, 396; I<sup>136</sup>.  
 idea providencialista de la historia: III<sup>36</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 ideas pedagógicas: I<sup>136</sup>.  
 interpretación religiosa de fenómenos naturales: III<sup>55</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 moralismo en las obras de Mejía: I<sup>134</sup>.  
 preocupación ecológica: II, 2-1<sup>92</sup>.  
 repudio del mal uso de la lógica y la dialéctica: IV, 1<sup>1</sup>.  
 voluntad de autoría: 100; I<sup>119</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
 voluntad de divulgación científica: 90, 105, 205; I<sup>117-118, 134</sup>; p<sup>19</sup>.  
 voluntad de servicio social del escritor: I<sup>117-118</sup>; I<sup>134</sup>; p<sup>16</sup>.  
 voluntad pedagógica: 112; I<sup>117</sup>.  
*Diálogos*: 3, 5, 7-10, **13-153**, 155, 178, 192, **195-518**, 519-520; I<sup>4</sup>, 7, 42, 57-58, 77-83, 89-99, 101, 104, 108-110, 112-113, 115, 118-119, 121, 137, 139, 141, 144-145, 148, 150, 152-157, 160-162, 164-166, 169-180, 183-188, 192-198, 200-202, 205-208, 210-211, 214-216, 218-222, 224-228, 230-232, 234, 237-242, 245-246; p<sup>1</sup>, 4, 19; I, 1<sup>7, 19, 31, 35, 51, 70, 77, 95, 106</sup>; I, 2<sup>14, 26, 28, 32, 35, 37, 46, 68, 70, 87, 94, 96, 101, 105, 108, 116</sup>; II, 1<sup>5, 6, 9, 12-13, 29, 31, 34, 42-45, 49, 61, 66, 72-74, 81, 97, 99, 107-108</sup>; II, 2-1<sup>4, 6, 12, 15, 18-19, 21, 29, 41, 53, 55, 59, 68, 83</sup>; II, 2-2<sup>2, 23, 27, 38, 41, 52, 55</sup>; III<sup>4</sup>, 8-10, 12, 17, 20, 22, 35, 53-54, 60, 69; IV, 1<sup>6-7, 39, 42, 45</sup>; IV, 2<sup>1, 4-5, 7, 9, 12, 16, 57, 74, 76</sup>; V<sup>3-4, 7, 15, 28-29, 35, 42</sup>; VI<sup>11, 13, 27, 40, 42, 65, 76, 82-83, 86-87</sup>.  
 asuntos y temas: 40, **84-111**.  
 asuntos controvertidos en los *Diálogos*: I<sup>160</sup>.  
 la homosexualidad: II, 1<sup>37</sup>.  
 la pederastia: II, 1<sup>37</sup>.  
 el autor-narrador: 43-44.  
 estructura: **40-46**, I<sup>60</sup>.  
 conexión interna de la obra: 42-43; IV, 2<sup>74</sup>; V<sup>2</sup>; VI<sup>3</sup>.  
 división interna de la obra: 40-42.  
 el espacio: V<sup>2</sup>; VI<sup>3</sup>.  
 el tiempo: I<sup>77</sup>; V<sup>4</sup>; VI<sup>3, 87</sup>. Véase también *diálogos/estructura/el tiempo*.  
 los diálogos cosmográficos de: 110.  
 los encabezados argumentales: 44, 61.  
 los preliminares: **195-207**; P<sup>1</sup>.  
 fuentes: **122-146**; I<sup>214, 216</sup>; II, 1<sup>72</sup>; II, 2-2<sup>11</sup>.  
 aceptación servil de las autoridades: I<sup>130</sup>; III<sup>55</sup>; V<sup>33</sup>.  
 errores en la traducción de las citas: I, 2<sup>72</sup>.  
 errores en las citas de: 124; I<sup>215</sup>; I, 2<sup>49</sup>; II, 1<sup>62, 72, 109, 112</sup>; II, 2-1<sup>25</sup>; III<sup>68</sup>; IV, 2<sup>57-58, 60, 80</sup>; VI<sup>42</sup>.  
 empleo de la erudición: I<sup>129, 160, 230, 243</sup>; p<sup>1</sup>, 16; II, 1<sup>108</sup>; II, 2-1<sup>18</sup>.  
 fuentes de segunda mano: véase *Mejía/«Diálogos»/fuentes/fuentes indirectas*.  
 fuentes directas: I<sup>230</sup>; II, 1<sup>72</sup>.  
 fuentes indirectas: **134**; I<sup>224-226, 230</sup>; I, 1<sup>33</sup>; II, 1<sup>59, 74, 76, 81, 83, 93</sup>; II, 2-1<sup>57, 65</sup>; II, 2-2<sup>28</sup>; III<sup>68</sup>; IV, 1<sup>59</sup>; IV, 2<sup>57</sup>. Véase también *Mejía/«Diálogos»/fuentes/fuentes ocultas*.  
 fuentes modernas: I<sup>217, 227</sup>; II, 1<sup>77</sup>.  
 fuentes ocultas: **138-142**, 143; I<sup>226, 230-233, 235, 242</sup>; I, 1<sup>99</sup>; II, 1<sup>59, 72, 74, 76, 81, 83, 93</sup>; II, 2-1<sup>57, 65</sup>; III<sup>68</sup>; IV, 1<sup>22, 38</sup>;

- IV, 2<sup>57</sup>. Véase también *Mejía*/*«Diálogos»/fuentes/fuentes indirectas*.
- fuentes principales: **135-136**.
- fuentes secundarias: **137**.
- independencia y falta de prejuicios en la elección de las fuentes en: II, 2-1<sup>54</sup>.
- manera en que Mejía operaba con sus fuentes: II, 2-2<sup>11, 26, 37, 49, 58</sup>; III<sup>31</sup>; IV, 1<sup>59</sup>; VI<sup>10-11, 46, 49, 55, 82, 84</sup>.
- maneras en que Mejía cita a sus fuentes: II, 1<sup>42, 86, 108</sup>; IV, 2<sup>24, 51, 66</sup>.
- Mejía se autocita en sus *Diálogos*: II, 1<sup>45</sup>.
- precisión y rigor en la citas: 124; I<sup>214</sup>.
- género: **19-70**.
- caracterización del género dialogístico: **19-39**.
- el género en los *Diálogos* de Mejía: **39-70**.
- las acotaciones dramáticas: **61-63**.
- Mejía, iniciador del género dialogístico: 39.
- influencias:
- en Ambrosio de Salazar: IV, 2<sup>55</sup>.
- en Cervantes: I, 1<sup>37, 68</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.
- en Juan de Arce de Otálora: IV, 2<sup>32</sup>.
- interpretación y significado de los *Diálogos*: **71-83**.
- como obra abierta: P<sup>19</sup>; VI<sup>87</sup>.
- como prontuario de cortesanía: I<sup>115</sup>.
- posibilidad de una doble lectura: 81-82; I<sup>135</sup>.
- lenguaje y estilo: **111-122**; I<sup>189, 191, 203</sup>; II, 1<sup>32</sup>.
- argumentación: I<sup>106</sup>; IV, 2<sup>1</sup>.
- errores lingüísticos: II, 2-1<sup>28</sup>.
- coloquialismos: II, 2-1<sup>30</sup>.
- lenguaje jurídico: I, 1<sup>79</sup>.
- estilo breve y llano: 205, 491.
- estilo espontáneo: 112.
- estilo improvisado de: 111-112.
- géneros retóricos en los *Diálogos*: I<sup>106</sup>; I, 1<sup>79</sup>.
- ideales estilísticos: 112.
- preocupación filológica: 113; I<sup>204</sup>.
- preocupación por el neologismo: I<sup>204</sup>.
- preocupación por la etimología: 121; I<sup>204</sup>.
- recta utilización del lenguaje en: 113.
- recursos retóricos: II, 1<sup>93</sup>; II, 2-1<sup>16</sup>.
- sintagma preposicional en función de atributo: IV, 2<sup>8</sup>.
- sintaxis farragosa y abstrusa: I, 2<sup>21</sup>.
- tendencia latinizante en las grafías: 114.
- vicios de estilo: I<sup>203</sup>.
- vocabulario:
- arabismos: 119; III<sup>38</sup>; IV, 2<sup>63</sup>; VI<sup>28</sup>.
- arcaísmos: P<sup>6</sup>; I, 1<sup>105, 116</sup>; II, 1<sup>93</sup>; II, 2-2<sup>45</sup>; III<sup>38, 57</sup>; VI<sup>17, 19</sup>.
- cultismos: 119-121; I, 1<sup>42, 79</sup>; I, 2<sup>12</sup>; II, 1<sup>50</sup>; II, 2-2<sup>32</sup>.
- germanismos: II, 2-1<sup>60</sup>.
- helenismos: 119; I, 1<sup>107</sup>; I, 2<sup>7, 46</sup>.
- italianismos: 120; I<sup>203</sup>.
- latinismos: 115, 119-120; I<sup>203</sup>; I, 2<sup>4, 12</sup>; II, 1<sup>93</sup>.
- neologismos: 120-121; I<sup>204</sup>.
- sinónimos: I, 2<sup>12</sup>.
- tecnicismos: [70], 119, 121, [235]; I, 1<sup>80</sup>.
- vulgarismos: III<sup>57</sup>; IV, 2<sup>64</sup>; V<sup>4</sup>.
- voluntad de estilo en los *Diálogos*: 112-113, 205; I<sup>181</sup>; II, 1<sup>32</sup>.
- nuestra edición:
- abreviaturas y siglas: **191-193**; III<sup>24</sup>.
- bibliografía: 152-153, **155-189**.
- colofón: 90-91; VI<sup>88</sup>.



- criterios editoriales: **147-153**.  
   transcripción de las gra-  
   fías: 114-115.  
   transcripción textual: **149-152**; IV, 2<sup>15</sup>; VI<sup>46, 70</sup>.  
   notas: 153.  
   envíos a notas: 152; I<sup>216</sup>.  
 referencias bibliográficas en  
 las notas: 152-153.
- erratas y lapsus anotados en los  
*Diálogos*: P<sup>5, 18</sup>; I, 17, 12, 27, 30, 52,  
 55-56, 65, 73, 75, 96, 103, 106, 111, 119;  
 I, 22, 16, 19, 22, 35, 37, 43, 52, 57-58, 60,  
 62, 64, 71, 87, 93, 99, 104, 108, 115-116;  
 II, 13, 32-33, 39, 43, 46, 61, 64-65, 73, 97,  
 100, 107, 115; II, 2-1<sup>3, 12, 15, 20, 25, 28,</sup>  
 31, 39-41, 45, 54-55, 58, 68, 77, 79-80, 102;  
 II, 2-2<sup>12, 18, 31, 34-35, 40, 46, 50, 53,</sup>  
 III<sup>5, 24, 29, 33, 38, 46, 51, 58, 60, 66,</sup>  
 IV, 1<sup>10, 12, 20, 23, 26, 28-29, 36-37, 40,</sup>  
 48, 50-51, 53-54, 66; IV, 2<sup>15, 23-25, 26-27,</sup>  
 34-35, 38, 41, 45, 58, 60, 64, 69, 72, 80; V<sup>3,</sup>  
 6, 9, 12, 19, 36, 43; VI<sup>2, 4-5, 7-9, 12, 14, 20,</sup>  
 22, 31, 36, 42, 56, 67, 81, 83.
- fuentes de los *Diálogos*:  
   manera de computarlas: I<sup>218</sup>.  
   manera de valorarlas: I<sup>219-222</sup>.
- índices:  
   general: **7-8**.  
   temático y onomástico: **521-592**.
- introducción: **11-193**.
- presentación: **9-10**.
- texto de los *Diálogos*: **195-519**.  
   Carta nuncupatoria: 43-[44],  
   72, 84, **86-91**, 112, **203-206**;  
   I<sup>142</sup>; pl. 14, 21.  
   solicitud de protección y  
   ayuda a un señor: 86-87,  
   203-205; P<sup>20</sup>.  
   tópico en Mejía de haber  
   sido obligado por sus  
   amigos a publicar los  
   *Diálogos*: 204-205; P<sup>17</sup>.  
   tópico en Mejía de la humil-  
   dad de su obra: 203-204.
- «Coloquio del Sol»: 40-43,  
 45-46, 49, [52]-53, 56-59,  
 65-66, [70], **103-105**, 108-  
 109, 136, 138, **381-410**;  
 II, 1<sup>6</sup>; V<sup>4, 13</sup>.
- «Coloquio del Porfiado»: 40-43,  
 44-46, 49, 52-53, 66, 70,  
**105-108**, 122, 144, 152,  
**411-466**; I<sup>73, 106, 216</sup>.  
   primera parte: **413-440**.  
   segunda parte: **441-466**.
- «Coloquios del convite»: 40-42,  
 49, 52-53, 56, 58, 62, 64, 66,  
 70, **97-103**, 135-136, 142,  
 145, **283-379**; I<sup>216, 220, 246,</sup>  
 II, 2-1<sup>111</sup>.  
   coloquio primero: **285-324**.  
   coloquio segundo: **325-379**.  
   primera parte: **325-361**.  
   segunda parte: **363-379**.
- «Diálogo de la Tierra»: 40-43,  
 46, 49, [52]-53, 56, 66, [70],  
**108-110**, 136, **467-483**;  
 V<sup>4</sup>; VI<sup>3</sup>.
- «Diálogo de los médicos»: 40-42,  
 45, 49, 52-54, 66,  
 68-70, **91-97**, 100, 136,  
 144-145, **209-281**; I<sup>42, 106,</sup>  
 150, 220, 245; I, 1<sup>2</sup>.  
   primera parte: **211-247**.  
   segunda parte: **249-281**.
- «Diálogo natural»: 40-43, 46,  
 49, [52]-53, 57, 66, [70],  
**110-111**, 136, **485-519**;  
 I<sup>222</sup>; V<sup>2, 4, 29</sup>.
- hexámetro encomiástico de  
 Gaspar López: 84, **91**, **207**;  
 I<sup>149</sup>; pl. 21.
- portada: **195-198**; P<sup>1, 21</sup>.
- privilegio de impresión: **84-86**,  
 195, **199-202**; I<sup>139-140</sup>; pl. 2,  
 10-11, 21.
- tasa: 84, **86**, 200, **202**; I<sup>141</sup>;  
 pl. 13, 21.
- variantes textuales anotadas en  
 los *Diálogos*: 149-150; P<sup>3, 8-9, 11,</sup>  
 14-15, 17-18, 20-21; I, 1<sup>1, 3-6, 10-11, 14, 17-19,</sup>  
 21-22, 29, 31, 35-36, 41-42, 44, 48-50, 58, 61-63,  
 70-72, 74, 76-77, 89, 90-91, 93-95, 98, 100-103,  
 105, 107, 110-111, 113-114, 120; I, 2<sup>23, 5-6,</sup>  
 8-10, 14, 17, 19-20, 24, 28, 36, 38-41, 43-46,  
 52-54, 57-58, 60, 62, 64-71, 73, 76, 78-81, 84,

- 86-87, 90-92, 94, 97-98, 102-103, 106-107, 111-114, 117; II, 1<sup>5</sup>, 9, 11, 13-15, 17, 23, 27, 30, 34, 37-40, 43, 46, 50, 56, 64-65, 67, 71, 75, 78, 80, 87, 95, 99-100, 102, 107, 115; II, 2-1<sup>1</sup>, 5, 7-9, 11, 13-14, 22-23, 30-32, 34-35, 38, 40, 44-45, 47, 50, 52, 54-55, 60-61-62, 69, 71, 73, 75-76, 80, 85-88, 91-92, 94-95, 97, 100-103, 105, 109-110, II, 2-2<sup>1</sup>-3, 5-6, 9-10, 12-13-14, 16, 20-21, 23-24, 27, 29-32, 34-37, 41-42, 44, 47-48, 50-52, 54-55, 57, 59-60; III<sup>1</sup>, 5-8, 12, 14, 20-22, 26-27, 30, 37, 39-44, 47, 50-52, 54, 56-57, 61, 63-67, 69-70; IV, 1<sup>2</sup>, 14, 17-21, 25, 28, 34-35, 43-45, 47-49, 53, 56, 61-63, 65-66, 68-70; IV, 2<sup>1</sup>, 3-5, 7-8, 10-11, 13, 15, 21, 23, 25, 31, 34, 38, 41-42, 44, 47, 50, 64-65, 67-68, 70, 76, 80-85; V<sup>1</sup>, 3, 9-10, 12, 14, 17, 19, 22-24, 26-28, 30-32, 35-39, 41-42; VI<sup>7</sup>, 9, 13, 15, 17-19, 23, 25-27, 29-31, 33-34, 36-38, 40-42, 46-48, 50-52, 56, 59-61, 66, 72-75, 77, 81, 83, 85-86, 88.
- personajes: 21, 27-30, 32, 36, 38, 40-49, **50-54**, 55-56, 58, 60, 62; II, 2-1<sup>41</sup>. Véase también *diálogos/personajes, hablantes e interlocutores*.
- caracterización: **50-54**, 62-63; I<sup>72, 163</sup>, IV, 1<sup>31</sup>.
- origen de sus nombres: 50.
- personajes secundarios: 64, 327, 483, 488; I<sup>42</sup>.
- predominio de los personajes sevillanos: 50.
- predominio absoluto de los personajes masculinos: 50.
- Antonino: 42-43, 45-46, 50-51, 53, 55, 57-58, 61-62, 65, 67, 70, 98-100, 103-104, 108-111, **285-379**, **383-410**, **469-483**, **487-518**; I<sup>163</sup>; II, 1<sup>45</sup>, 77, 81, 89, 97, 100; II, 2-1<sup>41</sup>, 111; II, 2-2<sup>62</sup>; III<sup>29</sup>, 58, 60; V<sup>29</sup>; VI<sup>2</sup>, 64, 76, 82, 87.
- Amaldo: 45, 50, 61-63, 67, 98-100, 141, **285-379**; II, 1<sup>12</sup>; II, 1<sup>57</sup>, 77, 81, 97; II, 2-1<sup>41</sup>, 111; II, 2-2<sup>22</sup>.
- Bachiller Narváez: 42-44, 46, 50, 62, 70, 105-108, 117, 409, **413-466**; IV, 1<sup>1</sup>, 12, [22, 27], 31, 42, [46, 50], 52, [55]; IV, 2<sup>12</sup>.
- Baltasar: 45, 50, 53-54, 61, 98-99, 101-102, 141, **285-379**; I, 1<sup>9</sup>; II, 1<sup>12</sup>, 86, 97; II, 2-1<sup>18</sup>.
- Bermudo, don: 45, 50, 61-64, 98-99, 102, **285-379**; II, 1<sup>45</sup>, 86, 97; II, 2-1<sup>41</sup>.
- Bernardo: 41, 45, 50, 52, 55, 57, 63, 70, 91-93, 95, 97, 136, **211-281**; I, 1<sup>2</sup>, 16, 26, 37, 89, 97; II, 1<sup>97</sup>; II, 2-1<sup>41</sup>.
- Fabian: 42, 44, 46, 50, 68, 106-107, **413-466**; IV, 1<sup>12, 31</sup>.
- Gaspar: 41, 45, 50, 52, 55, 57, 62, 70, 91-97, 144-145, **211-281**; I, 1<sup>2</sup>, 9, 26, 37, 39-40, 68.
- Ludovico: 44, 46, 50, 62, 65, 68, 103, 106, **383-410**, **413-466**; III<sup>29</sup>; IV, 1<sup>12-13</sup>.
- Maestro Velázquez: 41, 42, 45, 50, 52, 54, [57]-58, [61], 64, 68, [70], 91-94, 97-100, 145, **211-281**, **285-379**; I<sup>163</sup>; I, 1<sup>16</sup>, 40; I, 2<sup>47</sup>, 63, 95; II, 1<sup>57</sup>, 86, 97, [108]; II, 2-1<sup>24, 111</sup>.
- Nuño, don: 45, 50, 52, 57, 63, 91-92, **211-281**; I, 1<sup>16, 26</sup>.
- Ordoño: 45, 50, 61, 63-64, 98-99, 135, 142, **285-379**; II, 1<sup>77, 84</sup>, 86, 97.
- Paulo: 43-46, 50, 55, 57, 62, 66, 68, 70, 103, 106, 108-110, **383-410**, **413-466**, **469-483**, **487-518**; IV, 1<sup>12, 27</sup>; V<sup>32</sup>; VI<sup>82</sup>.
- Petronio: 43, 45-46, 50, 55, 57-59, 61-62, 65-66, 70, 103, 105, 108-111, **383-410**, **469-483**, **487-518**; III<sup>29, 34, 58-59</sup>; V<sup>32</sup>; VI<sup>2</sup>.
- Porfiado: véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Bachiller Narváez*.
- proceso y difusión y editorial: **9-10**, **13-19**, 113-114, **147-150**; I<sup>1-7, 119, 139-140, 192, 247</sup>; Pl, 2, 4; I, 2<sup>96</sup>.
- fe de erratas: Pl<sup>1</sup>; I, 2<sup>2</sup>.
- tiempo que tardó Mejía en componer sus *Diálogos*: 112.
- valores artísticos:
- creación de caracteres: 51.
  - el humor: 101-103, 105.
  - la amenidad: véase *amenidad*.
  - valor documental: I, 1<sup>7</sup>.
- Coloquios*: véase *Mejía/«Diálogos»*.

*Historia del emperador Carlos V*: 90, 161, 165, 176; II, 1<sup>85</sup>; III<sup>34, 36</sup>; IV, 1<sup>5</sup>.  
*Historia imperial y cesárea*: 13-14, 73, 89, 176; I<sup>2, 214</sup>; P<sup>2</sup>; II, 1<sup>42, 45</sup>; III<sup>36</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>[4]</sup>.  
*Parénesis o exhortación a virtud*: 176, 195, 199; I<sup>129, 139</sup>; P<sup>1, 4</sup>; VI<sup>88</sup>.  
*Relaciones* manuscritas atribuidas: II, 1<sup>85</sup>.  
*Silva de varia lección*: 13-19, 72-73, 77-82, 90, 100-101, 111, 123, 129, 137, 161, 169, 173, 193, 301; I<sup>7, 25, 42, 115, 117-119, 123, 129, 134-136, 148, 160, 167, 192, 204, 213, 230</sup>; P<sup>2, 6-7, 10, 12, 16, 18-19</sup>; I, 1<sup>1, 19, 27, 29, 40, 51, 54, 69, 75, 77, 95, 102-103, 105, 113, 121</sup>; I, 2<sup>14, 24, 28, 29, 54, 56, 69-70, 80, 85-86, 89, 96, 102, 105, 110, 113</sup>; II, 1<sup>9, 13, 19, 34, 40, 45, 56, 65, 93, 95, 100, 105, 109</sup>; II, 2-1<sup>2, 14, 21, 29-30, 44, 55, 57, 90, 98, 106, 110</sup>; II, 2-2<sup>2, 9, 16, 23, 31, 34, 39</sup>; III<sup>5, 10, 17, 32, 36-37, 43, 52, 62</sup>; IV, 1<sup>11, 22, 35, 43-44, 48</sup>; IV, 2<sup>44, 47, 69</sup>; V<sup>5, 35</sup>; VI<sup>27, 43, 46-47, 51, 53, 57, 74</sup>.  
 melancolía [= «humor del cuerpo»]: 373; II, 2-2<sup>42</sup>.  
 melancholía: véase *melancolía*.  
 melencolía: véase *melancolía*.  
 melencholia: véase *melancolía*.  
 Meléndez, Francisco: P<sup>1</sup>.  
 melones: 359.  
 Méndez Bejarano, Mario: 176; I<sup>1</sup>.  
 mendigos: III<sup>71</sup>.  
 Menéndez Pelayo, Marcelino: 112, 176; I<sup>1, 3, 143, 189, 213</sup>; IV, 2<sup>38</sup>.  
 Menéndez Pidal, Ramón: 176; I<sup>136, 191, 199, 204</sup>.  
 menosprecio:  
     menosprecio de corte y alabanza de aldea: véase *tópicos/menosprecio de corte y alabanza de aldea*.  
     menosprecio de las riquezas: 335.  
 mentiras: 303.  
 Mequinez: II, 2-1<sup>79</sup>.  
 mercaderes: 409; II, 1<sup>6</sup>; III<sup>71</sup>.  
 Mercado, Pedro de: I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 2-1<sup>111</sup>.  
     *Diálogos de filosofía natural y moral*: II, 2-1<sup>111</sup>.  
 mercenario: 245.  
 Mercurio [dios]: 222.

mesa: 58, 61, 98, 308, 313, 318, 322, 330-332, 336, 338, 347, 350, 356, 359, 368, 378.  
 alzar la mesa: 368, 378.  
 Meseguer Fernández, Fr. J.: 176; I<sup>136</sup>.  
 mestura [= «mixture, mezcla»]: II, 2-2<sup>45</sup>.  
 metales: 240, 405-406, 503.  
 metamorfosis: véase *transformaciones*.  
 metátesis: I, 1<sup>74, 113</sup>; I, 2<sup>[14]</sup>; II, 2-2<sup>42</sup>; IV, 1<sup>3</sup>.  
 meteorito: VI<sup>46</sup>.  
 meteorología: 46, **487-518**; VI<sup>16</sup>; VI<sup>76</sup>.  
 método experimental: 104; IV, 1<sup>30</sup>.  
 Véase también *conocimiento experimental*.  
 mezquita almohade de Sevilla: véase *Sevilla/mezquita almohade*.  
 Micard, Claude: 17.  
 Michaud, Joseph François: 176, I<sup>1</sup>.  
 Michel, Claude: 17, 18; I<sup>7</sup>.  
 miedo: 254.  
 miel: 275, 338, 457; IV, 2<sup>55</sup>.  
 miembros del cuerpo humano: 241-242, 261, 366.  
 miembros interiores del cuerpo: 254.  
 Mifibóset: véase *Mefibóset*.  
 milagros: 303, 448, 471-474, 476-477; II, 1<sup>47</sup>; IV, 2<sup>22</sup>. Véase también *curaciones milagrosas*.  
 Millares Carlo, Agustín: 176; I<sup>1</sup>.  
 mimesis conversacional en los diálogos: véase *diálogos/el diálogo como imitación de una conversación real*.  
 mina: 399, 407.  
 minerales como remedio curativo: I, 1<sup>99</sup>.  
 Mingote Muñiz, Manuel E.: 176; I, 1<sup>2, 108</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
 Miphibóseth: véase *Mefibóset*.  
 Mir, Marie Thérèse: véase *Mir-Andreu, Maïte*.  
 miraglo [= «milagro»]: I, 1<sup>74</sup>.  
 Miranda, Alfonso de: 176; I, 2<sup>33</sup>.  
     *Diálogo del perfecto médico*: 176; I, 2<sup>33</sup>.  
 Mir-Andreu, Maïte: 163-164, 172, 177; I, 2<sup>15</sup>; III<sup>42</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
 Mir-Samii, Reza: 163, 187.

misa: 55-56, 59, 61, 99, 103, 286-287, 290, 319, 324, 383-385.  
 misa de los perezosos: véase *Sevilla/catedral/misa de los perezosos*.  
 misas cortas: 384.  
 misas largas: 384-385.  
 misceláneas: 48, 74, 75, 123, 134; I<sup>25</sup>, 120, 123, 129, 236, 243.  
 la imitación compuesta en las misceláneas: I<sup>129</sup>.  
 misceláneas latinas: 140; I<sup>230, 236, 243</sup>, IV, 1<sup>38</sup>.  
 miserables: véase hombres miserables.  
 misericordia: 232.  
 misoginia: véase *Mejía/pensamiento/feminismo y misoginia en la obra de Mejía*.  
 misterios: 455.  
 mitos: véase *tópicos*.  
 Mitridates: I, 1<sup>63</sup>.  
 mitridato [= «jarabe medicinal contra el veneno»]: 230, 245; I, 1<sup>63</sup>.  
 Miura Andrades, José María: 177.  
 mixtura: véase *mestura*.  
 modas: 103, 348-351; II, 2-1<sup>78, 90</sup>.  
 modas y costumbres en el reinado de Carlos V: véase *Carlos V/las modas y costumbres cortesanas*.  
 moderación en el comer: véase *buen regimiento*.  
 modernos sobre los antiguos, superioridad de los: I<sup>176</sup>; I, 1<sup>115</sup>.  
 Moisés: 273, 342.  
 molimiento: 252.  
 Moll, Jaime: 177; I<sup>138, 140, 192</sup>; P<sup>2</sup>.  
 Monardes, Nicolás: 177; I, 2<sup>15, 96</sup>.  
*Historia medicinal*: 177; I, 2<sup>15</sup>.  
 Monat, P.: 168.  
 monedas: 201-202, 279, 301, 354-355, 452, 463; P<sup>1, 13</sup>.  
 monólogo: 60, 63.  
 Montaigne, Michel de: I<sup>25</sup>.  
 montañas: 259, 496. Véase también *montes*.  
 montes: 117, 229, 236, 459, 470.  
 Montesinos, José F.: 177; I<sup>204</sup>.  
 Montoto, Santiago: 177; I, 1<sup>7</sup>; II, 1<sup>10, 12, 16, 90</sup>; III<sup>34, 71</sup>.  
 moral: IV, 1<sup>1</sup>.  
 Morales Ortiz, Alicia: 177; II, 1<sup>37</sup>.

Morales Padrón, Francisco: 177; I<sup>151</sup>; I, 1<sup>7</sup>; II, 1<sup>10, 12</sup>; III<sup>71</sup>.  
 moralismo: 48, 65, 200; I<sup>134</sup>; II, 2-1<sup>78</sup>; II, 2-2<sup>56</sup>.  
 moralismo medieval: 81; I<sup>16, 42, 132</sup>.  
 Moranti, Luigi: 177; I<sup>1</sup>.  
 morbo caduco: véase *mal caduco*.  
 mordedura:  
 de animales venenosos: I, 1<sup>63</sup>.  
 de perro rabioso: I, 1<sup>63</sup>.  
 Morel, Frédéric: 17; I<sup>67</sup>.  
 Morel-Fatio, Alfred: 177; I<sup>190</sup>.  
 Moreno Yuste, Juan Manuel: 188.  
 Morgado, Alonso: 177; I<sup>68</sup>; III<sup>71</sup>.  
*Historia de Sevilla*: 177; III<sup>71</sup>.  
 morir: véase *muerte*.  
 Moro, Tomás: IV, 2<sup>9</sup>.  
 Morón Arroyo, Ciriaco: 165, 168, 177, 183; I<sup>8, 13, 25</sup>.  
 moros: III<sup>42</sup>.  
 Morrás, María: 177; I<sup>128</sup>.  
 Morreale, Margherita: 178; I<sup>19, 39, 50, 111</sup>.  
 mosca: 445.  
 mosquito: 445.  
 mosto: IV, 2<sup>78</sup>.  
 mostrar [= «enseñar, explicar»]: I, 1<sup>16</sup>; III<sup>12</sup>.  
 movimiento acelerado: 398.  
 Moya, Carlos: 161, 167.  
 muchacho: 327, 357. Véase también *paje*.  
 muerte: 67, 231-232, 245, 254, 261, 378, 455, 458. Véase también *muertos*.  
 muertes de príncipes: 508, 511.  
 muerte de reyes y emperadores: 510, 514.  
 muertos: 254, 261; I, 1<sup>107</sup>.  
 mujeres: IV, 1<sup>55</sup>.  
 la mujer en la obra de Mejía: I<sup>160</sup>.  
 mujer [= «esposa»]: 346, 434.  
 mujeres públicas: 435.  
 mulas: 216, 340, 436, 460, 464; II, 2-1<sup>49</sup>; IV, 1<sup>55</sup>; IV, 2<sup>61</sup>.  
 Mulroney, Margaret L.: 9, 15, 149, 178, 191; I<sup>1, 3</sup>; P<sup>18</sup>; I, 1<sup>9, 12, 34, 39, 45-46, 55, 64, 66, 68, 83, 86, 97, 99, 108-109, 117-118</sup>; I, 2<sup>22, 25, 30, 34, 37, 47, 49-50, 55, 59, 75, 83, 85, 88</sup>; II, 1<sup>21, 29, 31-33, 35, 37, 39, 41, 42, 44, 53, 58-59, 62-63, 66, 68, 72, 74, 77, 81-83, 88, 92, 94, 96, 101</sup>.

103-105, 109-110, 112-114; II, 2-1<sup>12</sup>, 15, 25, 27, 29, 33, 42-43, 46, 50, 57, 70, 74, 93, 96, 99, 107-108, 111; II, 2-2<sup>4</sup>, 7-8, 19, 22, 25, 28, 37, 58; III<sup>15</sup>, 24-25, 28, 31, 42, 45, 48-49; IV, 1<sup>38-39</sup>, 41, 46, 57, 59; IV, 2<sup>25</sup>, 30, 33, 37, 39-41, 43, 46, 54, 56-57, 59, 61, 73, 79; V<sup>8</sup>, 11, 19; VI<sup>11</sup>, 16, 18, 24, 32, 35, 39, 44-45, 49, 55, 65, 68-70, 82, 84.

multa: IV, 1<sup>55</sup>.

mundo:

mundo [= «vida mundana»]: 287.

mundo [= «universo»]:

el centro del mundo: 474; V<sup>11</sup>.

Murat, Michel: 163, 187.

Murillo, Luis Andrés: 162, 178; I<sup>8, 23, 50</sup>.

murmuración: 58, 145, 291, 294,

299, 303, 316-317, 336, 407; II, 1<sup>89</sup>.

vedada en los convites: II, 1<sup>89</sup>.

murmurar: véase *murmuración*.

Musa, Antonio: 228.

Musas: 317-318.

música: 377; II, 2-1<sup>84</sup>.

mutis: 60, 64.

muy [adverbio de cantidad, presente o ausente en variante textual]: I, 1<sup>11</sup>; IV, 1<sup>68</sup>.

Nabal: 448; IV, 2<sup>19</sup>.

Nácar Fuster, Eloíno: 191.

naciones gentiles: 450.

Nágera, Bartolomé de: 15, 85-86, 148, 193, 208; P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.

Nágera, Viuda de Bartolomé de: 15, 148, 193; P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.

Nanni Mirabelli, Domenico: 129, 133, 142-143; I<sup>242</sup>; II, 1<sup>63</sup>.

*Polyanthea nova*: 129; II, 1<sup>63</sup>.

Nápoles, virrey de: 88; P<sup>14</sup>.

Nápoles: II, 2-1<sup>84</sup>.

naranjas: 338; II, 2-1<sup>46</sup>.

naranjas dulces: 338.

naranjo: 338-339.

Narbona, A.: 189.

narración [parte de un discurso]: 447; IV, 2<sup>1</sup>.

narrador en los diálogos, el: 60; I<sup>34</sup>.

*narratio*: véase narración [parte de un discurso].

Narváez: véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Bachiller Narváez*.

Narváez de Velilla, Francisco: 171; I<sup>30, 41</sup>.

*Diálogo intitulado el Capón*: 171; I<sup>30, 41, 86</sup>; IV, 1<sup>13</sup>.

natas: 338.

National Union Catalog: 178; I<sup>1</sup>.

naturaleza: 122, 231, 252, 259, 270, 309, 369, 371, 372, 375, 377, 399, 478; I, 1<sup>53</sup>; I, 2<sup>31</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.

fuerza curativa de la naturaleza: I, 2<sup>31</sup>.

influencia de la naturaleza sobre el hombre: VI<sup>76</sup>.

la naturaleza no sufre lugar vacío: 399.

naturalidad expresiva: 112, 120; I<sup>27, 39</sup>.

Véase también *Renacimiento/naturalidad expresiva*.

Navagero, Andrea: III<sup>71</sup>.

*Viaje por España*: III<sup>71</sup>.

Naval [personaje bíblico]: véase *Nabal*.

Navarro de Kelley, Emilia: 178; IV, 1<sup>6</sup>.

navegar: 377.

naves [= «barcos»]: 395, 397.

Nebrija, Elio Antonio de: 116, 182; I<sup>128, 136</sup>; P<sup>11</sup>; III<sup>38</sup>; IV, 1<sup>33</sup>; IV, 2<sup>63</sup>.

*Gramática de la lengua castellana*: 182.

necesidad extrema: 463; IV, 2<sup>78</sup>.

necesitar [= «obligar, impeler, instar»]: I, 2<sup>51</sup>.

necios: véase *hombres necios*.

negocios: 287, 313-314, 483.

Neoclasicismo: 114.

neologismos: véase *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/vocabulario/neologismos*.

Nerón: 458.

Newton, Thomas: 18.

Nicolao: véase *Nicolás*.

Nicolás III, marqués de Ferrara: 279; I, 2<sup>99</sup>.

niebla [fenómeno atmosférico]: 101, 110, **487-518**; VI<sup>32</sup>.

Niebla [población de Huelva]: 337; II, 1<sup>16</sup>.

Nieto, José C.: 178; IV, 1<sup>6</sup>.

Nieto Ibáñez, Jesús M.<sup>a</sup>: 158, 185.

nieve: 110, 349, 352, **487-518**; II, 2-1<sup>78</sup>; VI<sup>24</sup>.

- niños: 514.  
 no [adverbio de negación pleonástico o redundante]: II, 2-1<sup>26, 44, 59</sup>.  
 nobleza: 35, 50; II, 1<sup>12</sup>; IV, 1<sup>9, 55</sup>.  
 noche: 104, 388-389, 392, 499.  
 Noguera, Dolores: 167, 185.  
 nombres de las prácticas y productos medicinales: 233.  
 nora: véase *noria*.  
 noria: 459; IV, 2<sup>63</sup>.  
 notas a nuestra edición: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra edición/notas*.  
 noticias: 18-19, 82, 89, 99-100, 124, 241, 251-252, 270; I<sup>3, 5, 7, 118</sup>; P<sup>16</sup>; I, 1<sup>47</sup>. Véase también *nuevas*.  
 novedades: 417.  
 novela: 36, 48; I<sup>124</sup>.  
     novelas de caballería: I<sup>203, 230</sup>.  
 novillo: 460.  
 nubes: 110, **487-518**; VI<sup>24</sup>.  
 Nuncio, Martín: 15, 86, 148, 191, 210; I<sup>143</sup>; P<sup>1, 14</sup>; IV, 2<sup>9</sup>.  
 Nuncio, Viuda de Martín: 15, 148, 191; P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 nuevas: 287. Véase también *noticias*.  
*números, Libro de los*, véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento*»/«*Números*».  
 Núñez de Alba, Diego: IV, 1<sup>4</sup>.  
     *Diálogos de la vida del soldado*: IV, 1<sup>4</sup>.  
 Núñez de Guzmán *el Pinciano*, Hernán: 94, **142**, 178, 260; I<sup>242</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 1<sup>26</sup>; VI<sup>71</sup>.  
     *Refranes o proverbios en romance*: 178; I, 2<sup>33</sup>.  
 Nuño, don: véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Nuño, don*.  
 nutrición: 372.
- ñubloso [= «nubloso»]: IV, 2<sup>45</sup>.
- o [conjunción disyuntiva, variante textual vs. y]: II, 1<sup>3</sup>; II, 2-1<sup>34, 39, 80</sup>.  
 obediencia: 455.  
 objeciones: 47.  
 obra de misericordia: 297.  
 Ocasar Ariza, José Luis: 156, 178; II, 1<sup>6</sup>; IV, 2<sup>32</sup>.  
 ocio: 50, 57, 59, 461.
- Octaviano, emperador: véase *Augusto, Octavio*.  
 ocurrir [= «ocurrirse, venir al pensamiento»]: I, 1<sup>121</sup>.  
 odrería: 340; II, 2-1<sup>49</sup>.  
 ofender [= «atacar»]: 438.  
 oficiales [= «trabajadores»]: 269, 272.  
     oficiales de metales: 406.  
 oficios: 269, 279, 330.  
     oficios mecánicos: 272.  
 oído [sentido corporal]: 291, 351.  
 oidor: 201.  
 oír [formas irregulares]: IV, 2<sup>77</sup>.  
 ojos: 237, 479.  
 olfato: véase *olor*.  
 olor: 245, 257, 351.  
     buenos olores: I, 1<sup>116</sup>.  
 Oltramare, Paul: 186.  
 olvidar: véase *olvido*.  
 olvido: 9, 15, 75, 78, 115-116, 119, 134, 139, 268, 279-280, 313, 327, 331, 334, 404, 498, 514-515; I<sup>235</sup>; P<sup>10</sup>; I, 2<sup>2, 52, 115</sup>.  
 olla: 344.  
 Onís, Federico de: 178; I<sup>148</sup>.  
 opacidad: V<sup>136-137</sup>.  
 opinión [= «juicio cuestionable, dictamen incierto»]: I, 1<sup>43</sup>.  
 opiniones: 252, 360, 416, 425-426, 490.  
     opinión común: 105, 106, 258, 262, 413, 423-424; IV, 1<sup>24</sup>.  
     opinión contraria: 426.  
     opiniones absurdas: 109-110.  
     opiniones recibidas: véase *errores comunes*.  
 Oporino, Joan: IV, 1<sup>15</sup>.  
 oración [discurso]: 38, 42, 46, 70, 105, 413, 430; IV, 2<sup>1</sup>. Véase también *discurso y retórica*.  
 oración [plegaria religiosa]: 289; IV, 1<sup>9</sup>. Véase también *rezo*.  
 oratoria: 93, 106-107, 246; I<sup>181</sup>; IV, 2<sup>1, 12</sup>. Véase también *retórica*.  
 Orden de Santiago: I, 2<sup>33</sup>.  
 orden en la exposición de un discurso: 368-369.  
 órdenes [= «clases o tipos de ejércitos»]: 341.

Ordoño: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/personajes/*Ordoño*.  
 orégano: 259.  
 oreja: 340.  
 Oriente: 20, 470.  
 orina: 256, 349; IV, 2<sup>55</sup>.  
 orlas: P<sup>1</sup>.  
 oro: 65, 230, 300, 308-309, 405-408.  
     peso del oro: 405-406.  
 Ortensio: véase *Hortensio*.  
 Ortiz de Zúñiga, Diego: 166, 178;  
     I<sup>143</sup>; II, 1<sup>7, 10, 12, 16, 98</sup>; II, 2-1<sup>83</sup>; III<sup>17</sup>.  
     *Anales eclesiásticos y seculares... de la*  
     *ciudad de Sevilla*: 178.  
 ortografía [variantes ortográficas]:  
     véase *consonantes... y vocales...*  
 Ortolá, Marie-Sol: 178; I<sup>47, 51, 88, 100</sup>.  
 oscuridad: 390.  
 ostentación social: 346; I<sup>166</sup>. Véase tam-  
     bién *vanidad*.  
 Osuna: P<sup>21</sup>.  
 Otoniel: 448.  
 otoño: 504.  
 otro día [= «al día siguiente»]: I, 2<sup>109</sup>.  
 Oudin, César: IV, 2<sup>80</sup>.  
 Ovando, Juan de: P<sup>1</sup>.  
 ovejas: 364, 370, 460.  
 Ovidio Nasón, Publio: IV, 2<sup>34</sup>.  
 oxímoron: IV, 1<sup>27</sup>. Véase también  
     *antítesis*.  
  
 Pablo, san: véase «*Biblia*»/*Nuevo Tes-*  
     *tamento*/«*Epístolas*» de san Pablo.  
 paciencia: 278, 393, 461.  
 Pacífico, océano: III<sup>34</sup>.  
 pacifismo: IV, 2<sup>71</sup>.  
 Pacheco, Francisco: 12, 51, 89, 111-112,  
     178, 180, 183; I<sup>117</sup>; P<sup>1, 16</sup>; II, 1<sup>16</sup>;  
     VI<sup>64</sup>.  
     *Libro de descripción de verdaderos re-*  
     *tratos de ilustres y memorables*  
     *varones*: 178.  
 padecer: 214, 239, 241, 280, 342, 364,  
     369, 371, 427, 516; I, 2<sup>121</sup>; VI<sup>79</sup>.  
 padecimiento: véase *padecer*.  
 padrenuestro: 287; IV, 1<sup>9</sup>.  
 padres: 349.  
     Padres de la Iglesia: I<sup>16</sup>; III<sup>55</sup>.  
 Paedts Jacobszoon, Jan: 18.

Paets, Pieter Jacobs: 18.  
 paila [= palangana]: 389; III<sup>16</sup>.  
 Países Bajos: véase *Holanda*.  
 paje: 68, 331, 356-357, 392.  
 palabras:  
     griegas: 233.  
     latinas: 233.  
 paladar [= «gusto»]: 349.  
 palatalización: I, 1<sup>105</sup>.  
 Palatino [personaje de los *Coloquios*  
     de Arce de Otálora]: IV, 2<sup>32</sup>.  
 Palau y Dulcet, Antonio: 179; I<sup>1, 3, 5-7,</sup>  
     1<sup>43</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>9, 34</sup>.  
 Palencia, Alonso de: IV, 1<sup>15</sup>.  
 palentinos: II, 1<sup>16</sup>.  
 Palma, Luis de la: I, 1<sup>121</sup>.  
     *Historia de la Pasión*: I, 1<sup>121</sup>.  
 palo:  
     palo de Indias: 94, 253; I, 2<sup>15</sup>.  
     palo santo: véase *palo de Indias*.  
 palomino: IV, 2<sup>78</sup>.  
 Pallister, Janis L.: 179; I<sup>160</sup>.  
 pan: 323.  
 panes de oro: 300.  
 Panza, Sancho: I, 1<sup>89, 104</sup>; II, 1<sup>84</sup>.  
 papel, impresión en: véase *impren-*  
     *ta/impresión en papel*.  
 para [preposición presente o ausente  
     en variante textual]: IV, 2<sup>82</sup>.  
 parábolas: 303.  
 paradojas: I<sup>134</sup>.  
 paralelismo [figura retórica]: 118; II,  
     2-1<sup>16</sup>.  
*Paralipómenos*: véase «*Biblia*»/*Antiguo*  
     *Testamento*/«*Paralipómenos*».  
 Paramio Vidal, Mayela: 155, 158, 164,  
     170, 173, 181-182.  
 parecer común: véase *opiniones/opi-*  
     *nión común*.  
 paremias: véase *cuentecillos*.  
 paremiología: 94; I<sup>211</sup>.  
*Parénesis*: véase *Isócrates*/«*Parénesis*».  
 pariente [= «semejante, parecido»]:  
     II, 1<sup>24</sup>.  
 París: 17-18; I<sup>67</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>55</sup>.  
 parlamentos en los diálogos: véase  
     *diálogos/parlamentos*.  
 parochia: véase *parroquia*.  
 paronomasia: 121; II, 1<sup>93</sup>.

- parrochia: véase *parroquia*.  
 parroquia: 286, 344; II, 1<sup>5</sup>; II, 2-1<sup>60</sup>.  
 participio, concordancia con el sustantivo: véase *concordancia sustantivo-adjetivo-participio [uso ambiguo]*.  
 pasados: véase *antepasados*.  
 pasar [= «gastar, acabar, deglutir»]: II, 2-2<sup>54</sup>.  
 pasar mula por la odrería: II, 2-1<sup>49</sup>.  
 Pascual, José A.: 191.  
 Pascual Barea, Joaquín: 156, 158, 160-161, 164, 171, 177, 179, 186; P<sup>21</sup>; I, 2<sup>96</sup>.  
 pasible [= «capaz de padecer»]: VI<sup>79</sup>.  
 pasión:  
     pasión [= «afecto del ánimo»]: 254, 353, 357.  
     pasión [= «enfermedad»]: 225, 242.  
     Pasión de Cristo: véase *Cristo/Pasión*.  
 pasmos: 349.  
 pasteles: 346-347.  
 pastores: 460.  
 patán ignaro: véase *cuentecillos/el ignorante orgulloso*.  
 paternóster: véase *padrenuestro*.  
 Patio de los Naranjos: véase *Sevilla/Patio de los Naranjos*.  
 patriarcas: 455.  
 patriciado urbano: 50; II, 1<sup>45</sup>.  
 Patricius, Franciscus: véase *Patrizi, Francesco*.  
 patrística: 22, 123; I<sup>16</sup>.  
 Patrizi, Francesco: 129, 131, 133, [135], 142, 179, 311; I<sup>237, 241</sup>; II, 1<sup>46, 59, 76-77, 81, 93</sup>; II, 2-1<sup>24, 57, 65</sup>; IV, 2<sup>57</sup>.  
     *De institutione reipublicae libri novem*  
     o *De republica*: 129, 179, 311; II, 1<sup>46, 59, 76-77, 81, 93</sup>; II, 2-1<sup>24, 57, 65</sup>; IV, 2<sup>57</sup>.  
 Paulina: 309.  
 Paulo II, papa: I, 2<sup>99</sup>.  
 Paulo Emilio: 305.  
 pavón [= «pavo real»]: 309; II, 1<sup>70</sup>.  
 pavos: 309, 353-355-356; II, 1<sup>70</sup>.  
     pavos de Indias: 353.  
 paz: IV, 2<sup>52, 71</sup>.  
 pecado: 65, 257, 298, 333, 336, 348, 352-353, 384-385, 408, 435. Véase también *pecar*.  
 pecador: 65, 250, 408. Véase también *pecado*.  
 pecar: 95, 257, 274, 297, 303, 368, 434-435, 444. Véase también *pecado*.  
 pecar [= «faltar o exceder»], 238, 275.  
 peces: 251, 301, 308-309; IV, 2<sup>40</sup>.  
 pechugas: 356.  
 pedagogía: 47; I<sup>136</sup>. Véase también *diálogos/caracterización/carácter docente*.  
 pederastia en los *Diálogos* de Mejía, la: véase *Mejía/«Diálogos»/asuntos y temas/la pederastia*.  
 pedernal: 500.  
 Peeters Fontainas, Jean: 179; I<sup>1</sup>.  
 Peinador Marín, Luis Jesús: 179; I<sup>42, 88</sup>; II, 1<sup>16</sup>.  
 peligros: 438.  
 peloponenses: 226.  
 pellejos de lobo marino: 502-503.  
 pena: 353, 427.  
 Penney, Clara Louisa: 179; I<sup>1</sup>.  
 Penny, Ralph: 188.  
 Pepe Sarno, Inoria: 173, 179; I<sup>131</sup>.  
 Pépin, R.: 180.  
 Perafán de Ribera: véase *Tarifa, marqués de*.  
 perdices: 358.  
 Pérez, Joseph: 179, 188; III<sup>55</sup>.  
 Pérez de Oliva, Fernán: 162; I<sup>75, 117, 136</sup>.  
     *Diálogo de la dignidad del hombre*: I<sup>75</sup>.  
 Pérez González, Maurilio: 159, 185.  
 Pérez Pastor, Cristóbal: 179; I<sup>1</sup>.  
 perfumería: I, 1<sup>116</sup>; II, 2-1<sup>82</sup>.  
 perfumes: 351.  
 Pericles: 299.  
 perífrasis: 122.  
     perífrasis verbales: véase *verbo/perífrasis verbales*.  
 peripatético: 430; IV, 1<sup>37</sup>.  
 perlas: 300-301, 306, 308; II, 1<sup>45</sup>.  
 perlesía [= «parálisis o debilidad muscular»]: 349.  
 perlongar [= «alargar»]: VI<sup>54</sup>.  
 peroración [parte de un discurso]: 464; IV, 2<sup>1, 84</sup>.  
*peroratio*: véase *peroración*.  
 perrochia [= «parroquia»]: II, 1<sup>1</sup>



persecución inquisitorial: véase *Inquisición*.  
 perseguir [= «proseguir»]: II, 1<sup>9</sup>.  
 Persia: 339.  
 personajes: véase *diálogos/personajes, hablantes, interlocutores y Mejía/«Diálogos»/personajes*.  
 personas gramaticales: véase *diálogos/lenguaje/personas gramaticales*.  
 perspectiva: 388.  
 perversidad: IV, 1<sup>59</sup>.  
 pesados: véase *cosas pesadas y hombres pesados*.  
 pesadumbre: 425-426. Véase también *hombres pesados*.  
 pesebre: 455.  
 Pesebre [estrellas]: 454; IV, 2<sup>46</sup>.  
 peso de los cuerpos físicos: véase *cuerpos físicos/peso*.  
 pesquerías: 44.  
 peste [enfermedad]: 370, 508, 510; I, 1<sup>63</sup>; II, 2-2<sup>28</sup>.  
 pestilencia: véase *peste*.  
 Petrarca: 24; I<sup>21, 34, 129, 245</sup>; I, 1<sup>47</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
 Petronio: véase *Mejía/«Diálogos»/personajes/Petronio*.  
 Pezzana, Nicolò: 16.  
 Pfandl, Ludwig: 179; I<sup>213</sup>.  
 Piacentini, Giuliana: 179; I<sup>1</sup>.  
 Piccolomini, Eneas Silvio: 186; I<sup>134</sup>.  
     *Cosmografía*: I<sup>134</sup>.  
     *La Europa de mi tiempo*: 186.  
 piedras: 230, 329, 398-399, 403, 405, 492, 503; V<sup>29</sup>; VI<sup>46</sup>.  
 peso: 405.  
 piedra azufre: I, 1<sup>116</sup>.  
 piedra pómez: 405.  
 piedras de riñones: 349; II, 2-1<sup>79</sup>.  
 piedras preciosas: 308, 447, 456.  
 propiedades curativas de las piedras: 225, 240; I, 1<sup>99</sup>.  
 pies: 257, 340.  
 Pietrasanta, Plinio: 16.  
 Pike, Ruth: 179; I, 1<sup>7</sup>.  
 píldoras: I, 2<sup>26</sup>.  
 Pinciano [personaje de los *Coloquios* de Arce de Otálora]: IV, 2<sup>32</sup>.  
*Pinciano, el*: véase *Núñez «el Pinciano», Hernán*.

Pineda, Pedro: VI<sup>88</sup>.  
 Pineda, Victoria: 180; I<sup>129</sup>.  
 Piñero Ramírez, Pedro Manuel: 10, 167, 178, 180, 183; II, 2-1<sup>2</sup>; IV, 2<sup>34</sup>.  
 Pío II, papa: véase *Piccolomini, Eneas Silvio*.  
 piratas: IV, 1<sup>67</sup>.  
 placer: II, 2-2<sup>56</sup>.  
 planetas: 258, 505-507; VI<sup>57</sup>.  
     influencia de los planetas: 504-506, 508.  
     sustantivo de género ambiguo: VI<sup>56</sup>.  
 plantas curativas: I, 1<sup>99</sup>.  
 plata: 308.  
 Plata [cometa]: 506.  
 plateros: 406.  
 plática: 234, 278, 295, 303, 306, 363, 368, 384, 386, 394, 401, 403, 407, 409, 413, 416, 418, 428, 434, 442, 483, 488, 491; I, 1<sup>77</sup>. Véase también *conversación*.  
 plática [= «práctica, ejercicio, destreza, uso»]: I, 1<sup>31, 77</sup>.  
 pláticas comunes: 417.  
 platicar: véase *plática*.  
 Platón: 20, 21, 129-130, 133, 151, 180, 245, 256, 265, 270, 304, 335, 431, 437; I<sup>10-11, 34, 48, 64, 219</sup>; I, 1<sup>117</sup>; I, 2<sup>50, 74</sup>; II, 1<sup>45, 58</sup>; IV, 1<sup>1, 41, 58</sup>.  
     *De legibus* o *Las leyes*: 129, 151, 245, 256, 304, 438; I, 1<sup>117</sup>; II, 1<sup>58</sup>; IV, 1<sup>57</sup>.  
     concepto de la virtud: II, 1<sup>58</sup>.  
     concepto de la educación: II, 1<sup>58</sup>.  
*Fedro*: IV, 1<sup>1</sup>.  
*Gorgias vel de Rhetorica*: 130; I, 2<sup>74</sup>; IV, 1<sup>1</sup>.  
*La república* o *Politeia*: 130, 265, 431; I<sup>219</sup>; I, 2<sup>50</sup>; IV, 1<sup>1, 41</sup>.  
*Omnia divini Platonis opera*: 180.  
*Teeteto*: I<sup>48</sup>.  
 platos: 346, 356.  
 pleito: 262.  
 pliego de un libro: P<sup>13</sup>.  
 Plinio Cecilio Segundo, Cayo [Plinio *el Joven*]: 130, 133, 151, 180, 323; II, 1<sup>114</sup>.  
*Epistulae*: 130, 180; II, 1<sup>114</sup>.

Plinio el Joven: véase *Plinio Cecilio Segundo, Cayo*.  
 Plinio el Sobrino: véase *Plinio Cecilio Segundo, Cayo*.  
 Plinio el Viejo: véase *Plinio Segundo, Cayo*.  
 Plinio Segundo, Cayo [*Plinio el Viejo*]: 101, 110, 130, 133-134, 136, 138-141, 180-181, 223, 225, 228-229, 231, 257, 259-261, 274, 300, 310, 318, 332-334, 338-340, 345, 354, 451, 453-454, 457-459, 502, 505, 510, 515; I<sup>225-226, 229, 232</sup>; I, 1<sup>2, 34, 39, 46-48, 50, 55, 60, 64, 66</sup>; I, 2<sup>25, 29-30, 34-35, 37, 88</sup>; II, 1<sup>42, 45, 69, 94</sup>; II, 2-1<sup>25, 27-29, 51, 66, 93-94</sup>; III<sup>13, 15, 24-25, 28, 31, 64</sup>; IV, 2<sup>33, 37, 40-41, 43, 46, 56-57, 59, 62</sup>; V<sup>11, 34</sup>; VI<sup>42-45, 49, 55, 65, 70, 84</sup>.  
*Naturalis historia*: 130, 180-181; I<sup>226, 229</sup>; I, 1<sup>2, 34, 39, 46-47, 50, 55, 60, 64, 66</sup>; I, 2<sup>25, 30, 34, 37, 88</sup>; II, 1<sup>42, 69, 94</sup>; II, 2-1<sup>27, 29, 51, 66, 93-94</sup>; III<sup>13, 24-25, 28, 31</sup>; IV, 2<sup>33, 37, 41, 43, 46, 56-57, 59, 62</sup>; V<sup>11, 34</sup>; VI<sup>42, 44-45, 49, 55, 65, 70, 84</sup>.  
 plomada: 397-400.  
 plomo: 65, 398-399, 408.  
 peso: 406.  
 Plutarco: 130, 133-134, 145-146, 181, 305, 330, 421, 462, 463, 490; I<sup>34, 123</sup>; II, 1<sup>37, 39, 41, 45, 63, 83</sup>; II, 2-1<sup>10, 17, 53</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>73, 79</sup>; VI<sup>10</sup>.  
*De placitis philosophorum*: VI<sup>10</sup>.  
*Moralia*: 130, 181; II, 1<sup>83</sup>; II, 2-1<sup>10, 17</sup>.  
*Vidas paralelas o Vitae Graecorum Romanorumque illustrium*: 130, 181, 421, [462]; II, 1<sup>37, 39, 63</sup>; II, 2-1<sup>53</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>73, 79</sup>.  
 pobres: véase *hombres pobres*.  
 poder: 309.  
 podrecerse [= «pudrirse»]: I, 2<sup>11</sup>.  
 poemas latinos preliminares: véase *Mejía/obra/poemas latinos preliminares*.  
 poesía de cancionero: 23; I<sup>26</sup>.  
 poetas: 427, 462.  
 poeta cómico griego: 369.  
 poética: 66.  
 poéticas sobre el género de los diálogos: véase *diálogos/género lite-*

*rario/preceptivas renacentistas sobre el género*.  
 Poggio Bracciolini, Giovanni Francesco: 130, 133, 142-143, 181; I<sup>242</sup>; I, 1<sup>20</sup>.  
*Liber facetiarum*: 130, 143, 181; I, 1<sup>20</sup>.  
 pólder [= «terreno ganado al mar por drenaje y desecación en Holanda»]: IV, 1<sup>64</sup>.  
 polémica: véase *diálogos/polémica*.  
 poleo: I, 2<sup>29</sup>.  
 policía [= «urbanidad, organización política, buen orden y gobierno»]: 305, 429, 431; II, 1<sup>60</sup>.  
 política imperial de Carlos V: véase *Carlos V/la política imperial*.  
 polos terrestres: 401, 473.  
 pólvora: 118, 515; VI<sup>82</sup>.  
 pollinos: véase *asnos*.  
 Pompeyo, Trogo: 134, 422; I<sup>224</sup>; II, 1<sup>109</sup>; IV, 1<sup>22</sup>.  
*Historiae Philippicae*: IV, 1<sup>22</sup>.  
 Pompeyo Magno, Cneo: 228, 260, 273; I, 1<sup>63</sup>.  
 Ponce de la Fuente, Constantino: 178; II, 2-1<sup>83</sup>; IV, 1<sup>6</sup>.  
*Beatus vir. Exposición del primer salmo de David*: 178.  
 Ponce de León, Rodrigo: II, 1<sup>85</sup>.  
 Pontano, Giovanni Giovano: 130, 133-134, 142-143, 181, 277; I<sup>242</sup>; I, 2<sup>99-100</sup>.  
*De sermone libri sex*: 130, 181; I, 2<sup>100</sup>.  
 Ponto: I, 1<sup>63</sup>.  
 ponzoña: 225, 231, 352-353; I, 1<sup>63</sup>.  
 Popea: 458; IV, 2<sup>57-58, 60</sup>.  
 por [preposición con valor de conjunción causal; = «porque»]: IV, 1<sup>17</sup>.  
 porfia: 353, 365, 425-426. Véase también *discusión, disputa y porfiar*.  
 porfiados: véase *hombres porfiados y Mejía/«Diálogos»/Bachiller Narváez*.  
 porfiar: 387, 413-414, 416, 423-426, 435, 445; IV, 1<sup>27</sup>. Véase también *porfia*.  
 poroso: 405.  
 porque [conjunción; uso alternativo con *que* en variante textual]: véase «*que*» [conjunción; uso alternativo con «*porque*» en variante textual]

Porqueras Mayo, Alberto: 172, 181; I<sup>1</sup>.  
portugueses, navegación de los: 104, 395.

potajes: 308, 340, 367, 369.

pozos: 349.

pozos salados: 405.

Praag, J. A. van: 181, I<sup>1</sup>.

práctica: 94, 97, 107, 136, 151, 222, 233; I, 1<sup>31, 78</sup>. Véase también *experiencia, plática, práctica y uso*.

*praeparatio*: 44-46, 63.

*Praesepe* [estrellas]: IV, 2<sup>46</sup>.

Praetextatus [personaje de las *Saturnales* de Macrobio]: II, 2-1<sup>111</sup>.

pragmática [= «ley, orden jurídica»]: IV, 1<sup>55</sup>.

pragmatismo: I<sup>213</sup>; V<sup>[33]</sup>.

*prandio*: 151, 320, 322; II, 1<sup>107</sup>.

práctica:

práctica [= «plática, conversación, charla»]: I, 1<sup>31, 77</sup>.

práctica [= «práctica»]: 222, 233; I, 1<sup>31, 77</sup>.

preceder [= «proceder»]: I, 1<sup>95</sup>; VI<sup>13</sup>.

*preceder* vs. *proceder* en variante textual: I, 1<sup>95</sup>; VI<sup>13</sup>.

preceptivas clásicas sobre el género de los diálogos: I<sup>41</sup>.

preceptos: 268, 271, 276, 336, 342.

Véase también *cánones y reglas*.

precisión lingüística: 112.

predicadores, orden de: véase *dominicos [orden religiosa]*.

predicar: 313; I, 1<sup>85</sup>.

prefijos, confusión en el uso de los: I, 1<sup>95</sup>; II, 1<sup>9</sup>; VI<sup>13</sup>.

pregoneros: 517.

preguntas: 47.

prejuicio de castas en la España del siglo XVI: IV, 1<sup>9</sup>.

preliminares de un libro: P<sup>13</sup>.

preposición: véase también *a, con, de, en, por...* [*preposición...*].

formas especiales: I, 2<sup>111</sup>.

posición anómala: II, 2-2<sup>39</sup>; III<sup>10</sup>.

preposición + infinitivo: véase *verbo/infinitivo regido por preposición*.

uso alternativo o intercambiable: véase *a, con, de, en, por...*

[*preposición; =«a, con, de, en por...»*].

Presberg, Charles D.: 181; I<sup>134, 159</sup>; IV, 1<sup>32</sup>.

perseguir [= «proseguir»]: II, 1<sup>9</sup>.

presidente de una mesa: 346. Véase también *cabeza de una mesa*.

prestigio social del escritor: véase *Renacimiento/éxito social del escritor*.

presunción: 335.

Prevost, M.: 17.

Prieto, Antonio: 181; I<sup>8, 32, 115, 118-119, 123, 126</sup>; P<sup>19</sup>.

príncipes: 350, 435, 449-450, 464.

el Príncipe: véase *Felipe II*.

privilegio de impresión: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra edición/privilegio de impresión*.

probable [= «que se puede probar»]: III<sup>19</sup>.

*probatio*:

*probatio* [parte de un diálogo literario]: 44-46, 64, 66.

*probatio* [parte de un discurso]: IV, 2<sup>1</sup>.

*Problemas*: colecciones de, I<sup>123</sup>.

proceder [= «preceder»]: I, 1<sup>95</sup>; VI<sup>13</sup>.

proceso:

judicial: 236.

lingüístico: 21.

mayéutico: véase *mayéutica*.

mental: 21.

*procurar de* + infinitivo: III<sup>12</sup>.

prodigalidad: 302-303, [306], 308.

prodigios: I<sup>213</sup>; II, 2-1<sup>29</sup>.

Prodocimo, Ioseppo: 16.

proemio: IV, 2<sup>1</sup>.

profetas: 448, 455, 476.

prolepsis o anticipación [recurso retórico]: I, 2<sup>100</sup>.

prólogo: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra edición/Carta nuncupatoria*.

pronombres:

pronombre demostrativo omitido [presente o ausente en variante textual]: II, 2-2<sup>47</sup>.

pronombre enclítico o proclítico al verbo en variante textual: I, 2<sup>110</sup>.

- pronombre indefinido:  
 concordancia ambigua: véase *concordancia sustantivo-pronombre [usos especiales]*.
- pronombre personal: véase también *lo*.  
 concordancia ambigua con el sustantivo: véase *concordancia sustantivo-pronombre [usos especiales]*.
- enclítico, asimilado con el infinitivo: 116; I, 1<sup>12</sup>.
- leísmo: I, 2<sup>81</sup>; II, 2-1<sup>8, 35</sup>.
- pleonástico [presente o ausente en variante textual]: II, 1<sup>67</sup>; II, 2-1<sup>23</sup>.
- presente o ausente en variante textual: I, 1<sup>27</sup>; II, 1<sup>14</sup>; II, 2-1<sup>52, 61, 85, 101-102, 110</sup>; II, 2-2<sup>59</sup>; III<sup>6, 21, 26</sup>; IV, 1<sup>49</sup>; IV, 2<sup>70</sup>; VI<sup>41, 81</sup>.
- uso ambiguo del pronombre personal: P<sup>8-9</sup>; I, 1<sup>19</sup>; II, 1<sup>34</sup> II, 1<sup>3</sup>; II, 2-1<sup>35</sup>.
- uso ambivalente del singular y del plural en variante textual: II, 2-1<sup>32</sup>.
- pronombre relativo:  
 con preposición en posición anómala: II, 2-2<sup>39</sup>; III<sup>10</sup>.  
 omitido: IV, 1<sup>53</sup>.  
 pleonástico o redundante: V<sup>5</sup>.  
 pronombre relativo vs. conjunción completiva: véase *que [conjunción completiva vs. pronombre relativo]*.
- uso ambiguo: V<sup>18</sup>.
- pronosticar: 243, 506, 510, 513; VI<sup>57</sup>.  
 Véase también *cometas/pronósticos*.
- pronóstico: véase *cometas/pronósticos y pronosticar*.
- prooemium*: véase *proemio*.
- propaganda de la doctrina cristiana: 22.
- propositio*: 44-46.
- prosa, preferencia de los diálogos por la: véase *diálogos/lenguaje/preferencia por la prosa*.
- prostíbulo: IV, 1<sup>6</sup>.
- prostitutas: véase *mujeres públicas*.
- protagonistas: véase *diálogos/personajes y Mejía/«Diálogos»/personajes*.
- proverbios: 427, I<sup>39</sup>; II, 1<sup>84</sup>; IV, 1<sup>33</sup>.  
*proverbios, Libro de los*: véase «Biblia»/Antiguo Testamento/«Proverbios».
- provincias romanas: 309-310.
- provisor: P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.
- proyectiles: VI<sup>46</sup>.
- pruebas de imprenta: I<sup>192</sup>.
- pruina*: 499.
- Prusa: 228; I, 1<sup>54</sup>.
- prusienses: 228.
- Pseudo-Mateo*: véase *Biblia/Nuevo Testamento/Evangelios/«Pseudo-Mateo»*.
- Ptolomeo, Claudio: 130, 133, 181-182, 474, 506, 509; V<sup>16</sup>; VI<sup>57, 65-66</sup>.  
*Almagestum*: 130, 181; V<sup>16</sup>.  
*Cl. Ptolomaei centum dicta*: VI<sup>57</sup>.  
*Tetrabiblos, De iudiciis astrologicis o Quadripartitum*: 130, 181-182; VI<sup>57</sup>.
- Ptolomeo, rey: 223.
- podrirse: véase *putrefacción*.
- pueblo [= «gente, personas»]: 297, 490.  
 pueblos marítimos: 438.
- puente de barcas: véase *Sevilla/puente de barcas*.
- Pueo, Juan Carlos: 182; I<sup>115</sup>.
- puercos [= «cerdos»]: 340-341, 343, 345-346; II, 2-1<sup>54, 56-57</sup>.  
 carne: II, 1<sup>76</sup>; II, 2-1<sup>54, 56</sup>.  
 puercos troyanos: 345; II, 1<sup>76</sup>; II, 2-1<sup>65</sup>.
- puertas:  
 Puerta de Carmona: véase *Sevilla/Puerta de Carmona*.  
 Puerta de Jerez: véase *Sevilla/Puerta de Jerez*.  
 Puerta del Perdón: véase *Sevilla/catedral/Puerta del Perdón*.
- puertos de mar: 437, 516.
- pues [conjunción; uso alternativo con *que* en variante textual]: véase «*que*» [conjunción; uso alternativo con «*pues*» en variante textual].
- Pues, Florent: 182; I<sup>119</sup>.
- puesto que [conjunción concesiva; = «aunque»]: VI<sup>53</sup>.
- pulpito: 313.
- pulso: 241.

Pumpřla, Václav: 182; I<sup>1</sup>.  
 purga: 92, 218-219, 250-251, 261;  
 I, 2<sup>26</sup>.  
 purgantes: I, 1<sup>2</sup>. Véase también *purga*.  
 putrefacción: 252.  
 Puyol, Julio: 168; I<sup>1</sup>.

que:

conjunción, posición anómala:  
 VI<sup>74</sup>.

conjunción; uso alternativo con  
*porque* en variante textual: II, 1<sup>64</sup>.

conjunción; uso alternativo con  
*pues* en variante textual: III<sup>50</sup>.

conjunción completiva vs. pro-  
 nombre relativo: I, 1<sup>75</sup>.

conjunción completiva, omitida:  
 IV, 2<sup>47</sup>.

conjunción repetida o pleonástica:  
 I, 1<sup>51</sup>; IV, 2<sup>16</sup>.

pronombre relativo repetido o pleo-  
 nástico: V<sup>5</sup>.

quebrar: 344.

quemadero inquisitorial: IV, 1<sup>6</sup>.

quemar: 261, 333-334.

Quevedo, Francisco de: I, 2<sup>15</sup>; III<sup>71</sup>.

*El Buscón*: III<sup>71</sup>.

*Sueños*: I, 2<sup>15</sup>.

quien [pronombre relativo con sig-  
 nificación de plural; = «quienes»]:  
 VI<sup>27</sup>.

Quijote, don: I, 1<sup>116</sup>.

Quilis, Antonio: 182; I<sup>191, 204</sup>.

Quincio, Quinto: 340.

Quintiliano: IV, 1<sup>42</sup>.

*Institutio oratoria*: IV, 1<sup>42</sup>.

rationales [médicos]: véase *médicos*  
*rationales*.

racionalismo: 15, 36, 96, 110, 123  
 258; I<sup>213</sup>; III<sup>55</sup>; V<sup>13, 32</sup>; VI<sup>76</sup>. Véase  
 también *conocimiento racional*.

Rafael, ángel: 237, 251.

*Ragionamenti*: véase *Mejía*/«*Diálo-  
 gos*»/proceso y difusión editorial.

raíces medicinales: 230, 240.

Rallo Gruss, Asunción: 182-183; I<sup>8</sup>.  
 25, 45, 56, 60, 62, 66-67, 71, 119, 122-126, 129,  
 132-134, 136, 191, 213; I, 1<sup>53, 57</sup>.

Rana [personajes de *La elección de los  
 alcaldes de Daganzo* de Cervantes]:  
 IV, 1<sup>9</sup>.

raro [= «poco denso o consistente»]:  
 405, 480-482; III<sup>62</sup>.

Ratdolt, Erhardus: VI<sup>57</sup>.

Ravasio Textor, Juan: IV, 2<sup>40</sup>.

*Officina*: IV, 2<sup>40</sup>.

rayo: 110, **487-518**; VI<sup>35, 43, 46</sup>.

*Razón feita d'amor con los denuestos del  
 agua y el vino*: 23.

razón: 63, 65, 67, 86, 96-97, 104,  
 109-110, 212, 215, 219, 234,  
 236, 240-241, 243, 249, 251,  
 258, 262-263, 266, 268-269, 271,  
 275, 281, 286-287, 297, 310,  
 338, 345, 349, 358, 360, 36, 369,  
 371-372, 374, 376-378, 391, 395,  
 405, 407-408, 415-416, 422, 425,  
 427-428, 430, 435, 437-438,  
 442-444, 446, 454, 456, 459,  
 464-465, 470-473, 476, 479-480,  
 482, 496, 502-503, 511-512, 514.

Véase también *racionalismo*.

razones [= «razonamientos»]: 269,  
 351, 363, 365, 372, 415, 428,  
 430, 437, 456, 514.

razones físicas: véase *razones na-  
 turales*.

razones naturales: 510-511, 514.

real [moneda]: 202, 463; P<sup>1, 13</sup>.

Real Academia Española: 113; P<sup>13</sup>;  
 I, 1<sup>78</sup>; IV, 1<sup>60</sup>.

*Diccionario de autoridades*: 113, 191;  
 P<sup>6, 11</sup>; I, 18, 16, 42-43, 61, 63, 79, 92, 102,  
 105, 107, 121; I, 27, 11, 40, 51, 87, 89, 101;  
 II, 124, 91, 111; II, 2-16, 64, 72, 79, 82, 89,  
 98, 106; II, 2-238, 42, 54; III<sup>3, 8, 19, 23,</sup>  
 32, 35, 42; IV, 1<sup>47</sup>; IV, 2<sup>80</sup>; V<sup>20, 38</sup>;  
 VI<sup>12, 15, 17, 19, 28, 78</sup>.

*Diccionario de la lengua española*:  
 192; P<sup>6, 11, 13</sup>; I, 18, 38, 43, 61, 63, 78-80,  
 102, 105, 107, 116; I, 27, 11, 51, 111; II, 11,  
 4, 23-24, 26, 60, 91, 93; II, 2-164, 82, 89, 110;  
 II, 2-217, 33, 45, 54; III<sup>16, 24, 32, 38, 42, 62</sup>;  
 IV, 1<sup>47, 57, 66</sup>; IV, 2<sup>1, 46</sup>; V<sup>4, 20, 38</sup>;  
 VI<sup>21, 28, 54, 78-79</sup>.

*Esbozo de una nueva gramática de la  
 lengua española*: 183; IV, 1<sup>[60]</sup>.

realismo: véase *diálogos/caracterización/realismo*.  
 Reatina: 452.  
 recetas médicas: 246, 250, 257; I, 1<sup>2</sup>.  
 Recio, doctor Pedro: I, 1<sup>89</sup>, [104].  
 recuestas: 23.  
 recursos:  
     recursos estilísticos: véase *diálogos/lenguaje/recursos retóricos* y *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/recursos retóricos*.  
     recursos retóricos: véase *diálogos/lenguaje/recursos retóricos*, *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/recursos retóricos* y *retórica*.  
 redondeza [= «redondez»]: VI<sup>17</sup>.  
 Redondo, Augustin: 164, 173, 183; I<sup>212</sup>; I, 1<sup>57</sup>.  
 refectorio: 316.  
 Reforma luterana: I<sup>136</sup>.  
 refranes: 66-69, 106, 122, 221, 291-292, 317, 421, 426-427, 429, 439, 441-442, 443; I<sup>39</sup>, 111, 211; I, 1<sup>26</sup>; II, 1<sup>20</sup>, 22, 84, 93; IV, 1<sup>16</sup>, 32, 67; IV, 2<sup>2</sup>, 6.  
 ciertos son los toros: I, 1<sup>26</sup>.  
 el buen pagador señor es de lo ajeno: 421; IV, 1<sup>16</sup>.  
 el cornudo es el postrero que lo sabe: 443; IV, 2<sup>6</sup>.  
 el que se convida fácil es de hartar: II, 1<sup>22</sup>.  
 es consuelo el mal de muchos: 426; IV, 1<sup>32</sup>.  
 sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena: 441-442; IV, 2<sup>2</sup>.  
 siete es convite y nueve, confusión: II, 1<sup>93</sup>.  
 todos los insulanos son malos, y los de Creta los peores: 439; IV, 1<sup>67</sup>.  
 un convidado bien puede convidar a otro: II, 1<sup>20</sup>.  
*refutatio*: IV, 2<sup>1</sup>.  
 regalo [= «gusto, comodidad»]: 353.  
 regimiento, buen: 62, 220, 224, 257, 260, 278, 324; I, 2<sup>26</sup>.  
 regiones del aire: véase *aire/las tres regiones del aire*.

reglas: 268-269, 271-272. Véase también *cánones* y *preceptos*.  
 regüeldos: 366.  
 rejalgar: 352; II, 2-1<sup>89</sup>.  
 relaciones sexuales: véase *sexo*.  
 relámpago: 67, 110, **487-518**; VI<sup>35</sup>, 39.  
 relativismo epistemológico: 36, 48; I<sup>181</sup>.  
 relatos:  
     colecciones de relatos: I<sup>16</sup>.  
     relatos breves: véase *diálogos/estructura/relatos cortos intercalados*.  
     relatos cortos intercalados: véase *diálogos/estructura/relatos cortos intercalados*.  
     relatos ejemplares: I<sup>16</sup>. Véase también *ejemplos*.  
     relatos gnómicos: I<sup>16</sup>.  
 religiosos, hombres: véase *hombres de religión*.  
 reloj: 58, 331, 404; II, 1<sup>98</sup>.  
 remedio: 243-244, 249, 358.  
     remedios medicinales: véase *medicina [medicamento]*.  
 remos: 501.  
 Renacimiento: 20, 22, 23, 24, 54, 109, 135, 140; IV, 1<sup>8</sup>.  
 afán de erudición: I<sup>121</sup>, 123, 130.  
 afición por los refranes: 67-68, 106, 122; I<sup>211</sup>.  
 ambientes cortesanos: I<sup>115</sup>.  
 consumismo: I<sup>166</sup>.  
 defensa de la dignidad humana: 54; I<sup>43</sup>.  
 devoción por autores antiguos: 109-110, 135; I<sup>130</sup>.  
 divulgación del conocimiento: 26, 70-73; I<sup>134</sup>.  
 el cortesano como ideal humano: I<sup>115</sup>.  
 el modelo del intelectual renacentista: IV, 1<sup>4</sup>.  
 éxito social del escritor: 74, 100; I<sup>122</sup>.  
 humor: I<sup>115</sup>.  
 ideal de la naturalidad expresiva: 69-70, 106, 120; I<sup>27</sup>, 39.  
 ideales estéticos: 26; II, 2-1<sup>81</sup>.  
 ideales estilísticos: 112.  
 importancia de la ciudad, lugar de convivencia: 54, 59; I<sup>43</sup>.

- interés por la cultura: I<sup>22</sup>.  
 la dialéctica como método de conocimiento científico: IV, 1<sup>30</sup>.  
 mecenazgo: 87; I<sup>143</sup>; P<sup>14</sup>.  
 nueva visión del mundo: I<sup>123</sup>.  
 ostentación social de las riquezas: I<sup>166</sup>.  
 principio literario del «deleitar aprovechando»: I<sup>132, 134</sup>.  
 preocupación por la ecología: II, 2-1<sup>92</sup>.  
 racionalismo: V<sup>13, 32</sup>.  
 regeneración de la cultura clásica: 75, 79, 115; I<sup>123, 127</sup>.  
 relajación del moralismo medieval: I<sup>42</sup>.  
 renovación urbanística: I<sup>151</sup>; I, 1<sup>7</sup>.  
 separación entre lo natural y lo sobrenatural: II, 1<sup>57</sup>; IV, 1<sup>8</sup>.  
 usos gastronómicos: II, 2-1<sup>43</sup>.  
 veneración por la naturaleza: 122; I, 2<sup>31</sup>.  
 Renacimiento italiano: P<sup>14</sup>.  
 renovación urbanística: véase *Renacimiento/renovación urbanística*.  
 rentas: 309.  
 repertorios enciclopédicos: véase *misceláneas y misceláneas latinas*.  
 repleción [= «exceso de humores en el cuerpo»]: 241; I, 1<sup>102</sup>.  
 réplica [término jurídico; = «segunda argumentación contra una decisión judicial»]: 235; I, 1<sup>79</sup>.  
 replicación: véase *réplica*.  
 replicar: 428, 435.  
 replicato: véase *réplica*.  
 reprehensio: IV, 2<sup>1</sup>.  
 república: 430.  
 reputación: 354.  
 resentimiento social: [335-336]; II, 2-1<sup>36</sup>.  
 resolutio: véase *probatio*.  
 respuesta: 368.  
 resuello: 241, 253.  
 resurrecciones: 448; IV, 2<sup>22</sup>.  
 resurrección de Cristo: véase *Cristo/resurrección*.  
 retablo: P<sup>1</sup>.  
 retórica: 21, 38, 42, 46, 48, 66, 70, 108, 112, 224, 351, 446; I<sup>39, 100, 106-107, 115, 117</sup>; I, 1<sup>79</sup>; II, 1<sup>32</sup>; IV, 1<sup>1, 30</sup>; IV, 2<sup>1, 12</sup>. Véase también *diálogos/género, diálogos/lenguaje, Mejía/«Diálogos»/género, Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo y oratoria*.  
 retorar [= «argumentar»]: I, 1<sup>38</sup>.  
 retrato psicológico: 36.  
 retruécano: 121.  
 Revenoldo, Andrea: 16.  
 Revuelta Chaves, Manuel: 165, 168, 183.  
 Rey, Alfonso: 167, 185.  
 reyes: 222, 228-229, 349-351, 434, 436, 450; IV, 2<sup>18</sup>.  
 rey de la mesa: véase *rey de un convite*.  
 rey de un convite: 145, 332, 352; II, 2-1<sup>24</sup>.  
 Reyes Católicos: IV, 1<sup>55</sup>.  
 reyes de Israel: 447-448; IV, 2<sup>18, 26</sup>.  
 servidumbre al rey: IV, 1<sup>55</sup>.  
 reyes, *Libros de los*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento/«Reyes»*.  
 Reyes Cano, José María: 179, 183; I<sup>21, 41, 131</sup>.  
 Reyes Cano, Rogelio: 163, 178, 180, 183; I<sup>26-27, 39, 69, 115</sup>; II, 1<sup>6, 12, 90</sup>; III<sup>71</sup>; VI<sup>86</sup>.  
 rezo: 61, 290, 379.  
 Rhodigino, Ludovico Celio: véase *Ricchieri, Luigi*.  
 Riber, Lorenzo: 183; II, 2-1<sup>25</sup>.  
 Ribera, Catalina: 87.  
 Ribera, Juan: 88.  
 Ribera, Perafán de: véase *Tarifa, marqués de*.  
 ribera del mar: 437; I<sup>219</sup>.  
 Ricapito, Joseph V.: 183; I<sup>46</sup>.  
 Riccio, Pietro: IV, 1<sup>38</sup>.  
*De honesta disciplina libri XXV*: IV, 1<sup>38</sup>.  
 Ricchieri, Luigi: 130, 133, 142-143, 183; I<sup>242</sup>; II, 1<sup>83</sup>; II, 2-1<sup>54, 70</sup>.  
*Lectio num antiquarum libri XXX*: 130, 183; II, 1<sup>83</sup>; II, 2-1<sup>54, 70</sup>.  
 Rico, Francisco: 161, 173, 183-184; I<sup>117, 133, 136, 244</sup>; II, 2-2<sup>43</sup>.  
 Rico Verdú, José: 184; I<sup>203</sup>.  
 ricos: véase *hombres ricos*.  
 riesgos: 438.

- Rigaud, Benoist: 17.  
 rima interna: II, 2-1<sup>16</sup>.  
 riñones: 349; II, 2-1<sup>79</sup>; IV, 2<sup>55</sup>.  
 Río, Baltasar del: II, 1<sup>16</sup>.  
 Río Nogueras, Alberto del: 184; I<sup>9, 33, 50, 62, 69, 115</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.  
 ríos: 493.  
     nacimiento de los ríos: 517.  
 riqueza, función social de: I<sup>158</sup>.  
 risa: véase *humor*, *Mejía*/*«Diálogos»/valores artísticos/el humor y Renacimiento/humor*.  
 Risicato, A.: 181.  
 Robertis, Dominico de: 15, 91, 147-148, 154, 190, 192; P<sup>1, 4</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 Robles, Juan de: 170, 184; I<sup>115</sup>; VI<sup>64</sup>.  
     *El culto sevillano*: 170, 184; I<sup>115</sup>.  
 rocío: 110, **487-518**; VI<sup>24, 32</sup>.  
 Rodiginus, Caelius Ludovicus: véase *Ricchieri, Luigi*.  
 Rodríguez, José Luis: 171, I<sup>1</sup>.  
 Rodríguez Becerra, Salvador: 163, 184; II, 1<sup>6, 12, 90</sup>; III<sup>71</sup>; VI<sup>86</sup>.  
 Rodríguez Cacho, Lina: 184; I<sup>123, 134</sup>; I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>; III<sup>34, 55</sup>.  
 Rodríguez Zúñiga, Luis: 161, 167.  
 Roger, Jean: 17.  
 Rojas, Fernando de: 180; II, 2-1<sup>2</sup>; IV, 1<sup>13</sup>.  
     *La Celestina*: 118, 153, 180; II, 2-1<sup>2</sup>; IV, 1<sup>13</sup>.  
 Rojas Villandrando, Agustín de: I<sup>85</sup>; I, 2<sup>15</sup>; III<sup>71</sup>.  
     *El viaje entretenido*: I<sup>85</sup>; I, 2<sup>15</sup>; III<sup>71</sup>.  
 Rolfe, John C.: 157.  
 Roma: 20, 83, 223, 225-227, 229, 243, 292, 300, 308, 310, 317, 354, 430; I, 1<sup>54, 57</sup>; II, 1<sup>16</sup>; IV, 2<sup>34</sup>.  
     iglesia de Santiago de los Españoles de Roma: II, 1<sup>16</sup>.  
 romance [= «lengua romance, castellano»]: véase *lengua vulgar*.  
 Romano, Imperio: véase *Imperio Romano*.  
 romanos: 225, 227, 229, 238, 259-260, 305, 319-321, 324, 332, 337-339, 345, 355, 429-431, 452; II, 1<sup>106</sup>; IV, 1<sup>38</sup>; IV, 2<sup>80</sup>.  
 Romera, José: 187.  
 Romera Navarro, Miguel: 184; I<sup>148</sup>.  
 Romero Frías, Marina: 184; I<sup>1</sup>.  
 Romero Martínez, Miguel: 184; I<sup>1</sup>.  
 Romero Tabares, M.<sup>a</sup> Isabel: 184; I<sup>67</sup>; I, 1<sup>53</sup>.  
 Romero Tobar, Leonardo: 184-185; I<sup>34, 39, 150, 213</sup>; I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>26</sup>.  
 Ronzón Fernández, Elena: 185.  
 ropa: 330, 408.  
 Roperio Núñez, Miguel: 10.  
 Rosa [cometa]: 506.  
 Rosell, Cayetano: 185; I<sup>1</sup>, I<sup>190</sup>.  
 rostro: 254.  
 Rouen: 17, 18.  
 rubíes: 329.  
 Rubio Árquez, Marcial: 171, 185; I<sup>30</sup>.  
 Rufo, Juan: 160.  
     *Las seiscientas apotegmas y otras obras en verso*: 160.  
 Ruiz Pérez, Pedro: 185; I<sup>236</sup>.  
 S1 [sigla]: 192.  
 S2 [sigla]: 192.  
 S3 [sigla]: 192.  
 S4 [sigla]: 192.  
 S5 [sigla]: 192.  
 S6 [sigla]: 192.  
 S7 [sigla]: 192.  
 Saavedra Fajardo, Diego: I<sup>62</sup>.  
     *Locuras de Europa*: I<sup>62</sup>.  
 sabandijas: 370.  
 sabiduría: IV, 1<sup>4</sup>.  
     *sabiduría, Libro de la*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento*/*«Sabiduría»*.  
 sabios: véase *hombres sabios*.  
     sabios antiguos: 397.  
 sabor [= «afición»]: 350, 376-377.  
 sabores: 67, 121, 317, 340-341, 346, 350, 356, 376-377, 462.  
 Sabuco, Miguel: I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
 sacerdotes: 336.  
 sacramento del altar: 287.  
 sacrificio [= «ofrenda religiosa»]: IV, 2<sup>78</sup>.  
 saeta [= «flecha»]: I, 2<sup>29</sup>.  
 Sagrada Escritura: véase «*Biblia*».  
 Saint-Denis, E. de: 180, 189.  
 Salamanca: 94, 144, 260; I, 2<sup>33</sup>.  
 salario: 226, 229, [245], 273.



- Salas Salgado, Francisco: 185; I<sup>149</sup>; P<sup>21</sup>; I, 2<sup>96</sup>.
- Salazar, Ambrosio de: 185; I, 1<sup>47</sup>; IV, 2<sup>55</sup>.  
*Tesoro de diversa lección*: 185; IV, 2<sup>55</sup>.  
*Libro curioso*: I, 1<sup>47</sup>.
- salitres: 349, 352; II, 2-1<sup>78</sup>.
- saliva: 236.
- salmos, Libro de los*: véase «*Biblia*»/*Antiguo Testamento*»/«*Salmos*».
- Salomón: 475; V<sup>20</sup>.  
*Proverbios*: 475; V<sup>20</sup>.
- salsa: 327.
- salud: 42, 45, 57, 67, 94, 98, 100, 103, 136, 145, 214, 223, 229, 231, 246, 254, 257, 259-260, 267, 271, 278, 350, 353, 359, 363, 368, 377.  
 Véase también *hombres sanos*.
- salud del alma: 352.
- salud del cuerpo: 352, 376.
- saludable: véase *salud*.  
 vivir en lugares del interior y no en la costa es más saludable: 436-440; I<sup>219</sup>.
- saludos: 57, 62, 216, 291, 326, 414, 419-420.
- Salvá y Mallén, Pedro: 185; I<sup>1, 3</sup>.
- salve [oración religiosa]: IV, 1<sup>9</sup>.
- Samaria: 463; IV, 2<sup>78</sup>.
- samaritano: 236.
- Samuel, profeta: IV, 2<sup>18</sup>.
- San Esteban, collación de: véase *Sevilla/collación de San Esteban*.
- San Geminiano, Dominico da: 131, 133, 185; II, 1<sup>48</sup>; II, 2-1<sup>37</sup>.  
*Super I Libro Decreti*: 131, 185; II, 1<sup>48</sup>; II, 2-1<sup>37</sup>.
- San Pablo, convento de: véase *Sevilla/convento de San Pablo*.
- sanar: 281, 458; I, 1<sup>85</sup>. Véase también *salud*.
- Sánchez, José: 185; I<sup>68, 85, 146</sup>; II, 1<sup>45</sup>.
- Sánchez, Juan Manuel: 185; I<sup>1, 3</sup>.
- Sánchez, Manuel Ambrosio: 185; I<sup>197</sup>.
- Sánchez de las Brozas, Francisco: I<sup>128</sup>; III<sup>45</sup>.
- Sánchez de Oropesa, Francisco: I, 2<sup>96</sup>.
- Sancho Panza: véase *Panza, Sancho*.
- sangrar: véase *sangría*.
- sangre: 97, 239, 252, 365; II, 2-2<sup>42</sup>.  
 sangre [= «humor del cuerpo»]: 373.
- sangría [= «práctica medicinal»]: 92, 217, 219-220, 226, 250-251; I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>26</sup>.
- sanos: véase *animales sanos y hombres sanos*.
- Sansinforiano Sánchez, Bernardo: 10.
- Sansón: 462.
- Santa Cruz, Melchor de: 160, 163, 185; I, 1<sup>20, 47</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 1<sup>28, 85</sup>; II, 2-1<sup>48, 78</sup>; III<sup>59</sup>.  
*Floresta española*: 160, 163, 185; I, 1<sup>20, 47</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 1<sup>28, 85</sup>; II, 2-1<sup>48, 78</sup>; III<sup>59</sup>.
- Santa Escritura: véase «*Biblia*».
- Santa María de la Victoria, nao: III<sup>34</sup>.
- Santa Marina, collación de: véase *Sevilla/collación de Santa Marina*.
- santidad: 304.
- Santillana, marqués de: véase *López de Mendoza, Íñigo*.
- Santo Domingo, isla de: I, 2<sup>15</sup>.
- santos: 425.
- sarampión de las Indias: véase *bubas sifilíticas*.
- Saravia, Gioan: I<sup>4</sup>.
- sarna española: véase *bubas sifilíticas*.
- sátira:  
 lucianesca: 25, I<sup>63</sup>; IV, 2<sup>1</sup>. Véase también *Luciano de Samosata*.  
 menipea: I<sup>64</sup>.
- Saúl: 447, 449; IV, 2<sup>18, 26</sup>.
- Savelli, Rodolfo: 185; I<sup>1</sup>.
- Savoye Ferreras, Jacqueline: véase *Ferreras, Jacqueline*.
- sayos: 350.
- Scala: II, 1<sup>16</sup>.
- Scaramuzza Vidoni, Mariarosa: 186; I<sup>2</sup>; I, 1<sup>53</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>; III<sup>36</sup>.
- Schilling, Robert: 181.
- Schuster, Edward James: 186; I<sup>214</sup>.
- Schwartz, Lía: 186; I<sup>30, 63</sup>.
- seca [= «inflamación glandular»]: 514; VI<sup>78</sup>.
- seco: véase *sequedad*.  
 seco [cualidad de la naturaleza humana]: 373-374.

secretario imperial: P<sup>12</sup>.  
 secreto: 386, 443.  
 sed: 217-218, 348.  
 seglares: 296.  
 Segovia: 327.  
 Selig, Karl Ludwig: 186.  
 semejantes [elementos]: véase *elementos semejantes*.  
 senado romano: 299.  
 sencillez expresiva: 26.  
*Sendebat*: I<sup>16</sup>.  
 Séneca, Lucio Anneo: 131, 133, 186, 309, 323, 511, 515; I<sup>129</sup>; II, 1<sup>43, 72, 108, 110</sup>; VI<sup>70, 84</sup>.  
*Ad Helviam matrem de consolatione*: 131, 186; II, 1<sup>72</sup>.  
*Naturales quaestiones*: 131, 186; II, 1<sup>110</sup>; VI<sup>70, 84</sup>.  
 Senese, Francisco: véase *Patrizi, Francesco*.  
 sentencia:  
     sentencia judicial: 235, 262-263, 277. Véase también *determinación*.  
     sentencias [frases sentenciosas]: 66, 106, 315, 335, 423, 427, 429; I<sup>111</sup>; II, 1<sup>84</sup>; IV, 1<sup>5, 33</sup>.  
 sentenciar: véase *sentencia judicial*.  
*sententiae*: véase *sentencias*.  
 sentido común: 106, 110.  
 sentidos: 67, 350, 479, 501.  
 señales atmosféricas: véase *fenómenos atmosféricos*.  
 Señor: véase *Dios*.  
 señores, grandes: 216, 348-349, 443, 464. Véase también *Nobleza*.  
 septentrión: 472-473.  
 sequedad: 348.  
     sequedad atmosférica: 504.  
     sequedad de la tierra: 472, 476-477, 512-513.  
*ser*: véase *verbo copulativo*.  
 Serbat, Guy: 162.  
 serenar [= «enfriar al sereno»]: 347, 349; II, 2-1<sup>72, 77</sup>.  
 sereno [= «humedad nocturna»]: 349; VI<sup>64</sup>. Véase también *serenar*.  
 Servilio, P.: 345.  
 seso, en [= «sensatamente, con prudencia»]: I, 1<sup>81</sup>.

*Setenta*, versión bíblica de los: IV, 2<sup>18, 22-23, 78</sup>.  
 Severo [emperador romano]: 323.  
 Sevilla: 15, 16, 41, 42, 45, 50, **54-55**, 84, 87, 104, 107-108, 113, 115, 147-149, 154, 190, 192-193, 194, 199, 206, 275, 395, 414, 436, 440, 444, [515, 517]; I<sup>3, 53, 68, 192, 247</sup>; p<sup>1, 4, 14, 21</sup>; I, 2<sup>15, 96</sup>; II, 1<sup>85</sup>; II, 2-1<sup>62, 83, 90</sup>; III<sup>17, 34, 71</sup>; IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>[34]</sup>; V<sup>2</sup>; VI<sup>64, 86, 88</sup>.  
 abundancia de buenos médicos: 275-276.  
 academias humanísticas: I<sup>68, 146</sup>; II, 1<sup>45</sup>.  
 Alcaicería: II, 1<sup>12</sup>.  
 Arenal: 55, 102.  
 arroyo Tagarete: 55; VI<sup>86</sup>.  
 Arzobispado: P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 avenida de la Constitución: II, 1<sup>12</sup>.  
 calle Alemanes: II, 1<sup>12</sup>.  
 calle Sierpes o de la Sierpe: P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 calles y casas: 92, 94, **213-216**.  
 cárcel de la Inquisición: 102; II, 2-1<sup>62</sup>.  
 Casa Lonja: II, 1<sup>6, 98</sup>; III<sup>71</sup>.  
 Casa de la Contratación de Indias: III<sup>2</sup>.  
 Casa de Pilatos: 87-88.  
 castillo de San Jorge: 102; II, 2-1<sup>62</sup>.  
 catedral: 41, 45, [63], 99, 103, [286, **287-288**, 383]; II, 1<sup>6, 7, 8, 12, 16, 98</sup>; II, 2-1<sup>83</sup>; III<sup>3, 71</sup>.  
 cabildo eclesiástico de la catedral: II, 1<sup>6, 8</sup>.  
 capilla de Escalas: 99, 290; **II, 1<sup>16</sup>**.  
 capilla de la Virgen de la Antigua: 287; II, 1<sup>7</sup>.  
 capilla de Nuestra Señora de Consolación: véase *Sevilla/catedral/capilla de Escalas*.  
 hundimiento del cimborrio: 99, **288**; II, 1<sup>10</sup>.  
 misa de los perezosos: 55, 99, 290; II, 1<sup>16</sup>.  
 Puerta de los Palos: II, 1<sup>12</sup>.  
 Puerta de San Cristóbal o de la Lonja: II, 1<sup>98</sup>.  
 Puerta del Lagarto: II, 1<sup>12</sup>.

Puerta del Sagrario: II, 1<sup>12</sup>.  
 Puerta del Perdón: II, 1<sup>6, 12</sup>.  
 reloj de San Cristóbal: II, 1<sup>98</sup>.  
 centro del comercio con América:  
 94; III<sup>71</sup>.  
 circunvalación terrestre de Maga-  
 llanes-Elcano desde Sevilla: III<sup>34</sup>.  
 colegio de Santa María de Jesús:  
 VI<sup>86</sup>.  
 colegio de Santo Tomás de Aquino:  
 P<sup>1</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 collación de la Magdalena: II, 1<sup>90</sup>.  
 collación de San Esteban: 87.  
 collación de Santa Marina: 87.  
 convento de San Pablo: 316; II, 1<sup>90</sup>.  
 Corral de los Olmos: II, 1<sup>12</sup>.  
 Cruz del Campo: 88.  
 eclipse de sol en 1539: III<sup>17</sup>.  
 el clima: 214.  
     frío en Sevilla: 327, 333, [336].  
 Giralda: [61, 288, 398]; II, 1<sup>12</sup>.  
 Gradas de la catedral: 55, 58, 61,  
 111, 288, 326, 409, 516-517;  
 II, 1<sup>6, 12</sup>; II, 2-1<sup>4</sup>; III<sup>71</sup>; VI<sup>86</sup>.  
 Guadalquivir: 55, 102, 395, [435-436,  
 440, 465]; II, 2-1<sup>62</sup>; III<sup>71</sup>; V<sup>2</sup>.  
 guerra de las Comunidades en Se-  
 villa: II, 1<sup>85</sup>.  
 Hospital de las Cinco Llagas: 87.  
 interés de los humanistas sevilla-  
 nos por la astronomía: III<sup>2</sup>.  
 introducción del Renacimiento ita-  
 liano: P<sup>14</sup>.  
 justas poéticas sevillanas del siglo xvi:  
 II, 1<sup>16</sup>.  
 la ciencia médica en Sevilla: 94.  
 mezquita almohade: II, 1<sup>8, 12</sup>.  
 muralla: VI<sup>86</sup>.  
 plaza de la Virgen de los Reyes:  
 II, 1<sup>12</sup>.  
 Patio de los Naranjos: 55; II, 1<sup>6, 12</sup>;  
 III<sup>71</sup>.  
 prado o campo de Tablada: 46,  
 55-56, 61, 108, 469, [487]; III<sup>71</sup>;  
 V<sup>2</sup>.  
 puente de barcas: 102, 344; II,  
 2-1<sup>62</sup>.  
 puerto: 435-[436].  
 Puerta de Carmona: 87.

Puerta de Jerez: 55, 516; V<sup>2</sup>; VI<sup>83, 86</sup>.  
 reforma urbanística del siglo xvi:  
 55, 213-214; I<sup>151</sup>; I, 1<sup>7</sup>.  
 Triana: 55, 102; II, 2-1<sup>62</sup>.  
 Universidad: véase *universidades/*  
*Universidad de Sevilla*.  
 viacrucis hispalense: 87.  
 Sevilla Arroyo, Florencio: 186; I<sup>36, 42, 124</sup>.  
 Sevilla Muñoz, Julia: 178; I, 2<sup>33</sup>.  
 sevillanos: 63, 287.  
 sexo: 434-435.  
 sextercios: 309, 452-453; IV, 2<sup>80</sup>.  
 Short-Title Catalog: 186; I<sup>1</sup>.  
 Sieber, Harry: 162.  
 Sierpes, calle: véase *Sevilla/calle Sierpes*.  
 sífilis: véase *bubas sífilíticas*.  
 siglas: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra*  
*edición/abreviaturas y siglas*.  
 siglos:  
     siglo xv: 24.  
     siglo xvi: 24, 25, 29.  
     siglos de Oro: 114, 122; VI<sup>19, 76</sup>.  
 signo tironiano (r): III<sup>24</sup>.  
 signos del Zodíaco: 453, 508; VI<sup>62</sup>.  
 Sigonio, Carolo: I<sup>59-60</sup>.  
     *De dialogo liber*: I<sup>59-60</sup>.  
 silabario escolar: P<sup>13</sup>.  
 silva [género literario]: 75-77; I<sup>119</sup>.  
*Silva de varia lección*: véase *Mejía/«Sil-*  
*va de varia lección»*.  
 Silverman, Joseph H.: 186.  
 simetría sintáctica: 118-119.  
 simientes: 369.  
 símil:  
     de la abeja para las misceláneas: I<sup>129</sup>.  
     de la huerta o jardín para las mis-  
     celáneas: I<sup>129</sup>.  
     símil [figura retórica]: I<sup>197</sup>; VI<sup>82, 84</sup>.  
 similicadencia: 118; II, 2-1<sup>16</sup>.  
*similitudo*: véase *símil*.  
 Simón Díaz, José: 186; I<sup>1, 4, 138</sup>.  
 simples [= «tontos, ignorantes»]: véa-  
     se *hombres simples*.  
 simposiarca: véase *rey de un convite*.  
 sinagoga judía: 456; IV, 2<sup>54</sup>.  
 síncopa: I, 1<sup>105</sup>.  
 sinonimia: 118, 120.  
 sinónimos: véase *Mejía/«Diálogos»/len-*  
*guaje y estilo/vocabulario/sinónimos*.

Siria: 463.  
 soberbia: 461; IV, 1<sup>52</sup>. Véase también *hombres soberbios*.  
 Socas, Francisco: 186; I<sup>134</sup>.  
 sociedad: 48; II, 2-1<sup>2</sup>.  
 Sócrates: 21, 367; I<sup>10, 48</sup>; IV, 1<sup>41, 46</sup>.  
 socrático: I<sup>18</sup>. Véase también *Sócrates*.  
 sofística: IV, 1<sup>1, 46</sup>; IV, 2<sup>12</sup>.  
 Sol: 103, **383-402**, 492, 498-499; III<sup>17</sup>; V<sup>29</sup>.  
     eclipse: 103, 389; III<sup>17</sup>.  
     luz y calor: 214-215, 493, 516.  
     rayos: 494-496, 498, 504.  
     tamaño: 103-104, 383, 392.  
 soldados: 323, 340; II, 2-1<sup>96</sup>.  
 solecismos: I, 1<sup>12</sup>; I, 2<sup>16</sup>; II, 2-1<sup>28</sup>; V<sup>25</sup>.  
 Solervicens, Josep: 186; I<sup>14, 18, 29-30, 34, 37, 50, 124</sup>.  
 solidificación: VI<sup>46</sup>.  
 Solimán II [sultán de Turquía]: III<sup>36</sup>.  
 Solís de los Santos, José: 186; I<sup>117</sup>.  
 solo: I, 1<sup>100</sup>.  
 Solórzano [personaje de *El vizcaíno fingido* de Cervantes]: I, 1<sup>116</sup>.  
 sombra: 390-392; III<sup>24</sup>.  
     sombra [= «invitado a un convite»]: 292.  
 sonido: 66.  
 Soons, Alan C.: 187; I<sup>115</sup>.  
 Sorbona, Universidad de la: véase *universidades/Universidad de la Sorbona*.  
 sótanos: 349, 502-503.  
 soterraños: véase *sótanos*.  
 Sotomayor: 344; II, 2-1<sup>63</sup>.  
     Licenciado Sotomayor: VI<sup>64</sup>.  
 Soubron, Thomas: 17.  
 Spadaccini, Nicholas: 162, 187; II, 2-1<sup>48</sup>; IV, 1<sup>6, 9</sup>.  
 Speroni, Sperone: I<sup>34, 50, 74</sup>.  
     *Apologia dei dialoghi*: I<sup>34, 74</sup>.  
 Steelsio, Juan: I<sup>143</sup>; IV, 2<sup>9</sup>.  
*stella crinita*: 151, 505.  
 Stevenson, E.: 187, I<sup>1</sup>.  
 Strostzki, Christoph: 167.  
 Suárez de Figueroa, Cristóbal: IV, 1<sup>4</sup>.  
     *El pasajero*: IV, 1<sup>4</sup>.  
 sueldo [moneda]: IV, 2<sup>80</sup>.  
 sueño: 241.  
 suerte [= «sorteo»]: 332-333.

Suetonio Tranquilo, Cayo: 131, 133, 187, 300, 458, 510; II, 1<sup>42, 44</sup>; IV, 2<sup>57</sup>; VI<sup>43, 70</sup>.  
     *De vita Caesarum* o *Vida de los doce Césares*: 131, 187; II, 1<sup>42, 44</sup>; VI<sup>43, 70</sup>.  
*sufrir a* + infinitivo: IV, 2<sup>7</sup>.  
 sumar [= «resumir»]: véase *epítome*.  
 sumas [= «libros resumidos»]: 422.  
 sunamita: 448; IV, 2<sup>22</sup>.  
 superlativos en *-ísimo*: 115.  
 supervivencia: II, 2-2<sup>56</sup>.  
 suso [= «arriba»]: P<sup>6</sup>.  
 sustantivos de género ambiguo: II, 1<sup>111</sup>; II, 2-1<sup>75</sup>; V<sup>15</sup>; VI<sup>56</sup>.  
 sustentación: II, 2-2<sup>56</sup>.  
  
 tabla de los *Diálogos* de Mejía: P<sup>1</sup>.  
 Tablada, prado o campo de: véase *Sevilla/prado o campo de Tablada*.  
 Tácito, Publio Cornelio: 310.  
 Tagarete, arroyo: véase *Sevilla/arroyo Tagarete*.  
 talabarte [= «pretina o correa de donde cuelga la espada»]: 396; III<sup>35</sup>.  
 talles de los vestidos: 350-351.  
*también* vs. *tan bien* [en variante textual]: I, 2<sup>106</sup>; II, 2-1<sup>95</sup>; III<sup>30</sup>; V<sup>32</sup>; VI<sup>23</sup>.  
*tan bien* vs. *también*: véase *también* vs. *tan bien* [en variante textual].  
 tanto que [conjunción de salvedad]: véase *con tanto que*.  
 tapicería [= «tapiz, alfombra»]: 331.  
 Tarifa, marqués de: 43, 72-73, 84, 86, **87-88**, 89, 195, 203-[205]; I<sup>143</sup>; P<sup>1, 14, 21</sup>; II, 2-1<sup>83</sup>; IV, 2<sup>9</sup>.  
 tasa de libros: véase *Mejía/«Diálogos»/nuestra edición/texto de los «Diálogos»/tasa*.  
 Tasso, Torcuato: I<sup>51</sup>.  
     *Dell'arte del dialogo*: I<sup>51</sup>.  
 teatro [género literario]: 48; I<sup>124</sup>; IV, 1<sup>13</sup>.  
     teatro áureo: véase *teatro clásico español*.  
     teatro clásico español: 102; II, 2-1<sup>48</sup>.  
     teatro embrionario: 23.  
 tecnicismos: véase *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/vocabulario/tecnicismo*

# ÍNDICE TEMÁTICO Y ONOMÁSTICO

Teissier, Jean: véase *Ravisio Textor, Juan*.  
 telepatía: 212-213.  
 temas: véase *diálogos/temas*.  
 temblor de tierra: véase *terremoto*.  
 temor: 306.  
 temperamento: II, 2-2<sup>42</sup>.  
 temperanza [= «templanza»]: 369.  
 templanza: 376, 379. Véase también *temperanza*.  
*tener de* + infinitivo: I, 1<sup>27</sup>.  
 teniente: 201.  
 Teofrasto: 338.  
 teología: 65, 304; I<sup>16</sup>; II, 1<sup>108</sup>.  
 teólogos: 99, 256, 304; I, 2<sup>23</sup>; II, 1<sup>57</sup>.  
 teoría geocéntrica: III<sup>45</sup>; V<sup>11</sup>.  
 teoría heliocéntrica: III<sup>45</sup>.  
 Terencio Afer, Publio: 131, 134, 187, 320; II, 1<sup>100-101</sup>.  
*Phormio*: 131, 187; II, 1<sup>101</sup>.  
*Heautontimoroumenos*: 187.  
 Teresa de Jesús, santa: I, 1<sup>56</sup>.  
*Vida*: I, 1<sup>56</sup>.  
 término [= «límite, frontera»]: 507; V<sup>19</sup>; VI<sup>60</sup>.  
 términos científicos: véase *Mejía/«Diálogos»/lenguaje y estilo/vocabulario/tecnicismos*.  
 terremoto: 110, 438, **487-518**; IV, 1<sup>64</sup>; VI<sup>7, 84</sup>.  
 tertulias humanísticas: véase *academia renacentista*.  
 Tesalia: 452; IV, 2<sup>38</sup>.  
 tesis: 48.  
 testigo de vista: 334.  
*Texto*, el: véase «*Biblia*».  
*Texto Sagrado*: véase «*Biblia*».  
 Thackeray, H. St. J.: 172.  
 Thámara, Francisco de: II, 2-1<sup>53</sup>.  
 theriaca: véase *triaca*.  
 Thomas, Werner: 188.  
 Tiberio: [502]; VI<sup>43</sup>.  
 Tibertum, Darium: IV, 1<sup>15</sup>.  
 Ticknor, M. G.: 187; I<sup>1</sup>.  
 tiempo:  
   el tiempo en los diálogos: véase *diálogos/estructura/el tiempo*.  
   tiempos antiguos: 401. Véase también *Antigüedad*.

tiendas de campaña: 502.  
 Tierno Galván, Enrique: 187; IV, 1<sup>33</sup>.  
 tierra [elemento de la naturaleza]: 62, 105, 108-109, 373-374, 399, 403-404, 437, **469-483**, 488, 493-494, 498, 500, 502-505, 512, 515-516; VI<sup>46</sup>.  
 concavidades de la tierra: 516.  
 peso de la tierra: 405.  
 tierra firme: 470.  
 Tierra [planeta]: 61, 65, 103, 110, 117, **383-402**, **469-483**; V<sup>8</sup>.  
 centro del universo: V<sup>11</sup>.  
 centro de la Tierra: 394, 397-400, 407-408.  
 redondez: 103-104, 117; VI<sup>17</sup>.  
 tamaño: 103-104, 383, 392.  
 Tierra Santa: 87.  
 Timoneda, Joan: 162; II, 1<sup>28</sup>.  
*Buen aviso y portacuentos*: 162.  
*El sobremesa y alivio de caminantes*: 162-163; II, 1<sup>28</sup>.  
 Timoteo [destinatario de la *Carta* de San Pablo]: 237.  
 Timoteo [personaje del *Convivium religiosum* de Erasmo]: 145; II, 2-1<sup>24</sup>.  
 tiriaca: véase *triaca*.  
 Tirso de Molina: II, 1<sup>111</sup>.  
*El burlador de Sevilla*: II, 1<sup>111</sup>.  
 Tiscornia, E. F.: 156, 187; II, 1<sup>16</sup>.  
 Tito Livio: 134, 422, I<sup>224</sup>; IV, 1<sup>22</sup>.  
*Décadas*: 422; IV, 1<sup>22</sup>.  
 Tobías: 237.  
 tocino: 339, 344.  
 Toda: I<sup>4</sup>.  
 Todos los Santos, canal de: véase *canal de Todos los Santos*.  
 Toledo: III<sup>17</sup>.  
 tolerancia: 144.  
 Tomás de Aquino, santo: II, 2-1<sup>54</sup>.  
 Tomás *el Apóstol*, santo: 389; III<sup>18</sup>.  
 tomismo: 22.  
 tópicos: 23.  
   edad de oro: 227; I, 1<sup>53, 57</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.  
   *locus amoenus*: 55; I<sup>75</sup>; V<sup>2</sup>.  
   menosprecio de corte y alabanza de aldea: 94, 229, 259; I, 1<sup>57</sup>; I, 2<sup>32</sup>.  
 torbellinos: 517.  
 tordos: 359.

- toreador: véase *torero*.  
 toreo: 50, 100, 378-379; VI<sup>86</sup>.  
 torero: 63, 326.  
 tormentas: 517.  
 toronjo: 388.  
 toros: 378-379.  
 Torquemada, Antonio de: 184; I<sup>39</sup>,  
 42, 197, 213; I, 1<sup>2</sup>; I, 2<sup>33</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>, 111;  
 IV, 1<sup>4</sup>.  
*Coloquios satíricos*: 184; I<sup>39</sup>, 42, 197;  
 I, 2<sup>33</sup>; II, 2-1<sup>111</sup>.  
*Jardín de flores curiosas*: 184; I<sup>213</sup>.  
*Manual de escribientes*: 184.  
 Torres Naharro, Bartolomé de: III<sup>71</sup>.  
 Tournon: 17, 18; I<sup>7</sup>.  
 Tovar, Simón: I, 2<sup>96</sup>.  
 Trabado Cabado, José Manuel: 155,  
 158, 164, 170, 173, 181-182.  
 trabajo: 273, 455, 461.  
 traducciones:  
 de obras clásicas al castellano: 71-74,  
 77-78, 123, 195, 199; P<sup>1</sup>, 1<sup>9</sup>;  
 IV, 1<sup>15</sup>; IV, 2<sup>34</sup>; VI<sup>88</sup>.  
 de diálogos y debates latinos al  
 castellano: I<sup>16</sup>.  
 trajes: I<sup>166</sup>.  
 trampa [= «ardid, burla»]: 410.  
 transferencia semántica: I, 2<sup>28</sup>.  
 transformaciones: 451.  
 Trasímaco [personaje de *La república*  
 de Platón]: IV, 1<sup>41</sup>.  
 trasquilar: 350.  
 tratado [género literario]: I<sup>124</sup>.  
 Trento, Concilio de: véase *Concilio*  
*de Trento*.  
 triaca [= «compuesto médico con-  
 travenenoso»]: 230, 245; I, 1<sup>63</sup>.  
 Triana: véase *Sevilla/Triana*.  
 tributos: 309.  
 exención de tributos para la no-  
 bleza: II, 1<sup>12</sup>.  
 triunfos romanos: 305, 318.  
 Trogo Pompeyo: véase *Pompeyo, Trogo*.  
 Trueba Lawand, Jamile: 187; I<sup>126</sup>.  
 trueno: 67, 110, **487-518**; VI<sup>7, 10, 35, 43</sup>.  
 Trugillo, Sebastián: 15, 148, 192; P<sup>1</sup>;  
 VI<sup>88</sup>.  
 truhán de Ferrara: 54, 68, 93, 143,  
 [276], 279-281; I<sup>42, 113</sup>.  
 Turner, Philip A.: 187.  
 Turrado, Lorenzo: 193.  
 Ulloa, Alfonso: 16.  
*un* [artículo, equivalente a *una*]: I, 2<sup>39</sup>;  
 III<sup>43</sup>.  
 universidades: 107, 425; I, 1<sup>107</sup>.  
 Universidad de Alcalá: I, 2<sup>33, 96</sup>.  
 Universidad de Bolonia: VI<sup>57</sup>.  
 Universidad de la Sorbona: II,  
 2-1<sup>54</sup>.  
 Universidad de Osuna: P<sup>21</sup>.  
 Universidad de Salamanca: 260;  
 I, 2<sup>33</sup>.  
 Universidad de Sevilla: P<sup>21</sup>; II, 1<sup>76</sup>;  
 VI<sup>86</sup>.  
 Universidad de Valencia: P<sup>21</sup>.  
 universo:  
 centro del universo: véase *mundo/*  
*el centro del mundo*.  
 creación del universo: 109; IV, 2<sup>14</sup>;  
 V<sup>13</sup>.  
 origen del universo: véase *univer-*  
*so/creación del universo*.  
 uñas del asno: véase *asnos/curación de*  
*enfermedades/uñas*.  
 Urdemalas, Pedro de [personaje del  
*Viaje de Turquía*]: I, 2<sup>77</sup>.  
 Urrutia y Bustamante: I<sup>4</sup>.  
*usar a* + infinitivo: I, 1<sup>56</sup>.  
*usarse* [= «acostumbrarse»]: I, 1<sup>56</sup>.  
 uso [= «costumbre»]: 349-350, 352.  
 Véase también *costumbres*.  
 uso [= «práctica»]: 250, 263, 266-267,  
 269, 350, 352. Véase también *ex-*  
*periencia y práctica*.  
 utopía: I, 1<sup>53, 57</sup>; II, 2-1<sup>2</sup>.  
 vacilación vocálica: véase *vocales*.  
 Valbuena Prat, Ángel: 187; I<sup>131</sup>.  
 Valdés, Alfonso de: 99; I<sup>46, 50-51, 136</sup>.  
*Diálogo de Lactancio y un arcediano*  
*o Diálogo de las cosas ocurridas en*  
*Roma*: 99; I<sup>50-51</sup>.  
*Diálogo de Mercurio y Carón*: I<sup>46</sup>.  
 Valdés, Juan de: 106, [114], 116,  
 122, 158, 174, 177, 182, 187; I<sup>30, 33,</sup>  
 111, 136; P<sup>6</sup>; II, 1<sup>22</sup>; IV, 1<sup>6</sup>.  
*Diálogo de doctrina cristiana*: I<sup>33</sup>.

*Diálogo de la lengua*: 106, 158, 174, 177, 182, 187; I<sup>30</sup>; P<sup>6</sup>; II, 1<sup>22</sup>; IV, 1<sup>6</sup>.  
 Valencia: 16; P<sup>21</sup>; II, 2-1<sup>84</sup>.  
 arzobispo de Valencia: 88.  
 Valentí, Eduard: 187; IV, 1<sup>33</sup>.  
 Valéry, Paul: I<sup>31</sup>.  
 Valladolid: P<sup>13</sup>; I, 2<sup>33</sup>.  
 vanidad: 336, 346, 348.  
 vapor:  
     corporal: 372.  
     de agua: 493.  
     terrestre: 493-494, 496-500, 503.  
 variantes textuales: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/nuestra edición/variantes textuales.  
 Varrón, Marco Terencio: 131, 133-134, 141, 145, 187, 225, 312, 354, 451-452; I<sup>225-226</sup>; I, 1<sup>46</sup>; II, 1<sup>41, 77, 81</sup>; II, 2-1<sup>24, 93</sup>; IV, 2<sup>33, 37, 39-40</sup>.  
*De re rustica*: 131, 187, 452; II, 2-1<sup>93</sup>; IV, 2<sup>33, 37, 39</sup>.  
 vasallos: 279.  
 vedar: 342.  
 Vega, Hernando de: 416; IV, 1<sup>5</sup>.  
 Vega, Lope de: 102; P<sup>11</sup>; I, 2<sup>15</sup>; IV, 2<sup>2</sup>.  
*El cuerdo en casa*: IV, 2<sup>2</sup>.  
*El peregrino en su patria*: I, 2<sup>15</sup>.  
*Servir a señor discreto*: IV, 2<sup>2</sup>.  
 vejiga de la hiel: IV, 2<sup>61</sup>.  
 velas [elementos de un barco]: 377.  
 velas [objeto luminoso]: 392, 480-481.  
 Velázquez: véase *Mejía*/«*Diálogos*»/personajes/Maestro Velázquez.  
 Vélez de Guevara, Luis: III<sup>71</sup>.  
*El diablo cojuelo*: III<sup>71</sup>.  
 venas: 239, 366; II, 2-2<sup>42</sup>.  
 vendavales: véase *vientos*.  
 Venecia: 16; I<sup>5</sup>; I, 2<sup>15</sup>; VI<sup>57</sup>.  
 Venegas, Alejo: I<sup>50</sup>.  
 veneno: 457; I, 1<sup>63</sup>; II, 2-1<sup>89</sup>; IV, 2<sup>55</sup>.  
     Véase también *ponzoña*.  
 venganza: 434.  
 ventosidades humanas: 516.  
 verano: 214-216, 349, 435-436, 495, 498; II, 2-1<sup>67</sup>.  
 veras: 236.  
*verba dicendi*: véase *verbos de habla*.

verbo:  
     colocación al final de la frase: 116.  
     concordancia con el sujeto: véase *concordancia sujeto-predicado [usos especiales]*.  
     copulativo: I, 1<sup>23</sup>; II, 2-1<sup>20</sup>; IV, 2<sup>8</sup>; V<sup>25</sup>.  
     formas:  
         irregulares: IV, 2<sup>77</sup>.  
         separación de los elementos en las formas compuestas: 116.  
     infinitivo:  
         con valor de imperativo: I, 1<sup>35</sup>; III<sup>20</sup>.  
         regido por preposición: IV, 2<sup>7-8</sup>.  
     modo:  
         imperativo [formas especiales]: I, 1<sup>35, 113</sup>; I, 2<sup>14</sup>; III<sup>20, 57</sup>.  
         subjuntivo [uso en las oraciones subordinadas causales negativas]: II, 1<sup>40</sup>.  
     participio con valor de gerundio: III<sup>5</sup>.  
     perífrasis verbales: I, 1<sup>56</sup>.  
     persona [uso alternativo entre la segunda persona del singular y del plural en variante textual]: II, 2-1<sup>32</sup>.  
     tiempo:  
         condicional [separación de sus constituyentes romances]: 116.  
         condicional intercambiable con el pretérito imperfecto de indicativo: véase *verbo/tiempo pretérito imperfecto de indicativo intercambiable con el condicional*.  
         condicional intercambiable con el pretérito imperfecto de subjuntivo: véase *verbo/tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo con valor de condicional*.  
     futuro de indicativo [separación de sus constituyentes romances]: 116.  
     futuro de indicativo [uso alternativo con el tiempo presente de indicativo]: véase *verbo/tiempo presente de indicativo*.

- [uso alternativo con el tiempo futuro de indicativo]*.
- futuro de subjuntivo [uso alternativo con el tiempo presente de indicativo]: véase *verbo/tiempo presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo futuro de subjuntivo]*.
- futuro de subjuntivo [uso ambiguo y alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo]: véase *verbo/tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo [uso ambiguo y alternativo con el tiempo futuro de subjuntivo]*.
- presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo futuro de indicativo]: IV, 2<sup>11</sup>.
- presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo futuro de subjuntivo]: I, 2<sup>84</sup>; II, 2-2<sup>57</sup>.
- presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo presente de subjuntivo]: I, 2<sup>44</sup>; II, 1<sup>40</sup>; II, 2-1<sup>76, 110</sup>; II, 2-2<sup>31, 41</sup>; III<sup>14, 22, 69</sup>; V<sup>35, 42</sup>; VI<sup>83, 85</sup>.
- presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de indicativo]: II, 1<sup>100, 107</sup>; II, 2-1<sup>5</sup>; II, 2-1<sup>55</sup>; III<sup>54</sup>.
- presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo]: I, 2<sup>41</sup>.
- presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo]: IV, 2<sup>10</sup>; V<sup>23</sup>; VI<sup>5, 37</sup>.
- presente de indicativo con valor de presente de subjuntivo: I, 2<sup>105</sup>.
- presente de indicativo con valor de presente histórico: I, 1<sup>29</sup>; IV, 2<sup>10</sup>.
- presente de subjuntivo [uso alternativo con el tiempo presente de indicativo]: véase *verbo/tiempo presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo presente de subjuntivo]*.
- presente de subjuntivo con valor de presente de indicativo: VI<sup>83</sup>.
- pretérito imperfecto de indicativo [uso alternativo con el tiempo presente de indicativo]: véase *verbo/tiempo presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de indicativo]*.
- pretérito imperfecto de indicativo intercambiable con el condicional: I, 1<sup>44</sup>; II, 2-2<sup>9</sup>.
- pretérito imperfecto de indicativo intercambiable con el tiempo pretérito indefinido o perfecto simple en variante textual: I, 2<sup>112</sup>; V<sup>22</sup>.
- pretérito imperfecto de subjuntivo [uso alternativo con el tiempo pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo]: véase *verbo/tiempo pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo]*.
- pretérito imperfecto de subjuntivo [uso ambiguo y alternativo con el tiempo futuro de subjuntivo]: II, 1<sup>65</sup>.
- pretérito imperfecto de subjuntivo [uso alternativo con el tiempo presente de indicativo]: véase *verbo/tiempo presente de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo]*.
- pretérito imperfecto de subjuntivo con valor de condicional: II, 1<sup>56</sup>; II, 2-2<sup>21</sup>.
- pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo [uso alternativo con el tiempo



- po presente de indicativo]: véase *verbo/presente de indicativo* [uso alternativo con el tiempo pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo].
- pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo [uso alternativo con el tiempo pretérito imperfecto de subjuntivo]: V<sup>27</sup>.
- pretérito indefinido o pretérito perfecto simple de indicativo intercambiable con el tiempo pretérito imperfecto de indicativo en variante textual: véase *verbo/pretérito imperfecto de indicativo intercambiable con el tiempo pretérito indefinido o perfecto simple en variante textual*.
- verbos de habla: I<sup>34</sup>.
- verbos irregulares: I, 1<sup>61</sup>; IV, 2<sup>77</sup>.
- verdad: 21, 277, 310, 369, 424-425; IV, 1<sup>1, 30</sup>; V<sup>32</sup>.
- Verdonk, Robert A.: 188.
- Vernant, Denis: 187; I<sup>11, 31</sup>.
- verosimilitud: véase *diálogos/caracterización/verosimilitud*.
- Versión de los Setenta*: véase *Setenta*, versión bíblica de los.
- vestimento [= «vestidura»]: V<sup>20</sup>.
- viacrucis hispalense: véase *Sevilla/viacrucis hispalense*.
- Viaje de Turquía*: I<sup>36, 42, 47, 49, 51, 88, 245</sup>; I, 2<sup>77</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.
- viajes: IV, 1<sup>4</sup>.
- el viaje como medio de conocimiento: IV, 1<sup>4</sup>.
- Vian Herrero, Ana: 10, 153, 187-188; I<sup>8, 10, 12, 18-19, 23, 25, 27-28, 30-32, 34, 37, 39, 41, 43-44, 46, 50-51, 60, 62, 66-67, 74, 86, 88, 100, 117, 230</sup>; I, 1<sup>53, 79</sup>; II, 1<sup>6, 45</sup>; II, 2-2<sup>25</sup>; III<sup>71</sup>; IV, 1<sup>13</sup>; IV, 2<sup>1</sup>.
- vianda: 308, 365, 367, 376. Véase también *alimento, manjar y mantenimiento*.
- Vianello, Valerio: 189; I<sup>21, 30, 41, 69</sup>; V<sup>2</sup>.
- vicios: 227, 243, 255, 302, 308-309, 334, 348, 358, 368, 376, 432; II, 2-1<sup>2</sup>.
- vida: 28, 67, 103, 220, 231, 257, 368, 370-371, 377, 444, 461-462, 464.
- duración de la vida humana: II, 2-1<sup>2</sup>.
- vida cotidiana: 103.
- viento: 377, 490, 517.
- vientos gruesos: 516.
- vigilia: 241, 256.
- Vilanova, Antonio: 189; I<sup>131</sup>.
- Villalón, Cristóbal de: 182; I<sup>115, 136</sup>; II, 2-1<sup>111</sup>.
- El Escolástico*: I<sup>42, 115</sup>; II, 2-1<sup>111</sup>.
- villano zafio: 102, 293.
- Ville de Mirmont, H. de la: 163.
- Villeneuve, François: 171.
- vinagre: 275, 301; II, 1<sup>45</sup>.
- Vindel, Francisco: 189; I<sup>1</sup>.
- vino: 236-237, 251, 275, 347, 365, 371; II, 2-1<sup>25, 67</sup>.
- vino mezclado: 365, 371-372.
- Virgilio Marón, Publio: 131, 133-134, 183, 189, 266, 510; I<sup>222, 224</sup>; I, 2<sup>55</sup>; VI<sup>64, 68, 70</sup>.
- Eneida*: 131, 189; VI<sup>64, 68</sup>.
- Geórgicas*: 131, 189; I, 2<sup>55</sup>; VI<sup>68</sup>.
- Obras completas*: 183.
- virtudes: 309, 334, 368, 369, 376, 342; IV, 2<sup>69</sup>.
- la virtud en Platón: véase *Platón/«Las leyes»/concepto de la virtud*.
- Viseras Soler, Elisa: 162, 175.
- vista [sentido corporal]: 67, 237, 259, 350, 479, 501, 507.
- Vitelio [emperador romano]: 301, 308-310; II, 1<sup>44-45, 66</sup>; IV, 2<sup>57</sup>.
- Vitse, Marc: 169, 175, 179.
- viudas: 448.
- Vives, Juan Luis: 14, 16, 96, 131, 133-134, 136, 139-142, 189, 334; I<sup>44, 67, 128-129, 136, 226, 230, 235, 240, 245</sup>; I, 1<sup>40, 68, 99</sup>; I, 2<sup>4, 23, 55, 77</sup>; II, 2-1<sup>28-29</sup>; IV, 1<sup>1, 22</sup>.
- Commentarii ad Divi Aurelii Augustini «De civitate Dei»*: 131; II, 2-1<sup>29</sup>.
- De institutione feminae christianae*: I<sup>129</sup>.
- De officio mariti*: I<sup>129</sup>.
- I De disciplinis o De causis corruptarum artium*: 131, 189; I, 1<sup>68, 99</sup>; I, 2<sup>55</sup>; IV, 1<sup>22</sup>.

- Il De disciplinis* o *De tradendis disciplinis*: 131, 136; I, 1<sup>68, 99</sup>; I, 2<sup>4, 23</sup>; IV, 1<sup>22</sup>.  
*De subventione pauperum*: 96.  
*Diálogos* o *Exercitatio linguae latinae*: 16; I<sup>44, 67</sup>.  
Vivet, Martial: 163, 187.  
vivisección: I, 1<sup>108</sup>.  
vocales:  
    analogía vocálica: II, 2-2<sup>42</sup>.  
    diptongación de la *ē* latina tónica [*ē* > *ie*]: II, 2-2<sup>12, 38</sup>; IV, 1<sup>3</sup>.  
    simplificación de grupos vocálicos: IV, 1<sup>3</sup>.  
    simplificación del diptongo latino *AU* > *o*: IV, 2<sup>77</sup>.  
    vocales *e/i* [vacilación vocálica en variantes textuales]: I, 2<sup>46, 87</sup>; IV, 1<sup>44</sup>; IV, 2<sup>64</sup>.  
    yod: IV, 2<sup>77</sup>.  
Volaterrano, Rafael: véase *Maffei, Raffaello*.  
volúmenes [= «volúmenes»]: P<sup>10</sup>.  
voluntad: II, 2-2<sup>56</sup>.  
*voluptas*: 151, 376.  
vómito: 261, 321, 358; II, 2-2<sup>42</sup>.  
vos [pronombre personal mayestático]: II, 2-1<sup>32</sup>.  
Vulcano: 450.  
vulgarismos: *Mejía*/«*Diálogos*»/«*lenguaje y estilo/vocabulario/vulgarismos*».  
*Vulgata*: 193; I, 1<sup>28, 45, 82-88, 118</sup>; I, 2<sup>82-83, 85</sup>; II, 1<sup>32-33, 35, 51-54</sup>; IV, 1<sup>24</sup>; IV, 2<sup>17-20, 22-25, 28-29, 36, 48-49, 51-53, 66, 75, 78</sup>; V<sup>7</sup>, 19-21.  
    Véase también «*Biblia*».  
vulgo: IV, 1<sup>24</sup>.  
    vulgo romano: véase *romanos*.  
Wagner, Klaus: 10, 189; I<sup>117, 230</sup>; II, 1<sup>76</sup>; IV, 1<sup>6</sup>.  
Waltz, René: 186.  
Wentzlaff-Eggebert, Christian: 167.  
Willis, Iacobus: 174.  
Winterbotton, M.: 163.  
Wlosok, Antonie: 172.  
Xenophón: véase *Jenofonte*.  
y:  
    conjunción copulativa «embebida»: II, 2-1<sup>80</sup>.  
    conjunción copulativa innecesaria o sobrante: I, 1<sup>13, 106</sup>; IV, 2<sup>68</sup>.  
    conjunción copulativa, presente o ausente en variante textual: I, 2<sup>79</sup>; II, 1<sup>15, 78</sup>; II, 2-1<sup>31</sup>; IV, 1<sup>65-66</sup>; IV, 2<sup>67, 85</sup>; V<sup>12</sup>; VI<sup>31, 33, 73</sup>.  
    conjunción copulativa, variante textual vs. *o*: véase *o/conjunción disyuntiva, variante textual vs. «y»*.  
Yanguas, fray Diego de: P<sup>13</sup>.  
    *Sermonario*: P<sup>13</sup>.  
Yavé: IV, 2<sup>17-18</sup>.  
yema de huevo: 394.  
Ynduráin, Domingo: 189; I<sup>123, 126, 148, 213</sup>; P<sup>19</sup>; IV, 1<sup>4</sup>.  
yod: véase *vocales/yod*.  
Z1 [sigla]: 193.  
Z2 [sigla]: 193.  
Zabaleta, Juan de: I, 1<sup>47</sup>.  
    *Errores celebrados*: I, 1<sup>47</sup>.  
zancarrón [= «hueso descarnado de la pierna»]: III<sup>42</sup>.  
    zancarrón de Mahoma: 399; III<sup>42</sup>.  
Zapata, Luis de: I, 2<sup>33</sup>.  
    *Miscelánea*: I, 2<sup>33</sup>.  
zapateros: 279.  
Zaragoza: 15, 86, 148, 193, 208; P<sup>1, 4, 13</sup>; VI<sup>88</sup>.  
Zodiaco: 507; VI<sup>62</sup>. Véase también *signos del Zodiaco*.  
zorzales: 359.  
zumbar los oídos: 291.  
Zúñiga, Diego de: III<sup>45</sup>.



